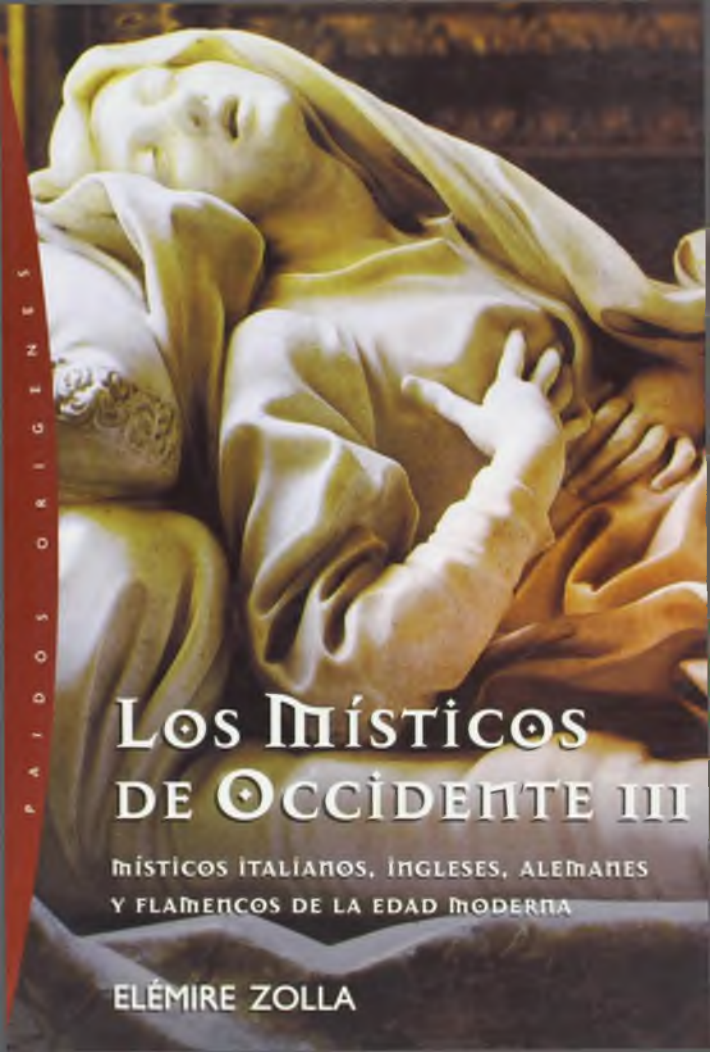


PAIDÓS ORÍGENES

Los Místicos de Occidente III

Místicos italianos, ingleses, alemanes y flamencos de la Edad Moderna

ELÉMIRE ZOLLA

En esta obra grandiosa, monumental, indiscutiblemente única tanto en concepción como en amplitud, Elémire Zolla no sólo emprende una antología de textos admirables y a menudo ignorados, sino que simultáneamente se lanza a una detallada interpretación de toda la experiencia mística de Occidente, que se aparece a los ojos del lector como una *summa* definitiva de un tipo de pensamiento que hunde sus raíces en el logos y en Cristo. Se trata, pues, de un recorrido por las infinitas ramificaciones de este sistema, desde las doctrinas místéricas paganas hasta la fascinación de los grandes místicos de la edad moderna, pasando por las ideas de los padres de la Iglesia, el rigor de las primeras órdenes monásticas o la pasión franciscana. Figuras y páginas que no se pueden pasar por alto si se quiere disponer de una perspectiva fiable sobre el pasado de nuestra civilización.

Este tercer volumen aborda los místicos italianos, ingleses, alemanes y flamencos de la Edad Moderna y ofrece textos, entre otros, de Marsilio Ficino, santa Catalina de Génova, Girolamo Savonarola, Giovanni Picco della Mirandola, Giordano Bruno, John Donne, George Herbert, Thomas Browne, Martín Lutero o Hans Engelbrecht.

PAIDÓS ORÍGENES

PAIDÓS ORÍGENES

1. B. McGinn, *El Anticristo*
2. K. Armstrong, *Jerusalén*
3. F. Braudel, *En torno al Mediterráneo*
4. G. Epiney-Burgard y E. Zum Brunn, *Mujeres trovadoras de Dios*
5. H. Shanks, *Los manuscritos del Mar Muerto*
6. J. B. Russell, *Historia de la brujería*
7. P. Grimal, *La civilización romana*
8. G. Minois, *Historia de los infiernos*
9. J. Le Goff, *La civilización del Occidente medieval*
10. M. Friedman y G. W. Friedland, *Los diez mayores descubrimientos de la medicina*
11. P. Grimal, *El amor en la Roma antigua*
12. J. W. Rogerson, *Una introducción a la Biblia*
13. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, I*
14. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, II*
15. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, III*
16. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, IV*
17. S. Whitfield, *La ruta de la seda*

ELÉMIRE ZOLLA

LOS MÍSTICOS DE OCCIDENTE

Volumen III

Místicos italianos, ingleses, alemanes y flamencos de la Edad moderna

PAIDÓS
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *I mistici dell' Occidente*
En el presente volumen se recogen los capítulos correspondientes a «Mistici italiani dell'età moderna», «Mistici inglesi dell'età moderna» y «Mistici tedeschi e fiamminghi dell'età moderna», en el tomo II de la edición original.
Publicado en italiano, en 1997, por Adelphi Edizioni, Milán

Traducción de José Pedro Tosaus Abadía

Cubierta de Joan Batallé

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1997 by Adelphi Edizioni S.P.A., Milán
© 2000 de la traducción, José Pedro Tosaus Abadía
© 2000 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
y Editorial Paidós, SAICF,
Defensa, 599 - Buenos Aires
http://www.paidos.com

ISBN: 84-493-0928-X
ISBN: 84-493-0930-1 (Obra completa)
Depósito legal: B-42.229/2000

Impreso en A&M Gràfic, S.L.
08130 Sta. Perpetua de Mogoda (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Contemplación y lectura del cielo 13

Primera Parte
MÍSTICOS ITALIANOS DE LA EDAD MODERNA

San Bernardino de Siena 27
Del «Tratado del amor de Dios» 27
San Antonino de Florencia 31
De «Obra para bien vivir» 32
Matteo Palmieri 36
De «De la vida civil» 36
Santa Catalina de Bolonia 37
De «Las armas necesarias para la batalla espiritual» 37
Giovanni Pontano 43
De la «Carta sobre el fuego filosófico» 43
Marsilio Ficino 45
De «Argumento sobre la "Teología platónica"» 45
Luca Pacioli 47
De «De la divina proporción» 48

Santa Catalina de Génova 50
De la «Vida de santa Catalina de Génova» 51
De los «Diálogos del Alma y del Cuerpo» 53
Ludovico Lazzarelli 62
De «Crátera de Hermes» 62
Girolamo Savonarola 63
De «La sencillez de la vida cristiana» 64
Beata Camilla Battista da Varano 66
De «Los dolores mentales de Jesús en su pasión» 67
De las «Instrucciones a Giovanni da Fano» 68
Francesco Giorgio Veneto 71
De «La armonía del mundo» 71
De «Cuestiones sobre la sagrada Escritura» 80
León Hebreo 81
De los «Diálogos de amor» 81
Giovanni Pico della Mirandola 92
De «La dignidad del hombre» 93
De «Heptaplus» 96
De «Carta a Gianfrancesco, su sobrino, en torno a la verdadera salud» 98
La teoría del septenario místico 99
Giulio Camillo Delminio 108
De «La idea del Teatro» 109
Bernardo Ochino 121
De las «Predicaciones» 121
Lorenzo Scupoli 126
De «El combate espiritual» 127
Giordano Bruno 130
De «De los heroicos furores» 130
Cesare della Riviera 136
De «El mundo mágico de los héroes» 137
Francesco Panigarola 148
De las «Predicaciones» 148
Bartolomeo Cambi da Saluzzo 151
De «Vida del alma» 151
Santa María Magdalena de Pazzi 153
De «Los cuarenta días» 154
De «La contemplación de los misterios» 158
De «Revelaciones e inteligencias» 159

Tommaso Campanella 161
De «La práctica del éxtasis filosófico» 161
Giambattista Marino 162
De «Arengas sacras» 163
Giovanni Bona 178
De «Guía al cielo» 178
De «Curso de vida espiritual» 181
Santa Verónica Giuliani 193
Del «Diario» 194
Giambattista Scaramelli 201
De «Discernimiento de los espíritus» 201
San Alfonso María de Ligorio 207
De «Carta sobre la utilidad de los ejercicios espirituales hechos en soledad» 208
San Pablo de la Cruz 212
Del «Epistolario» 212

Segunda Parte
MÍSTICOS INGLESES DE LA EDAD MODERNA

John Donne 219
De «Sonetos sacros» 220
La Cruz 220
Himno a Cristo en la última partida del autor para Alemania 222
Himno a Dios, mi Dios, en mi enfermedad 223
De los «Sermones» 224
Robert Fludd 228
De «Medicina católica» 229
Augustine Baker 252
Del «Post scriptum al comentario a "La nube del no-saber"» 252

Los puritanos 255
Thomas Hooker 256
De los «Sermones» 256
John Cotton 260
De los «Sermones» 260
Urian Oakes 262
De los «Sermones» 262

Increase Mather 263
De los «Sermones» 263
Los filadelfos 265
John Pordage 266
De «Teología mística» 266
Jane Lead 267
De «Fontana de jardines» 267
De «Las leyes del paraíso» 269
George Herbert 270
De «El templo» 270
Francis Quarles 273
De los «Emblemas» 273
Thomas Browne 275
De «La religión del médico» 276
De «El jardín de Ciro» 279
Richard Crashaw 286
De «Los peldaños del templo» 286
Henry More 289
De «Conjectura cabbalística» 289
Henry Vaughan 292
De «Sílex chispeante» 292
Thomas Vaughan 294
De «Antroposofía teomágica» 295
Thomas Traherne 303
Noticias 303
De «El preparativo» 304
Los sueños 305
William Law 307
De «El camino al conocimiento divino» 307
Christopher Smart 310
De «Canción para David» 311

Tercera Parte
MÍSTICOS ALEMANES Y FLAMENCOS DE LA EDAD MODERNA

Nicolás de Cusa 319
De «Sobre las conjeturas» 320
De «De la docta ignorancia» 322

De «El profano» 324
De las «Predicaciones» 325
Nicolás de Flüe 326
De «La visión de la santísima Trinidad» 328
François-Louis de Blois 329
De «El manual de simples» 329
Martín Lutero 330
De «La libertad del cristiano» 331
Enrique Cornelio Agripa von Nettesheim 333
De «La filosofía oculta» 333
Valentín Weigel 336
De «Studium universale» 336
Johannes Kepler 338
De «Armonías del mundo» 339
Jakob Böhme 345
De «El gran misterio» 345
De «El camino hacia Cristo» 352
De «Seis puntos teosóficos» 363
Friedrich Spee von Langenfeld 369
De «El ruiseñor que desafía» 370
Hans Engelbrecht 372
De «El rapto» 372
Athanasius Kircher 373
De «Oedipus aegyptiacus» 374
Maria de Santa Teresa 386
De «Vida de la madre María de Santa Teresa» 386
Daniel von Czepko 388
De «Semita amoris divini» 389
De «El Reino interior de los Cielos» 389
De «Sexcenta monodisticha sapientum» 389
Johann Rist 390
A la Eternidad 390
Ángel Silesio 392
De «El peregrino querúbico» 392
Justus Sieber 396
La vana temporalidad, la durable Eternidad 398
Gerhardt Tersteegen 398
De «El jardincillo espiritual» 398
Johann Georg Gichtel 400

De «Teosofía práctica» 401
De «Teosofía práctica», edición de 1722 404
Quirinus Kuhlmann 406
De «Salterio refrigerante» 406
Gottfried Arnold 409
De «El secreto de la santa Sabiduría» 409
Friedrich Christoph Oetinger 413
De «Salmo» 413
De «Pensamientos» 414
De «Sermón sobre la Qabbālāh» 415

Bibliografía 421

Contemplación y lectura del cielo

רוח אלהים

FIGURA 1. La puerta mágica de Roma estuvo situada en otro tiempo en la villa del marqués Massimiliano Palombara, amigo de la reina Cristina de Suecia y del perseguido alquimista y médico Francesco Borri; en la actualidad se halla expuesta a una lenta destrucción en el jardín de la plaza Vittorio Emanuele, en Roma. Da testimonio de los conocimientos del círculo de herméticos romanos del siglo XVII, a los cuales se puede añadir también Athanasius Kircher.

FIGURA 2. Frontón. Se distinguen: el sello de Salomón, formado por dos triángulos con vértices vueltos respectivamente hacia lo alto y hacia lo bajo, signo del equilibrio de los movimientos; el círculo, signo de la perfección divina; inscrita en el círculo, la cruz. La inscripción sobre la circunferencia dice: CENTRUM IN TRIGONO CENTRI. «El centro está en el triángulo del centro», o sea, en la Trinidad de Dios, centro de la esfera del mundo. El punto que es Dios es un triángulo.

TRIA SUNT MIRABILIA
DEUS ET HOMO
MATER ET VIRGO
TRINUS ET UNUS

Cristo, María, la Trinidad son enumerados como mediaciones a través de la enunciación de sus términos opuestos, «Dios y Hombre, Madre y Virgen, Trino y Uno». La presencia de María en esta trinidad de mediadores se explica con el dístico de Ángel Silesio: «Cuando Dios yació oculto en el seno de una doncella / fue cuando el punto encerró en sí el círculo»: María es la mediadora entre los dos mediadores, el hombre divino y lo divino trinitario. Ella es también símbolo de la tierra y, en cuanto es negra, como en Czestochowa, Oropa o Chartres (donde se venera *Notre-Dame-sous-Terre*, antigua estatuilla de Isis), de la materia prima. Las tríadas que ayudan a comprender el resto de la puerta son: Dios, hombre, naturaleza; Providencia, voluntad, destino; Espíritu, alma, cuerpo; rayo, río, sal (según las conexiones establecidas por René Guénon en *La Grande Triade*, París, Gallimard, 1957). También en la teología católica el hombre perfecto consta de alma, cuerpo y Espíritu Santo, y este último es la forma santificante que hace hija adoptiva al alma, junto con la carne plasmada a imagen de Dios (Juan G. Arintero, *La evolución mística*, trad. it.: *L'evoluzione mistica*, Turín, SEI, 1958, pág. 28).

FIGURA 3. Dintel. En letras hebreas: *rūah Elōhīm*, Espíritu de Dios (pero con la forma plural del nombre divino: «Dios-los-dioses», o bien Dios en cuanto emana de sí el cosmos).

HORTI MAGICI INGRESSUM HESPERIDUM CUSTODIT DRACO ET
SINE ALCIDE COLCHIDAS DELICIAS NON GUSTASSET IASON

«Un dragón custodia la entrada de los mágicos jardines de las Hespérides, y sin Hércules, Jasón no habría gustado las delicias de la Cólquide.» Hércules es hijo de Júpiter, de Dios, y representa la Sabiduría, el Verbo; Jasón es el hombre que busca la liberación. El bizantino Suidas informa de que el vellocino de oro de la Cólquide era un texto egipcio de alquimia. Dice Coluccio Salutati: «La tierra que está en la parte más baja, ramificando lleva miel hasta el orbe estrellado, es decir, astros y estrellas»; los astros son confiados a las Hespérides (es decir, a los sabios), hijas de la estrella Héspero (o de Venus, o de Noche y Érebo): «Hércules vence al dragón durmiéndolo o matándolo, es decir, comprende la razón de los tiempos» (*De laboribus Herculis*, III, 22). La Cólquide es la sabiduría alquímica, que sólo se obtiene si la Sabiduría encarnada ha matado al dragón, al Tártaro o al León (en cuya casa está el Sol), ha cortado el huevo (la cáscara es tierra; la fárfara, agua; la clara, aire; la yema, fuego) o ha usado sobre los metales la magnesia.

Primero es preciso que sea destruida la inclinación al mundo para que se pueda acceder al fuego (a la sabiduría, a la piedra, al espíritu): así lo manifiesta el septenario distribuido sobre las dos jambas de la puerta (la Luna no está entre los siete, sino que se encuentra «detrás» del signo del Sol, como se verá).

Signo de Saturno

QUANDO IN TUA DOMO
NIGRI CORVI
PARTURIENT ALBAS
COLUMBAS
TUNC VOCABERIS
SAPIENS

FIGURA 4. Jambas (figuras 4 y 5). Dicen los preceptos alquímicos: si los «fermentos», azufre, mercurio y sal, se llevan a putrefacción en el hornillo o *atanor* y depositan sus escorias, de allí nace su quintaesencia o parte volátil, o lunaria, o «palomas blancas». El azufre es calor del fuego o del aire, o flogisto; el mercurio es la humedad del agua y del aire, que tiene poder amalgamador; la sal es la sequedad de la tierra y del fuego, lo fijo; la sal es el alma, el azufre el entendimiento, el mercurio es el cuerpo; de ahí esta inscripción saturnina, correspondiente al plomo y a la negrura: «Cuando en tu casa los negros cuervos paran blancas palomas, serás llamado sabio». El cuervo es el pájaro del pasado inerte, habitual, la virtud contractiva; es de su naturaleza plúmbea de donde hay que hacer brotar con calor y pasión —tras haber separado de ella la tierra o escoria— las palomas.

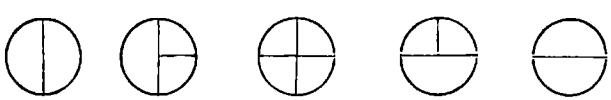
Signo de Júpiter

DIAMETER SPHAERAE
THAU CIRCULI
CRUX ORBIS
NON ORBIS PROSUNT

«La esfera cortada por el diámetro, la τ inscrita en el círculo, la cruz del globo, no aprovechan a los ciegos», es decir, a los que no tienen iniciación. Júpiter, que es gris estaño, indica las mediaciones entre polos. El círculo puede estar cortado por el diámetro o por la τ, la línea es simplemente el punto que se expande, el paso del Uno al Dos, mientras que la τ corresponde a la letra hebrea *tāw*, última del alefato, que en la escritura antigua era una cruz. Santa Gertrudis oraba diciendo: «Doce me per Tui Spiritus cooperationem Tau summae perfectionis»: enséñame con la ayuda de tu Espíritu la τ de la perfección suprema. Ezequiel habla de la τ como signo que se debía poner en la frente de los hombres, para que éstos fueran defendidos del demonio (así interpreta san Jerónimo, Ez 9,4); en la época carolingia fue utilizada como símbolo de la cruz y del árbol de la vida (Dorothea Forstner, *Die Welt der Symbole*, Innsbruck, 1961, pág. 43). En las representaciones alquímicas, la serpiente está clavada sobre una τ.

El círculo cortado por una τ será, pues, un círculo que media entre las dos posibilidades opuestas: el círculo dividido en dos mitades por el diámetro a lo alto y el así dividido a lo ancho, símbolos el uno del salitre —movimiento o transformación— y el otro de la sal —estancamiento o estabilidad.

Salitre = Movimiento
Vitriolo = Alma humana
Verdete = Alma vegetativa
Sal en formación = Alma mineral



Salitre Vitriolo Verdete Sal en formación Sal

Se obtiene así una cadena de tres mediaciones entre los dos opuestos. Este paso ilustra con otros símbolos (sustituyendo la rosa por el círculo, equivalentes entre sí) el dicho de los rosacruces: «Con la cruz obtendré la rosa, con ésta la vida eterna, en ella y en las dos primeras resurgiré resplandeciente como una gema» (estos dos elementos para la interpretación de la inscripción de Júpiter fueron indicados por Pietro Bornia, *La porta magica*, extracto, Roma, 1915). Mucho más

cabe aplicar eso a la rosa canina, que tiene cinco pétalos y por ello contiene el par (2) y el impar (3), es hermafrodita.

A los profanos no les aprovecha el espíritu ígneo de Júpiter, es decir, el amor (en vano verán la rosa), y tampoco la aflicción (la cruz).

Signo de Marte

QUI SCIT
COMBURERE AQUA
ET LAVARE IGNE
FACIT DE TERRA
COELUM
ET DE COELO TERRAM
PRETIOSAM

«Quien sabe quemar con el agua y lavar con el fuego hace cielo de la tierra, y del cielo tierra preciosa.» Se designa así el momento de la inversión, para la cual se utilizan la ira marcial, el hierro y la espada contra los movimientos naturales del hombre, es decir, se nos purifica con un baño de fuego; por otra parte se ablanda con el agua hasta descomponerlos los movimientos naturales de exultación humana, es decir, se queman con lágrimas. De este modo, usando de un impulso contra el otro, se hace del cielo tierra y de la tierra cielo, se restablece en la tierra el orden celeste.

Signo de Venus

SI FECERIS VOLARE
TERRAM SUPER
CAPUT TUUM
EIUS PENNIS
AQUAS TORRENTUM
CONVERTES IN PETRAM

«Si haces volar la tierra sobre la cabeza con sus plumas, convertirás en piedra las aguas de los torrentes.» Alquímicamente: volatilizando azufre, mercurio y sal, sus vapores, o plumas, convertirán en piedra argentada todos los minerales. Las aguas de los torrentes se convertirán en cristal, es decir, en su fluidez encontrarás un punto de apoyo: la piedra, cuando hayas puesto la tierra sobre tu cabeza, como

estaba prescrito en Marte, es decir, cuando hayas vuelto del revés tus movimientos naturales. Las aguas cristalinas son las del cielo más alto (Sal 148,4).

Signo de Mercurio

AZOT ET IGNIS
DEALBANDO
LATONAM VENIET
SINE VESTE DIANA

«Si el ázoe y el fuego blanquean a Latona, Diana vendrá sin vestido.» Latona quedó embarazada de Júpiter y fue expulsada de toda la tierra por la ira de Juno, que había puesto en su persecución a la serpiente Pitón; sólo encontró refugio en Delos, donde parió a Diana, que inmediatamente le sirvió de comadrona en el sucesivo parto de Apolo.

Como dice Boccaccio en la *Genealogia deorum gentilium* (libro IV): «Los antiguos creían que Pitón, perseguidor de Latona cuyo objetivo era que ésta no pudiese parir, eran las oscuras nieblas de los vapores que se levantaban e impedían verdaderamente que los rayos solares y lunares pudiesen ser vistos por los mortales, y no sin razón lo llamaron serpiente, porque hasta que eran fácilmente echados de aquí y de allí por todo espíritu, parecían serpear a modo de sierpes... Dicen también que primero apareció Diana, porque de noche, sutilizados ya los vapores, aparecen primero los rayos de la Luna». Y así se aprende primero la iniciación lunar (de la cual trata Apuleyo en las *Metamorfosis*) que no la solar, la cual disipa por completo todo vapor terrestre, es decir, toda imaginación.

Latona es también el alma de los gnósticos, que, expulsada del cielo, no encuentra descanso alguno sobre la tierra en tanto no encuentre un lugar sagrado donde parir los dos luminares: la mente virgen, es decir, Diana primero, y después el corazón solar, Apolo, que ilumina a Diana. Para los alquimistas, Latona es el mercurio producido a partir de sal y azufre; con el calor y con el éter o ázoe se purifica el alma hasta que aparece sin escoria (sin vestido) como azufre blanco o Luna, Diana o agua ardiente, activa y pasiva a la vez.

Signo del Sol

FILIUS NOSTER
MORTUUS VIVIT
REX AB IGNE REDIT
ET CONIUGIO
GAUDET OCCULTO

«Nuestro hijo muerto vive, vuelve rey del fuego y goza de la unión oculta»: si se celebran las bodas de la Luna intelectual con el Sol, es decir, con el corazón humano después que éste ha sido consumido, reducido a putrefacción, desprendido de la carne y, finalmente, renacido y hecho rey, dueño de lo que antes lo enredaba, se obtiene el Azufre rojo, Sol u Oro que, acoplado o proyectado sobre cualquier metal, lo transforma en oro.

SI SEDES NON IS

FIGURA 5. Umbral. «Si te sientas no vas, si no te sientas vas.»

EST OPUS OCCULTUM VERI
UT GERMINET

SOPHI APERIRE TERRAM
SALUTEM PRO POPULO

Peldaño (figura 5). El signo es el de la mónada como totalidad, del uno como todo, porque encierra los signos de Marte, la Luna, el Sol, Saturno y los cuatro elementos, muestra la Luna grávida del Sol: «Es obra oculta del verdadero sabio abrir la tierra para que produzca salvación para el pueblo». Como escribió Robert Fludd en el tratado rosacruz *Summum bonum* (Francfort, 1629, págs. 32, 38-39): «Como dice el Apóstol: "Ábrase la tierra y para al Salvador"... Seréis transmutados, de piedras muertas, en vivas piedras filosóficas, dice Dorneo, y esta transmutación nos enseña el Apóstol cuando dice: "Esté en vosotros la misma mente que está en Jesús"... ¿Eres imperfecto? Anhela la perfección. ¿Eres fétido e inmundo? Límpiate con lágrimas, sublímate con la buena costumbre y las virtudes, adórnate de las gracias sacramentales, vuelve tu alma sublime y sutil mediante contemplaciones celestes y conforme a los espíritus angélicos, para que pueda vivificar el

cuerpo pútrido, viles cenizas, y después blanquearlo, y pueda volverlo incorruptible e impalpable gracias a la resurrección de Jesucristo nuestro Señor. Cristo nuestro Señor suele aparecerse a los elegidos en esta vida». La *tierra* es el homólogo, en el mundo de los arquetipos, del elemento fructuoso que pisamos. Por *pueblo* se entienden los iniciados.

Dice Jakob Böhme resumiendo todo este proceso (*Dell'impronta delle cose ovvero della Generazione di tutti gli Esseri*, Milán, Fidi, 1925, págs. 81 y sigs.): «Un buen ejemplo de ello lo encontramos entre las hierbas silvestres. El Mercurio de la tierra es venenoso; el Sol lo impregna y lo conduce, con su deseo marciano o ígneo, hacia su esencia corporal salina. Entonces la libertad, según su naturaleza solar, arrastra el Mercurio. Cuando éste ha gustado lo que es celeste... se transmuta en una fuente de alegría con su sal y con su azufre, su madre. Así se realiza el crecimiento de la raíz. Originariamente la agudeza, o la sal impresa según Saturno, era una angustia mortal, después se convierte en virtud amable, porque el sabor, en las hierbas, proviene de la Sal... Cuando Júpiter y Venus se han sometido al Sol, Marte y Mercurio siguen levantando el tallo. La conjunción del tiempo y la eternidad se realiza en la virtud de los dos Soles. El Azufre y su Sal se transmutan entonces en una alegría paradisíaca que, exteriorizándose, produce las flores y las semillas».

Primera parte

MÍSTICOS ITALIANOS DE LA EDAD MODERNA

SAN BERNARDINO DE SIENA

Nació en Massa Marittima en 1380, de la familia Albizzeschi. En 1404 se hizo franciscano y fue predicador célebre. En 1438 fue elegido vicario general de la orden. Murió el 20 de mayo de 1444 en L'Aquila. El culto al Nombre, es decir, a la sigla IHS rodeada por un círculo de llamas, fue innovación suya, y suscitó ataques vehementes por parte de quienes lo consideraban una vuelta al culto cabalístico del alfabeto.

Sus obras fueron publicadas en 1571.

DEL «TRATADO DEL AMOR DE DIOS»

Del perfecto amor de Dios.
Y cómo por doce grados
se llega a poseerlo perfectamente

[3] Doce son los lirios, a modo de doce grados, por los cuales se sube al perfecto y consumado amor de Dios. El primer lirio es el desprecio de

toda cosa temporal. El segundo es el deseo de las cosas celestiales. El tercero, el entendimiento de los secretos espirituales. El cuarto, el deseo de ser separado del cuerpo para ser unido a Cristo. Quinto, silencio racional. Sexto, desprecio de las propias obras como inútiles. Séptimo, insensibilidad al mundo. Octavo, victoria sobre las tentaciones. Noveno, seguridad en las adversidades. Décimo, exultación de la mente en Dios. Undécimo, sumisión del espíritu a ese Dios. Duodécimo, paz mental y obediencia y sumisión triunfal de los enemigos.

De la exultación espiritual y de dónde se genera; y de sus tres variedades

[10] El décimo lirio es: exultación de la mente en Dios por transformación. Cuando el alma de tal justo está ya segura en toda adversidad, en las delicias del Altísimo se complace, según testifica Salomón en el capítulo 15 de Proverbios: «Secura mens quasi iuge convivium». «La mente segura», como ya se ha dicho antes, «está siempre en los deleites y convites de Dios» (Pr 15,15). Y en contemplando estas divinas alegrías y delicias, la mente, llena de gozo, llega a la exultación exterior del cuerpo.

Tres hojas tiene este lirio, pues tres son las exultaciones de la mente humana. La primera hoja es exultación intelectual; la segunda, exultación afectiva; la tercera, exultación corporal. Las cuales tres exultaciones muestra san Juan en el capítulo 14 del Apocalipsis, diciendo: «Audivi vocem de coelo tamquam vocem aquarum multarum, et tamquam vocem tonitrui magni. Et vocem quam audivi sicut citharedorum citharizantium in citharis suis». «Oí una voz del cielo como voz de multitud de aguas, y como voz de un trueno grande. Y la voz que oí era como de citaristas que tocaran sus cítaras» (Ap 14,2). En ese hablar consideramos estas tres exultaciones, como en tres hojas.

La primera hoja es exultación intelectual; y de ésta dice san Juan: «Oí una voz del cielo, como voz de multitud de aguas». Aun cuando el alma no tenga voz corporal, de necesidad es que sea tanta su voz, cuanta alegría interior tenga; por eso el Profeta dijo: «Vox exultationis et salutis in tabernaculis iustorum». «La voz de la exultación y de la salvación está en las tiendas (es decir, en los corazones) de los justos» (Sal 118,15). La cual voz razonablemente se dice que viene del cielo, pues la mente pura del justo, en contemplando la infinita dulzura de Dios, llega en el corazón a exultante alegría; y ésta es la exultación intelectual. La grandeza de dicha ale-

gría se significa con la voz de muchas aguas; pues por la imperiosa luz de la razón, que contempla la infinita dulzura de Dios, se multiplica el sentimiento de alegría espiritual y se suscita afecto cordial. Lo mismo que cuando llueve, en viniendo el viento suena y hace ruido al mover el agua, así en soplando el Espíritu Santo, colmando la mente de afectos, genera en ellos con cierto ímpetu espiritual un movimiento de piedad y un sonido de jocundidad. De este movimiento y agua dijo el Señor Jesús a la Samaritana, en san Juan en el capítulo cuarto: «Qui biberit ex aqua, quam ego dabo ei, fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternam». «Quien beba del agua de la gracia que yo le daré, tendrá en él a modo de una fuente de agua viva que lo hará subir a la vida eterna» (Jn 4,13-14).

La segunda hoja es: exultación afectiva; la cual, en el exceso y grandeza de la exultación, abunda en afecto. De ésta añade san Juan que aquella voz «fue a modo de un gran trueno». El trueno se produce naturalmente del vapor del agua y del sutil humo de la tierra, cuando éstos son levantados en el aire por el calor del Sol. Por el frío del aire, pues, se condensa y comprime el vapor del agua, y se vuelve nube; por lo cual el humo de la tierra, que está encerrado dentro de la nube, rompe y hiende la nube; y al tiempo que busca un lugar más amplio en su salida, es inflamado por las nubes que lo comprimen, y al salir afuera se viene a producir el trueno.

Apliquémoslo espiritualmente a nuestro propósito: la humana mente espiritual y pura dos cosas tiene en sí, a modo de principios de la admiración contemplativa; porque, siendo ella aire puro, por obra del Sol de justicia, Cristo Dios, en la voluntad ferviente y ardiente afecto dos cosas recibe, a saber, el amor de la devoción y el humo del incendio del divino amor. Estando, pues, la mente así dispuesta, crece el fervor del amor de Dios en la piadosa mente, por las magnas cosas que comprende en Dios. Y cuando la grandeza del gozo se multiplica tanto, que la mente es ya incapaz, el desmesurado amor de Dios, como por una naturaleza violenta suya, suavemente la rompe y la hiende, generando en la mente el estrépito y trueno de la divina admiración. Y éste es el trueno del cual el Profeta dice: «Vox tonitrui tui in rota». «La voz de tu trueno está en la rueda» (Sal 77,19): es decir, en la mente, la cual hecha está como la rueda que no tiene fin.

Y esto mismo declara san Juan aquí, «voz de gran trueno»; porque la mente espiritual y pura, al comprender por acción de Dios cosas casi incomprensibles, es decir, al ver en Dios por encima de lo que puede comprender ella y toda la creada naturaleza, maravillándose se pasma de ello; y dado que, según el apóstol Pablo, Dios habita una luz incomprensible, no hay nada tan pequeño de Dios, que la mente humana pueda comprenderlo

(1 Tm 6,16), por más pura y grande que sea la mente; sino que de ello sólo se puede pasmar. Por eso Job en el capítulo 26 dice: «Cum vix parvam stillam sermonis eius audierimus, quis poterit tonitruum magnitudinis eius intueri?». O sea: «Cuando una pequeña gotita y palabrilla de su hablar y obrar comprender no podemos, ¿quién podrá conocer la grandeza de su trueno?» (Jb 26,14). Es decir, la razón de sus estupendos y admirables juicios.

La tercera hoja es: exultación corporal. En estos justos contempladores de Dios, esa sobredicha consolación no sólo colma la mente, sino que también desborda y abunda en la carne domada. Por eso san Juan añade que la voz que él oyó «era como de citaristas que tocaran sus cítaras» (Ap 14,2). ¿Qué son dichos citaristas, sino los espíritus puros de esos justos? ¿Y qué son sus cítaras e instrumentos, sino sus cuerpos, de pecados vacíos y limpios? Tales, pues, hacen de sus cuerpos súbditos cítaras de diversos sonidos de exultación y gozo; a eso se debe que sus cuerpos, como cítaras, al recibir abundante exultación y dulzura divinas, se desborden. Y de esto decía el Profeta: «Exultabunt sancti in gloria, laetabuntur in cubilibus suis. Exultationes Dei in gutture eorum». «Exultarán los santos en gloria, se alegrarán en sus conciencias limpias» (Sal 149,5). —Esto dice en cuanto a la exultación del espíritu en Dios. Pero en cuanto al desbordamiento del espíritu lleno de dulzura, que se derrama en el cuerpo, añade: «Sus exultaciones en sus gargantas y sus cuerpos desbordan» (Sal 149,6).

Del verdadero sometimiento del espíritu a Dios; y de tres obediencias del alma perfecta

[11] El undécimo lirio es: sometimiento del espíritu a Dios. En este signo clarísimo se manifiesta que la sobredicha exultación, junto con las demás virtudes y gracias anteriormente mostradas, se dan por saludable don de Dios si, tras los antedichos lirios graduados, el espíritu se sujeta humildísimamente a Dios.

Tres hojas tiene este lirio, de acuerdo con las tres obediencias que tales almas deben observar. La primera hoja es obediencia mandada; la segunda, obediencia demostrada; la tercera, obediencia inspirada.

La primera hoja es: obediencia mandada primero por Dios en sus mandamientos, después por la santa Iglesia y sus prelados. En esto se manifiesta el amor veraz que el alma tiene a Dios, en que está pronta a obedecer en lo que sea según Dios, no solamente a Él y sus preceptos, sino también a sus prelados, aun cuando no sean tan justos como deben ser, con tal que estén

sostenidos por la Iglesia. Así, el amor de Dios le hace al alma como el fuego a la cera o al metal; pues luego que por el fuego son calentados y licuados, están prontos a recibir cualquier forma; así el alma, licuada por el fuego del amor de Dios, responde siempre a todo divino precepto y preceptor, como en su conversión hizo san Pablo diciendo: «Domine, quid vis me facere?» (Hch 9,6). Y también como el Salmista: «Paratus sum et non sum turbatus». «Estoy del todo preparado para obedecer sin turbación» (Sal 119,60).

La segunda hoja es: obediencia demostrada. Aun cuando tal justo no esté obligado de necesidad a obedecer a sus iguales e inferiores, no obstante el amor de Dios lo adorna con tanta afabilidad y benignidad, que por amor del Dilecto obedece a toda criatura racional en las cosas razonables; al ajeno sentir, ver y parecer, con gusto le da precedencia sobre el suyo. Entiende luminosa y claramente lo peligroso que es seguir su propio parecer y querer; por eso, cuanto más alto estado de verdadera perfección alcance, y revelaciones y visiones y espíritu de profecías, y gracia de hacer milagros y de expulsar demonios, y toda otra suma perfección y don, tanto más pronta obediencia alcanzará, no sólo a los superiores, sino también a los inferiores. Por lo cual, del alma que contra la obediencia sigue su propio querer y parecer, aunque tenga alto estado de contemplaciones y luces, dice Dios por el profeta Oseas, en el capítulo diez: «Confundetur Israel in voluntate sua» (Os 10,6). Israel se entiende como «el que ve a Dios», y denota al alma en la alta contemplación iluminada. Dice que, quien sigue el propio querer, quedará confuso en el presente con caídas en miserables culpas, y en el futuro por increíbles penas.

La tercera hoja es: obediencia inspirada. De muchas maneras manifiesta Dios su voluntad a sus siervos. La mente, pues, llegada a este estado, luminosa y discretamente conoce todas las malignas sugestiones, «que la voluntad de Dios es buena, agradable y perfecta», según dice el Apóstol (Rm 12,2). Por lo cual, como siente y conoce en la inspiración el divino querer, inmediatamente dispuesta lo pone por obra; siempre en la mente diciendo lo que en el primero de Reyes, capítulo primero, está escrito: «Loquere Domine, quia audit servus tuus» (1 S 3,10. Y en el de Job, capítulo 14: «Vocabis me, et ego respondebo tibi» (Jb 14,15).

SAN ANTONINO DE FLORENCIA

Nació en Florencia en 1389; su padre, Pierozzi, era notario. Fue novicio dominico en Cortona, bajo la dirección del beato Lorenzo da Ripafratta. Fue muy fecundo como confesor y predicador, en Nápoles y en

Roma. Nombrado arzobispo de Florencia en 1446, aceptó de mala gana y ejerció después el cargo con severidad. Murió en 1459.

La *Obra para bien vivir* fue escrita en 1455 para Dianora Soderini, mujer de Lorenzo de Médicis.

De «Obra para bien vivir»

Qué es el mal,
y cómo sin la divina gracia
no nos podemos apartar de él para hacer el bien

[I, 2] Por el gran... amor que nos tiene, y por su caridad, nos ha iluminado Dios para conocer nuestro estado, y nos ha dado fortaleza para saber tomar el partido de aceptar las buenas inspiraciones. Que esto es verdad bien lo demostró él en figura corporal con Lázaro: por el gran amor que a él y a sus hermanas les tenía, lo resucitó tras llevar muerto cuatro días; lo cual significa al pecador público y empedernido. Por el gran amor, pues, que Dios nos tiene, nos inspira y conforta interiormente para que nos arrepintamos del mal; no procede de nosotros, ni lo hace por mérito nuestro. Por eso dice el profeta Isaías que nuestro mérito es como un paño menstruado (Is 64,5), lo cual es la cosa más abominable que pueda haber. Por eso, para quitarnos ese género de opinión, dijo Jesucristo a los apóstoles: «Cuando hayáis hecho lo que se os mandó, decir: Siervos inútiles somos» (Lc 17,10). Ahora bien, ¡consideremos qué merecemos nosotros, que ofendemos cada día a nuestro Creador, si los apóstoles eran reputados siervos inútiles aun observando todos los mandamientos! Y san Agustín dice que «en el día del juicio, cuando Dios pague a cada uno según sus obras, Él coronará sus gracias, y no nuestras obras». Eso quiere decir que el bien que hacemos procede de su virtud y gracia; que por nosotros mismos no somos recipientes hábiles para contener siquiera una buena inspiración. Por eso dice san Pablo: «¿Qué tienes, hombre, que no hayas recibido de Dios? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías de ello, como si no lo hubieses recibido?» (1 Co 4,7). De Dios, pues, debemos reputar todo bien, y toda buena inspiración que recibimos y que él nos da solamente por su gracia, sin mérito alguno nuestro, por la gran caridad y amor que Él nos tiene, dándonos ejemplo de que debemos proceder así para con Él, para que nos apartemos del mal. Así es como Él, por el amor que nos tiene, nos llama; así nosotros, por el amor que debemos tenerle, hemos de ingeniárnoslas para responder a sus buenas inspiraciones, apartándonos del mal.

[3] ...Nos es preciso, pues, que con el fuego del amor consumamos la herrumbre del pecado. La leña que alimenta y hace crecer siempre este santo fuego no es otra que el continuo traer a la memoria los grandes beneficios que de El hemos recibido. Conmovido, hija mía, se deleita Dios; y conmovido, de buen grado se abraza al alma que se deleita pensando en sus beneficios. Ésta es la leña que mandó Dios a Moisés en el Antiguo Testamento, como se lee en el Levítico: que mandase a los sacerdotes que debían echar siempre leña al fuego del sacrificio, para que fuese fuego perpetuo (Lv 6,5-6). Pues cuando el alma evoca con toda sinceridad los beneficios recibidos de Dios, preciso es que se avergüence de su ingratitud y pereza; y después, al final, si tiene un corazón de piedra, preciso es que se ablande para amarlo, viendo que siempre ha huido de Dios, y que Él no se ha indignado por ello, sino que siempre nos ha esperado pacientemente, y de continuo nos espera y llama siempre de diversas maneras. Unas veces con buenas inspiraciones, otras nos hace llamar por sus siervos, unas nos halaga con beneficios y otras nos amenaza con tribulaciones; como si Él tuviese necesidad de nuestros hechos, y no pudiese reinar sin nosotros.

Cómo solícitamente debemos guardarnos de la vanagloria, y de los males lisonjeros, por deseo de alcanzar la paz y pureza de corazón y de mente

[I, 8] [Tercero de los remedios] es pensar que, como se ha dicho, las lisonjas son como leche para alimentar a los niños; de suerte que gran deshonor nos viene de estar también en esta mama. Además que el lisonjero, como se ha dicho, es pésimo engañador, y es traidor, que nos levanta para hacernos caer. Por eso se lee de Sócrates que, habiéndolo alabado uno, lo echó de su lado diciendo: «Vete de aquí, que no ganarás nada conmigo, pues te entiendo demasiado bien». El cuarto remedio es que el hombre, considerando los muchos males, engaños y daños procedentes de la adulación, como antes se ha dicho, debe mostrar mala cara a los aduladores y no reírles sus palabras; porque quien no lo hace así y les cree, se echa a perder a sí mismo y los echa a perder a ellos. Por eso dice Salomón: «El príncipe que de buen grado oye las palabras mentirosas, todos sus ministros tendrá impíos» (Pr 29,12). El quinto remedio es pensar que a Dios le agrada mucho que el hombre huya de esta leche, y se alegra y hace fiesta cuando así huye. Esto quedó bien figurado en el hecho de

que Abraham celebró con gran alegría el destete de su hijo Isaac. Y lo mismo que las nodrizas para destetar a sus niños ponen alguna cosa amarga sobre la mama, así Dios, para quitar a sus hijos esta leche de las alabanzas, permite muchas veces amarguras: otras lenguas que los censuren, o que las mismas que antes los alababan, después los vituperen. Por eso dice san Bernardo que «quien pone el tesoro de su alma en boca ajena, será grande o pequeño, bueno o malo, según las lenguas lo quieran alabar o vituperar, exaltar, condenar o censurar». Por eso cada uno debe hacer como san Pablo, el cual, según se dice, se burlaba de los juicios humanos, pasando virtuosísimamente, según sus palabras, por infamias y buena fama (2 Co 6,8).

Baste por ahora con esto poco que hemos dicho contra las lisonjas que el diablo de continuo nos pone en los oídos de nuestra mente, como tentación, y contra los lisonjeros, sus miembros, y contra quienes de buen grado los oyen. Por lo cual, hija mía, exhorto a vuestra caridad a que seáis solícita en guardaros bien de esos alabadores, temporales y espirituales: es decir, de las alabanzas con que el demonio de continuo os alaba invisiblemente, en vuestras buenas obras, y de las visibles que os hacen los hombres necios, sus miembros, instigados por él para que nos alaben; cosa que hace con la sola intención de manchar nuestras buenas obras, para que no sean sinceras ni limpias. Pues sabe él que, estando dichas obras tan mezcladas, jamás podremos llegar al tercer grado de la paz de nuestra mente, a la cual el Profeta tanto nos exhorta, diciendo: «Busca la paz» (Sal 34,15). Por lo cual, cuando hacemos alguna obra buena nuestra, y el demonio nos tienta de vanagloria, mostrándonos que hacemos grandes cosas, no le demos fe, ni nos ensalcemos por ello, sino que sea siempre nuestra intención hacerlas en honor de Dios; y respondamos a los pensamientos que nos ponen los demonios diciéndoles como una vez san Bernardo: mientras predicaba muy elevadamente al pueblo, el demonio le encomiaba mucho en su mente lo bien que hablaba; a esos pensamientos respondió él en voz alta diciendo: «Ni por ti comencé a predicar, ni por ti dejaré de hacerlo». Y cuando las oigamos de los hombres, pongámosles tan mala cara, que claramente se den cuenta de que tales alabanzas no nos son gratas en nuestro interior. Y si así lo hacemos, siempre estará nuestra mente clara y pacífica; y de ese modo habremos llegado al tercer grado de la paz. Si nos las ingeniamos perfectamente para llegar a ésta, ingeniándonoslas para hacer el bien con pureza y sencillez de corazón, sin doblez ni malicia alguna, en honor de Dios, por ella llegaremos a la verdadera paz de la vida eterna.

Del pecado del mucho reír,
y cómo debemos guardarnos de los juglares,
que inducen a los demás a la risa,
y de cualquier otra cosa que a ésta nos indujese

[II, 5] Digo también, a modo de conclusión del pecado que se suele cometer con la boca, que es el mucho reír y también que debemos huir de ciertos juglares que suelen inducir a los demás a risa. A ese hablar juglaresco la Santa Escritura lo llama escurrilidad; san Pablo nos lo reprocha y prohíbe, al decir a los efesios: «Entre vosotros no se recuerde escurrilidad alguna» (Ef 4,29). La gravedad de este pecado se nos muestra máximamente si consideramos a qué cosas y a qué personas son asemejados esos tales. Debemos, pues, saber que esos juglares son asemejados a la cabra y al mono, pues con esos animales hacen sus diversiones y juegos para excitar a la gente a reír. Así el demonio, con sus palabras jocosas y burlonas, incita a las gentes a disipaciones. Y lo mismo que la cabra es un animal fétido, y el mono un animal asqueroso y deforme, así ellos son ante Dios hediondos y desagradables. Pues, comúnmente, también ante los hombres prudentes son viles y despreciables; de suerte que, aun suponiendo que muchos se rían con sus juegos, casi ninguno querría, no obstante, asemejarse a ellos. Podemos decir también que son ladrones, por cuanto roban y hacen perder el tiempo, el cual es la cosa más preciosa y más necesaria, como anteriormente se ha dicho; de suerte que quien pierde el tiempo se pierde a sí mismo. Son también consoladores de atribulados al servicio del diablo: les incitan a reír y a perder el tiempo, de manera que no sientan las fatigas ni los remordimientos de la conciencia de su mala vida; y con sus cantos, a modo de sirenas, hacen que los míseros pecadores se adormezcan en las tempestades del mar de este mísero mundo, de suerte que no se den cuenta cuando caigan al infierno...

¿Sabéis, hija mía, que dice el Señor que «el reino del cielo se obtiene por la fuerza, y los violentos lo arrebatan» (Mt 11,12)? Ya que os habéis puesto a amar a Dios, no os preocupéis más de este mundo; pues si os dais a Él con todo el corazón, con sencillez y pureza de corazón, os dará tal consolación, que muy bien podréis estar sin el amor del mundo. Cuando estéis charlando en compañía de otros y oigáis hablar a algunos, no queráis responder a todo; no queráis ya, hija mía, ser sabia para el mundo; sino, por amor de Dios, mostraos a los hombres ignorante de las cosas del mundo ahora, para que podáis ser eternamente sabia ante Dios y sus ángeles.

Conversad con las gentes lo menos que podáis, y levantadle un buen muro a vuestra alma; para que las fieras infernales no os echen a perder la buena sementera que Dios ha sembrado en el huerto de vuestra alma. A la puerta de vuestra boca poned buena custodia, para que, como dice un santo, no perdáis en poco tiempo riendo lo que en mucho tiempo habéis adquirido llorando. Creedme, hija mía, creedme, que esas palabras ociosas y esas chanzas (que el hombre hoy en día no parece que sepa hacer otra cosa, y no se tiene conciencia de ello) son las cosas que secan nuestras almas, de manera que no nos dejan sentir ninguna dulzura de Dios.

MATTEO PALMIERI

Nació en Florencia en 1406, murió en esa misma ciudad en 1475. Fue boticario y después hombre público. Escribió un tratado moral neoplatónico, *De la vida civil*, y el poema *La ciudad de vida*, comentado por Leonardo Dati, que fue considerado herético por haber asumido la teoría de la preexistencia de las almas y la metempsicosis origeniana.

De «De la vida civil»

Las virtudes terceras y cuartas

[I, 1] Las virtudes terceras son llamadas de almas ya purgadas, puras y limpias de toda mancha, abstraídas y deificadas en jocundidad perpetua. La prudencia de éstas no consiste en elegir o preferir las cosas celestes y divinas por comparación, sino en conocer, gustar y deleitarse sólo en ellas como si no hubiese ninguna otra. Templanza es, no refrenar las codicias terrenas, sino tenerlas totalmente fuera de sí y no acordarse de ellas nunca. La fortaleza ninguna pasión en sí debe tener, ni saber que existen; estar contenta y sin deseo de ninguna otra cosa.

La justicia consiste en conservar el perpetuo orden de la mente divina y, por continua imitación, unirse y hacerse lo más semejante que pueda a aquélla. Las cuartas virtudes sólo en la mente divina son especie perfecta y bien universal, de cuyo ejemplo procede todo bien, y todas las demás virtudes son desde éstas que sin origen son por sí mismas generadas. La prudencia allí es la mente divina que dispone y gobierna el universo. La templanza a sí misma mira, conservando perpetua la in-

tención propia. La fortaleza siempre es lo mismo, no cambia jamás. La justicia perpetuamente observa la misma ley, continúa en sus obras eternas, nunca desiste de ellas. De este modo, preclaros ingenios han considerado cuatro generaciones de virtudes, de las cuales las primeras mortifican los pecados, las segundas los purgan y quitan de nosotros; las terceras los olvidan y se vuelven en todo limpias; en las cuartas no es en modo alguno lícito nombrarlos.

SANTA CATALINA DE BOLONIA

Nació en Bolonia en 1413, fue doncella de Margarita d'Este en la corte de Ferrara. A continuación se hizo clarisa en Ferrara, y mantuvo una larga lucha contra los engaños diabólicos, resueltos por apariciones divinas y por éxtasis. Murió el día previsto por una visión suya, el 9 de marzo de 1463.

Compuso en 1438, en italiano, *Las armas necesarias para la batalla espiritual.*

De «Las armas necesarias para la batalla espiritual»

Las siete armas

Cualquier persona que sea de tan elegante y gentilísimo corazón, que quiera tomar la cruz por Jesucristo nuestro Salvador, el cual fue muerto en el campo de batalla para vivificarnos, tome primero las armas necesarias para tal batalla, y sobre todo las que a continuación siguen ordenadamente. La primera es *Diligencia*; la segunda, *Desconfianza de sí*; la tercera, *Confiarse a Dios*; la cuarta, *Memoria passionis*; la quinta, *Memoria mortis propriae*; la sexta, *Memoria gloriae Dei*; la séptima y última, *La autoridad de la Sagrada Escritura*, como de ello dio ejemplo Jesucristo en el desierto.

La séptima arma

En toda aparición que os acontezca, empuñad el arma de la Sagrada Escritura, la cual manifiesta la actitud que mostró la madre de Cristo cuando se le apareció el ángel Gabriel, diciendo respecto a él: «Qualis est

ista salutatio?» (Lc 1,29). Mostrad también vosotros esta actitud en toda aparición y sentimiento que os sobrevenga, procurando así aseguraros perfectamente de si es espíritu bueno o malvado antes de prestarle oído: ¡dichosos los que lo hagan! No menos necesario es también vigilar bien los pensamientos de la mente; porque el Diablo pone algunas veces buenos y santos pensamientos en la mente para engañarla bajo especie de virtud; y después, para demostrar que esto es así, tienta y ataca fuertemente con el vicio contrario a esa virtud; esto lo hace el enemigo por ver si puede hacer caer a la persona en la fosa de la desesperación. Que esto es verdad os lo demostraré por lo que le pasó a la sobredicha religiosa que se llamaba a sí misma perrilla:[1] la cual en su edad juvenil, iluminada por la divina gracia entró al servicio de Dios en este monasterio, y con sana conciencia y gran fervor era asidua día y noche de la santa oración; y toda virtud que veía u oía que estaba en otros, se aplicaba a tomarla para sí: y esto hacía, no por envidia, sino para más agradar a Dios, en quien había puesto todo su amor. Después de algún tiempo, luego que hubo recibido muchas gracias de Dios, y soportado también grandes y diversas batallas y tentaciones, una vez, al verse asaltada por una sugestión mental, y sabiendo por ella que en dicha sugestión estaba presente el Diablo, le habló con gran atrevimiento diciendo: «Sábete, maligno, que no me la podrás dar tal, ni tan oculta, que yo no la conozca». Pero Dios, queriendo humillarla en eso, y demostrar que el enemigo era más malicioso y astuto que ella, le permitió un sutil engaño, y fue el siguiente. El Diablo se le apareció en figura de la Virgen María, y hablándole le dijo: «Si apartas de ti el amor vicioso, yo te daré el virtuoso», y, dicho esto, desapareció. Por lo cual, creyendo ella que había sido la Madre de Cristo, pues en aquel momento estaba en oración y rogaba insistentemente a la Madre de Cristo que se dignase darle la gracia de poder amar ardientemente a su Hijo, pensando que había sido ella, cuando desapareció comenzó a pensar qué quería decir lo que la Virgen María le había dicho, que si alejaba de sí el amor vicioso, le daría el virtuoso, y se le decía en la mente, por oculto engaño, que quería decir que apartase de sí el amor de la propia sensualidad y del propio parecer. Así, con esto se confirmó en su afán de obedecer a su prelada sin ningún discernimiento, ni cuidado de sí misma, como ya solía hacer. Porque en el principio de su conversión, más aún que todas las demás virtudes amaba y deseaba la de la verdadera y santa obediencia, y había puesto en ella todo su celo. Sin embargo, todos

1. La misma santa Catalina.

sus enemigos buscaron engañarla por medio de ella, y comenzaron a ponerle en el corazón diversos y nuevos pensamientos contra la obediencia, en tanto que casi todas las cosas hechas y dichas por su prelada se le volvían juicios y murmuraciones en su mente: de lo cual tenía pena y amargura muy grandes...

Pero estaba con gran amargura, estimando por ello que era contumaz a la Virgen María, y diciendo: «Ella me ha dicho que aparte de mí el propio parecer, y yo pienso cada día lo contrario»; y así había caído en gran desesperación, no pensando que esto se debía a instigación diabólica, sino a sí misma. Pero viendo el maligno Diablo que ella no perdía la esperanza en Dios, pensó en encontrar un engaño más sutil: por lo cual, habiendo entrado ella una mañana en la iglesia para orar, de repente se le apareció en forma de Jesucristo crucificado, en cruz con los brazos abiertos, algo suspendido delante de ella, de manera amistosa y benigna; y como si quisiera reprenderla le habló diciendo: «Ladrona, me has robado; dame lo que me has quitado». Ella, creyendo que era Jesucristo, con gran reverencia y temor —que a ella le parecía que de buen grado se habría clavado con el cuerpo en tierra, tanto le parecía estar sometida en su mente—, respondió diciendo: «Señor mío, ¿qué es esto que me decís? Pues no tengo yo cosa alguna, antes bien pobrísima y aniquilada soy en vuestra presencia, estoy en este mundo sometida a otros, de suerte que no tengo cosa alguna». Y él respondió diciendo: «Quiero que sepas que no eres tan pobre como dices, y que tienes alguna cosa; pues yo te hice a mi imagen y semejanza, dándote la memoria, el entendimiento y la voluntad, y habiendo tú hecho voto de obediencia me lo devolviste y ahora me lo quitas; de esta suerte te demuestro lo ladrona que eres». Ella, comprendiendo que decía esto por los pensamientos de infidelidad que había tenido en el corazón contra su abadesa, como se ha dicho antes, respondió diciendo: «Señor mío, ¿cómo debo hacer para no tener el corazón en mi libertad, ni poder tener los pensamientos que no me convienen?». Y él respondió diciendo: «Haz como te voy a decir: toma tu voluntad, memoria y entendimiento, y no los utilices en ninguna cosa fuera del querer de tu superiora». Ella dijo a su vez: «¿Cómo he de hacer eso, dado que no puedo tener al entendimiento sin discernir y a la memoria sin recordar?». Respondió él: «Pon tu voluntad en la suya, y haz cuenta que la suya es tuya, y no quieras ejercitar la memoria ni el entendimiento en ninguna cosa distinta». Pero ella decía que no podía hacerlo, sintiendo que no tenía el corazón en su libertad. Mas él le dijo: «Haz como voy a decirte: duerme, vela y descansa». Ella respondió: «Señor, no entiendo lo que queréis decir». Y él dijo: «Entiende por dormir

que no te entrometas en las cosas presentes de este mundo; por velar entiende que, no obstante, debes ser solícita en obedecer; y por reposar entiende que siempre en cada operación tuya has de mantener tu mente en continua meditación de mi pasión». Dicho esto, y muchas otras cosas en exhortación a la obediencia, desapareció. Y ella, creyendo efectivamente que era Jesucristo, permaneció con la mente suspensa en estas cosas, pensando a menudo en ellas; sin embargo, no sentía su corazón libre de la sobredicha batalla; al contrario, con gran importunidad, tan pronto como su abadesa ordenaba algún ejercicio, o decía alguna cosa, se le ocurrían casi innumerables juicios, pensando que mejor estaría de esta manera o de la otra, y muchos pensamientos de infidelidad y contradicción; de los cuales, no obstante, declaraba su culpa a la superiora ya mencionada, como se ha dicho antes...

Las lágrimas, por tanto, abundaban en ella en tan gran copia, que si Dios por gracia no le hubiese conservado la vista, imposible le parecía a ella que los ojos no se le hubiesen deshecho en la cabeza; pues ya le sucedió que, estando en la amargura del llanto, y pareciendo que ya no quedaba más agua, en lugar de ésta le vino sangre: no podía dejar el llanto debido a la indecible tristeza que le había llagado el corazón, y sobre todo porque se veía privada de la llama del divino amor, que solía visitarla muy frecuentemente, y con tanta abundancia, que con mucha violencia apenas lo podía ocultar. Pero dio en tan gran sequedad mental, que no podía orar, ni decir el Oficio sin mucho pena y violencia; y con esto aumentaba aún más en ella la penosa tristeza, temiendo que fuese por vicio de sensualidad. Temor este que procedía del enemigo, pues, como se ha dicho antes, en la primera aparición le había dicho él que apartase de sí la sensualidad, y ahora la espoleaba metiéndole en el corazón que era sensual; y no solamente a ella, sino también a las personas allegadas a ella; por eso sufrió y soportó muchas incomodidades e improperios: y éste era el consuelo y sostenimiento que recibía en tantos males: de suerte que, a medida que iba creciendo continuamente su pena, casi le faltaba el entendimiento, porque dentro y fuera seguían las batallas. Y con eso comenzó a encontrar algún descanso, y a no continuar así la vela nocturna; porque estaba tan habituada a la oración, que hasta durmiendo se encontró levantada en forma de cruz, es decir, con los brazos abiertos; y no dudó que a esto la inducía el enemigo, para que el excesivo orar la hiciese enloquecer. Además de eso, le parecía, y así era en verdad, que le ocurría como al glorioso Job, es decir, que estaba privada de toda riqueza de gracia mental y corporal; y las virtudes que antes practicaba con genuino fervor y sin pereza, ahora le pa-

recía imposible poderlas ejercitar. Pero la virtud de la paciencia se le proponía en la mente, aun cuando tuviese muy poca; pues una mínima palabra que se le hubiese dicho le provocaba gran amargura: y esto le sucedió tras los mencionados engaños por la mucha pobreza de espíritu que padecía. Pasado que hubo mucho tiempo con tanta penuria, viendo el enemigo que no la había derribado del todo en tierra, se le apareció de nuevo con la apariencia de la Virgen María con su Hijo en brazos, y hablándole así le dijo recriminándola: «No has querido apartar de ti el amor vicioso, y yo no te daré el virtuoso, es decir, el de mi Hijo». Y dicho esto desapareció como quien está turbado...

Pasada la sobredicha penuria infernal, que duró por espacio de unos cinco años, quedó nuevamente consolada por la visitación divina, y confirmada en tanto conocimiento de la propia impotencia y nulidad, que, si todas las almas bienaventuradas le hubiesen jurado lo contrario, no lo habría creído; además de esto, quedó en tan saludable temor, que ante la divina Majestad no se veía sino indecible e incomprensiblemente pequeñísima. De ese modo llegó a ser, a su costa, algo experta en los engaños diabólicos, y también en la verdadera y divina visitación, de la cual dice y afirma esto: que cuando Dios por su clemencia se dignaba visitar su mente, inmediatamente se daba cuenta de ello por esta señal veraz e infalible, a saber, que venía precedido por la santa aurora de la humildad; la cual, al entrar inmediatamente en ella, le hacía inclinar la cabeza interior y exterior, de suerte que le parecía ser raíz principal de todas las culpas pretéritas, presentes y futuras; y así, juzgándose causa de cualquier defecto que hubiese en sus vecinas, permanecía en verdadera y cordial dilección de éstas; y en ese momento, añadía, el radiante sol y fuego abrasador Cristo veraz descansaba en paz con esa alma sin mediar nada más; por lo cual bien podía decir: «¡Oh alta nulidad, tu acto es tan fuerte, que abres todas las puertas, y entras en el infinito!». Después, al declinar la llama del divino amor, quedaba la mente iluminada, el corazón caldeado y encendido por el deseo de graves padecimientos, y el rostro jocundo por todos los sentimientos jubilosos y festivos; algunas veces, la elocuencia parecía quedar toda expedita, aumentadas las virtudes, dulces y suaves de retomar, y capaces de soportar los defectos. Algunas veces, por el contrario, quedaba como insensible a toda palabra por la gracia del unitivo amor que en ella permanecía; y cuanto más unida estaba con Dios, tanto mayor temor tenía de ser su enemiga, y verse de él privada. Con ese medio podía disfrutar la divina presencia sin peligro de vanagloria aunque estuviese alguien presente, y también estimaba que

todas las criaturas mortales quedan igualmente anonadadas ante la divina e imperial Majestad; de suerte que de manera indecible le era aportada una luz interior, por la cual comprendía que sólo Dios la podía letificar y glorificar, y por gracia darle bien infinito, y por justicia, pena infinita: por eso le parecía suma necedad vanagloriarse, y por temor de aquél aceptar los divinos sentimientos y obrar bien, aun cuando fuese de forma manifiesta...

Queriendo ahora demostrar, por el contrario, que comprende y conoce la visión diabólica por aquella experiencia que tuvo con las sobredichas apariciones diabólicas, dice que aquellas tres veces en las que el enemigo se le mostró bajo la especie que se ha dicho, nunca le vino en el momento a la mente la duda de si sería un espíritu malvado; es más, inmediatamente creyó sin otra certificación que era espíritu bueno. Pues en esas apariciones el falso enemigo le predicaba siempre aquella virtud que ella amaba sumamente, a saber, la obediencia; y después con mucha importunidad la inducía a lo contrario, poniéndole en el corazón los pensamientos que la inclinaban a juzgar a su superiora. Tras esto, bajo especie de contrición le ponía tanto dolor de esas sugestiones, que la hacía permanecer en la fosa de aquella indecible y dañina tristeza, dándole a entender que eso procedía de sí misma, y no de él, como sin duda era en realidad. El enemigo mantuvo esa actitud suya dándole durante mucho tiempo la tentación de la blasfemia, tentación a la cual no pudo encontrar nunca remedio alguno, ni mediante la confesión, ni de otra manera, hasta que el Diablo, mientras ella dormía también una noche, se le acercó al oído y le dijo que blasfemase de Dios; ella, dormida, se resistía diciendo: «No haré tal cosa». Entonces el maligno pareció indignarse mucho, e hizo tan gran estrépito, que ella se despertó, y lo oyó alejarse de su lado, por lo que se dio cuenta claramente de que había sido el enemigo quien tanto la había afligido poniéndole en el corazón esas blasfemias, y dándole después a entender que procedían de sí misma, para hacerla caer en la desesperación. Tras lo cual salió victoriosa de dicha tentación, viendo claramente cómo el enemigo le ponía en el espíritu aquella blasfemia. De suerte que si alguna de vosotras, queridísimas hermanas, se ve tentada con semejante batalla, no se confunda ni contriste, pensando que eso proceda de sí, sino sólo de la diabólica envidia, la cual no puede soportar que Dios sea adorado y alabado. ¡Ah, sea por siempre, sin cesar nunca, bendito y alabado y magnificado y exaltado sobre todo, a despecho y para escarnio de Lucifer con todos sus compinches y su tenebrosa compañía! Amén Amén.

GIOVANNI PONTANO

La *Carta sobre el fuego filosófico*, una de las explícitas declaraciones en torno a la mística alquímica, es de Giovanni Pontano; pero éste podría ser el jesuita Jacques Spaumüller o Spanmüller, llamado el Pontano (1541-1626), y no el poeta latino de ese nombre. Este nació en Cerreto (Umbría) quizás en 1426 y murió en 1503, fue miembro del Pórtico, o Academia del Palermitano, y protegido de Alfonso V el Magnánimo en Nápoles; su memoria se fía a los *Carmina* y a los poemas: *Urania*, *De hortis Hesperidum*. El Pontano es uno de los interlocutores del *Crater Hermetis* de Lazzarelli, junto con Fernando I de Aragón, y esto anima a atribuirle la paternidad de la carta.

De la «Carta sobre el fuego filosófico»

La piedra filosofal... es una y se llama de muchas maneras; antes de que la conozcas te resultará muy difícil. En efecto, es ácuea, aérea, ígnea, térrea, flemática, sanguínea, melancólica, colérica, es también sulfúrea y es igualmente plata viva. Y tiene muchas propiedades felices, que por obra del Dios altísimo se convierten en verdadera esencia mediante nuestro fuego.

Quien separa algo del sujeto, juzgando tal cosa necesaria, ése ciertamente no sabe nada de filosofía, porque lo que es superfluo, impuro, sucio y de desecho, la sustancia toda del sujeto, en suma, se perfecciona en cuerpo espiritual siempre mediante nuestro fuego. Y esto los verdaderos sabios no lo ignoran nunca. Por eso muy pocos llegan al arte, por considerar que se debe eliminar algo superfluo e impuro. Ahora bien, es preciso decir las propiedades de nuestro fuego, si conviene a la materia y en qué modo, para que se transmute con la materia. Dicho fuego no quema la materia, nada separa de ella, ni separa las partes puras de las impuras, como dicen todos los filósofos, sino que convierte en pureza el sujeto entero; no sublima, como hace Geber sus sublimaciones, y de modo parecido Arnoldo y otros hablando de ♎ x 3 y de sublimación.[2]

2. Es el signo de la balanza multiplicado por tres, alusión a la búsqueda cabalística del equilibrio entre fuerzas (entre dos opuestos nace un equilibrio que es una tercera fuerza, y la triplicidad produce a su vez una distinta oposición: el cabalista debe ser siempre capaz de determinar con precisión el fiel de la balanza).

Hace perfecto en breve tiempo. Es mineral, ácueo, igual, continuo, no evapora si no se hace llamear demasiado, participa de lo sulfúreo de otro modo que de la materia, disgrega, disuelve, congela todo y de modo semejante calcina y es artificial, fácil de encontrar y componer, sin costo alguno, o al menos con poco.

Nuestro fuego es mineral y eterno, no evapora si no es excitado de forma desmedida; participa del azufre, no proviene de la materia; destruye, disuelve, congela y calcina todas las cosas. Se precisa mucha habilidad para descubrirlo y prepararlo; no cuesta nada o casi nada. Además es húmedo, cargado de vapores, penetrante, sutil, dulce, etéreo. Transforma, no se inflama, no se consume, lo circunda todo, lo contiene todo; en definitiva es el único de su especie. Es además la fuente de agua vital en la cual el rey y la reina de la naturaleza se bañan continuamente...

La práctica en realidad es ésta: tómese la materia y lo más cuidadosamente posible tritúrese con trituración filosófica y póngase al fuego, y la proporción del fuego manténgase de tal modo que excite simplemente la materia, que la toque siempre, y en breve tiempo ese fuego, sin otra imposición de manos, con celeridad llevará a cabo toda la obra, porque pudrirá, corromperá, generará y perfeccionará y hará aparecer los tres colores principales, negro, blanco y rojo, mediante dicho fuego múltiple; añádase después materia cruda no sólo en la cualidad, sino en la virtud.

Sabe, pues, buscar con todas tus fuerzas este fuego y llegarás a esto, porque él es lo que lleva a cabo la obra y es la llave de todos los filósofos que éstos no han revelado nunca; pero si indagas bien y profundamente las cosas santas, conocerás la propiedad del fuego, y no de otro modo. En realidad yo he escrito esto, no movido por la piedad, sino para satisfacer el deseo de muchos. El fuego no se transmuta junto con la materia, porque no es materia, como he dicho más arriba. Esto, pues, he querido decir y advertir a los prudentes para que no gasten inútilmente su dinero, sino que sepan lo que deben investigar: sólo así, y no de otro modo, podrán llegar a la verdad.

Para el ejercicio

Entiende:

Sol = Oro = Azufre = Alma = Corazón.

Primero hazte dueño absoluto de tus pasiones, de tus vicios, de tus virtudes; debes ser el dominador de tu cuerpo y de tus pensamientos, después enciende, o despierta, por mejor decir, en tu «corazón», mediante la ima-

ginación, el centro del «fuego»; procura sentir al principio una especie de calor leve, después más fuerte.

Fija tal sensación en tu «corazón».

Al principio te parecerá difícil; la sensación se te escapará; pero procura mantenerla en el «corazón»; evócala de nuevo, agrándala, disminuyela a placer; sométela a tu poder; fíjala y evócala de nuevo a voluntad.

Prueba una y otra vez.

Apodérate de esa fuerza y conocerás el «Fuego Sacro o Filosófico».

MARSILIO FICINO

Nació en Figline en Valdarno en 1433. Su padre, médico, fue amigo de Cósimo de Médicis, el cual protegió también a Marsilio, designándolo para presidir la Academia platónica que, por sugerencia de Gemisto Pletone, aquél quería reconstituir en Florencia. La Academia reunió a Poliziano, Landino, Calcondila, Pico; poetas, juristas, filósofos, sacerdotes, médicos, músicos. En 1473, Marsilio recibió las órdenes y se hizo canónigo de San Lorenzo. Murió en 1499.

Tradujo a Platón, a Dionisio, el *De daemonibus* de Psello, el *De somniis* de Sinesio, la *De Aegyptiorum Assyriorumque theologia*; escribió *Theologia platonica de immortalitate animarum*; *De voluptate*; *De furore divino*; *De physiognomia*; *De christiana religione*. Entendió la unidad de pensamiento que vinculaba a los autores estudiados en la Academia, de Platón a Dante, unidad que en cierto modo se debía a un origen común y no contrapuesto a la Revelación. Fue de humor melancólico y festivo, casto y sobrio.

De «Argumento sobre la "Teología platonica"»

Que tanto como la luz de Dios supera la superficie del entendimiento, penetra el calor de Dios el centro de la voluntad

Puesto que el calor recibe su origen de la luz, es también un inmenso ardor, un ardor, digo, que en un bien infinito es infinitamente benéfico. Dicho ardor lo experimentamos más con el ardor de la voluntad que con la chispa de la mente. Porque Dios, casi tanto como nos supera con la luz de su entendimiento, se imprime en nosotros con el ardor de su bondad; tanto, que nada es más alto ni más profundo que Dios. Cuanto mayor es su luz,

más ignorada es naturalmente por el entendimiento. Cuanto más vehemente el ardor, tanto más cierta es, por decirlo así, la voluntad. Dios, pues, en una suma cognición del entendimiento es de algún modo para éste una noche; en un sumo amor de voluntad, cierto es que para ésta es un clarísimo día. Pues Orfeo llamó a Dios noche y día. No obstante, el divino esplendor en el ánimo de los bienaventurados, cuando se llama noche, se ve mucho más claro que cualquier día temporal. Y por don divino casi tanto más claro es Dios, por decirlo así, que el Sol más brillante, y el ánimo, más puro y más sereno que el aire.

La luz que está en los elementos, en el cielo, en el alma, en el ángel y en Dios

La luz presente en los elementos fácilmente se ve con los ojos, cuya complexión de elementos es compuesta. La luz del cielo, cuanto mayor sea, más difícilmente se contempla, porque la cualidad de los ojos está más remota del cielo. La luz presente en el alma no se ve en modo alguno, lo mismo que tampoco la luz del Sol la ve un ave nocturna, porque es demasiado grande y el sentido corporal no tiene con ella proporción alguna, sino que se imagina y piensa con algún discurso racional del alma. La luz del ángel ni se ve ni se piensa, porque está sobre la proporción del sentido y sobre la capacidad del discurso temporal; no obstante, se entiende, porque el alma tiene con el ángel conveniencia en cierta inteligencia suya, más con discurso estable de pensamiento, que con móvil. La luz de Dios, dado que traspasa los límites del entendimiento, no puede ser entendida en modo alguno por la inteligencia natural de un hombre, sino que más bien se cree y se ama y, así amada, parece que graciosamente se infunde en nosotros. Porque, encendido el ánimo por su amor, cuanto más ardientemente se inflama, tanto más claramente reluce, más verdaderamente discierne y más suavemente se goza. Por eso dijo Platón que la luz divina no se podía señalar con el dedo de la razón, sino que era comprendida con la clara serenidad de una vida piadosa.

Qué es el cielo, el alma, el ángel, Dios y la diferencia entre la luz visible y la invisible

Ahora bien, a fin de recoger ya en pocas palabras la extensión de esta nuestra disputa, digamos que el cielo es cierta luz sin materia y en cierto

modo corporal; el alma, cierta luz sin cantidad grande; el ángel, una velocísima luz sin movimiento. Expresamos mejor y más verdadera y vehementemente el calor de esa luz con la voluntad, que con la inteligencia la luz. En esto principalmente se diferencia la luz invisible de la visible: la visible, tanto en el fuego como en el cielo, viniendo de fuera, primero ilumina que calienta; pero la invisible, por el contrario, obrando desde dentro, antes calienta en cierto modo el alma, que la ilumina. Por eso en aquélla procedemos de la vista al tacto; en ésta, como de cierto tacto a la vista. La belleza humana se ve antes que se ama, pero la divina se ama para poderla ver. En aquélla, el que ve está míseramente poseído por la esperanza; en ésta, el ver no es otra cosa que poseer felizmente. Pues absolutamente en vano y contra el orden de la naturaleza se afana quien, sin un singular amor y honor para con Dios, cree poder poseerlo o espera antes encontrarlo que amarlo

LUCA PACIOLI

Nació en torno a 1445 en Borgo San Sepolcro, y no se tienen noticias de él posteriores a 1509. Estudió matemáticas en Venecia e ingresó en la orden franciscana. Estuvo con Leonardo da Vinci en la corte de Ludovico el Moro. En 1503 se publicó *De divina proportione*, donde exponía las cualidades místicas de la sección áurea, símbolo perfecto de la mediación, que él declaraba forma esencial y fundamento de toda pintura (hace expresa mención de la *Cena* de Leonardo), estructura oculta gracias a la cual la pintura llegaba a adquirir la misma dignidad mística que había tenido la música en virtud de las proporciones pitagóricas. Fue amigo suyo Piero della Francesca, y la pintura renacentista italiana quedó impregnada por la doctrina de la sección áurea en la distribución de las masas y en el ritmo de las líneas, lo mismo que por las alegorías neoplatónicas en cuanto a las figuraciones.

En la música todo se rige por la consonancia como relación necesaria entre diversos (por ejemplo: *do-mi-sol-do superior*, o bien tercia, quinta, octava; son una serie regida por la siguiente ley: la relación entre *do, mi* y *sol* es distinta de la relación entre *sol* y *do superior*; en efecto, subiendo de *do* a *mi* o de *mi* a *sol* se aumenta en un cuarto el número de vibraciones; de *sol* a *do superior* se aumenta en dos cuartos, o sea, en la mitad; la relación es, pues de 1/4 entre prima y tercia, y también entre tercia y quinta, pero de 1/2 entre quinta y octava: se tiene una serie de fracciones diversas ligadas por necesidad o por consonancia). Igualmente en escultura, arquitec-

tura y pintura, la misma relación entre diversos viene dada por la sección áurea, por lo cual en un todo consonante la anchura debe ser a la longitud como su sección áurea. Para los colores rige otro tanto: consuenan si entre cuatro colores el cuarto difiere de los tres primeros por el doble de intensidad de frecuencia existente en las relaciones de los tres primeros. El albor de esta elevación de la pintura a cálculo místico fue precisado por Landino: «Fue, pues, el primer Juan florentino apellidado Cimabue quien encontró los lineamentos naturales y la verdadera proporción, que los griegos llaman simetría».[3] Pero la perfección manifiesta se alcanzó con los artistas indicados por Pacioli en la *Summa de arithmetica* (Venecia, 1494), con aquellos que «proporcionando siempre con *libello e circino* sus obras, las conducen a perfección admirable», es decir, los maestros de escuadra y compás: Bellini, Mantegna, Melozzo, Luca da Cortona, Perugino, Botticelli, Filippino Lippi, Domenico Ghirlandaio. Hace un siglo se extinguió la percepción de este aflorar renacentista de la pintura mística, que poco a poco empezó a decaer a continuación para acabar extinguiéndose finalmente con los primeros barruntos neoclásicos; el gusto de los primitivos (los cuales en realidad atendían sólo a componer referencias estereotipadas y exacerbadas a acontecimientos sacros, o bien a trazar *mandalas*) fue ahogando poco a poco lo que estaba todavía vivo en las conciencias pese a la falta de pintores capaces de remontarse, salvo grotescamente, a las nociones renacentistas.

De «De la divina proporción»

[5] Paréceme, Excelso Duque, que el título conveniente a nuestro tratado ha de ser el de *La Divina Proporción*, y ello por numerosas correspondencias de semejanza que encuentro en nuestra proporción, de la que tratamos en este nuestro utilísimo discurso, que corresponden a Dios mismo. Para nuestro propósito será suficiente considerar cuatro de ellas, entre otras. La primera es que ella es una sola y no más, y no es posible asignarle otras especies ni diferencias. Y dicha unidad es el supremo epíteto de Dios mismo, según toda la escuela teológica y también filosófica. La segunda correspondencia es la de la Santa Trinidad, es decir, que, así

3. Cristoforo Landino, Comento sopra la Comedia, Proemio, en Saggi critici e teorici, edición a cargo de R. Cardini, 2 volúmenes, Roma, Bulzoni, 1974, vol. I, pág. 124.

como *in divinis* hay una misma sustancia entre tres personas —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, de igual modo una misma proporción se encontrará siempre entre tres términos, y nunca de más o de menos, como se dirá. La tercera correspondencia es que, así como Dios no se puede propiamente definir ni puede darse a entender a nosotros mediante palabras, nuestra proporción no puede nunca determinarse con un número inteligible ni expresarse mediante cantidad racional alguna, sino que siempre es oculta y secreta y es llamada irracional por los matemáticos. La cuarta correspondencia consiste en que, así como Dios nunca puede cambiar y está todo Él en todo y todo en todas partes, de igual modo nuestra proporción es siempre, en toda cantidad continua y discreta, grande o pequeña, la misma y siempre invariable, y de ninguna manera puede cambiar ni de otro modo puede aprehenderla el intelecto, como nuestra explicación demostrará. La quinta correspondencia puede añadirse no sin razón a las cuatro anteriormente citadas: así como Dios confiere el Ser a la virtud celeste, por otro nombre llamada quinta esencia, y mediante ella a los otros cuerpos simples —es decir, a los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego—, y a través de éstos da el ser a cada una de las otras cosas de la naturaleza, de igual modo nuestra santa proporción confiere el ser formal, según el antiguo Platón en su *Timeo*, al cielo mismo, atribuyéndole la figura del cuerpo llamado dodecaedro o, dicho de otro modo, cuerpo de doce pentágonos, el cual, como más abajo se demostrará, no puede formarse sin nuestra proporción. Y, del mismo modo, asigna una forma propia, diferenciada, a cada uno de los elementos, y así al fuego la figura piramidal llamada tetraedro, a la tierra la figura cúbica llamada hexaedro, al aire la figura llamada octaedro y al agua la conocida como icosaedro... Y no es posible proporcionar entre sí estos cinco cuerpos regulares ni se entiende que puedan circunscribirse a la esfera sin nuestra mencionada proporción...

Del primer efecto de una línea dividida según nuestra proporción

[7] Cuando una línea se divide según la proporción que tiene el medio y dos extremos —que así, con otro nombre, es llamada por los sabios nuestra exquisita proporción—, si a su parte mayor se añade la mitad de toda la línea así proporcionalmente dividida, se sigue de modo necesario que el cuadrado de su conjunto siempre será el quíntuplo (es decir, cinco veces) del cuadrado de dicha mitad integral... Digo, pues, que es llamada «pro-

portio habens medium et duo extrema», es decir, «proporción que tiene el medio y dos extremos», como le sucede a todo ternario, ya que cualquiera que sea el ternario por nosotros elegido tendrá siempre el medio con sus dos extremos, porque sin éstos no podría entenderse el medio... *Verbi gratia:* sean tres cantidades del mismo género —ya que de otro modo no se entiende que haya entre ellas proporción—, siendo la primera *a* y 9 de número, la segunda *b* y 6 y la tercera *c* y 4; afirmo que entre ellas existen dos proporciones: una de *a* y *b*, es decir, del 9 con el 6, la cual, entre las comunes en nuestra obra, llamaremos sesquiáltera, que es cuando el término mayor contiene al menor una vez y media, pues el 9 contiene al 6 y también al 3, que es la mitad del 6, y por ello es llamada sesquiáltera... existe también otra proporción sesquiáltera entre la segunda, *b* y la tercera, *c*, es decir, entre el 6 y el 4. En el momento presente no nos preocuparemos de si éstas son símiles o disímiles... Pero entre el medio y los dos extremos de esta nuestra proporción no es posible que existan variaciones, como se dirá. Así puedo establecer con razón la cuarta correspondencia con el Sumo Hacedor, considerándose entre las otras proporciones sin especies u otra diferencia, observando las condiciones de sus definiciones; en eso la podemos comparar con nuestro Salvador, que no vino para abolir la ley sino para cumplirla y que, habiéndose hecho hombre, se sometió a María y a José y les fue obediente. De igual modo, esta nuestra proporción enviada del cielo acompaña a las otras en definición y condiciones y no las degrada sino que las magnifica aún más ampliamente, manteniendo el principio de la unidad entre todas las cantidades, indiferentemente, y nunca cambiando, como del gran Dios dice nuestro san Severino: «Stabilisque manens dat cuncta moveri»... Su mayor extremo será siempre la suma del menor y medio, y podremos decir que dicho extremo mayor es toda la cantidad dividida en aquellas dos partes, es decir, extremo menor y medio, según dicha condición. Hay que señalar por qué dicha proporción no puede ser racional y por qué el extremo menor no puede nunca nombrarse por número alguno, con respecto al medio, siendo el extremo mayor racional, porque siempre serán irracionales, como abajo se dirá. Y esto concuerda con Dios en la tercera manera que vimos, *ut supra*.

SANTA CATALINA DE GÉNOVA

Catalina Fieschi nació en Génova en 1447. Desde su infancia sintió con mucha vehemencia la vocación, sin embargo tuvo que casarse con el impío

Giuliano Adorno. Intentó acomodarse a su estado, pero en 1474 fue arrebatada por un éxtasis casi mortal, y de alegría tan intensa, que le dio una fuerza inusitada, como si tuviese el cuerpo de la resurrección, hasta el punto de que convirtió incluso a Adorno y vivió sólo de hostias, prodigándose en obras asistenciales. Murió en 1510.

De la «Vida de santa Catalina de Géneva»

[22] «La fe me parece del todo perdida, la esperanza, muerta, porque me parece poseer, y tener cierto, lo que otras veces yo creía y esperaba: no veo ya unión, porque no sé ni puedo ver ya otra cosa que a él solo sin mí: no sé dónde me encuentro, ni pretendo ni lo quiero saber, ni poseerme de nuevo: estoy así puesta, y sumergida en la fuente de su inmenso amor, como si estuviese en el mar toda bajo el agua, y por ninguna parte pudiese tocar, ver o sentir otra cosa que el agua: así estoy sumergida en este dulce fuego de amor, de modo que ya no puedo comprender otra cosa que todo amor, el cual me licúa todas las médulas del alma y del cuerpo; y alguna vez me siento como si el cuerpo fuese todo de pasta y, por el extrañamiento en que me encuentro de las cosas corporales, no lo pudiera dominar».

[29] Vino después a estar tan sumergida con el entendimiento, y con la voluntad y memoria inmersa en el pacífico mar de su amor, que no encontraba vocablos apropiados para hablar, y la correspondencia de la mente quedaba tan fija, que ya casi no podía hablar, ni de las cosas de aquí abajo, ni de las de arriba, sino que su hablar eran suspiros de ardientes llamas con pérdidas de los sentidos; y si, no obstante, le era preciso hablar, o atender a otras cosas por necesidad, decía entenderlas con una forma interior muerta, pero que, en cuanto al interior, no penetraban. Tenía su mente purgada de todo impedimento de cosa creada, de tal manera que, habiendo de realizar algún servicio en el cual fuese preciso reparar, lo despachaba lo más pronto que podía; había purificado el afecto, y hecho desaparecer todos los sentimientos del alma y del cuerpo, y de resultas de ello se encontraba en tanta paz y unión, con tanto fuego de amor, que parecía casi siempre fuera de sí, y maravillábase alguno de que no pudiera ella pensar en otra cosa que en su dulce amor, del cual veía que todo el mundo era capaz; y viendo cuánto importaba, no podía creer que uno pudiese ocuparse de otra cosa en esta vida. Le parecía cosa fácil para todos y cada uno poder quedar impreso con las médulas del alma y del cuerpo en ese su dulce amor, sin fatiga, y hasta muy

pronto con gran consolación, diciendo: «Dios se hizo hombre para hacerme Dios, pero quiero toda hacerme Dios por participación». Decía también que le parecía recibir de Dios en su corazón cierto rayo continuo de amor, que les unía con un hilo de oro, del cual no temía que se rompiese nunca, y que le fue dado desde el principio de su conversión, con lo cual fue eliminado de ella todo temor servil y mercenario, de tal manera que ya no estaba temerosa de perder a Dios, antes bien su dulce Dios le daba tanta confianza, que cuando ella era atraída a orar por alguna cosa que él quería conceder, se le decía en su mente: «Manda, porque el amor lo puede hacer». En resumen, ella obtenía todo cuanto quepa imaginar cuando lo pedía con esa certidumbre.

[31] En cuanto a la memoria, decía que no puede retener cosa alguna que la ocupe, no puede retener salvo aquel breve instante que en ese momento se recuerda, y si en un momento dado le dices alguna cosa, en un abrir y cerrar de ojos se le olvida: y si dice haremos esto y aquello, al momento sale de su memoria, sobre todo las cosas mundanas: pero Dios provee a lo que es de necesidad para el divino honor, o para el vivir humano, no le deja hacer exceso que a su debido tiempo y lugar no reciba los avisos necesarios, de manera que, llegado el momento, parece que tenga a uno al oído que le avisa de todo lo que debe hacer en dicho momento: esto hace Dios para que la mente no tenga impedimento alguno, al no dejar que cosa alguna, ni buena ni mala, se detenga en la memoria, como si de ella careciese: pero a cambio de ella le da cierta ocupación en lo íntimo, y tanto la tiene allí sumergida, que le parece estar en un profundo mar, y estando ocupada en cosa tan grande, no puede hacer su operación natural: pero, al quedar anonadada y abismada en ese mar, recibe tal participación de la tranquilidad divina, que sería bastante para dulcificar el infierno. Cuando el alma se encuentra anonadada por operación divina, queda en Dios toda trasformada, el cual la mueve en todo y la llena a su modo sin operación humana: ¿quién puede entonces pensar lo que siente esta criatura? Si ella pudiese hablar de ello con esa vehemencia suya, sus palabras serían tan fervientes, que los corazones de piedra se encenderían al oírlas. En este anonadamiento conoce que toda voluntad es pena, toda inteligencia, fastidio, toda memoria, impedimento, y dice: «Oh amor de pobreza, reino de tranquilidad». Realizado el anonadamiento del alma, se pierde después el vigor y la operación de los sentidos corporales de esta forma. Primero en cuanto al ver, no puede ya ver nada en la tierra que le dé placer, delectación ni pena. Aun cuando

vea alguna cosa que por su natural sea de dar pena o placer, no se alegra ni contrista; y, para que el alma se transforme en Dios, no la deja Dios corresponder a los sentidos corporales, de manera que el alma poco a poco los deja morir todos sin la menor compasión, de manera que, si mira bien y ve alguna cosa, no la puede comprender ya como solía, con gusto corporal, ni sabe dar razón de cómo están hechas las cosas que agradan a los hombres, y cuando oye decir «tal cosa es buena», no comprende ya qué bondad sea ésa.

[39] El primero la despoja de todos sus vestidos, y así, tanto dentro como fuera, elimina todos los impedimentos que le puso con el amor propio, y con el hábito hecho en contrario. El segundo es que el alma de continuo está en Dios y lo goza por medio de las lecciones, meditaciones y contemplaciones, en las cuales el alma se instruye en muchos secretos de Dios, con un dulce alimento mediante el cual se va transformando en Dios por un continuado hábito que tiene siempre ocupado en Él; y tanto se embriaga de Dios, por la abundancia de las gracias particulares que le da (para no encontrar en ella impedimento alguno interior ni exterior), que sale de sí misma a otro estado que es mayor que los demás, pues en el primero el hombre participa de Dios para obligarlo a la hora de librarse de todos los impedimentos: en el segundo goza con ello de muchas consolaciones espirituales. El tercero es aquel donde el alma es atraída fuera de sí misma interior o exteriormente. El alma, puesta en este grado, no sabe dónde está: tiene una gran paz y contento, pero en sí misma queda como confusa, no departiendo ya con Dios por medio de los sentimientos, como solía. Entonces es Dios el que obra con el alma de otro modo, modo que supera todas nuestras capacidades, y el alma no hace ya nada más; solamente está como un instrumento inmóvil, mirando lo que Dios obra.

De los «Diálogos del Alma y del Cuerpo»

Diálogo... entre el Alma y el Cuerpo junto con el Amor Propio. Después, del Espíritu con la Humanidad

[I] Luego que el alma hubo visto tantas operaciones de amor para con ella, con tanta claridad, pureza y solicitud, se detuvo y dijo al Cuerpo y al Amor Propio:

ALMA: Hermanos míos, he visto cierta verdad de amor que Dios quiere realizar conmigo, de manera que no me cuido ya de vosotros, ni quiero tener en cuenta vuestras necesidades, ni tampoco vuestras palabras, pues sé que, atendiéndoos a vosotros, llegaría a la perdición, y si no lo hubiese experimentado, no lo habría creído nunca.

Bajo especie de bien y de necesidad me habéis conducido hasta la muerte causada por el pecado, y no ha faltado nada por vuestra parte para que yo me viese conducida a la condenación eterna. Ahora me propongo haceros lo que queríais hacerme a mí, y no quiero teneros ya consideración alguna, sino la que se debe tener con enemigos capitales: no abriguéis ya ilusión alguna de tener jamás acuerdo conmigo y perded de ello toda esperanza, como los condenados.

Quiero esforzarme por volver a ese primer camino que había comenzado y del cual me desviasteis con vuestros engaños; espero, no obstante, que, con la ayuda divina, no me engañaréis más: espero también llevar tan bien las cosas, que cada uno vea cubierta su necesidad.

Si me hicisteis hacer lo que no debía para satisfacer vuestros apetitos, yo os conduciré a lo que no queráis para satisfacer al espíritu, y no me cuidaré de vuestro daño hasta la muerte, lo mismo que vosotros no os cuidabais de mí, que me había convertido a vosotros de tal manera, que hacíais de mí todo lo que queríais: espero sujetaros a mí de tal modo, que os remueva de vuestro ser natural.

Cuando el Cuerpo y el Amor Propio vieron que el Alma había recibido tanta luz que ya no le podían engañar, quedaron descontentos y dijeron:

CUERPO Y AMOR PROPIO: Nosotros, oh Alma, te estamos sometidos, salva la justicia y después haz lo que te agrada: si no podemos vivir de otro modo, viviremos de la rapiña, es decir, tú harás lo que puedas contra nosotros, y nosotros haremos todo el mal que podamos contra ti, y al final a cada uno se le pagará según sus méritos.

ALMA: Quiero decir aún esta razón para vuestro consuelo, y es que en el desenvolvimiento de este asunto nuestro os parecerá estar descontentos: cuando os haya privado de vuestras superfluidades, pese a la mucha pena que eso os producirá, quedaréis más contentos de lo que yo haya dicho y hecho, y seréis perpetuamente conmigo partícipes de mi bien. Disponeos, por tanto, a la paciencia, porque al final todos nos encontraremos para gozar de la paz divina.

En el presente quiero daros justamente lo que os es necesario: luego tendréis todo lo que queráis, y yo os conduciré a un contento cierto y tan grande que vosotros no sabréis desear otro ni siquiera en esta vida.

Hasta el momento no habéis hallado modo alguno de contentaros, obtuvierais lo que obtuvierais, y, como muy bien sabéis, lo habéis probado todo.

Ahora espero conduciros a un lugar de gran contento, que no tendrá fin jamás: comenzará poco a poco y crecerá de tal manera, que al final tendréis una paz en el alma que se derramará en el cuerpo y que sería suficiente para dulcificar no uno, sino mil infiernos. Pero antes de que os pueda conducir a este efecto, habrá que hacer muchas cosas: espero, no obstante, con la luz y la ayuda de Dios, que saldremos con salvación de todas partes, y esto os baste para vuestro consuelo. En lo sucesivo no hablarán ya mis palabras, sino mis hechos.

CUERPO: Te veo tan terrible y decidida a acometerme, que temo no me hagas algún exceso y los dos acabemos mal. Por eso te quiero recordar y rogar algunas cosas; luego te dejaré hacer tu gusto. Te recuerdo que, después del amor a Dios viene el amor al prójimo, y éste comienza en las cosas corporales de tu propio cuerpo: estás obligada a mantenerle, no sólo la vida, sino la salud, y de esto no puedes hacer caso omiso, si quieres llegar a lo que has decidido. En cuanto a la vida, te digo que te soy necesario, porque cuando yo esté muerto, no tendrás ya medio de aumentar tu gloria, ni tiempo para poder purificarte de todas tus imperfecciones, como deseas: será preciso entonces que intervenga el purgatorio, el cual te impondrá una penitencia bien distinta de la de soportar un cuerpo en este mundo.

Por lo que respecta a la salud, cuando el cuerpo está sano, las potencias del alma y los sentidos del cuerpo son más aptos para recibir las divinas luces e inspiraciones, incluso con el sentido del gusto, el cual pasa por medio del sentimiento del alma, por redundancia: ahora bien, estando yo enfermo, tú carecerías de estas cosas y, a continuación, de muchas otras que no te digo para no alargarme demasiado. Te he dicho lo que me parece a propósito para ti y para mí, a fin de que cada uno tenga lo que se le debe y podamos arribar a puerto de salvación sin reprensión en el cielo ni en la tierra.

ALMA: Soy instruida por una luz divina para todo lo que me hace falta interiormente y, por las razones que tú has expuesto, y por muchas otras que se pueden pensar, para lo que preciso exteriormente. Pero en lo

sucesivo quiero que callen todas las razones y persuasiones externas y quiero atender a las superiores, las cuales están de tal modo ordenadas, que no hacen injusticia a nadie; al contrario, a cada uno le dan lo que necesita, de manera que ninguno puede lamentarse de ello, sino por culpa propia, porque quien se lamente demuestra que no está todavía ordenado y que no ha sometido sus apetitos a esa razón superior.

Déjame, pues, hacer a mí, oh Cuerpo, y haré que tú mismo cambies de parecer y tengas tal modo de vivir, con tal contento, que no lo creyeras si no lo hubieras experimentado.

Yo fui una vez señora, cuando en el principio quería atender al espíritu; después, por engaño te hice mi hermano, y con el Amor Propio nos pusimos de acuerdo para estar bien, con tal que ninguno se impusiese al otro. Pero poco a poco me condujisteis de tal modo, que me encontré vuestra esclava, de manera que no podía hacer sino lo que vosotros queríais; pero ahora quiero de nuevo ser señora, con esta condición: que si quieres servirme como criado, me alegraré de ello y no dejaré que carezcas de nada en tus necesidades de criado; si no quieres servirme como criado, te haré a la fuerza servirme como esclavo, y como un esclavo tan mal tratado, que te vendrán ganas de servirme por amor, y de este modo todas las contrariedades tendrán fin, porque por todos los medios quiero ser servida como señora.

HUMANIDAD: Tú no cumples, Espíritu, lo que me prometiste, por eso me será imposible poder perseverar en tanta estrechez, sin consuelo alguno, ni corporal, ni espiritual.

ESPÍRITU: Veo que te lamentas, y a tu parecer con razón, por eso te quiero dar satisfacción. Entendiste mal. Bien es verdad que primero te dije que te contentarías con todo lo que me contentara yo, pero tú vas detrás de los alimentos, y no de los «contentos», y puesto que yo no me contento con estos sentidos y alimentos —antes bien, los aborrezco—, quiero que también tú los aborrezcas como yo. Todavía tienes tus inclinaciones a los gustos y crees que yo te los debo mantener; sábete, pues, que yo los quiero extinguir y regular, de modo que dichas inclinaciones no puedan desear sino cuanto a mí me agrade: hago cuenta de que estás enferma, y por eso no te quiero dar sino cosas de enferma.

Lo que tú deseas es contrario a tu salud, y, puesto que dices que se trata de gustos espirituales, dados por Dios y que no pueden hacer mal, sábete que tu entendimiento participa de la sensualidad, y por eso no tienes buen juicio. Yo quiero atender al amor puro y desnudo, que no se pueda apegar a nada que dé gusto, ni a sensibilidad corporal ni espiri-

tual, y te hago saber que temo mucho más el apegarme al gusto y sentimentalismo espiritual, que al corporal. Esto se debe a que el sentimentalismo espiritual engancha al hombre de nuevo bajo apariencia de bien, y no le puedes dar a entender, sino con gran dificultad, que es todo menos bien: así el hombre se va apacentando de lo que va fuera de Dios. En verdad te digo que quien quiere a [solo] Dios desnudo debe necesariamente huir de estas cosas, porque son como un veneno para el puro amor de Dios, y se debe huir de este gusto espiritual más que del demonio. En efecto, donde arraiga genera una enfermedad incurable, y el hombre no se apercibe de ello. Creyendo estar bien, no hace caso, y así se ve privado de un bien perfecto, que es Dios mismo, puro, desnudo, sin participación del hombre. Los gustos corporales, por ser evidentemente contrarios al Espíritu, no se pueden esconder bajo especie de bien, y por eso no los temo tanto. El contento y la paz que te quiero dar son aquellos con los que me contentaré yo; estoy seguro de que con ellos te contentarás también tú, pero no los puedes recibir aún, ya que estás demasiado ensuciada. Quiero primero asear la casa y después colmarla de cosas buenas, que te contentarán a ti y a mí, pero no te apacentarán ni a ti ni a mí. Y puesto que dices no poder aguantar, sábete que será preciso que aguantes, y lo que no se pueda hacer en un año se hará en diez. No me disgusta combatir contigo, queriendo vencer a toda costa: quiero quitarme este aguijón tuyo de las espaldas, de otro modo no tendría yo nunca sosiego. Tú eres hiel y veneno en todo alimento que quiero comer. Hasta que no te haya extinguido no tendré nunca sosiego. Y puesto que hablas de obrar lo peor que puedas y sepas, también yo obraré de modo semejante para salir más pronto de tus obras. No obstante, eso peor que haré contra ti redundará en bien tuyo a despecho de ti misma. Te advierto que no la tomes conmigo, porque por ese camino no saldrás con tu intento, sino más bien lo contrario. Te exhorto a la paciencia, sin esperanza alguna. Haz tú ahora mi voluntad, que al final yo haré la tuya.

De los modos admirables en que Dios despoja al Alma y destruye las imperfecciones

[II] Después de que esta criatura fue despojada del mundo, de la carne [de los allegados], de los enseres, de sus asuntos, de los afectos y de toda otra cosa, fuera de Dios, quiso Dios además despojarla de sí misma y se-

parar el Alma del Espíritu de una manera terrible, con un sufrimiento muy agudo, difícil de decir y de entender, salvo por quien lo haya experimentado por luz divina.

Infundió Dios en su corazón un nuevo amor, tan sutil y vehemente, que atrajo a sí al alma con todas sus potencias, de tal modo que ésta se veía removida de su ser natural. Debido a la continua posesión de ese nuevo amor, no podía deleitarse en cosa alguna, ni mirar al cielo ni a la tierra.

Esta alma no podía corresponder a las exigencias del Cuerpo, el cual quedaba con ello casi privado de su ser natural y andaba confuso y atónito, no sabiendo dónde estaba, ni lo que debía hacer o decir. Por esta nueva forma [de vivir], que no era entendida ni conocida por criatura alguna, fueron realizadas [por Dios] nueve operaciones desconocidas.

Era como una cadena tendida [hecha] de este modo. Dios, que es espíritu, atrae a sí el Espíritu del hombre, y allí permanece ocupado el Espíritu. El Alma, que no puede estar sin su Espíritu, va en pos de él y allí la mantienen ocupada, porque sin él no puede vivir, y allí está tanto tiempo cuanto Dios tiene al Espíritu en sí, no pudiendo hacer otra cosa. El Cuerpo, que está sujeto al Alma, al no poder obtener sus alimentos naturales según su sentido, porque dichos alimentos no se puede obtener sino por medio del alma, y ésta no corresponde al Cuerpo, permanece casi perdido y fuera de su ser natural. El Espíritu es lo que queda casi en su ser natural en el fin para el cual lo creó Dios, y así despojado permanece desnudo en Dios y allí se queda cuanto le place, pero en modo que el cuerpo pueda vivir.

El Alma y el Cuerpo retornan después a sus operaciones naturales: pero cuando se han rehecho, para descanso del Espíritu, Dios atrae de nuevo al Espíritu a la misma operación de antes [atrayéndolo a sí mismo].

De este modo se destruyen poco a poco todas las imperfecciones animales, y así esta Alma, purificada, queda Espíritu nítido, y el Cuerpo, limpiado de sus hábitos y malas inclinaciones, queda limpio y apto para unirse con su Espíritu, a su tiempo, sin impedimento alguno.

Dios, el cual es tan grande que no deja nunca de actuar continuamente para progreso y utilidad de esta Alma dilecta suya, realiza esta obra sólo por amor.

Pero esta obra particular de la que hablo, Dios la hace sin el alma de este modo: llena el alma de un secreto amor que le quita todo su ser natural, y la obra sigue siendo sobrenatural, y el alma permanece en el mar de ese secreto amor tan grande, que todo el que sea llevado dentro de él debe necesariamente ser sumergido y morir. Este amor, en efecto, supera el en-

tendimiento, la memoria, la voluntad: toda otra cosa que se presentase a estas potencias del alma, sumergidas en ese mar del divino amor, sería como un infierno, por estar ellas removidas de aquel estado para el cual el alma fue creada.

Esta tal alma, estando todavía en esta vida, participa, de algún modo de la vida de los bienaventurados; pero un estado así le está oculto a ella misma, porque una cosa tan grande y alta no se puede comprender, ya que excede las potencias del alma, las cuales no quieren saber de otra cosa, sino que se están contentas y sumergidas en ese penetrante amor. Cuando se les habla de las cosas creadas quedan como estólidas y locas sin vigor ni virtud, no saben dónde están, pues toda esta obra se encuentra oculta en Dios. Dicha obra va creciendo continuamente, y el Espíritu se encuentra cada día más contento y fuerte para soportar todo lo que Dios quiera disponer.

El Alma, sin embargo, no entiende nada más, porque, como si estuviese muerta, no se entromete, ni tiene noticia de esta obra.

Pero el cuerpo, para el cual es preciso vivir también en la tierra, ¿cómo vivirá en tanto extrañamiento de su ser natural, al querer Dios atraer por este medio al alma a esa perfección a la cual fue ordenada? No se puede servir del entendimiento, de la memoria ni de la voluntad en cosas mundanas, y no puede deleitarse en cosas espirituales. Vivirá, pues, de esa forma en gran tormento. Pero Dios, que se había ocupado de esto, no quería que interviniese ningún otro, excepto él, y por eso procedía así.

El misterio del amor de Dios al hombre

[III] EL SEÑOR: ...Lo mismo que el ahorcado no toca la tierra con los pies y está suspendido en el aire, ligado a la cuerda por la cual queda muerto, así queda ese Espíritu ligado al hilo de ese sutil amor: por medio de dicho amor mueren todas las imperfecciones ocultas, sutiles y desconocidas del hombre, y todo lo que él ama lo ama con el amor de ese hilo por el cual se siente el corazón ligado.

Así también todas las demás operaciones hechas por él son realizadas con ese amor, y son por gracia que opera graciosamente. Dios, en efecto, es el que obra con su puro amor, sin que el hombre intervenga en ello, y habiéndose ocupado Dios de este hombre, y habiéndolo atraído todo a sí, obra por aquel medio y lo enriquece con sus bienes, con tal incremento que, en el momento de la muerte, aquél se encuentra atraído con ese hilo del amor y anegado en el abismo divino sin que lo sepa.

> Aun cuando el hombre, en este estado, parezca una cosa muerta, perdida y abyecta, encuentra no obstante su vida escondida en Dios, donde están todos los tesoros, todas las riquezas de la vida eterna, y no se puede decir ni pensar lo que Dios ha preparado a esta alma dilecta suya.

Cuando Dios permite que por alguna causa [las] mentes que están habitualmente en el divino amor se vean turbadas, a éstas les resulta intolerable el tiempo que permanecen fuera del tranquilo paraíso en el cual solían estar, y si Dios no les restituyese a su estado habitual, sería casi imposible que pudieran vivir. Viven en gran libertad y cuentan poco con todas las cosas terrenas: están casi siempre fuera de sí mismas, especialmente cuando se van acercando al final de esta vida. Y de esta vida están desnudas [desprendidas], con lo cual quedan inmersas en ese amor en el que el alma, por larga experiencia, ya ha visto que Dios, con la operación de su gracioso amor, se ha ocupado del alma y del cuerpo y no ha permitido que les falte nada.

Dios les ha mostrado además cómo todo ese bien, tanto espiritual como temporal, que las criaturas les hacen viene de Dios, porque Dios mueve a aquéllas a hacerlo. El alma ve esto con tanta claridad, que no puede mirar a criatura alguna, sea cual sea el beneficio que le hagan, pues ve clarísimamente que la obra es de Dios con su providencia.

Con esa visión, el alma se enciende y se anonada cada vez más, y finalmente se abandona a ese amor, dejando fuera todas las criaturas, y Dios le da tal satisfacción, que ella no puede ver otra cosa ni estimar nada más.

Y aun cuando te parezca que semejantes criaturas tienen algún afecto a cosas exteriores, no lo creas, antes bien ten por imposible que en tales mentes pueda entrar otro amor que el de Dios, a menos que Dios mismo lo permitiese por alguna necesidad del alma o del cuerpo. De suceder tal cosa, el amor o cuidado proporcionado por ese medio no supondría impedimento alguno, porque no tocaría lo íntimo del corazón: sería dispuesto por Dios sólo para esa necesidad, pues es preciso que el amor puro esté libre de toda sujeción interior y exterior, porque donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad.

¡Oh, si viésemos esa dulcísima correspondencia y oyésemos esas ardientes palabras con aquel jocundo vigor en el cual no se distingue ni Dios ni hombre! El corazón queda absorto en un estado tal, que parece un pequeño paraíso, mandado por Dios a sus almas dilectas a modo de anticipo del verdadero y grande paraíso, con señales grandísimas de amor, desconocidas salvo por los amantes abismados y anegados en el mar del dulcísimo amor.

Oh amor, ese corazón que tú posees queda tan magnánimo y grande por la paz de su mente, que preferiría más bien un gran martirio con esa paz, que, sin ella, cualquier otro bien del cielo o de la tierra, aun cuando esa paz no sea estimada sino por quien la prueba y gusta.

Un corazón que se encuentre en Dios ve debajo de sí toda cosa creada, no por soberbia o grandeza, sino por la unión hecha con Dios, unión por la cual le parece que lo que es de Dios es todo suyo: no ve otra cosa que Dios, no conoce ni comprende nada más: un corazón enamorado de Dios no puede ser vencido, pues Dios es su fortaleza. No lo puedes asustar con el infierno, ni alegrar con el paraíso, por estar de tal manera ordenado, que todo lo que le acontece lo toma de la mano de Dios, quedando con él en paz respecto a todas las cosas y casi inmóvil con el prójimo, siendo así ordenado y fortalecido en sí mismo por Dios.

ALMA: Oh amor, ¿cómo llamas tú a estas almas dilectas tuyas?

EL SEÑOR: Ego dixi «Dii estis et filii excelsi omnes».[4]

ALMA: Oh amor, tú anonadas a tus amantes en sí mismos, y después en ti mismo los haces libres con una verdadera y perfecta libertad y quedan señores de sí mismos: no quieren sino lo que Dios quiere, y todo lo demás les resulta grave impedimento.

Oh amor, no encuentro vocablos adecuados para expresar tu benigno y jocundo señorío, tu fuerte y segura libertad, tu deliciosa y suave graciosidad. No obstante, con todo lo que dice y puede decir del amor el verdadero amante, no llega nunca a decir cuanto querría: va buscando palabras amorosas, adecuadas a ese amor, y no las encuentra nunca. En efecto, ¡el amor con sus obras es infinito, y nuestra lengua no sólo es finita, sino que es muy débil y jamás puede ser satisfecha, y queda confusa al no poder expresar cuanto querría! Aun cuando todo eso que dice del amor el verdadero amante sea casi nada, el hombre, no obstante, hablando de lo que siente acerca de ello el corazón se recobra algo, para no morir de amor. ¿Qué dices tú, Señor mío, de esta alma tuya dilecta, de ti tan enamorada?

EL SEÑOR: Digo que es toda mía. Y tú, Alma, ¿qué dices tú de este amor tuyo?

ALMA: Digo que mi Dios, en el cual vivo alegre y contenta, está herido de amor.

4. «Yo dije: "Todos sois dioses e hijos del Altísimo"» (Sal 82,6).

LUDOVICO LAZZARELLI

Nacido en Sanseverino en 1450 y muerto en el mismo lugar en 1500, fue poeta laureado por Federico III. Fue amigo del alquimista y hermético Giovanni Pontano y también de Platina. Con el pseudónimo «Henoc» anunció como profeta de la *renovatio* hermética a Joannes Mercurius de Corigio, en la *Epistola de admiranda ac portendenti apparitione novi atque divini prophetae ad omne humanum genus*. Tras hacerse con un círculo de discípulos en Roma, el 11 de abril de 1484 Joannes Mercurius se había vestido por la mañana una toga negra, un cinturón dorado y otras ropas argénteas o rojas, bellamente armonizadas, y, montado sobre un caballo negro, acompañado por cuatro adeptos, había cabalgado hasta una acequia. Allí se había ceñido una corona de espinas adornada con los cuernos de la Luna, una leyenda hermética y otros signos, cambiando de cabalgadura y montando sobre un asno. Tras varios discursos herméticos en Campo dei Fiori y en el Laterano, había depositado sobre el altar de San Pedro sus insignias y había vuelto a casa.

Siguen pasajes del *De summa hominis foelicitate dialogus, qui inscribitur calix Christi et crater Hermetis* o *Crátera de Hermes*.

De «Crátera de Hermes»

[3] LAZZARELLI: Escuchad: lo mismo que el amor, la contemplación y el conocimiento de las cosas divinas son el árbol de la vida, así el anhelo y la indagación de las cosas caducas y materiales se puede llamar árbol de la ciencia del bien y del mal...

REY: No me cuadra bien. En efecto, no puedo creer ni suponer que Dios haya prohibido considerar las cosas que él mismo ha creado; pues no hay artífice que prohíba ver, considerar y desear lo que ha creado. Y todavía más difícil me resulta comprender por qué por tal observación haya incurrido el hombre en la muerte.

LAZARELLI: Dios, oh Rey, no prohibió observar sus obras, sino sólo insistir en ellas y desearlas como bien supremo.

[6] REY: Dime, por favor, qué es el alma del hombre.

LAZARELLI: No responderé ahora, según el parecer de Aristóteles, que es la forma de un cuerpo orgánico; ni, según el parecer de los diversos filósofos, que es una esencia o un número semoviente, o una armonía, o una idea, o la función de los cinco sentidos entre ellos conspirantes, o un es-

píritu tenue difundido por todo el cuerpo, o un vapor, o una chispa de esencia estelar, o un espíritu conectado al cuerpo, o un espíritu inserto en los átomos, o un fuego, o aire, o agua o sangre, o algo que consta de quinta esencia, o cosa formada juntamente de tierra y fuego, o de tierra y agua, o de aire y fuego. Quizás todas estas cosas, adaptadas y entendidas de determinadas maneras, establecidas las debidas proporciones, sean verdaderas. Pero yo, oh reverenciado rey... te responderé según los adeptos de la Mercabá, los cabalistas hebreos: el alma del hombre es luz de Dios; o, según la imagen de Filón en el libro *De la agricultura*: el alma del hombre está hecha a imagen del Verbo, de la Causa de las causas, del Primer Ejemplar, y configurada según la sustancia y el sello de Dios, cuyo carácter es el Verbo eterno. O te responderé con las mismas palabras con las que Poimandres responde a Hermes: «Lo que en ti ve y oye es el Verbo del Señor, la mente es Dios Padre. En efecto, no están distantes entre sí; y su unión es la vida»[5]... Piensa dentro de ti. De cuanto se ha dicho, advierte cómo tales cosas están conectadas entre sí de manera que, del conocimiento de Dios puedas descender al conocimiento de ti. De ese modo, captando la excelencia de tu sustancia, no te descuidarás a ti mismo, no te abajarás, no te prosternarás en el fango, sino que emergerás del cuerpo, de ti mismo, de todas las cosas sensibles, y libre, suelto y puro subirás a la supraesencial y luminosísima tiniebla donde habita Dios, y entrarás en el número de las potencias superiores, y, acogido entre ellas, gozarás de Dios y, generando luego una estirpe divina, te propagarás por Dios y no por ti. Es necesario, en efecto, que todo ser engendre hijos semejantes a sí mismo.

GIROLAMO SAVONAROLA

Nació en Ferrara el 21 de septiembre de 1452, hijo de un cortesano de los Este, pero educado por su abuelo, médico famoso. En 1475 se hizo dominico. Comenzó a conmover a los fieles con predicaciones apocalípticas en San Gimignano y después en Brescia, y su erudición sedujo a Pico del-la Mirandola. En 1490 comenzó a predicar en Santa María del Fiore en Florencia, y en 1491 fue elegido prior de San Marcos.

Bajo la señoría de Piero de Médicis, sus predicaciones se volvieron cada vez más duras, entremetidas de visiones en las que la espada de Dios

5. *Corpus hermeticum*, I, 6.

hería la tierra, que era después lavada con derramamientos de sangre y calamidades. En Bolonia, la reprensión que hizo a la mujer de Bentivoglio, por llegar tarde y ruidosamente al oficio, le valió ser atacado por sicarios, pero los rechazó con su presencia inmóvil. Vuelto osadamente a Florencia, reformó San Marcos, instituyendo en ese convento cátedras para emanciparlo económicamente, y promoviendo el estudio de las lenguas orientales.

A la caída de Carlos VIII, la sublevación popular contra Piero lo llevó al poder. Compiló los nuevos ordenamientos, imponiendo un diezmo sobre los patrimonios inmobiliarios en sustitución de los impuestos extraordinarios, y formó un consejo de ciudadanos influyentes siguiendo el modelo de la constitución veneciana. El carnaval de 1496 celebró el nuevo régimen, frailes coronados de flores bailaron por las calles, los ricos hicieron donación de sus bienes, los grupos de jóvenes entusiastas y devotos impusieron costumbres austeras a toda la ciudad. En 1497, o antes, fueron quemadas las *vanidades* en la plaza de la Signoria.

El papa Alejandro VI Borgia lo combatió con la ayuda de las facciones florentinas; utilizó diversos medios para silenciarlo, primero ofreciéndole el cardenalato, después quebrantando su autoridad, finalmente excomulgándolo.

Savonarola no sólo denunció la nulidad de la excomunión, sino que comenzó a tejer la trama para la deposición del papa. Cuando fue descubierto, la Señoría se vio obligada a intimarle el silencio. Un franciscano de la facción rival invitó a Savonarola a la prueba del fuego, que fue aceptada, no por él, sino por un discípulo suyo. El día convenido, la casuística de los frailes consiguió complicar de tal manera las modalidades jurídicas de la ordalía, que ésta resultó imposible. La plebe decepcionada se rebeló, no contra los franciscanos, sino contra los dominicos. El convento de San Marcos fue asaltado, y Savonarola metido en la cárcel, después juzgado por un tribunal de enemigos y sometido a tortura, y finalmente quemado en la hoguera.

De «La sencillez de la vida cristiana»

[II, 6] Además, los cristianos que son de ingenio sagaz y —por decirlo así— astutos y prudentes en las cosas factibles, sutiles y agudos en las ciencias, no por esto diremos, sin embargo, que no son sencillos. De otro modo Dios, que conoce todas las cosas y ve al que engaña y al que es engañado, no sería sencillo; lo mismo que según eso tampoco serían sencillos los án-

geles, que tienen tanta ciencia, que los hombres comparados con ellos no saben nada. La ciencia, pues, y la prudencia no quitan la sencillez, sino que la hacen perfecta, porque esos cristianos son llamados sencillos en tanto en cuanto por gracia se unen a la suma Trinidad, Dios sencillo, y en cuanto en sus obras y sus palabras no pretenden doblez ni simulación alguna. Y para que —como se dice— entendamos las cosas espirituales mediante las cosas corporales, podemos comparar diversos grados de cristianos con diversos grados de simplicidad de cuerpos y de ángeles. Pero, puesto que cada cristiano tiene en sí la luz de la gracia, no compararemos a ninguno de ellos con la tierra, el agua o el aire, sino que comenzaremos a partir del fuego.

Hay, pues, algunos cristianos toscos y de ingenio romo, los cuales, por poseer la luz de la fe y el ardor de la caridad, se comparan con el elemento del fuego, el cual es caliente y luciente. Y así como el fuego es más ferviente por el calor que por la luz, tales simples a menudo son más fervientes por la caridad que por la prudencia y doctrina. Hay también otros, ingeniosos y prudentes, doctos y expertos en las cosas pertinentes a la vida activa, y éstos se asemejan al cielo, el cual es luciente, y con su movimiento e influencia gobierna estos cuerpos inferiores. Otros más son elevados de mente y aptos para recibir las iluminaciones divinas, están dedicados a la vida contemplativa y pueden enseñar a los demás e iluminar a los que están sentados en tinieblas y en sombra de muerte. Éstos, pues, se asemejan a los ángeles, los cuales son mandados al servicio de aquellos que reciben la heredad de la salvación. Por tanto, aun cuando la sencillez indicada en la primera categoría parezca de algún modo convenir a esos cristianos, la sencillez que les es propia se mide y custodia, no obstante, según ese tercer modo, es decir, por acercamiento a Dios mediante la luz de la gracia. Porque, si la primera categoría de sencillez está privada de gracia, más es necedad, que verdadera sencillez. Y el segundo, aun cuando sea difícil encontrarlo sin gracia, si se diera así, no obstante, se llamaría sencillez imperfecta e informe, por no aproximarse a Dios por la gracia, la cual eleva al alma a la participación de la divina naturaleza, que es sumamente simple. La tercera categoría, pues, contiene la segunda, porque cada verdadero cristiano arroja de sí toda doblez y no deja la primera imperfecta. Pues la gracia hace perfecta la naturaleza y guía *etiam* al ignorante por el buen camino.

[7] *Todo cristiano debe esforzarse por llegar a una perfecta sencillez.* Por cuanto cada uno debe intentar con todas sus fuerzas aproximarse a Dios y asemejársele —en la medida de lo posible—, como dice el Apóstol: «Sed

imitadores de Dios como hijos carísimos» (Ef 5,1). Dado, pues, que la sencillez cristiana consiste en esto, en que el hombre se haga semejante a Dios por la gracia, y en que en sus palabras, pensamientos y obras aparezca siempre uniformidad, es evidente que todos y cada uno deben esforzarse por llegar a una perfecta sencillez. Estime cada uno haber adquirido dicha perfecta sencillez cuando se vea totalmente unido a Dios, y en cierto modo no sepa ni entienda otra cosa que a Dios.

Y para que nosotros por todas las potencias del alma discurramos, comenzando desde la esencia, digo: si hay uno tan unido a Dios por la gracia, que es un espíritu con él; si todas las cosas que su entendimiento entiende y contempla son Dios, o a Dios se refieren; si todo lo que su voluntad ama y desea es Dios, o por Dios lo ama y desea; si, así mismo, por respeto a él tiene por odioso lo que es digno de ser odiado; si su memoria tiene siempre presente a Dios y sus beneficios; si su fantasía tiene siempre ante sus ojos al crucificado y las cosas que a él atañen; si sus ojos por amor de Dios huyen de ver cosas vanas; sus oídos, de oír palabras malas; su olfato, de oler olores lascivos; su gusto, de comer o beber de forma superflua; su tacto, de tocar cosas venéreas; si, por último, aparta del pecado todos los demás miembros del cuerpo, y hace lo que dice el Apóstol, a saber: «Lo mismo que vosotros pusisteis vuestros miembros al servicio de la inmundicia y la iniquidad, ponedlos ahora al servicio de la justicia en la santificación, y ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedla para gloria de Dios, a fin de que sea glorificado en todo aquel que obra todo en todas las cosas y que es bendito por los siglos, amén» (1 Co 10,31); si alguno —digo— es así, ése será llamado con verdad cristiano, verdaderamente sencillo como una paloma y prudente como una serpiente (Mt 10,16).

Toda la vida cristiana se encamina, pues, a esto: a que el hombre se purifique de toda infección terrena, tanto en la parte del entendimiento y la voluntad, como en la parte sensitiva y el cuerpo entero, para que así quede limpio en todas sus partes, templo santificado de Dios, y resplandezca como una luz puesta en lugar tenebroso y oscuro. Y a que por esto, viendo los hombres sus buenas obras, glorifiquen a nuestro Padre, que está en el cielo. Baste con esto por lo que respecta a la sencillez interior.

BEATA CAMILLA BATTISTA DA VARANO

Camilla, hija del señor de Camerino, Giulio Cesare da Varano, nació el 9 de abril de 1458. En 1481 ingresó en el convento de las clarisas: tuvo

dones místicos y escribió, por orden de su director espiritual, *Los dolores mentales de Jesús*, *El tratado de la pureza del corazón* y *La vida espiritual*, entre otras obras. En 1502 César Borgia hizo asesinar al señor de Camerino con tres de sus hijos. Mientras duró el dominio de los Borgia, ella hubo de buscar asilo en Atri, en los Abruzos. Luego volvió a Camerino, donde murió el 31 de mayo de 1524.

De «Los dolores mentales de Jesús en su pasión»

Estas cosas que siguen me fueron reveladas al pensar sobre el misterio de cuando Cristo bendito oró en el huerto, donde sudó sudor sanguíneo.

Lo mismo que el Sol cuando está en Leo tiene mayor fuerza y vigor que el resto del año, *quia est in domo propria*, así Cristo bendito en la oración que hizo en el huerto sintió más intensamente sus dolores mentales que en el resto del curso de su vida de treinta... años, «quia tunc erat sol suorum dolorum in leone, id est in culmine et vigore fortissimo atque potenti, tamquam in domo propria».

Y fueme mostrado que tanta diferencia hay entre quien se deleita sólo en la humanidad de Cristo sometido a la Pasión y quien se deleita en las penas mentales de Jesucristo, cuanta diferencia hay entre el recipiente que contiene la miel o el bálsamo y el recipiente que por fuera está un poco mojado por el licor que está dentro.

Así, quien quiera gustar de la pasión de Cristo, no debe andar siempre lamiendo las rajas del recipiente, es decir, las llagas de Cristo, con cuya sangre está regado el recipiente divino de su humanidad, pues de ese modo, dice, nunca se saciaría quien tuviese hambre de tales alimentos. Por el contrario, quien quiera saciarse, entre dentro del recipiente, es decir, al corazón y mar de Jesús bendito, y será saciado por encima de sus deseos.

Así me fue declarado. Pero cuando lo escribí no quise poner esta parte para no quitar la devoción a quien se deleita en la humanidad de Jesús bendito sometida a la Pasión; porque no todo entendimiento es apto para navegar en ese mar, y máxime nosotras las mujeres que no tenemos mucha capacidad, y a las que dirigí, escribí y comuniqué estas cosas. Pero Dios hace capaz a toda persona que de verdad lo busca y anhela.

Oh padre mío, ¿cuánto dolor creéis que me he acarreado transcribiendo estas cosas? Verdaderamente «est velut mare contritio mea (Lm 2,13), hoc est dolor meus».

¡Ay de mí, mezquina e infeliz, cómo se me han vuelto luto y llanto los días de mi festividad y alegría!

Oh Dios mío, ¿dónde estuve? ¿O dónde estoy? ¿Cómo podré nunca estar contenta, pues he perdido tanto bien? ¿Quién será el que pueda consolarme? ¿Quién querrá decirme: consolaos? ¿Quién querrá impedirme llorar y lamentarme siempre?

Oh padre mío, ¿con qué palabras, con qué razón me podréis aliviar y consolar? ¿Quién me devolverá ya la cándida vestidura de mi primera inocencia, que perdí, en la cual Dios con tanto deleite habitaba? ¿Quién me devolverá aquellos pies amables, graciosos y santos?

¡Oh Dios mío, me has extraído la médula del corazón y de todos los huesos espirituales!

¡Oh pies clementísimos, vos me rompéis el corazón! ¡De vos estaba enamorada como otra Magdalena!

¡Oh Dios! Me dijiste que querías que yo estuviese completamente sola en el suplicio de la cruz que me querías dar. ¡Ay de mí, mucho me has dejado sola, pues me has sustraído, arrebatado y quitado el solaz, compañía y tesoro de tus pies crucificados, a los cuales en tierra postrada estaba como una perrilla!

No me duelo, Señor mío, de que me hayas tirado un zapato y me hayas apartado de ti, pues lo tengo merecido; me duelo y lloro de que no me dejes regresar a lamerlos y besarlos de nuevo, como hace la perrilla fiel a su amo y señor.

Puesto que no quieres, Jesús mío, que vuelva yo a tener tus santos pies, por gracia te pido que me hagas colocar realmente bajo los pies del alma de Judas el maldito, porque en todo el infierno no encuentro lugar conveniente a mi malignidad, soberbia e ingratitud, salvo éste.

¡Oh trueque lagrimable! ¡Oh apetito miserable! Por los pies de Cristo, bajo los pies de Judas deseo habitar.

Oh Dios, «fiat cor meum immaculatum in iustificationibus tuis ut non confundar» (Sal 119,80).

De las «Instrucciones a Giovanni da Fano»

[3] Alma bendita en el Señor, quiero que imites a tu madre en esta virtud que Dios le ha concedido: de todo cuanto oigas y veas saca el bien: «Toma la rosa y deja estar la espina».

Y si hubiese cien razones y mil autoridades de la sagrada Escritura que se pudiesen llevar al mal, y una sola cosa que se pudiese llevar al bien, toma

esta sola y deja estar aquellas cien y aquellas mil; y sábete que así ha hecho siempre la que en Dios tan cordialmente amas. De esto digo, por ejemplo, que en ninguna cosa fue nunca su corazón más perseverante que en eso: por ninguna persuasión pudo creer un mal del prójimo, salvo con mucha dificultad o por muy larga experiencia.

Esta rectitud y estabilidad de corazón da gran atrevimiento «in cospectu Altissimi» (Si 35,8), y sus súplicas no padecen repulsa alguna: «Lux orta est iusto et rectis corde laetitia» (Sal 97,11): tengo para mí que sin duda, si no albergas un corazón malicioso, sino que con recta intención obras *erga Deum et proximum*, en breve tiempo adquirirás esos dos suavísimos frutos, a saber, luz divina en el entendimiento y alegría angélica en tu recto corazón, alegría que ni el mundo, ni todas las cosas contenidas en él, pueden dar.

Estos son los hombres pacíficos que en su contemplación poseen la tierra de la humanidad de Cristo clavada en la cruz. Después sigue: «Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt» (Mt 5,8), mediante el entendimiento en esta vida. Del número de ellos quiero que seas tú, alma bendita, para que después puedas gozar eternamente en el Cielo con tu dilecta madre espiritual, la cual por gracia del Espíritu Santo camina por el desierto de esta vida presente, entre muchos e innumerables ladrones, por este segurísimo camino antes señalado, a saber: el de sacar siempre el bien de todas las cosas, hasta del mal patente, porque —créeme a mí, que te amo con sinceridad de corazón— muchos y muchas, por este pensar y juzgar, caen luego en la murmuración, razón por la cual los siervos y siervas de Dios pierden tantas gracias, tantos dones y tantas prerrogativas, que no hay entendimiento que calcularlos pueda.

Huye, huye de esta peste infernal; huye de este vicio, y, de nuevo te lo repito, huye a toda velocidad, porque unos son los juicios de Dios y otros los de los hombres; y porque esa madre tuya ha experimentado en muchas cosas lo que es ser juzgada al revés —y ello *Deo permittente* para su infinito bien, y aun a fin de que el tesoro de la gracia por ese camino se conserve en ella de forma segurísima— y ha aprendido a su costa lo increíbles que son tales juicios humanos.

Tú, pues, alma fiel en la pasión de Cristo Jesús, haz del mismo modo, para que en ti repose el espíritu de la sabiduría.

Quiero también, alma bendita, que sigas este otro recordatorio mío: que sirvas a Dios, [no] como siervo, por temor de penas y de suplicios eternos, ni como pecadora, por un premio, sea del tipo que sea, sino como verdadera y legítima hija: devuelve a Dios amor por amor, pena por pena, san-

gre por sangre y muerte por muerte. Éstos son los caminos breves, ocultos y seguros, no manifiestos a los ojos humanos, pero conocidos y admirables a los ojos de Dios, ante el cual todo está patente y desnudo.

Esto consiste en nuestro afecto antes de que esta alma nuestra comience a caminar y, en llegando, antes que ella llame a la puerta de la misericordia de Dios se le abre el inmenso tesoro de la eterna sabiduría; antes de que ella pida, se le concede más de lo que quiere, y ni siquiera sabe pedir lo que la incomprensible bondad de Dios le ofrece. Amplio, cortés y liberalísimo es nuestro piadoso y amorosísimo Jesús crucificado, y mucho le agrada, con aquellos que a él se conforman, hacerles el corazón liberal, magnánimo y amplísimo, para que en él pueda pasear abundantemente el Rey de la vida eterna; pero en un corazón estrecho, vil e impuro jamás habitó ni habitará Dios, «quia magnus et excelsus est super omnes Deos» (*2 Cr* 2,5).

Deja, deja, alma amantísima, este falaz y engañoso mundo, no por temor del infierno, como siervo, ni por esperanza del premio, como pecadora; sino como hija y esposa amable, por amor de tu crucificado Jesús, al cual, con los brazos del afecto de tu corazón, con gran dilección estrechas.

Así hizo tu devota madre, que se dolió de lo que ella no tenía y de lo que no era, para poder dejar más aún por amor de su crucificado Jesús, al cual amaba con ardor y puro corazón, e intención perfecta.

[9] Muchos hay que procuran la pureza del corazón por un camino muy largo y fatigoso, ayunando, velando, disciplinándose, durmiendo en el suelo expuestos al frío y al calor, y afligiendo su cuerpo; y todo eso para obtener la limpieza interior, con la cual se posee la consumada perfección. Pero esta madre tuya tiene por segurísima verdad que el pensar a menudo en Dios hace adquirir este don más pronto, mejor y con menor fatiga. Necio sería quien, pudiendo ir a Roma en un día por camino llano y facilísimo, quisiese emplear en ello cuatro jornadas e ir por una carretera escabrosa y difícil. Toma, toma este camino breve, dulce, suave, seguro y oculto, que te guía al Paraíso, sin que nadie se dé cuenta; abrázate con Cristo y estáte seguro de enriquecerte sin que los demás vean en qué te ocupas.

Concluyo diciendo que quien a menudo piensa en Dios, «Deus manet in eo» (*1 Jn* 4,15); y a quien lo tiene en sí por gracia, no hay cosa que le falte. Procura en tus pensamientos e intención, en cuanto puedas tener a Dios por objeto, no apegarte a la criatura. Como por ejemplo: si haces una caridad a tu prójimo, es muy bueno tenerlo por objeto como tu prójimo, pero mejor es tenerlo como miembro de Cristo; y tanto más, cuanto que uno es más noble, excelente y meritorio que el otro.

Piensa ahora qué diferencia se encuentra en ello. Por eso muchos religiosos por estos viles objetos pierden mucho precio de sus fatigas. Vuestra paternidad entiende y sabe más que yo, porque es doctísima en esta materia de objetos formales y nobles. Si puedes, hijo mío, obtener un ducado, no te conformes con un céntimo: toma a Dios, piensa en Dios, «et meditatio cordis tui sit in conspectu suo semper» (Sal 119).

FRANCESCO GIORGIO VENETO

Francesco Zorzi nació el 17 de abril de 1460 en Venecia, estudió en Padua e ingresó después en la orden de los menores, en el convento de San Francisco della Vigna. Sabía de música, arquitectura, jurisprudencia, Qabbālāh y *ars combinatoria* llullana. Agripa de Nettesheim mantuvo un coloquio con él, Enrique VIII lo consultó por cuestiones matrimoniales, Le Fèvre de la Boderie lo tradujo. Murió en 1540.

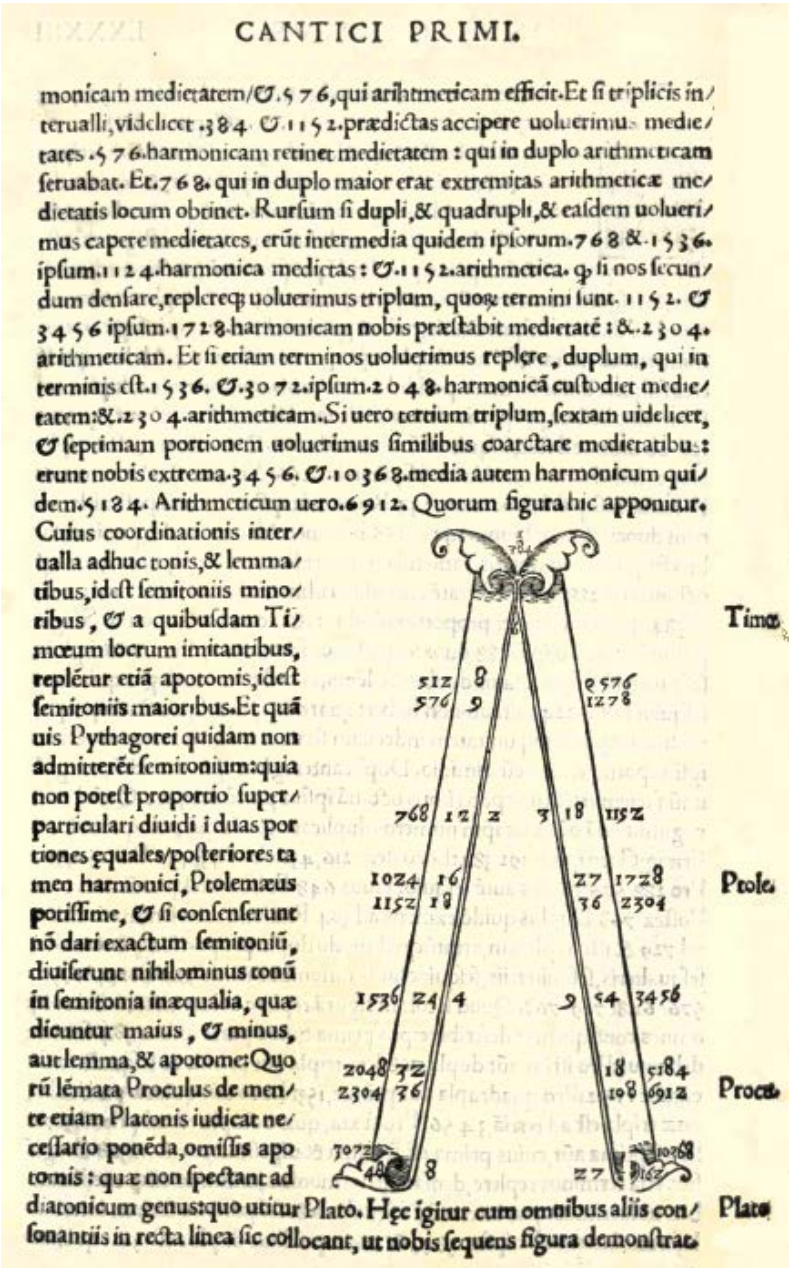
Escribió *De harmonia mundi* (1525) e *In Scripturam sacram problemata* (1536).

Expone ya las doctrinas que serán propias de la confraternidad de la Rosacruz y señaladamente de Robert Fludd.

De «La armonía del mundo»

Cómo el artífice de todas las cosas produjo
cada cosa con el tercer ternario cuadrado

[I, 3, 13] Alejandro, atestigua Laercio, señalaba en la mónada el principio de todas las cosas y afirmaba que la indefinida dualidad fue sometida a la mónada como la materia al propio autor, y que de la dualidad se generaban los números, de los números los puntos y de los puntos habían salido las líneas de las que constan las figuras planas; los cuerpos sólidos constan de planos, y los principales de ellos son los cuatros elementos de los cuales emanan todas las cosas elementales. Pero ya se ha tratado de la fábrica supraceleste y celeste y de su materia; hay que hablar aún de los elementos y de sus compuestos, que están sujetos a corrupción. Cuatro son los elementos y fundamentos primarios de los cuales todas las cosas están compuestas, y cuyas formas superiores fueron referidas por los antiguos a Neptuno por lo que respecta a las aguas, a Juno por el aire, a Vulcano por el fuego...



CANTICI PRIMI.

monicam medietatem/&.576,qui arihtmeticam efficit.Et si triplicis in/ terualli,videlicet.384.&.1152.prædictas accipere uoluerimus medie/ tates.576.harmonicam retinet medietatem: qui in duplo arithmeticam seruabat. Et.768. qui in duplo maior erat extremitas arithmeticæ me/ dietatis locum obtinet. Rursum si dupli,& quadrupli,& easdem uolueri/ mus capere medietates, erũt intermedia quidem ipsorum.768 &.1536. ipsum.1124.harmonica medietas: &.1152.arithmetica. q̃ si nos secun/ dum densare,replereq; uoluerimus triplum, quoꝝ termini sunt. 1152. & 3456 ipsum.1728.harmonicam nobis præstabit medietatẽ: &.2304. arithmeticam. Et si etiam terminos uoluerimus replere, duplum, qui in terminis est.1536. &.3072.ipsum.2048. harmonicã custodiet medie/ tatem:&.2304.arithmeticam.Si uero tertium triplum,sextam uidelicet, & septimam portionem uoluerimus similibus coarctare medietatibus: erunt nobis extrema.3456. &.10368.media autem harmonicum qui/ dem.5184. Arithmeticum uero.6912. Quorum figura hic apponitur. Cuius coordinationis inter/ ualla adhuc tonis,& lemma/ tibus,idest semitoniis mino/ ribus, & a quibusdam Ti/ mœum locrum imitantibus, replẽtur etiã apotomis,idest semitoniis maioribus.Et quã uis Pythagorei quidam non admitterẽt semitonium:quia non potest proportio super/ particulari diuidi i duas por tiones ęquales/posteriores ta men harmonici, Ptolemæus potissime, & si consenserunt nõ dari exactum semitoniũ, diuiserunt nihilominus tonũ in semitonia inæqualia, quæ dicuntur maius, & minus, aut lemma,& apotome:Quo rũ lẽmata Proculus de men/ te etiam Platonis iudicat ne/ cessario ponẽda,omissis apo tomis: quæ non spectant ad diatonicum genus:quo utitur Plato. Hęc igitur cum omnibus aliis con/ sonantiis in recta linea sic collocant, ut nobis sequens figura demonstrat.

Con el triángulo sobre el cual están dispuestos los valores de los intervalos de las dos escalas, mayor y menor, queda configurado el *lambdoma* que será redescubierto por Albert von Thimus en el siglo XIX. Francesco Giorgio Veneto, *Harmonia mundi*, Venecia, 1525, pág. LXXIII, nota 1.

Ezequiel ve la distribución cuaternaria ante el tribunal de Dios porque a este tribunal precisamente atañe, según enseña la teología de los judíos, en la cual hay otro cuaternario donde los cuatro animales corresponden a uno de los ángulos, al que después se añaden otros tres: los ofanines, los serafines y los ángeles de servidumbre, los cuales, junto con los animales de santidad (dicen, siguiendo el libro de formación de Abraham), completan el tribunal de Dios; dicho tribunal, si bien goza del 3, se difunde sin embargo en el mundo según el 4, y distribuyó con esos diversos elementos, supremos, inferiores y medios, en número consonante, esta máquina del mundo en cuatro partes: euro, céfiro, austro y bóreas, y el cielo en ígneo, aéreo, ácueo y térreo por partida triple, y de este cielo provienen las cuatro estaciones, primavera, verano, otoño e invierno... También nuestra alma recibió de las regiones supremas su fuerza cuaternaria, la racionalidad que Agustín llamó parte superior, y Plotino entendimiento, que somos nosotros, según el mismo Plotino; después la fuerza animal que los judíos llaman *nefes*, cuarto espíritu que los conectó todos; y finalmente el hombre tuvo el esplendor de cuatro virtudes, como dicen los estoicos. Cuatro éxtasis tuvo la poesía de las musas, a saber, la teología órfica, el misterio de Dioniso, el vaticinio de Apolo y el amor de Venus, que entran por cuatro puertas: sentido, imaginación, fantasía e inteligencia, y todas emanan del Artífice trino en el cual está, no obstante, inmanente la idea del cuatro tal como se manifiesta por su gran nombre de cuatro letras.

No sé cuál es la cuadratura con el círculo divino de los cuatro elementos, conocida para quien dispone estas cosas consonantes, ni el diámetro de ese círculo (que si no yerro es el hombre) se obtiene a partir de un lado, porque el hombre, diámetro del mundo, no guarda conveniencia con ninguna criatura determinada, sino que es un animal de naturaleza multiforme y que se deshace, según la opinión de la teología caldea, y pasa libremente de una figura a otra. Existe, no obstante, una proporción que se obtiene reduciendo la mínima cuadratura de los elementos al máximo cuadrado. Los elementos cuádruples están entre sí en maravillosa proporción, como los números cuadrados, que terminan con su número y convienen con un medio proporcionado a ambos: 4 y 9 son números cuadrados; en medio está el 6, que tiene proporción sesquiáltera con 4, lo mismo que 9 respecto a 6. Así 9 y 16 convienen el uno con el otro por otro cuadrado cuyo medio es 12. Del mismo modo progresan todos los números cuadrados, imitados por los elementos, los cuales son proporcionados en sus cualidades respectivas. El agua es húmeda y fría, pero al tiempo que retiene lo húmedo

como cosa propia, participa el frío a la tierra; la tierra es fría y seca, pero el frío le es propio, y gracias a eso tiene proporción con el agua, pero se iguala al fuego en cuanto a sequedad, lo mismo que el fuego, en cuanto a calor, con el aire; por eso, la tierra es al agua en la frialdad lo mismo que es al fuego en la sequedad, y éste en el calor al aire, que a su vez es así a lo húmedo del agua. Los académicos descubrieron otra conveniencia en el 4, hasta la cuádruple proporción, en la cual proceden las razones musicales, superada la cual se ofende el oído. En efecto, el fuego es dos veces más sutil que el aire, tres veces más móvil que el agua y dos veces más agudo; el aire es dos veces más agudo que el agua, tres veces más sutil, cuatro veces más móvil. Además, el agua es el doble más aguda que la tierra, tres veces más sutil y cuatro veces más móvil. Esto fue cantado por Boecio a imitación de los pitagóricos:

> Tú lees con los números los elementos de modo que los fríos a la llama
> los áridos al líquido convengan, para que el más puro fuego
> no salga volando y no caigan por su peso las tierras emergidas.

[I, 3, 16] Muchos atestiguan que los elementos se encuentran en todas las cosas, pero los situados en este mundo inferior son despreciables, onerosos, y los del cielo, nítidos, puros y benéficos en todos los aspectos. Comenzando desde abajo, la tierra es estable fundamento para los pies, matriz fecundísima de todas las semillas. En el cielo, ella es la densidad que aparece en el Sol, la Luna y las estrellas, que, como dice Plotino, despiden los rayos solares. Se encuentra en los ángeles a fin de que formen asientos firmes para Dios y sean fecundos para proveer como ministros de Dios a nuestras necesidades y hacer fértil esta tierra despreciable. La tierra está en el arquetipo de todas las cosas, firme y fecundísima naturaleza, por lo cual se dice de ella: ábrase la tierra y germine al Salvador. Nuestra agua es ligera e igualada, limpia y lava todas las cosas. En los cielos está su flujo que irriga la tierra, y también su virtud mezclable, como demostró Basilio por extenso. En los ángeles es docente y lavante, y de ella se canta en los Salmos: «aguas que estáis sobre los cielos» (Sal 148,4). Está en el sumo Artífice aquella con la cual lava Él los pecados y regenera los mundos, limpia y apacienta. Pero mira la diversidad entre esas aguas: el humor de aquí apaga el calor de la vida, mientras que el celeste irriga y el supraceleste entiende, el divino purga y apacienta las mentes.

Este aire que respiramos, vemos, oímos, olemos, es elemental; en los cielos es naturaleza diáfana más allá de la cual vislumbramos las estrellas fi-

jas; en el cielo superior es el espacio donde resuenan los conciertos suavísimos de los bienaventurados, donde se manifiesta la visión del cuerpo del príncipe, de la reina y de todos los soldados. En los ángeles es soplo vital y aura tenue. En el Artífice es vida suma y perfectísima y espíritu que, espirando absolutamente en todos, da de qué vivir y respirar y aquello con lo cual Él habla a Elías y a otros íntimos, semejante a silbos de aire tenue.

El fuego elemental entre nosotros calienta, cuece y perfecciona. En el cielo es el Sol luciente que calienta las cosas inferiores y Marte, que las sacude dando vigor. En los ángeles es seráfico y ferviente amor del que el Salmista canta: «Tú que haces a tus ángeles espíritus y ministros tuyos, fuego abrasador» (Sal 104,4). En el arquetipo, como afirman Heráclito, Empédocles y otros sabios, es el fuego ideal y luz espiritual. Pero, como afirma Zenón, fuego demiúrgico que produce todas las cosas. El Libro de la Sabiduría dice del espíritu y fuego divino: «Es artífice de todas las cosas y posee toda virtud» (Sb 7,21). Cleante lo confirma diciendo que tal fuego es incorpóreo, divino, vital y saludable. Todo lo genera, conserva, sostiene y alimenta y acrecienta, lo mismo que éste, inferior, todo lo disipa y disturba. Lo confirman los divinos testigos Moisés y Pablo: «Dios es fuego» (Dt 4,24; Hb 12,29). Y para que la parte ínfima del mundo no quede excluida de este edificio, vemos qué dice de ella Homero en el canto décimo de la *Odisea*:

> Allí el Piriflegetón y el Cocito, que es un arroyo del agua de la Estigia, llevan sus aguas al Aqueronte, y hay una roca en el lugar donde confluyen aquellos sonoros ríos...[6]

Piriflegetón es ígneo, Cocito aéreo, Aqueronte térreo, Estigia aguas, pero laguna más que río.

La consonancia de miembros entre Dios y el hombre

[II, 3, 34] Se dice que en medio del paraíso estaba el árbol de la vida, del cual toda vida, angélica y humana, y cualquier otra, emana y fluye, y en el cual todas las cosas viven y vivían antes de que se manifestasen en sus formas, como dice Juan: «Lo que fue creado, y en él era vida» (Jn 1,3-4).

6. Homero, *Odisea*, X, 513-515.

Se dice también que allí estaba el árbol de la ciencia del bien y del mal, que si no yerro es Cristo hombre, el único que gustaba juntamente el bien de la bienaventuranza y el mal de nuestras pasiones. Nunca hubo otro que fuese a la vez bienaventurado y peregrino sobre la tierra, salvo Cristo Jesús, y a Adán se le prohibió acercarse a él, a Adán, a quien estábanle concedidos todos los demás árboles. El árbol, pues, es un hombre, es el árbol Cristo, y el mismo Dios propone con la imagen del árbol el sacramento por el cual todos sus miembros convienen con los del hombre. La copa, que llaman corona, es la cabeza sobre la cual se pone la corona. En la cabeza está el doble ojo, el derecho, que mira benignamente a los que deben ser premiados, y el izquierdo, que mira con acritud a los que deben ser castigados; de estos ojos dice la Escritura: «Los ojos de Dios miran a los buenos y a los malos» (Pr 15,3). Pero se debe recordar que *'ayn* en hebreo quiere decir a la vez fuente y ojo, siendo el ojo y la fuente de la divina piedad todo uno, y así es también para nosotros, porque al abrirse el ojo para derramar lágrimas por amor de Dios y por dolor de Cristo sufriente y del prójimo afligido, inmediatamente se abre la fuente de la divina piedad a compadecer al que llora; por eso el Salvador dijo no sin razón: «Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados» (Mt 5,4), por la exuberancia de la divina piedad sacada de aquella fuente de la que se dice: «Pues en ti está la fuente de la vida» (Sal 36,10). Allí se encuentran también los oídos de los que en los Salmos se dice: «Los oídos [del Señor] escuchan sus plegarias» (Sal 34,16), los oídos divinos, en efecto, atienden a nuestras plegarias cuando nosotros abrimos los nuestros a escuchar lo que en nosotros dice el Señor Dios y cuando escuchamos las plegarias que grita nuestro prójimo necesitado de nuestro auxilio.

Si movemos nuestra testa, la parte más alta de la fortaleza, hacia el objeto deificante, o hacia un bien cualquiera, se mueve también esa cabeza principal de todas las cosas y dispensador de todo bien, Dios que atrae y acompaña, según las palabras del Salvador: «Nadie viene a mí si no lo ha atraído mi Padre» (Jn 6,44). En efecto, Dios previene, como dice el Profeta: «Su misericordia me previene». Pero a veces es Dios mismo el que exige que nosotros nos movamos primero, como está escrito: «Convertíos a mí y yo me convertiré a vosotros» (Za 1,3). Entonces se mueve también Aquel que es cabeza del cuerpo de toda la Iglesia, como Él mismo proclama a todos: «Venid a mí, ovejas cansadas y agobiadas, y yo os restauraré benignamente viniendo a vosotras y habitando con vosotras» (Mt 11,28).

Bajo los ojos y la testa están los dos brazos, la mano derecha y la izquierda: aquélla imparte misericordia con todo bien; ésta, en cambio, cas-

tiga a quien merece el mal con severísima ley que de ella emana. De ella depende nuestra ley y dura justicia, mientras que de la derecha proviene la ley de misericordia y gracia a través del Hijo de Dios, que no sin razón se dice que está a la derecha del Padre. Por eso con gran misterio se dice que los reos destinados a la dura sentencia de Cristo están a la izquierda de los jueces, mientras que los destinados a disfrutar de la misericordia están a la derecha. El brazo izquierdo nos lo revelaron las duras Leyes, pero el derecho nos lo reserva el Hijo de Dios, del cual vaticinaba Isaías gritando: «Oh Dios, ¿quién prestará fe a nuestra noticia, a quién fue desvelado el brazo de Dios?» (Is 53,1). Según afirma la verdad judía, el que crece como retoño en tierra árida, es decir, en los judíos desecados por sus crímenes. Viene, pues, sin el fasto y la apariencia del aparato regio, y lleno, sin embargo, de los tesoros de la Sabiduría y la Misericordia, que se ponen a la derecha, y por eso difunde sabiduría, clemencia, misericordia, en los discípulos y en el pueblo, distribuyendo entre ellos todo su cuerpo, sangre y alma, reputando cosa más dichosa dar que recibir, y proclamando a todos: «Dad y se os dará» (Lc 6,38), moved la mano derecha hacia el prójimo y sentiréis abierta totalmente para vosotros la diestra de Dios.

En el medio: en el corazón y en todo el vientre está la verdadera belleza socrática, de donde dimanan todas las cosas bellas, de las cuales dice el Salmista: «Virtud e inteligencia en su santuario» (Sal 96,6), que nosotros traducimos: «Confesión y belleza en su santificación». Ese Tif'eret que es interpretado como magnificencia significa más bien esa verdadera belleza por la cual se embellecen todas las cosas con vida y belleza divina. A eso responde el corazón, miembro bellísimo y excelentísimo entre todos, sumamente deseado por Dios; con su movimiento somos movidos al amor de Dios, lo mismo que el corazón divino es movido al amor de quien lo ama, según se dice en el Cantar: «Mi amado para mí y yo para mi amado, entre mis senos descansará» (Ct 1,13), los senos son los brazos y Salomón quería chupar de ellos, diciendo: «Bésame con un beso de tu boca, porque tus senos son mejores que el vino» (Ct 1,2), pues dan una leche suavísima, que fortaleció a los profetas, a los amigos de Dios y a los sabios en las cosas divinas. Y puesto que esto se suministró en la tierra de la divina promesa (que vulgarmente se denomina Tierra Santa, pero que Daniel llama tierra *tsebi*: principal y jocunda), y en ella están todos los carismas y todos los dogmas legales y proféticos —por lo cual se dijo que manaba leche y miel, es decir, la sabiduría y el gusto de las cosas divinas—, no es extraño que quien come la mantequilla de esa leche sepa reprobar el mal, como dice Isaías, y escoger el bien (Is 7,15), porque el hombre espiritual juzga de to-

das las cosas. Esos senos amamantaron a todos los profetas que son llamados, con otro nombre, tercer cielo, y al subir Pablo a él vio los arcanos de Dios, de los cuales al hombre no le es lícito hablar.

Bajo el corazón están los intestinos y los instrumentos de la generación o fundamentos de toda la vida, por lo cual en el arquetipo este intestino es llamado fundamento, árbol y tronco de toda vida, de donde descienden abundantes influjos de vida celeste a nosotros, con tal de que procuremos vivir para Dios y atender a la vida, como dice el Autor de la vida: «Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco y ellas me siguen y yo les doy la vida eterna» (Jn 10,27-28).

Finalmente en el arquetipo están los pies, por lo cual se dice que la tierra es escabel de sus pies, y en hebreo se dice Shekhināh, «morada en nosotros». Se llama también tierra de los vivos y reino, cuando Él reina inmediatamente en vosotros, y el sumo Doctor lo denomina Reino de los Cielos: «El Reino de los Cielos está entre vosotros, pero quien lo quiera hágase violencia, porque sólo los violentos lo arrebatan» (Mt 11,12), especialmente desde los días de Juan Bautista, que marcó el término de la ley mosaica y anunció la ley evangélica de Cristo, el cual no pide sacrificios de animales, sino la mortificación completa de nosotros mismos y la perfecta violencia para sojuzgar al hombre animal.

Cómo y cuándo existe consonancia y disonancia entre cuerpo y alma

[III, 1, 4] No hay guerra entre cuerpo y alma, sino más bien entre hombre animal y espiritual, los cuales difieren mucho de cuerpo y alma, aun cuando a menudo se confunda el espíritu con el alma, y el cuerpo o carne sea confundido con el hombre animal. La Escritura habla de su paz, concordia y unión: «Dios sopló en el rostro del hombre un aliento de vida y el hombre fue hecho algo único, a saber, un alma viviente» (Gn 2,7). Pablo habla de la lucha de estos dos [entes]: «La carne anhela contra el espíritu, y el espíritu anhela contra la carne, y son opuestos entre sí» (Ga 5,17). Veo una ley en mis miembros que se opone a la ley de mi mente y me lleva prisionero a la ley del pecado; por eso no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. No se tiene aquí disensión entre cuerpo y alma, que son cosas naturales, deseosas no ya de lucha, sino de paz, y unidas por el sumo Artífice en firme alianza. Muchos yerran en este punto, siguiendo a Pablo, al creer reducir el cuerpo, es decir, los apetitos animales, a esclavitud res-

pecto al espíritu (Rm 8,9), destruyendo así la naturaleza, o sea, los dones naturales que se deben ejercitar con pleno vigor, no debilitar, para alabanza de Dios, provecho propio y utilidad del prójimo. No se debe atizar la discordia entre las cosas naturales, ni se deben destruir, sino que más bien se han de conservar. El Apóstol enseña a Timoteo a usar el vino para confortar el estómago (1 Tm 5,23)... Se deben adoptar aquellos ayunos, abstinencias y mortificaciones que, no destruyendo, sino reduciendo a servidumbre el cuerpo, refuercen el espíritu para un servicio más ágil de Dios. Debe haber lucha continua entre el hombre celestial y el sensual, hasta que éste sea sometido, y con consenso y paz podamos extasiarnos en el reino mismo de la paz. Se debe conservar la concordia del alma y de la carne, a las que el Artífice unió entre sí.

[III, 1, 17] En el espejo de la divina claridad siente también la mente un calor ígneo que nace de aquella luz reverberante, y por eso se licúa, se disuelve y finalmente es unida a Dios mismo que la ilumina. No pueden oponerse a esta verdad los que querrían vincular a las leyes de la matemática inferior a Aquel que está libre de todas las leyes, diciendo neciamente que no hay proporción de finito a infinito, y por tanto tampoco unión, y además que, al ser Dios simplicísimo, no admite unión ni conmixtión. Él es, en efecto, uno y simplicísimo como el Sol, único sobre todos los lugares iluminados de la tierra. Y puesto que el Sol al iluminar y calentar todas las cosas no admite conmixtión de ninguna clase, tanto menos la admite Aquel que es simplicísimo e impregna todas las cosas y todo lo transmuta en sí mismo a voluntad. No causa maravilla que, si el fuego ínfimo convierte el leño en sí mismo al quemarlo, lo mismo haga Aquel del cual el Deuteronomio dice: «Dios es un fuego abrasador» (Dt 4,24), porque con fuerza ígnea y vital convierte el alimento en la naturaleza de quien lo come... La Causa primera, aun cuando posee virtud infinita y excede la proporción de todas las cosas inferiores, se extiende, sin embargo, a producir también una cosa mínima para después unirla a sí misma a voluntad, aun cuando la exceda infinitamente...

[18] No contentos con llevar al hombre a la unión con Dios, procuraremos guiarlo al último paso, que es la transmutación del cuerpo en espíritu y del espíritu en Dios. De ello dice el Apóstol: «Esperamos a nuestro Salvador Jesucristo, el cual transfigurará nuestro cuerpo humilde a imagen de su cuerpo glorioso» (Flp 3,20-21). Y esta transformación acontece por exceso mental y por éxtasis, que los judíos llaman «muerte por beso». En el carmen davídico se dice «preciosa ante Dios la muerte de sus san-

tos» (Sal 116,15). Se muere en el exceso mental a causa de aquel beso del cual el Sabio dice en el Cantar: «Bésame con un beso de tu boca» (Ct 1,2). En el exceso mental, el hombre muere a su cuerpo, de suerte que no vive en absoluto su vida ni hace uso de su servicio, aunque no quita al cuerpo el socorro de la virtud del alma vivificada. En tal exceso, el alma alcanza a Dios, se une a Él con un beso y se siente satisfecha con tanta suavidad, que olvida todo lo exterior al cuerpo mismo, que vive, sí, pero privado de los sentidos y casi muerto.

De «Cuestiones sobre la sagrada Escritura»

[318] ¿Por qué puso Dios el bien contra el mal y el mal contra el bien, como afirma el Eclesiástico (Si 33,14), para producir esta armonía? ¿No es, acaso porque la armonía no puede sino provenir de términos distantes entre sí, y porque los términos medios no pueden distar sin la distancia de los extremos? Y para que disten los extremos es necesario que sean contrarios, como inferior y superior, delantero y trasero, derecho e izquierdo. Pero, aun no habiendo distancia espacial en los grados de la entidad o la sustancia, existe, no obstante, la distancia de la perfección, por la cual tanto se está lejos del bien, cuanto se está teñido de mal. Queriendo el sumo Artífice producir el mundo mediante la armonía fundada sobre la distancia de los grados de perfección e imperfección, debió, Él perfectísimo, construir otro extremo, imperfectísimo, a fin de que entre tales dos extremos pudiese distribuir los grados de todos los demás seres en razón de su perfección, que consiste en una gran o escasa lejanía de la imperfección y relativa proximidad a la perfección.

[321] ¿Por qué Mercurio afirma que las almas son generadas por el 10? ¿Quizás porque Dios se preocupó de crear el alma según el 10, número completo, después del cual no se da otro, siendo el alma la perfecta y última obra de Dios, después de la cual leemos que no fue creada ninguna otra cosa? ¿Quizás porque el alma emanó de aquel 10 divino al que en varios pasajes se alude? Por eso en la creación del hombre fueron citadas esas diez fuentes o diez númenes a los cuales, según el *Zohar*, fue dirigida la frase: «Creemos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1,26). En efecto, el alma fue insuflada por todos [los diez], lo mismo que por todos los miembros del cuerpo es producido el semen para formar un cuerpo, de suerte que, en el caso de que un miembro no produjese semen, nacería un

hombre privado de ese miembro. Por eso, lo mismo que el hijo lleva la imagen corpórea del padre, así el alma la imagen de Dios, porque le fueron insufladas todas las cosas que están en Dios.

LEÓN HEBREO

Jehudah Abrabanel nació en Lisboa entre 1460 y 1465. Isaac, su padre, era uno de los poderosos del reino, pero tuvo que huir, acusado de complot en 1483, y asumió el cargo de intendente de los impuestos de Fernando II el Católico. Judá, que llevaba también el nombre de León, creció a la sombra de su padre, llegando a ser médico y como tal fue protegido por el rey español, que quiso retenerlo cuando proscribió a los judíos en 1492. En Nápoles, su nueva tierra de exilio, pudo reunirse felizmente con su padre, librándose del bautismo forzado; pero en su huida perdió a su hijo, que fue convertido a la fuerza. En Nápoles, Isaac llegó a ser consejero (y Judá León, médico) de Fernando I de Aragón. Con la invasión de Carlos VIII, la paz se vio nuevamente turbada, y Judá León fue vagando de Génova a Nápoles, y de allí a Venecia, Ferrara y de nuevo a Nápoles. Murió entre 1521 y 1535.

Los *Diálogos de amor* fueron redactados en Génova en torno a 1502, en italiano y en hebreo. Esta última versión se perdió. De la otra, la primera edición conocida es la de Roma de 1535. Fueron, junto con las obras de Pico della Mirandola, el medio de acceso al conocimiento de la Qabbālāh en el Renacimiento.

De los «Diálogos de amor»

De la universalidad de amor

[II, B, α] FILÓN: El semen que la tierra recibe del cielo es el rocío y el agua de lluvia que, con los rayos solares, lunares y de otros planetas y estrellas fijas, engendra en la tierra y en el mar todas las especies e individuos de los cuerpos compuestos en los cuatro grados de composición, como te he dicho...[7]

7. Véase vol. I, pág. 259, nota 16. Αἰών es rocío celeste y esperma viril y duración fuera del tiempo.

Todo el cielo lo produce con su continuo movimiento, del mismo modo que el cuerpo del hombre en general produce el esperma. Y del mismo modo que el cuerpo humano está compuesto de miembros homogéneos, o sea, no organizados, tales como huesos, nervios, venas, panículos y cartílagos, además de la carne, que es un relleno entre unos y otros, así también el gran cuerpo del octavo cielo está compuesto de estrellas fijas de distinta naturaleza que se dividen en cinco magnitudes y una sexta especie de estrellas, aparte de la substancia del cuerpo diáfano del cielo que es continuo y ocupa el espacio entre unas y otras...

Los siete planetas son siete miembros heterogéneos, es decir orgánicos, fundamentales para la generación de este semen, como los que en el hombre producen el esperma...

La producción del esperma en el hombre depende, primero, del corazón, que proporciona los espíritus con el calor natural que da la forma al esperma. Segundo, el cerebro proporciona la humedad, que es la materia del esperma. Tercero, el hígado, que templa con suave decocción el semen, lo reelabora y lo aumenta con lo más purificado de la sangre. Cuarto, el bazo, que, después de haberlo purificado con la eliminación de las heces melancólicas, lo espesa y lo hace viscoso y ventoso. Quinto, los riñones, que con la propia depuración lo hacen punzante, cálido e incitativo, sobre todo por la porción de cólera que reciben siempre de la bilis. Sexto, los testículos, en los que el semen recibe constitución perfecta y naturaleza seminal generativa. Y el séptimo y último es el pene que pone el semen en la hembra receptora...

El Sol es el corazón del cielo, del que procede el calor natural espiritual, que hace exhalar los vapores de la tierra y del mar y genera el agua y el rocío que es el semen. Sus rayos y aspectos la dirigen, sobre todo con la mutación de las cuatro estaciones del año que origina con su movimiento anual. La Luna es el cerebro del cielo, que causa la humedad que es el semen común; y con sus fases se cambian los vientos y descienden las aguas, y origina la humedad de la noche y el rocío, que es alimento seminal. Júpiter es el hígado del cielo, que con su calor y suave humedad interviene en la producción de las aguas, en la templanza del aire y en la suavidad del clima. Saturno es el bazo del cielo, que con su frialdad y sequedad densifica los vapores y congela el agua, mueve los vientos que los transportan y templa el exceso de calor. Marte es la bilis y los riñones del cielo, que con su excesivo calor produce la ascensión de los vapores, licúa el agua y hace que fluya, la hace más sutil y penetrante, y le da calor seminal incitativo

para que la frialdad de Saturno y de la Luna no estropeen el semen para la procreación por falta de calor actual. Venus es los testículos del cielo; tiene gran importancia en la producción del agua buena y perfecta para la inseminación, pues su frialdad y humedad es benigna, muy asimilable e idónea para causar la generación terrestre. Y, por la proporción y aproximación entre los riñones y los testículos en la producción de semen, los poetas han imaginado a Marte enamorado de Venus porque el uno proporciona la incitación y el otro la humedad necesaria para el semen. Mercurio es el pene del cielo, unas veces erecto y otras retraído; algunas veces causa la lluvia y otras la impide. Se mueve principalmente por la aproximación del Sol y por las fases de la Luna, de igual modo que se mueve el pene por el deseo e incitación del corazón y de la imaginación y memoria del cerebro. Así pues, Sofía, ves cómo el cielo es marido perfectísimo de la tierra, que con todos sus miembros orgánicos y homogéneos se mueve y se esfuerza por poner en ella el semen y crear muchos descendientes hermosos y de gran diversidad. ¿No ves que no se continuaría tan suma diligencia, tan sutil disposición, si no fuese por un fervientísimo y finísimo amor que el cielo, como verdadero hombre procreado, tiene a la tierra, a los demás elementos y a esa primera materia común, como a mujer de la que esté enamorado o bien con la que está casado? Siente amor hacia las cosas engendradas y cuida admirablemente de su alimentación y conservación, como con los propios hijos. La tierra y la materia aman al cielo como a marido dilectísimo, o amante, y benefactor. Y las cosas engendradas aman al cielo como a un padre piadoso y óptimo protector. Con este amor recíproco se une el universo corpóreo y se adorna y sustenta el mundo...

Es muy cierto que los siete planetas mantienen una correspondencia con respecto a los siete orificios que hay en la cabeza, al servicio de los sentidos y el conocimiento, es decir, el Sol con el ojo derecho, la Luna con el izquierdo (porque ambos son los ojos del cielo); Saturno con la oreja derecha y Júpiter con la izquierda (según otros, al contrario); Marte con el orificio derecho de la nariz y Venus con el izquierdo (según otros, al contrario); Mercurio con la lengua y la boca, porque rige el lenguaje y la doctrina...

El corazón y el cerebro son en el cuerpo como los ojos en la cabeza; el hígado y el bazo, como las dos orejas; los riñones y los testículos como los dos orificios de la nariz. El pene se corresponde a la lengua, tanto en posición y forma como en cuanto a extensión y retracción; y está situada en medio de los demás, de manera que, al igual que el pene, al moverse, produce generación corporal, la lengua la produce espiritual, con las conversacio-

nes acerca de diversas disciplinas, y crea hijos espirituales, como el pene corporales. El beso es común a ambos, el uno incitador del otro. Y así como los demás sirven a la lengua para conocimiento, y es ella el fin de la aprehensión del resultado de ese conocimiento, así también los otros miembros sirven al pene en la procreación y es éste el fin y el resultado de los mismos. Y del mismo modo que la lengua está situada entre las dos manos, que son instrumento de ejecución de lo que se conoce y se habla, el pene se halla entre los dos pies, instrumentos del movimiento para aproximarse a la hembra receptora...

El cielo, por su sencillez y espiritualidad, genera las cosas inferiores con los mismos miembros e instrumentos del conocimiento. De modo que el corazón y el cerebro, productores del semen generativo del cielo, son los ojos con que ve, es decir el Sol y la Luna; el hígado y el bazo, atemperadores del semen, son las orejas con que oye, o sea Saturno y Júpiter; los riñones y los testículos, que perfeccionan el semen, son los orificios de la nariz con que huele, es decir, Marte y Venus; el pene por el que sale el semen, es la lengua mercurial que guía el conocimiento. Pero en el hombre y en los animales perfectos, si bien son imagen y representación del cielo, fue preciso separar los miembros cognoscitivos de los reproductores, y poner aquéllos en la parte superior de la cabeza, y éstos en la parte inferior del cuerpo, aunque, sin embargo, se corresponden entre sí...

[ß] Es verdad: el hombre es imagen de todo el universo. Y por esto los griegos lo llaman *microcosmos*, que significa pequeño mundo. El hombre y cualquier otro animal perfecto contiene en sí macho y hembra, pues su especie se perpetúa en ambos y no en uno solo de ellos. Por esto no sólo en la lengua latina homo significa macho y hembra, sino también en la lengua hebrea, madre antiquísima y origen de todas las lenguas. *Adam*, que quiere decir hombre, significa macho y hembra, y en su significado propio contiene a ambos a la vez. Los filósofos afirman que el cielo solamente es un animal perfecto. Pitágoras defendía que en él había derecha e izquierda, como en cualquier animal perfecto, y decía que la mitad del cielo, desde la línea equinoccial hasta el Polo Ártico, que nosotros llamamos Tramontana, era la derecha del cielo, porque, desde dicha línea equinoccial hacia Tramontana, veía mayor número de estrellas fijas y más claras que las que veía desde el equinoccio hacia el otro polo, y le parecía además que se produjese, en los seres inferiores, una progenie mejor y más excelente en esta parte de la tierra que en la otra. Y a la otra mitad del cielo, la que se extiende desde la línea equinoccial hasta el Polo Antártico, que no vemos nosotros, la denomina izquierda del cielo. El filósofo Aristóteles, que acepta

que el cielo es un animal perfecto, dice que no sólo tiene estas dos partes de un animal, es decir, derecha e izquierda, sino que además posee las otras partes del animal perfecto, o sea, la delantera y la trasera, que corresponden a la cara y la espalda, y la alta y la baja, que corresponden a cabeza y pies...

El cuerpo humano se divide en tres partes —como el mundo—, situada cada una de ellas encima de la otra. La parte inferior está separada de la inmediatamente superior por una tela o panículo que divide al cuerpo por la mitad en la cintura, que se llama diafragma, y llega hasta abajo de las piernas. La segunda, más alta, va desde encima de esta tela hasta la cabeza. La tercera, más alta aún, es la cabeza. La primera contiene los miembros de la nutrición y de la reproducción: estómago, hígado, vesícula biliar, bazo, mesenterio, intestinos, riñones, testículos y pene. Esta parte del cuerpo humano es proporcional al mundo inferior de la generación en el universo. Y así como en éste se crean a partir de la materia prima los cuatro elementos, fuego, aire, agua y tierra, así en esta parte se producen con el alimento, que es materia prima de los cuatro humores: cólera caliente, seca y sutil, de la calidad del fuego; sangre caliente y húmeda, suavemente templada, de la calidad del aire; la flema fría y húmeda, de la calidad del agua; y el humor melancólico, frío y seco, de la calidad de la tierra. Del mismo modo que de los cuatro elementos se generan animales que, además de la nutrición y el crecimiento, tienen sentidos y movimiento, plantas, que no poseen sentidos ni movimiento, sino solamente nutrición y crecimiento, y otros mixtos, privados de alma, sin sentidos ni movimiento, ni nutrición ni crecimiento, sino que son como las heces de los elementos, es decir, piedras, hongos, sales y metales, así también de esos cuatro humores, generados en la primera parte inferior de éstos, se generan tejidos que se nutren, crecen y tienen sensaciones y movimiento, como los nervios y tegumentos, tendones y músculos, y otros que no tienen sensaciones ni movimiento, como son los huesos, los cartílagos y las venas. Además, del alimento y de los humores se generan otras cosas que no tienen sensaciones ni movimiento ni nutrición ni crecimiento, sino que son heces y residuos del alimento y de los humores, como son las heces duras, la orina, el sudor y las secreciones de la nariz y de los oídos. Y así como en el mundo inferior se generan algunos animales a partir de la putrefacción, muchos de los cuales son venenosos, así también por la putrefacción de los humores se generan animales de muchas clases, algunos de los cuales son venenosos. Por último, así como en el mundo inferior, con la participación celeste, se genera el hombre, que es animal espiritual, así, del mejor de los humores más volátil y sutil,

se generan espíritus sutiles y purificados, que se forman con la participación y contribución de los espíritus vitales, que permanecen siempre en el corazón, los cuales pertenecen a la segunda parte del cuerpo humano, correspondiente al mundo celeste, como ya diremos...

La segunda parte del cuerpo humano contiene los miembros espirituales que están encima de la membrana del diafragma, hasta el conducto de la garganta; es decir, el corazón y los dos pulmones, derecho e izquierdo. El pulmón derecho está dividido en tres partes, y el izquierdo en dos. Esta parte corresponde al mundo celeste. El corazón es la octava esfera estrellada, con todo lo celeste por encima de ella, que es el primer móvil, que mueve todas las cosas. Y se mueve de forma igual, uniforme y circular, y sostiene con su continuo movimiento todas las cosas corpóreas del universo; y de él procede cualquier otro movimiento continuo que se encuentre en los planetas y en los elementos. Así es el corazón en el hombre: siempre se mueve con movimiento circular y uniforme, nunca descansa, y con su movimiento mantiene con vida todo el cuerpo humano, y es causa del movimiento continuo de los pulmones y de todas las arterias que laten en el cuerpo. En el corazón se hallan todos los espíritus y virtudes humanas, de igual modo que en aquel cielo existen numerosas estrellas claras y grandes, medianas y pequeñas, y que muchas figuras celestes se comunican con este primer cielo móvil, como los siete planetas errantes, que se denominan así porque yerran en su movimiento, pues a veces van rectos, otras veces retroceden, en ocasiones van deprisa y otras veces van despacio, pero todos siguen al primer móvil. Así son los pulmones, que siguen al corazón y le sirven en su movimiento continuo. Además, puesto que son esponjosos, se distienden y se contraen, unas veces deprisa y otras despacio, como los planetas errantes. Y del mismo modo que los principales para el gobierno del universo son los dos luminares del Sol y la Luna, acompañando al Sol por encima de tres planetas superiores —Marte, Júpiter y Saturno—, y sobre la Luna de otros dos —Venus y Mercurio—, así también el pulmón derecho, el más importante, es más semejante al Sol, y está dividido en tres partes que proceden del mismo. El pulmón izquierdo, que representa la Luna, esta formado por dos partes, y todas juntas suman el número siete. Y si el mundo celeste sustenta con sus rayos y movimiento continuo este mundo inferior, mediante los que le infunde el calor vital, la espiritualidad y el movimiento, de igual modo también el corazón con los pulmones sustenta todo el cuerpo con las arterias, a través de las cuales difunde por todo él su calor, sus espíritus vitales y su movimiento continuo. Así que la semejanza es perfecta en todo...

La cabeza del hombre, que es la parte superior de su cuerpo, es representación del mundo espiritual, el cual, según el divino Platón —no muy alejado de Aristóteles—, tiene tres grados: alma, entendimiento y divinidad. El alma es la parte de la que proviene el movimiento celeste y provee y gobierna la naturaleza del mundo inferior, al igual que la naturaleza gobierna en éste la materia prima. Ésta en el hombre corresponde al cerebro, con sus dos potencias del sentido y del movimiento voluntario, las cuales se hallan contenidas en el alma sensitiva, proporcional al alma del mundo, que provee y mueve los cuerpos. Además existe en el hombre el entendimiento posible, que es la última forma humana, correspondiente al entendimiento del universo, en el que están todas las criaturas angélicas. Por último, existe en el hombre el entendimiento agente, que, cuando se le une el posible, se hace actual y pleno de perfección y de gracia de Dios, unido estrechamente con su sagrada divinidad. Esto es lo que en el hombre corresponde al principio divino, en el que todas las cosas tienen principio, hacia el que todas se dirigen y en el que reposan como último fin.

[C, γ] Las esferas celestes que los astrólogos han podido conocer son nueve: las siete más cercanas a nosotros son las esferas de los siete planetas errantes; en las otras dos más superiores está la octava, que es la esfera en donde se hallan fijas la gran multitud de estrellas que se ven, y la novena y última es la diurna, que en un día y una noche, es decir, en veinticuatro horas, efectúa todo su circuito, espacio de tiempo durante el que mueve consigo a los demás cuerpos celestes. El circuito de estas esferas superiores se divide en una medida de trescientos sesenta grados, repartidos en doce signos de treinta grados cada uno. Dicho circuito se llama zodíaco, que significa «círculo de los animales», porque esos doce signos están representados por animales, y son: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpión, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis. De ellos, tres tienen naturaleza de fuego, cálidos y secos (Aries, Leo y Sagitario); tres, naturaleza de tierra, fríos y secos (Tauro, Virgo y Capricornio); tres, naturaleza de aire, cálidos y húmedos (Géminis, Libra y Acuario), y los otros tres, naturaleza de agua, fríos y húmedos (Cáncer, Escorpión y Piscis).[8] Estos signos tienen entre sí amistad y odio, porque cada tres de una misma naturaleza dividen el cielo en tercios y están alejados sólo ciento veinte grados, por lo que son amigos perfectos (como

8. La rueda del destino individual es un aspecto del círculo celeste o del orbe cósmico, **κύκλος** ζωδιακός (Empédocles, B 38, 4 Diels). El mundo ideal está fuera de tal rueda, y el iniciado trocaba esa rueda por una corona.

Aries con Leo y Sagitario, Tauro con Virgo y Capricornio, Géminis con Libra y Acuario, y Cáncer con Escorpión y Piscis), ya que la coincidencia del aspecto trino y la igualdad de naturaleza hace que concuerden con perfecta amistad. Los signos que dividen el zodíaco en sextiles, separados entre sí sesenta grados, tienen amistad media, es decir, imperfecta (como Aries con Géminis, Géminis con Leo, Leo con Libra, Libra con Sagitario, Sagitario con Acuario y Acuario con Aries); estos signos, además del aspecto sextil, coinciden en que todos son masculinos y de una misma cualidad activa, es decir, que son cálidos o con sequedad de naturaleza ígnea, o bien con humedad de naturaleza aérea; y, en efecto, el fuego y el aire se avienen entre sí con mediocre acuerdo y amistad, aunque sean elementos. Idéntica atracción presentan entre sí los otros signos con naturaleza de tierra y de agua, pues también ellos coinciden a medias (o sea, Tauro con Cáncer, Cáncer con Virgo, Virgo con Escorpión, Escorpión con Capricornio, Capricornio con Piscis y Piscis con Tauro) porque todos tienen aspecto sextil de sesenta grados de distancia y son femeninos, con la misma cualidad activa, es decir, fríos, aunque difieren en la cualidad pasiva de seco y húmedo, como es la disparidad entre la tierra y el agua; por consiguiente, su amistad es mediana e imperfecta. No obstante, si los signos están opuestos en el zodíaco con la mayor distancia posible, que es de ciento ochenta grados, entonces tienen entre sí amistad total, porque el sitio que ocupa uno es opuesto y contrario por entero al otro; y cuando uno asciende, el otro desciende; cuando el uno está por encima de la tierra, el otro está por debajo; y aunque sean de una misma cualidad activa, o sea, ambos cálidos o ambos fríos, sin embargo en la pasiva son siempre contrarios porque si el uno es húmedo, el otro es seco, y esto, junto a la distancia opuesta y al aspecto, los convierte en enemigos capitales (como Aries con Libra, Tauro con Escorpión, Géminis con Sagitario, Cáncer con Capricornio, Leo con Acuario y Virgo con Piscis). Cuando están distanciados un cuarto del zodíaco, que es de noventa grados, son medio enemigos, tanto porque la distancia es la mitad de la oposición como porque sus naturalezas siempre son contrarias en las cualidades activa y pasiva, pues si el uno es ígneo, cálido y seco, el otro es ácueo, frío y húmedo; y si es signo aéreo, cálido y húmedo, el otro es térreo, frío y seco (así es Aries con Cáncer, Leo con Escorpión y Sagitario con Piscis, en los que el uno es ígneo y el otro ácueo; o Géminis con Virgo, Libra con Capricornio y Acuario con Tauro, en el que el uno es aéreo y el otro térreo); o bien son contrarios al menos en la cualidad activa, en que, si el uno es cálido, el otro es frío (como Tauro con Leo,

Virgo con Sagitario, Capricornio con Aries y también Cáncer con Libra, Escorpión con Acuario y Piscis con Géminis), porque todos ellos presentan entre sí cualidad activa contraria con aspecto cuadrado de mediana enemistad...

La causa y el orden de la posición de los planetas, en opinión de los antiguos, es que el más alto, Saturno, por su extremada frigidez, se apropió como casas suyas de Capricornio y Acuario, los dos signos en que, cuando el Sol está en ellos, desde mediados de diciembre hasta mediados de febrero, el tiempo es el más frío y tempestuoso del año, cosas que son propias de la naturaleza de Saturno. Como Júpiter es el segundo planeta a continuación de Saturno, sus dos casas en el zodíaco se hallan contiguas a las dos de Saturno: Sagitario antes de Capricornio y Piscis después de Acuario. Marte, el tercer planeta, cercano a Júpiter, tiene sus casas próximas a él, es decir, Escorpión antes de Sagitario y Aries después de Piscis. Venus, que según los antiguos es el cuarto planeta, próximo a Marte, tiene sus dos casas cerca de las de éste, o sea, Libra antes de Escorpión y Tauro después de Aries. Mercurio, el quinto planeta, situado cerca de Venus, como creen los antiguos, tiene sus casas adyacentes a las de este planeta: Virgo antes de Libra y Géminis después de Tauro. El Sol, al que los antiguos consideran sexto planeta, próximo a Mercurio, tiene una sola casa que está antes de Virgo y que es la casa principal de Mercurio; la Luna, séptimo y último planeta, presenta su casa después de Géminis, que es la otra casa de Mercurio. Así pues, los planetas no han elegido al azar sus casas en el zodíaco, sino con un orden establecido...

En la sagrada creación la noche se antepone al día, y, como ya te dije, Diana fue Lucina en el nacimiento del día, según los poetas. Así que, justamente, Cáncer, casa de la Luna, está antes que Leo, casa del Sol. Junto a estos dos se encuentran las dos casas de Mercurio, el más próximo a la Luna, que es el primer planeta y el más inferior: Mercurio es el segundo, cuyas casas son: Géminis, antes de Cáncer, y Virgo después de Leo. Venus, que es el tercero, está por encima de Mercurio, y tiene sus casas junto a las de éste: Tauro, antes de Géminis, y Libra, después de Virgo. Marte, el quinto planeta, está encima de Venus y del Sol, y tiene sus casas junto a las de Venus: Aries, que precede a Tauro, y Escorpión, que sigue a Libra. Júpiter, el sexto, está más arriba de Marte; tiene sus casas contiguas a las de éste: Piscis, antes de Aries, y Sagitario, después de Escorpión. Saturno, el séptimo y el más alto, se halla sobre Júpiter; presenta sus casas adyacentes a las de Júpiter: Acuario, anterior a Piscis, y Capri-

cornio, posterior a Sagitario; y están una junto a otra porque son los últimos signos opuestos y los más alejados de los del Sol y de la Luna, es decir, Cáncer y Leo...

Porque, de la misma manera que los luminares son causa de la vida en este mundo inferior, de las plantas, los animales y los hombres, proporcionando el Sol el calor natural y la Luna la humedad radicular, pues con el calor se vive y con la humedad se atiende a la nutrición, así también Saturno es causa de la muerte y de la corrupción de los seres inferiores, en virtud de sus cualidades contrarias de frío y de sequedad.[9] Y las dos casas de Mercurio, Géminis y Virgo, son opuestas a las de Júpiter, Sagitario y Piscis, a causa de sus influencias encontradas...

En primer lugar, por la exaltación de los planetas, pues cada uno cuenta con un signo en el que goza de potencia de exaltación, el Sol en Aries, la Luna en Tauro, Saturno en Libra, Júpiter en Cáncer, Marte en Capricornio, Venus en Piscis y Mercurio en Virgo, aunque sea una de sus casas. Tres planetas en cada signo poseen autoridad triplicada; a saber: Sol, Júpiter y Saturno en los tres signos de fuego, que son Aries, Leo y Sagitario entre los seis masculinos; Venus, la Luna y Marte tienen autoridad en los signos femeninos, es decir, en los tres signos de tierra: Tauro, Virgo y Capricornio, y en los tres de agua: Cáncer, Escorpión y Piscis; Saturno, Mercurio y Júpiter tienen triplicidad en los otros tres signos masculinos: Géminis, Libra y Acuario. No te hablaré con exceso de las causas de esta distribución para evitar ser extenso. Sólo te diré que en los signos masculinos tienen triplicidad los tres planetas masculinos, y en los signos femeninos, los tres femeninos. Los planetas también sienten amor hacia sus decanos: cada diez grados del zodíaco es decano de un planeta. Los diez primeros grados de Aries son de Marte; los diez segundos, del Sol; los diez terceros, de Venus, y así sucesivamente, siguiendo el orden de los planetas y de los signos, hasta los diez últimos grados de Piscis, que son a su vez decano de Marte. Sienten los planetas, excepto el Sol y la Luna, amor hacia sus términos, porque cada uno de los cinco planetas restantes presenta ciertos grados de términos en

9. La medicina antigua se fundaba sobre estos dos conceptos, como afirma Ottavio Durante Romano (Il *prencipe virtuoso*, Viterbo, 1614, págs. 406-407): «Nuestra vida es como una lámpara; así como la llama no se puede agarrar ni conservar en ella con el pábilo solo, si no hay en él alguna humedad grasa y glutinosa, que tiene de la naturaleza del aire, la cual es buena y óptima, y se difunde por todo el cuerpo, recibiendo su propagación de su semen, y mantiene unidas todas las partes de aquél. Este humor es llamado comúnmente radicular, por ser como la raíz de la vida».

cada signo. Asimismo, todos los planetas experimentan amor por los grados luminosos y favorables, y odio por los oscuros y abyectos; sienten amor hacia las estrellas fijas, cuando están en conjunción con ellas, sobre todo si son grandes y brillantes, es decir, de primera o segunda magnitud, mientras que sienten odio hacia las estrellas fijas que son de naturaleza contraria a ellos. Creo que ahora ya te he dicho respecto a los amores y los odios celestes lo suficiente para nuestra conversación.

Del origen de amor

[III] Los espíritus no se retraen menos en el éxtasis que en el sueño y dejan a los sentidos sin sensaciones y a los miembros sin movimiento, porque la mente se aísla en sí misma a contemplar un objeto tan íntimo y deseado que la ocupa y enajena del todo...

La mente gobierna los sentidos y ordena los movimientos voluntarios de los hombres. Para efectuar tal cometido, es preciso que aflore del interior del cuerpo hasta las partes externas, con el fin de que encuentre los órganos que realizan tales operaciones y se aproxime a los objetos de los sentidos que se hallan en el exterior; por esto, mientras se piensa, se puede ver, oír y hablar sin impedimento alguno. Pero, cuando la mente se retrae en sí misma para contemplar con suma eficacia y unión una cosa amada, huye de las zonas exteriores y, abandonando los sentidos y los movimientos, se abstrae con la mayoría de sus facultades y espíritus en dicha meditación, sin dejar en el cuerpo ninguna otra facultad que aquella sin la cual no podría sustentarse la vida, es decir, la facultad vital del continuo movimiento del corazón y el hálito de los espíritus por las arterias, para atraer desde fuera el aire fresco y expulsar el viciado del interior. Sólo se mantiene esto con una mínima parte de la función nutritiva, pues en la meditación profunda se impide gran parte de ella; por esta causa los contemplativos se sustentan durante mucho tiempo con poco alimento. Al igual que en el sueño, al fortalecerse éste con la facultad nutritiva, se arroba, imposibilita y ocupa la recta reflexión de la mente, perturbando la fantasía por la ascensión al cerebro de los vapores del alimento que se digiere, los cuales originan dispares y desordenados sueños, así también la íntima y eficaz meditación arroba y ocupa el sueño, la nutrición y la digestión del alimento...

[III, 1] El lugar de la facultad vital se localiza en el corazón, situado en el pecho, punto medio entre la parte inferior del hombre, que es el vientre,

y la parte superior, que es la cabeza; y así, es intermedia entre la parte inferior nutritiva, que está en el vientre, y la superior cognoscitiva, que se encuentra en la cabeza. Por mediación de ella, ambas partes y facultades se comunican en el ser humano; de suerte que, si no existiese el vínculo de esta facultad, nuestra mente y alma se desligaría de nuestro cuerpo en las afectuosísimas contemplaciones, y la mente volaría completamente fuera de nosotros, con lo que el cuerpo quedaría privado del alma...

El deseo podría ser tan penetrante y tan íntima la contemplación que el alma llegara a separarse y a liberarse por completo del cuerpo, disolviéndose los espíritus por la fuerte y estrecha unión; de modo que, aprisionándose el alma afectuosamente en el deseado y contemplado objeto, muy pronto podría abandonar el cuerpo completamente exánime...

Así ha sido la muerte de nuestros bienaventurados, que abandonaron el cuerpo al contemplar con sumo deseo la belleza divina y al haberse transformado toda su alma en ella. Por esto la Sagrada Escritura, cuando habla de la muerte de los dos santos pastores Moisés y Aarón, dice que murieron por boca de Dios, y los sabios expresan metafóricamente que murieron besando la divinidad, es decir, raptados por la amorosa contemplación y unión divina, tal como has oído...

El Sol es simulacro del entendimiento divino, de que depende cualquier otro entendimiento; y la Luna es simulacro del alma del mundo, de la que proceden todas las almas.[10]

GIOVANNI PICO DELLA MIRANDOLA

Giovanni Pico, conde de Mirandola y Concordia, nació en 1463 en la Mirandola; estudió derecho y después frecuentó muchas universidades, instruyéndose de forma variada. Fue amigo de Savonarola, Poliziano, Benivieni y Marsilio Ficino; consiguió llegar a ser experto en la Qabbālāh bajo la guía del extravagante Flavio Mitridate. En 1487, la autoridad eclesiástica condenó algunas de sus proposiciones, y él respondió con una *Apología* dedicada a Lorenzo el Magnífico. El papa Inocencio VIII ordenó su detención, que fue ejecutada por Filippo de Saboya, por cuyos territorios transitaba Pico. Liberado por la intervención de sus poderosos amigos, en-

10. *Levanah* o mundo lunar, según la Qabbálah, corresponde a la novena emanación o fundamento.

contró acogida en Florencia. Allí murió en 1494; dijo Ficino que los astros unieron su sepultura con «la ruina de este siglo nuestro», la invasión de Carlos VIII.

De «La dignidad del hombre»

¿Quién no querrá ser arrebatado por los transportes aquellos de Sócrates que describe Platón en el *Fedro*, y, remando con pies y alas, en velocísima carrera, huir de aquí, de este mundo, todo dominado por el maligno, y ser llevado a la Jerusalén celestial? Seremos transportados, Padres, seremos arrebatados por los entusiasmos socráticos, que nos sacarán de tal manera fuera de nosotros mismos, que pondrán a nuestra mente y a nosotros mismos en Dios. Seremos así llevados, si antes hubiéremos hecho lo que está en nuestro poder. Si, efectivamente, por la moral, las fuerzas de los apetitos van dirigidas por sus cauces regulares según las debidas funciones, de modo que resulte de ello un concierto acordado, sin disonancias perturbadoras, y, si, por la dialéctica, se mueve la razón avanzando hacia su propio orden y medida, tocados por el arrebato de las Musas, henchiremos nuestros oídos con la armonía celeste. Entonces el corifeo de las Musas, Baco, revelándonos a nosotros filosofantes, en sus misterios, es decir, en los signos de la naturaleza visible, lo invisible de Dios, nos embriagará con la abundancia de la casa de Dios, en toda la cual si somos, como Moisés fieles, haciendo su entrada la Teología, nos enardecerá con un doble ímpetu: por un lado encumbrados a aquel elevadísimo mirador, midiendo desde allí con la eternidad indivisible lo que es, lo que será y lo que fue, y contemplando la Primera Hermosura, seremos amadores alados de ella como apolíneos vates, y por otro, pulsados como por un plectro por el amor inefable, convertidos en encendidos Serafines, fuera de nosotros, henchidos de Divinidad, no seremos ya nosotros mismos, seremos Aquel mismo que nos hizo.

Si alguien se pone a escudriñar los sagrados nombres de Apolo, sus ocultos y misteriosos sentidos, verá que aquel dios, tanto representa a un filósofo como a un poeta. Y, pues, ya Ammonio lo trató y concluyó suficientemente, no hay por qué lo lleve yo ahora por otros caminos. Pero evocad, Padres, los tres preceptos délficos imprescindibles para aquellos que han de penetrar en el sacrosanto y augustísimo Templo, no ya del figurado, sino del verdadero Apolo, de Aquel que ilumina a toda alma que viene a éste mundo; veréis que no otra cosa nos inculcan sino que tomemos a pechos, con todas nuestras fuerzas, esta filosofía tripartita, en torno a la cual gira nuestra presente disputa.

Porque aquello de, μηδὲν ἄγαν, es decir, «nada en demasía», viene a dar norma y regla a todas las virtudes con el criterio del justo medio, del que se ocupa la moral. Y aquel γνῶθι σεαυτόν, es decir, «conócete a ti mismo», nos incita y estimula al conocimiento de toda la naturaleza, cuyo broche y como resumen es la naturaleza del hombre; pues quien se conoce, conoce todo en sí, como escribieron ya, primero Zoroastro, y luego Platón en el *Alcibíades*. Finalmente, iluminados por este conocimiento mediante la filosofía natural, muy cerca ya de Dios, pronunciando el εἶ, es decir, «eres», con invocación teológica, nombraremos, tan familiar como felizmente, al verdadero Apolo.

Preguntemos también al sapientísimo Pitágoras,[11] sabio, ante todo, porque nunca se consideró digno del nombre de sabio. Nos ordenará primero que no nos sentemos sobre el celemín, es decir, que no perdamos por desidia, ni aflojando por vagancia, la parte racional con la que el alma todo lo mide, lo juzga y lo escudriña, sino que con el ejercicio y regla dialéctica, asiduamente la dirijamos y excitemos. Y luego nos pondrá en guardia contra dos cosas; una, mear contra el Sol, y otra, cortarnos las uñas durante el sacrificio. Sólo cuando, por la moral, hayamos expulsado fuera las apetencias lúbricas de los desbordados deleites y hayamos cercenado los rebordes, como afilados salientes, de la ira y las púas del alma, entonces, y sólo entonces, entremos a tomar parte en los ritos sagrados, a saber, en los misterios antes mencionados de Baco, cuyo padre y guía con razón se dice ser el Sol; entonces será nuestro vacar a la contemplación. Lo último, nos mandará que echemos comida al gallo, con lo que quiere decir que alimentemos la parte divina de nuestra alma con el conocimiento de las cosas divinas como con manjar sólido y ambrosía celeste. Este es el gallo a cuya vista el león, es decir, toda potestad terrena, tiembla y reverencia; éste es aquel gallo al que leemos en Job haberle sido dada inteligencia (Jb 38,36); al canto de este gallo el hombre descarriado vuelve en sí. Este gallo, al alborear el crepúsculo matutino, cuando cantamos a Dios con los luceros de la mañana, viene cada día a sumarse al concierto. Este gallo Sócrates, ya a punto de muerte y en la espera de unirse la divinidad de su alma a la divinidad del gran mundo, dice deberlo a Esculapio, como a médico de las almas, aun fuera ya de toda contingencia de enfermedad.

Reseñamos también los testimonios de los caldeos; veremos (si les damos fe) que está abierta a los mortales, por las mismas artes, la vía a la felicidad. Escriben los exégetas caldeos haber afirmado Zoroastro que el alma

11. Véase vol. I, págs. 129-130.

era alada, y que, desprendiéndose las alas, cayó precipitada en el cuerpo; pero, volviendo aquéllas a crecerle, remontó el vuelo hacia los dioses; preguntándole los discípulos por qué vía conseguirían ellos unos ánimos voladores con alas bien plumadas: «regad, dijo, las alas con las aguas de la vida». De nuevo, insistiendo ellos, de dónde obtendrían tales aguas, por vía de parábola (como era su estilo) les respondió: «Con cuatro ríos es bañado y regado el paraíso de Dios; de allí sacaréis para vosotros aguas saludables, el que viene del Septentrión se llama Pischón, que quiere decir lo recto; el que viene del Poniente, Dichón, que significa expiación; el que viene del Oriente Chiddekel, que suena a luz, y el que viene del Sur, Perath, que puede traducirse por piedad». Fijaos, Padres, mirad atentamente lo que significan estas enseñanzas de Zoroastro; con seguridad no otra cosa sino que, por la ciencia moral, como con baños recios del Septentrión, expiemos las impurezas de nuestros ojos; por la dialéctica, como con una regla boreal, untemos su pupila para lo recto. Entonces por la consideración de la filosofía natural, vayamos acostumbrándonos a aguantar la luz, aún tenue, de la verdad, como los primeros destellos del sol en su nacimiento, hasta que, por fin, por la devoción teológica y culto santo de Dios, sostengamos esforzadamente, cual águilas de altura, el fortísimo resplandor del Sol en su cenit meridial. Éstos pueden ser aquellos saberes matinales, meridianos y vespertinos, cantados, primero, por David (Sal 55,18) y explicados más ampliamente por Agustín. Ésta es aquella luz de fuego de mediodía que hiere en la cara e inflama a los Serafines y que igualmente ilumina a los Querubines. Ésta es la región hacia la cual dirigía siempre sus pasos el viejo patriarca Abraham. Éste aquel lugar donde, según la opinión de los cabalistas y de los moros, no hay lugar para los espíritus inmundos. Y si de los muy secretos misterios es lícito sacar algo a la luz pública siquiera sea bajo velo de enigma, puesto que la repentina caída del cielo hirió de vértigo la cabeza de nuestro hombre y, según Jeremías, colándose la muerte por las ventanas (Jr 9,10), dañó el hígado y el corazón, invoquemos a Rafael, el médico celestial, que nos curará con los saludables fármacos de la moral y de la dialéctica. Ya de nuevo restablecidos a buena salud, vendrá a morar con nosotros Gabriel, la fuerza de Dios, quien, llevándonos a través de los milagros del orden natural, mostrándonos por doquier la virtud y el poder de Dios, finalmente nos entregará al sumo sacerdote, Miguel, el cual, a los que dimos buena cuenta de nosotros, sirviendo bajo las banderas de la filosofía, nos marcará, como con corona de piedras preciosas, con el sacerdocio de la teología.

De «Heptaplus»

[Segundo proemio] Las cosas que están en el mundo inferior están en los superiores, pero con carácter mejorado; las que se encuentran en los superiores se ven también en el último, pero degeneradas y adulteradas, por decirlo así. El calor es entre nosotros una cualidad elemental; en el cielo es virtud calorífica; en las mentes angélicas es idea de calor. Lo diré más abiertamente: entre nosotros existe el fuego, que es un elemento; en el cielo, el fuego es Sol; en la región ultramundana el fuego es entendimiento seráfico. Pero considera la diferencia: el elemental quema, el celeste vivifica, el hiperuranio ama. Aquí abajo existe el agua; existe el agua de los cielos, que mueve y domina esta otra, y es la Luna, vestíbulo de los cielos; y existen las aguas hiperuranias, las mentes querúbicas. Pero mira la disparidad de condición en la misma naturaleza: el humor elemental sofoca el calor vital, el celeste lo nutre, el supraceleste entiende. En el primer mundo, Dios, Unidad primera, preside nueve órdenes de ángeles, así como otras tantas esferas, e inmóvil las mueve todas a sí. En el mundo intermedio, o celeste, el empíreo manda, como un general a un ejército, a nueve esferas celestes, que rotan con movimiento incesante, mientras él está inmóvil representando a Dios. En el mundo elemental, tras la materia prima que es su fundamento, hay nueve esferas de formas corruptibles. Tres son de cuerpos privados de vida, elementales y mixtos e intermedios entre ellos, que son mixtos pero imperfectos, como las impresiones que se tienen en la sublimidad; tres son de naturaleza vegetal, que se dividen en tres géneros, hierbas, arbustos y árboles; tres son de alma sensible, que es, o imperfecta como en los zoófitos, o perfecta, pero en los confines de la fantasía irracional, o bien, lo que es la suma perfección en los brutos, capaz también de humano amaestramiento, lo cual está casi a medio camino entre el hombre y el bruto, lo mismo que el zoófito está a medio camino entre el bruto y la planta. Pero ya hemos dicho más de lo preciso; añadiremos esto: que la mutua implicación de los mundos está indicada también por los libros sagrados. En efecto, está escrito en los Salmos: «Aquel que crea los cielos con entendimiento» (Sal 136,5), y allí los ángeles de Dios son llamados espíritus, y sus ministros, llama de fuego abrasador (Sal 104,4); por eso se atribuyen a menudo a las cosas divinas denominaciones celestes, o también terrestres, cuando se representan como estrellas, como ruedas, como animales (Ez 10,9 y sigs.), o mediante los elementos; por eso también a las cosas terrenas se les atribuyen nombres celestes, sin duda porque, estrechados por los vínculos de la concordia, estos tres mundos con liberalidad se intercambian, tanto las naturale-

zas, como los nombres. De tal principio se deriva, aunque alguno todavía no lo advierta, la disciplina de la alegoría. Los padres antiguos no pudieron representar con propiedad las cosas singulares con las diversas semejanzas de otra manera que enterándose de las ocultas amistades y parentelas de toda la naturaleza; de otro modo no habría habido razón alguna para representar una cosa con una imagen, en vez de con otra. Conociendo, en cambio, el todo, y animados por aquel Espíritu que, no sólo conoce, sino que ha creado el Todo, representaban perfectamente las naturalezas de un mundo a través de las que sabían correspondientes en los demás mundos. Por eso, quienes quieren entender sus figuras y sentidos alegóricos tienen necesidad de la misma sabiduría, a menos que sean asistidos también ellos por aquel mismo Espíritu. Además de los tres mundos de los que se ha hablado, hay también un cuarto, en el cual se encuentran todas las cosas que están en los otros, y es el hombre, que precisamente por eso, como dicen los doctores católicos, es designado en el Evangelio con la expresión «toda criatura» (Mc 16,15); a los hombres, no a los brutos ni a los ángeles, sino a toda criatura es preciso predicar el Evangelio, como Cristo mandó hacer. Y es una afirmación común en las escuelas que el hombre es un mundo mínimo en el cual se ve el cuerpo, constituido por los diversos elementos, el espíritu celeste, el alma vegetal de las plantas, el sentido de los brutos, la razón, la mente angélica y la semejanza de Dios. Si admitimos, pues, estos cuatro mundos, es de creer que Moisés, al hablar del mundo haya disertado suficientemente sobre todos ellos... Moisés, émulo de la naturaleza, debió hacer de manera que en ningún lugar tratara de uno de ellos sin tratar simultánea e igualmente de todos con las mismas palabras y en el mismo contexto.[12] De ahí nace una cuádruple interpretación de todo el texto mosaico.

12. Un ejemplo de la riqueza hermenéutica del método cabalístico utilizado por Pico lo brinda su examen de la primera palabra del *Génesis: bere'shīth*. Con el método llamado *notariqon*, el cual supone que cada letra de una palabra es la inicial de otra palabra, se obtiene de *bere'shīth*: *bere'shīth rahi Elohīm sheyeqebelo Isrā'ēl Torāh:* «Al principio Dios-los-dioses vio que Israel aceptaría la Torah»; además, de las primeras tres letras se pueden extraer: *bēn* (Hijo), *rūah* (Espíritu), *āb* (Padre), y se puede añadir la consideración de que el texto sagrado comienza con una *bēth* (inicial de *berākhah*, «bendición») y no con un *ālef* (inicial de arar, «imprecación»). Además, con estas mismas letras se pueden formar varios anagramas, de manera que Pico llega a leer en la palabra *bere'shīth*: «Pater in filio (aut per filium) principium et finem (sive quietum) creavit caput, ignem, et fundamentum magnis hominis foedere bono»; «A través del Hijo creó el Padre la Cabeza que es principio y fin, ígnea vida y fundamento del hombre supremo, con justo pacto», frase que constituye un compendio de toda la Qabbālāh. Por esta vía se adentró aún más profundamente Salomon

De «Carta a Gianfrancesco, su sobrino, en torno a la verdadera salud»

[folios 341-343] Ciertamente, si la felicidad terrena se nos ofreciese estando nosotros ociosos, alguno que despreciase el esfuerzo podría preferir servir al mundo más bien que a Dios. Pero si en el camino del pecado no se padecen menos fatigas que en el de Dios, sino, al contrario, bastantes más —de ahí también el grito de los condenados: «Estamos cansados de andar por el camino de la iniquidad» (Sb 5,7)— no puede ser sino signo de extrema demencia preferir, al trabajo que lleva a la merced, el que lleva al suplicio. Y dejo a un lado la paz, la felicidad del alma al no tener remordimientos, al no empalidecer por culpa alguna, lo cual es, de todos los placeres que se pueden poseer o escoger en la vida, el mayor con mucho. ¿Qué hay, en efecto, de deseable en las voluptuosidades del mundo, cuya búsqueda fatiga, cuya posesión infatua, que atormentan cuando se pierden? ¿Dudas, acaso, hijo mío, de que las almas de los malvados sean perennemente afligidas? Es palabra de Dios, que no puede engañar ni ser engañado: «El corazón del impío es como un mar agitado que no puede tener paz» (Is 57,20), nada hay de seguro, de calmo, para ellos; todo infunde miedo, desazón, muerte. ¿Y nosotros los envidiamos y habríamos de emularlos? Olvidando nuestra dignidad, olvidando la patria y al Padre celeste, ¿nos haremos espontáneamente sus esclavos, nosotros que nacimos libres, viviendo míseramente con ellos, muriendo aún más míseramente, y seremos misérrimos finalmente, afligidos por los fuegos eternos? Oh ciegas mentes de los hombres, ciegos pechos, ¿quién no ve, más claro que la luz, que estas cosas son más verdaderas que la verdad misma? Sin embargo, no hacemos lo que sabemos que se debe hacer y, en vano deseosos de arrancar la planta, seguimos no obstante pegados al fango. Se te pondrán delante, créeme, hijo mío, sobre todo en los lugares que frecuentas, continuos e innumerables obstáculos para apartarte de tu propósito de vivir bien y felizmente, y si no te guardas te arrastrarán al báratro. Mas, entre todas las

---

Meir Ben Moses, un cabalista convertido al cristianismo en 1665, el cual obtuvo de *bere'shīth*: «Hijo, Espíritu, Padre, su Trinidad es perfecta Unidad», «Adoraréis a mi primogénito, mi primero, cuyo nombre es Jesús», «Cuando venga el Maestro cuyo nombre es Jesús adoraréis», «Escogeré a una Virgen digna de procrear a Jesús, y la llamaréis Bienaventurada», «Me esconderé en un pan (cocido sobre) carbones, para que comáis a Jesús, mi Cuerpo» (véase S. L. Macgregor Mathers, *The Kabbalah Unveiled*, Londres, 1962, págs. 8-13).

cosas, peste letal es permanecer día y noche con aquellos cuya vida no sólo es en todos los aspectos lisonja de pecado, sino que, toda ocupada en abatir la virtud bajo el diablo emperador, bajo estandartes de muerte, milita a sueldo de la gehena contra el cielo, contra el Señor y contra su Cristo. Pero tú grita con el Profeta: «¡Rompamos sus coyundas, sacudámonos su yugo!» (Sal 2,3). Éstos son, en efecto, aquellos que Dios abandonó a las pasiones ignominiosas, al sentir réprobo, para que hagan lo que no conviene, llenos de toda iniquidad, llenos de envidia, homicidios, disputas, dolo, malignidad, calumnia, enemigos de Dios, injuriosos, soberbios, hinchados de sí, ingeniosos para el mal, insipientes, descompuestos, sin afectos, sin fe, sin misericordia. Aun viendo cada día la justicia de Dios, tales hombres, sin embargo, no la comprenden. Y puesto que no sólo son dignos de muerte los que hacen ciertas cosas, sino también cuantos consienten con quien las hace, tú, pues, hijo mío, no complazcas a aquellos a quienes desagrada la virtud, sino ten siempre ante los ojos la enseñanza del Apóstol: «Es preciso agradar a Dios antes que a los hombres» (1 Ts 2,4), y aquella otra: «Si complazco a los hombres no soy ya siervo de Dios» (Ga 1,10). Cólmete una santa ambición; desdeña tener por maestros de vida a quienes más bien tendrían necesidad de que fueras tú su preceptor.

La teoría del septenario místico

La teoría del septenario místico fue desarrollada en el Renacimiento tardío por el discípulo de Giulio Camillo Delminio, Alessandro Farra, en *Settenario dell'humana riduttione* (1571) y en *Hebdomades* (1589), pero iconográficamente alcanza su mejor expresión con estas miniaturas del códice estense *De sphaera* (reproducidas en color por vez primera por Sergio Samek Ludovici, en Milán, Martello, 1958).

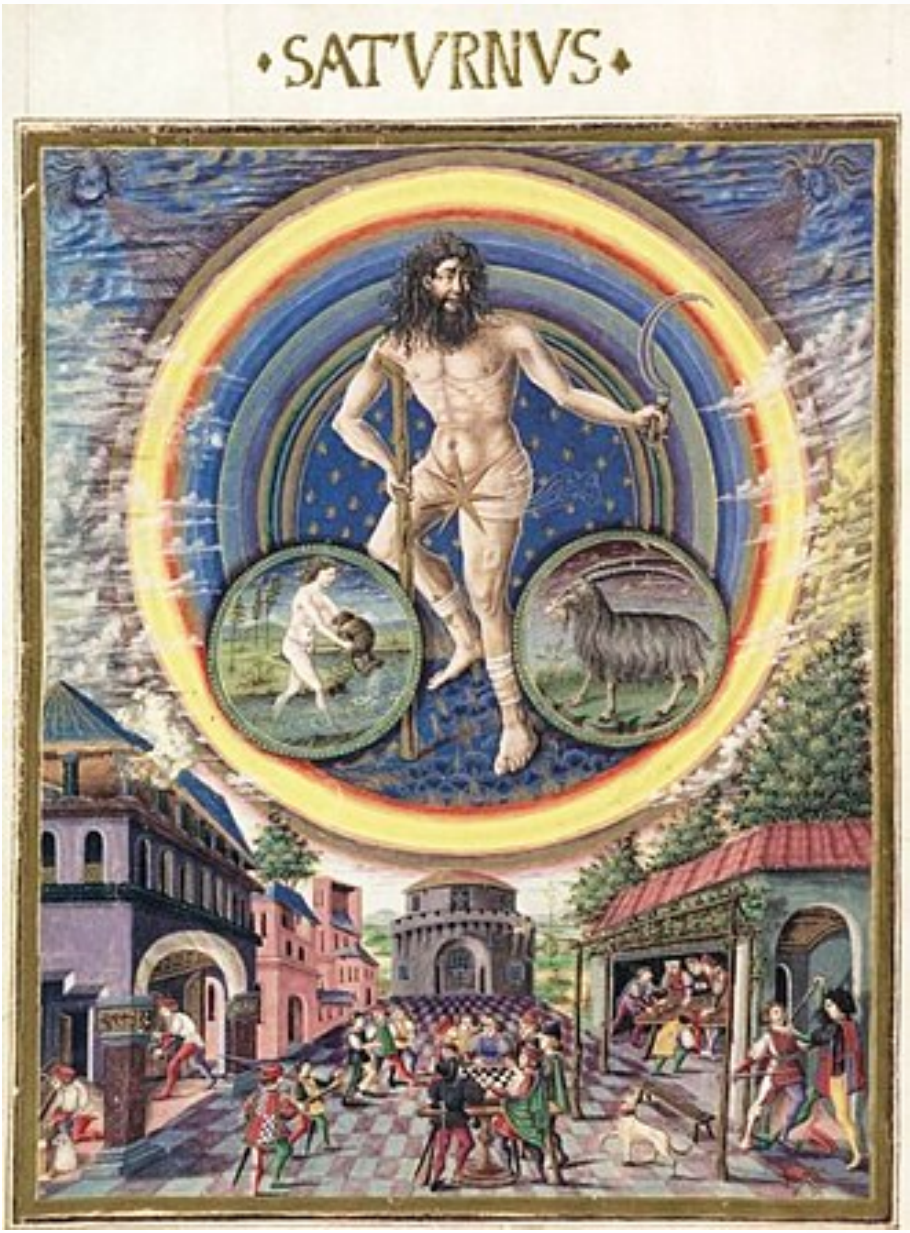
El hecho de que las figuras de los planetas vayan acompañadas por los signos zodiacales correspondientes indica (como se desprende de las obras alquímicas de Mylius) que son tomados en su aspecto vivo y eficaz, es decir, alimentados por el Sol, que es su corazón. Para la Qabbālāh, el Sol es Tif'eret, pues los siete planetas corresponden a las emanaciones divinas, de la tercera a la novena.

En cuanto a las relaciones entre los planetas, el tratado *La nouvelle lumière chimique* (citado por Fulcanelli en *Le mystère des cathédrales*, París, 1957, pág. 98) las expone así: «Mira el cielo y las esferas de los planetas, mira que Saturno es el más alto, y que le sigue Júpiter, y después Marte, el

Sol, Venus, Mercurio y finalmente la Luna. Considera ahora que las virtudes de los planetas no suben, sino que descienden; la experiencia misma nos advierte que Marte se convierte fácilmente en Venus, y no Venus en Marte, estando aquélla una esfera más abajo. Así Júpiter se transmuta fácilmente en Mercurio; aquél es el segundo después del firmamento, éste es segundo bajo la tierra; Saturno es el más alto y la Luna la más baja; el Sol se mezcla con todos, pero no es nunca mejorado por los inferiores. Ahora bien, notarás que existe una gran correspondencia entre Saturno y la Luna, en medio de los cuales está el Sol, lo mismo que entre Mercurio y Júpiter, Marte y Venus, todos los cuales tienen el Sol en el medio».

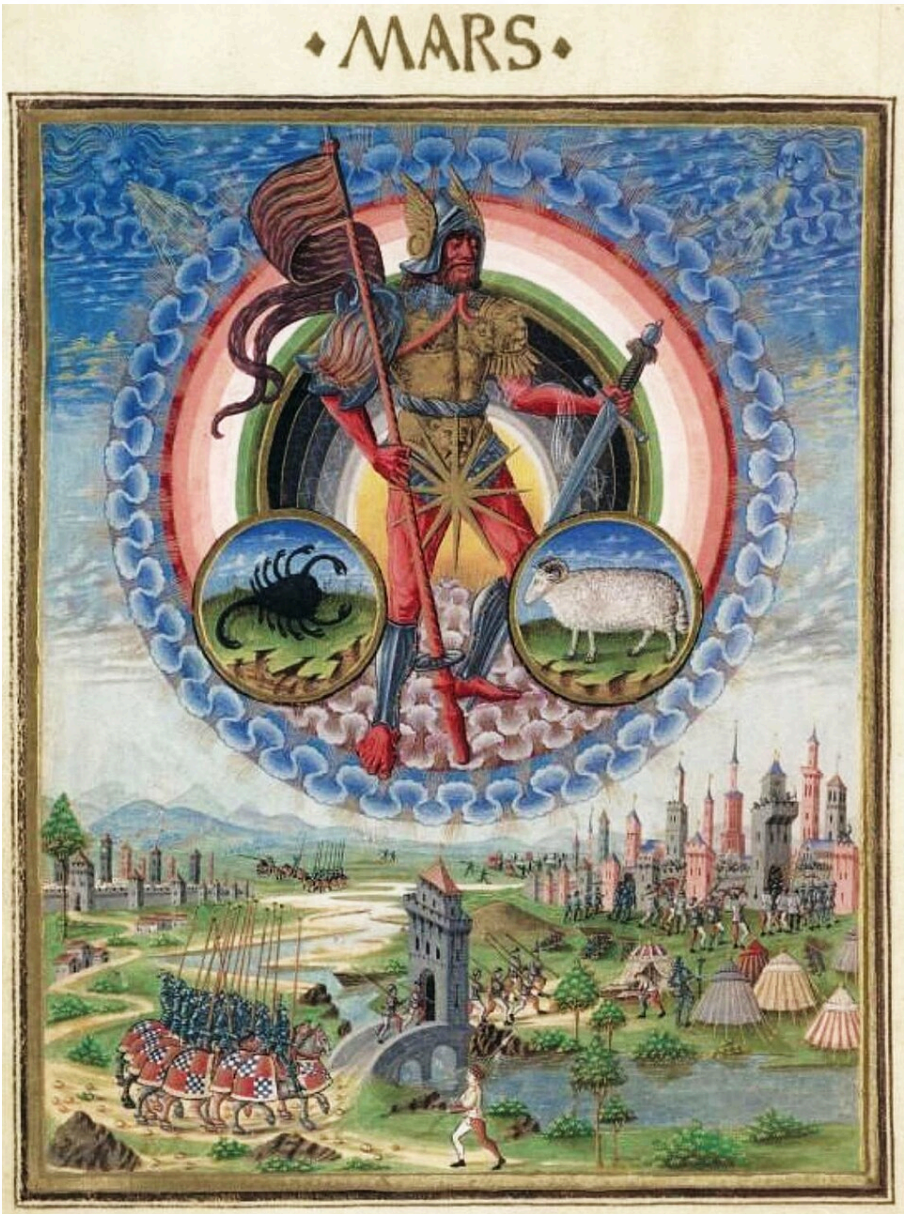
Saturno es el principio de lo que enfría y seca un poco; Júpiter, de lo que acalora y humedece; Marte, de lo que seca y quema; el Sol, de lo que calienta y humedece un poco; Venus, de lo que humedece y calienta un poco; Mercurio, de lo que alternativamente humedece o acalora; la Luna humedece y calienta un poco. Siguen, por este orden: Saturno con bastón en τ y hoz, preside prisiones, riñas y azares junto con Acuario y Capricornio; Júpiter, con dardos y cetro, preside los intercambios, junto con Piscis y Sagitario; Marte, con el estandarte y la espada, preside la guerra junto con Escorpio y Aries; el Sol, con libro y cetro, preside los juegos de destreza junto con Leo; Venus, con una flor y un espejo, preside músicas y galanteos junto con Libra y Tauro; Mercurio, con bolsa y caduceo, preside los viajes y las siegas junto con Géminis y Virgo; la Luna, con cuerno y antorcha, apoyada sobre dos ruedas como la Fortuna, preside la navegación junto con Cáncer.

bibliotecaestense.beniculturali.it (fondo Manuscripts / Lat. 209).

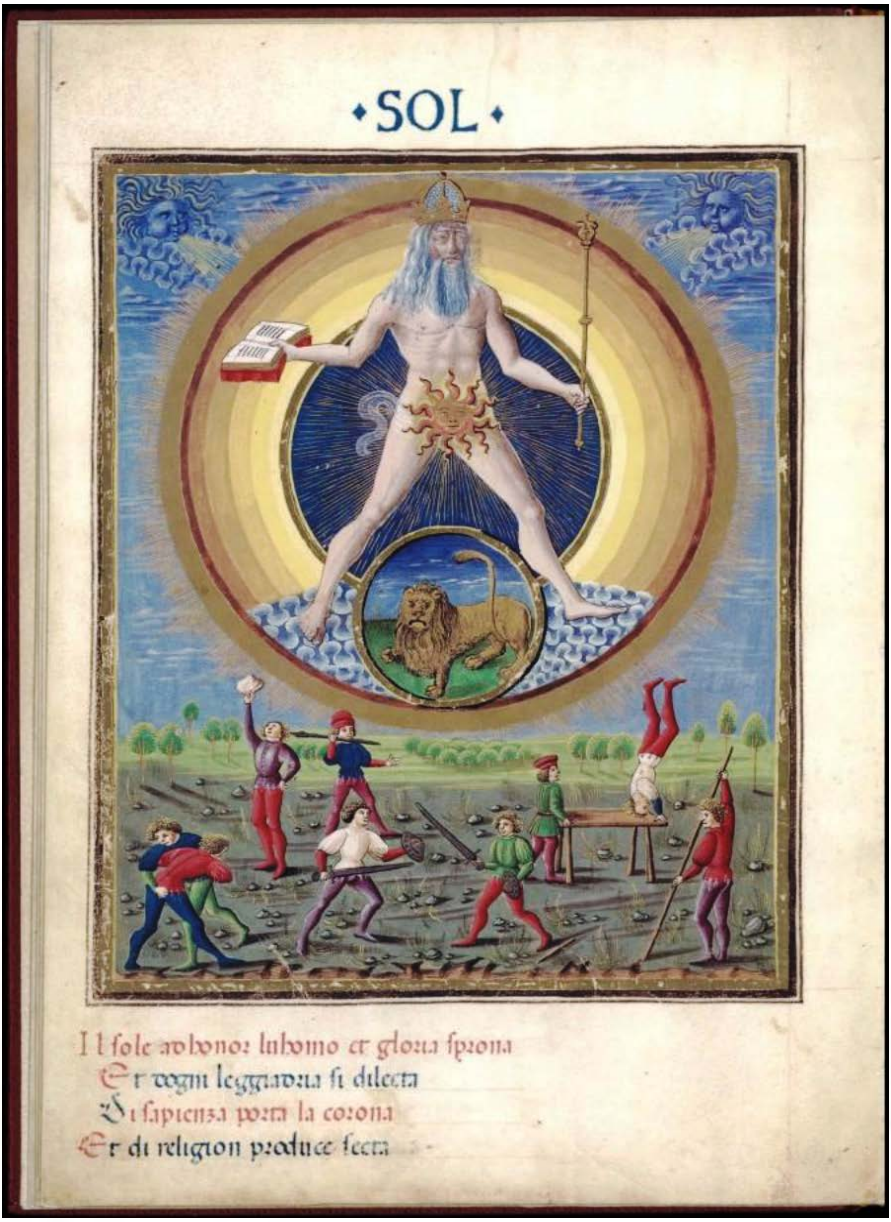


Saturno

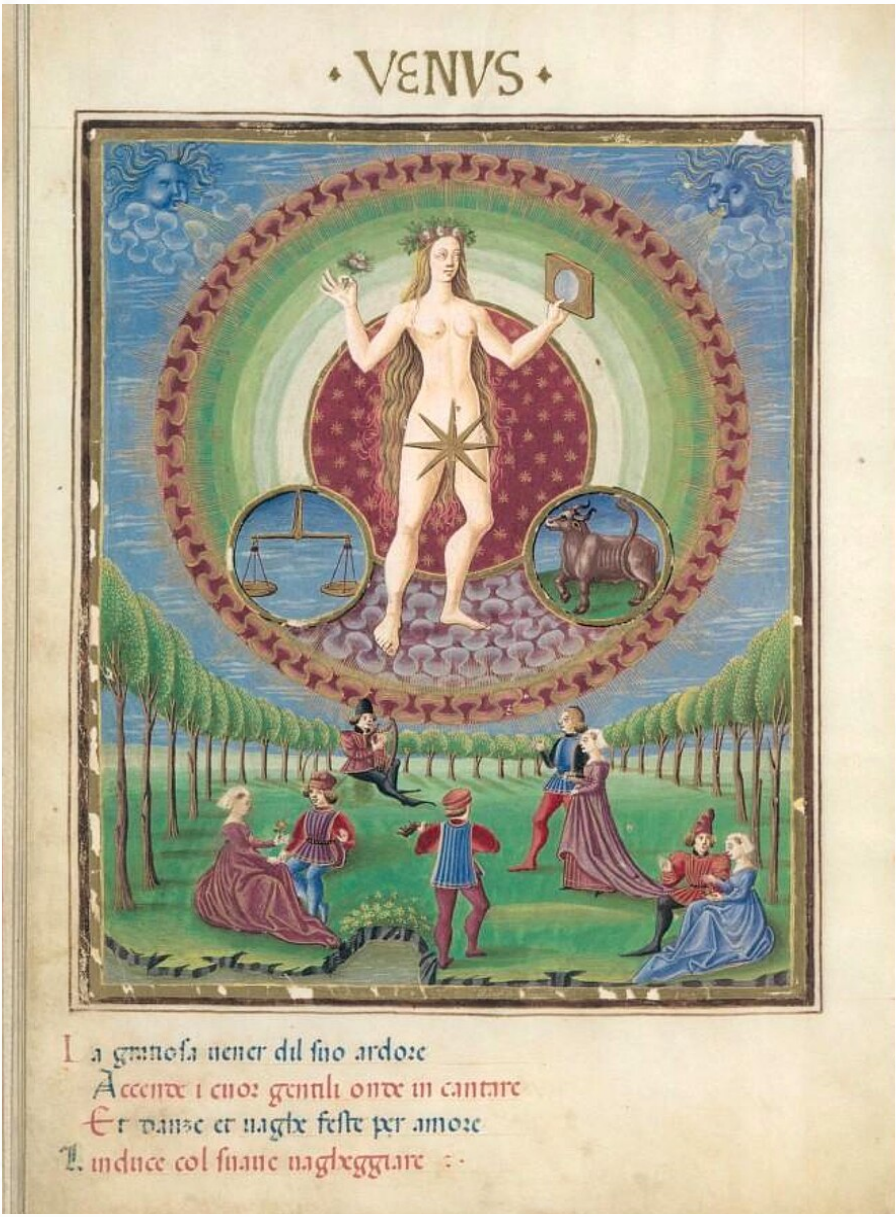
Júpiter



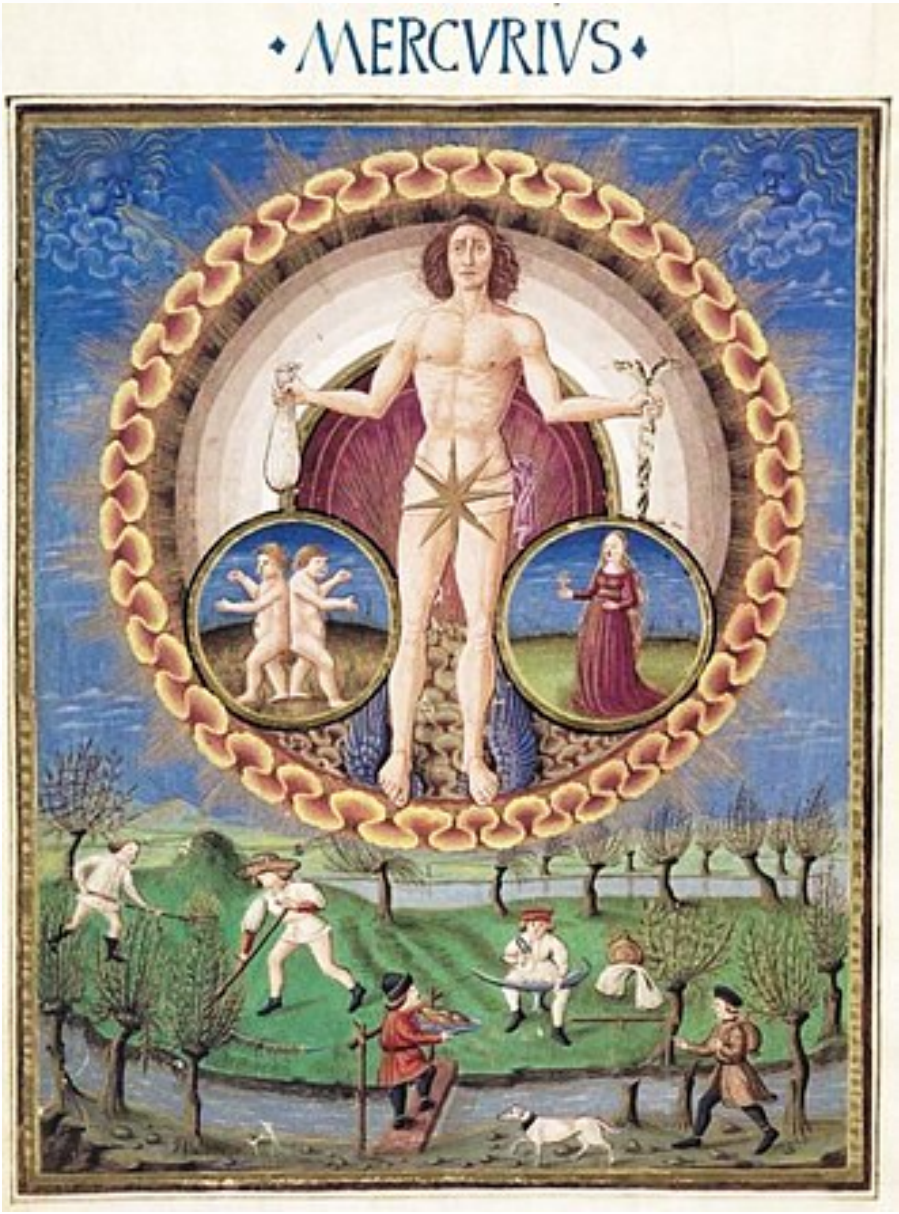
Marte


SOL
Il sole adhonor luhomo et gloria sprona
Et cogni leggiadria si dilecta
Di sapienza porta la corona
Et di religion produce secta

Sol


VENVS
La gratiosa uener dil suo ardore
Accende i cuor gentili onde in cantare
Et danze et uaghe feste per amore
Induce col suaue uagheggiare

Venus



Mercurio

Luna

GIULIO CAMILLO DELMINIO

Nació quizás en Portogruaro en torno a 1485. Fue considerado un «gran milagro nuevo», y fue protegido por el marqués del Vasto en Milán y por Francisco I rey de Francia. Murió en Milán el 15 de mayo de 1544. Sus obras fueron impresas en Venecia en 1552. No realizó nunca el proyecto de una obra global sobre el Teatro del Mundo, un anfiteatro donde en cada casilla hubiese una idea, de manera que allí se agotaran todas las combinaciones posibles de relaciones. En 1550 se publicó en Florencia *La idea del Teatro* dictada a Muzio, en la cual se conservan las grandes líneas de la obra concebida. Se puede ver una tentativa de hacer realidad ese teatro suyo en el Bosque de Estatuas del feudo de los Orsini en Bomarzo.

Convendrá aludir a la estructura del sistema de Delminio, a fin de aclarar las páginas que siguen.

El Teatro del Mundo está dividido en siete gradas, y cada una de ellas se abre en siete puertas. En la segunda grada, las puertas tienen pinturas que representan el banquete que celebró Océano invitando a todos los dioses, símbolo homérico de la materia prima o Proteo, de la cual extrajo Dios el mundo. Será el lugar donde se meditará sobre la distribución pitagórica de los seis conceptos fundamentales:

Sol	Luz	Lumbrera
Dios Padre	Dios Hijo	Mente angélica
		Mundo inteligible
Esplendor	Calor	Generación
Alma del mundo	Espíritu del mundo	
Caos	Aliento del alma	

Que son reducibles a tres:

Sol	Luz	Lumbrera	Esplendor	Calor	Generación
	Artífice	Ejemplar	ὕλη		
	Dios	Verbo	Materia prima		

Océano se debe interpretar como agua de sabiduría anterior a la materia prima, y que congrega precisamente a ésta en sus ideas.

Tercera grada es la gruta de Itaca, o aguas supracelestes divididas por las cosas mixtas, compuestas de varios elementos. Las grutas correspon-

dientes a los siete planetas tienen una serie de figuras alegóricas pertinentes. A la gruta lunar pertenecen: Dafne, emblema de las cosas boscosas; Diana, que como luna preside la vegetación; Mercurio, incapaz de hacerle a Diana una vestidura que se le acomode, que es signo de la mutación perpetua de la Luna, los Establos de Augías, porque ninguna sordidez proviene de otro lugar que de la humedad corrompida. A la gruta marciana pertenecen: Vulcano, es decir, el fuego que conviene como caliente y seco a Marte, siendo el Sol caliente y húmedo; una muchacha con los cabellos levantados al cielo, símbolo del *arbor inversa*, cuyos cabellos, según un uso metafórico testimoniado en Orígenes y san Jerónimo, representan el alma: dos serpientes en lucha, puesto que en la Gevūrāh (a la cual corresponde Marte) preside Zamel, o veneno de Dios, el cual tiene, según los cabalistas, figura de dragón; Marte está a caballo de un dragón.

La cuarta grada se llama de las gorgonas, representantes del hombre, el cual tiene tres almas; pero, lo mismo que ellas tenían entre las tres un ojo solo, así el hombre tiene el rayo divino fuera, y no dentro de sí. Las gorgonas de la Luna tienen entre los emblemas la taza de Baco, situada entre Cáncer y Leo, es decir, entre el olvido y la ignorancia; las gorgonas de Venus tienen a Eurídice punzada en el talón, que es símbolo de la voluntad o *nefes*, existiendo correspondencia fisiológica oculta entre talón y lomos, de ahí el mandato de Jesús: «Tened ceñidos vuestros lomos», y el significado oculto del lavatorio de los pies a los apóstoles; a las gorgonas marcianas corresponde una muchacha con pie descalzo y vestidura desceñida, o bien la deliberación nacida de repente a diferencia de la madurada con el consejo, imagen justa de Dido, que, resuelta al suicidio, se presenta así según Virgilio; las gorgonas saturnales están adornadas con Hércules que levanta a Anteo, el espíritu «volando al cielo con el terreno soma».

La quinta grada es Pasífae, o alma ávida del cuerpo, o toro; la sexta, los talares que Mercurio se pone para ejecutar las voluntades de los dioses, como símbolo de toda operación material; la séptima grada es llamada Prometeo, emblema de las artes nobles y de las viles.

De «La idea del Teatro»

Primera grada

Salomón en el capítulo nono de *Proverbios* dice que la sabiduría se ha edificado una casa, que la ha fundado sobre siete columnas. Estas colum-

nas que significan estabilísima eternidad hemos de entender que son las siete sephiroth del mundo supraceleste, que son las siete medidas de la fábrica del celeste y el inferior, en las cuales están comprendidas las Ideas de todas las cosas pertenecientes al celeste y el inferior. Por lo cual fuera de este número no podemos imaginar cosa alguna. Este septenario es número perfecto, pues contiene uno y otro sexo, por estar hecho de par e impar; por eso, queriendo decir Virgilio perfectamente dichosos, dijo «terque quaterque». Y Mercurio Trismegisto en el *Poimandres*, hablando de la creación del mundo, se induce a sí mismo a preguntar: «Elementa naturae unde manarunt?». Y Poimandres responde: «Ex voluntate Dei, quae verbum complexa pulchrumque intuita mundum, ad eius exemplar reliqua sui ipsius elementis, vitalibusque seminibus exornavit. Mens autem Deus utriusque sexus foecunditate plenissimus vita, et lux cum verbo suo mentem alteram opificem peperit, qui quidem Deus ignis, atque spiritus septem deinceps fabricavit gubernatores, qui circulis mundum sensibilem complectuntur». Y, en verdad, el hecho de que la divinidad haya desplegado estas siete medidas signo es de que en el [a]bismo de su divinidad están también implícitamente contenidas, porque *nemo dat quod non habet*.

Estas columnas Isaías las llama féminas, cuando dice: «Septem mulieres apprehenderunt sibi virum unum» (Is 4,1). Y las llama féminas, que quiere decir pasivas, es decir, producidas. Pero si, como dice Pablo: «Portat omnia verbo virtutis suae» (Hb 1,3); y en otro lugar: «Unum in omnibus, et omnia in uno»; y a los colosenses: «Est imago Dei invisibilis, primogenitus omnis creaturae, quoniam in ipso condita sunt universa in coelis et in terra, visibilia et invisibilia, sive throni, sive dominationes, sive principatus, sive potestates, omnia per ipsum et in ipso creata sunt» (Col 1,15-16), se sigue que no podemos encontrar mansión más capaz que la de Dios. Ahora bien, si los antiguos oradores, queriendo colocar cada día las partes de los discursos que tenían que pronunciar, las confiaban a lugares caducos, como cosas caducas, razón es que, queriendo nosotros encomendar eternamente los eternos de todas las cosas, puedan ser revestidos de discurso, que encontramos en sus lugares eternos. Nuestro alto afán, pues, ha sido encontrar orden en estas siete medidas, capaz, suficiente, distinto, y que tenga siempre el sentido despierto y la memoria herida. Pero considerando que, si quisiéramos poner a otros ante estas medidas altísimas, y tan lejanas de nuestra cognición, que solamente por los profetas han sido aún ocultamente tocadas, esto sería poner la mano en cosa demasiado dificultosa. Por tanto, en lugar de ésas tomaremos los siete planetas, cuyas naturalezas además de vulgares son bastante bien conocidas; pero los usaremos

de tal manera, que no nos los propongamos como límites fuera de los cuales no debamos salir, sino como aquellos que en la mente de los sabios representan siempre las siete medidas supracelestes. Es muy razonable que, así como hablando de las cosas inferiores, su naturaleza nos representa los siete planetas, según que ésta se encuentra sometida a aquél y ésa a aquél otro, así también al hablar de los planetas nos vuelven a la mente aquellos principios de los que ellos recibieron su virtud.

Esta alta e incomparable colocación no sólo nos sirve para conservar las cosas, palabras y artes que se nos han confiado, de manera que, ante cada necesidad nuestra, informados, antes las podremos encontrar libremente, sino que nos da además la verdadera sapiencia en las fuentes de aquélla, al llegar nosotros a la cognición de las cosas desde las causas, y no desde los efectos. Lo cual más claramente lo expresaremos con un ejemplo. Si estuviésemos en un gran bosque y tuviésemos deseo de verlo todo bien, no podríamos satisfacer nuestro deseo permaneciendo en él, porque al volver la vista en torno, desde donde nos encontráramos no podríamos ver de él sino una mínima parte, ya que las plantas circunvecinas nos impedirían ver las lejanas; pero si junto a él hubiese una subida que circundando un cerro alto condujese hasta su cima, en saliendo del bosque por la subida comenzaríamos a ver en gran parte la forma de éste, y después, una vez que hubiéramos ascendido el cerro, podríamos conocerlo todo entero. El bosque es este nuestro mundo inferior, la subida son los Cielos, y el cerro, el mundo supraceleste. Si se quieren entender bien estas cosas inferiores, es necesario ascender a las superiores; mirando de lo alto hacia abajo podremos tener más cierta cognición de aquéllas. Al parecer, los antiguos escritores gentiles no estuvieron del todo ayunos de este modo de entender las cosas; Massimo Tirio aduce como ejemplo a Homero, quien hace que Ulises, subido a un alto, considere las costumbres de los habitantes. Aristóteles dejó escrito que, si estuviésemos sobre los cielos, podríamos conocer los eclipses del Sol y de la Luna por sus causas, sin tener que ascender a ellos desde los efectos. Y Cicerón, en el sueño del joven Escipión, hace que el abuelo de éste muestre a su nieto desde el cielo las cosas terrenas. Pero Cicerón y Aristóteles, como quienes no miraban más allá, en los cielos se detuvieron. Pero nosotros, a los que Dios ha dado la luz de su gracia, no debemos contentarnos con detenernos en los cielos, antes bien debemos elevarnos con el pensamiento a esa altura de la cual descendieron nuestras almas, y adonde han de regresar, pues éste es el verdadero camino del conocer y el entender. Al cual, por tanto, no debemos pensar, presuntuosos, que hemos de poder llegar por nuestra virtud, pues de este modo

nos diría Dios lo que le respondió a Moisés en su presunción: «Posteriora mea videbis, faciem autem meam no videbis» (Ex 33,23). Esto es: verás los efectos de las cosas, pero no sus causas. Más bien debemos rogar a su divina Majestad que nos haga dignos de esa gracia, gracia que, cuando le plugo, dio después al mismo Moisés, mostrándole sus muchas maravillas; eso será cuando nosotros lleguemos a ser tales que, anonadados, y no presumiendo nada de nosotros mismos, podamos decir con el Apóstol: «Iam non vivo ego, sed vivit in me Christus» (Ga 2,20).

Ahora bien, siendo nuestro proceder tan razonable, como hemos demostrado —conocer desde lo alto las cosas bajas, y tomar en nuestra fábrica el número septenario a imitación de la celeste, para llegar al primer orden—, digo que no lo encuentro ni más perfecto, ni más divino, que para otro septenario aplicado a cada una de las mencionadas columnas, o a cada uno de los mencionados planetas, como queramos decirlo. Dicen, pues, los secretísimos teólogos, que son los cabalistas, que Moisés pasó siete veces por las siete sephiroth sin poder jamás pasar la Biná. Y dicen que ése es el límite al cual puede ser levantado el entendimiento humano. Y aun cuando Moisés, llegado a dicha Biná, tuviese enfrente la cara de la corona superior y la de la Ḥokmá —por eso está escrito «loquebatur facie ad faciem» (Ex 33,11)—, en realidad Dios no le habló sino por el ángel (como se lee en los Hechos de los Apóstoles), y esto sucedió porque: «Nemo novit filium, nisi pater, neque patrem quis novit nisi filius, et cui voluerit filius revelare» (Mt 11,27). Y habiendo Moisés llegado a la Biná, en la cual hay un oficio de ángel llamado Mitrathon, es decir *princeps facierum*, con éste mantuvo sus razonamientos. Pues habiendo él subido siete veces siete, que son cuarenta y nueve, número de la remisión, también Jesucristo quiso que ascendiésemos a ese número haciendo oración al Padre, ya que la oración que llamamos dominical consta, según el texto hebreo escrito por Mateo, de cuarenta y nueve palabras.

Imitando nosotros la sombra de estas subidas, hemos dado a cada planeta siete puertas, o gradas, o distinciones, como queramos llamarlas.

Pero para dar orden al orden (por decirlo así) con tal facilidad, que convirtamos a los estudiosos en espectadores, pongámosles delante las siete medidas mencionadas, sostenidas por las medidas de los siete planetas, a modo de espectáculo, o si queremos decirlo así, a modo de teatro dividido por siete subidas. Y porque los antiguos teatros estaban de tal modo ordenados, que sobre las gradas más cercanas al espectáculo se sentaban los más honorables, después se sentaban ordenadamente en las gradas ascendentes los que eran de menor dignidad, de tal manera que en las gradas más altas se

sentaban los artesanos; de ese modo, las gradas más cercanas eran asignadas a los más nobles, tanto por la cercanía del espectáculo, como también para que no fueran ofendidos por el aliento de los artesanos. Nosotros, siguiendo el orden de la creación del mundo, haremos sentar en las primeras gradas las cosas más simples, o más dignas, o que podemos imaginar que fueron, por disposición divina, antes que las demás cosas creadas. Después colocaremos de grada en grada las que siguen luego, de tal manera que en la séptima, es decir, en la última grada superior, se sentarán todas las artes y facultades que caen bajo preceptos, no por razón de su vileza, sino en razón del tiempo, ya que éstas han sido encontradas, como últimas, por los hombres. En la primera grada, pues, se verán siete puertas desemejantes, porque cada planeta estará pintado en figura humana sobre la puerta de la columna a él destinada, salvo en el caso de la columna del Sol, ya que, siendo ése el lugar más noble de todo el teatro, queremos que Apolo, que por su razón debería ser pintado en la misma grada que los demás, ceda su puesto al banquete de la latitud de los entes, que es imagen de la divinidad. Por tanto, bajo la puerta de cada planeta serán conservadas todas las cosas pertenecientes, tanto a la medida de su correspondiente supraceleste, como a aquellas que pertenecen a ese planeta, y a las invenciones de los poetas en torno a él, como diremos ahora particularmente de cada uno.

Bajo la puerta de la Luna se tratará de su mundo supraceleste Marcut y Gabriel.

Del celeste, la Luna, su opacidad, grandeza y distancia. En las fábulas, Diana, sus insignias y el número de las Dianas.

Bajo la puerta de Mercurio, en su mundo supraceleste, Iesod y Miguel.

En el celeste, su planeta.

En las fábulas, Mercurio mensajero de los dioses, y sus utensilios.

Bajo la puerta de Venus, en el supraceleste Hod, Nizak, Honiel.

En el celeste, Venus planeta.

En las fábulas, Venus diosa, Cupido, sus utensilios, el número de las Venus y de los Cupidos.

Bajo la cuarta puerta de la primera grada, la del Sol, sobre la cual encontraremos (como se ha dicho) no a Apolo, ni el Sol, sino un banquete del cual hablaremos al tratar de la segunda grada. Bajo la cuarta puerta, pues, encontraremos primeramente la latitud, o, si queremos decirlo así, la abundancia de los entes, hecha a guisa de pirámide, sobre cuya cúspide imaginaremos un punto indivisible, que nos habrá de significar la divinidad, tanto sin relación, como con relación. El Padre, el Verbo antes y después de la encarnación, y el Espíritu Santo.

Allí al lado se verá una imagen de Pan, porque éste con la cabeza significa lo supraceleste con los cuernos de oro, que miran hacia arriba, con la barba los influjos celestes, con la piel estrellada el mundo celeste, y con las patas caprinas el inferior. Bajo esta figura nos serán significados los tres mundos.

En tercer lugar, bajo la misma puerta se nos presentarán las Parcas significadoras del hado, de la causa, del principio de la cosa, del efecto y del fin. Y esta misma imagen bajo Pasífae significará que el hombre es causa de alguna cosa.

Y bajo los talares significará causar.

Una cuarta imagen estará también bajo esta puerta. Será un árbol con una rama de oro, que es aquel del cual escribe Virgilio que sin él no se puede ir a ver el reino del infierno. Dicha imagen en este lugar nos significará las cosas inteligibles, que no pueden caer bajo el sentido, sino que solamente podemos imaginarlas y entenderlas iluminados por el entendimiento agente. Esta misma imagen bajo las Gorgonas significará el entendimiento agente, del cual hablaremos en su lugar correspondiente.

Bajo la puerta de Marte se tratará en el mundo supraceleste Gabiarah y Camael.

En el celeste, Marte planeta, y en las fábulas, Marte dios, y sus utensilios.

Bajo la puerta de Júpiter, en el mundo supraceleste, Kafed y Zafkiel.

En el celeste, Saturno planeta.

En las fábulas, Júpiter dios y sus enseñas.

Bajo Saturno tendremos, en el supraceleste, Biná y Zafkiel.

En el celeste, Saturno planeta.

En las fábulas, Saturno dios y sus enseñas.

Y con estos temas queda concluida la primera grada del Teatro.

La gruta

El arca de la alianza, no obstante, en su alto misterio significa los tres mundos que hemos asignado a Pan, porque estaba hecha de tal manera que un codo y medio era lo que medía, tanto de longitud, como de anchura. Y dado que cada codo constaba de seis palmos, se sigue que tenía nueve palmos de larga, por nueve de través, número que debía significar los nueve cielos, y el décimo estaba representado por la cubierta de oro, que no se extendía sino sobre la primera y la segunda división, mientras que la tercera permanecía descubierta.

Ahora bien ésta descubierta, como la encontramos en los misterios revelados, significaba este mundo inferior expuesto a lluvias, vientos, calores, fríos y a todas las mutaciones.

La segunda significaba el mundo celeste, y por tal razón contenía un candelabro áureo con siete lamparillas que significaban los siete planetas; además tenía una lamparilla aparte con tres brazos a cada lado, que significaba al Sol en su superioridad.

Al lado había algunos recipientes que significaban la recepción que hacían los planetas de los influjos supracelestes. Y había figuras esféricas que significaban los globos. Había allí además flores, en cuya significación subyace el secreto de todos los secretos que no es lícito revelar sino a su debido tiempo, y con la voluntad de Dios. La tercera división era llamada propiciatorio, y estaba asistida por dos querubines. Uno de ellos significaba la naturaleza divina, y el otro la humana en un mismo Cristo; mediante dicho propiciatorio se hacía la remisión de los pecados, con lo que se significaba que mediante el Cristo venidero se había de llevar así a cabo dicha remisión. Esta tercera división significaba lo supraceleste. Y dado que la parte de en medio se llamaba *sancti*, esta tercera se llamaba *sancti sanctorum*, así como también *Caelum caeli*, o por mejor decir, *caeli caelorum*. Porque los judíos no tienen número singular para los cielos. De estos tres mundos hizo mención Juan cuando dijo: «In mundo erat, et mundus per ipsum factus est et mundus eum non cognovit» (Jn 1,10); al decir: «In mundo erat», lo entendió del supraceleste, y cuando dijo: «Et mundus eum non cognovit», habló del mundo inferior. Pues, aun cuando por el arca nos sean significados (como hemos dicho) los tres mundos, no obstante, por haber nosotros confiado ya a la guardia de Pan las significaciones de aquéllos, queremos que ella cubra el volumen perteneciente al lugar, y a todas sus diferencias. Y esto nos parece haberlo ordenado razonablemente, porque, conteniendo el arca los tres mundos, da por consiguiente lugar a todas las cosas, y como el arca para contener todas las cosas merece la conservación del lugar con todas sus diferencias, así, teniendo que ser asignada a uno de los siete planetas, a ningún otro puede convenir mejor que a Saturno, el cual por la amplitud de su círculo comprende todos los demás. Esta bajo los talares significará los movimientos que puede hacer el hombre en torno al lugar, como colocar cosas aquí y allá.

Colocamos aquí, por lo que a continuación se dirá, a Proteo atado, a diferencia del Proteo suelto presente en el banquete lunar. Y aun cuando esta atadura pueda ser mágica y natural pura, aquí, no obstante, nos referimos a la pura natural. He dicho mágica, porque la atadura que hace de

Proteo Aristeo por consejo de Cirene, su madre, en Homero y Virgilio es atadura mágica. «Et qui habet aures audiendi audiat» (Mc 4,9 y 23; Lc 8,8 y 14,35), porque pertenece al secreto del cual hemos hablado antes. Pero la atadura natural, que entendemos bajo esta figura, es tal como diremos. El Espíritu de Cristo es (como hemos dicho ya en el *Banquete*) aquel que, descendiendo de supracelestes canales, renueva con su virtud todos los cielos, y hace bajar todas las impresiones y todas las virtudes de éstos, y con ellas se detiene aquí abajo entre animales, hierbas y flores; y si así no renovase las cosas, todas perecerían. Esta es casualmente aquella ciudad que en el Apocalipsis vio Juan, santa y descendiendo llena de alegrías. Por eso canta David el cántico nuevo, al ver tantas cosas renovadas. E Isaías dice: «Creabo caelum novum, et terram novam» (Is 65,17; 66,22). Y en el Apocalipsis está también escrito: «Ecce nova facio omnia» (Ap 21,5). Y ésta es la escala de Jacob, por la cual descienden y ascienden los espíritus, que el descender es el venir a hacer esta renovación, y el ascender es el volver del espíritu para restaurarse con lo superior universal. Pero, queriendo mencionar esta renovación Petrarca, como aquel que no sobrepasaba el mundo celeste, hizo aquel soneto que comienza:

> Cuando el planeta que distingue las horas
> a habitar con Tauro se retorna,

donde, diciendo:

> cae virtud de los celestes cuernos
> que viste al mundo de novel color,[13]

llega a atribuir a los cielos esta operación de volver a hacer bello el mundo, no entendiendo que el alma del mundo llena de vivificante espíritu que es Cristo, llevada por el Sol debajo de lo cóncavo de la Luna con mayor abundancia y fecundidad cuando el Sol comienza a girar sobre nosotros, que cuando está más lejano, llega de improviso a la mixtión que quiere hacer la naturaleza al querer hacer la producción de las hierbas, de las flores y de las demás cosas compuestas. Si él no interviniese como mediador para conciliar las cualidades contrarias, que constituyen el mixto, sus contrariedades no podrían nunca estar juntas bajo la forma de esta o aquella hierba,

13. Francesco Petrarca, *Rimas*, IX, 1-4.

de esta o aquella flor. Tal es, pues, la templanza del divino espíritu de Cristo, que acuerda incluso a los discordantes. Y es lo que dice el Profeta: «Ego caelum et terram impleo» (Jr 23,24), y en otro lugar dice la Escritura: «Pleni sunt caeli et terra gloria tua» (Is 6,3). Es, pues, este espíritu de Cristo, y no del alma del mundo (como dicen los platónicos), no solamente mediador, conciliador, vivificador y sostenedor de estos cuatro discordes elementos, sino que, movido por su misericordia, es también mediador y conciliador entre la justicia divina y la fragilidad humana. Que éste es verdaderamente el espíritu que vivifica todas las cosas lo encontramos en el salmo: «Avertente te faciem tuam turbabuntur, et omnia in pulverem revertentur» (Sal 104,29). Y: «Emitte spiritum tuum et renovabis faciem terrae» (Sal 104,30). Al llamarlo, pues, «spiritum tuum», demuestra que éste es espíritu de Dios, y no del alma del mundo. Y Pablo lo llama espíritu vivificante (1 Co 15,45). Al sobrevenir, pues, la materia prima, es decir, Proteo lleno de este espíritu vivificante, a la mixtión de las hierbas, flores y demás mixtos, queda naturalmente ligada dentro de los límites de esta flor, o de aquella hierba, hasta que se vengan a disolver. Aquí es de notar un dicho de Mercurio Trismegisto en el *Asclepio*: «Quicquid de alto descendit generans est, quod sursum versus emanat nutriens, idest praestans vitam, hoc est vivificans». Al descender, pues, este espíritu que sobreviene a la mixtión, que querría hacer la naturaleza mezclándose con los que habrían sido discordes, los concilia y genera. Y mientras la planta o el animal crece, lo nutre y vivifica. Está, pues, ligado a todo individuado hasta que llegue el tiempo de la disolución llamada indignamente muerte.

Las gorgonas

Pero, siguiendo nuestro propósito, es de saber que en nosotros hay tres almas, todas las cuales, por más que gozan de este nombre común de «ánimo», tienen, no obstante, cada una su nombre propio además. Pues la más baja y cercana, compañera de nuestro cuerpo, es llamada Nefes, y ésta es llamada de otro modo por Moisés «anima vivens». Y, dado que en ella prenden todas nuestras pasiones, la tenemos en común con los animales. De ésta habla Cristo cuando dice: «Tristis est anima mea usque ad mortem» (Mt 26,38; Mc 14,34). Y en otro lugar: «Qui non habuerit odio animam suam perdet eam». Al no aspirar a dicho vocablo la lengua griega ni la latina, no se puede poner de manifiesto en las traducciones su significación, como (a modo de ejemplo) en aquel Salmo, «Lauda anima mea do-

minum» (Sal 146,1): aun cuando el escritor del Espíritu Santo haya puesto el vocablo «Nefes», nos hacen usar el común. Y fue muy acertado que el Profeta usase el vocablo «Nefes» queriendo alabar a Dios con la lengua y con otros miembros que forman la voz y son gobernados por la Nefes, que está más cercana a la carne. El alma intermedia, que es la racional, es llamada con el nombre del espíritu, es decir, Ruaj. La tercera es denominada Nesamah. Moisés la llama soplo; David y Pitágoras, luz; Agustín, porción superior; Platón mente; Aristóteles, entendimiento agente. Y lo mismo que la Nefes tiene al diablo, que le suministra un demonio tentador, así la Nesamah tiene a Dios, que le suministra el ángel. La pobrecilla de en medio se ve tironeada por ambas partes. Y si por permisión divina se inclina a unirse con la Nefes, ésta se une con la carne, y la carne con el demonio, y todo ello sufre un cambio y se transmuta en diablo, por lo cual dijo Cristo: «Ego elegi vos duodecim, et unus ex vobis diabolus est» (Mt 14,20). Pero si por la gracia de Cristo (de otro no puede venir tan gran beneficio) el alma intermedia se aparta poco convencida de la Nefes en virtud del corte de la espada de la palabra de Cristo, y se une con la Nesamah, ésta que es toda divina sobrepasa la naturaleza del ángel, y por consiguiente se transmuta en Dios. Por esto Cristo, aduciendo aquel texto de Malaquías: «Ecce ego mitto angelum meum» (Ml 3,1; Mt 11,10), quiere que se entienda de Juan el Bautista transmutado en ángel en la providencia divina *ab initio et ante secula*. He hecho mención de la espada del verbo de Cristo, el cual sólo con su tajo separa el alma baja del alma racional, la cual hemos dicho que tiene el nombre del espíritu. Por eso dijo Pablo: «Vivus est sermo Dei, et efficax, et penetrantior omni gladio ancipiti pertingens usque ad divisionem animae, et spiritus» (Hb 4,12). Y a fin de que reconozcamos las dichas tres almas, cada una con nombre distinto, en las palabras de Moisés antes tocadas en el Génesis, se ha de notar que cuando dijo: «Faciamus hominem» (Gn 1,26), se refería al alma racional. Y cuando dijo: «Posuit eum in animam viventem», se refería a la Nefes; pero al decir: «Flavit in nares eius spiraculum vitae» (Gn 2,7) significaba la Nesamah. No puedo dejar de indicar, a propósito de estos pasajes, la opinión del autor del *Zohar*. Según él, la Nefes es cierta imagen o sombra nuestra que no se aparta nunca de los sepulcros, y se deja ver, no sólo de noche, sino también de día, por aquellos a los cuales Dios ha abierto los ojos. Pues dicho autor habitó en el desierto durante cuarenta años con siete compañeros y con un hijo para iluminar la Escritura santa, y dice que un día vio a uno de sus santos y caros compañeros con la Nefes despegada de tal manera, que le hacía desde atrás sombra a la cabeza. Y que por ello se apercibió de que eso era el

anuncio de la cercana muerte de aquél, pero con muchos ayunos y oraciones obtuvo de Dios que dicha Nefes despegada se uniera de nuevo a su cuerpo, y así unida permaneció hasta el final de la empresa. Ese texto que yo he leído me hace pensar si Virgilio, al tocar la cercana muerte de Marcelo, se habrá servido de aquél, y si habrá aprendido un secreto así de cabalistas judíos o caldeos.

A continuación dice el mencionado autor del *Zohar* que esa Nefes está presente desde el principio en la formación del embrión. Pero que la Ruaj no entra en él sino el séptimo día después del nacimiento. Y que por eso manda Dios que el niño le sea presentado, y sea circuncidado al octavo día, es decir un día después de que haya hecho su entrada el alma racional. Y aun cuando la Nesamah no entra hasta el trigésimo día, no se tiene que esperar tanto para hacer la circuncisión, ya que en ella no deben intervenir sino el alma, que puede pecar, y la que hace pecar, pues la Nesamah al ser divina no puede pecar. Con este pasaje coincide también Plotino, refiriéndose a la tercera alma, la alta, cuando dice: «In anima non cadit peccatum, neque poena». Bien quiso el magnífico ingenio de Aristóteles afanarse en torno a otra triplicidad que está en el hombre interior, pero en ella no pone sino esta tercera alta. Por eso, disputando doctísimamente acerca de nuestros tres entendimientos, llama al uno posible, o pasible, como lo llamaban nuestros latinos, e ingenio vulgar, denominado de otro modo por Cicerón «intelligentiae vis». Al segundo, entendimiento en posesión, que es el entendimiento práctico, que significa haber aprehendido ya y poseer. Al tercero, entendimiento agente, y es aquel en virtud del cual entendemos. En este pasaje, recuerdo que santo Tomás, queriendo probar que el entendimiento agente está en nosotros, recurre, no obstante, al ejemplo de nuestra potencia visiva y de ese rayo de fuego que dentro de nosotros responde al ojo, el cual muy a menudo, al frotarnos alguno de los ojos con el dedo vemos internamente a semejanza de llama en rueda, rueda flameante por la cual sucede muy a menudo que, al despertarnos y abrir los ojos en la noche oscura, por un brevísimo instante vemos y distinguimos cosas en la habitación; después, la rueda, debilitándose poco a poco, pierde su vigor. Pues, del mismo modo que en el único ojo tenemos el poder ver, el ver, y la rueda que nos hace ver, así está en nosotros, no solamente el entendimiento que puede entender, es decir, el ingenio o la capacidad intelectiva, como la queramos llamar, y ese entender que es el entendimiento práctico, sino también el entendimiento agente, es decir, el que hace que entendamos. Se dice que la rueda de fuego de la que hemos hablado era tan grande, y tan virtuosa, en los ojos

de Tiberio, que éste durante mucho rato distinguía en su habitación por la noche todas las cosas. De donde se sigue que unos tienen más y otros menos. Y Aristóteles, cuando se hace fisiógnomo, dice que, cuando fijamos los ojos con dificultad en los ojos de otro, esa luz da significación de futuro príncipe, por lo cual algunos antiguos dejaron escrito que los ojos de Jesucristo estaban hechos así. Pero Simplicio, queriendo demostrar y probar de todas las maneras que este entendimiento agente es de fuera, dice que él no está fuera de nosotros sino de aquel modo en el que también el Sol está fuera de la potencia visiva, aun cuando ésta vea por dicho Sol. Pues, lo mismo que en nuestro ojo sano está el poder ver, y también a veces el ver, pero el hacer ver, perteneciente al Sol o a otro vicario suyo, está fuera del ojo, así aun cuando en nuestro hombre interior esté el poder entender, es decir, el entendimiento posible, o pasible, y también el entender práctico, no obstante el entendimiento agente, que es el rayo divino, ángel o Dios mismo, está fuera de nosotros. Esta opinión de Simplicio parece que cuenta con mayor apoyo de la Escritura, y sobre todo de aquel texto de David: «Intellectum tibi dabo, et instruam te in via hac, qua gradieris» (Sal 32,8). Si, pues, Dios es su dador, es también el que lo sustrae, temporalmente o para siempre. Temiendo eso dijo David: «Et spiritum sanctum tuum ne auferas a me» (Sal 51,13). Y en otro lugar se dice de la sustracción perpetua: «Relinquentur domus vestrae desertae» (Mt 23,38). Se sigue, pues, que ese entendimiento agente, o rayo divino, está fuera de nosotros, y en poder de Dios. Los filósofos ignorantes de Dios llamaron a dicho entendimiento razón, por la cual dicen que el hombre se distingue de los animales. Pero en realidad el hombre es llamado racional, o por mejor decir intelectual, por ser el único entre los animales capaz de este entendimiento agente; mas, cuando a Dios no le place darlo, aquel que se queda sin él no es intrínsecamente diferente de las bestias, pues está escrito en el Salmo: «Homo cum in honore esset non intellexit comparatus est iumentis insipientibus, et similis factus est illis» (Sal 49,13 y 21). Con este lugar concuerda aquel oscurísimo pasaje del Apocalipsis: «Numerus hominis numerus bestiae, numerus autem bestiae sexcenti sexaginta sex» (Ap 13,18), porque el número que llega a mil por la adición del entendimiento agente es el número del hombre iluminado. Y por eso en el Cantar, queriendo desear bien a quien se habla, se dice en el texto hebreo: «Mille tibi Solomon» (Ct 8,12). Lo cual significa: «Te deseo, no solamente la figura humana, sino también el rayo divino». Por lo cual, cuando yo salude a mi excelentísimo Príncipe, en lugar de darle los buenos días, le diré: «Mille tibi». Pero reservo para otro momento la declara-

ción de estos números. Con esta opinión parece que concuerda también Virgilio al describir su rama de oro, la cual, siendo de materia diversa de la del árbol, y no bastando la humana voluntad para obtenerla, muestra que es cosa de fuera, y que el favor de Dios nos es necesario para conseguir el don de este entendimiento.

BERNARDO OCHINO

Nació en torno a 1487 en Siena, de familia plebeya. Fue franciscano, estudió medicina en Perugia, se pasó a la orden más reciente entre las muchas nacidas del franciscanismo, la de los capuchinos. Comenzó a predicar en Siena en 1534 y hubo de llegarse a Roma para evitar que su orden se viese afectada por el desfavor pontificio. Mereció la admiración de Vittoria Colonna y del Bembo, Carlos V lo escuchó conmovido en Nápoles en 1536. En 1538 fue elegido general de los capuchinos, y entre 1539 y 1542 publicó los *Diálogos* y las *Predicaciones*. Temiendo que una convocatoria a Roma ocultase insidias, huyó a Ginebra en 1542, donde fundó una Iglesia protestante italiana y escribió cien apólogos. Excomulgado y expulsado por Calvino, se refugió en Basilea y después en Augsburgo y en Inglaterra. Desde allí tuvo que volver a Suiza, a Locarno, pero su oposición a las doctrinas de Zwinglio le obligó a huir nuevamente. Murió en 1564 en Moravia.

De las «Predicaciones»

Cómo la justificación por Cristo
es injustamente perseguida y falsamente calumniada

[III] ¿Sabes quién ensancha el camino del cielo? Quien predica obras sin fe; porque todo gran malvado puede hacerlas, persistiendo en su mala vida. Éstos han engañado y engañan a los pueblos míseros que sin fe, sin espíritu, sin Cristo y sin caridad creen salvarse con sus ayunos, limosnas, oraciones, misas y otras obras suyas, como se ve por la experiencia de innumerables impíos y falsos cristianos, los cuales, aun cuando sean contrarios a Cristo, de todos modos creen salvarse por esas obras extrínsecas que hacen, movidos, no por el espíritu de Dios, pues carecen de fe viva, sino por el temor, la esperanza de premio, la vergüenza, el honor, algún interés propio y su prudencia carnal.

Aquel, pues, que predica la fe viva de la justificación por Cristo, predica todas las virtudes y las buenas obras, predica cosa dificilísima, y aun imposible para nuestras fuerzas, porque, como escribió Pablo: «La fe es don de Dios» (Ef 2,8). Bien es verdad que se debería predicar que la fe muerta no basta, y que está muerta cada vez que no obra para gloria de Dios y salvación del prójimo. Pero también se deberían predicar las obras buenas, no porque justifiquen, sino porque son frutos espirituales, y necesariamente se encuentran en quien tiene fe viva; por eso quien está privado de buenas obras puede saber que no tiene fe viva. Cristo no murió en la cruz por nosotros, satisfaciendo por nuestros pecados y justificándonos, para que seamos holgazanes, ociosos y malvados, sino para presentar a Dios un pueblo aceptable, adepto de las buenas obras, como escribió Pablo: «Y para que caminásemos en obras buenas» (Ef 5,2). No ensancha el camino del cielo quien predica la fe viva, ni hace a los hombres licenciosos para el mal, por cuanto aquel que tiene viva fe tiene espíritu, por el cual es inducido a obedecer la voluntad de Dios.

Pero yo tengo compasión de quien condena y persigue la fe de la justificación por Cristo. Porque no la han sentido ni gustado nunca, no creen que se encuentre otra fe que la muerta opinión que tienen de Cristo; y, visto que con esa fe cometen todo pecado, se esfuerzan en decir que la fe no basta y en añadir las obras a la fe. Pero, si una sola vez probasen a creer vivamente en Cristo, no predicarían después sino la fe.

Quizás digas: «Predicar que la fe justifica suscita discordias y disensiones. Por eso no se debiera predicar». Respondo: «El demonio, que ve cómo le arrebatan mediante la predicación del Evangelio y de la justificación gratuita por Cristo a aquellos que posee por sus pecados, no tiene paciencia, sino que incita a sus miembros a perseguir a quien predica la palabra de Dios: pues, ¿no se debe predicar el Evangelio, ni ayudar a esas pobres almas? Esto equivaldría a decir: "Deja reinar en el mundo al gran demonio y no turbes su paz". Cristo dijo que no vino a traer paz, sino la espada».

Pues, además, la fe en la gratuita justificación por Cristo es en sí tan divina, que no da ocasión de pecar, antes bien nos afirma y establece en Cristo; no nos hace ociosos, sino fervientes, y nos hace obrar con estímulos ricos, nobles, poderosos y felices para gloria de Dios, sin mirarnos a nosotros; deje, pues, ya cada cual de perseguirla y calumniarla erróneamente, pues decir mal de ella es sepultar el Evangelio, la gracia, ese gran beneficio que recibimos de Cristo cuando murió por nosotros en la cruz, y es esconder al mundo la gran bondad de Dios. Al cual sea siempre honor y gloria, por Jesucristo Señor nuestro. Amén.

Si el creer que somos justificados por Cristo es invención humana o cosa divina

[IV] Son muchos los que, para ir sobre seguro, se esfuerzan por justificarse a sí mismos, y no se dan cuenta de que, al intentar justificarse a sí mismos, se precipitan de la verdadera justificación por Cristo, se vuelven cada día más impíos. Pues, si estos tales supiesen que la justificación por Cristo es cosa divina, humillándose a Dios, de corazón le pedirían esta luz y gracia; mas, temiendo que sea invención humana, no sólo no la desean, ni la piden a Dios, sino que la huyen e impugnan como cosa contraria a su salvación; por eso me ha parecido conveniente hacer ver que no es cosa humana, sino divinísima.

En primer lugar hablaré con los píos, y después con los impíos. A los píos no les es difícil creer que es cosa divina, porque sienten en el corazón el testimonio del Espíritu santo, que les certifica que es cosa divina, y que Cristo es Jesús salvador nuestro y justicia nuestra, como escribió Pedro (2 P 1,1). Después sienten en sí los efectos de la verdadera justificación, sienten la perfecta paz de la conciencia, la mortificación de sí mismos, la espiritual regeneración, y que, de hombres carnales que eran, se han convertido en espirituales, por cuanto buscan de corazón la gloria de Dios y la salvación del prójimo; no reina en ellos ya el amor propio, como antes, y así experimentan en sí los demás efectos de la verdadera justificación, los cuales son tales, que certifican que ésta no es una falsa imaginación, sino verdad divinísima. A continuación ven que las Escrituras sagradas concuerdan con lo que sienten en el corazón: por eso vienen a confirmarse aún más en lo verdadero. Los profetas, Moisés, los apóstoles y Cristo, fin de la Ley, ordenan todas sus palabras a este fin: por eso los píos y verdaderos cristianos están seguros de que es de Dios.

Pero, hablando con los impíos, digo que es imposible esclarecerles esta verdad. Y esto porque el verdadero modo de saber que la justificación por Cristo es cosa divina es la experiencia: por eso los impíos, al no haber tenido la experiencia de creer vivamente que Cristo, al morir en la cruz, satisfizo por nuestros pecados, ni haber sentido los divinos efectos que produce esta viva fe en aquel que cree, no pueden estar por fe ciertos de la verdad. Sería preciso que se humillasen ante Dios y que de corazón le pidiesen esta gracia de sentir con fe viva el gran beneficio que hemos recibido por medio de Cristo, con ánimo de honrar a Dios y hacer su voluntad. Y entonces Dios les haría sentir con luz sobrenatural que la doctrina de la justificación por Cristo es divina. Cosa que expresó Cristo cuando

dijo: «Aquel que haga la voluntad del Padre mío, sabrá que mi doctrina es de Dios» (Jn 7,17). Pero, mientras son carnales, no pueden sentir vivamente esta espiritual y divina verdad: mas sí se les puede persuadir, y con razones tan vivas, que la prudencia humana queda convencida.

En primer lugar, porque la fe de quienes creen plenamente que son justificados por Cristo no tiene otro fundamento que la divina bondad, caridad y misericordia de Dios; por eso es fuerza decir que, naciendo esta luz y fe de la bondad de Dios, es cosa divina. Pues de Dios no pueden nacer *inmediatamente* sino cosas divinas.

Después, esta fe de la justificación por Cristo, arrojando por tierra al hombre carnal entero, da toda gloria a Dios; por tanto, no es invención humana. Pues los hombres (hablando de los carnales) no buscan sino las cosas propias, como escribió Pablo: «El espíritu de Cristo es el que busca la gloria de Dios». Por lo cual dijo Cristo: «No busco mi gloria, sino la de mi Padre que me envió» (Jn 8,50). Por eso Cristo probó que su doctrina era enteramente divina, porque está toda ella ordenada a la gloria de Dios, como lo está la doctrina de la justificación por Cristo. Es fuerza, pues, decir que la doctrina de la justificación por Cristo es toda divina, pues, lo mismo que desciende toda ella de Dios, así toda se vuelve y retorna a su honor y gloria. Lo mismo que el agua, cuando corre por canales en los que no puede penetrar el aire, asciende tanto como había descendido, algo parecido hace la doctrina de Dios. Cosa que expresó Cristo, hablando con la samaritana sobre su doctrina, cuando dijo: «El agua que yo le daré se convertirá en él en fuente de agua viva, que subirá hasta la vida eterna» (Jn 4,14). Dado, pues, que esta fe de la justificación por Cristo nace toda de Dios, y toda retorna a su honor, es preciso por fuerza decir que es toda divina.

Cómo nos justificamos por Cristo y no por las obras

[VI] Dirás: «La caridad es mayor que la fe: por tanto, ella, y no la fe, justifica». Respondo: «Es como si dijeses que el diamante es más precioso que muchas medicinas: luego él, y no las medicinas sanan. La fe no justifica por su dignidad; Dios es el que, por su misericordia, por medio de Cristo crucificado, comprendido por la fe, nos justifica: la fe es medio para hacernos gustar y gozar el gran beneficio de Cristo».

Quizás dirás: «Dijo empero Cristo a aquel joven: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (Mt 19,17): por tanto las obras son necesarias para salvarnos». Respondo que son necesarias como frutos del es-

píritu y de la fe viva, de la cual nacen necesariamente, pero no como causa de justificación. Además, Cristo ve que aquel joven buscaba justificarse por las obras y por la Ley; lo cual es imposible. Por eso, para dejarlo en evidencia y demostrarle que no había observado ni el menor precepto de la Ley, aunque le parecía haberlos observados todos, le dijo: «Ve y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y sígueme» (Mt 19,21; Mc 10,21; Lc 18,22). Y porque no quiso hacerlo, pudo ver que amaba las cosas desordenadamente: por eso no amaba a Dios con todo el corazón, ni al prójimo como a sí mismo. Si Cristo hubiese visto que en él ya la Ley había hecho su trabajo, es decir, que le había descubierto ya sus miserias, ignorancia, malicia e impotencia para observar la Ley, y que lo había ya humillado y conducido a desesperar de sí mismo y de sus fuerzas, en tal caso le habría puesto delante el Evangelio y la gracia; pero vio que creía poder hacer por sí solo, y que no era el momento de meter vino nuevo en un odre viejo: por eso le dijo: «Si lo puedes observar, te puedes salvar; pero descubrirás que es imposible, y entonces será el momento de que te sea predicado el Evangelio y la gracia».

De los efectos que produce la justificación por Cristo

[VIII] En primer lugar, el justificado por la fe viva, que tiene en Cristo, siente la paz de la conciencia, pues siente que Cristo satisfizo por sus pecados perfectísimamente, de manera tal, que no duda de que le son perdonados si tiene perfecta fe. Y esta paz no se puede obtener por otra vía: que, si el hombre siempre examinase su conciencia, llorase y se confesase, de todas maneras dudaría de haber faltado, y de ser merecedor de mayor castigo (como es la verdad), al querer justificarse por sí mismo. De modo semejante obtiene la paz de la mente; que, si estuviese en todos los peligros, necesidades, angustias y males del mundo, estaría tranquilo, seguro y en paz. Y esto porque con fe viva siente el gran amor de Dios en Cristo, siente que Dios es para él padre y que, como óptimo padre, tiene de él singularísimo cuidado: por eso cree que no permitirá sino cuanto sea honor de Dios y salvación de su alma. Sabe que Dios ha prometido no fallar a sus hijos: por eso, sintiéndose mediante Cristo adoptado como hijo de Dios, y sabiendo que Dios no puede dejar de cumplir sus promesas, está cierto de la ayuda divina. Tiene paz también con los hombres, pues, reconociendo todo el bien que recibe de Dios, a nadie se antepone, antes bien, a ejemplo de Cristo, se humilla y se pospone a todos; por eso tiene paz de todas las maneras. Por lo cual dice Pablo: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz en Dios por Jesucristo» (Rm 5,1)...

Saben que por Cristo el paraíso es ya suyo: por eso obran por sobreabundancia de amor, sin mirar al premio y sin temor de tener que perder la heredad. Pues por fe saben que son de los elegidos, los cuales, como dijo Cristo, «no perecerán para siempre» (Jn 10,28), y nadie los puede arrebatar de la mano de Dios: sin embargo, se abstienen de pecar y de injuriar a Dios, por el gran amor que le tienen, y porque, viéndose hijos de Dios, se avergonzarían de hacer obras que no condigan con el decoro de los hijos de Dios, y también porque saben que Dios castiga más duramente cuando pecan a los hijos, que no a los demás. Pero es el amor lo que les hace obrar: por eso obran sin dificultad.

Abrazan como suyas las ricas promesas de Dios y se mortifican para todas las criaturas, por el gran amor que tienen a Dios, y también porque, viéndose hijos de Dios, falta en ellos toda ambición y apetito de las dignidades del mundo, antes bien las desprecian como cosas vilísimas.

Falta así mismo en ellos la avaricia, porque, viéndose herederos de Dios y señores de todo, no estiman estas cosas vanas y bajas, y así sienten con fe viva tanta bondad de Dios, que no gustan ya los sucios placeres del mundo, antes bien los tienen por motivo de náusea y hastío.

Estos tales renacen, y de tal modo, que mudan prácticas, amistades, costumbres, ejercicios, palabras, actos, gestos, pensamientos, afectos, deseos y vida, como se mudaría un campesinillo si el emperador lo adoptase como hijo; no tienen ya el ánimo vil de antes, ya no están ociosos, sino que son solícitos, humildes, modestos, benignos, pacientes y, finalmente, están adornados de todas las virtudes cristianas y en todo se conforman al querer divino. Están alegres en Cristo y, felices, están siempre jubilosos en su corazón.

Ahora bien, estos y otros efectos semejantes del espíritu se dan en el número de los justificados y regenerados en Cristo, y esto más o menos, según tengan poca fe o mucha; mientras, los no justificados por Cristo están en continuas angustias, ansiedades, tormentos, temores, sospechas, miserias e infiernos, de los cuales Dios ha librado a los píos por Jesucristo Señor nuestro. Al cual sea siempre honor y gloria. Amén.

LORENZO SCUPOLI

Nació en Otranto en torno al 1530; fue seducido por la fascinación de san Andrés Avelino, ingresó en el convento de San Paolo Maggiore en Nápoles en 1569 y después fue ordenado sacerdote. Fue a Piacenza, Milán y Génova. En 1585, por motivos desconocidos, fue reducido al estado laical,

y obtuvo el perdón sólo después de muchas humillaciones. Tal vez se encontrara en Padua con san Francisco de Sales, quien, de cualquier modo, conoció y estimó el tratado *El combate espiritual*, publicado como obra anónima en 1589 en Venecia. Está escrito en forma de apercibimientos a una penitente.

De «El combate espiritual»

[13] Cada vez que tu voluntad racional sea combatida por la del sentido por un lado y la divina por otro, mientras cada una busca llevarse la palma, ocúpate en quehaceres en los que tú te ejercites de más maneras, para que en ti prevalezca en todo la voluntad divina.

En primer lugar, cuando te veas asaltada y combatida por las mociones del sentido, tienes que ofrecer tenaz resistencia, para que no consienta en ellas la voluntad superior.

En segundo lugar, luego que hayan cesado, excítalas de nuevo en ti para reprimirlas con mayor ímpetu y fuerza.

Después convócalas de nuevo a la tercera batalla, en la cual te avezarás a echarlas de ti con desdén y aborrecimiento. Ambas incitaciones a la batalla se han de hacer con cada uno de nuestros apetitos desordenados, excepto en los estímulos carnales, de los cuales trataremos en su momento.

Por último has de hacer actos contrarios a toda tu viciosa pasión. Con el siguiente ejemplo se te hará todo más claro. Estás, pongamos por caso, combatida por mociones de la impaciencia; si permaneciendo dentro de ti misma estás bien atenta, sentirás que embisten continuamente contra la voluntad superior, para que ceda ante ellos y consienta. Y tú, para el primer ejercicio con repetidos deseos, oponiéndote a cada moción, haz cuanto puedas para que tu voluntad no dé su consentimiento. No cejes nunca en esta pugna hasta apercibirte de que el enemigo, casi agotado y como muerto, se dé por vencido.

Pero mira, hija, la malicia del demonio. Cuando se da cuenta de que nos oponemos aguerridamente a las mociones de alguna pasión, no por ello se abstiene de excitarlas en nosotros, sino que una vez excitadas intenta luego neutralizarlas, para que con el ejercicio no adquiramos el hábito de la virtud contraria a esa pasión, y para hacernos además caer en los lazos de la vanagloria y la soberbia, con darnos después diestramente a entender que, como esforzados soldados, hemos aplastado pronto a nuestros enemigos.

Por eso pasarás a la segunda batalla, reduciéndote a la memoria y excitando en ti pensamientos que te causaban la impaciencia, de manera que te sientas conmovida por ellos en la parte sensitiva, y entonces, con reiterados deseos y esfuerzo mayor que antes, reprimas sus mociones. Aun cuando rechacemos a nuestros enemigos, porque sabemos que obramos bien y agradamos a Dios, no obstante, por no tenerlos del todo por odiosos, corremos el peligro de vernos superados por ellos en otra ocasión; por eso tienes que salir a su encuentro con el tercer asalto y echarlos lejos de ti con deseos, no sólo de repulsa, sino de desdén, hasta que se vuelvan odiosos y abominables.

Finalmente, para honrar y perfeccionar tu alma con los hábitos de las virtudes, tienes que producir actos que sean directamente contrarios a tus desordenadas pasiones; lo mismo que al querer tú adquirir perfectamente el hábito de la paciencia, si uno con despreciarte te da ocasión de impaciencia, no basta que te ejercites en las tres maneras de lucha que he dicho, sino que debes además querer amar el desprecio recibido, deseando ser de nuevo ultrajada del mismo modo y por la misma persona, esperando y proponiéndote soportar también cosas más graves. La razón por la que tales actos contrarios son necesarios para perfeccionarnos en la virtud es que, de otro modo, los demás actos, por muchos e intensos que sean, no bastan para extirpar las raíces que producen el vicio. Por lo cual (por continuar con el mismo ejemplo) aun cuando nosotros, al ser despreciados, no consintamos en las mociones de la impaciencia, y hasta combatamos contra ellas de las tres maneras antes mostradas, no obstante, si no nos avezamos con muchos y frecuentes actos a tener en mucho el desprecio y a alegrarnos de él, no nos podremos liberar nunca del vicio de la impaciencia, el cual, por nuestra inclinación a la propia reputación, se funda en el aborrecimiento del desprecio.

[19] Cuando comiences un poco a darte cuenta, no de tales pensamientos, sino de su vanguardia, retírate inmediatamente con la mente al Crucificado, diciendo: «Jesús mío, mi dulce Jesús, ayúdame pronto, para que no sea yo presa de este enemigo». Y en ocasiones, abrazando la cruz de donde pende tu Señor, besa muchas veces las llagas de sus sagrados pies, diciendo afectuosamente: «Llagas bellas, llagas castas, llagas santas, llagad en adelante este mísero e impuro corazón, librándome de ofenderos».

No quisiera yo que, en el tiempo en que abundan las tentaciones de deleites carnales, la meditación girase en torno a ciertos puntos que proponen muchos libros para remediar esta tentación, como considerar la vileza de este vicio, la insaciabilidad, los disgustos, las amarguras que de él se siguen, los peligros y ruinas de la hacienda, la vida y el honor y cosas semejantes.

Porque esto no es siempre medio seguro para vencer la tentación, y hasta puede causar daño; que si el entendimiento por una vía echa estos pensamientos, por otra nos brinda ocasión y peligro de deleitarnos con ellos y consentir en el deleite: por lo cual el verdadero remedio es huir totalmente, no sólo de ellos, sino también de todo aquello, aun cuando sea contrario, que nos lo represente. Por eso, tu meditación encaminada a esto sea en torno a la vida y pasión de nuestro Redentor crucificado. Y si mientras meditas se te ponen delante contra tu voluntad esos mismos pensamientos, y te molestan más de lo habitual (como fácilmente te ocurrirá), no por eso te turbes, ni dejes la meditación; ni para resistírteles te vuelvas a ellos, sino sigue lo más atentamente que te sea posible tu meditación, sin preocuparte de tales pensamientos, como si no fuesen tuyos; que no existe modo mejor de oponérseles que éste, cuando te hagan guerra continua.

Concluirás después la meditación con esta súplica u otra semejante: «Líbrame, Creador y Redentor mío, de mis enemigos para honra de vuestra pasión y bondad inefable»; sin volver la mente al vicio, porque la sola memoria de éste no carece de peligro. No te pongas nunca a disputar con semejante tentación si has consentido o no, porque esto, bajo especie de bien, es engaño del demonio para inquietarte y hacerte desconfiada o pusilánime, o también porque, teniéndote ocupada con tales cuestiones, espera hacerte caer en algún deleite.

Dos reglas para vivir en paz

Aun cuando quien vive según cuanto se ha dicho hasta aquí siempre está en paz, quiero, no obstante, en este último capítulo darte dos reglas contenidas también en lo sobredicho; observándolas vivirás, en la medida de lo posible, tranquila en este mundo inicuo.

Una es que atiendas con toda diligencia a cerrar cada vez más la puerta de tu corazón a los deseos; pues es el deseo el madero largo de la cruz y de la inquietud, el cual será pesado en la medida de la grandeza del deseo. Y cuantos más sean los deseos, más serán los maderos preparados para más cruces.

Por lo cual, al llegar después las dificultades y los impedimentos para que el deseo se cumpla, aparece el otro madero que es el travesaño de la cruz, sobre la cual permanece clavado el deseoso.

Quien, pues, no quiera la cruz, no desee; y en encontrándose en una cruz, deje el deseo; que en cuanto lo deje habrá bajado de la cruz. No hay otro remedio.

La otra regla es que, cuando seas molestada u ofendida por los demás, no te des a la consideración de ellos, considerando a ese propósito cosas diversas: que no debían hacer eso contigo, que quiénes son o quiénes se piensan que son, y cosas semejantes; todas ellas son leña y encendimiento de ira, desdén y odio.

En vez de eso recurre inmediatamente en tales casos a la virtud y a los preceptos de Dios, para que sepas lo que debes hacer y no cometas un yerro peor que el de ellos.

De ese modo encontrarás de nuevo el camino de las virtudes y de la paz.

Pues si contigo no haces lo que debes, ¿qué maravilla es que otro contigo no lo haga?

Y si te agrada vengarte de quien te ofende, primero debes tomar venganza de ti misma, pues no tienes mayor enemigo ni ofensor.

GIORDANO BRUNO

Nació en Nola en torno a 1548. Ingresó en la orden dominicana a los quince años, pero tuvo que abandonar la vida conventual y fue vagando por Roma, Ginebra, Toulouse (donde enseñó astronomía), París (1581-1583, donde enseñó filosofía) y Londres (1583). En Inglaterra fue amigo de Sir Philip Sidney y Fulke Greville. En 1586, tras una breve estancia en París, fue a las ciudades luteranas alemanas y a Praga. Aceptó la invitación de un veneciano deseoso de que le enseñaran la mnemónica llulliana, pero en Venecia fue entregado a la Inquisición, que lo llevó a Roma en 1593 y lo encarceló. El 17 de febrero de 1600 fue quemado en Campo dei Fiori.

Las obras que contienen rasgos místicos son: *De la causa principio et uno*; *Del infinito universo y mundos*; *De los heroicos furores*; *Cábala del caballo pegaseo*; *Despedida de la bestia triunfante*; *De triplici minimo et mensura*; *De monade, numero et figura*; *De immenso et innumerabilibus*.

De «De los heroicos furores»

[I, 3] TANSILLO:

... Al Dios que sacude el fulgor sonoro
Asteria ve cual furtivo Aquilón,
Mnemósine pastor, Dánae oro,
Alcmena pece, Antíopa cabrón,

Las hijas de Cadmo blanco toro,
Leda ve cisne, Dolida dragón.
Yo por la alteza del objeto mío,
del sujeto más vil me vuelvo dios.

Fue caballo Saturno,
delfín Neptuno, y becerro se ofrece
Ibis, y en pastor Mercurio se convierte;

Una uva fue Baco, Apolo un cuervo.
Y yo (gracias a amor)
de ser cosa inferior me vuelvo dios.

En la naturaleza hay una revolución y un ciclo en virtud del cual, para perfección y socorro de lo otro, las cosas superiores se inclinan a las inferiores, y las cosas inferiores, para su propia excelencia y felicidad, se elevan a las superiores. Por esto los pitagóricos y platónicos pretenden que las almas —no sólo a causa de la voluntad espontánea que les lleva a comprender la naturaleza, sino incluso por la necesidad de una ley interna, escrita y registrada por decreto del Hado— encuentran, en ciertos tiempos, su propia suerte justamente determinada. Y dicen incluso que si las almas se alejan de la divinidad no es tanto, como rebeldes, por decisión de su propia voluntad, cuando por un cierto orden, en virtud del cual sienten afecto o se inclinan a la materia: de suerte que su caída no viene a ser el resultado de una libre intención, sino de una oculta consecuencia. Ésta es la razón por la que se sienten inclinadas, como a un bien menor, a la generación. (Digo bien menor en cuanto atañe a esta naturaleza particular, no en cuanto atañe a la naturaleza universal, en la que nada acaece sin un fin inmejorable que dispone la totalidad de las cosas según la justicia.) Una vez entradas en la generación, las almas (por la conversión que vicisitudinalmente sucede) retornan de nuevo a los hábitos superiores.

CICADA: ¿Así que pretenden éstos que las almas son impelidas por la necesidad del Hado y que no se guían en modo alguno por su propio consejo?

TANSILLO: Necesidad, hado, naturaleza, consejo, voluntad, todo esto viene a ser una misma cosa en las cosas ordenadas sin error y según la justicia. Además que, como refiere Plotino, algunos sostienen que ciertas almas pueden esquivar este mal que les es propio: antes de haberse revestido del todo con el hábito corporal estas almas, conociendo el peligro, se re-

fugian en la mente. Pues así como la mente las eleva a las cosas sublimes, así la imaginación las rebaja a las cosas inferiores; mientras que la mente las mantiene en lo estable e idéntico, la imaginación las pone en el movimiento y diversidad; la mente siempre tiende a la unidad, la imaginación, por el contrario, siempre forja imágenes nuevas. Entre las dos está la facultad racional que todo lo reúne en su composición, como lugar en el que concurren lo uno y lo múltiple, lo idéntico y lo diverso, el movimiento y la estabilidad, lo inferior y lo superior.

Ahora bien, a esta conversión y vicisitud se la representa mediante la rueda de las metamorfosis; en la parte más alta asiéntase el hombre, en la más baja yace la bestia, y un ser mitad hombre mitad bestia desciende por la izquierda y un ser mitad bestia mitad hombre asciende por la derecha. Esta conversión (o revolución) se manifiesta cuando Jove, según la diversidad de afectos y modos de afectos que experimenta respecto a las cosas inferiores, se reviste de otras tantas figuras diversas, adoptando formas de bestias, y lo mismo ocurre cuando los otros dioses transmigran a formas bajas y ajenas a la suya propia y cuando, contrariamente, por el sentimiento de su propia nobleza, retornan a su propia y divina forma. De este modo, el furioso heroico, en concibiendo la especie de la belleza y bondad divina, despliega su vuelo con las alas del intelecto y de la voluntad intelectiva y, abandonando su forma más baja, elévase a la divinidad. Por lo que dice: «Del sujeto más vil me vuelvo dios. De ser cosa inferior me vuelvo dios».

[I, 5, 7] TANSILLO:

Sol que en el Toro tus rayos atemperas,
y en el León todo maduras y calientas,
y cuando luces por Escorpión pungente,
del ardiente vigor no poco dejas;

luego, en el fiero Deucalión consumes
todo con el frío endureciendo los cuerpos húmedos:
primavera, estío, otoño, invierno
eternamente me caldea, enciende, quema, inflama.

Tan fogoso es mi deseo
que fácilmente con mirar me enciendo
el alto objeto, por que tanto ardiendo,

hago centellear a los astros con mis llamas.
No hay momento, a lo largo de los años,
que vea variar mi sordo afán.

Señala aquí que los cuatro tiempos del año son significados no por cuatro signos móviles, como lo son Aries, Cáncer, Libra y Capricornio, sino por los cuatro que llamamos fijos, es decir, el Toro, el León, Escorpión y Acuario, a fin de significar de este modo la perfección, la estabilidad y el fervor de estas cuatro estaciones. Señala en seguida que en virtud de los apóstrofos que se encuentran en el octavo verso podéis leer «me caldeo, enciendo, quemo, inflamo», o bien «caldee, encienda, queme, inflame», o bien «caldea, enciende, quema, inflama». Hay que considerar además que estos cuatro vocablos no son sinónimos, sino cuatro términos diversos que designan otros tantos grados de los efectos del fuego, el cual primero caldea, en segundo lugar enciende, en tercer lugar quema, y en cuarto lugar inflama o abrasa lo que ha caldeado, encendido y quemado. Y de esta suerte son denotados, en el furioso, el deseo, la atención, el celo, el afecto, los cuales, en ningún momento siente variar.

CICADA: ¿Por qué los pone bajo el título de afanes?

TANSILLO: Porque su objeto, que es la luz divina, en esta vida se da más como trabajoso anhelo que como sosegada fruición; porque nuestra mente es respecto a aquella luz como los ojos de las aves nocturnas con respecto al Sol.

[II, 1, 4] MARICONDO: ...Así, pues, la mente que aspira a las alturas, abandona enseguida el cuidado de la multitud, considerando que aquella luz superior desprecia nuestras fatigas y no se encuentra sino donde está la inteligencia, y no donde está toda inteligencia, sino en aquella que, entre las raras, principales y primeras, es la primera, principal y única.

CESARINO: ¿Cómo entiendes tú que la mente aspira a las alturas? ¿Será, por ejemplo, mirando a las estrellas, al cielo empíreo, a lo más allá del cielo cristalino?

MARICONDO: No por cierto, sino sumergiéndose en lo profundo de la mente, para lo cual no es en absoluto menester abrir los ojos al cielo, alzar las manos, llevar los pasos al templo, fatigar las orejas de las estatuas a fin de ser mejor oído; lo que es menester es descender a lo más íntimo de uno mismo, considerando que Dios está próximo, que cada uno lo tiene consigo, que está dentro de uno mismo más aún que uno mismo puede estarlo, porque Dios es el alma de las almas, la vida de

las vidas, la esencia de las esencias; ya que aquello que ves arriba, abajo, o en torno (como te place decir) de los astros, son cuerpos, son haceduras semejantes a este globo en el que estamos nosotros, en los cuales la divinidad no está ni más ni menos presente que en este nuestro, o que en nosotros mismos. He aquí, pues, cómo es preciso apartarse de la multitud y replegarse en uno mismo. Luego debe llegar a tal punto que no estime sino desprecie toda fatiga, de suerte que cuanto más le combaten desde dentro las pasiones y vicios, y cuanto más le atacan desde fuera los enemigos viciosos, tanto más debe alentar y resurgir y superar con un solo aliento (si fuere posible) este escarpado monte. Aquí no se necesitan otras armas y escudos que la grandeza de un ánimo invencible y la perseverancia de espíritu que mantiene en su vida la igualdad y el tenor que proceden de la ciencia y que regula el arte de especular sobre las cosas altas y bajas, divinas y humanas: en eso consiste el sumo bien. Atendiendo a lo cual dijo el filósofo moral que escribió a Lucilio: no es preciso pasar a nado Escila y Caribdis, penetrar los desiertos de Candavia y los Apeninos o dejar a la espalda las Sirtes; pues este camino es tan seguro y festivo cuanto la propia naturaleza haya podido ordenarlo.

[II, 1, 6] MARICONDO: Es tal la virtud de la contemplación (como señala Jámblico), que a veces acaece no sólo que el alma se desvíe de los actos inferiores, sino que incluso llegue a abandonar completamente al cuerpo. Lo que yo no quiero entender sino en las diferentes maneras que se explican en el libro *De los treinta sellos*, obra en la que se presentan las diferentes maneras de la «contracción», las cuales, algunas ignominiosamente y heroicamente las otras, hacen que no se tenga temor a la muerte, que no se sufra dolor en el cuerpo, que no se sientan los estorbos de los placeres: de suerte que la esperanza, el gozo y los deleites del espíritu superior adquieran tamaño vigor, que son capaces de suprimir cuantas pasiones tengan su origen en la duda, el dolor y la tristeza...

MARICONDO: ...Pues ver la divinidad es ser visto por ella, así como ver el Sol es ser visto por el Sol. Análogamente, ser escuchado de la divinidad es escucharla, y recibir sus favores es lo mismo que entregarse a ella: de la cual, una, idéntica, inmóvil, proceden los pensamientos ciertos e inciertos, los deseos ardientes y saciados, las razones escuchadas y vanas, según que digna o indignamente el hombre se le presenta con el intelecto, el afecto y las acciones. Así un mismo piloto será considerado causa del

hundimiento o de la salvación de la nave según que se encuentre presente o ausente de tales eventualidades; salvo que el piloto arruina o salva la nave según que falte a su tarea o que la lleve a cumplimiento, en tanto que la divina potencia, que está toda entera en todo, no se ofrece ni se sustrae sino por la conversión o la aversión del otro.

[II, 2] MARICONDO: Por aquí, finalmente, algunos teólogos, alimentados con las doctrinas de diversas sectas, buscan la verdad de la naturaleza en todas las formas naturales específicas, en las cuales consideran la esencia eterna, el elemento que, sustantífica y específicamente, perpetúa la sempiterna generación y vicisitud de las cosas, llamadas a la existencia por los fundidores y fabricadores, por cima de los cuales se asienta la forma de las formas, la fuente de la luz, la verdad de las verdades, dios de dioses, por el que todo está lleno de divinidad, verdad, entidad, bondad. Esta verdad es buscada como cosa inaccesible, como objeto situado más allá de toda objetivación y de toda comprensión. Por eso a nadie le parece posible ver al Sol, al universal Apolo, luz absoluta, especie suprema y excelentísima, sino a su sombra, a su Diana, el mundo, el universo, la naturaleza que es en las cosas, la luz que es en la opacidad de la materia, es decir, la que resplandece en las tinieblas. De los muchos que, pues, marchan por las susodichas sendas y por bastantes otras, poquísimos son los que llegan a la fuente de Diana. Muchos se contentan con la caza de bestias selváticas y menos ilustres, y de éstos la mayor parte nada hallan que coger: habiendo tendido sus redes al viento, quédanse con las manos llenas de moscas. Rarísimos, digo, son los Acteones a los que el destino conceda poder contemplar a Diana desnuda y llegar así a tal extremo que, enamorados de la bella disposición del cuerpo de la naturaleza y tocados por el doble esplendor de aquellos dos ojos de bondad y belleza, se transformen en el ciervo, de suerte que ya no sean cazadores, sino caza. Porque el fin último y postrero de esta venación consiste en lograr aquella esquiva y salvaje presa, mediante la cual el depredador conviértese en presa, el cazador en caza; pues en todas las otras especies de venatoria que se realiza con las cosas particulares, el cazador captura para sí a las otras cosas, absorbiéndolas con la boca de su inteligencia, pero en la venatoria divina y universal hace hasta tal punto presa que él mismo queda incluso necesariamente comprendido, absorbido, unido. De ahí que de ser un hombre vulgar, ordinario, civil y popular, conviértese en salvaje cual ciervo, vive en las estancias no artificiosas de los cavernosos montes, donde admira las fuentes de los

grandes ríos, donde, como una planta, crece vigoroso, intacto y limpio de las cupididades ordinarias, y donde tanto más libremente conversa con la divinidad, a la que han aspirado tantos hombres que, en su deseo de gustar en la tierra la vida celeste, dijeron al unísono: «Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine» (Sal 55,8). Así, pues, los perros, pensamientos de las cosas divinas, devoran a este Acteón, dejándolo muerto al vulgo, al gentío, suelto de los nudos de los perturbados sentidos, libre de la cárcel carnal de la materia, de suerte que ya no verá como por agujeros y ventanas a su Diana, sino que, habiendo echado por tierra la muralla, es todo ojo frente a todo el horizonte. Y, de este modo, míralo todo como unidad, no ve ya por distinciones y números, que según los diversos sentidos dejan ver y captar, como si fuesen fisuras, de una manera confusa. Y ve a Anfitrite, fuente de todos los números, de todas las especies, de todas las razones, la cual es la Mónada, verdadera esencia del ser de todas las cosas; y si no llega a verla en su esencia, en luz absoluta, la ve en su hechura que le es similar, que está formada a su imagen, ya que de la mónada que es la divinidad, procede esta mónada que es la naturaleza, el universo, el mundo; en la cual contémplase y espéjase, como el Sol en la Luna, por medio de la cual no ilumina, en tanto que él permanece en el hemisferio de las sustancias intelectuales. Tal es Diana, uno que es el propio ser, ente que es la propia verdad, verdad que es la naturaleza comprensible, en la cual influye el Sol y esplendor de la naturaleza superior según que la unidad se distingue en engendrada y engendrante, en produciente y producida. Así podéis vosotros concluir por vosotros mismos acerca del modo, la dignidad y el resultado feliz del cazador y de la caza: el Furioso se jacta de ser presa de Diana, a la que se rindió, de la que se estima bienamado esposo, cautivo tan dichoso bajo el yugo, que no tiene razón para envidiar a ningún hombre, no pudiéndole hacer sombra ningún otro hombre, ningún dios, porque aquel que se ha entregado a una divinidad no puede ser obtenido de la naturaleza inferior, y por consiguiente no puede ser deseado, ni convertirse en objeto de nuestros apetitos.

CESARE DELLA RIVIERA

El Mundo Mágico de los Héroes en el cual con inusitada claridad se trata de cuál es la verdadera Magia Natural y cómo se puede fabricar la auténtica Piedra de los Filósofos único instrumento de tal ciencia... fue publicado en

Milán en 1603, dedicado a don Vincenzo Gonzaga, y en 1605, con añadidos, dedicado a Carlo Emanuele de Saboya. Del autor, Cesare della Riviera, no da detalle alguno Julius Evola, el encargado de la edición que lo publicó de nuevo en 1932 en Bari.

De «El mundo mágico de los héroes»

La conquista del árbol de la vida

[I, 4] Para que, pues, no yerres, te conviene antes saber que la tierra que pisamos no es el verdadero elemento terrestre, sino sólo el elemento compuesto, impureza de los demás. Por consiguiente, por medio de ella no puedes llegar al don celeste; es en oriente donde encontrarás una puerta, la más amplia y la mayor entre todas las que dan acceso [a la verdadera Tierra]. Pero también aquí es necesario advertir lo que el abad Tritemio en el primer libro de la *Steganografía* recuerda acerca de dicho oriente: «Orientem», dice él, «hic velim intelligas, non ubi sol quolibet die oritur, sed eum locum, in quo a principio creatus est».[14] Otra entrada, según otros, se encuentra en los grandes montes de la Libia. Hermes indica así mismo uno en cierta parte del mar Rojo. Finalmente, para facilitarte la empresa, sábete que encontrarás la entrada de la Gruta de Mercurio y del Orbe heroico, no sólo en los lugares mencionados, sino igualmente en todos aquellos lugares minerales en los cuales a veces se suelen ver ciertos monstruos, llamados unos pigmeos, y otros gnomos, volcanes, salamandras. Habiendo dado la divina Providencia —como afirman algunos— a cada cosa natural su custodio, esos [monstruos] están encargados de la guardia de los inexhaustos tesoros de la Tierra, es decir, de los metales, lo mismo que esos otros monstruos, llamados silvestres o silvanos, tienen a su cuidado las gemas y las piedras preciosas. Asimismo las ninfas, llamadas también ondinas, están encargadas de los tesoros que se esconden en el seno del vasto y profundo mar. Cada vez que en un lugar cualquiera aparezcan, pues, los susodichos seres, ello será indicio manifiesto de que allí hay tesoros grandísimos, como expertos mineralistas lo han observado por larga experiencia. En efecto, si al entrar éstos en las entrañas de un monte mineral descubren alguno de

14. «Esto quisiera yo que entendieses: oriente no es donde el Sol nace un día cualquiera, sino el lugar donde al principio fue creado.»

los susodichos monstruos que, según su propia costumbre, mostrándose todo risueño y festivo, da señal con sus gestos como si fuese a su encuentro, tienen en tal caso por cosa cierta que la mina les será útil y de grandísimo provecho. Pero si, por el contrario, el monstruo se muestra turbado y, lleno de desdén y de ira, se da a la fuga, ellos pierden toda esperanza de poder obtener allí ganancia alguna. Abre en este lugar los ojos de la mente; considera todo con prudencia, entiende rectamente, y llegarás a ser un héroe «feliz».

Hemos dicho que la magia es la ciencia que nos enseña a llamar a la luz, fuera de las tinieblas, todas las virtudes dispersas y sembradas por Dios en todas las partes del mundo. Además has entendido a qué se llama tinieblas. Quedan por decir y por revelar las virtudes que están escondidas dentro de ellas. Tales virtudes no son, pues, otra cosa que el espíritu del alma del mundo, el cual, esparciéndose y difundiéndose por todas las cosas, da a cada una la forma, la vida, el ser y la permanencia. Pero sábete que, aun cuando él se comunique a todas las cosas y esté disperso por todas las partes del mundo, no obstante él no se puede sacar en modo alguno, ni de esos lugares, ni tampoco de todas las cosas, que de él reciben vida y en las cuales se difunde y se esparce.

Mercurio-Sol y el matrimonio celeste

[I, 6] El gran padre Hermes Trismegisto, tratando, en su maravillosa *Tabla esmeraldina* —la cual no es sino una breve suma y un pequeño pero altísimo compendio de la magia natural—, del fruto que tal magia suele producir por sus heroicos hijos haciéndolos aptos para obrar en la naturaleza maravillas infinitas, dijo que su padre es el Sol y su madre la Luna, y que después la Tierra fue su nodriza: sentencia verdaderamente llena de misterios inefables, capaz de hacer «feliz» a cualquiera que, con la elevación de su espíritu, se haya hecho digno de llegar a su sentido profundo.

Entre tanto, he aquí que los egipcios sabios, queriendo expresar en el jeroglífico de Mercurio el mencionado misterio, unieron y juntaron simbólicamente al Sol la Luna, con lo cual se expresa esa unión y matrimonio celeste, por el cual la Luna se hace un solo cuerpo y una misma cosa con el Sol. Dicho matrimonio o unión acontece del siguiente modo. Del Sol supraceleste de la Bondad divina que se comunica a sí misma a todo el universo, que fue llamada por Platón en el libro sexto de la *República* y en las

Cartas Idea de todo bien, procede, según piensan los platónicos, como luz de luz, la Mente primera, es decir, la naturaleza angélica, la cual contiene en sí todas las mentes y todos los esplendores ideales; de ésta, a guisa de resplandor de luz, deriva luego el alma del mundo que, comprendiendo toda naturaleza animal y los conceptos e imágenes de las Ideas primeras, es llamada mundo de la razón [racional]; finalmente, como calor de resplandor, nace la naturaleza, llamada mundo seminal, porque comprende las semillas de todas las cosas. El Sol celeste, alma del mundo, emana pues —como dice Plotino—, una especie de aliento y verbo, su espíritu, es decir, el Mercurio celeste y vivificador, naturaleza y semilla universal; el cual, antes que dé la forma, la vida y la permanencia a la universalidad de las cosas de aquí abajo, es recibido —como afirma Ptolomeo en el *Almagesto*— por la Luna, llamada por esto receptora de los influjos celestes. Y siendo propio del macho, como más digno, el obrar y el influir, y de la hembra el padecer y el recibir, por esa razón el acto de tal recepción se dijo que era unión y cópula de ellos, o sea, de Sol y Luna. La Luna pare después la semilla concebida en el mundo de la generación, ejerciendo influencia e imprimiendo esa semilla en la materia, es decir, en la tierra del parto celeste, hecha —como dice Hermes— nodriza diligente. No otra cosa entendieron los antiguos cabalistas con los abstrusos secretos concernientes a este orden de cosas; por lo cual, en el mundo sefirótico ellos refirieron y subordinaron la Luna a Malkud, última numeración que ejercía sus influencias en el orden de los Issim, es decir, de los héroes y de los hombres ilustres. La numeración Malkud es denominada la Virgen y el pozo del septenario, ya que, lo mismo que la Luna recibe los influjos de los demás cielos mediante el Sol, así este atributo [Malkud] recibe por medio de su esposo Tiferet todas las emanaciones superiores de los demás, y las difunde en todas las cosas creadas.

Este amoroso vínculo del Sol con la Luna fue bellamente insinuado por Virgilio en las *Geórgicas* diciendo:

> Así, si creerlo cabe, oh Luna, el Dios
> de Arcadia te ligó con minúsculo don
> de blanca lana, y te llamó a las altas
> selvas, y no fuiste a su llamada sorda.

El Dios de Arcadia, es decir, el Dios Pan, que significa el Todo, es símbolo de la Naturaleza; por eso Orfeo en los *Himnos* canta que él

toda cosa produce, padre
del universo y príncipe del mundo,
lucífero fructífero, y Peán,
por el cual fondo tiene la tierra eterno; y cede
a su valor inmenso el undoso mar.

El alma media [de la] naturaleza, influyendo sobre la Luna, la llama, pues, la invita, la atrae a las altas selvas (las cuales —como afirma Jámblico— representan la materia prima llamada por los platónicos y por los peripatéticos *Hyle*, nombre que también quiere decir «selva»), a la generación del mundo material. Este mismo concepto fue significado por los egipcios pintando a dicho Pan golpeando y flagelando la Luna con la mano derecha y sosteniéndose el miembro viril erecto con la izquierda. Además de eso —como refiere Suidas—, pintaban al fabuloso Príapo (que equivale en sí mismo —siempre según Jámblico— a un jeroglífico del gran semillero y la naturaleza universal) en forma humana, en acto de tener en la diestra el cetro real, para mostrarnos el imperio que dicha naturaleza tiene en el universo, mientras que con la izquierda parece que se aprieta los genitales, para hacernos entender cómo en la naturaleza están las semillas de todas las cosas, y de allí parte la influencia de las formas que después se imprimen en la materia. Además, la lana es símbolo de impureza; impureza que es propia de la materia. En cambio, el color blanco denota pureza y limpieza: por eso Pan, el Sol celeste, llama a la Luna a las selvas con el don de la lana blanca, es decir, la llama a la generación de las cosas. Ésta no se puede hacer antes de la purificación de la materia: pero, en virtud del influjo de las formas, la lana, es decir, la materia, deviene blanca y pura.

El «cielo» hermético

[I, 8] En la teología órfica, las tres personas divinas de la santísima Trinidad son veladamente representadas e insinuadas, la primera con el nombre de Noche, que otros llamaron Niebla y los judíos En Sof y Alef tenebroso, considerando en ella la esencia absolutísima e incomprensible de Dios recogida en sí misma. Al Verbo increado, segunda persona de la divinidad, Orfeo aludió con el nombre de Cielo; y los antiguos cabalistas entendieron por este Cielo la conversión del Alef tenebroso en luciente; conversión que según dicen acontece cuando Dios, saliendo de la infinidad del En Sof, se difunde a sí mismo en la producción de la universalidad de las

cosas. El Espíritu santo, finalmente, fue llamado Éter en la susodicha teología. El Cielo es, pues, la misma sabiduría increada, alma primera del universo, divina y gran naturaleza, que Zoroastro llamó Mente paterna; Homero, Olimpo casi enteramente luciente, y Platón, Verbo y Autor de toda resurrección, Rey de todos los siglos, en torno al cual giran todas las cosas que son. Finalmente san Dionisio, junto con el mismo Platón, denominaron al Cielo *On*, es decir, Ente que da entidad a todas las esencias, causa supereminente y fundadora, principio del todo. A este mismo Cielo se refirió Platón también diciendo que el Dios Cielo enseña el uno y el dos, como antes se dijo. Así mismo, el gran Jámblico, en el [*Libro sobre los*] *Misterios de los egipcios*, escribe que el Cielo, o es Dios, o bien es el imitador de los dioses. Que él sea Dios, lo hemos dicho ahora, según cuanto pensaron los antedichos autores; en cuanto al aspecto de imitador de Dios, se refiere al alma media, [a la] naturaleza que en la generación y conservación del universo imita a dicho divino Cielo, del cual es ella imagen visible. Ella es también —como lo afirma Orfeo en los *Himnos*— el Cielo nacido de la Tierra, al que este mismo autor llama Omnipotente y Padre universal. Los judíos contemplativos decían que por Cielo se debía entender la línea verde que circunda el universo. En conclusión, los mágicos Sol, Luna y Mercurio no son otra cosa que el mismo Cielo visible. Con razón el agua, de la cual se ha hecho mención antes, es denominada Cielo por los sabios héroes.

Este mismo Cielo es denominado en la lengua santa *Samaim*, voz que nosotros podemos interpretar como fuego y agua. Tales de Mileto, Hiparco de Metaponto, Heráclito de Éfeso e Hipón de Regia sostuvieron que tales elementos fueron los primeros principios de las cosas, y eso no sin luz de altísima noticia. Entre los teólogos simbolistas, por fuego se entiende el Espíritu del Señor, Espíritu propio de la deidad, Espíritu de amor, Fuego suave y vivificador y [principio de] conexión del universo, al que Orfeo en los *Himnos* —como se ha dicho poco antes— llamó

> Eter del Mundo, excelso, óptimo germen,
> alta casa de Júpiter omnipotente.

El agua, por su parte, en la teología mística denota al Verbo eterno. Se lee que no sólo Hermes Trismegisto, Orfeo de Tracia y Platón, sino muchos otros gentiles, aprendieron también de los judíos contemplativos muchos secretos, y tuvieron conocimiento de buena parte de sus divinos misterios. Así, la noticia de tales misterios acaso pudo llegar sucesivamente al antedicho Tales y a los demás, y no es descabellado pensar que éstos, ilu-

minados algo en sus tinieblas por tal luz, refiriendo pues a Dios semejante conocimiento, por fuego y agua [como] principios primeros de las cosas entendiesen e insinuasen, al menos implícitamente, el altísimo misterio de la santísima Trinidad en la creación del mundo. Lo cual en cierto modo nos es confirmado por la proporción y la conveniencia que dicha opinión demuestra tener con la historia verdadera y sacrosanta de Moisés, donde él cuenta que el Espíritu del Señor era llevado sobre las aguas: allí los sagrados doctores entienden por el Señor a Dios Padre, por las aguas, al Verbo eterno, y por el Espíritu que se cernía sobre ellas, al Espíritu santo. Dicho sea esto sólo para descubrir el misterioso concepto que el nombre de «Cielo», escrito en hebreo, contiene. Pero, si los antedichos sabios refieren su opinión a los principios naturales, no hay ninguna duda de que ellos quisieron referirse a un fuego y un agua diversos de los de nuestro Cielo mágico; el cual, siendo por su naturaleza todo luciente, suave y vivificador, conserva en sí de manera excelente lo caliente y lo húmedo —más aún: él es verdaderamente en acto agua fluyente y, a la vez, fuego ardiente.

Los poderes del árbol de la vida

[II, 8] En el leño mágico de la vida y mundo nuestro estriba, pues, la verdadera curación de todas las enfermedades, pues él —como hemos demostrado— es la naturaleza universal. Por eso puede socorrer a la misma naturaleza: es la vida universal y natural de todas las cosas, y por tanto puede restablecer esa misma vida; es Cielo incorruptible, por lo cual puede preservar cualquier cosa de la corrupción y de la muerte; finalmente, es el fundamento y la fuente de todos los entes y de todas las esencias, y por tanto es medicina universal en la cual están, en consecuencia, todas las demás medicinas vulgares, tanto animales, como vegetales y minerales. Allí se encuentra la melisa, el ruibarbo, el áspid, el oro y todas las demás especies, pero aún no encarceladas, debilitadas y oprimidas por su impuro cuerpo terrestre, sino sólo como puro espíritu y pura alma, es decir [como] la materia prima, el ente primero y su simple y viva esencia; por lo cual su virtud prevalece y supera en proporción más de mil veces la virtud de todas las que son producidas por la naturaleza. Tomemos por ejemplo el mencionado oro, comúnmente llamado oro potable, por ser un licor fluido, todavía no coagulado —como se ha dicho— por la naturaleza. Si lo comparamos con el oro metálico vulgar, aunque sea reducido a solución, y consideramos sus respectivas virtudes, aquél no se nos presenta de otro

modo que como un cuerpo sólido y real en comparación con su vana sombra. De tal diferencia da fe indudablemente la magia práctica, ya que, extraída mágicamente el alma, tanto de uno como del otro, el cuerpo y las heces de nuestro oro siguen siendo, no obstante, puro y verdadero oro metálico, mientras que las heces y el cuerpo del vulgar no se resuelven en otra cosa que en vacua e inane tierra: prueba manifiesta de la excelencia de dicho oro mágico. A ello se añade la proporción del peso, del número y de la medida, conocida sólo por la naturaleza, e imposible de encontrar por medio del arte, siendo esos tres [principios] los instrumentos ocultísimos y las ideas con las cuales el sumo Artífice creó el universo —por lo cual leemos en el [capítulo] undécimo de la Sabiduría: «Omnia disposuit Deus in numero, pondere et mensura» (Sb 11,20)— y de las cuales traen su origen los tres primeros principios naturales de las cosas. El universo consta de tres únicos principios; y como todas las criaturas están formadas por los mismos, no hay ninguna de ellas que pueda dividirse mágicamente en un número mayor o menor de partes (ni en más ni en menos). El primero de tales principios es la sustancia ígnea, en la cual está contenida el alma, el movimiento y la vida de los elementos: ella es la raíz de la vida, calor natural, mercurio y agua —y la humedad aérea, inclinada al frío de la tierra, es su única cualidad—. Le sigue la sustancia aérea, en la cual están el fermento de la vida y el espíritu de los elementos: es húmedo radical, fermento de la vida, azufre y Cielo, que tiene por cualidad propia e innata el color ígneo, inclinado a la sequedad de la tierra. El tercer principio está constituido por la sustancia ácuea y [por la] térrea juntas, que incluyen en sí, bajo el nombre de «tierra», el cuerpo de los elementos. Esta sustancia preserva a las otras dos de la corrupción, es el bálsamo de la naturaleza, es sal y tierra, y posee las dos cualidades de las otras; pero con diversos respectos y consideraciones. El ternario divino inescrutable, pues, al crear en el principio el ternario natural, quiso también que en todas las cosas se encontrase este mismo ternario. De él constan sin diferencia alguna el macrocosmos, nuestro mundo mágico y el microcosmos, que no es otro que el hombre. En cada uno de ellos estás los mismos tres principios, es decir, el mercurio, el azufre y la sal; pero, aun cuando sean tres sustancias, son no obstante una sola sustancia indivisa, no pueden estar desunidas ni separadas una de otra. Unidas, constituyen la misteriosa unidad, fundamento natural y origen primero del mundo, que es su indivisibilidad —como escribe Psello—, es símbolo de amistad, de paz y de concordia, y en la cual están puesta perfectamente la vida de todas las cosas. Por lo cual, el fin de la medicina, aquello a lo cual tiende, en definitiva, de forma exclusiva, es conducir de

nuevo al enfermo a tal unidad, la cual, por ser incapaz de pluralidad y contrariedad, no admite mal alguno.

El origen primero de todas las enfermedades no tiene otra causa que el alejamiento de tal unidad: del mismo modo que en ésta consiste la salud, así todos los males están comprendidos en el binario, número que —como escribe san Jerónimo contra Joviniano— pertenece a la materia, es infausto, infeliz, fuente y origen de toda imperfección. Si, pues, una de las tres sustancias cualificadas antedichas se aparta de la unidad, se debe retornar de ella a la unidad misma. Por ejemplo, si en el hombre el mercurio se aleja de su proporción unitaria nativa y de su simplicidad, es preciso reducirlo a su unión, proporción y homogeneidad primera mediante el mismo mercurio extrínseco. De manera semejante, por medio del azufre y de la sal exteriores se curan y se examinan detenidamente las interiores —así que, con su vuelta a la unidad, fortalecidos en su primer temperamento, expulsan repentinamente y con facilidad admirable a la confusa e impura Dualidad, es decir, cualquier indisposición, aunque sea grave y mortal.

[II, 14] Los antiguos magos no entendían por hierba moli[15] otra cosa que el plomo mágico, del mismo modo que el plomo metálico vulgar, que recibe de aquél su ser, fue llamado por los griegos *molibdos*. Éste, por estar subordinado al planeta Saturno, es llamado Saturno —por eso el plomo mágico viene a ser precisa y realmente el mismo Saturno—. Según los teólogos de los gentiles, Saturno es —como dice Lactancio— hijo del Cielo y de la Tierra. Fulgencio afirma igualmente que es llamado Saturno debido a la saturación, es decir, la saciedad que él suele aportar a las gentes con los frutos de la tierra. Además, se afirma que Ops, su mujer y hermana, se llama así por la ayuda y el socorro que proporciona a los hambrientos. Ambos son, pues, una misma cosa, y no son símbolo de otra cosa, en suma, sino de la tierra mágica (por cuanto tres son las tierras mágicas, unidas en una sola esencia) de la cual toma vida la tierra vulgar y deriva después Latona: tal es el propio mercurio vulgar de los héroes. Por eso dijeron que Mercurio fue engendrado por el Cielo y por la Tierra, pues dicha Tierra es verdaderamente la hija del Cielo superior concebida por aquella vulgar. En definitiva, Saturno, Ops, el plomo mágico y la hierba moli son propiamente el mercurio celeste, del cual el héroe saca espagíricamente otro mer-

15. Hierba de las liliáceas con bulbo marrón negruzco y flores blancas, considerada remedio contra encantamientos y hechizos. Su nombre botánico es *Allium nigrum*. [*N. del. t.*]

curio que es el Cielo mágico y la parte ácuea que compone el mundo mágico, propiamente llamada mercurio oculto de los héroes. Con tal vehículo celeste se saca el otro mercurio, es decir, el firmamento mágico, segunda parte de dicho mundo heroico: y así se llama vulgarmente al mercurio extraído del plomo.

Esta tríada misteriosa se hace en la magia mecánica; devolverla a la unidad, en la cual tuvo su origen, es el objetivo último del héroe. A tal misterio aludió Homero, cuando dijo que la [hierba] moli fue cogida por Mercurio y dada a Ulises, es decir, al héroe. Además, [dijo] que se saca de la tierra y que es difícil de coger, es decir, de encontrar. En efecto, como dijimos en la primera parte, no se revela a los ánimos impuros e indignos. [Homero] afirma además que es un óptimo medicamento —cosa de la cual hemos hablado largamente— y también que

> cándida tiene la flor, y la raíz negra.

La raíz es la misma moli, es decir, la primera tierra mágica, Saturno todo negro y tenebroso, denominado por Orfeo tierra negra y llamado comúnmente por los héroes *Nigrum nigrius nigro*, plomo negro, carbón y cosas semejantes; es aquella antigua y desordenada mole que Anaxágoras denominó Caos confuso, y Moisés Abismo, que significa sin luz ni candor. En cuanto a la flor blanca, no es el mundo mágico reducido al perfecto estado lunar, como algunos han interpretado erróneamente tomando el fruto por la flor, sino que es la leche virgen y también el firmamento, provenientes ambos inmediatamente de aquélla, y de una blancura igual al candor de la nieve. Y puesto que dicha blancura parece igualmente y al mismo tiempo de color rojo [rubicundo] y áureo, otros de entre los antiguos dijeron que la flor de la hierba moli es de color amarillo —y en ese sentido hemos descrito la flor de la lunaria, que es lo mismo que la moli.

Todo esto quiso indicar Virgilio, sabio y prudente imitador de Homero, con la fatídica rama de oro, al afirmar que una rama así, no sólo es difícil de obtener por la fuerza o la astucia, sino incluso imposible, salvo para aquel que es llamado por los hados al conocimiento de ellos mismos. En efecto, no se puede en modo alguno tener noticia de dicha rama, si antes no se ha conocido lo que es esencialmente el hado; ahora bien, nosotros ya en otro lugar hemos definido [el hado] como el orden de las causas superiores y como la relación de los semilleros particulares con los principales de sus esferas, y de tales [semilleros principales] con aquel universal, por el cual son movidos y regulados. También hemos expli-

cado lo que es este gran semillero; y para aportar mayor luz a este paso tan importante, añadimos que las causas, mágicamente, son denominadas así por Caos, [que es la] causa material de todo el universo, el principio de todas las cosas, como lo afirma también Hesíodo en la *Teogonía*. Por eso, quien llegue a la inteligencia de tales misterios, constatará también, claramente, que una vez que se ha arrancado una rama así, de inmediato nace otra, pues los cuerpos celestes, para la conservación de la naturaleza, están en un ejercicio y un movimiento continuos, y no cesan nunca de infundir en la materia sus influencias y sus virtudes estelares. A tal movimiento se refería Aristóteles cuando dijo que «Ignoratu motu, ignoratur natura». Así, es verdad que «Motus coelestis est intelligentia correspondens in inferioribus, in quibus per suas influentias omnia producit in esse».

Ahora bien, tal Plomo y Saturno es denominado Padre de los demás Dioses, es decir de los demás metales mágicos, pues éstos, desde el principio, están todos ellos ocultos dentro de él. En la fábrica del mundo mágico, no obstante, salen a la luz, porque el héroe con arte espagírica los hace manifiestos y patentes. Así, Marte se muestra en forma de licor rojo [rubicundo] y espiritual; Júpiter aparece en forma de tierra cándida y transparente. Después se ve la bella Venus bajo apariencia de licor espiritual lucentísimo, que vence en candor a los blanquísimos ligustros. La Luna se descubre también a semejanza de licor, no ya espiritual, sino fijo e inmóvil, ornada de la misma blancura de Venus. El Sol es a modo de un precioso licor color púrpura, fijo y firme. En el heroico magisterio, no sólo son considerados de ese modo los siete planetas, sino también otros, según los diversos accidentes, la disposición, la cualidad y la propiedad del sujeto heroico. Lo mismo pasa con los demás luminares del firmamento, es decir, con los demás numerosos espíritus, denominados minerales mágicos, que son igualmente progenie del mismo Saturno, y de los cuales vamos ahora a hablar ampliamente, sobre todo porque ni unos ni otros —excepto el Sol— son absolutamente perfectos. Por eso es necesario reducirlos espagíricamente, con arte pironómica, a la perfectísima aureidad solar, que es el principio inmediato del oro metálico, objetivo de la ciencia áurea, del mismo modo que la igneidad extraída de la piedra es principio del fuego vulgar.

Y puesto que el [elemento] perfecto de todas las cosas no es otra cosa que oro, cuando los metales mágicos, los minerales y los semiminerales, la moli y todos los demás vegetales y animales se despojan de sus accidentes, de su impureza y heterogeneidad, todos se reducen por consiguiente a esa

homogénea aureidad y a esa áurea homogeneidad, como se ha dicho de los metales vulgares. Por lo cual cualquier cosa, dispuesta y preparada mágicamente, cae necesariamente bajo dicha aureidad, que es el alma y la vida de las cosas mismas. Por eso dijeron los antiguos magos que en el oro se esconde una grandísima sabiduría, sabiduría que —como afirma Platón— queda oculta bajo los velos de las fábulas y los misterios de las antiguas religiones. Lo mismo concluyó Marsilio Ficino en el *Libro de la triple vida*, diciendo cómo en los metales y en las piedras —es decir, en la moli— está oculto y oprimido por la mole desordenada de la materialidad un espíritu, el cual, dividido y separado correctamente, es decir, espagíricamente, y aplicado a materia de su género, a modo de virtud seminal hará posible la generación de otro semejante a sí. Todo esto es el mercurio celeste, la piedra heroica, el mundo mágico, el segundo leño de la vida, medicina universal y acto [forma] de todas las cosas naturales.

[II, 16] Plotino —en el *Libro de las virtudes*— afirma que el alma purgada deviene uno de los Dioses que siguen al primer Dios. Finalmente, el mismo Tritemio —en las *Cuestiones*— escribe a tal propósito las siguientes palabras: «Sunt qui dicant, mentem, sive spiritum ipsius hominis posse naturaliter miranda facere, modo sciat se ab omni adventitio in se ipsum supra sensum, in unitatem revocare». Procuremos, pues, seguir al verdadero, máximo y óptimo Júpiter y unirnos a él, en el cual Platón, Pitágoras, Parménides, Sócrates, Juan Tritemio, y otros, entendieron la Unidad, la Unidad divina de la cual, en la cual y por la cual —como escribe el mismo Platón en el *Parménides*— son todas las cosas, pues ella es principio, medio y fin de todo. San Dionisio el Areopagita decía también que en ella se encuentra todo número bajo forma de unidad [únicamente], y que todos los números en la unidad se encuentran reunidos [juntos]. El Hijo único y consustancial de ella nos está velado místicamente por el ya descrito jeroglífico de Mercurio, Sol celeste: pues el Verbo eterno es el divino Mercurio, alma primera del universo, Sol supraceleste y eterno, unido hipostáticamente a la Luna de nuestra humanidad y clavado sobre la cruz durísima y saludable, a la cual lo impulsó el fuego ardentísimo de su amor divino. Y de ese modo obtendremos nosotros sin duda alguna el anhelado conocimiento de la naturaleza universal creada, pues él es la gran naturaleza divina y creante; conseguiremos la iluminación [lumbre] que nos permitirá poner de manifiesto la luz de dicha naturaleza, pues él es la luz de las luces y de nuestros corazones. Y finalmente... llegados al don celeste, no sin la firme resolución de ha-

cer de él partícipes —por amor suyo— a los pobrecillos afligidos, [Mercurio] nos hará benignamente disfrutar de los frutos gratísimos y dulcísimos de aquel [don], pues él es Padre misericordioso de los pobres y otorgador liberalísimo de los dones: y, además, por gracia, nos hará el don de la gloria eterna.

FRANCESCO PANIGAROLA

Nació en Milán el 6 de enero de 1548, estudió jurisprudencia. Ingresó en la orden franciscana en 1567 y fue un predicador célebre. En 1587 fue nombrado obispo de Asti. Vivió en París, enviado por Sixto V a defender la Liga contra Enrique IV. Murió en Asti el 31 de mayo de 1594, tras haberse dedicado a combatir el protestantismo en el Piamonte.

Escribió: *Homeliae pro Dominicis* (1600); *Cien razonamientos sobre la pasión de nuestro Señor* (1585) y una autobiografía que quedó inédita.

De las «Predicaciones»

[1] Candidísima Paloma, Nube toda de oro, Aliento suave, Fuego ardiente. Paloma de plumas argénteas, Nube que destilas leche y miel, Aliento que despiertas flores en cada prado, Fuego que dulcemente ardes sin consumir. Este fuego elemental (mirad, oyentes) en tres lugares podemos considerarlo: en su esfera, aquí en la tierra y bajo la tierra. Allí arriba, junto a la Luna, aquí en medio de nosotros, y allá abajo donde atormenta a los que purgan o a los condenados. Resulta que, de estos tres lugares, en dos no luce, pero por causas distintas. En su esfera no luce porque es demasiado sutil, y en el infierno no luce porque es demasiado grosero; por lo cual dice el Salmo: «Supercecidit ignis et non viderunt Solem» (Sal 58,9 LXX); tienen el ardor del fuego, pero no su luz. Sólo aquí en la tierra es visible el fuego; y sólo después de Cristo se nos ha mostrado visible aquí en la tierra el Espíritu Santo...

Fuego en los astros del cielo, fuego en su esfera sobre el aire, fuegos meteorológicos en la suprema región del aire, fuegos en la mesana, de relámpagos y de rayos; y aquí abajo, en la tierra (en más de cien modos), fuegos artificiales y naturales. Aquí nace fuego del fuego; allí lo produce la luz; el movimiento lo enciende; la resistencia lo despierta; el reflejo de los rayos lo produce; un espejo, un cristal, una garrafa, un vidrio, finalmente

agua helada nos hace fuego. Y una vez que está hecho, Dios bueno, ¡cuántas cosas fácilmente lo reciben, tenazmente lo conservan, copiosamente lo alimentan y amplísimamente lo difunden! Aceite, cera, pez, azufre, por nombrar unas pocas; fuego se encuentra que, tomando por alimento lo que para otros es veneno, vive tanto en el agua, como en el aceite; y sumergido en las ondas, hasta el fondo del mar, como si estuviese entre pajillas, de tal manera lo ves llamear y flamear. Y si tratamos de la difusión del fuego, Dios bueno, ¿qué se encuentra que no se mude en fuego? ¿Y qué hay que no devore y engulla él vorazmente con sus amplias fauces? Acciones (muy propias de Pentecostés) que precisamente, queridos oyentes, vino a hacer en ese día el Espíritu Santo. A saber, difundir, por boca de los apóstoles, el fuego del amor de Dios por todo el mundo; «Ignem veni mittere in terram» (Lc 12,49)...

Carísimos efectos, más allá de los cuales, si de la proporción del fuego quisiese yo obtener otras cosas, todas tocantes al Espíritu Santo, Dios bueno, ¿a qué término llegaría mi razonamiento? Arrebataron, oh Roma, a Elías al cielo carro y caballos no de otra cosa que de fuego; para que entiendas tú que a la gloria celeste te alzarán pensamientos no de carne, sino de Espíritu. Cuando agradaban los sacrificios a Dios, signo de ello daba el fuego, que venía del cielo a consumirlos. Entonces agradarán tus obras a Dios, cuando te dispongas a recibir el Espíritu, que te inflame. El fuego endurece y destruye; endurece el barro y destruye el hielo. Si eres barro, quedarás cada vez más obstinado; pero si te haces hielo quizás el Espíritu te destruirá en llanto. En el fuego se quema a sí misma la mariposa, y en los misterios altísimos del Espíritu Santo se quemará a sí mismo el curioso. Huyen la lechuza y el murciélago del fuego, y el pecador huye también de toda inspiración y todo bien. El fuego ilumina el cristal, y no el mármol, y en tu mano está, ante el Santo Espíritu, el querer ser, o cristal, o mármol. Otra cosa voy a decir, y termino: ésta es una gran diferencia entre la tierra y el fuego, que el fuego tiene grandísima acción y poca resistencia, en cambio la tierra obra poco, pero resiste mucho: todo lo consume el fuego, y sin embargo algo de agua, bien poca, lo extingue; nada obra la tierra, pero resiste incluso al fuego mismo. Tierra somos nosotros; fuego es el Espíritu Santo: ¡ay, el fuego, cuánto obra, pero qué poco resiste!, pues nuestro querer basta para echarlo. Y nosotros, ¡ay!, demasiada tierra, que nada obramos, e incluso al Santo Espíritu resistimos. Dios bueno, ¿quién podrá encontrar nunca símbolo tan propio del Espíritu como es el fuego? «Tanquam ignis». Nadie ciertamente que no encuentre el viento: «Tanquam spiritus vehementis»...

[2] Ya hemos visto las conveniencias del fuego: veamos ahora las del viento. De entre las acciones de éste, tres son las principales: la primera, agita el aire y lo mantiene limpio; la segunda, trae nubes y lluvias; y la tercera, en el mar conduce las naves al puerto. Dios bueno, fijaos cómo complementa el viento al fuego; pues luego que el Espíritu, como fuego, nos ha hecho conocer lo verdadero, nos ha dado la gracia y nos ha hecho espirituales, ¿qué nos falta ya, sino que el hombre espiritual tenga ejercicios, gustos y gloria? Y precisamente por los ejercicios el viento agita el aire; por los gustos, el viento da las lluvias de las lágrimas; y por la gloria, el viento nos conduce a nuestro puerto...

Dicho viento impetuoso tiene, como dijimos, la propiedad de agitar el aire y mantenerlo limpio moviéndolo; Dios bueno, en esa proporción, tan pronto como un alma iluminada y santificada por obra del fuego se hace fuego, es decir, se aviene a vivir espiritualmente, ¿qué tipo de mociones y de agitaciones no provoca dentro el viento? Una vez encendida, el alma se enternece; enternecida, se hace extática; en éxtasis, especula; especulando, siente gusto; en el gusto se aquieta; y en la quietud se glorifica. Fuego, aceite, éxtasis, especulación, gusto, quietud y gloria entran en ella. Se corrige, se ilumina, se fortalece, se reforma, se embellece, se casa, goza; aprecia, desprecia; arde, se congela; sale de sí, vuelve en sí; pasa al cielo, permanece en la tierra; quiere, no quiere; busca, y no ha perdido; encuentra y no ha buscado; se destruye, se deshace, se consume, languidece, se debilita, chochea, se embriaga y sabiamente enloquece. Tenemos a un pecador consuetudinario. Tenemos a una pecadora habitual que, tras haber, no diré pasado, sino disipado todos los años de su juventud en juegos deshonestos y mil culpas, cuando finalmente abre la puerta al viento, ¿qué no hace?, ¿qué no dice?, se despabila, casi, se despierta, levanta los ojos pesados y mira la luz; aquí ve el pecado, allí el infierno; ora la culpa, ora la muerte, ora la obstinación, ora la misericordia, ora a sí misma, ora a Dios. Horror le produce el pecado, miedo el infierno, náusea la culpa, espanto la muerte, temor la obstinación, esperanza la misericordia; y lo que es más importante: comienza a odiarse a sí misma y a amar a Dios. Y esto con tanto afecto y tanta conmoción, producida por el viento, que muy a menudo en un mismo momento, y por una misma cosa, ama y odia; llora y goza; espera y desespera; osa y teme; rehúye, desea y se aíra. Lo contrario de poco viento, o escaso aliento: «Spiritus vehementis, Spiritus vehementis» (Hch 2,2). Un torbellino precisamente que, desprendido fuera de la nube por mera violencia, lo mismo que sale girando, girando arrebata ramas y polvo, y los agita y revuelve de modo que con perpetua rueda tie-

nen siempre presente y siempre ausente el centro; además de que, al inspirar este Santo Espíritu al alma perpetuos ejercicios espirituales, justamente se puede decir que con la agitación limpia el aire.

De ahí nace otro sagrado efecto de espiritualidad, a saber, que tras el ejercicio viene el gusto; y muy a menudo un gusto que no tiene par en el mundo, y es el de las lágrimas y el llanto: segundo efecto precisamente del viento también, que al agitar el aire donde Dios manda, lleva las nubes y, como si fuera el jardinero del mundo, ora aquí, ora allá, con esas bellas clepsidras va regando y humedeciendo las tierras...

Orientales perlas son las lágrimas, pero, ¡ay, qué idóneas entre todas las demás cosas para recamar un lecho!: «Lachrymis meis stratum meum rigabo» (Sal 6,7). Y bien se ve que nacen del viento, pues contra natura se le asemejan; que si la lágrima se ve y no se oye, porque el viento tiene sonido: «Sonus Spiritus vehementis» (Hch 2,2), también la lágrima produce sonido, y también ella se hace objeto del oído: «Auribus percipe lachrymas meas» (Sal 39,13).

BARTOLOMEO CAMBI DA SALUZZO

Nació en Saluzzo en 1557, ingresó en la orden de los menores observantes. Escribió varias obras místicas, entre ellas *Luz del alma* (Roma, 1618), donde expuso la doctrina de la contemplación por medio del amor gozoso, y *Vida del alma*, en la cual narró en octavas la pasión, añadiendo comentarios en prosa destinados a ser fomento de meditación, llanto y alegría. Murió en Roma en 1617.

DE «VIDA DEL ALMA»

[II, 15-20]
Pues te falta el habla, la voz y el aliento
sólo al pensar las llagas, ornadas y bellas,
de los pies, las manos y el costado,
diremos que son lucientes estrellas.
Éstos son los rubíes que los adornaron,
éstos los carbunclos, y aquéllos
los bellos soles, flameantes y amables,
donde tu corazón tanto parece satisfacerse.

El corazón al remirarlas se satisface y muere,
y languidece, muriendo, cada hora y momento;
y aun cuando sienta el fuego, y el gran ardor
abrasador, de modo que le parece haber llegado
al destinado fin, a la última hora,
y le parece ya, muriendo, ser difunto,
no obstante muriendo vive, y habla.
¿Qué dulce vida, y qué morir feliz?

Feliz tú, que tan alegre vives
en tan bellas llagas, noche y día,
y mientras lees, o que contemplas o escribes,
difundes luego tus luces a tu alrededor,
y mientras de tu corazón a ti mismo te privas:
para que vaya al Señor de vuelta,
vuela él al costado de su Señor,
y duerme junto a su inflamado corazón.

Feliz soy, y de dulzuras tengo lleno
este mi corazón: mientras contemplo en la cruz
a mi Jesús crucificado, que en su seno
mé acoge a menudo y, con piadosa voz
razonando, me hace luego desfallecer,
para compadecer su muerte atroz.
Pero seguid aves, seguid mientras tanto,
que mucho me alegro con vuestro canto.

También nosotros nos gozamos de todo tu bien,
pues comprender no puede nuestro pecho
licor tan dulce, que a nosotros no viene
tan dulce bebida, y sólo vuestra es
esa Sangre preciosa, a vosotros corresponde:
porque por vosotros puso en fuga al horrendo monstruo,
por vosotros lo mató y por vosotros lo encerró
y recluyó en el abismo encadenado.

Por nosotros murió mi Señor amable,
por mí padeció tan áspera, acerba muerte,
como nunca se oyera, ni nunca se conociera,

y muriendo del Cielo abrió las puertas.
Y puesto que aun a vosotros se hace patente,
proclamad con voz sonora y fuerte
al riguroso mártir y su gran dolor,
cantad por amor de mi Señor.

Meditaciones del canto segundo

[II, 2] Puede el alma pensar que razonablemente se invita a los pájaros a cantar la pasión del dulce Jesús, pues con los pájaros se significan los contemplativos; porque, lo mismo que los pájaros vuelan hacia lo alto, así los contemplativos se elevan continuamente con sus mentes hacia el cielo. Y lo mismo que los pájaros no se abajan a la tierra, sino para comer y por necesidad, así los contemplativos no se abajan a las cosas de la tierra, sino por necesidad, para obtener el sustento y vestido necesario. O para aprovechar a otros. O por la obediencia según el ver divino. Y lo mismo que los pájaros vuelan por encima de los árboles, y en ellos hacen sus nidos y descansan, así los contemplativos descansan sobre el árbol de la santísima cruz, y allí descansan dulcísimamente en las profundas meditaciones. Allí producen dulcísimos sonidos de altísimas contemplaciones.

[3] Podrá el alma devota ir meditando a medida que cante el cántico, deteniéndose sobre las octavas amorosas, dulcemente cantadas a dos coros, ora por el poeta, ora por los pájaros, que, respondiéndose mutuamente, van pintando las bellezas, dulzuras y suavidades del bendito Jesús.

[4] El alma devota podrá internarse en la profunda meditación de la aflicción que padeció el dulce Jesús en el huerto, y del sudor de sangre que salía de su divino rostro, y de todo su cuerpo, y se derramaba en tierra. Podrá internarse en la consideración del grandísimo afán que padeció su dulce Jesús en esa afanosa oración.

SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI

Nació el 2 de abril de 1566 en Florencia, se llamó Caterina di Geri de' Pazzi. A los doce años cayó en éxtasis, en 1582 entró a formar parte de las carmelitas de Santa María de los Ángeles, en San Frediano. De 1585 a 1590 sufrió en el «foso de los leones», abandonada por Dios, y recurrió al dolor más atroz para vencer la desdicha, revolcándose sobre las espinas. Tras ha-

ber sido liberada, gozó de éxtasis alegres y promovió la renovación de la Iglesia. Murió el 25 de mayo de 1604.

La primera edición de los dichos recogidos durante los éxtasis se hizo en 1611.

De «Los cuarenta días»

[II] El lunes por la mañana, tras haber comulgado, y mientras consideraba yo aquellas palabras de Jesús, «nemo venit ad Patrem, nisi per me» (Jn 14,6), me parecía ver a Jesús, a modo de un puente (no sabiendo yo aplicarle otra comparación), y que ninguno se podía salvar si no pasaba por dicho puente, es decir, por medio de sus mandamientos y de su vida y pasión. Después me parecía ver a la santísima Trinidad toda amorosa para con las criaturas; pero veía yo que las criaturas no conocían este amor, y no ponían todo su afán en amar puramente a Dios, y veía que Dios creó el alma de un infiel con el mismo amor con que creó el alma de su Madre santísima, sólo que la Virgen cooperó con esa gracia, y la iba siempre aumentando y acrecentando en sí, y los infieles se hacen indignos de ella; y veía yo ese amor tan grande y desmesurado, que nunca jamás lo podría comprender criatura alguna —es más, me parece que no lo puede entender un poco sino quien lo gusta—, y viendo yo tan gran amor, me esforzaba en gritar «Amor, amor» con tanto ímpetu y vehemencia, que hasta con la boca exteriormente lo decía; y si hubiese podido, habría ido corriendo por todo el mundo gritando «Amor, amor»; pero al mirar yo, y ver que las criaturas atendían tan poco a este amor, no podía evitar sentir una pena grandísima, de modo que hasta corporalmente lloraba, y me dolía mucho de ello.

[VI] El viernes día primero de junio de 1584, tras la santísima comunión, considerando yo aquellas palabras de Jesús: «Omnia traham ad me ipsum» (Jn 12,32), veía que Jesús no había hablado de atraer a sí lo que contenía todo, porque habría hablado de sí mismo, siendo él lo que contiene en sí todo; sino que dijo todo sola y absolutamente. Y me parecía ver que en ese todo el Señor también había atraído a sí nuestra culpa, no pudiendo estar en él la pena, digo en cuanto a la divinidad. Sino que atrayendo a sí la culpa había cancelado la pena, padeciendo en sí y soportando mucho por nosotros. Y mi alma entonces toda se derretía de amor; nunca sabría expresaros lo que aquí gusté del amor de Dios. Después me parecía ver a Jesús en la cruz todo maltrecho, precisamente como cuando

estaba sobre el monte Calvario y sangraba por todas partes. Y veía yo que las gotitas de sangre eran a modo de lenguas que llamaban a las criaturas a recibir esa sangre, pero veía que eran poquísimos los que la recibían, y esto interiormente me daba una pena grandísima; y decía a Jesús: Señor mío, ¿cómo es posible que la criatura sea tan ignorante y también tan ingrata? Después veía las almas que recibían esta sangre. Me parecía que dicha sangre producía en ellas estos tres efectos, a saber, aspiración, espiración y respiración. Digo que en primer lugar hacía que el alma aspirara, es decir, deseara unirse con Dios, dejando los pecados y despojándose totalmente de sus vicios y defectos. Después hacía que espirase, es decir, abriese e iluminase los ojos interiores, con lo que daba a esa alma la cognición de Dios, y de sí misma. En tercer lugar, que respirase, es decir, que dicha alma fuese hecha descanso de Dios, y que Dios descansase en ella con grandísimo deleite y amenidad; yo en cambio veía que el alma tenía que descansar en Dios con suave deleite, antes de que Dios descansara en ella.

[XII] Mientras el Amor Jesús conversaba con nosotros en este mundo respecto a él en sí mismo, quiero decir en su humanidad, conociendo por sí y en sí la fragilidad, mayormente en nuestra asunta humanidad, y amándonos él con aquel mismo amor de antes, quiso remediar, no sólo al alma, sino también al cuerpo, dándose a nosotros como comida incluso corporal, para alimentar y fortalecer en sí mismo, tanto a la una, como al otro. ¡Oh, qué amor! Me parecía ver en eso que Jesús se unía al alma su esposa con estrechísima unión, poniendo su cabeza sobre la de la esposa, y sus ojos sobre los de ella, su boca sobre la de la esposa, y lo mismo las manos y los pies, y finalmente todos sus demás miembros, hasta que la esposa se hacía una misma cosa con él, quería todo lo que quería el esposo, veía todo lo que había en el esposo, gustaba todo lo que gustaba el esposo, hacía las obras del esposo y deseaba todo cuanto deseaba el esposo, y nada fuera de él. Quiere Dios que de este modo el alma se una a él, y él unirse con ella. Si el alma tiene su cabeza sobre la de Jesús, no puede querer otra cosa sino unirse con Dios, y que Dios se una con ella. Y viene de este modo a querer siempre lo que Dios quiere. Dios se ve todo él en sí mismo, y sólo él es capaz de sí mismo. Y se ve a sí mismo en todas las criaturas, también en las que no sienten, porque se ve en ellas por la virtud que las hace obrar y fructificar. Así el alma, teniendo los ojos sobre los de Jesús, se ve a sí misma en Dios, y ve a Dios en todas las cosas. Ve además su incapacidad, y por ésta conoce y ve que sólo él es capaz de sí mismo, y de este modo el alma viene

a ver lo que ve Dios. Gusta a Dios y saborea todas las cosas para bien, y de los mismos defectos saca bienes. Así, teniendo el alma su boca sobre la boca de Jesús, también ella gusta y saborea todas las cosas para bien, e igualmente de los mismos defectos saca bienes, por lo cual, viendo obrar algo defectuoso en una criatura no lo sabe tomar sino a bien, y de este modo gusta ella lo que gusta Dios. Dios todo lo hace con sabiduría y poder; es más, él da la sabiduría y el poder a todas las criaturas; y el alma que está unida a Dios y tiene sus manos sobre las de Jesús también hace sus obras con sabiduría y poder: con sabiduría, digo, se guarda de todas las cosas que le son nocivas y desagradan a Dios. Con poder, además, porque al alma enamorada de Dios le parece que todo lo puede, por imposible que sea, y si fuera necesario se metería entre las espadas y en las llamas, hasta ese punto le parece que lo puede todo, y de ese modo viene ella a obrar como Dios.

[XIV] Sábado día 9 de junio. Después de comulgar, veía yo a Jesús todo lleno de amor, que me decía: «Veni Columba mea, in foraminibus petrae, in caverna maceriae» (Ct 2,14). Y le respondía yo: «Jesús, amor mío, por mí misma no sé entrar allí». Y Jesús me dijo: «Ánimo, yo espiraré y respiraré, quiero decir que espiraré mandándote mi hálito y después respirando lo atraeré a mí, y junto con él te atraeré a mí»; así, él espiró en mí su suave hálito, todo amoroso, y después respiró atrayendo el hálito a sí, y con él me atrajo también a mí a sí mismo, encerrándome dentro de sí con la puerta de su costado.

[XXXIV] El viernes día 29 de junio, después de comulgar, oía que Jesús me decía aquellas palabras que dijo a san Pedro: «Beatus es Simon Bar Jona, quia caro et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus qui in coelis est» (Mt 16,17). Y me decía: a san Pedro no le podía ser revelado quién era yo, ni por la carne, ni por la sangre, sino sólo por mi Padre, que está en el cielo. Así al alma no le puede ser revelada, ni por la carne, ni por la sangre, la grandeza y pureza de mi amor, sino que solamente mi Padre, que está en el cielo, se lo puede revelar. Entendía yo bien que esta revelación la hacía el Espíritu Santo, pero por ser el Espíritu Santo una misma cosa junto con el Padre y con el Hijo, producían también juntos este efecto. Veía que en esto se hallaba el Espíritu Santo en continuo movimiento, por decirlo a nuestro modo, pero no es que se moviese de donde estaba, sino que yo veía que continuamente mandaba él proyectiles, flechas y saetas de amor puro a los corazones de las criaturas. Y entendía yo que hasta lo más mínimo que el alma no hacía con esas miras y pura in-

tención de honrar a Dios y de agradarle sólo a él, incluso un mínimo alzar los ojos y una mínima palabra, era obstáculo e impedimento para conocer la pureza y grandeza de tal amor. Y, por el contrario, al alma que tenía esa pura intención, todo, por mínimo que fuese, veía yo que le ayudaba en la cognición de la grandeza y pureza de tal amor, de manera que las palabras, pensamientos, deseos y todo lo que ella hacía sólo para honrar a Dios y agradarle, le causaban tal conocimiento. En particular me hacía ver entonces Jesús los deseos del Padre y de todas estas monjas, a modo de anillos, de oro y de plata, con los cuales veía que él hacía una bellísima cadena poniendo dichos anillos uno en otro como están las cadenas, y después poniéndosela al cuello, lo cual le causaba un deleite grande. Pero dichos anillos no eran todos iguales, pues los había más y menos sutiles, y no me era dado conocer en particular de qué hermana eran; pero veía yo claramente que Jesús se los quitaba todos. Después de esto vi que el amor unitivo toda me juntó y unió con Jesús, dándome a conocer la grandeza y pureza de ese amor, del modo que yo era capaz, aun cuando entonces me hacía ver una cosa tan grande, que ni siquiera la comprendía un poco. Y me decía el amor que quería dárseme a conocer de modo que siempre lo pudiese amar, y que, amándolo, nunca me saciase de amar al amor, y que quería que se me imprimiese tanto este amor en el corazón, que acordándome de él siempre lo amase. Y me daba este alejamiento del alma respecto al cuerpo para que mejor se pudiese unir toda ella con Dios, por lo cual, siendo más noble y poderosa, hace que el cuerpo permanezca de ese modo inmóvil, y dándole el alma la vida, le hace gustar juntamente consigo un poco al menos de lo que ella gusta en esta unión que establece con Dios. Y me dijo el amor que me hacía esto para que, gustando y saboreando mi cuerpo un poquito de las dulzuras del alma, viniera luego a serle más obediente y sumiso de lo que sería no habiéndolas gustado; eso mismo hice también, me dijo, hoy hace quince días, cuando sentiste dolor en el cuerpo junto con el alma, y compadeciste la pasión de Jesús, para que durante el resto de tu vida, cuando pienses en dicha pasión, y sientas su dolor, el cuerpo también te haga compañía. Y este alejamiento en modo corporal te lo daré hasta que se cumplan cuarenta días después de que hayas hecho tu santa profesión, y te mostraré más cosas de mi amor, que de otra cosa, para hacerte más capaz de él y mejor imprimírtelo en el corazón, como te he dicho. Y tras estos días, no lo tendrás ya así de continuo exteriormente, sino alguna vez. Y así encomendando el Padre y vosotros hasta tres veces a Jesús junto con todas las demás criaturas, por aquella vez acabó.

[XLI] Viernes día 6 de julio de 1584. Luego que hube comulgado veía a Jesús todo lleno de amor; parecía como si quisiera bromear conmigo, y me hablaba dulcemente, de modo que mantuvimos los dos juntos un amoroso soliloquio: «Vocavi te, et non respondisti mihi». Y yo le respondía: «Quesivi te, et non inveni». Y él me decía: «Vocavi te Columba mea, et non respondisti mihi». Y yo replicaba: «Quesivi te dilecte mi. Desideravi te dilecte mi. Amavi te amor meus. Quesivi te, quesivi te dilecte mi, et non inveni». Y el Amor Jesús, al cual siempre llamo amor, decía: «¡Oh esposa mía, te estuve llamando y no me respondiste!». Y yo le respondía: «¡Te estuve buscando y no te dejaste encontrar, amor mío!». Decía Jesús amor: «¿Sabes por qué no me encontraste? Porque no me buscaste bien». Y yo respondía: «¿Sabes, amor, por qué no te respondí? Porque no llamaste lo bastante fuerte para que yo te oyera». El amor Jesús decía: «Búscame bien, esposa mía, y me encontrarás». Yo decía: «Grita fuerte, y te oiré». Decía el amor Jesús: «A ti, a ti te corresponde, esposa mía, buscarme». Y yo por la impaciencia del amor dije: «Amor, bien sabes aquello que dijiste: quien más tiene, más tiene que dar. Puesto que tú tienes más que yo, tú tienes que dar. Sabes bien que eres más poderoso, más rico y más fuerte que yo, y también sabes que amas más que yo; tú dices que eres Verdad; por tanto, si has dicho eso, oh amor, has dicho la verdad, y, si es así, es la verdad, te corresponde a ti, Amor, te corresponde a ti porque eres más poderoso y tienes más fuerzas que yo; llámame tan fuerte, que oiga yo tu voz». A esto comenzó él de inmediato a decir: «Veni, veni Colomba mea, Speciosa mea veni» (Ct 2,13). Y toda me unió a sí mismo, y así unida a él manteníamos juntos un coloquio dulcísimo, como hace un amigo con otro, del cual, sin embargo, no sabría yo decir lo más mínimo. Cuando me encontré con que estaba así unida a él dije: «Ahora te he encontrado, amor mío, ahora estoy contenta, que estoy unida a ti, amor».

De «La contemplación de los misterios»

Visión de Dios

[18] El mismo Espíritu, a modo de águila elevante y voladora, toma y asume las almas que lo han recibido y las lleva ante el Verbo, y coloca a algunas de ellas en la sacratísima cabeza de éste, otras en su sagrada boca y otras, por ser tan límpidas y bellas, se complace en colocarlas en sus resplandecientes ojos, es más, ellas se convierten en los ojos mismos, y mayor-

mente en pupilas de aquellos ojos, donde van mirando lo que respecta al Verbo, con esa participación que corresponde a una criatura; y de estas almas dijo él particularmente: «Qui tangit vos, tangit pupillam oculi mei». Y cuando allí están, ¿quién puede tocarlas? El Verbo se mira a sí mismo, ellas lo miran a él, el mismo Verbo mira al Padre, ellas al Padre: el Verbo también a todas las criaturas, las cuales quedan luego embriagadas en la bodega del amor. Mira el alma a Dios cada vez que lo ve en cada objeto; mira a las criaturas, pero en Dios, no puede verlas sino en Dios, del mismo modo que a nuestro ojo, tras haber mirado fijamente el Sol, le parece ver por doquier y en todo ese mismo astro. Pero ¿cómo mira a las criaturas? Las mira cada vez que por efecto de amor aspira a su salvación, anhelando ardientemente ver esculpida por la gracia en cada una de ellas la viva imagen de Dios, con tan encendido deseo, que por cada una de ellas y por la salvación de la persona más vil y abyecta del mundo querría dar mil veces la vida, pariéndolas, si fuese necesario, en su corazón ante Dios con afanoso anhelo y ardentísimos suspiros, como decía aquella alma toda ardiente de caridad del prójimo, y que anhelaba «anathema esse pro fratribus suis, Filioli, quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis». ¿Y cuáles eran esos dolores de parto, dolores tan intensos y tan mortales? «Quis infirmatur, et ego non infirmor? Quis scandalizatur, et ego non uror?». No dura poco tiempo este dolor de parto, y no se llega nunca a acabar de parir; porque, tan pronto como se pare una de ellas, se conciben por el deseo, no digo millares, sino millones de ellas. Pues es tan grande esta aspiración, que no se contenta con una, dos o tres ciudades, sino que mira a todo el mundo; no sólo a las criaturas presentes, sino también a las criaturas que han de venir; tan capaz se hace por la caridad este seno del corazón con el cual ella las pare. ¿Y qué más? Ve en un instante todas las cosas que ve Dios, porque le está presente el mismo Dios.

De «Revelaciones e inteligencias»

En el éxtasis

[III, 1] VERBO: Carísima esposa mía, varios son los impedimentos, grandes son los impedimentos, porque varios son los estados de las criaturas, y muchas son las criaturas. Sábete que un impedimento para aquellos que están lejos de mí es la malicia, de la cual tienen tan lleno el corazón, que mi Espíritu no puede descansar en ellos. Otros ponen el impedimento del propio querer; otros más, no sólo el del propio querer,

sino también el del propio ver y saber, de manera que me quieren servir a su modo. Quieren mi Espíritu, sí, pero lo quieren en el modo que a ellos les agrada y cuando a ellos les parece, y de este modo se vuelven inhábiles para recibirlo. Algunos otros, que están más cercanos a mí, ponen otro impedimento que no me desagrada menos que los otros, y éste es la maldita tibieza, porque les parece que me sirven a mí, y no se dan cuenta de que se sirven a sí mismos. Y cuando les parece que han comenzado a servirme a mí es cuando están en un peligrosísimo estado, porque me sirven a mí con el conocimiento de ellos mismos. Y a estos tales les parece servirme como mérito para ser servidos. Pero no es así, porque quiero ser servido sin uno mismo, con sinceridad y humildad; y es preciso que esta humildad sea tal que hunda al alma hasta el centro de la tierra, porque mi Espíritu hace como la saeta que, descendiendo de lo alto, no se detiene nunca hasta que se posa abajo, en el centro de la tierra. Así mi Espíritu no se posa sino en aquella alma a la que encuentra en el centro de su propia nada, de manera que en los altos y mediocres no se detiene, sino que les pasa de largo.

ALMA: Pero, oh amoroso Verbo, ahora quisiera saber lo que debo hacer contra estos impedimentos, porque ¿qué me aprovecharía haberlos entendido, si no conociese el remedio?

VERBO: Amantísima esposa mía, sábete que contra el primer impedimento, que es la malicia, debes adoptar una intención sencilla. Y ya que no puedes imprimir dicha intención en los corazones malignos, la acogerás toda en ti, y debido a ella sentirás una pena intolerable; pero será pena aumentativa y no aflictiva, por ser sin pasión, pues si fuese por pasión sería aflictiva. Y ofreciéndome después dicha pena a mí, unida a la mía, hará como el viento que hace menguar las nubes. Con este tu deseo y pena menguará la malicia del corazón de mis criaturas.

Contra el propio querer adoptarás una voluntad muerta, hasta el punto de que no me quiera ni a mí mismo siquiera, sino en tanto en cuanto es mi voluntad. Y esta tu voluntad muerta la ofrecerás en unión con la resignación que yo mostré orando al Padre en el huerto, y con esta resignación vendrás a hacer como el hortelano que arranca las malas hierbas de su huerto para que no impidan a las buenas. Así tú, al ofrecer esa resignación tuya en unión con la mía, vendrás a arrancar algo las malas hierbas de los corazones de las criaturas plantadas en el jardín de la santa Iglesia.

Para el propio saber, destrucción de la virtud y quererme servir a su modo, tomarás un no querer nada, un no entender nada y un no saber

nada a tu modo. Y en unión de ese deseo que yo tenía de que el Padre fuese honrado, me lo ofrecerás; y de este modo vendrás a ablandar los corazones de mis criaturas, que, así ablandados y removidos, vendrán a volverse aptos para recibir mi Espíritu. Contra la tibieza, que con tan falso juicio hace que al alma que se sirve a sí misma le parezca que me sirve a mí, yo te digo, hija, que como se conozca que se me sirve, en ese instante se deja de servirme. Por eso contra esta maldita tibieza tomarás el ardor de la caridad, la cual me ofrecerás igualmente en unión con aquella amorosa caridad con la cual os dejé a mí mismo. Y esta caridad ofrecida de nuevo hará a modo de fuego que, descendiendo a sus corazones, abrasará la tibieza.

TOMMASO CAMPANELLA

Nació en Stilo (Calabria) en 1568. Ya docto, ingresó en la orden dominicana a los quince años. Estudió filosofía en Cosenza, defendió a Telesio contra los aristotélicos. De vuelta a Stilo, tras haber viajado por Italia, fue detenido en 1599 por sospechas políticas. Permaneció encarcelado en diversos lugares hasta 1628, después consiguió alcanzar el favor del papa, pero en 1634 temió por su vida y, ayudado por el embajador francés en Roma, se refugió en Francia, donde fue acogido por Richelieu. Murió en 1639.

Las obras que contienen rasgos místicos son: *Magia y gracia*; *De sancta monotriade*; *Cristologia*; *De gratia gratum faciente*, editadas por Romano Amerio; extractos de los *Libros teológicos*; *La práctica del éxtasis filosófico*.

De «La práctica del éxtasis filosófico»

[Cod. Magliabech., VIII, 6] Es preciso elegir un lugar en el cual no se oiga estrépito en modo alguno, en la oscuridad o a la débil luz de una pequeña lámpara situada tan detrás que no hiera los ojos, o con los ojos cerrados. En un tiempo tranquilo y cuando el hombre se sienta despojado de toda pasión, tanto del cuerpo, como del ánimo. En cuanto al cuerpo, que no sienta ni frío ni calor, no sienta en parte alguna dolor, la cabeza despejada de catarro, de vapores de alimentos y de cualquier otro humor; que el cuerpo no esté pesado por la comida y no tenga apetito ni de co-

mer, ni de beber, ni de limpiarse, ni de ninguna otra cosa; esté colocado de la manera más cómoda... el ánimo esté despojado hasta de la más mínima pasión o pensamiento, no esté ocupado por la tristeza, el dolor, la alegría, el temor ni la esperanza, ni por pensamientos amorosos, de cuidados familiares ni de cosas propias ni ajenas; ni por la memoria de cosas pasadas o de objetos presentes; sino que, una vez acomodado el cuerpo como antes, debe ponerse allí y echar de la mente sucesivamente todos los pensamientos que le comienzan a pasar por la cabeza, y cuando viene uno, echarlo inmediatamente, y cuando viene otro, echarlo también inmediatamente, hasta que, no viniendo más, no se piense en nada en absoluto; entonces se vuelve del todo insensible interior y exteriormente, y se queda inmóvil como si fuese una planta o una piedra natural.

GIAMBATTISTA MARINO

En su introducción a las *Arengas sacras*, Giovanni Pozzi escribe: «Apenas se traspasa el umbral de la desmesurada galería de emblemas, caprichos conceptistas, máquinas metafóricas, volutas sintácticas e indicaciones de empresa que son las *Arengas sacras*, ¿cómo no repetirá el lector actual, prisionero de un bautismo cultural que impuso el *abrenuntio* a las pompas de este mundo, un gesto casi ritual de repulsa?, ¿o qué condescendencia le aconsejará no desistir al incauto que quiera intentar la entrada en un Edén tan insoportable? Tal me parece que es el clima psicológico en el cual empieza la exploración de este lugar, no diré ignoto, pero sí de mala fama, de nuestra literatura».[16] Otras prevenciones suscitará la idea de Marino como escritor de cuestiones místicas, en las cuales se manifiesta discípulo de Giorgio Veneto y de Panigarola. Nacido el 18 de octubre de 1569 en Nápoles, fue protegido del cardenal Aldobrandini, al que acompañó a Rávena y después a Turín, donde obtuvo el favor de Carlo Emanuele I. Consiguió librarse de persecuciones de envidiosos junto a María de Médicis, en París, en 1616. Murió en Nápoles el 25 de marzo de 1625.

16. Véase G. Marino, *Dicerie Sacre e La strage degli innocenti*, edición a cargo de G. Pozzi, Turín, Einaudi, 1960, pág. 13.

De «Arengas sacras»

La música. Arenga segunda sobre las siete palabras pronunciadas por Cristo en la cruz

[II, 1] Consonancia verdaderamente maravillosa es ésta que en los elementos se encuentra; no hay sonido ni canto más poderoso que sus números, medidas y proporciones para mover los humanos afectos.

El número cuaternario (como enseña Hierocles) es la raíz y el principio de todos los números, pues el incremento de uno a otro lleva a cabo el diez, número más allá del cual ninguna región (según el Filósofo), ningún idioma ha pasado jamás, sino que todos, en llegando en su cuenta hasta el diez, vuelven a empezar con el uno. Tal armonía muy bien se puede comprender desde la mutua conveniencia y correspondencia existente entre estos elementos y los mismos cuatro modos musicales, pues el agua con el dorio, el fuego con el frigio, el aire con el lidio y la tierra con el mixolidio consuenan. Se comprende también desde sus bases y sus ángulos: pues, al existir entre el fuego y el aire proporción doble en las bases y sesquiáltera[17] en los ángulos sólidos, y, además de eso, doble en los planos, de ahí nace la doble armonía del diapasón y del diapente. Entre el aire y el agua se da en las bases la proporción doble sesquiáltera, con lo cual se forma el diapasón, el diapente y el diatesarón; la doble en los ángulos, de manera que otra vez aparece el diapasón. Entre el agua y la tierra se da en las bases la proporción triple sesquitercia,[18] de donde surge el diapasón, el diapente y el diatesarón; en los ángulos la doble, y así se constituye el diapasón. No obstante, entre el fuego y el agua y entre el agua y la tierra parece que falta en cierto modo la consonancia, pues entre estos elementos se da repugnancia de cualidades en todo contrarias y enemigas. Más. Otra conveniencia además de ésta encontraron en el número cuaternario los académicos, procediendo hasta la cuádruple proporción, hasta la cual las musicales razones se extienden, porque pasar más allá parece que ofende nuestros oídos. El fuego es el doble más sutil que el aire, el triple más móvil que el agua y el doble más agudo. El agua es el doble más aguda que la tierra, el triple más sutil, el cuádruple más móvil. Y aunque el fuego sea agudo, sutil y móvil, el aire sutil, móvil y obtuso, el agua móvil, obtusa y corpórea, la tierra obtusa, corpórea e inmó-

17. La proporción sesquiáltera corresponde a la relación 3 a 2.
18. La proporción triple corresponde a la de 3 a 1; la sesquitercia, a la de 4 a 3.

vil, entre ellos, no obstante, existe la misma e igual proporción. Pues entre el fuego y la tierra con tal ley el aire y el agua se interponen, que de la manera que se porta el fuego con el aire, así el aire se porta con el agua y el agua con la tierra. Y como la tierra se porta con el agua, así se porta el agua con el aire y el aire con el fuego, en contrariedad conveniente y consonante. Pero, para esclarecer con alguna facilidad las tinieblas de mi razonamiento, digo que cada uno de los elementos retiene para sí una cualidad, y con la otra, que es su medio, al siguiente y al próximo, como con un buen nudo, se anuda. El agua es húmeda y fría: lo húmedo retiene como propio y en la frialdad participa con la tierra. La tierra es fría y seca: la frialdad es propiamente suya, con la cual al agua se pega, en lo seco se iguala al fuego. Por lo cual, lo mismo que la tierra se comunica en la frialdad con el agua, así igualmente con el fuego en la sequedad se une: y éste su calidez comparte con el aire, el cual en la humedad con el agua se entremezcla. Y ahí tenemos los alternos y recíprocos anillos de esa diamantina cadena, que desde el primer Ente independiente con larga y recta serie hasta aquí abajo pendiendo, el universo entero estrecha y abraza. Y ésta (según los pitagóricos) es la armonía de los elementos, con tanta consonancia admirablemente compuestos, que no es maravilla si tanto en los lugares mixtos, como en los propios de ellos, con tanta paz y tan suave quietud descansan. Por lo cual Boecio, de los pitagóricos imitador, dice:

> Tu numeris elementa ligas ut frigora flammis,
> arida conveniant liquidis ne purior ignis
> evolet, aut mersas deducant pondere terras.

No se puede (a mi parecer) aducir otra razón mejor a esa duda, de por qué el agua la tierra no anega, siéndole superior, sino que no quiere apartarse de su consonancia ni abandonar la regla de su orden, ni romper la ley de esa armonía con la cual el sumo Artífice perfectamente la ligó y con la cual ella pacíficamente se contenta...

El hombre, por ser obra absolutísima e imagen bellísima de Dios, se puede denominar mundo menor. He dicho mal: mejor habría hablado si hubiese dicho mundo mayor en cuanto a la excelencia y nobleza, pues con mucho más perfecto componimiento, con más grata armonía y con más sublime dignidad, los números todos, las medidas, los pesos, los movimientos, las cualidades y cuantas otras cosas componen el mundo mayor, contiene y sostiene en sí. Todas ellas, más allá de la común consonancia que en los demás compuestos tienen, en él como en supremo artificio una clase

suprema alcanzan, y, a guisa del gran mapa universal de un docto geógrafo reducido a estrecha tabla, o como la minúscula y artificiosa bola por el Arquímedes más sutil elaborada a ejemplo de las inmensas esferas, en él se ve epilogado un breve compendio del universo. Así dijo Filón: «Produxit Deus hominem de limo terrae, et dedit ei virtutem continendi omnia». Y el Trismegisto: «Homo est quodam omne et quodam totum in omni».[19] Y Cristo mismo: «Ite et praedicate Evangelium omni creaturae» (Mc 16,15). Y a decir verdad, ¿qué tiene el hombre que no se encuentre en el mundo?, ¿o qué tiene el mundo que en el hombre no se recoja? ¿Queréis los elementos? Ahí están los sentidos exteriores. El ojo responde al fuego, el oído conviene con el aire, el tacto se adecua a la tierra, y con el agua el gusto y el olfato se encuentran. ¿Queréis las piedras? Ahí están los huesos, que precisamente huesos del cuerpo mundano fueron llamadas las piedras por Empédocles. ¿Queréis los metales? Ahí están los humores, que habitan en el cuerpo humano, lo mismo que los minerales en las entrañas de la tierra. ¿Queréis las plantas? Ahí están la sangre y la carne que, merced a la virtud vegetativa de los espíritus vitales, reciben sustento y acrecimiento. ¿Queréis las hierbas y las flores? Ahí están los pelos y los cabellos. ¿Las fuentes? Ahí están las venas. ¿Las estrellas? Ahí están las pupilas. ¿La Luna? Ahí está el vientre. ¿El Sol? Ahí está el corazón, cuyo movimiento, correspondiente al movimiento del Sol, por las arterias difundido a todo el cuerpo, señala al hombre con certísima regla los años, los meses, los días y los momentos. Los movimientos de los demás miembros humanos también se acuerdan con los movimientos de los otros cielos. Y ellos especialmente, pues se ha llegado a saber que el hombre tiene cierto nervio en la [nu]ca que, al tirar de él, tira de todos los demás miembros, de manera que cada uno se mueve según su propio movimiento, como a imitación del modo en que el soberano Motor mueve los miembros del mundo mayor. Y resulta que, si el Arquetipo responde al angélico, el angélico al celeste, el celeste al elemental, el elemental responde también al microcosmos; y si el Padre responde a la primera Jerarquía, el Hijo a la tercera, el Espíritu Santo a la intermedia; y si los serafines responden al primer móvil, los querubines a las estrellas, los tronos a Saturno, las dominaciones a Júpiter, los principados a Marte, las potestades al Sol, las virtudes a Venus, los arcángeles a Mercurio, los ángeles a la Luna; y si la Luna responde a la Tierra, Mercurio con Saturno al agua, Venus con Júpiter al

19. *Corpus hermeticum*, XIII, 2.

aire, el Sol con Marte al fuego, también el hombre con sus cualidades corresponde a los mentados elementos no sin armónica simetría. No me faltaría modo, además de eso, de demostrar cómo todas las condiciones de ese mundo grande se dan citan una por una en este pequeño. Y diría que, si aquél fue creado sin materia de Dios, también éste recibe el ser de la nada. Si en aquél las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, también éste en su nacimiento tiene los ojos cerrados. Si en aquél fueron hechos los dos luminares mayores, también éste comienza entre los pañales a abrir los ojos. Si en aquél la tierra concibió las semillas que la hacen germinar, también éste toma la leche de la nodriza y cobra poco a poco fuerzas. Si en aquél Adán aprendió de Dios a nominar a los animales según el ser de éstos, también éste aprende de la ama de cría a balbucir los nombres de las cosas. Si en aquél le fue dada al hombre la virtud de crecer y multiplicarse, y la potestad de sustentarse de la fruta del paraíso, también éste se aveza poco a poco a dar sus pasos y a gustar los diversos sabores de los alimentos. Si en aquél nuestros primeros padres se precipitaron pronto en el pecado, también éste mientras es niño tropieza al menor empujón. Y añadiría además que la primera sencillez de aquél responde a la niñez de éste, la multiplicación a la adolescencia, el progreso a la juventud, el vigor a la virilidad, la decadencia a la vejez, la miseria a la decrepitud y, por último, el juicio final a la muerte. Y agregaría además que, lo mismo que aquél verdea en primavera, arde en verano, fructifica en otoño, se hiela en invierno, así éste bromea de niño, hierve de mozo, engendra de adulto, encanece entrado en años. Y podría además concluir que, si aquél alguna vez vacila, éste tiembla; si aquél llueve, éste llora; si aquél ventea, éste suspira; si aquél relampaguea, éste ríe; si aquél truena, éste amenaza; si aquél lanza rayos, éste hiere; si aquél se serena, éste se aplaca; y cientos y miles de otras antítesis.

Pero otro concepto me aparta de estos pensamientos llamándome a especulaciones más delicadas. De alma y de cuerpo (esto es clarísimo) está compuesto el individuo humano. Una y otro son como dos instrumentos musicales construidos para gloria del Creador; y al parecer con esta idea coincidía el Profeta cuando decía: «Exurge psalterium et cithara» (Sal 108,3), queriendo acaso significar con la cítara el cuerpo humano y con el salterio el alma.[20]

20. La primera fuente de esta idea, añade Pozzi, es san Basilio, *Homilia in Psalmum* XXXII, 2 (véase Marino, *Dicerie Sacre*, *op. cit.*, sobre ese texto).

Al alma (si queremos comenzar por ella), según advierten Platón y los platónicos, se ajusta y adecua naturalmente la música, por ser ésta (según ellos), entre las cosas, centro y principio del movimiento orbicularmente voluble. Pues la armonía, a través de la naturaleza aérea puesta en el movimiento, mueve el cuerpo: por el aire purificado estimula el espíritu aéreo y el ligamiento del cuerpo y del alma; por el afecto atrae el sentido y el ánimo a la vez; por el significado opera en la mente; y, finalmente, por el movimiento del aire sutil penetra de forma eficaz, por la contemplación roza suavemente, por la conforme cualidad con maravilloso deleite seduce, y por la naturaleza, tanto espiritual como material, todo entero arrebata y señorea al hombre. ¡Oh, qué admirable salterio! Por eso el mismo Platón dice que el alma humana, nacida de la armonía del eterno Músico, toca también ella con musical razón la cítara celeste, como la que por musicales números está constituida: números, sin embargo, que no son accidentes matemáticos (como afirman algunos necios calumniadores), sino ideales y metafísicas razones. Y, lo mismo que la consonancia del cuerpo consiste en la debida medida y proporción de los miembros y de los humores, así la consonancia del alma consiste en el debido y bien dispuesto temperamento de sus virtudes y operaciones, que son la concupiscible, la irascible y la racional. Pues de la razón a la concupiscencia existe la proporción del diapasón; a la ira, la del diatesarón; y de la ira a la concupiscencia existe la del diapente. ¡Oh, qué admirable salterio! Pero para bien investigar esta poco conocida armonía del alma, y por los sabios en cierto modo oscuramente representada, nos conviene procurárnosla de los cuerpos celestes, como de medios poderosísimos. Porque, si es verdad la sentencia peripatética: «Oportet haec inferiora superioribus relationibus esse contigua», sabiendo qué facultad del alma responde a cuál de los planetas, las armonías que entre ésta y aquéllos estableció el Hacedor fácilmente conoceremos. A la Luna responde la virtud vegetativa, la fantástica a Mercurio, la concupiscible a Venus, la vital al Sol, la impulsiva a Marte, a Júpiter la natural, a Saturno la receptiva, y finalmente (lo que es sumo) la voluntad, gobernadora a su antojo de las otras fuerzas y potencias, al primer móvil. Esta, unida con el soberano entendimiento divino, siempre al bien se endereza y mueve; el divino entendimiento, como hace la luz al ojo, le descubre el buen camino; no es que la fuerce en absoluto, sino que la deja libre, de su arbitrio y de sus operaciones señora. Mas la verdad es que, aun cuando se vuelve siempre al bien, como a objeto a ella adecuado y proporcionado, a veces sucede, no obstante, que, ciega por el error e impelida por la fuerza animal, elige

el mal, enmascarado bajo imagen de bien. La gracia, pues, o, si queremos decir con los teólogos, la caridad infusa, está en la voluntad en lugar del primer Motor, sin el cual toda la armonía de ella se torna disonancia. Corresponde también el alma a la tierra en el sentido, al agua en la imaginación, al fuego por el movimiento, al aire por la razón, al cielo por el entendimiento. Y ahí tenemos que ella por su parte se acuerda perfectamente con la armonía de los elementos y de las esferas. ¡Oh, qué admirable salterio! Pero, ¿qué digo? Los hábitos mismos de las potencias de esta alma, y especialmente los de la intelectiva —me refiero a todas las disciplinas liberales—, ni sin el estudio de la música se adquieren, ni sin la amistad de la música se conservan. Arquitas y Aristoxeno dijeron que a la música estaba sujeta la gramática; luego Eupoles fue maestro, tanto de música, como de letras, todo a la vez; y Aristófanes escribió sobre ello un libro particular, donde demostró que de este modo se debían enseñar los primeros preceptos a los niños...

De la misma manera, los elementos, las cualidades, las complexiones y los humores están también con bella trabazón proporcionados. Pues al hombre sano y bien formado se le asignan ocho pesos de sangre, cuatro de flema, dos de cólera, uno de melancolía, por lo cual entre todos por orden viene a ser la doble proporción del primero al tercero, y del segundo al cuarto la cuádruple. Y todos estos humores convienen también óptimamente con la música, porque el dorio es atribuido a la flema, el frigio a la cólera, el lidio a la sangre, el mixolidio a la melancolía. Me faltarían el tiempo, el entendimiento y la entereza, no sin reproche, quizás, de saciedad, si todas las proporciones del cuerpo humano quisiese pasar a contar minuciosamente, ya que algunas de ellas, más allá de las patentes, se tienen sumamente ocultas en lo profundo de las venas, de los nervios y de las vísceras íntimas, proporciones que ningún ingenio contemplando, ninguna lengua narrando, ninguna mano investigando —ni siquiera la de los anatomistas, cuya cruel diligencia espía sutilmente hasta el mínimo secreto de los cadáveres—, ha sabido encontrar aún. ¡Oh, que cítara admirable!, ¡oh, qué admirable salterio!, ¡oh, qué siringa sonora y que canta a Dios! Verdad es que, aun cuando en la composición y disposición del hombre nada hay de discorde o de disonante —antes bien todas sus partes (como se ha dicho) a guisa de cuerdas de una cítara con recíproca melodía convienen entre sí—, no obstante, entre todas las que hemos distinguido, alguna hay que, más apta que las demás para la armonía, está particularmente destinada a la música sensible, y ésta es la boca, de la que en la segunda parte trataremos ampliamente.

Restaría ahora (Serenísimo Señor), que yo de la sublimidad de estos mundos superiores a la profundidad del ínfimo mundo cayera a plomo y, según el consejo del Profeta que dice: «Descendant in infernum viventes» (Sal 55,16), abajando hasta allí mi razonamiento, demostrase cómo ni aun entre los aullidos de los lamentos y las sacudidas de las cadenas carece de armonía el desconcierto, y cómo de la música se complace también el infierno mismo. ¿Y quién no sabe que quizás a esto se refería la antigua fábula de aquellos que imaginaron que, por el plectro de Tracia enternecido Plutón, apiadadas las Furias y dulcificadas todas las infernales sombras, los habituales oficios dejados suspensos e interrumpidos, entre las graves penas de sus sempiternos flagelos respiraron? Lo cual, por más que parezca extraño a quien ha leído las palabras de Cristo: «Ibi erit fletus et stridor dentium» (Mt 8,12; 13,42; 22,13; 24,51; 25,30; Lc 13,28), y aquellas otras de Job: «Nullus ordo sed sempiternus horror inhabitat» (Jb 10,22), no obstante, a quien considera estas otras de Salomón: «Gyrum Coeli circuivi sola et in profundum abyssi penetravi» (Si 24,8) le será fácil persuadirse de que también el infierno es en sus desórdenes ordenado, y que el tormento de las almas malvadas, al cumplir las leyes de la divina justicia, es también instrumento necesario para la concordia universal del universo.

[II, 2] Se dice corrientemente que Orfeo con el canto y con su música animó a los argonautas a continuar el viaje emprendido, después de que se separó de la orilla el leño, en el cual también él navegaba. Y cantando y tocando nos exhorta Cristo a todos, que en la nave de su Iglesia somos agitados por las aguas de este mundo, a atender al timón, pero a la vez también a manejar el remo y a no dejar la boga. Y ésta precisamente es la costumbre habitual del maestro de capilla, el cual suele atraer a los principiantes el oído cuando cantan, para que no desafinen, y darles además de eso las reglas de la música en la mano, en las que todas las claves se contienen. Poco aprovecha al cristiano escuchar los divinos mandamientos con el oído de la fe, «fides ex auditu» (Rm 10,17), si no cumple también con las obras de la caridad, poniendo en práctica lo que cree, «fides sine operibus mortua est» (St 2,26), porque en este único punto consisten todos los preceptos de nuestra música: «In his duobus mandatis universa lex pendet» (Mt 22,40). Enseñanza perfectamente practicada por Cristo, el cual comenzó antes a hacer que a enseñar y, habiendo predicado a los demás la paciencia, la asume en sí mismo y padece tanto, que no perdona su propia vida: «Factus oboediens usque ad mortem» (Flp 2,8). Esta paciencia es aquel manso delfín que lleva sobre su espalda a nuestro divino Arión, y por el cual él, tocando y cantando, es con-

ducido a la orilla de este proceloso piélago de dolores, donde la crueldad de los hombres lo ha arrojado: «Veni in altitudinem maris et tempestas demersit me» (Sal 69,3). Entre las demás leyes que se proponían a quienes antiguamente solían cantar y tocar en los teatros, estaban éstas: «Ne fessus resideret, ne sudorem nisi ea, quam indutui gerebat, veste abstergeret».[21] Pero, ¿cuánto más sufriente es la constancia del músico del cielo, el cual tras sus sangrientos sudores es secado, sí, pero para mayor tormento con una vestidura de púrpura?, ¿que tras su larga laxitud se sienta, sí, pero para mayor fatiga sobre un tosco tronco? Cuentan las fábulas que la primera cuerda de la cítara de Apolo una vez se querelló con él, doliéndose de que, con ser ella entre todas las demás la más sutil y más débil, era no obstante la más pulsada y más a menudo apesadumbrada. A lo que él le respondió que así era conveniente para la perfección de la armonía. Pero, aun cuando el cuerpo de nuestro Señor, delicado y gentil sobre cuantos formó nunca Naturaleza, sea más atormentado y afligido que cuantos fueron nunca atormentados por tiranos, no obstante no se queja ni se lamenta en absoluto, para no estropear su música. Es despojado de sus propias vestiduras y no se duele; es entretejido por agudísimas espinas y no se mueve; es golpeado con durísimas varas, y no se tuerce; es traspasado por punzantísimos clavos y no se queja: «Tamquam ovis coram tondente non aperuit os suum» (Is 53,7).[22] Celebre la fabulosa lengua de Marón al gran Museo, diciendo que éste, por las amenísimas sombras de los jardines Elíseos paseando, con la dulzura de sus cuerdas enternecía los oídos y colmaba de alegría a las almas bienaventuradas. Yo a ningún otro debo ni quiero magnificar con verdad sino a ti, oh mi Señor, cuya música (aun cuando triste y dolorosa) lleva consigo la felicidad eterna, y de la cual rara y nueva armonía aprenden, no sólo las musas de los cielos, sino las sirenas del paraíso...

Está escrito que Mercurio, por la vanidad de las gentes creído Dios de los hurtos y de las mentiras, adormeciendo a Argos con el sonido de su gaita, lo mató. Pero mucho más sagaz es el fraude de nuestro infernal adversario, que para matar al alma y arrebatarle la gracia, llega a encapricharla con deleites insidiosos y falaces, por lo cual, si ella cautamente no vigila, apagadas todas las luces de la razón, cae de su engañador mísera presa. Oh, no puedan en nosotros tanto las lisonjas de estas falsas y seductoras sirenas, que sólo tienen el rostro de mujer, pero en el extremo acaban en pez, muestran sólo una placentera apariencia de dulzura, pero son nues-

21. Tácito, *Annales*, XVI, 4.
22. La cita, hecha de memoria, es ligeramente inexacta.

tras homicidas y enemigas: sirenas infames y perversas, no cantarinas, sino encantadoras, ya tan temidas y abominadas por Isaías: «Respondebunt ululae in aedibus eius, et Syrenes in delubris voluptatis» (Is 13,22). Que tres fueron las sirenas del mar, Parténope, Ligia y Leucosia, es fábula de sobra conocida. Y que tres son las sirenas del infierno: mundo, carne y demonio, es verdad más clara aún. Que aquellas sirenas fueron superadas y desplumadas por las musas, sigue siendo ficción poética. Pero que estas sirenas son por los hombres sabios peladas y vencidas es cosa que, en efecto, a menudo y fácilmente sucede. Las musas, de las cuales la música saca el nombre, fueron estimadas hijas de Júpiter y de la Memoria, y por eso son símbolo de los hombres justos y sabios, sólo de Dios amantes y de los divinos beneficios recordadores. Imitemos, pues, la agudeza de Ulises, que, para no oír a las sirenas, encerándose las orejas se hizo atar al mástil de la nave. Enséñenos la cristiana prudencia a cerrar el paso a sus halagos, y, mientras se surca este infido Egeo de las sensualidades mundanas, abracemos y estrechemos ese bendito tronco de la cruz. Allí, ¡oh, qué melodía más sonora reconfortará nuestros ánimos!

¿Qué son esas santas llagas, sino otras tantas canoras bocas que a todas horas nos invitan y llaman a penitencia? Pero especialmente de los labios de ese costado abierto, ¿qué palabras se oyen salir que hacen a los demás desbordar de ternura? «Vox cantantis in fenestra» (So 2,14). Esta es la ventana a la que el buen padre Noé se asomó para ver si había cesado el diluvio; ésta es la ventana donde David admiraba a la bella Betsabé; ésta es la ventana donde la celeste esposa festejaba a su carísimo esposo: «Respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos» (Ct 2,9). Y ésta es también la ventana donde nuestro divino Amante nos canta sus sacras y amorosas canciones. Pero, ay, oíd lo que añade el Profeta: «Corvus in superliminari» (So 2,14). En este mismo balcón donde está nuestra pura paloma cantando y gimiendo, ronda también el negro y feo cuervo del pecado, el cual, crascitando y graznando, ensordece con sus importunas voces a nuestra alma y la del buen concierto: impedimento de grandísima importancia. No se puede negar, ciertamente, que en este trastorno la sugestión del enemigo puede mucho. Pero conviene por otro lado confesar (y ésta es la segunda causa) que nuestro consentimiento depravado por el uso y habituado al mal tiene también en ello alguna parte. ¿Cuántas veces, arrebatado por la dulzura de una música que se hace de noche bajo las ventanas, se levanta quien dormita del lecho donde yace y corre a escucharla, pero luego, acabado el canto, vuelve de nuevo a acomodarse sobre las plumas? Y ¡ay!, cuántas veces el perezoso pecador, atraído por la oculta fuerza de la divina

palabra, se sacude el sueño de los vicios, y mientras dura la viva voz del orador, se enternece, contempla, suspira, llora la pasión del Rey del cielo; pero, pasado ese breve tiempo, va a recaer en el primer letargo y regresa de nuevo al viejo hábito: «Et eris quasi carmen musicum quod suavi dulcique sono canitur: et audient verba tua et non facient ea» (Ez 33,32). Ahora bien, ¿no resulta lo mejor, más bien, como un eco consonante responder de manera concordable a esta bella armonía? Sí, atengámonos al consejo del profeta Isaías, el cual nos indica el modo en que debemos ejercitarnos en esta sinfonía: «Sume cytharam, circue civitatem meretrix oblivioni tradita, cane, bene cane, frequenta canticum» (Is 23,16). Alma pecadora, pecadora desagradecida, que de tantas gracias de tu benefactor recibidas te has olvidado, *mulier oblivioni tradita*, deja ya de tocar esos instrumentos diabólicos que te hacen desagradable al cielo. No más músicas vanas, no más deleites temporales. Cantó la fabulosa Grecia que Minerva, reflejándose un día en una límpida fontana mientras tocaba la fístula y viéndose en ese acto desmesuradamente hinchada la mejilla, sintió tanta confusión de sí misma, que hizo la fístula pedazos. Mira, oh alma, dentro de la viva fuente de esa sangre pura, o en el espejo de la propia cognición, y verás cuán fea y deforme te hace la gaita que te da a tocar el Diablo. Si eres prudente, avergüénzate; si quieres agradar a tu verdadero Amante, rómpela, porque por Dios son abominados semejantes sonidos: «Cantica lyrae tuae non audiam» (Am 5,23). «Sonus cythararum tuarum non audietur» (Ez 26,13). Vuélvete más bien a la siringa de Cristo, y toma en la mano su cítara, «sume tibi cytharam», porque «cythara et lyra dulcem faciunt melodiam» (Si 40,21 y 47,9). Cítara sea la cruz de Cristo, lira sea tu voluntad: ¡oh, qué dulce sonido harán en los oídos divinos estos dos instrumentos concordes! No se pueden acordar bien entre sí el instrumento de Dios y el de Satanás. La cuerda del Cordero y la del Lobo en un mismo laúd unidas se ha visto y comprobado que no hacen buena consonancia, porque tienen disonantes entre sí los primeros fundamentos, «non potest Deo servire et Mammona» (Mt 6,24). Por tanto, «sume cytharam, circue civitatem» (Is 23,16).

[II, 3] Es también proporcionada con la ley evangélica [la música divina de la vida de Cristo], puesto que todas las demás acciones de su vida estuvieron encaminadas a este acto extremo de morir en la cruz; y como otras tantas líneas tiradas de la periferia al centro, no tocaron otro punto, ni tendieron a otra mira, que a esta obra final. Por lo cual se ve que la conclusión final a cada una de las premisas de forma concordable responde: responde a la encarnación, porque allí un ángel desciende para anunciar

a la Virgen, y aquí un ángel desciende para confortar a Cristo; responde a la natividad, porque allí aparece un Sol geminado en Oriente, y aquí el Sol se pone a mediodía; responde a la circuncisión, porque allí comienza a derramar la sangre, y aquí acaba de derramarla toda; responde a la adoración, porque allí una nueva estrella mueve a los magos orientales, y aquí un prodigioso eclipse convierte a Dionisio el Areopagita; responde a la disputa, porque allí confunde a los doctores, y aquí es saludado como rabino; responde a la transfiguración, porque allí escoge a Pedro, Santiago y Juan, y aquí lleva aparte a los mismos apóstoles; responde a la predicación, porque allí atrae a los pecadores a penitencia, y aquí convierte al ladrón y al centurión; responde finalmente a los milagros, porque si allí muda el agua en vino, aquí muda el vino en sangre; si allí multiplica el pan, aquí transustancia el pan; si allí se esconde de las turbas que lo quieren lapidar, aquí les hace con una sola palabra caer hacia atrás; si allí devuelve la salud a los enfermos, aquí cura la oreja a Malco; si allí ilumina a los ciegos, aquí restituye la luz a Longinos; si allí resucita a los muertos, aquí hace que se abran los sepulcros y resurjan muchos Padres. ¡Oh proporciones estupendas! Y ahí tenemos cómo en la divina música de Cristo la música mundana no falta.

Pero, por divina sea, la música humana se encierra igualmente en ella, porque no contiene sino controversias, contrariedades y contradicciones. «Hic positus est in signum cui contradicetur» (Lc 2,34), dijo Simeón. «Recogitate eum qui talem a peccatoribus adversum semetipsum sustinuit contradictionem» (Hb 12,3), dijo Pablo. ¿Y cuántas contradicciones, Dios bueno? Que quien liga el mundo con las ligaduras de los elementos sea ligado con cuerdas; que quien corona el Sol de rayos, sea coronado de espinas; que quien viste los campos de flores, sea despojado de sus propias ropas; que quien cuelga la máquina del mundo sobre tres dedos, sea suspendido sobre tres clavos; que quien apacienta a los animales con tantos alimentos sea alimentado con hiel; que quien es fuente de agua viva, pida de beber; que quien derrama las lluvias desde el cielo, llueva sangre desde sus heridas.

¿Qué más? Que la altura se abaje, que la grandeza se humille, que la gloria se turbe, que la luz se ofusque, que la palabra enmudezca, que la eternidad se abrevie, que la infinidad se mida, que la bondad sea acusada, que la sabiduría sea traicionada, que la omnipotencia sea ofendida, que la majestad sea escarnecida, que la inocencia padezca, que la vida muera.

¿Qué más? Que el prisionero absuelva, que el injuriado glorifique, que el desnudo vista, que el pobre enriquezca, que el llagado sane, que el cru-

cificado exalte, que el abatido venza, que el derrotado triunfe, que el matado inmortalice.

¿Qué más? Que esta muerte sea justa en cuanto al decreto establecido por la Trinidad en el cielo; injusta en cuanto a la ejecución que de él lleva a cabo la Sinagoga en la tierra; amarga desde el dolor que lo aflige con tormentos incomparables; dulce desde el amor que le hace parecer las penas ligeras y suaves; fructuosa para los fieles y penitentes, que en virtud de esta sangre se lavan; estéril para los incrédulos y obstinados que pisotean tanto tesoro. Que allí se juntan: amor por parte de Cristo, odio por parte de Judea; malicia si miras al pecado que lo lleva a morir, bondad si consideras la prontitud con la que se expone a la muerte; infamia por lo que toca al tiempo, al lugar y al modo de su padecimiento, honor por lo que concierne al triunfo de su gloria y de la salvación del hombre.

¿Qué más? Contradicción en Cristo, porque desea padecer, y después teme y tiembla; ruega para que el cáliz sea alejado de él, y después lo bebe de buen grado. Contradicción en Judas, porque lo traiciona y después se arrepiente; se arrepiente y después se ahorca. Contradicción en Pedro, porque jura que lo seguirá hasta la muerte, y después tres veces con juramento reniega de él. Contradicción en los demás apóstoles, porque lo reconocen por verdadero Mesías, y después en la primera tribulación lo abandonan. Contradicción en Pilato, porque lo declara inocente y después lo condena a muerte. Contradicción en Caifás, porque le obliga a hablar y después se rasga las vestiduras. Contradicción en Herodes, porque se alegra de verlo y después lo desprecia. Contradicción en los testigos, porque son discordantes entre sí. Contradicción en los ladrones, porque uno lo maldice y el otro le suplica. Contradicción en el centurión, porque asiste al ministerio de su muerte y después lo adora. Contradicción en los judíos, porque lo ofenden y maltratan, y después «revertebantur percutientes pectora sua» (Lc 23,48). Arrebatado en espíritu a contemplar estas desproporciones y desigualdades tan nuevas y tan extrañas, Habacuc llama a la naturaleza, los cielos, la tierra, los pueblos, las criaturas todas, a maravillarse y a asombrarse: «Audite Coeli, et obstupescite, et admiramini omnes gentes». ¿Y qué espectáculo es éste tan grande, al que nos invita el Profeta? «Quia opus factum est in diebus vestris, quod non credetur cum narrabitur» (Ha 1,5). Como si quisiera decir: «Deja de maravillarte, oh filósofo, del movimiento de las esferas, del curso del Sol, de la inestabilidad de la Luna, de la influencia de las estrellas, del flujo y reflujo del mar, de la temperatura de los elementos, de la variedad de las estaciones, de los sentimientos y de las potencias del hombre, de los instintos de los animales,

de las virtudes de las plantas, de las hierbas y de las piedras, de la simpatía y antipatía de las cosas y de los demás secretos naturales; maravíllate de una extravagancia sobrenatural, de una discordancia concorde: el hijo de Dios viene a padecer, a morir; aquí no alcanza la humana filosofía, el entendimiento se ofusca, el discurso se pierde, la razón desfallece, la curiosidad queda confundida; doctrina que sólo se aprende en la cátedra de la cruz. Deja de maravillarte, oh judío, de que de la costilla de un hombre sea construida una mujer, de que una mujer se transforme en estatua de sal, de que un diluvio inunde toda la tierra, de que por una escalera paseen los ángeles, de que una zarza arda y no se consuma, de que una mano limpia se vuelva leprosa, de que un bastón se transforme en serpiente, de que en el cielo aparezcan columnas de fuego y de nube, de que el mar dividido te conceda el paso seco, de que enternecida la piedra te brote arroyos, de que pródigo el cielo te llueva el maná de muchos sabores, de que una vil quijada haga estragos en ejércitos, de que el Sol vuelva atrás diez grados, de que se detenga en la mayor velocidad de su curso, y de otras cien y mil cosas ocurridas en los siglos antiguos; un nuevo portento te propongo, maravilla nunca vista, misterio inaudito, prodigio admirable, paradoja increíble, disonancia sonora: gloria e ignominia, bienaventuranza y pasión, divinidad y cruz, inmortalidad y muerte». ¿Dónde se vieron nunca, o dónde se oyeron jamás tales discordancias y durezas?, ¿qué sutileza de ingenio penetró nunca un secreto así?, ¿quién llegó jamás a esta cognición?, ¿quién podrá nunca creer esta verdad? «Quis credit auditui nostro?» (Is 53,1; Jn 12,38; Rm 10,16). «Audite et obstupescite et admiramini» (Is 29,9; Ha 1,5). «Recogitate eum qui talem a peccatoribus adversum semetipsum sustinuit contradictionem» (Hb 12,3). Efectos todos imposibles para nuestra capacidad, pero hacederos para la divina Sabiduría, que los ha tenido en sí admirablemente escondidos, de manera que ni siquiera el Diablo, con toda su viva luz natural, supo llegar a comprenderlos plenamente, sino que se quedó siempre a medias a ese respecto: «Si enim cognovissent, numquam Dominum gloriae crucifixissent» (1 Co 2,8). Incluso los mismos discípulos más caros a Cristo, mientras que él clara y abiertamente les hablaba de ello: «Ecce ascendimus Hierosolimam, et filius hominis tradetur Principibus Sacerdotum et Scribis et condemnabunt eum morte et tradent eum gentibus ad illudendum et flagellandum et crucifigendum» (Mt 20,18-19), eran incapaces de llegar a entender el sonido de esta cuerda, que a sus oídos parecía discorde. Y por eso fue que Pedro mismo, su favorito, intentó varias veces y de varias maneras oponerse a la ejecución: primero cuando «coepit increpare eum» (Mc 8,32); después

cuando dijo: «Bonum est nos hic esse» (Mt 17,4); y finalmente cuando, desenvainada contra aquel sirviente la espada, «amputavit auriculam eius» (Mt 26,51; Mc 14,47; Lc 22,50; Jn 18,10). Por eso, según el mismo Pablo, el misterio de la cruz era estimado entre las gentes necedad: «Nos autem praedicamus Christum crucifixum, Iudaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam» (1 Co 1,23). Parecerá tontuna predicar al mundo estas contraposiciones, y sin embargo es verdad que tales repugnancias entre sí no repugnan, que las discrepancias son uniformes, que las contradicciones son pacíficas, e incluso se amontonan sólo para hacer el concepto más admirable y glorioso. Y ahí tenemos cómo en la música de Cristo de manera semejante concurre, no sólo la música mundana, sino también la humana, aun cuando de modo sobrehumano...

Ver a Satanás acudir al combate con Cristo en el gran aparato del mundo con tan bella aparición, coronado de trofeos, todo fastuoso y altanero por tantas presas que del paraíso había sacado consigo y que continuamente de la tierra al eterno precipicio arrastraba, ¡oh, qué hermoso espectáculo!, ¡oh, qué suntuosa ostentación hacía él de sí y de sus grandezas a la vista de los ángeles y los hombres!: «Non est potestas super terram quae comparetur ei» (Jb 41,25). Quien hubiese, por otra parte, visto a Cristo vestido de vileza, ceñido de miserias, saciado de oprobios, sucio de salivazos, manchado de sangre, traspasada la cabeza de punzadas, plagado el cuerpo de llagas, con cabellera arrancada, con la barba mesada, con frente inclinada, con boca amarga, con ojo lívido, con mejilla escuálida, desnudo, despreciado, escarnecido, burlado, golpeado, humillado, anonadado, no lo habría juzgado nunca por quien era, «non est ei species neque decor: vidimus eum et non erat aspectus» (Is 53,2). Viene el Diablo con un instrumento pomposo, y éste es la vanidad del mundo, cuyos trastes son la soberbia, cuyas clavijas son las riquezas, cuyas cuerdas son las lascivias, cuyos adornos son los deleites sensuales; seduce con insidias, lisonjea con halagos, promete riquezas, ofrece tesoros: «Ostendit ei omnia regna mundi et gloriam eorum» (Mt 4,8; Lc 4,5). Pompas, lujos, alegrías, entretenimientos, placeres, diversiones, todo ilusiones falaces y fantásticas apariencias de esplendor: «Transformat se in Angelum lucis». Viene Cristo al encuentro con cítara vil, y ésta es el leño de la cruz. «Si la queréis bicorne, ahí están las dos ramas, a una y otra parte. Si queréis las cuerdas, ahí están los nervios. Si queréis las clavijas, ahí están los clavos. Si la rosa, ahí está la apertura olorosa del costado». Pero dése la vuelta a la medalla y se verá la diferencia: el uno cubre entre las flores la red, entre los alimentos el veneno, en la miel el ajenjo, en la risa las lágrimas; el otro esconde bajo las espinas las ro-

sas, bajo la hiel el maná, bajo la ignominia la gloria, bajo los lamentos la música. Aquél promete consolaciones y da afanes, promete honores y da infamias, promete descansos y da fatigas; éste da imperios y muestra bajezas, da consuelos y muestra flagelos, da cantos y muestra llantos: «Iugum meum suave est et onus meum leve» (Mt 11,30). ¿Y qué pasa después? Aunque aquél, pavoneándose en el teatro del Universo, se atreve a hacerse competidor de éste y a rivalizar con él en el canto, queda ignominiosamente confuso, y a guisa de nuevo Marsias, superado por el verdadero Apolo, despojado de la propia piel, es decir, privado de todas sus fuerzas, deja su vida sobre ese árbol triunfal: «Ut qui per lignum vicit, in ligno quoque vinceretur». Olimpo (como cuenta Aristoxeno) fue el primero que cantó con la flauta sobre la sepultura de Pitón los funerales de aquella serpiente; y en la muerte de aquel monstruo horrible por él asaeteado, del cual se dice: «Draco magnus, Serpens antiquus» (Ap 12,9), canta y toca dulcísimamente Cristo. Y así es, finalmente, como, tanto la música instrumental, cuanto la humana y la mundana, quedan comprendidas todas en la música de Cristo.

Pero ciertamente, aun cuando todo el proceso de sus tormentos no es, en efecto, otra cosa que una música amorosa, no obstante, la música que en estos últimos acentos esparce él hoy sobre la cruz, parece que a todo el resto con mucho vence y supera en dulzura...

Decidme, ¿qué eco más bello que el que hoy Cristo nos hace oír? Fabuló la poesía griega que, además de Siringe, también Eco fue muy amada por Pan; y yo digo que a Cristo no sólo le agrada la armonía, sino que se complace también en hacerla resonar en nuestros oídos; que por eso decía quizás Juan: «Ego vox clamantis in deserto» (Jn 1,23). El eco (como ya he indicado) es voz desnuda que resuena en las grutas. Ahora bien, si es verdad que la voz es una expresión del concepto de la mente, ¿dónde se puede encontrar metáfora más bella que ésta para declarar parcialmente la generación del Verbo?; pues Verbo no quiere decir sino «palabra», y no es otra cosa sino una simplicísima nota del paterno entendimiento. Y lo mismo que la voz es el instrumento con el cual se manifiesta y publica el interno concepto del ánimo, así Cristo es el medio por el cual se nos comunica la paterna voluntad. Sólo que la voz y la palabra se separa y desune del hablante, pero el Verbo está siempre unido al Padre, y es todo uno con el Padre. Aquélla no lleva consigo la sustancia de aquel que habla, pero éste es consustancial a quien lo engendra. Aquélla a veces es falsa y mentirosa, pero éste es suma e infalible verdad. Aquélla, nada más formada, se desvanece, pero éste permanece eterno por todos los siglos. Omito que, como el eco a

los acentos ajenos con el mismo sonido responde, así corresponde el Verbo con sempiterno amor al amor del Padre, de lo cual resulta ese puro y santo aliento que Espíritu se llama. Y finalmente, si Eco habita en las concavidades de las peñas y en las profundidades de las grutas, ahí está la piedra ahuecada: «Petra autem erat Christus» (1 Co 10,4); ahí están las cuevas profundas: «In foraminibus petrae et in caverna maceriae» (Ct 2,14). Aquí, casi de continuo, por numerosas rendijas resuena el eco de esas dulcísimas voces. Y éstas son quizás las voces que oyó Juan salir del trono: «De trono procedebant fulgura, tonitrua et voces» (Ap 4,5). Truenos de dolor, relámpagos de amor y voces de armonía proceden del trono de la cruz de Cristo.

GIOVANNI BONA

Nació cerca de Mondovì el 10 de octubre de 1609, de familia noble. Se hizo monje en 1625, y en 1651 fue nombrado general de los cistercienses. Clemente IX lo creó cardenal el 29 de noviembre de 1669. Fue admirador de Malaval, el místico quietista marsellés; a un fondo platónico e intelectualista teñido de cierto quietismo, Bona añade minuciosos consejos sobre las *alas* de la oración (es decir, sobre el arte de lanzar breves plegarias a tono con los impulsos del alma), sobre el discernimiento del silbo de la serpiente infernal y de la voz del Esposo que habla en el silencio (calma, orden y discreción son los tres signos de la presencia del Espíritu bueno). Murió el 28 de octubre de 1674.

En 1678 se publicaron en París sus obras, que comprenden *De sacrificio Missae tractatus asceticus*; *Via compendii ad Deum per motus anagogicos et orationes jaculatorias*; *Manuductio ad coelum*; *Horologium asceticum*; *De discretione spirituum*.

De «Guía al cielo»

[II, 2] Escógete como guía a una persona que no adule; que no se entre en las reuniones tumultuosas; que no frecuente los banquetes de los ricos ni las casas de los poderosos; una persona que tenga de las cosas de la vida el conocimiento que el banquero tiene del dinero y que, lo mismo que éste puede decir: «Muéstrame cualquier moneda y yo te haré un juicio sobre ella», así pueda aquélla decir: «Muéstrame cualquier inclinación, y yo la definiré»; una persona que, cual médico experimentado, conozca las en-

fermedades más escondidas y prescriba los remedios necesarios para todas las dolencias del ánimo.

Que el director sepa, con diligente examen, conocer las disposiciones de cada espíritu, deslindar los vicios y las virtudes, adaptarse a la naturaleza de todos. Escrute con prudencia tus secretas pasiones y los ocultos pensamientos de tu mente, y, libre de todo afecto desordenado, no mire a otra cosa que a hacer ganancias espirituales; corrija con espíritu de mansedumbre a quien yerra; sepa descubrir y burlar las astucias y las estratagemas del demonio, y sea tal, que te inspire confianza para manifestarle tus males y abrirle lo íntimo de tu corazón. Si encuentras un director así, habrás encontrado parte de tu felicidad.

[VII, 10] Los hielos del invierno y los ardores del verano, efectos naturales del curso de las estaciones, no excitan tu ira; así, no debes dejarte provocar por las injurias de los malvados que obran según su naturaleza...

Fruto de la injuria es la indignación de quien la sufre. Las groserías se vuelven manifiestas si te ofendes; si, en cambio, las desprecias, desaparecen....

Más que perdonar la injuria, es signo de grandeza de ánimo el no darse cuenta de ella.

[VIII, 3] El perezoso quiere y no quiere; es siempre voluble e inconstante; es fastidioso para sí mismo y para los demás, e incuba su propio suplicio en el perpetuo hastío de sí. Es semejante a un trompo que gira, sí, pero no progresa; se mueve por los golpes, pero permanece siempre en el mismo lugar.

[IX, 1] El soberbio, odioso a Dios e intolerable para los hombres, pone todo su afán y diligencia en ganarse la alabanza y la estima. Se cree digno de cargos honoríficos y se complace muchísimo con estos pensamientos. Acomete con presunción obras superiores a sus fuerzas; se entromete espontáneamente en cualquier trabajo; descarado, se exalta a sí mismo y humilla a los demás; simula sagazmente ser modesto para que los demás no sospechen su ambición.

Si es destituido del cargo que ocupaba, ensordece al mundo con sus querellas, suscita rumores y discordias; es duro y altanero con los inferiores, mientras que con los superiores es adulador, más tímido que un conejo, más obediente que un perro.

Si está dotado de buenas cualidades, no atribuye su mérito y honor a Dios, como sería razonable, sino a sí mismo, con loca arrogancia.

Busca ansiosamente exhibirse en todas partes, y trata de las cosas más sublimes, ignotas para él, como si hubiese profundizado en ellas. Espía las obras ajenas con investigación llena de curiosidad, las juzga temerariamente, las censura injustamente, exagera sus defectos y disminuye sus méritos.

Es afectado en el hablar y en el porte, y desprecia a los demás...

Su corazón está siempre en borrasca y, no estando en su poder, sino en el de los demás, el honor que desea, se ve continuamente agitado por las más turbias pasiones.

La soberbia es el principio de todo pecado...

[7] ¿Acaso el Sol pierde algo de su luz allí donde no hay quien de ella goce? ¿Acaso es menos dulce el higo, menos bella la flor, menos resplandeciente la gema porque les falten encomiadores? Despreciar las alabanzas de los hombres y estar contento de sí es signo de ánimo noble y sublime.

[XI, 5] Inquietarse por cualquier pequeñez es signo de que el hombre tiene poca estima de sí mismo. El niño pega en la cara a sus padres, les despeina los cabellos, muerde las mamas a su madre, le araña las mejillas; pero todo eso no se considera contumelia, porque quien lo hace no es capaz de ultrajar. Procura, pues, tener con quien te calumnia el mismo ánimo que tienen los padres con sus pequeños.

Si te humillas hasta el punto de conmoverte por la injuria, honra a quien te la hace, pues demuestras que deseas ser estimado por aquel cuyo desprecio te es tan gravoso. Éste es el vicio de un alma que se abaja y se empequeñece. Serás siempre infeliz si te dejas agitar por el temor del desprecio.

[XII, 1] Lo mismo que se ata a un enajenado para que no haga daño a nadie, así se debe frenar la fantasía para que no dañe a la mente con falsas imaginaciones. La fantasía se lanza como una fiera indómita, gira todo alrededor con suma licencia, a capricho, veloz, intolerante con el descanso, alegre de las novedades, enemiga de la moderación. Esfuérzate, pues, en frenarla, atarla y dirigirla a un solo objeto, para que tus pensamientos y tus resoluciones no estén vinculados a la opinión.

[XIV, 5] ¿Qué es la muerte? Un fantasma. Piensa lo dulce que fue, no sólo para los santos y las personas de gran virtud, sino también para Sócrates y para otros sabios paganos. ¿Qué hay de terrible en la muerte? El pensamiento y el temor. Lo mismo se puede decir de todas las cosas que temes.

Corrige tu imaginación y verás que sólo se debe temer el pecado.

[XIX, 2] En un solo día, con tal que lo quieras, puedes llegar a la cima de la santidad; basta alejar el corazón de las criaturas y volverlo totalmente a Dios. Éstos son los signos que muestran si tu vida está íntimamente unida con Dios: el poco amor, el desprecio, incluso, por las cosas transitorias; el amor a la soledad, el afán de mayor perfección, el desprecio de las opiniones y de los juicios de los hombres.

[XXVI, 5] El mundo es un gran teatro en el cual hay tantos actores como hombres existen. Procura en la medida de lo posible ser un espectador, no un personaje. Los que recitan penan; pero los que miran se ríen y se divierten.

[XXVIII, 3] Piensa que ni los niños ni los dementes temen la muerte: y tú deberías avergonzarte de no obtener de la razón la tranquilidad que tienen ya los que de ella están privados.

De «Curso de vida espiritual»

Ninguna adversidad nos dañaría si no hubiese culpa alguna... Ni tampoco es necesario buscar la salud para ejercitar las cosas espirituales, que la enfermedad impide hacer, si a la vez no tendemos a algo más alto.

Lujuria

No juzgaremos nunca a nuestro prójimo de este vicio, y si su pecado es tan evidente que no puede ser de ningún modo excusado, lo compadeceremos de corazón, excluyendo toda iracundia y desprecio, trocando en provecho nuestro la caída de otros y pidiendo ayuda al Señor, con humildad y temblor, para no ser asaltados y abatidos por semejante tentación. Dios permitirá que caiga en la misma culpa quien desprecia y juzga a los demás, para que aprendamos a no ensoberbecernos, sino a temer. Se debe evitar también la excesiva seguridad y complacencia, aun cuando en nosotros sobreabunden la gracia celestial y las consolaciones interiores; porque está escrito: «El espíritu se exalta antes de la ruina» (Pr 16,18), y: «Dichoso el hombre que siempre teme» (Pr 28,14).

Avaricia

La naturaleza nos manda apagar la sed; pero que el recipiente sea de creta o se beba en el hueco de la mano, a la naturaleza no le importa nada. Pero la molicie nos apartó de la naturaleza y nos impone beber en un vaso de cristal, fácilmente frangible, que a la vez nos enseña a beber y a temer. Seremos, por tanto, liberados de grandes molestias si aprendemos a desear sólo las cosas que son absolutamente necesarias.

Es inferior al oro quien cree poderse adornar con el oro; y quien tiene necesidad de demasiadas cosas es más pobre que cualquier menesteroso.

El avaro se considerará cercano a la curación si se ve oprimido por desventuras y pierde los bienes de fortuna; porque la calamidad aguza el entendimiento, y entonces el avaro deberá confesar, mal de su grado, que las riquezas son espinas, y que es preciso hacer amigos con las riquezas injustas. Así renuncia a las injusticias y al mal trato a los pobres, y el temor de los males inminentes es para él el comienzo de la salvación.

Ira

Los ojos ardientes y chispeantes, la boca roja, la sangre que bulle en las venas, los cabellos enmarañados, el espíritu impulsivo y ardiente, los gemidos y los aullidos, el modo de hablar entrecortado con palabras poco claras, el continuo agitar las manos, y batir la tierra con los pies, el cuerpo todo agitado y en ademán amenazador, la faz fea y terrible a la vista de aquellos que se deforman y se hinchan, ¿qué otra cosa indica sino que quienes son presa de la ira son todo lo contrario que santos?

No se sabe qué es más este vicio, si detestable o deforme. Los demás pueden esconderse; la ira se manifiesta y aparece sobre el rostro. A este vicio se añade la desdicha de que se cura difícilmente: porque entre el vulgo no causa vergüenza; es más, airarse se considera casi una gloria, como si fuese un acto de fortaleza. Por eso apenas se llega a creer que en este vicio haya alguna torpeza, no se pone habitualmente empeño en evitarlo, ni se juzga debidamente.

La ira, al mismo tiempo que incita al hombre a no permitir que los demás lo superen, lo somete vergonzosamente a sí misma y, como a un esclavo, lo veja cruelmente, lo oprime con maneras indignas, lo encadena, lo vence.

Entre tanto nos airamos contra alguno porque creemos haber sido objeto de su escarnio o su desprecio, pero quien se considera despreciado por otro es inferior a él.

La venganza es confesión de dolor: no es un ánimo grande el que cae abatido por las injurias; quien verdaderamente se estima a sí mismo no venga la injuria, porque no la siente.

Todo daño que se nos inflige es permitido por el Señor o está ordenado a nuestro bien espiritual. Sería necedad rehusar una medicina prescrita por un médico sapientísimo y rechazarla con desdén. Debemos más bien imitar a David, quien, alcanzado por los insultos de Semeí, decía: «El Señor le ha mandado maldecir a David, y ¿quién le podrá decir: "Por qué has obrado de esta manera"?» (2 S 16,10).

Envidia

Como la herrumbre corroe el hierro, así la envidia corroe a los envidiosos. De ahí el rostro amenazante, el aspecto torvo, la palidez de la cara, el temblor sobre los labios.

Quien envidia a otro, por el mismo hecho de envidiar se degrada a sí mismo, porque no podemos envidiar sino a los que consideramos mejores en algo o superiores a nosotros. Por eso este vicio, siendo el vicio de un ánimo vil y mezquino, muy difícilmente se cura; de hecho, andamos buscando vanas y superfluas causas de ofensa, pero la preocupación por éstas, precisamente porque son falsas, es vana, porque el veneno mortífero está escondido en lo íntimo.

Gran necedad es, por tanto, por este triste afecto quererse privar de los bienes ajenos, que la caridad haría nuestros.

Vanagloria

Todos los demás vicios son uniformes: éste es variado, oculto y falaz; surge igualmente de las buenas y de las malas obras, y a semejanza de la cebolla tiene muchas envolturas. ¿Se llevan ropas lujosas? Inmediatamente se ve uno presa de esa calamidad. ¿Se visten ropas vulgares? De nuevo se da

la vanagloria. Si se ayuna, uno se gloría de ello vanamente; si a escondidas se rompe el ayuno, nos jactamos aún de ser discretos y prudentes. La vanagloria surge aun de su propia muerte, cuando, por ejemplo, superado el espíritu de ambición, vanamente nos gloriamos de esta misma victoria.

Un indicio del progreso en la lucha contra este vicio es el disgusto que se siente al ser alabados.

Soberbia

Es soberbio contra Dios quien se sirve del cuerpo y del alma como si no viniesen de Dios, sino de sí mismo, y se debieran a sus propios méritos.

Los actos que se refieren a nosotros son: exaltarnos a nosotros y nuestras cosas y, por tanto, afligirnos cuando creemos ser preteridos por los demás, o no ser estimados como queremos o anhelamos; en las cosas que de cualquier modo nos atañen, ser excesiva y ansiosamente solícitos.

Luego, los mismos soberbios están siempre inquietos, siempre ansiosos y continuamente agitados; fácilmente sospechan que son despreciados, y así reciben de sí mismos la pena de su propia locura. La soberbia es además un vicio vilísimo, indicio de ánimo innoble; la verdadera nobleza no sabe elevarse: donde se da el esplendor de la vida, allí se encuentra también la humildad. Es infeliz quien cree que puede ser despreciado.

Para extinguir la soberbia con su mismo veneno, como a una víbora, es preciso considerar la larga paciencia de aquel supremo Soberano en soportar la impudentísima insolencia de un vilísimo esclavo.

La avaricia espiritual se reconoce por estos actos: no estar contentos con el espíritu que cada uno ha recibido de Dios, y afligirse y lamentarse porque no se encuentra en las cosas espirituales la consolación que se querría.

A la lujuria espiritual pertenecen estos actos: sentir a veces algunos movimientos desordenados de sensualidad en los mismos ejercicios espirituales, bien por astucia de los demonios que intentan de ese modo obstaculizar al hombre que se dedica a las obras buenas, bien por la suavidad de las cosas espirituales que, desbordándose en el cuerpo, suscita en los hombres de débil complexión esos movimientos, ya que todo lo que se recibe, se recibe se-

gún la capacidad del receptor; bien por el temor de tales conmociones, especialmente en los que sufren de melancolía, bien, finalmente, por culpa propia, debido a alguna afeccioncilla desordenada hacia alguna criatura.

Pecan de gula espiritual los que anhelan más las delicias del espíritu y las consolaciones sensibles, que la pureza de conciencia y la verdadera devoción en los ejercicios espirituales. Tales son los que, atraídos por la suavidad que gustan en estos ejercicios, se maceran con diversas penitencias y mortificaciones, sin obediencia, sin discreción, sin fruto.

Se debe ante todo evitar volver con el pensamiento a la voluptuosidad percibida con el sentido, refiriendo a Dios cualquier placer; si sucede alguna cosa desagradable o molesta, soportarla de buen grado; de las cosas que se nos dan, escoger las más comunes y desagradables; de cualquier pitanza dejar siempre alguna cosa, por amor de Dios, beber el vino diluido, aplicar la mente a la lectura y a la piadosa meditación, y no hablar nunca del comer ni del beber.

Es preciso soportar pacientemente los olores desagradables, pensando que nada emana olor más desagradable que nuestras malas costumbres y pecados. Se debe considerar también el hedor insoportable con que los condenados son atormentados en el infierno. Finalmente, de la suavidad de los olores es preciso elevar el ánimo al cielo, a la suavidad de las cosas divinas, al olor de las virtudes, gratísimo a Dios y a los hombres, diciendo con la esposa del Cantar: «Correremos tras de ti, al olor de tus perfumes» (Ct 1,3-4).

Puesto que del cuidado del cuerpo y del comportamiento exterior se colige el estado interior del alma y se manifiesta por qué mociones está agitado, a qué afecciones está sujeto, huya cada uno de todo lo que suele ser indicio de ánimo malo y turbado. Muestre más bien alegría y dulzura con amable gravedad; y esté del todo alejado de la licencia del disoluto, de la ligereza infantil, de las vulgaridades y vanidades. También debe evitar las cosas que son signo de alegría descomedida, de inestabilidad y ligereza, como las risotadas groseras y prolongadas, agitar los brazos, gesticular con las manos, agitar los ojos, la andadura inconveniente; pero, al tiempo que evita esto, guárdese de caer neciamente en los excesos contrarios, es decir, en una especie de estoico entorpecimiento y de burda austeridad, de manera que no mueva nunca los ojos, no hable ni mueva los brazos; sino manténgase en el justo medio.

No movamos la cabeza con ligereza, tengamos ordinariamente los ojos bajos y no los fijemos sobre el rostro de aquellos con los que hablamos.

Evitemos las arrugas en la frente y mucho más en la nariz, para mostrar exteriormente una serenidad que sea indicio de la interior.

Cuando la conversación se prolonga más de lo justo, insensiblemente se introduce una especie de dulzura en las palabras que acaricia el ánimo como la ebriedad o el amor, por la cual no hay secreto que no se manifieste.

Se debe procurar también que la voz no sea odiosa ni molesta, que no salga de modo tosco ni áspero; que no sea dura e inflexible, sino modestamente austera, según la cualidad de las cosas, de los lugares y de los oyentes. Así mismo se deben evitar los bostezos al hablar, la extrañeza de los gestos, la vacilación a cada palabra, la narración turbada y confusa.

El silencio recoge el corazón disipado, devuelve la serenidad a la conciencia, dispone y prepara la mente para recibir los divinos influjos. Con el silencio se ofrece a Dios un holocausto gratísimo, de todo el hombre y todas sus potencias, porque, cerrada la puerta de la boca, permanecen todas frenadas en el interior, a fin de que no salgan fuera para hacer daño: luego van adquiriendo poco a poco esa libertad por la cual podemos indiferentemente callar o hablar, como juzguemos más oportuno. Finalmente la locuacidad es signo de insipiencia, como se ve en los niños y en las mujeres que tienen menos razón y juicio. Los animales mismos son poco locuaces: y la Escritura dice: «El hombre sabio callará hasta el tiempo oportuno» (Si 20,7).

La tolerancia de la detracción injusta es un martirio espiritual.

Lo que es el granizo para los tejados, y la ola para los ojos, deben ser las injurias, las calumnias y las detracciones para el hombre. No recibirá de ellas ninguna herida quien las desprecie.

Finalmente, debemos callar y soportar, con generoso silencio, las detracciones y las calumnias; de otro modo, confutándolas, pondremos el dedo en el avispero.

Quien nos calumnia es un pecador y desea hacernos semejantes a él. Confiesa que tenemos una virtud, desde el momento en que se esfuerza por arrebatárnosla.

Por tanto, su objetivo es irritarnos para que hablemos y actuemos como él; pero es propio del justo disimular, callar, atenerse al fruto de la buena conciencia.

Quien no tiene cuidados no advierte; en cambio quien se duele sufre tormento como si lo hubiesen tocado. Estas son las armas del justo, vencer cediendo. «Pero la calumnia es grave», dirá alguno, «y me hará perder la estima». No importa. No hay, de hecho, nada más ridículo que esa estima que a menudo es mayor que la cosa misma, y de la cual a menudo gozan los que menos la merecen, que no está en posesión nuestra, sino en la boca y en la opinión de los demás.

Se remedia el temor con los mismos medios con los que se cura el amor, la concupiscencia y la tristeza: porque quien no ama, ni desea un bien, ni teme su pérdida; y quien no advierte el mal presente no teme el futuro.

Un remedio eficacísimo del temor es la verdadera caridad con la cual amamos a Dios y nos sentimos correspondidos, porque «si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rm 8,31); otro, la confianza insuperable en Dios, fortísimo protector, porque «los que confían en el Señor son como el monte Sión, inconmovible, estable para siempre» (Sal 125,1), y dirán con el Profeta: «Por mi Dios escalo las murallas» (2 S 22,30).

Quien no busca otra cosa que a sí mismo y su propio provecho, lo desea cada vez más, y puede asemejarse al fuego que no dice nunca basta, porque nada es suficiente para su insaciable anhelo. Quien, en cambio, desea la salud y otros bienes temporales para usarlos en el servicio de Dios, tiene un límite en su deseo, contento de lo que es suficiente y adecuado al fin propuesto.

Además, se deben evitar de modo particular estos vicios: prometerse una vida larga y procurarse comodidades terrenas para muchos años; tener horror al pensamiento de la muerte; tener en cuenta con gran superstición ciertos tiempos determinados y géneros de alimentos y medicamentos, para conservar la salud; temer y huir de todo peligro, aunque sea mínimo, de enfermarse, y cualquier trabajo; mostrarse demasiado postrado y abatido en tiempo de enfermedad.

Es cosa laudable deponer todo recuerdo de los parientes, los amigos y la patria, y de los beneficios de ellos recibidos, y suprimir toda esperanza de cualquier bien que de ellos pueda esperarse, poniendo la confianza sólo en Dios.

Cortar toda relación con ellos, sea en persona, sea por carta, si la caridad ordenada no exige otra cosa: y en esta materia a menudo es mejor propender hacia una piadosa crueldad, que hacia una excesiva ternura; y mirar que nuestro amor hacia los nuestros consista sólo en desearles los bienes celestiales y la santidad de la vida; en cuanto al resto, debemos comportarnos como si no existiese ninguno.

Ejemplos memorables de esto dieron los santos Alejo y Juan Calibita y muchos otros, que quemaron montones de cartas recibidas de los suyos, para que no se les convirtiesen en fuente de inútiles cuidados.

Muy raramente, mejor nunca, si es posible, se debe hablar de ellos; ni gloriarse de su nobleza, poder y empresas, ni tampoco dolerse ni avergonzarse de las cosas contrarias a éstas. Si alguna vez los padres u otros allegados caen en desgracia y tienen necesidad de nuestra actuación, entonces especialmente debemos evitar la insidia del diablo y atenernos al consejo de hombres prudentes, especialmente de los superiores.

Cese la propia voluntad, dice un santo, y no existirá el infierno. Porque ¿qué castiga y odia Dios, sino la voluntad propia del hombre? También en esta vida, todos los escándalos, todos los pecados derivan de esta raíz. En cambio, quien no tiene voluntad propia está siempre alegre, siempre tranquilo; quiere, en efecto, que las cosas sucedan como acontecen, y así obedece siempre a la propia voluntad, al haberla transfundido completamente a la voluntad divina.

No son hijos, sino siervos, los que, buscándose a sí mismos, y no a Dios, hacen el bien y evitan el mal para evitar la confusión, el reproche, el remordimiento de la conciencia, el miedo del purgatorio o del infierno; o bien para obtener la alabanza, el honor, la gracia de la devoción, la dulzura del espíritu, visiones y también la vida eterna. Por lo cual, en quitándoles la devoción sensible, se vuelven inquietos, impacientes y perversos, y buscan alivio en las criaturas; porque en realidad son siervos y mercenarios, y no servirían nunca a Dios si no esperasen de Él una recompensa.

En cambio los hijos y quienes aman verdaderamente a Dios refieren a El mismo todas sus obras con intención recta, simple y divina, no buscando su propio beneficio, sino el honor, la gloria y la voluntad del Padre en cada cosa,

igualmente preparados para la prosperidad y para la desgracia, para las consolaciones y para las desolaciones, para el premio y para la pena.

Los signos de la recta intención son éstos: no turbarse fácilmente, no emprender una acción tumultuosa o turbulentamente, pues hasta en los quehaceres más complicados es preciso reflexionar: Dios me encargó ocuparme de estas cosas, por eso ciertamente me dará también la gracia para realizarlas; trabajo por Dios y por su honor, haré lo que pueda, el buen Dios hará el resto.

En todas las cosas es preciso estar dominados por un pensamiento tal, que si alguno nos preguntase: «¿Para qué esto?», respondiéramos de inmediato: «Para la mayor gloria de Dios»; lo mismo que el viajero, cuando se le pregunta adónde va, responde sin titubear que va a Roma o a otra ciudad y, si se da cuenta de que se ha desviado un poco, vuelve inmediatamente al camino del que se había alejado.

La conversación del vulgo es enemiga de la virtud. Hay siempre alguno que, o nos exalta algún vicio, o nos da ejemplo de él, o lo comunica a los ignaros. Podemos caer también con un solo ejemplo de avaricia o de lujuria.

El profeta David nos enseñó a caminar en nuestro corazón como en una gran casa y a morar con él, diciendo: «Yo dije: me vigilaré a mí mismo, para no pecar con mi lengua» (Sal 39,2). Allí el solitario no estará solo, porque estará siempre con Dios. No puede hacerlo quien no sabe fijar primero perseverantemente el propio cuerpo en un punto. «Lo llevaré a la soledad», dice el Señor, «y le hablaré al corazón» (Os 2,16). Lo mismo que Dios está siempre perfectamente feliz en sí mismo, así nosotros debemos permanecer en nosotros mismos, hablar con nosotros sin tener necesidad de la sociedad de los demás.

Los niños pequeños cuando están solos edifican y destruyen casitas, cultivan huertecillos, cuentan piedras, no les falta nunca una ocupación; ¿y vamos nosotros a llorar si se nos deja solos, mostrándonos peores que los niños? Ciertamente, si quisiéramos, no estaríamos nunca solos, es decir, si no nos separásemos nunca de Cristo. Al gran Arsenio le dijo una voz celeste: «Si quieres ser salvo, huye, calla, descansa»; éstos son los principios de la salvación.

En este silencio de la mente, en este olvido de todo y en el desprendimiento del corazón reside la verdadera paz, la verdadera tranquilidad. Ésta es la única cosa necesaria, éste es «el Reino de Dios» que está «dentro de nosotros» (Lc 17,21), en el cual se complace Dios mismo, que suele ser en-

contrado por el alma allí donde todas las criaturas nos abandonan. Ésta es la «paz que sobrepasa toda inteligencia» (Flp 4,7), cuando el alma fiel goza a Dios en el silencio y, poseyéndolo sólo a Él, goza en la plenitud de la paz, en los tabernáculos de la confianza, en el espléndido descanso, cantando con el Profeta: «En paz me acuesto y enseguida me duermo» (Sal 4,9). El ánimo de este solitario es tal como el estado del mundo por encima de la Luna. Está siempre sereno, en cualquier lugar donde se pone, es siempre libre: no se hace esclavo de las cosas, sino que es capaz, y a ello impulsa su ánimo, de estar siempre atento a sí mismo, no consiente ser arrastrado a lo exterior, aun cuando fuera todo esté alborotado, todo sea un desbarajuste. Es siempre intrépido por encima de todas las eventualidades: lo mismo que el Sol, todo lo recorre del mismo modo, mira, permaneciendo inalterable, todos los cambios y las vicisitudes de las cosas; no soporta que se le pongan límites que no sean comunes con Dios; todos los siglos le sirven, todo tiempo le es favorable, extiende su pensamiento a todas las cosas y, como si viviese en público, atiende más a sí que a los demás. ¿Quién es más afortunado que este hombre que, despreciando todas las cosas, es superior a todo y tiene el mundo entero bajo los pies? ¿Qué es más dulce y más tranquilo que no ser agitado por turbias mociones, no mudarse por ninguna lisonja, por ninguna vista? ¿Qué hay más cercano a la divina tranquilidad que no estar bajo el poder de nadie, no espantarse por turbación alguna, y ejercitar un perfecto dominio sobre sí mismo?

Debemos atender al bien de los demás de manera que procuremos con mayor premura nuestra salvación que la ajena, y, según la sentencia de san Bernardo, debemos ser semejantes a las albercas, que riegan a los demás con lo que rebosa, y no a los canales, que dan toda el agua sin quedarse nada para sí.

Estando la fortaleza destinada a moderar el temor y la audacia, unas ocasiones para esta virtud las ofrece el temor, otras la audacia.

En esta materia será muy útil imaginar terrores y males inminentes; y disponernos como si esos peligros estuviesen ya presentes y nos encontrásemos en medio del riesgo, para que, estimulados por esta meditación como por un preludio, nos hagamos a soportar y sufrir cualquier mal.

Los indicios de la fortaleza son: servirse de las pasiones como de siervos, y regularlas y frenarlas a placer. Estar unidos a Dios por medio de la caridad, porque es invencible quien está unido a Dios.

Un defecto de la voluntad

El defecto atañe a quienes se someten plenamente al divino beneplácito, no reservando nada para sí y sin tener ningún lazo de amor que los tenga, de algún modo, ligados a las criaturas y a los dones de Dios. Éstos generalmente se elevan a las divinas apariciones y visiones, y gozan de muchos admirables e inefables dones de Dios; pero no pueden llegar aún a la bienaventurada unión con Dios, porque primeramente no se adaptarían a permanecer privados de los dones antedichos, tanto es el placer con el que los reciben; además, en esos mismos dones les parece carecer de alguna cosa, a saber, de la unión y la manifestación de Dios, sin velos ni figuras, y la piden de Dios con una especie de sutilísima avidez y con un anhelo ocultísimo y casi imperceptible de poseerla. Ahora bien, este defecto, por más que parezca mínimo, y hasta nulo, debe ser completamente mortificado y extirpado, si deseamos ser encontrados dignos de la bienaventurada unión.

El acto de la contemplación, como todo otro conocimiento, acontece mediante las imágenes de las cosas que los filósofos llaman especies; y esto en tres modos. 1. Mediante las especies sacadas de los objetos sensibles; así vemos a Dios como una luz o un fuego sumamente resplandeciente, a partir de la especie de la luz creada y del fuego material; y esto es lo que dice Aristóteles: «Es necesario que el inteligente examine los fantasmas»; y [Pseudo] Dionisio Areopagita: «Es imposible que resplandezca en nosotros el rayo divino, si no es circundado por el conjunto de los sagrados velos». 2. Mediante las especies no sacadas inmediatamente de las cosas sensibles, pero formadas y compuestas a partir de ellas; así imaginamos un monte de oro, porque primero vimos separadamente el monte y el oro. 3. Mediante las especies infusas por Dios; éste es un modo sobrenatural, conocido sólo por quienes merecen ser a ello elevados.[23]

El alma introducida en los más secretos penetrales a veces habla, cuando, sintiendo en sí la presencia de Dios, manifiesta a éste sus propios deseos; pero más frecuentemente calla, porque, en creciendo la luz y el amor, se suspende el acto de la inteligencia, y deja de hablar, no sabiendo qué decir, por el estupor. Entonces, como un hierro atraído por la calamita, mirando al Sumo Bien, se une íntimamente con Él. Entonces la voluntad

23. La especie infusa es como decir la especie individual, incomunicable, única.

se eleva a un amor ardentísimo que impide las internas locuciones. Entonces todo calla en el hombre, los sentidos no vocean, los deseos descansan, y entre tanto el alma aguarda, en el silencio, la salvación, escuchando lo que Dios dice dentro de sí, hasta que decae esa luz, causa del estupor que le impedía hablar. Porque, en alejándose dicha luz, vuelve a los dulces coloquios y torna a las cosas exteriores con más fervor que solía.

La esencia del arrebatamiento consiste en que, contra lo propio de su naturaleza, sin saber cómo, se ve desprendida con gran ímpetu y violencia de los sentidos, y elevada a las cosas superiores. En este estado, la mente se despoja completamente de sí misma, se reviste de una especie de afecto divino y, conformada a la belleza entrevista, pasa toda a la sublime historia.

El cuerpo de quien es arrebatado queda frío, rígido, inmóvil, porque es casi abandonado por el alma; y el espíritu es levantado en alto con vehemencia: y de otras maneras insólitas muestra la fuerza del impulso interior; tanto que, a veces, los ignorantes consideran agitado por el espíritu maligno, y borracho, a quien experimenta estas cosas.

En esta unión, el entendimiento, inundado por la clarísima luz de la sabiduría, mira a Dios como un todo en el cual está todo bien, hasta el punto de no poder volverse de Él a otro; la voluntad se ve sometida por un amor ardentísimo que, irrumpiendo como fuego, tiene visos de envolverlo todo, de manera que el alma parece que no vive ya en sí ni atiende a las acciones naturales, sino que parece dirigirse con todo su afecto a Aquel con el cual está unido en estrechísimo abrazo. Ésta es «la paz que sobrepasa toda inteligencia» (Flp 4,7), la paz que el mundo no puede dar. Éste es el signo distintivo de los hijos de Dios, que lleva escrito un nombre que nadie conoce, sino quien lo ha recibido. Aquí el espíritu es llamado a la divina nube, como Moisés. Aquí, en el silbo de la brisa tenue, se oye al Señor. Aquí el pacífico Salomón duerme y reposa en el tálamo. Aquí está el joven Benjamín fuera de sí. Aquí exclama el alma: «Es bueno para nosotros estar aquí» (Mt 17,4; Mc 9,5; Lc 9,33). Aquí es introducida en la bodega, donde canta el epitalamio, diciendo: «Mi amado es mío y yo soy de él; su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abraza» (Ct 2,6).

Esta unión puede ser explicada con diversos ejemplos y comparaciones.

Si el acebuche es injertado en el olivo, se hace partícipe de la raíz y de la savia del olivo, como dice el Apóstol.

Mediante la mística unión, el alma se une a Dios como la ramita de un árbol se injerta en el tronco de otro, del cual recibe la savia, para que dé fruto, no como lo habría producido antes, sino semejante al que produce

el árbol en el cual es injertado. No de otro modo siente el alma que es recibida por Dios y que de Él toma las ayudas de la gracia y el amor perfectísimo con el cual se hace muy semejante a Él, con la pureza de vida.

Entonces comprende lo que significan esas palabras: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos», y aquellas otras: «Si uno permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto» (Jn 15,5).

Además, si se ponen frente a frente dos espejos, el uno recibe la imagen del otro y es a su vez recibido por el otro. Así, cuando el alma puede decir en la unión mística: «Yo soy de mi Amado, y Él está todo vuelto a mí» (Ct 2,16), entonces los dos espejos tersísimos de la divina majestad y de la mente humana se ponen uno frente al otro; y ésta recibe la luz y el calor de la otra, hasta el punto de que en el entendimiento y el afecto se ve su bellísima imagen.

Finalmente, el hierro puesto en la fragua se hace fuego, pero no deja de ser hierro. Toma, no obstante, algunas propiedades del fuego; era negro, oscuro y frío; y en el fuego se vuelve candente, luciente y caliente. Así el alma, permaneciendo en su ser, en uniéndose de modo estrechísimo a Dios, que es fuego ardiente, se vuelve en cierto sentido de fuego y de él toma la luz, la belleza y el ardor; hasta el punto de que su lenguaje, como el de Dios, es abrasador como el fuego, calienta a los oyentes y los atrae, de las lisonjas del siglo, al amor de Dios.

Hay otros que, por las moscas zumbadoras que son los pensamientos inútiles y vanos, abandonan el camino iniciado, cuando más bien debieran, con santo desdén, apartarlas con la mano. Otros aún, corriendo tras dichas moscas, se salen fuera del camino, como los niños que persiguen mariposas. Otros más se aterrorizan rápidamente ante el ladrido de los perros infernales: son los que, advirtiendo alguna tentación torpe, o se salen del camino, o entablan batalla con la tentación misma, esforzándose en echarla de sí, cuando más bien debieran despreocuparse de los ladridos, lo mismo que los peregrinos y caminantes, y apretar el paso. Porque si el caminante se parase a cada ladrido para defenderse o para aquietar a los perros, impediría su propio camino, y los perros le ladrarían aún más.

SANTA VERÓNICA GIULIANI

Nació el 27 de diciembre de 1660 en Mercatello; en el siglo llevó el nombre de Ursula; el de Verónica, al ingresar en el convento de las capu-

chinas de Città di Castello en 1677. Elevada a estados místicos y receptora de los estigmas y otros signos, fue examinada incluso con dureza, y sus llagas fueron vendadas y selladas para apurar su carácter sobrenatural. Murió en 1727, tras haber sido abadesa de su convento en sus últimos años. Dejó un diario llevado por orden de su confesor.

Del «Diario»

18 de enero de 1694. Cuando se sienten arrebatamientos y, en un instante, Dios da alguna visión intelectual o bien alguna significación de alguna luz sobrenatural, éstas son cosas todas ellas fáciles de escribir y de contar, aun cuando no todas se nos queden impresas en la mente, sino que sólo nos acordamos repentinamente de ellas en alguna ocasión. Pero estas comunicaciones que digo no poder describir son cosas que penetran tanto en el alma, que parece que allí quede toda colocada y en descanso en todo lo que Dios le va comunicando; y, a cada comunicación, parece verse vestir vestiduras preciosísimas.

Otras veces, todo lo que ella entiende parece quedar totalmente impreso en ella con caracteres de oro, y de esto no es posible olvidarse nunca. Es más, a cada comunicación se ve renovada nueva memoria, y se interna cada vez más en ella; y esto lo causa una sola mirada purísima que Dios pone en el alma. Y esto la saca tan fuera de sí, que ella misma no sabe de qué modo, sino que, como enloquecida, no conoce nada en sí; sino que, toda fuera de sí, en un instante se siente inmersa en aquel bien infinito, y se ve toda purificada como un puro cristal, y en él parece que se espeja Dios.

En este punto parece que, con esa manifestación que hace Dios en el alma, la colma de dones; pero dichos dones no puedo asemejarlos a cosa alguna, ni tampoco decir cómo se comunica el don; porque en tales comunicaciones parece que es imposible poder contar cosa alguna. Y en estas cuatro palabras que aquí he dicho me parece no haber dicho sino despropósitos, y tampoco he aludido siquiera un poco a lo que se experimenta en ese segundo arrebatamiento. Porque del primero, cuando Dios eleva todo a El, sí, se puede contar todo; pero, cuando el alma se encuentra en estos arrebatamientos, y en el mismo arrebatamiento se siente otro totalmente superior al primero, no puede ella comprender si Dios se le ha comunicado todo o si la ha atraído entera a Él. Y lo que ella experimenta en éste no se puede describir. Mejor es callar que hablar.

17 de febrero de 1694. Cuando mi alma parece hacer estos vuelos hacia Dios, se encuentra en la presencia de su Señor toda jubilosa. Le parece haber salido de una oscurísima prisión; y, al encontrarse de repente puesta en su centro, que es Dios, no está parada; pero este movimiento la hace enloquecer, y esta locura es una muestra de amor. Este amor es el que la hace girar, pero sin movimiento, pues sólo en su centro se encierra todo lo beatífico, y ello pone en el paraíso al alma, y ella se encuentra toda contenta. Y cuando vuelve en sí, todas las cosas de la tierra le resultan fastidiosas. Parece que la misma humanidad no pueda más. El comer y beber sirve más de tormento que de otra cosa, y lo mismo el descanso. ¡Oh Dios! Me parece que no existe otro descanso que Dios mismo; sin embargo, otras veces, siento que no puedo encontrar este descanso sino por medio de algún padecimiento.

Muchas veces, encontrándose el alma toda puesta ante su Dios, hace ella otro vuelo dentro de su centro; y nunca jamás se marcharía de él. En efecto, le es comunicado ese infinito y sumo Bien, el cual le da un poco de luz sobre esta su infinitud. Y así parece que le da más valentía; y ella de nuevo, sin hacer movimiento alguno, va más adelante. Se siente como por grandes olas de ese inmenso mar de amor transportada a esa inmensidad de delicias. Son todo muestras de amor.

Este amor hace que el alma no descanse nunca. La va atrayendo más allá; y, dando ella vueltas a todos los atributos divinos, parece que ellos, uno tras otro, se muestran, se manifiestan, y el alma se enamora cada vez más de ellos.

15 de agosto de 1694. De repente me pareció ver en la mano del Señor el cáliz... el cual estaba tan lleno, que parecía ir a desbordarse. El color del licor que dentro estaba era blanco tirando a amarillo. De vez en cuando daba signos como de cosa hirviente; pero con este signo se me mostraba y significaba su gran amargor. En esto vi que el Señor ponía dicho cáliz en manos de la bienaventurada Virgen, y ella, vuelta hacia mí, me pareció que me decía así: «Hija, te hago este don de parte de mi Hijo».

20 de agosto de 1694. Tuve un poco de recogimiento, en el cual me parece que también tuve la visión de Nuestro Señor, el cual me dijo que ya estaba yo bebiendo el cáliz; pero que lo gustase con alegría, porque Él así lo quería. Y enseguida desapareció.

Sintiéndome algo confortada, y con anhelo de beber aquel amargo cáliz, iba yo diciendo luego: «Sitio; sitio». Y siempre tenía el cáliz ante mí, y nunca lo veía mermar; antes bien, me parecía siempre más lleno.

Cada vez que tenía algún padecimiento, veía como si se derramara fuera. Sólo verlo que causaba pena; sin embargo, sentía en mí sed de él. Ya el gusto estaba todo amargado. No sólo el sabor de las viandas, sino el amargor de la lengua, el paladar y los dientes, me parecía algo insufrible; y oía hasta ensordecerme que todo eso no era nada.

Por la noche estaba horas y horas con la boca abierta para exhalar aquel gran amargor, y de nuevo sentía que se me acrecentaba un poco, de tal manera, que me veía forzada a echarme por tierra, porque la humanidad no podía más. No sólo sentía esto la humanidad; el amargor que sentía en aquel momento el espíritu no puedo describirlo. Me parecía que, a cada incremento de amargor, iba en ese momento a expirar.

No había cruz que me diera consuelo. Quedaba el pobre espíritu como pegado al mencionado cáliz, y no gustando. En bebiendo de él, al punto se sentía desfallecer. De repente me sentía absolutamente despojada de todo consuelo. Sintiendo el amargor por doquier, veía ya al espíritu abatido, en agonía de muerte y muerte eterna, sin poder ya defenderse, sin posibilidad de recurrir a ninguna parte. Todo lo encontraba cerrado. Allí donde volaba el pensamiento, no veía otra cosa que el cáliz amargo; donde me volvía, no veía otra cosa que el cáliz, el cual bullía, se desbordaba por todas partes; y todo aquel licor lo bebía el pobre espíritu. Cómo lo bebía, no os lo sé contar.

El padecimiento que en aquel momento yo tenía no puedo describirlo, porque son cosas que ni siquiera con nuestra misma mente podemos pensar. Sólo os digo esto, que, en cuanto a padecer, no había en aquel momento tormento que no experimentase. Pero sentir ese amargor parecía que justamente en aquel instante me hacía morir. Era algo que no puedo explicar ni declarar.

Gustado que le había el espíritu, se extendía por toda la humanidad, la cual inmediatamente caía por tierra, perdía las fuerzas, se espantaba, sentía penas mortales. No podía yo pensar en el cáliz, y me veía forzada a gustarlo. Todo lo que veía se convertía en amargo. Todos los sentidos se dolían; pero, con sus lamentos añadían más amargor, aun cuando no me parecía posible llegar más allá.

1-8 de septiembre de 1694. Procuraba yo animarme, y andaba diciendo: «¡Dios sea bendito! Aquí estoy dispuesta a todo, oh mi Señor. Estoy contenta de vuestro gusto. ¡Viva la cruz! ¡Viva el padecer!». En diciendo esto, el cáliz, de bella factura, comenzaba a bullir y a desbordarse por todas partes. Todo se impregnaba de su amargor. Lo sentía y gustaba el espíritu; lo

saboreaba y gustaba la humanidad entera, tanto en el ver como en el oír, tanto en el olfato como en el gusto.

En efecto, yo misma había llegado a ser amargor; no podía ya soportarme a mí misma. Sentía en mí gran violencia respecto a mis prójimos; todo se me hacía insoportable. Si quisiera contar las violencias, no podría, porque son innumerables. «¡Alabado sea Dios! Por su amor todo es poco y nada. Más penas, Jesús mío, más dolores. Me siento más sed; ardo y no me consumo; todo me produce más sed: Sitio; sitio».

5 de abril de 1697. Y de nuevo me preguntaba: «¿Qué anhelas? ¿Qué quieres?». Yo le dije: «Sabéis, Señor mío, todo cuanto anhelo». Y él respondió: «Quiero oír de ti lo que anhelas». «El cumplimiento de vuestra voluntad». Entonces el Señor me dijo: «Ahí te quería, y ahora te confirmaré en mi voluntad y te transformaré toda en mí. Dime: ¿qué anhelas?». ¡Oh Dios! Al decirme esto respondí: «Oh sumo Bien mío, no tardéis más; crucificadme con Vos».

Al instante me vino una gran contrición de todas las ofensas hechas a Dios, y de corazón pedía yo el perdón de ellas. Ofrecía yo su sangre, sus penas y dolores; en particular las santísimas llagas; y sentía un dolor íntimo por todo lo que había cometido en el tiempo de mi vida. El Señor me dijo: «Yo te perdono; pero quiero fidelidad para el futuro; y por medio de estas mis llagas te hago esa gracia. Y como señal de ello ahora pondré también en ti tales sellos».

En un instante vi salir de sus santísimas llagas cinco rayos resplandecientes; y todos ellos vinieron hacia mí. Y yo veía dichos rayos hacerse como pequeñas llamas. En cuatro estaban los clavos; y en una estaba la lanza, como de oro, toda ardiente: y me traspasó el corazón, de lado a lado; y los clavos traspasaron las manos y los pies. Yo sentí gran dolor; pero, en el mismo dolor, me veía y me sentía toda transformada en Dios. Al punto que fui herida, aquellas llamas de nuevo se volvieron rayos resplandecientes; y los vi posarse en las manos y pies y costado del Crucificado. El Señor me confirmó como su esposa; me encomendó a su Madre; me entregó, para siempre, a su custodia; y de nuevo me encomendó a mi ángel custodio; y después me dijo: «Yo soy todo para ti; pídeme la gracia que quieras, que te complaceré». Yo respondí: «Nunca más separarme de Vos». De repente, todo desapareció.

3 de febrero de 1702. De repente me entró un temblor tan grande, que temblaba la celda entera; ¡tanto era el sacudimiento de mis miembros! Tenía un dolor muy grande en la cabeza, y me parecía que en aquel momento se

renovaba el dolor de la corona de espinas. Me entró un dolor por todos los dientes, y la lengua me dolía tan intensamente, que no podía hablar, sino con gran esfuerzo. Sólo decía, de vez en cuando: «Jesús mío querido, Amor de mi alma, oh beatísima Virgen, os encomiendo esta alma mía. Oh Dios mío, tened piedad de mí. ¡Bendito seáis, Dios mío! Estoy contenta de hacer vuestra voluntad». Todo esto decía, y otras cosas parecidas; pero con gran esfuerzo. Tenía el dolor en el corazón y en todos los miembros; tenía simultáneamente ese gran hielo y también ese gran fogón —uno y otro a la vez—; ¡con dolores verdaderamente atroces en las entrañas!... y me parecía como si, de vez en cuando, me golpearan [los miembros] con espinos y puntas de aguja.

A las veintidós horas empeoré, y la lengua se me hinchó tanto, que ya no podía hablar. Estaba con gran afán; [me] parecía que todo el aliento estuviese puesto en el estómago, y respiraba con fatiga. Sintiéndome tan agravada, encomendaba mi alma y pedía también, como gracia, la conversión de las almas. De repente volvió el demonio, de la misma manera que ayer por la noche, y me quería ahogar si no daba yo en desesperarme. Ya me tenía por la garganta. Lo mejor que pude, dije: «¡Jesús y María!», y me dejó y, todo indignado, me amenazó de muerte. Yo, en mi interior, intentaba hacer actos de fe y de esperanza en Dios. Me sentía muy apesadumbrada, por las muchas tentaciones que tenía, y me parecía tener necesidad de confesarme. Suplicaba a Dios que, si así lo quería El, me inspirase lo que debía hacer; porque no quería yo otra cosa que su santísima voluntad.

A las veintitrés horas, me sobrevino un ataque y creí expirar por la vehemencia de tantos dolores. Después, por breve tiempo, tuve un rapto en el cual Dios me hizo comprender que, entre la una y las dos de la noche, debía estar muy agravada por las penas que quería darme; y que, no obstante, pidiese el confesor —pero si la superiora y las demás lo querían—, y que me sometiera a la obediencia y a la voluntad de Dios. Dicho esto, perdí de nuevo la palabra. Mi mente estaba toda en Dios; pero el tentador me quería inquietar con escrúpulos y tentaciones. No prestaba yo atención a nada. Estaba toda atenta a las enseñanzas que Dios daba a mi alma por medio de los dolores que me hacía sentir de su santísima pasión. Comprendía yo que fueron pena que El padeció en la cruz.

Segunda relación

Recuerdo que al principio de mi vida de religiosa, siempre pedía al Señor querer experimentar alguna pena de su pasión. Pocos años después de

vestir este santo hábito, una cuaresma entera estuve con estos anhelos. Al empezar la semana santa me pareció recibir un [no] sé qué en la oración, y comprender que me preparase, porque había llegado el tiempo en que el Señor quería contentarme. Ciertamente lo comprendí, pero seguía, no obstante, pidiendo las penas y dolores. El viernes santo me pareció tener una visión, y fue de esta manera. Se me representó el Señor todo llagado y coronado de espinas. ¡Oh Dios, qué dolor sentía con tan gran espectáculo! Sentía pena de las penas que había sentido el Señor; y al mismo tiempo tenía dolor íntimo de mis pecados por las ofensas que le había hecho. Estaba entre estos dos puntos, su amor infinito y mi ingratitud. Y me parece que iba yo diciendo así: «Mi Señor, no más ingratitudes ni pecados. Ahora quiero comenzar a amaros, y para que pueda de una vez establecerme y unirme con vos, dadme a sentir vuestras penas. Señor mío, venid a mí, dadme esa corona, a fin de que las punzadas de las espinas sean para mí voces que os digan cuánto anhelo amaros». Mientras así hablaba yo, me parecía que el Señor se aproximaba a mí. ¡Oh Dios! Lo que experimenté por vía de comunicación en aquel momento no puedo describirlo: sólo sabía que el Señor quería hacerme la gracia que le pedía. En esto se me añadió un [no] sé qué, pero no comprendí lo que era; sólo después he comprendido que en ese mismo recogimiento, cuando estaba fuera de los sentidos, como precisamente me parecía que estaba, tuve en ese mismo instante un rapto que me atrajo a una unión con Dios tal, que ya no comprendía nada; sólo tenía claro que el Señor quería hacerme una gracia. Así, me pareció que me preguntaba qué quería. Y yo dije: «Si es vuestro querer y gusto, quisiera esa corona». Y él me hizo entender que sería contentada. Entre tanto, yo estaba ansiosa de dichas penas. Y él se quitó la corona de la cabeza, y me dijo [no] sé qué, pero ahora no lo recuerdo. Puso dicha corona en mi cabeza, y me pareció sentir que las punzadas de las espinas penetraban hasta dentro de la boca, dentro de los oídos, por toda la cabeza, en los ojos, en las sienes y en el cerebro. Sentí tal dolor, que caí por tierra como muerta. El Señor me levantó del suelo y me dijo: «Estas penas las sentirás mientras tengas vida, unas veces más, otras menos, según quiera yo». De nuevo caí por tierra, y el Señor me levantó. Caí por tercera vez. ¡Oh Dios!, lo que el Señor me comunicó sobre sus dolores no puedo describirlo: sé bien que me dejó impresa en el corazón su santísima pasión de un modo tal, que nunca más la he olvidado.

Después de todo esto volví en mí, pero más muerta que viva. Sentía perfectamente la corona en la cabeza, y, a causa del dolor que sentía, no podía estar en pie: los ojos apenas los podía abrir, y esto con gran sufrimiento. Tenía toda la cabeza tan hinchada y con tal dolor, que no podía es-

tar en modo alguno. No quería que ninguna se diese cuenta de ello, disimulaba cuanto podía; pero se me hinchó también todo el rostro, especialmente los ojos. Las hermanas me preguntaban qué tenía: yo dije que me dolía un poco la cabeza. Aguanté así durante bastante tiempo, y siempre con gran dolor. Al final, la superiora no quiso esperar más, porque me veía penar así. Mandó por el médico, y le habló de este mal de cabeza; le contó que tenía el rostro hinchado, y la cabeza también. Y él lo quiso ver. Ordenó a la superiora que no esperara más, sino que mandase por el cirujano y que me hiciese meter un botón de fuego en la cabeza. Así se hizo, y él me ordenó ciertas unciones que, cada vez que las hacía, me hacían sufrir. Yo callaba: lo hacía todo para que ya se añadieran penas a penas; y de cuanto me había sucedido no hablé ni siquiera con el confesor, porque tenía miedo de que fuese aprensión mía; no creía en cuanto me había sucedido, por más que sentía la corona incluso sensiblemente y experimentaba un dolor de muerte. Cuando vino el cirujano y me encontró con la cabeza toda inflamada y tan hinchada, quedó maravillado de ello: me hizo muchas unciones también él, y dijo que era mal considerable. Yo que lo sabía todo, me reía para mí. Entre tanto no sabía qué hacer, dado que, a causa del dolor, el rostro se me hinchaba cada vez más. Suplicaba al Señor que me hiciese la gracia de darme dicho dolor de manera que nadie se diera cuenta de nada. Pero poco después me hicieron el botón de fuego en la cabeza, pero en breve se hizo una concavidad tan grande, y con dolor tan excesivo, que no podía más. No decía nada, pero hicieron que dicha concavidad se cerrase cuanto antes, y me pusieron los nudos en las orejas. Éstos todavía me añadieron más sufrimiento. Me parecía que mi cabeza se había vuelto toda ella una llaga. Al poco me pusieron un nudo en el cuello, me pegaron los vesicantes detrás de las orejas y me hicieron otros estragos a causa de los medicamentos; y todo ello me añadía más pena y dolor, y el mal de la cabeza seguía igual. Todo lo pasé con la ayuda del Señor, y nunca dije nada ni al confesor, ni a nadie.

De repente me pareció oír un ruido como de trueno y viento impetuoso: nuestra celda se convirtió toda en un resplandor. Cómo fue, no lo sé: quedé fuera de los sentidos. En ese momento tuve la visión de Jesús crucificado, el cual tenía un aspecto tan majestuoso y resplandeciente, que no podía mirarlo... A los pies de la cruz, de la manera que estaba sobre el monte Calvario, se encontraba la bienaventurada Virgen dolorosa. Entre tanto [mi esposo] me atraía a sí, pero no sé cómo. En un instante me dio conocimiento íntimo de mi nada y de su amor infinito. Me parece que también me dio do-

lor íntimo de todas las culpas cometidas, y me hacía entender que Él mismo había pagado con su sangre todas mis deudas contraídas con su divina Majestad por las culpas cometidas en todo el tiempo de mi vida. En ese momento me comunicó muchas cosas. En especial recuerdo que me hizo comprender y ver todos los beneficios y gracias concedidas a esta alma mía y, además, me hizo saber que todavía no había hecho nada en [comparación con] lo que quería hacer; pero que quería que yo cooperase con sus operaciones. Así lo quería; y como signo de ello quería también signarme con los sellos de sus santas llagas, para que fuese verdaderamente su esposa.

Al volver en mí, me encontré con los brazos abiertos, y en la celda había una gran luz. La herida del corazón estaba abierta y manaba abundante sangre: tenía allí un gran dolor. Y no me podía mover en modo alguno, debido a la pena y el dolor que tenía en manos y pies. En medio de las cuales, tanto sobre la mano, como debajo, había una ampolla gruesa como un garbanzo. Cuando vi estos signos exteriores, lloré mucho, y de corazón pedía al Señor que tuviese a bien esconderlos de la vista de todas. ¡Oh Dios!, qué pena que me da todo esto. Lo mejor que pude, restañé la herida del corazón y quité la sangre del suelo, y de donde había caído. En un instante me parece recordar que de nuevo me sobrevino el recogimiento, en el cual me parecía ver a Jesús crucificado; y me dijo que no me apenase de eso, porque tal era su querer, que esos signos estuvieran así a la vista de todas, para que se comprobase que Él otorga beneficios también a los ingratos cuando de corazón se entregan totalmente dispuestos a su santo querer, y que una de esas ingratas era yo.

GIAMBATTISTA SCARAMELLI

Nació en Roma en 1687, ingresó en la Compañía de Jesús y fue gran predicador. Murió en Macerata en 1752.

Se publicaron postumamente su *Discernimiento de los espíritus* (1753); el *Directorio místico* (1754); la *Doctrina de san Juan de la Cruz* en 1860.

De «Discernimiento de los espíritus»

[II, 4, 17] Con todo eso, porque en algún caso puede ser conveniente para la buena dirección de las almas el entender de dónde nacen sus ma-

los movimientos, si de dentro de la corrupción de la naturaleza, o de fuera de la instigación del demonio, daré aquí aquellas conjeturas que se pueden tener. Las cosas que tienen su origen en nosotros mismos, y en nuestra naturaleza, espontáneamente las emprendemos, y espontáneamente las dejamos; mas aquellas cosas que nuestros enemigos nos ingieren de afuera, se imprimen en nosotros con mucha fuerza; ni podemos con facilidad impedir sus progresos, porque es otro el que obra dentro de nosotros, a pesar de toda nuestra resistencia. A más de eso, los impulsos de la naturaleza suelen de ordinario tener alguna causa natural que los despierta; pero las sugestiones del demonio nacen las más de las veces de improviso, o sin alguna causa, o por muy ligera ocasión. Algunos añaden otras conjeturas. Si la tentación tuvo principio de malos pensamientos y perversas imaginaciones, ingeridas sin motivo, o por muy tenue causa, será señal de que su autor fue el demonio; pues parece que en este caso falta causa natural bastante para levantar este fuego. Pero si la tentación comienza por la rebelión del sentido, y pasa después a excitar en la mente pensamientos pecaminosos, convendrá dar la culpa a la natural conmoción de los humores y espíritus, y por consiguiente a la perversidad de la naturaleza, inclinada al mal. Con esta regla descubrió san Felipe que cierta tentación impura que sintió había sido sugerida por el enemigo infernal, que con semblante de un pobre se le apareció junto al anfiteatro romano.

[VI, 3, 63] El Espíritu divino jamás sugiere a nuestra mente cosas inútiles, infructuosas, vanas e impertinentes; porque si no convendría a un Rey de la tierra hablar con sus súbditos de semejantes cosas, mucho más desdice en el Monarca de los cielos. Por eso dice el profeta Jeremías: «Quid paleis ad triticum, dicit Dominus? Numquid non verba mea sunt quasi ignis, dicit Dominus, et quasi malleus conterens petram?» (Jr 23,28-29). Mis palabras, dice Dios, son fuego que abrasando purifica; son martillo que, golpeando, deshace toda dureza, y batiendo desmenuza todo vicio, toda culpa, todo defecto, y lo reduce a nada: en suma, son palabras de mucho peso y de gran utilidad. Infiera de esto el director que si un alma recibe en su oración pasto de conocimientos que nada ayudan, éstos no son de Dios: si tuviere algunas locuciones que tiran más a curiosas que a fructuosas, o algunas visiones que no se ordenan al provecho propio o de otros, éstas no son, de cierto, enviadas por Dios, de quien desdice obrar infructuosamente.

[64] Dice Dios por Ezequiel a los profetas falsos, los cuales no eran movidos de buen espíritu: «Vident vana, et divinant mendacium» (Ez 13,6):

ven cosas inútiles y vanas, y por eso profetizan mentiras, para significar que es una misma cosa el tener visiones infructuosas (lo mismo se ha de decir de todo otro conocimiento), que tener visiones mentirosas, que no traen de buen principio su origen. De aquí infiera el director qué concepto ha de formar de las revelaciones de ciertas mujeres, que son fáciles en profetizar sobre la vida, sobre la muerte, y sobre la salud de éste y de aquél; de anunciar el éxito de los matrimonios, o de otros negocios temporales. Vaya con mucha cautela en darles crédito, porque Dios no revela sino raras veces, y por cosas de gran provecho de otros, y de mucha gloria suya.

[VII, 3, 78] El espíritu diabólico, al contrario del divino, sugiere cosas inútiles, ligeras e impertinentes. El demonio, cuando no halla modo de insinuarse con la falsedad y mentira, por no padecer vergonzosa repulsa, se vale de otra arte maligna, y es que procura dar pasto al entendimiento con pensamientos inútiles, para que, ocupado con éstos, no se emplee en pensamientos santos y provechosos. A esto se enderezan tantas distracciones que el pérfido mete en la cabeza de los fieles en tiempo de sus oraciones. A esto miran ciertas visiones, de las cuales ningún buen efecto resulta. ¿Hay cosa en este mundo más santa ni más devota que las llagas de nuestro amabilísimo Redentor? Pues yo conozco una persona a quien el demonio, por muchos años, le estuvo representando en todas sus oraciones las llagas de los sagrados pies, y en esta vista mental la tuvo sumergida. Se las hacía aparecer en diversas figuras, ya dilatadas, ya más restringidas: tal vez le hacía ver que salía de ellas un gusanillo, y le decía que éste era símbolo de su alma, y otras semejantes ligerezas. Todas aquellas representaciones eran del todo vacías de santos afectos; no había una reflexión seria, un sentimiento sólido y provechoso, ni algún jugo de verdadera devoción. Parecía como agallas ligeras, sin peso, sin fruto y sin substancia. Por lo cual no se podía dudar que aquella hubiese sido una continua ilusión del demonio, el cual la había tenido ocupada la mente en aquellas vistas imaginarias, como en un dulce pasto, para que no se aplicase a la oración con rectitud de pensamientos y santidad de afectos. Ved, pues, la propiedad del espíritu diabólico: destilar en las mentes de los fieles, o cosas falsas para inducirles al mal, o cosas infructuosas para apartarlos del bien.

[X, 6, 164] Espíritu de consolaciones espirituales sensibles es dudoso. Si el gusto espiritual sensible es producido por la gracia, no es otra cosa que una dulce impresión que hacen en el apetito sensitivo los actos sobrenaturales y devotos de nuestra voluntad; tal consolación no se debe des-

preciar ni rechazar, porque es santa y provechosa, mientras, tomada con el debido desasimiento, sirve mucho para el ejercicio de las virtudes, la perseverancia en la oración y los progresos en la cristiana perfección. Pero lo malo es que nuestro sentido interior puede por sí mismo, e independientemente de la gracia, conmoverse a la presencia de un objeto santo, y entonces la consolación tiene cierta apariencia de espiritualidad, mas en la substancia es un afecto de la naturaleza que no deja provecho alguno. Y lo peor es que también el demonio, con la conmoción de los espíritus y de los humores, puede excitar en el sentido estos afectos tiernos y dulces, con grave perjuicio, o a lo menos con peligro del alma que, creyéndose llena de devoción, está en realidad llena de ilusión. Esta doctrina es del místico y experimentado Ricardo de San Víctor, el cual nos advierte que es propiedad del enemigo despertar en la oración un dulce afecto y una aparente devoción que nos haga prorrumpir en lágrimas y suspiros, pero con el fin de levantarnos con vanidad y soberbia, o de inducirnos a algún error, o a lo menos con el fin de que, apacentándonos largamente con aquellas conmociones internas y deleitables, consumamos poco a poco las fuerzas corporales y caigamos en debilidad y flaquezas.[24]

[XIV, 3, 254] Sabe el demonio que el retiro, la soledad, el silencio, la modestia de los ojos, la seriedad del rostro y la compostura en el porte, son todas las virtudes que orlan el espíritu del Señor y le hacen crecer hasta la última perfección. Ha visto el envidioso en los desiertos, en los yermos, en los claustros, millares de almas buenas que por estos medios han subido a la cumbre más sublime de la santidad, y por eso desacredita tan bellas virtudes; y a fin de hacerlas aborrecibles a las personas devotas, las cubre con el negro velo de la melancolía. Les hace parecer la vida retirada como vida triste, llena de hipocondría; el silencio, como triste melancolía; la modestia y circunspección en el porte exterior, como atadura de todas las potencias, capaz de volver a uno tísico; para que esas personas, atemorizadas con tales apariencias, se entreguen a la locuacidad, a la soltura, y se derramen en cosas exteriores con grave perjuicio de su espíritu. Si el que leyere hubiere sido engañado por semejantes ilusiones, basta que dirija una ojeada a los

24. «Falsa etiam devotione decipiunt [daemones] quia quasdam orationes et meditationes dulcem affectum, etiam lacrymas in anima producunt, ut vel mentem in errorem, vel elationem, vel corpus perducant ad debilitatem» (Ricardo de San Víctor, *In Cantica*; véase G. Scaramelli, *Dottrina di S. Giovanni della Croce e Discernimento degli spiriti*, Roma, San Paolo, 1946, pág. 397, nota 1).

Romualdos que se ven en los yermos, tan llenos de júbilo en los corazones que consuelan con sus razonamientos a cuantos conversan con ellos; a los Franciscos de Paula, que salen de los claustros más yermos y solitarios tan colmados de alegría que llenan de ella a quien los mira, y de otros innumerables que hallaron en la soledad, en el silencio y en la mortificación de los sentidos un paraíso de contento. Y entienda que el demonio es un falsario que adultera la moneda más preciosa para que no tenga salida entre las personas espirituales.

[255] El contento que resulta de hablar, reír, conversar, y de la libertad que se concede a los ojos, a la lengua y a los demás sentidos es contento que nace de los mismos sentidos y acaba en ellos, sin penetrar en lo profundo del alma para contentarla. Al contrario, la alegría que resulta del silencio, del retiro y de la mortificación de los sentidos es alegría que nace de la abundancia de la divina gracia, la cual, derramándose por el alma, la penetra profundamente hasta lo íntimo, para dejarla harta y contenta. Dijo Cristo a sus discípulos: «Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis: non quomodo mundus dat, ego do vobis» (Jn 14,27): os dejo la paz, la quietud, el contento; mas no aquella paz que da el mundo a sus secuaces, la cual está toda fuera, en los sentidos, sino la que Yo doy a mis siervos, por medio de mi gracia, la cual reside dentro, en el fondo del espíritu, para llenarlo de contento. De aquí verá el lector en qué se fundan las ilusiones del demonio cuando representa la vida mortificada tan diferente de lo que ella es en sí.

[256] Semejantes ilusiones pueden suceder respecto de todo acto de virtud a que el enemigo dé la apariencia de vicio; así como pueden suceder acerca de todo acto de vicio, a que el engañador dé la semejanza de virtud, como mostré en el párrafo antecedente. Antes sucede así de ordinario; porque dice Cornelio a Lápide, sobre la interpretación de aquellas palabras de los Proverbios: «Qui justificat impium, et qui condemnat justum, abominabilis est uterque apud Deum» (Pr 17,15), que ésta es la propiedad de los demonios, pervertir obstinadamente la naturaleza de todas las virtudes y de todos los vicios, a la manera que si uno pusiese en la cara de un hombre la forma de bestia, y en la cara de una bestia la forma de hombre. Y todo esto lo forjan nuestros perseguidores para hacer que se engañen los hombres espirituales, abrazando el vicio como virtud y huyendo de la virtud como si fuera vicio, de la manera que hasta ahora hemos declarado.[25]

25. «Hi enim [daemones] totam virtutum et vitiorum formam naturamque invertunt et pervertunt, perinde ac si quis humanitatem homini admiret, eamque bestiae cuipiam

No se maraville, pues, el lector, si Inocencio III, explicando el tercer Salmo penitencial, llegó a decir que no es posible exprimir la multitud de ilusiones a que están expuestas nuestras almas.[26]

[XV, 2, 267] Pongamos esto en claro con algunos casos que cada día suceden. Encontraréis personas imperfectas o principiantes en el bien, que son todo pies para correr acá y acullá en ayuda de los prójimos: son todo ingenio para hallar medios con qué ayudarles y todo manos para ponerlos en ejecución. Las tendréis sin duda por un retrato de caridad y celo: mas si pudierais penetrar en lo íntimo de sus corazones, hallaríais que aquellas operaciones tan solícitas, más son efectos de la naturaleza que de la gracia: pues nacen en todo, o a lo menos en gran parte, de una complexión fogosa e inquieta, que no sabe vivir sin obrar y sin embeberse en mil negocios. Encontraréis otra persona tan quieta y pacífica que, por más molestada que sea, no se resiente; parece que no sabe montar en cólera. La creeréis un dechado de mansedumbre; mas si examináis diligentemente su quietud, hallaréis que no nace de la gracia, que la refrene y modere en sus contrariedades, sino de un natural flemático, frío y pesado, que no sabe encenderse, y por no incomodarse, no se enoja. Frecuentemente os sucederá encontrar personas que en sus oraciones están llenas de ternuras, y acaso se deshacen también en lágrimas. Creeréis que llueve sobre ellas el maná del cielo por mano de los ángeles; mas si examináis aquellas lágrimas con el peso del santuario, hallaréis que la gracia tiene en ellas la menor parte, porque son efectos de un natural sanguíneo, tierno y afectuoso, que al imaginar cualquier objeto compasivo y amoroso, naturalmente se conmueve. Así, os sucederá también encontrar algunos tan atentos en sus oraciones, que pasan la hora entera casi sin distracción de pensamientos. Pensaréis que han llegado a un profundo y habitual recogimiento, y quizás a altísima contemplación; pero os engañaréis, porque tan grande atención tal vez no proviene de luz celestial que fije la mente en algún objeto divino, sino que nace

---

transcriberet: ac feritatem a bestia in hominem trasferret; itaque faciunt, ut homines vitium pro virtute capessant, virtutem vero quasi vitium abominentur» (Cornelio a Lapide sobre Pr 17,15; véase Scaramelli, *op. cit.*, pág. 492, nota 2).

26. «Certe non potest exprimi quanta sit multitudo et magnitudo illusionum, quas anima patitur in hoc mundo. Unde poenitens ait: "Anima mea completam est illusionibus". Ecce non respersam, sed completa esse illusionibus animam Psalmum tertium, ut multitudinem illusionum ostendat» (Inocencio III, *In Psalmum tertium ex septem poenitentialium*; véase Scaramelli, *op. cit.*, pág. 493, nota 1).

de fuerte imaginativa, y de un temperamento profundamente melancólico y fijo, que tiene clavado el entendimiento en aquellos objetos que medita.

[268] Lo mismo habéis de decir de aquel que algunos días siente extraordinario fervor y una consolación muy espiritual, conque se cree lleno de Dios; pero se engaña el pobre, porque esta gran consolación es obra de la naturaleza. Sabed que le ha acaecido una cosa muy próspera, y a él muy agradable, por la cual, dilatándose el apetito sensitivo, se ha llenado de alegría y deleite natural: con esto se ha juntado un pequeño principio de devoción, que le ha dado cierto color y tinte de espiritualidad; así que todo su fervor se reduce a un natural regocijo, teñido de devoción. ¿Queréis ver cuán verdadero sea esto? Haced que le suceda alguna cosa muy desagradable, y veréis desvanecida de un golpe toda la consolación de espíritu, entibiado el fervor, y en su lugar gran dificultad y trabajo para levantar la mente a Dios. ¡Ah! ¡Cuán fácil es confundir los impulsos que da Dios con los que da la naturaleza, y tomar por Espíritu divino nuestro espíritu humano! ¡Cuán pobres somos! Quedaremos sonrojados en el tribunal de Dios cuando veamos que las operaciones que creíamos eran plata pura de virtudes sobrenaturales, en substancia no son sino escoria vil de actos naturales, o, cuando más, baja mezcla de virtud y de naturaleza, y que quizás contribuía más la naturaleza que la virtud, como dice el profeta Isaías: «Argentum tuum versum est in scoriam, vinum tuum mixtum est aqua» (Is 1,22).

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO

Nació el 27 de septiembre de 1696 en Marianella, cerca de Nápoles. Jurista y músico, estuvo a punto de casarse con una joven muy rica. En 1723 entró en el seminario de Nápoles, y fue ordenado sacerdote. En 1732 fundó la Congregación del Santísimo Salvador para socorrer espiritualmente las zonas rurales; ésta fue hostilizada por el gobierno, pero aprobada en 1749 por Benedicto XIV con el nombre de Congregación del Santísimo Redentor. A medida que la institución se extendió, arreciaron las persecuciones regias y las disensiones intestinas, hasta el punto de que san Alfonso fue expulsado de ella en 1780. En 1787 murió en Pagani. Procuró suscitar una devoción campesina mediante poesías niñeantes, despejar el camino a la religión mediante una casuística en la cual era difícil no encontrar perdón: la dulzura era el arma con la que quería poner coto a la impiedad de su siglo, que le parecía encarnada sobre todo en el jansenismo. En la descripción de los estados místicos siguió a santa Teresa de Jesús.

Además de sus obras maestras de casuística escribió sermones y opúsculos de doctrina mística, como *La quietud para los escrupulosos*; *El amor de las almas*; *El tratado de la conformación a la voluntad de Dios*.

De «Carta sobre la utilidad de los ejercicios espirituales hechos en soledad»

[2] Ahora bien, ésta es la ruina de los hombres apegados al mundo; viven entre las tinieblas, por lo cual además, al no conocer la grandeza de los bienes y los males eternos, seducidos por el sentido, se abandonan a placeres vedados, y así míseramente se pierden. Por eso el Espíritu Santo, para que huyamos de los pecados, nos aconseja que tengamos ante los ojos las últimas cosas que nos han de suceder, a saber, la muerte, con la cual terminarán para nosotros todos los bienes de la tierra, y el juicio divino, donde habremos de rendir cuenta a Dios de toda nuestra vida: «Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis» (Si 7,40). Y en otro lugar dice: «Utinam saperent et intelligerent, ac novissima providerent» (Dt 32,29). Con las cuales palabras quiere hacernos entender que si los hombres consideraran con atención las cosas de la otra vida, ciertamente atenderían todos a hacerse santos, y no se pondrían en peligro de hacer infeliz su vida para toda la eternidad. Cierran los ojos a la luz, y así, permaneciendo ciegos, se precipitan en numerosos males. Por eso los santos pedían siempre al Señor que les diese su luz: «Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte» (Sal 13,4). «Deus illuminet vultum suum super nos» (Sal 67,2). «Notam fac mihi viam, in qua ambulem» (Sal 143,8). «Da mihi intellectum, et discam mandata tua» (Sal 119,73).

[3] Ahora bien, para obtener esta luz divina es preciso acercarse a Dios: «Accedite ad eum, et illuminamini» (Sal 34,6). Pues escribe san Agustín que, lo mismo que no podemos ver el Sol sino con la luz del mismo Sol, así no podemos ver la luz de Dios sino con la luz del mismo Dios: «Sicut solem non videt oculus, nisi in lumine solis, sic Dominicum lumen non poterit videre intelligentia, nisi in ipsius lumine». Esta luz se obtiene en los ejercicios: con ellos nos acercamos a Dios, y Dios nos ilumina con su luz. Los ejercicios espirituales no comportan otra cosa que el apartarse por algún tiempo del trato con el mundo, y retirarnos a conversar a solas con Dios. Allí Dios nos habla con sus aspiraciones; y nosotros hablamos a Dios meditando, amándolo, doliéndonos de los disgustos que le hemos dado, ofreciéndonos a servirle en el porvenir con todo amor, y rogándole que nos haga conocer su vo-

luntad y nos dé fuerza para cumplirla. Decía Job: «Nunc enim requiescerem cum regibus et consulibus terrae, qui aedificant sibi solitudines» (Jb 3,13-14). ¿Quiénes son esos reyes que se fabrican las soledades? Son, como dice san Gregorio, los despreciadores del mundo, que se separan de los tumultos mundanos para hacerse dignos de hablar a solas con Dios: «Aedificant solitudines, idest se ipsos a tumultu mundi (quantum possunt) elongant, ut soli sint, et idonei loqui cum Deo».[27] A san Arsenio, mientras estaba examinando los medios que debía poner para hacerse santo, Dios le hizo oír: «Fuge, tace, quiesce»: huye del mundo; calla, deja de hablar con los hombres y habla sólo conmigo; y así descansa en paz en la soledad. En conformidad con eso, san Anselmo, a uno que se encontraba afanado por muchas ocupaciones del siglo, y se quejaba de que no tenía un momento de paz, le escribió así: «Fuge paullulum occupationes tuas, absconde te modicum a tumultuosis cogitationibus tuis; vaca aliquantulum Deo, et requiesce in eo. Dic Deo: Eja nunc doce cor meum, ubi et quomodo te quaeram; ubi et quomodo te inveniam». Palabras todas que convienen a vuestra persona: huye, le dijo, por algún tiempo de esas aplicaciones terrenas que te hacen estar inquieto, y descansa retirado con Dios. Dile: Señor, enséñame dónde y cómo puedo encontraros, para que os hable a solas y a la vez escuche vuestras palabras.

[4] De manera que Dios ciertamente habla a quien lo busca, pero no habla en medio de los tumultos del mundo: «Non in commotione Dominus» le fue dicho a Elías (1 R 19,11), cuando fue llamado por Dios a la soledad. La voz de Dios, como se dice en ese mismo lugar... es como el silbo de un aura ligera, «sibilus aurae tenuis» (1 R 19,12), que apenas se siente, y no ya con el oído del cuerpo, sino con el oído del corazón, sin estrépito y en una dulce quietud. Eso precisamente dice el Señor por medio de Oseas: «Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus» (Os 2,14). Cuando Dios quiere atraer a sí un alma, la conduce a la soledad, lejos de las intrigas del mundo y del trato con los hombres, y allí le habla con sus palabras de fuego: «Ignitum eloquium tuum» (Sal 119,140). Las palabras de Dios se llaman palabras de fuego porque licúan al alma, como decía la sagrada Esposa: «Anima mea liquefacta est, ut (dilectus meus) locutus est» (Ct 5,6): de suerte que la vuelven dócil al gobierno de Dios y a la adopción de la forma de vida que Dios quiere de ella: palabras, en suma, eficaces y operativas, que al mismo tiempo que se dejan oír obran en el alma lo que Dios de ella requiere.

27. Gregorio Magno sobre Jb 3,13-14.

[5] Un día dijo el Señor a santa Teresa: «Oh, de qué buen grado hablaría yo a muchas almas, pero el mundo hace tanto estrépito en su corazón, que mi voz no se puede oír. ¡Oh, si se apartasen un poco del mundo!». De manera, Señor D. N. mío carísimo, que Dios quiere hablaros, pero quiere hablaros a solas en la soledad, pues si os hablase en vuestra casa, los parientes, los amigos y los quehaceres domésticos seguirían haciendo estrépito en vuestro corazón y no podríais oír su voz. Por eso los santos han dejado su patria y su casa y han ido a esconderse en una gruta o desierto, o bien en una celda de alguna casa religiosa, para encontrar allí a Dios y escuchar sus voces. Cuenta san Euquerio que una persona iba buscando un lugar donde poder encontrar a Dios; fue con tal fin a aconsejarse con un maestro espiritual, que lo condujo a un lugar solitario y después le dijo: «Aquí es donde se encuentra a Dios», sin decirle nada más: y con ello quiso darle a entender que Dios no se encuentra en medio de los ruidos del mundo, sino en la soledad. Dice san Bernardo, que mejor había conocido a Dios entre las hayas y los cerros, que en todos los libros de ciencias que había estudiado. El gusto de los mundanos es estar de conversación con los amigos para charlar y divertirse; pero el deseo de los santos es estarse en los lugares solitarios en medio de los bosques, o dentro de las cavernas, para ocuparse allí en tratar sólo con Dios, el cual en la soledad trata y habla con las almas de forma familiar, como un amigo con otro amigo: «Oh solitudo», exclama san Jerónimo, «in qua Deus cum suis familiariter loquitur, ac conversatur!». Decía el venerable padre Vincenzo Carafa que en el mundo, si hubiese tenido que desear alguna cosa, no habría buscado sino una pequeña gruta con un mendrugo de pan y un libro espiritual, para vivir siempre allí lejos de los hombres, y entenderse sólo con Dios. El esposo del Cantar alaba la belleza del alma solitaria, y la asemeja a la belleza de la tortolilla: «Pulchrae sunt genae tuae sicut turturis» (Ct 1,9). Precisamente porque la tórtola rehúye la compañía de los demás pájaros, y gusta siempre de los lugares más solitarios. Por eso es por lo que los ángeles santos admiran con gozo la belleza y el esplendor con el cual sube ornada al cielo un alma que en este mundo vivió escondida y solitaria, como en un desierto: «Quae est ista quae ascendit de deserto deliciis affluens?» (Ct 8,5)...

[7] Los mundanos que están acostumbrados a divertirse en las conversaciones, los convites y los juegos, creen que en la soledad, donde no hay tales pasatiempos, se padece un tedio insufrible; y así les sucede verdaderamente a quienes tienen la conciencia manchada de pecados, porque cuando están ocupados en los asuntos del mundo no piensan en las cosas del alma; pero cuando están desocupados, en esa soledad donde no van buscando a

Dios, inmediatamente les sobrevienen los remordimientos de conciencia, y así en la soledad no encuentran quietud, sino tedio y pena. Pero dadme una persona que vaya buscando a Dios: en la soledad no encontrará tedio, sino contento y alegría; nos lo asegura el Sabio: «Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec taedium convictus illius, sed laetitiam et gaudium» (Sb 8,16). Que no produce amargor, ni tedio el conversar con Dios, sino alegría y paz. El venerable cardenal Bellarmino, en el tiempo de veraneo, en el cual los demás cardenales iban a divertirse a las villas, se iba a una casa solitaria a hacer los ejercicios durante un mes, y decía que ésa era su vacación, y allí ciertamente encontraba más delicias su espíritu, que los demás en todos sus pasatiempos. San Carlos Borromeo hacía los ejercicios dos veces al año, y en ellos encontraba su paraíso; mientras estaba haciendo un año estos ejercicios en el monte de Varallo, le sobrevino la última enfermedad que lo llevó a la muerte. Así precisamente decía san Jerónimo que la soledad era el paraíso que él encontraba en esta tierra: «Solitudo mihi paradisus est».

[8] Pero, ¿qué contento, dirá alguno, puede encontrar una persona, estando sola y no teniendo con quién hablar? No, responde san Bernardo, no está solo en la soledad aquel que en ella va buscando a Dios; porque allí Dios mismo lo acompaña, y lo tiene más contento que si tuviese la compañía de los primeros príncipes de la tierra. Yo, escribe el santo Abad, nunca estaba menos solo, que cuando estaba solo: «Nunquam minus solus, quam cum solus». El profeta Isaías describe las dulzuras que Dios hace experimentar a quien va a buscarlo a la soledad: «Consolabitur Dominus Sion, et consolabitur omnes ruinas ejus; et ponet desertum ejus quasi delicias, et solitudinem ejus quasi hortum Domini. Gaudium et laetitia invenietur in ea, gratiarum actio, et vox laudis» (Is 51,3). El Señor sabe ciertamente consolar al alma retirada del mundo: él le compensa dobladas mil veces todas las pérdidas que sufre de los placeres mundanos; hace que la soledad se le convierta en un jardín de delicias donde ella encuentra una paz que sacia, pues no hay allí tumulto mundano, sino que sólo se encuentran allí acciones de gracias y alabanzas a ese Dios que así la acaricia. Si no hubiese otro contento en la soledad, que el contento de conocer las verdades eternas, esto solo bastaría para hacerla sumamente deseable. Son las verdades divinas las que, conocidas, sacian el alma, y no las vanidades mundanas, que son todas mentiras y engaños. Ahora bien, éste precisamente es el gran placer que se encuentra en los ejercicios hechos en silencio: allí con clara luz se conocen las máximas cristianas, el peso de la eternidad, la fealdad del pecado, el valor de la gracia, el amor que Dios nos tiene, la vanidad de los bienes terrenales, la locura de quienes para adquirirlos pierden los bienes eternos y se ganan una eternidad de penas.

[9] Por eso sucede luego que la persona, a la vista de tales verdades, pone los medios más eficaces para asegurar su eterna salvación, y se eleva sobre sí misma, como dice Jeremías: «Sedebit solitarius, et tacebit, quia levavit se super se» (Lm 3,28). Allí, apartándose de los afectos terrenos, se acerca a Dios con las oraciones, con los deseos de ser toda suya con las ofrendas de sí misma, y con otros reiterados actos de arrepentimiento, de amor, de entrega, y así se encontrará elevada sobre las cosas creadas, de manera que se reirá de los que tanto estiman los bienes de este siglo, mientras que ella los desprecia, sabiéndolos demasiado pequeños e indignos del amor de un corazón creado para amar un bien infinito, que es Dios. Es cierto que quien sale de los ejercicios, sale muy distinto y mejor de como entró.

SAN PABLO DE LA CRUZ

Nació en Ovada el 3 de enero de 1694 (su apellido era Daneo), se hizo religioso en 1720 y en 1738 fundó en el monte Argentario el primero de sus Retiros, obteniendo en 1741 la aprobación pontificia de su Congregación de los pasionistas. En 1775 murió en Roma.

En 1924 fueron publicadas sus cartas de dirección espiritual. Fue el último en sentir de modo intacto la religiosidad antigua en Italia, y ya en su estilo se insinúa a trozos un barrunto de melindre: el uso ya no genuino, ni plástico, sino sentimental, de los diminutivos en general y de los cariñosos en particular es su síntoma.

DEL «EPISTOLARIO»

A la marquesa Doña Marianna della Scala del Pozzo-Retorto

[V] Espero, si Dios quiere, cuando V. S. Ilma. me autorice a ello, escribirle una carta, pero todo lo larga que pueda; verdad es que quiero que primero pase por la santa oración, antes de escribirla. Sobre lo que se complace en decirme en torno a su espíritu, le digo franquísimamente que todo el mal nace del dejar la santa oración: no se espante, sin embargo, y confíe mucho en Dios; le doy esta buena nueva: que la divina Misericordia ha preparado grandes riquezas y santas luces para su alma. De suerte que es ne-

cesario que usted acuda a menudo a este caro Padre, por medio de la santa oración, a fin de enamorarse cada vez más de él y recibir sus celestes riquezas para agradarle.

Vuelvo a decir: es necesario que haga oración, porque está sujeta a muchos eventos; y para recibir todo con resignación y sufrir con fortaleza, es preciso ir a menudo a alimentarse en la santa oración, a alimentarse, digo, de ese maná escondido que S. D. M. da a quien persevera en este celestial ejercicio.

No le entren, sin embargo, escrúpulos, ni se deje enturbiar el espíritu cuando por alguna lícita causa sea preciso que la deje, ni intente filosofar examinando si la causa era necesaria o no: basta que le parezca prudentemente así. Si puede, retómela en otro momento.

No deje la oración por ninguna aridez ni aflicción. Estése delante de su Dios, mejor dicho, toda abismada en su amor, desprendida de todo contento. Cuando se encuentre así, ayúdese con arranques amorosos, de vez en cuando, como: «¡Ah, Dios mío, mi verdadero Bien, vuestra soy!», y después estése así en paz en su presencia aun cuando no pueda meditar, que no importa; y acerca de estos afectos o arranques amorosos, no los haga forzando el espíritu, sino dulcemente, porque ahora no precisa regularse como al principio; y si después le parece no haber hecho bien alguno, no se apene por ello: alégrese de ser tan pobre y necesitada ante Dios y de que sólo él sea infinitamente rico, que la puede enriquecer en un momento.

Además destierre la melancolía de su corazón; y aun cuando caiga en algún defecto, no se conturbe nunca, que sería peor que el defecto mismo, sino que, humillada ante Dios, háblele con amor filial, por ejemplo diciendo: «¡Ah, querido Padre mío, ved cómo os trata una hija vuestra!; ¡ah, cuánto lo siento!», y después levante su corazón e inmediatamente alégrese en Dios con alguna aspiración.

A Agnese Grazi Orbetello

[XVIII] Hija mía en Cristo:

Recibí ayer su carta, y veo que las cosas van como suelen; de suerte que de aquí en adelante no es necesario escribir tan al detalle todas esas imaginaciones que no sirven para nada en absoluto, las cuales nacen en buena parte de su mente débil y de su imaginación demasiado viva. Por tanto bastará decir: la oración va como suele, con las elevaciones como antes; y los efectos que produce los dirá brevemente. Cuando haya cosas muy extra-

ordinarias, como locuciones claras y fuertes en el corazón, inteligencias, etc., entonces las dirá distintamente. ¡Oh, cuánto me agradan las almas que caminan en pura fe, en ese verdadero abandono en las manos de Dios! ¿Para qué sirven esas imaginaciones de ver a sor Lilia u otras cosas?, ¿y ver cristales con cintas, como me escribió la otra vez? ¡Oh!, que son cosas inútiles donde el diablo juega malas pasadas. No tiene prisa el maligno, va poquito a poco para más engañar. Estas visiones, elevaciones, esplendores, cuanto más frecuentes, más sospechosos.

Por tanto, es óptimo, dice un gran santo, rechazarlas siempre, expulsarlas con constancia, no fiarse de ellas, máxime en las mujeres, donde es más viva la imaginación; haciendo así se hace bien, pues, si son cosas de Dios, aun cuando se expulsen, surtirán siempre su efecto; si del diablo, lo cual es más fácil, expulsándolas se libra del engaño.

No obstante, necesita caminar en buena fe y, sin inquietarse ni turbarse, hacer su parte y después fiarse de Dios, y llevar adelante la oración, pero lo más en fe que sea posible. El diablo intenta imitar a Jesús, a María y a los ángeles.

[XIX] No hay nada que agrade más a Dios que el anonadarse y abismarse en la nada, y esto espanta al diablo y lo hace huir. Esto es preciso hacerlo con dos ojeadas de fe, una a la inmensa Majestad de Dios, y la otra a nuestra nada. Pero se debe hacer con espíritu quieto y posado, sin estridencias internas. El no creerse a sí mismo ni a las imaginaciones, esplendores, locuciones, es la vía más segura.

Y quien hiciese al contrario erraría y sería engañado; cuando las locuciones son externas, son más peligrosas, y aunque se oigan cosas santas, es preciso no fiarse, sino rechazarlas; como la que oyó: ¡fe, fe!, u otras, aun cuando causen alguna quietud, es preciso no hacer caso de ellas, porque también el diablo puede causar quietud, pero falsa y de poca duración.

Las gracias y dones de Dios al principio suelen ocasionar un sacro temor, aunque no siempre, sino por lo general; y luego poco a poco iluminan el entendimiento, inflaman con gran ardor la voluntad en el amor de Dios, vuelven la inteligencia celestial, causan efectos admirables: elevación de la mente a Dios, amor de las almas y celo, amor a la virtud, al padecimiento, un sumo anonadamiento, una sujeción a todos. ¡Oh, hija mía! ¡Quién puede explicar las riquezas inmensas que traen al alma los dones de Dios! Basta: yo le aseguro en nombre de Jesús y de María, que en lo esencial no está usted engañada; hay alguna cosa de su espíritu, sí, y si allí se inmiscuye alguna vez el enemigo, hasta ahora no ha conseguido nada. Que siga así.

Quisiera que me hubiese dado cuenta de si hizo en el refectorio aquel acto de humildad que le dije, y del modo en que le escribí, y cómo fue la cosa.

Me gozo de que Dios la visite con dolores. ¡Oh, cuánto, pero cuánto me gozo de ello! Viva Jesús: quiero, no obstante, que cuando se sienta tanto dolor de pecho, permanezca sentada en la oración, pero un poco baja.

[XLIII] Hijita mía en Jesús crucificado:

Estoy a punto de partir para Piombino, y, como no tuve tiempo de decirle algunas cosas necesarias, le escribo este billete y le digo que, cuando tome el crucifijo en la mano para detenerse en santos afectos y besos de devoción, nada más que haya hecho su devoción se abandone inmediatamente en el inmenso mar del divino amor, entrando por la puerta del Corazón purísimo de Jesús en pura fe, sin imágenes, y se encierre toda en ese gran *Sancta Sanctorum*, y allí se pierda toda en ese piélago sin fondo de la infinita caridad de Dios, elevándose a la contemplación de las infinitas grandezas, bellezas, riquezas, del Sumo Bien, complaciéndose en él, deshaciéndose en ese gran fuego, como un grano de cera, poniéndose sobre el ramillete de aromas que son las penas de Jesús, y allí arda toda, se incinere toda víctima de holocausto.

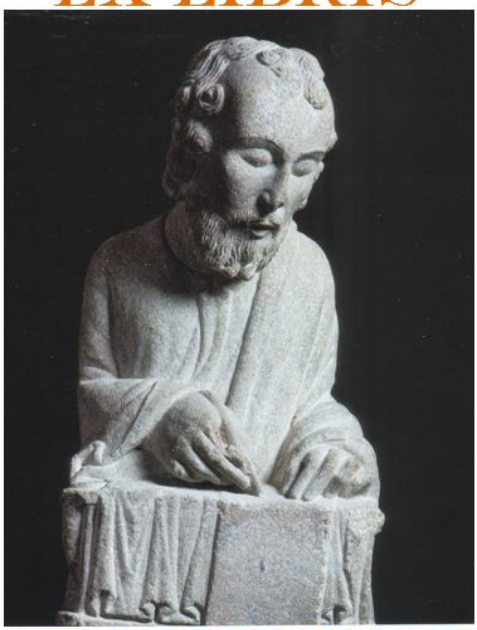
Todo eso lo debe hacer en pura fe, en ese gran Corazón, y toda abismada en la infinita divinidad, y ¿quién prenderá fuego al ramillete de aromas? ¿Sabe quién? Será aquel mismo fuego de amor que hizo padecer tanto a nuestro dulce Jesús. Aprenda esta lección en la escuela del verdadero anonadamiento y habrá aprendido grandes cosas. Luego, si el diablo alborotase con tentaciones y con imaginaciones, como me dijo, no haga más caso de ello que de una mosca, y sobre todo corte de inmediato cuando al besar el crucifijo le parezca que es de carne; corte de inmediato y proceda en fe, que el diablo podría hacer un gran engaño.

Además le digo que continúe las oraciones por mí y mis compañeros del Retiro y por la conversión de las almas, y camine en pura fe, cortando siempre las imaginaciones y ciertas cosas materiales, como he dicho antes, porque así se rehúyen los engaños.

Hijita en Jesucristo, no pierda de vista su nada. Déjese despreciar, escarnecer, y deje que digan lo que quieran; y si la corrigen en alguna cosa, no se justifique, sino permanezca callada, tranquila y muerta, ciega, sorda y muda.

[XLV] Mucho ánimo, Agnese, que Dios llevará a término la obra comenzada: deje que la pobre mariposilla se queme entera y se incinere en esa luz amorosa del horno dulcísimo del Corazón amoroso de Jesús; e, inci-

nerada, deje que esa poca ceniza de nuestra nada se abisme, se pierda, se consuma, por decirlo así, entera en ese abismo de infinita bondad de nuestro Dios, y allí, derretida de amor, haga fiesta continua, con cánticos amorosos, con sacras complacencias, con sueños de amor, y en este mar nade bien a fondo, que encontrará otro gran mar, el de las penas de Jesús y los dolores de María Santísima; y este mar tiene su origen en aquel inmenso mar del amor de Dios.

* EX LIBRIS *

ARMAUIRUMQUE

Segunda parte

MÍSTICOS INGLESES DE LA EDAD MODERNA

JOHN DONNE

Nació, hijo de un comerciante católico, en Londres en 1573. Estudió en Oxford y Cambridge suscitando admiración, pero no pudo graduarse por ser católico. No permaneció en esta confesión por mucho tiempo, y se enredó en amores violentos y tales que le aconsejaron embarcarse con el conde de Essex en la expedición contra Cádiz y las Azores; quizás hizo también viajes a España e Italia. En 1598 pasó a ser secretario de Sir Thomas Egerton. Se enamoró de la hija de un amigo de Sir Thomas, Sir George More de Loxly, y se casó con ella en secreto, provocando la ira del padre. Fue expulsado de la casa de Sir Thomas y arrojado en prisión, donde permaneció algún tiempo. Liberado, soportó la pobreza hasta que Sir Francis Wooley lo tomó bajo su protección. Su vocación eclesiástica se había evidenciado ya desde hacía tiempo, y las poesías eróticas, a partir de cierto momento, tienen los acentos del éxtasis místico, por lo cual la unión carnal aparece como liberación de un príncipe prisionero, transformación del cuerpo en materia sutil. Pero Donne permaneció vacilante mucho tiempo; entre tanto, tras la muerte de Sir Francis, se instaló en casa de Sir Robert Drury junto con la familia de once hijos que había formado. El rey

Jacobo I animó su vocación sacerdotal, y Donne pronunció en 1616 su primera predicación en Whitehall. Su mujer murió en 1617. En 1631, sintiéndose próximo a morir, se envolvió en el sudario y se hizo retirar. Hacía treinta y tres días que había pronunciado su gran sermón *Death's Duell.*

En vida publicó libelos antijesuíticos y *An Anatomie of the World*, *Of the Progress of the Soul*, sermones. Otros sermones y los poemas se publicaron de forma postuma, entre 1633 y 1661.

De «Sonetos sacros»

[X] ¡Demuele mi corazón, Dios en tres personas! Por ahora
a él sólo llamas, en él alientas y resplandeces
o buscas ponerle remedio.
Pero para que surja y resista, vuélveme del revés y aplica tu fuerza
a destrozarme, reventarme, quemarme y hacerme nuevo.
Como usurpado, a otro debido, yo me afano
en hacerte entrar, pero ¡ay!, sin fortuna.
La razón, tu virrey en mí,
me debería defender, pero es prisionera y se muestra
débil o infiel.
Sin embargo, tiernamente te amo y querría ser
por ti amado. Pero fui prometido a tu enemigo.
Sepárame, deshaz o rompe tú ese nudo;
llévame de aquí, aprisióname: si tú
no me encadenas no seré nunca libre,
nunca casto si tú no me violentas.

La cruz

Puesto que Cristo abrazó la cruz, ¿osaré yo
negar su imagen, figura de la cruz?
¿Osaré aprovechar el sacrificio
y desdeñar el altar preferido?
Él cargó con todos los demás pecados,
pero ¿es justo que con el pecado de desdeñarlo cargue?
Y quien aparte sus ojos de la imagen, ¿cómo
escapará a sus penas, que allí arriba murieron?

Ningún púlpito, ninguna infundada ley,
ningún escándalo quitará de mí esta cruz;
no será, no pudiendo ser: que la pérdida
de esta cruz para mí sería otra cruz;
sería peor lo mejor, pues no existe aflicción,
ni cruz tan extrema, como no tener cruz.
¿Quién podrá borrar la cruz que el ministro
de Dios instiló sobre mí en el sacramento?
¿Quién me niega el poder y libertad
de extender los brazos, de ser mi misma cruz?
Nada: a cada brazada eres tu cruz;
palo mayor y antena la forman
cuando es fiero el mar: inclina los ojos
y mira cruces en las cosas mínimas,
álzalos, y mira pájaros levantados sobre alas en forma de cruz.
La forma de cada globo y esfera no es otra
que meridianos en cruz con paralelos.
Son buena medicina las cruces materiales,
pero las espirituales tienen dignidad extrema.
Sirven como medicina de química extractiva
y mucho mejor curan e igualmente preservan.
Entonces eres tu médico tú mismo —o no sirve el médico—,
si eres aplacado y purgado por la tribulación.
Puesto que cuando la cruz, sin que tú por ello murmures,
se aferra a ti, tú mismo eres en ti un crucificado;
e igual que los grabadores no tallan rostros
sino que quitan lo que allí los esconde,
deja que las cruces quiten cuanto Cristo celaba
en ti, y sé su imagen —o, si no, sé él.
Pero, lo mismo que los alquimistas son a menudo impostores,
así el desprecio de sí genera vanagloria,
y lo mismo que el mejor alimento provoca indigestión,
así es el orgullo nacido de la humildad
que, además de hijo, es monstruo. Por tanto signa
con cruces tus alegrías, o será doble pérdida.
Haz la cruz en tus sentidos, o tú junto con ellos
pereceréis bien pronto, yendo a la ruina.
Que si el ojo busca los objetos agradables, y de los amargos
no quiere cruces, a la serpiente no escapa.

Así con lo áspero, lo duro, lo ácido, lo fétido, signa
cruces sobre los demás sentidos: hazlos todos
indiferentes, y no llames a nada lo mejor.
Pero más necesita la cruz el ojo, que puede vagar,
moverse: a los demás sentidos debes acercar el objeto.
Y sobre tu corazón haz la cruz; que él
sólo en el hombre apunta hacia abajo y palpita:
haz la cruz en la pena cuando tiende a la tierra,
y cuando prohibidas alturas anhela.
Y lo mismo que por las óseas paredes tu cerebro
espira por las suturas, que tienen forma de cruz,
así cuando tu cerebro trabaja, aun
antes de pronunciar palabra, haz la cruz
corrigiendo cualquier libídine de ingenio.
Sé ávido de cruces, no renuncies ni a una sola,
no des una cruz a nadie, sino en todos hazte cruz.
Entonces dará fruto el corazón de Jesús
en nuestros corazones, si mucho e inermes amamos
las imágenes de esa cruz —y, como mayor cuidado,
esos hijos de la cruz que son nuestras cruces.

Himno a Cristo
en la última partida del autor para Alemania

Sea cual sea el desbaratado bajel en el que yo me embarque,
de él haré el emblema de tu Arca.
Sea cual sea el mar que me engulla, ese oleaje
será para mí el emblema de tu sangre.
Y si tu rostro ocultas con nubes de ira,
a través de la máscara reconozco los ojos
que, aun cuando se apartan alguna vez,
nunca despreciarán.

A ti esta isla sacrifico
y a todos cuantos en ella amé y me amaron;
cuando haya puesto entre ellos y yo nuestros mares,
pon tu mar entre mis pecados y tú.
Lo mismo que la savia de los árboles en el invierno

busca la honda raíz, en mi invierno
desciendo ahora, donde a ti sola, eterna
raíz de amor verdadero, me será dado conocer.

Ni tú ni tu religión frenáis
la afectuosidad de un alma armoniosa,
pero tú quieres ese amor para ti: y como tú,
mi celoso Señor, ahora estoy yo celoso.
Tú no amas, si de amar en otro lugar no libras
a mi alma: quien da, libertad toma.
Si no te importa de lo que amo,
¡ay de mí!, no me amas.

Suspende, pues, el decreto de mi separación del Todo
que recibió esos rayos más pálidos de amor.
Esposa a ti aquellos amores en que juventud dispersó
su fama, ingenio y esperanzas (falsas amantes).
Mejor se reza en iglesias con poca luz:
para ver a Dios solo me quito de la vista
y para escapar a días procelosos
escojo una noche sempiterna.

Himno a Dios, mi Dios, en mi enfermedad

Puesto que vengo a la sagrada estancia
donde por siempre con tu coro de ángeles
seré hecho música tuya, puesto que vengo,
afino mi instrumento aquí a la puerta
y lo que entonces deberé hacer pienso
antes de la hora.

Mientras mis médicos, por su amor,
se han convertido en cosmógrafos y yo
en su mapa, extendido sobre este lecho,
de manera que ellos muestren cómo
pueda yo descubrir aquí mi paso al sudoeste
—*per fretum febris*, por
estos estrechos morir—,

yo exulto, porque en tales estrechos veo
mi occidente; pues, si sus
corrientes pasan y jamás retornan,
¿cómo me heriría mi occidente?
Lo mismo que oriente y occidente en todo mapa
plano (y yo lo soy) son una misma cosa,
la muerte toca la resurrección.

¿Es mi casa el Pacífico? ¿O son
los tesoros del este? ¿Jerusalén?
Magallanes, Aniano, Gibraltar,
todos los estrechos, y nada sino los estrechos
llevan a ellos, sea donde Jafet,
Sem o Cam habitan.

Creamos en el paraíso y el Calvario,
en la cruz de Cristo y el árbol de Adán
crecidos en un solo punto. Mi Señor,
mírame y ve en mí juntarse los dos Adanes:
lo mismo que al primero, el sudor me circunda
el rostro. Pueda la sangre del segundo
ceñir mi alma.

Así, Señor, envuelto en esa púrpura
recíbeme, y por sus espinas dame
la otra corona; y lo mismo que a otras almas
predicaba yo tu Verbo, sea éste mi sermón,
mi texto para la mía: para que se levante
la vuelve del revés el Señor.

De los «Sermones»

«Muerte y vida están en poder de la lengua», dice Salomón (Pr 18,21), en otro sentido, y también en éste: si mi lengua, movida por mi corazón, y por mi corazón enraizado en la fe, puede decir: «Non moriar, non moriar» (Sal 118,17); si puedo decir (y mi conciencia no me dice que me engaño sobre mi propio estado), si puedo decir que la sangre de mi Redentor corre por mis venas, que el aliento de su Espíritu anima todos mis propósitos,

que todas mis muertes tienen su resurrección, todos mis pecados sus remordimientos, todas mis rebeliones sus reconciliaciones, no quiero ya pensar en esa cuestión cual se entiende *de morte naturali*, en torno a la muerte natural: yo sé que de tal muerte debo morir, ¿y qué me importa? —ni *de morte spirituali*, la muerte de pecado: sé que debo morir y que moriré de tal muerte; ¿por qué he de desesperarme?—, sino que encontraré otro género de muerte, *mortem raptus*, una muerte de rapto y de éxtasis, la muerte de la que san Pablo más de una vez murió, la muerte de la cual san Gregorio habla, «divina contemplatio quoddam sepulchrum animae», la contemplación de Dios y del cielo es una especie de sepultura, de inhumación y de descanso del alma, y en esta muerte que es rapto y éxtasis, en esta muerte que consiste en la contemplación de los vínculos que me ligan a mi Salvador, me encontraré a mí mismo junto con todos mis pecados inhumado y sepultado en las heridas de El, y como un lirio en el paraíso, por encima de la tierra roja, veré a mi alma prorrumpir de su cáliz, con un candor y una inocencia que allí se encuentran condensadas, aceptables a la vista de su Padre.

El duelo de la muerte

«Nuestro Dios es un Dios que salva; el Señor Dios libra de la muerte» (Sal 68,21)...

Ante todo consideramos el *exitus mortis* como *liberatio a morte*, ya que junto al Señor Dios están las salidas de la muerte, por eso en todas nuestras muertes y mortales calamidades de esta vida podemos justamente esperar una buena salida por obra suya. Y todas nuestras etapas y transiciones en esta vida son otros tantos pasos de muerte a muerte; nuestro mismo nacimiento y entrada en esta vida es un *exitus a morte*, una salida de la muerte, ya que estando nosotros en el útero de nuestra madre muertos hasta el punto de que nuestra conciencia de estar vivos no es mayor de la que tenemos durante el sueño, no hay tumba angosta ni cárcel más mefítica que el útero si en él permaneciésemos más de lo debido, o allí muriésemos antes del tiempo. En la sepultura los gusanos no nos matan, sino que nosotros generamos, alimentamos y después matamos los gusanos que produjimos. En el útero, el hijo muerto mata a la madre que lo produjo, y es asesino, mejor dicho parricida, incluso después de muerto. Y si no morimos en el útero ni matamos estando muertos a la que nos dio la vida inicial, nuestra vida vegetal, estamos muertos, sin embargo, como muertos es-

tán los ídolos de David.[1] En el útero tenemos ojos y no vemos, oídos y no oímos; allí en el útero somos aptos para las obras de las tinieblas (Ef 5,11), siempre privados de la luz, y allí en el útero se nos enseña la crueldad, al alimentársenos con sangre, y podemos ser condenados aun cuando no lleguemos a nacer jamás. De nuestra misma creación en el útero dice David: «Soy formado estupenda y maravillosamente» (Sal 139,14), y: «Este conocimiento es demasiado para mí» (Sal 139,17), porque también él es «obra de Dios» y «admirable a nuestros ojos» (Sal 118,23); «Ipse fecit nos» (Sal 100,3): es Él quien nos ha hecho, y no nosotros mismos, ni tampoco nuestros padres; «Tus manos me hicieron y plasmaron», dice Job, y (como indica el texto) «Te has preocupado por mí», y sin embargo «me destruyes» (Jb 10,8). Aun cuando yo sea la obra maestra (tal es el hombre) del gran Maestro, si cesas de formarme, si me dejas donde me hiciste, se seguirá mi destrucción. El útero que debía ser la casa de la vida se convierte en la muerte misma, si Dios nos abandona allí...

Pero este *exitus a morte* es sólo *introitus in mortem*, esta salida o liberación de esa muerte, la muerte del útero, es una entrada, un pasar a otra muerte, a las múltiples muertes de este mundo. Tenemos un sudario en el útero de nuestra madre, que crece con nosotros desde nuestra concepción, y venimos al mundo envueltos en él, porque venimos a buscar una tumba. Y como prisioneros absueltos, pero sin dinero para el rescate, también nosotros, aunque expulsados de la matriz seguimos unidos a ella por cuerdas de carne, un bramante tal, que no podemos irnos ni quedarnos; celebramos con llantos nuestro funeral ya al nacer, como si nuestros «setenta años de vida» se hubiesen gastado en los trabajos maternos, y en nuestro círculo concluso en su primer punto imploramos nuestro bautismo con otro sacramento, con lágrimas... Mientras estemos en el cuerpo, estamos de peregrinación y ausentes del Señor, y aun cuando el Apóstol no quisiese decir «morimur», es decir, que mientras estemos en el cuerpo estamos muertos, dijo sin embargo «peregrinamur» (2 Co 5,6), y bien habría podido decir que estamos muertos siendo este mundo un cementerio universal, sí, pero una sola fosa común, y la vida y el movimiento que en él tienen las personas más excelsas son apenas como la sacudida que en los cuerpos sepultados en la tumba produce un terremoto. Lo que llamamos vida es *hebdomada mortium*, semana de muertos, siete días, siete etapas de nuestra vida gastados en morir, un morir siete veces sucesivas.

1. Giorgio Melchiori anota: «Los falsos ídolos de los que se habla en los Salmos de David, "que tienen boca y no hablan, ojos y no ven"» (Sal 115,5); véase J. Donne, *Selected Poems*, *Death's Duell*, ed. a cargo de G. Melchiori, Bari, Adriatica, 1957.

y hay un fin... Ni la juventud de la infancia, ni la edad madura de la juventud, surgen como un fénix de las cenizas de otro muerto anteriormente, sino, como avispa o serpiente, de la carroña, o, como reptil, del fimo...

Dios gobierna con reglas, y no con ejemplos; por eso, no lleguéis a conclusiones erróneas acerca de la suerte de quien muere de muerte súbita o de enfermedad, aun cuando pronuncie palabras desconfiadas o sin fe en la misericordia de Dios. El árbol yace tal como cae, es verdad, pero no es el último golpe el que lo abate, ni la última palabra o suspiro lo que cualifica al alma... Nuestro día crítico no es el de la muerte, sino todo el curso de nuestra vida. Doy las gracias a quien reza por mí cuando suena la campana, pero tanto más doy las gracias a quien me catequiza o predica o me instruye sobre cómo vivir... Dios no dice: «Vive bien y morirás bien», es decir, una muerte fácil y tranquila, sino «vive bien aquí y vivirás bien eternamente». La primera parte de la frase se opone ciertamente a la última, y no respeta ni atiende al paréntesis intermedio; así, una vida buena fluye hacia una vida eterna sin atender al modo de la muerte...

No ha habido nada más libre, voluntario ni espontáneo que la muerte de Cristo. Es verdad, *libere egit*, murió voluntariamente, pero cuando consideramos el contrato estipulado entre su Padre y Él, existía un *oportuit*, cierta necesidad que sobre Él pesaba. Todo eso requería que Cristo sufriese... Pero ¿qué cosa de poca monta estimó Él esta necesidad y este morir? El Padre lo llama «una herida», y una herida del talón («la serpiente lo herirá en el talón»[2]), sin embargo la serpiente había provocado su muerte. Él mismo lo llama sólo un bautismo, como si después hubiese de estar mejor... Y este bautismo era su muerte. El Espíritu Santo lo llama alegría: «Por la alegría que le fue puesta delante soportó la cruz» (Hb 12,2)...

¿Eres feliz de venir a esta inquisición, examen, agitación, criba, persecución de tu conciencia para cernerla, siguiéndola desde tus pecados de juventud a los presentes, desde los pecados de tu lecho a los de tu mesa, y desde la sustancia a la circunstancia de tus pecados? Éste es un tiempo gastado como el de tu Salvador. Pilato habría querido salvar a Cristo, valiéndose en favor de éste del privilegio de la jornada, porque aquel día se liberaba a un prisionero, pero ellos eligieron a Barrabás. Él lo habría salvado de la muerte, y habría aplacado la furia de ellos infligiéndole otros tormentos, azotándolo y coronándolo de espinas, y cargándolo de contumelias escarnecedoras e ignominiosas; pero ellos no le prestaron atención y reclamaron que fuera crucificado. ¿Has procurado redimir tu pecado

2. Es la palabra del Creador a la serpiente (Gn 3,15).

con el ayuno, con limosnas, disciplinas y mortificaciones, como satisfacción ofrecida a la justicia de Dios? No bastará, no es la vía adecuada; nosotros reclamamos una completa crucifixión del pecado que te gobierna; y esto te conforma a Cristo. Pilato no pronunció juicio sobre nadie, y de tal modo se apresuraron a la ejecución, que por la tarde ya estaba El sobre la cruz. Y hete aquí que ahora pende sobre la cruz ese sagrado cuerpo rebautizado en sus mismas lágrimas y en su sudor y en el bálsamo de su sangre viva. Ahí están las entrañas de compasión, que son tan conspicuas y evidentes, que se pueden ver a través de las heridas. Allí desfallecieron en su luz aquellos gloriosos ojos, de suerte que el Sol, avergonzado de sobrevivir, se separó también él de su luz. Y entonces aquel Sol de Dios, que no estuvo nunca lejos de nosotros, aunque había venido a nosotros por un camino nuevo al asumir nuestra naturaleza, libera el alma (que no estuvo nunca fuera de las manos de su Padre) de un modo nuevo, con una voluntaria emisión en las manos del Padre, porque, aun perteneciendo a Dios nuestro Señor estas salidas de muerte, por las cuales, ateniéndose al contrato, Él debía necesariamente morir, sin embargo no devolvió el alma por ningún desgarrón o golpe inferido a su sagrado cuerpo, sino que *emisit*, devolvió el espíritu, y, lo mismo que Dios insufló un alma en el primer Adán (Gn 2,7), así este segundo Adán insufló en Dios su alma, en las manos de Dios. Y aquí os dejamos en esa bendita dependencia, a pender de quien pende de la cruz, bañaos allí en sus lágrimas, chupad sus heridas y yaced en paz en su sepulcro, hasta que os conceda la resurrección y la ascensión a aquel Reino que para vosotros ha comprado al inestimable precio de su sangre incorruptible. Amén.

ROBERT FLUDD

Nació en Milgate (Kent) en 1574, hijo de un tesorero de la reina Isabel. Estudió en Oxford y viajó por Europa; practicó la medicina y al parecer inventó el barómetro. Sintió la influencia de Paracelso, pero supo liberarse de la jerga y de la confusión ampulosa del maestro. Perteneció a la fraternidad de los rosacruces. Mantuvo ásperas polémicas con Kepler, Mersenne y Gassendi como último maestro de las antiguas doctrinas. Murió en 1637.

Entre sus obras, dejando aparte las polémicas y las apologéticas de la Rosacruz, están: *Utriusque cosmi technica et historia* (1617); *Monochordon mundi symphoniacum* (1620); *Philosophia sacra* (1626); *Medicina catholica* (1626); *Anatomiae theatrum* (1629); *Integrum morborum mysterium*

(1631); *De morborum signis* (1631); *Clavis philosophiae et alchimiae fluddianae* (1633); *Philosophia mosaica* (1638); *Pathologia demoniaca* (1640).

La Qabbālāh inspira rígidamente todas las obras de Fludd; extrañamente precursora es su antítesis, ya nietzschieana, de Dioniso y Apolo.

De «Medicina católica»

Del nacimiento de la vida supraceleste y de la salud

[I, 1] Tan oculta y oscura es la naturaleza de la mónada sacrosanta, y tan incógnita por su origen y antigüedad, tan imperceptible e incomprensible es su esencia, que no se capta qué es, ni cuánto es, ni qué cosa es, sino que se concibe como un ente trascendente, cerrado en sí mismo, que consta de sí, en cuyo lugar se encontraría todo eso. Por tanto, los más doctos en las leyes de la verdadera sabiduría concluyeron que esta infinitud, cuando estaba contraída e inerte sobre el abismo de las tinieblas se llamaba «nada» o «no-ente» o «no-fin»; así pasa: nosotros, escasos de entendimiento como somos, respecto a las cosas divinas, consideramos inexistentes las cosas no aparentes.

Esta unidad indivisible llevó a la luz las cosas emergidas con la creación, gracias a su propiedad manifiesta, mientras que con su disposición oculta y latente escondió las cosas que no son. La única, estupenda, nunca suficientemente admirada virtud o naturaleza central suya, contrayendo en sí sus rayos, convierte en nada las cosas que son, es decir, las deja tenebrosas y deformes; en ellas, sin embargo, es inmanente una divina potencialidad gracias a la cual pueden actuarse, por voluntad de esta virtud que se esconde. Las cosas vanas y vacuas se llaman tinieblas porque casi no están en absoluto formadas ni dotadas de luz divina, siendo la forma lo que confiere el nombre y el ser a cada cosa, como dijo Job: «Dios extendió el aquilón sobre lo vacío e inane, y sobre él suspendió la tierra» (Jb 26,7), y Moisés llamó vana y vacua la tierra.... Por eso las tinieblas son simplemente la contracción de la luz, o sea, de los rayos de la mónada simple e increada.

Todas las cosas simples son raíces, cuadrados o cubos, o constan de ellos. A las raíces pertenecen todos los principios de las cosas; a los cuadrados, las cosas simples y espirituales ya principiadas; a los cubos, las cosas que constan de cosas principiadas simples, como por ejemplo los cuerpos. Geométricamente, se encuentra la línea, inicio de las tres dimensiones, que es raíz; la superficie, es decir, las líneas extendidas, correspondiente al cua-

drado; el cuerpo geométrico que es respectivo al cubo, nacido de la multiplicación del cuadrado y la raíz.

[I, 5] La frialdad es inmanente, prole y compañera de la masa informe y tenebrosa, y por eso esta cualidad fría no abandona la materia potencial extraída de las entrañas del caos tenebroso sino en fuerza de la cualidad opuesta, es decir, del calor, compañero de la luz; pero a medida que el calor disminuye, ella vuelve por natural inclinación a su sujeto, de manera que una cualidad se define como ausencia de la otra...

En efecto, la experiencia cotidiana enseña que la cálida prole del principio luminoso agrega las cosas homogéneas, y disgrega a medida que las calienta las heterogéneas, dilatando, sutilizando, rarefaciendo, digiriendo, madurando, exaltando, fijando y perfeccionando, restaurando por ser beneficiosa para la vida de las criaturas, viva y veloz en su actividad, de manera que consuma cuando penetra y sutiliza, o mejor: disuelve en las partes menudísimas; al contrario el frío, compañero del principio de las tinieblas, en todas las cosas se opone a esa descendencia de la luz... Siendo la frialdad generadora y fuente de las tinieblas, o materia inane y sólo potencial, y siendo el punto primordial de este principio luminoso la mónada oculta, o Dios escondido (*ālef* tenebroso lo llamaron los cabalistas, por cuanto refleja en sí mismo sus rayos, es decir, sus actos), se sigue que este abismo, sobre el cual por las razones mencionadas estaban las tinieblas, estaba privado de movimiento, y por tanto de calor, y no estaba iluminado ni tenía acto ni se movía ni era alterado por el calor, sino que estaba ajeno a la luz, el acto, el calor, el movimiento en su naturaleza, y por eso Moisés lo estimaba inane y vacío.

[I, 10] La voluntad de la mónada radical está en su Verbo, que es único en cuanto raíz; y el Verbo se dirige a los ángeles, como dice David (Sal 103,20), «Él hace a los vientos sus ángeles y al fuego llameante su ministro» (Sal 104,4). Por eso el Profeta dijo: «Como espire su viento, fluyen las aguas» (Jb 28,25), y «con su soplo produce el hielo, y hace que las aguas que fluían se vuelvan como metal» (Jb 37,10). En el tiempo invernal domina la propiedad fría, húmeda o seca, de Dios, o sea, su propiedad contractiva y condensante, y entonces produce sus efectos... Dios obra en el mundo por medio del Verbo según la disposición de la materia y de la estación...

[11] Siendo el hombre a imagen del mundo, del mismo modo que el mundo imita el ejemplar arquetípico, lo mismo que la gran alma del macrocosmos consta de materia acuática, prole de las tinieblas, y de luz divina,

así sucede con el alma humana, la cual posee en sí misma el efecto de ambas propiedades de Dios, el de la mónada oculta y contractiva, lo mismo que el de la manifiesta y dilatada. Con la naturaleza contractiva atrae luz y espíritu del aire abierto al tenebroso seno izquierdo del corazón, volviéndolo espeso, contrayéndolo con la inspiración; una vez así contraído y espesado, es espirado con un acto de calor interno en forma de denso vapor, que disipándose en el aire se vuelve invisible por rarefacción. Este acto de contracción y dilatación lo llaman los médicos sístole y diástole... Lo mismo que es propio de lo oculto y tenebroso contraer y ligar, condensar y sumergir en las tinieblas, así sucede que de la sola contracción del corazón nacen muchas pasiones y diversas aflicciones, hijas de las tinieblas. En efecto, a causa de la mera contracción del corazón se siguen en el hombre hórridos efectos: tristeza, temor, desesperación, melancolía, espanto, desconfianza, ira, imbecilidad, cuidado, preocupación y otros infinitos perjuicios hijos de las tinieblas; en efecto, la propiedad astringente y tenebrosa ciega o cubre de tiniebla el espíritu del órgano del corazón, de manera que, en desapareciendo la visión celeste, las quimeras del cuerpo y de los espíritus tenebrosos turban y engañan el juicio y la razón, para que quien se ve afectado por ellas no se crea criatura que espera salvación, sino más bien cosa ya condenada y repudiada. Concluyen [Galeno, Avicena y otros médicos] que las pasiones buenas siguen a la dilatación del corazón, hijas de su luz; el espíritu humano, dilatándose por la apertura del corazón, es arrebatado a la visión de la mente divina y experimenta con ello alegría y gozo, se nutre de amor y esperanza, habiendo expulsado tanto el temor como la desconfianza, y con piadosa audacia y fe se restaura; es guiado por la paciencia y la templanza, está lleno de misericordia y piedad, contempla las cosas celestes despreciando las terrestres y mundanas, y es tocado por muchas pasiones buenas de esa índole, que sobrevienen gracias a la dilatación del corazón y a la proyección de los espíritus de vida y de los ojos hacia el sumo bien, a partir de la fijeza de la mente en las cosas intelectuales. Éstos son los efectos de los movimientos del corazón que los antiguos dividían en voluntarios, o imperativos, e involuntarios, o producidos por el sumo motor.

Razón metafísica de la vida y de la salud

[II, 3] En el cuerpo existe la tierra o masa de tinieblas, cabeza muerta de toda la masa y sede de la contienda. Existe el fuego, retrato de la luz divina, y la esfera de la humedad, cuya parte mayor, el agua, participa de la

tierra como materia más sutil que el fuego, exactamente lo mismo que en el mundo la materia húmeda es producida por las tinieblas (cuya naturaleza es fría, y consiste en reaccionar resistiendo) en lucha con la luz, protagonista, cuyo efecto es el calor.

De tales cosas está compuesto el cuerpo, lo mismo que el alma y la vida están compuestas de elementos celestes. Si algo de tales elementos se sale fuera de las leyes de la armonía del amor ígneo, es decir, de los vínculos de la justicia divina, la mezcla proporcionada de la vida se corrompe y el imperio de la salud queda quebrantado, estalla una guerra intestina entre los elementos que determinan la composición del cuerpo y del alma y la vida de los dos. Los elementos, en efecto, son entre sí opuestos en razón de su origen.

[II, 5] Definamos sanidad o buena salud: extensión o efecto de la plenitud primaria y presente de la vida en movimiento, o ausencia de dolencias y enfermedades en esta vida. Por lo cual dice Jehová: «Alejaré de vosotros toda enfermedad» (Ex 23,25) y: «Servid al Señor Dios vuestro, y Él bendecirá vuestro pan y vuestra agua; y yo apartaré toda enfermedad de en medio de vosotros» (Ex 23,25). Y por salvación se entiende la bendición suma y eterna en la vida segunda, aun cuando a veces se toma en el sentido de salud en esta vida, y en tal acepción figura en el Libro de Daniel: «No hay otro Dios fuera de Dios que pueda dar salud a Israel» (Dn 3,29), en el sentido de liberar a Daniel del foso de los leones, y del horno a los tres jóvenes de Israel. Pero «salvación» se usa en sentido propio en estas palabras: «Quien crea en Él no perecerá, sino que tendrá la vida eterna, en la cual los justos refulgirán como el Sol en el Reino de su Padre» (Mt 13,43; Lc 19,9; Jn 6,39)... El mismo Cristo trata de ello abundantemente en la parábola de la multiplicación de los talentos por diez y por cinco, donde por talento de oro se entiende el vivo oro de vida que se debe comprar a Cristo, única verdad del hombre, y ésta debe ser multiplicada por el cristiano durante esta vida, porque esa luz de verdad se le daba y confiaba con la condición de que con su propia industria y con la virtud magnética de la mente luminosa atrajese a sí los rayos y las chispas a sí semejantes, para que aumente el peso de la esencia y la medida de la virtud, hasta el punto de que con tal incremento, llevada a cabo su regeneración, obtenga el dominio sobre las tinieblas. Esta obra mística por excelencia nos es comunicada por Cristo y por los apóstoles de modo enigmático con los nombres de luz del mundo, sabiduría oculta, talento de oro, Reino de Dios, semilla que se multiplica hasta formar un frondoso árbol de fe, como el grano de mostaza...

Éste es el Cristo espiritual que impregna todas las cosas, como atestigua el Apóstol: entended por Jesús verdadero al Salvador único del doble mundo, a Él solo compete curar el alma, lo mismo que el cuerpo enfermo, y establecer la mente sana en el cuerpo sano. Y para encontrar esta luz que habita en el mundo humano o «casa de arcilla» se manda llamar a la puerta para que abran (Mt 7,7) y para que se busque allí donde se encuentra.

De la salubre propiedad de los vientos

[III] Siendo el aire, como dice Hermes,[3] un cuerpo sutil que penetra en todos los demás a causa de su aguda raridad y fluidez, se reconoce por el hecho de que llena y penetra todas las cosas. Si lo consideramos atentamente, descubriremos que no se ha de rechazar en absoluto aquello que Galeno enseña, de que el aire circundante es por necesidad la más importante de las causas que nos provocan alteraciones, tanto según la naturaleza, como al margen de la naturaleza, al ser atraído en parte a los poros de la cutícula por las venas y arterias, y en parte, con la respiración, tanto al alegre tálamo del corazón, como a los ventrículos del cerebro. Este cuerpo espiritual que colma la vasta concavidad del universo, se piensa que no existe en sí como tal, porque no es ni frío ni caliente, ni húmedo ni seco, salvo en la medida en que tuvo cierta participación en su madre el caos en la creación. No es otra cosa, en efecto, sino el espíritu mercurial de las aguas confusas e informes, ordenado a recibir cualquier naturaleza que le sea asignada por el espíritu increado. Por eso sucede que, en espirando el viento septentrional, es decir, el ángel del cuarto viento, por tal soplo de espíritu muda el aire su disposición en térrea; en espirando el austro, en húmeda, con tibieza; con soplo oriental se le descubre una disposición ígnea, y espirando el viento occidental, ácuea. Por eso aclaro que la universal mezcla proporcionada del aire consta de los alientos de los vientos, y que ésa varía de este a aquel elemento según el predominio de uno u otro viento. Por eso aire, espíritu, viento, denotan una sola y misma cosa, como atestigua el vocablo hebreo *rūah*, entre cuyas acepciones están precisamente la de aire, espíritu, viento y ángel. Manifiestamente, pues, los vientos de determinado aliento se revelan por el hecho de que vuelven el aire, o salubre, o contagioso, o morboso, triste y turbado o bien claro y sereno. Este espíritu, que es tanto pasto de vida y de

3. *Corpus hermeticum*, I, 2.

inspiración, como sujeto de dolencias y enfermedades múltiples, lo penetra todo y envuelve a todo viviente con soplos propicios a la sanidad o bien a la enfermedad, y cuando lleva consigo la muerte se ve que se introduce en los cuerpos de los animales. Esto no discrepa de la doctrina de Galeno e Hipócrates, y así también se afirma en la Sagrada Escritura: «Dios suele golpear a los desobedientes con aire corrompido». ¿Y acaso no vemos cada día las infinitas variaciones que los soplos de los vientos producen alterando incluso el aire macrocósmico y el mismo cuerpo de la tierra en modo extraordinario, tanto para bien como para mal?

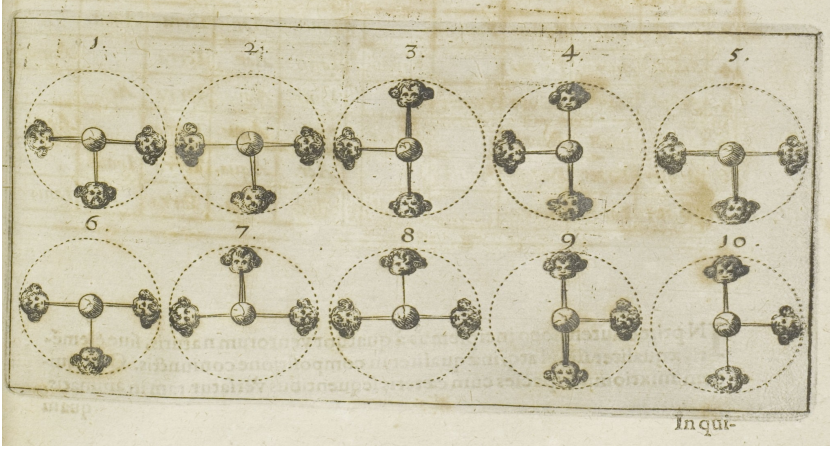
De los elementos y los meteoros saludables

[IV, 2] «¿No me colaste tú como leche, y me cuajaste como queso? Me revestiste de piel y de carne, y me tejiste de huesos y nervios» (Jb 10,10-11). En este pasaje no sólo están todos los elementos humanos, sino que se indica también quién los dispone y mantiene activamente, ligándolos en una paz concorde. Por queso se entiende la tierra, que es sólo aire coagulado primero en agua y después precisamente en tierra, cuya superfluidad ácuea o serosidad es la pituita [catarro]: mantequilla es la bilis natural, y el Espíritu que participa, tanto de la mantequilla, como del suero, es el sanguíneo, es decir, el que se oculta en la sangre que Dios conserva y reaviva antes de cualquier otra cosa. Así, de esta tierra habla la Escritura: «Recuerda que me has hecho de barro» (Jb 10,9). La sangre es el aire humano en el cual se oculta el sutilísimo éter de vida en el cual se mueve el soplo deiforme de la vida... Por lo cual Job dijo: «El Espíritu fuerte de Dios me hizo y el soplo del Omnipotente me vivificó» (Jb 33,4), que es como decir: el Espíritu divino que habita en el espíritu mundano es causa de la vida del microcosmos. Se recibe confirmación de ello en este otro texto de Job: «En el hombre hay un espíritu, pero la inspiración del Omnipotente lo hace entender» (Jb 32,8). Claramente la parte activa en los elementos humanos es ígnea y verdaderamente luminosa, y es Dios mismo, el cual obra con los hombres benévolamente, con clemencia, y con su visitación graciosa preserva saludablemente el espíritu vital en la sangre y ata en paz y concordia los elementos entre sí, o bien con visitación severa e inclemente aflige con enfermedades y languores, es decir, turba y quita de en medio el espíritu con la vivificante contracción de su propio espíritu, por cuya acción el hombre debe tornar al polvo primordial.

De Elementari Vitę & Sanitatis ortu. 135

Tabula alia in ternis & ternis, in qua duo Venti ſiue Elementa ſunt æqualia & tertium inæquale, plus æqualibus vel minus æqualibus.

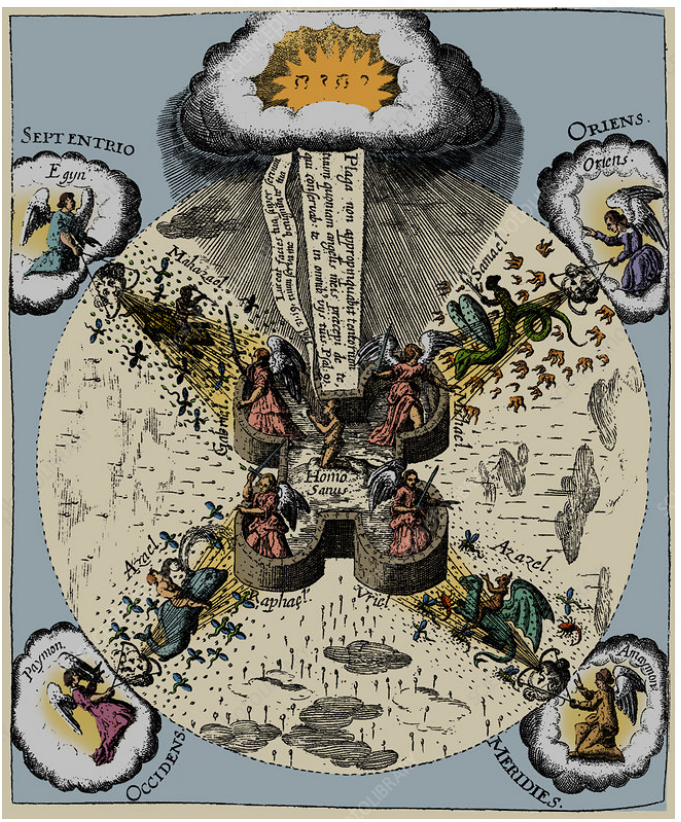
	Venti.		Inæquale.		Elem.		Inæquale.
	Æqualia.	Plus.	Minus.	Æqualia.	Plus.	Minus.
1	Subſol.	Auſter.	Fauonius.	Ignis	Aer	Aquà	
2	Subſol.	Auſter		Favonius	Ignis	Aer		Aqua
3	Subſol.	Auſter	Boreas		Ignis	Aer	Terra	
4	Subſol.	Auſter		Boreas	Ignis	Aer		Terra
5	Subſol.	Fauon.	Auſter	Auſter	Ignis	Aqua	Aer	
6	Subſol.	Fauon.			Ignis	Aqua		Aer
7	Subſol.	Fauon.	Boreas	Boreas	Ignis	Aqua	Terra	
8	Subſol.	Fauon.			Ignis	Aqua		Terra
9	Subſol.	Boreas	Auſter	Auſter	Ignis	Terra	Aer	
10	Subſol.	Boreas			Ignis	Terra		Aer
11	Subſol.	Boreas	Fauon.	Fauonius	Ignis	Terra	Aqua	
12	Subſol.	Boreas			Ignis	Terra		Aqua
13	Auſter	Fauon.	Boreas	Boreas	Aer	Aqua	Terra	
14	Auſter	Fauon.			Aer	Aqua		Terra
15	Auſter	Fauon.	Subſolan.	Subſolan.	Aer	Aqua	Ignis	
16	Auſter	Fauon.			Aer	Aqua		Ignis
17	Auſter	Boreas	Subſolan.	Subſolan.	Aer	Terra	Ignis	
18	Auſter	Boreas			Aer	Terra		Ignis
19	Auſter	Boreas	Fauon.	Fauon.	Aer	Terra	Aqua	
20	Auſter	Boreas			Aer	Terra		Aqua
21	Fauon.	Boreas	Subſolan.	Subſolan.	Aqua	Terra	Ignis	
22	Fauon.	Boreas			Aqua	Terra		Ignis
23	Fauon.	Boreas	Auſter.	Auſter	Aqua	Terra	Aer	
24	Fauon.	Boreas			Aqua	Terra		Aer.



Inqui-

Esquema de las combinaciones entre los cuatro vientos o espíritus de donde se originan las combinaciones de todos los elementos, y que se representan con la diversa disposición de una τ dentro de un círculo. De Robert Fludd, *Medicina catholica*, 2 vols., Francfort, 1629-1631.

HIEROGLYPHICA MYSTICI SALVTIS
Propugnaculi descriptio,



AD meliorem Hieroglyphici istius *Propugnaculi mystici* Emblematis explanationem, inprimis sciendum est iuxta Sapientis intentionem, quod *Deus creaverit hominem inexterminabilem, & ad imaginem similitudinis suæ fecerit illum: Inuidia autem Diaboli, Mors & Morbus introiuerunt in orbem terrarum.* Nam vt iustitia Dei (quæ est ipsa Vita & Veritas) est perpetua, immortalis & interire nequit, ita eam homini impertiuit in creatione sua, vt mediante ea, non modo ad imaginem eius qui eum creauit, esset factus, verum etiam, sanabilis, nullo medicamento exterminii (vt Salomonis verbis vtar) eliminandus. *Creauit* (inquit) *omnia, vt essent, & sanabiles,*

):( ):(2 *fecit*

Emblema que resume la teoría mística de los cuatro vientos y de las relaciones, cultivadas por los rosacruces, entre salvación mística y salud corporal. De Robert Fludd, *Medicina catholica*, *op. cit.*

Boreas con sus compañeros en el

- Macrocosmos obra sobre
  - Aire: purificando
  - Tierra: endureciendo
  - Nubes: dispersándolas
  - Lluvia: haciendo que se precipite
- Microcosmos obra sobre
  - Cuerpos: robusteciendo y endureciendo los blandos
  - Poros: cerrándolos
  - Espíritus animales: depurándolos
  - Digestión: ayudándola
  - Virtud generativa: aumentándola
  - Humores malos: comprimiéndolos
  - Aire contagioso: mitigándolo
  - Putrefacción: resistiéndola
  - Cuerpos: volviéndolos sutiles y coloridos
  - Cuerpos: robusteciéndolos y endureciéndolos
  - Superfluidades: haciéndolas disminuir
  - Oído: clarificándolo
  - Ventrículo: reforzándolo

Austro es clemente en el

- Macrocosmos
  - Vuelve extraordinariamente blandos los duros
  - Produce lluvia y rocío para que la tierra árida y estéril pueda generar hierbas buenas y malas y frutos
  - Si es tenue y breve clarifica el aire
  - Es sanguíneo y primaveral
- Microcosmos
  - Abre los poros cerrados por el excesivo frío boreal
  - Expulsa los copiosos sudores
  - Con el sudor expulsa los humores superfluos
  - Ablanda y madura
  - Deshace en el cuerpo los humores helados y espesos

Viento oriental en el

- **Macrocosmos**
  - Es [ígneo / cálido / seco] moderadamente
  - Vuelve el aire puro, sutil, suave, por eso con razón se le llama sereno
  - Produce flores suaves, hierbas buenas y malas y frutos, vuelve las aguas de buen sabor y salutíferas
- **Microcosmos**
  - Es colérico o ígneo moderadamente
  - Tiende a la sana disposición de la vida
  - Conserva sanos los cuerpos
  - Depura los espíritus aéreos del cuerpo, los vuelve sutiles
  - Produce aire sutil y salubre, apto para la inspiración vital
  - Resiste a la putrefacción por su justa templanza de las diversas cualidades

Vientos occidentales en el

- **Macrocosmos**
  - Suavizan los fríos, derriten nieves y hielos
  - Producen malas y buenas hierbas, frutos y flores
  - Traen lluvias salubres y no desmedidas
- **Microcosmos**
  - Son muy salubres al final de la jornada
  - Cuando espiran, todos los animales tienden a la generación de semejantes
  - Son salutíferos para los animales que miren hacia esta región por la mañana

El medio debe diferir de los dos extremos, porque no está en la situación de ninguno de los dos, pero participa de ambos. En efecto, dados A, B y C, B no es ni A ni C. B debe participar, tanto del principio A, como del fin C. Por el mismo motivo, siendo el Abismo tenebroso fuente de las aguas, el acto con el cual éstas son traídas a la Luz es la Luz divina, y la naturaleza de las tinieblas está en deleitarse en la quietud, por tanto en disfrutar del frío intensísimo y de la espesa, ponderosa, disposición congelante. La disposición de la luz produce movimiento, suscita calores con sequedad, procurando limpieza y ligereza. Por eso necesariamente en el espacio intermedio, en B, la acción de la luz disuelve los fríos áridos y helados, efectos de las tinieblas, y así crea la naturaleza húmeda. Parece afirmarlo Job: «Dios con su soplo cuaja el hielo y congela las aguas, y hace derramar lluvia con su luz sobre la nube» (Jb 37,10-11). Y en otro lugar el Profeta dice que Dios da la nieve como lana, esparce la escarcha como ceniza, envía su Verbo y se derrite (Sal 147,16 y 18). Así vemos que en la región sublunar, por igual acción o resistencia entre el fuego y la tierra, se crea la esfera de la humedad. Y a partir de la segunda conmixtión del Espíritu o del viento divino y luminoso con el creado y ácuo, en doble proporción, se combina la universal del fuego y del agua, que los antiguos llamaron naturaleza universal o Pan... A partir de los dos extremos, Luz divina y tinieblas o Abismo tenebroso, se compone el Agua universal, que es la materia general del mundo sin forma ni cualidad por sí misma, antes bien cosa informe a partir de la cual Dios creó el mundo (Sb 2). He dicho cómo de los dos extremos secos provenía lo húmedo. Ahora bien, de la parte más alta de las aguas, penetrada por la presencia de la luz divina, se crea la sustancia de aquel cielo de los cielos que se llama Espíritu empíreo, porque esa parte de las aguas se dilata y sutiliza de modo tan extraordinario, que al sutilizarse se transforma en especie ígnea. Y esta primaria conmixtión de cosas buenas se llama Luz creada, y al espesarse ésta se forman las especies angélicas, a las cuales corresponde acoger con alegría el Espíritu de Dios; y al espesarse el éter nacen las estrellas, al espesarse el aire, los meteoros. Lo espeso empíreo es, pues, el alma central de lo espeso etéreo.

Eterna sabiduría
Espíritu... Tinieblas
Luz... Agua... Caos
Luz... Cielo empíreo... Agua celeste.

Por eso:

Espíritu empíreo... Éter... Agua media.

El reflejo del cielo empíreo en la parte más pura de las aguas ínfimas es el elemento del fuego; el del éter, el aire; y entre estos dos, el agua espesísima y visible, y finalmente la tierra, sede de toda tiniebla. Por eso la Luz divina es alma y vida del Espíritu empíreo, y el Espíritu empíreo del éter es etéreo, elemental. Y lo mismo que existe proporción de mezcla equilibrada entre el espíritu ígneo y el etéreo, así el elemento del fuego es al aire como el etéreo es al elemental, como el aire al agua, la luz a las tinieblas o el cielo a la tierra.

Así, todas las cosas creadas están hechas según número, peso y medida unas respecto a otras, según la imagen del Arquetipo que las creó y del cual tomaron su forma todas las criaturas, creadas como están a partir de las aguas y de las tinieblas.

Los matemáticos y los místicos desvelaron estas especies de mezcolanzas con sus cinco cuerpos regulares, de los cuales el cubo es símbolo del Caos o tierra inane; el tetraedro, del Espíritu ígneo de cuyas entrañas nació primero el dodecaedro, símbolo del éter, después el icosaedro, símbolo de las aguas y que esconde en su seno el aire, cuyo símbolo es el octaedro. Y así demuestran que todas las regiones del mundo surgieron del único Caos mediante la Luz divina.

Mediación de los sabores

Si quieres componer el sabor salado, cuece miel, precisamente, y encontrarás algo de salado. Pero si pretendes extraer de ella el sabor amargo, procura que se cueza un poco más, y verás que queda reducida en su naturaleza salada.

Con este experimento será fácil demostrar que la fuerza ígnea es más fuerte en lo amargo que en lo salado. Del mismo modo formaremos el sabor ácido, mezclando buen vino con agua y exponiéndolo al Sol. Se manifiesta así que está hecho más de agua que de fuego, porque el Sol con su ardor disipa el espíritu del vino; y el aire en él es escaso, porque ese líquido, tras la extracción de la máxima parte de su fuego, queda reducido a naturaleza entre ígnea y ácuea, pero abunda en agua a causa del añadido que se había hecho, de ahí la disposición flemática de la parte restante del vino, después de haber exhalado su espíritu.

También es cierto que es inherente a él algo de terrestre, aunque sea poco, porque, una vez exhalado el espíritu del vino, el residuo del líquido, como está mezclado con su tártaro terrestre, y debido al ardor del Sol, la con-

sistencia más sutil del agua añadida se evapora, tiende un poco a la naturaleza térrea.

Así, si queremos producir el sabor ácido, dejemos tranquilo por largo tiempo el vino, sin turbación alguna, y notaremos que éste pasa a tener precisamente un sabor ácido.

Además, la amplitud de los sabores se describe con los extremos de una línea: A B C.

Sea A el aceite de tártaro, que es amarguísimo, y C el aceite de vitriolo, que es acidísimo; si mezclamos los dos a partes iguales, producirán B, el sabor dulce. Si en realidad se usa más aceite de tártaro que aceite de vitriolo, sabrá salado, y así, con otros grados de conmixtión que pueden darse entre A y B y entre C y B, podremos extraer los sabores intermedios.

Mediación de los colores

[V, 2] Como el azufre en su forma más pura no es otra cosa que fuego esenciàl, o tintura simple brotada inmediatamente de la Luz divina, nada puede vivir ni existir sin su presencia. «El Espíritu», dice el Sabio, «está en todas las cosas» (Sb 1,7). Pero la fuente de la Sabiduría luminosa es el Verbo en el cual está la vida, y esta luz o tintura ígnea es el fuego invisible de Heráclito y Zoroastro por el cual fueron generadas todas las cosas, y que se encuentra en formas múltiples en diversas cosas, y por tanto produce infinitas especies diferentes por su figura, naturaleza, color, sabor y olor, de manera que un elemento difiere del otro por la mayor o menor conmixtión de azufre, y donde se encuentra menos de él, en el sujeto mercurial, es más oscura, vil, innoble, y por eso tanto más se incrementa el azufre o la tintura, cuanto crece de la potencia informe al acto perfecto, al modo del fuego que, de chispa se transforma en llama, y poco a poco cambia gradualmente el color a medida que un elemento gira hacia el otro. La tierra negra se transforma en el agua gris, y el agua gris en el aire níveo y casi fúlgido, y el aire níveo incendiándose se convierte cada vez más en fuego rojo, a medida que alcanza mejor suerte en el común cuerpo mercurial, o materia prima de los elementos... En efecto, todas las cosas, desprovistas de su forma, son negras e informes. Y esta forma sulfúrea está escondida en el centro, como la cosa entre todas más fija y resistente a la violencia de un fuego extraño, porque la especie de las cosas está escondida en sus cenizas y en su sal que suele salir del centro de las cenizas, como nos enseña frecuentemente la experiencia de la sal de las hierbas,

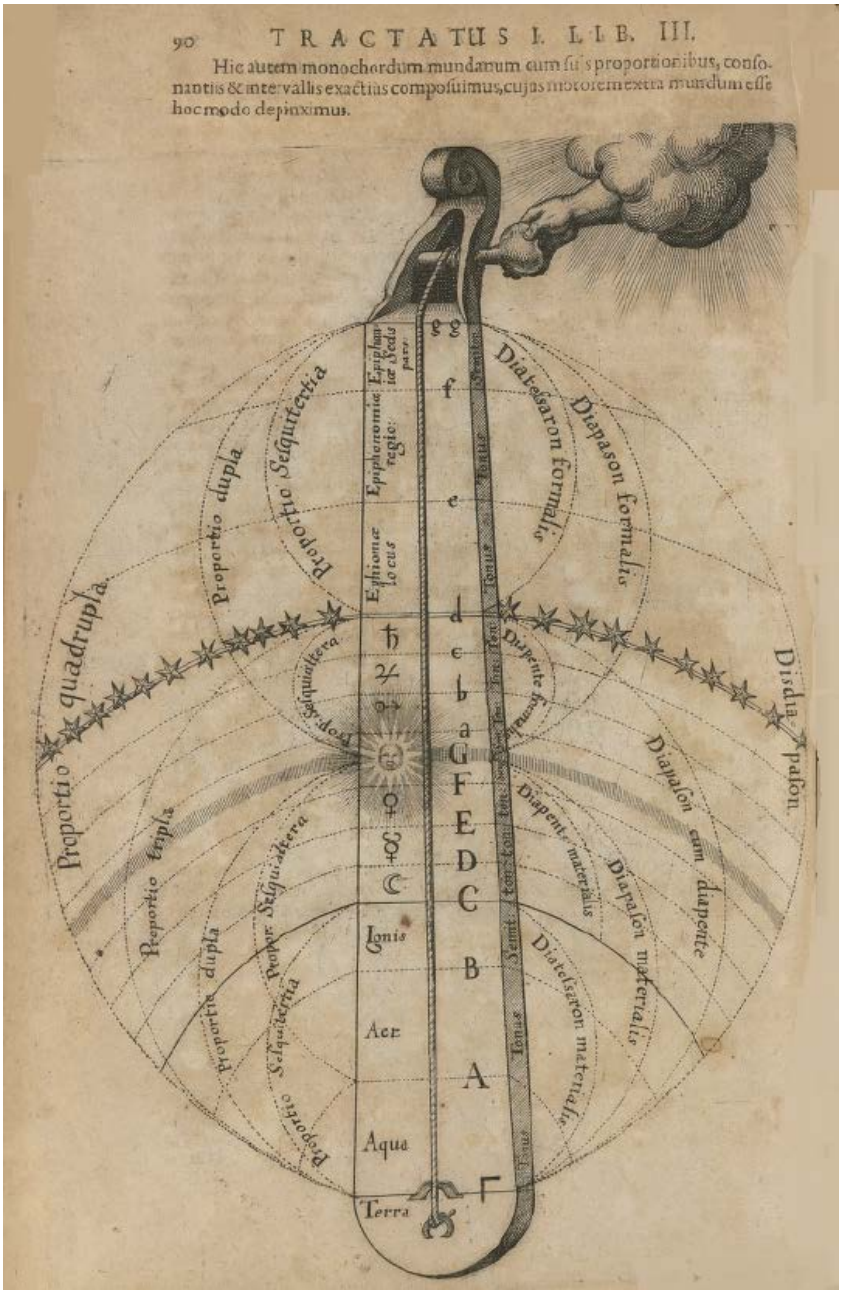
que en el agua produce ramas semejantes a su especie; y también, cosa que nos arrebata de admiración, el extracto de huesos humanos, si se disuelve en una escudilla llena de agua pura y se deja metido en el agua durante una noche entera: se encuentran hombres en abundancia a modo de cristales, como clavados a cruces suspendidas sobre el agua. Este experimento me fue revelado por el reverendo padre y señor mío honorabilísimo Juan Thornborough, obispo de Wigorn.

El único extremo de todos los colores es la negrura, inseparable compañera de las tinieblas, y las tinieblas informes están privadas de toda luz, porque antes de la creación «las tinieblas estuvieron sobre la faz del Abismo» (Gn 1,2). Esta calígine o color extremo no es un accidente, como el vulgo afirma, sino el acto mismo de la esencia de la potencia divina, su Luz...

Como los vientos se disponen según su soplo, y son de la naturaleza del azufre en sus operaciones, no será difícil referir a su naturaleza cuanto se ha dicho de las esencias y naturalezas de los colores: la negrura o el azufre crudísimo y débil corresponderá al septentrión, el blanco a occidente, el amarillo al austro y el rojo al oriente, rojo del cual se pasa al negro carbón del septentrión; además, en el occidente la sal en las cándidas cenizas se licúa en agua, luego en el austro crece en la tintura amarilla, y en el oriente se exalta a la perfección roja en la cual está fija y permanente. Y puesto que de las naturalezas de los vientos nacen los actos de los elementos, se sigue de ello que el azufre de la tierra es más crudo, negro y oculto que los demás, siendo seco y frío en su manifestación abierta. El azufre del agua está más cocido que el que había en tierra, y por eso es más claro y blanqueante; en el aire está ya más cocido y viste un ropaje más amarillo, pero en su patria ígnea se adorna con su vestimenta áurea y purpúrea. Todas estas mudanzas las debe el azufre a la fuente única y simple de la Sabiduría, que por tanto es llamada Espíritu múltiple, puesto que muda en cada tiempo sus azufres multiformes en modo multiforme, tanto por color como por figura.

La oración

[V, 2] Que acerquemos nuestros espíritus móviles a la inmóvil Divinidad es el fundamento místico sobre el cual se llevan a cabo no sólo todas las peticiones genuinas, sino también todos los sacramentos y los ritos ceremoniales. De ahí nace que se haga uso de peticiones, acciones de gracias y sacramentos, con otros ritos y signos, caracteres simbólicos, voces,



El monocordio pitagórico afinado por la mano celeste, los intervalos musicales correspondientes a los planetas, a los elementos terrestres y celestes. De Robert Fludd, *Utriusque cosmi majoris scilicet et minoris metaphysica, physica atque technica et historia*, Oppenheim, 1617-1621.

himnos, cánticos, tambor y coro, flautas, címbalos, lira y órgano y tales géneros de música, no ya para ablandar a Dios como si fuese una mujer, ni tampoco para cautivar a los ángeles con la suavidad de nuestra armonía o de nuestras preces, o con las blandicias de las oraciones y con las adulaciones, sino, al contrario, para que exaltando a Dios y las cosas divinas, reconozcamos la miseria de nuestra condición, profesemos humildemente la sujeción y la obediencia y transmutemos toda voluptuosidad humana en divina, concibiendo un amor intenso y ardiente hacia la Divinidad, la cual hace que seamos capaces de toda gracia. Por esa razón tendemos las palmas al cielo, extendemos los brazos, oramos de rodillas. Por eso recibieron orden Abraham y los hebreos de partir en dos una vaca de tres años, una cabra de tres años, una tórtola, una paloma; de matar a espada un macho cabrío con los cuernos enredados en un zarzal, para después quemarlo; de marcar con una *tau* las jambas de las puertas con la sangre, de mirar una serpiente de bronce, de representar en determinada forma serafines, querubines y otras imágenes, de decir palabras elegantemente dispuestas, de edificar un santuario, de levantar templos magníficos, de mirar con estupor al pontífice Aarón revestido de ornamentos tan diversos y admirables: todas estas cosas eran hechas para nuestro provecho, para movernos e incitarnos, apartándonos de los malos pensamientos, para convertirnos de las cosas visibles a las invisibles; así nuestra fe aumenta, la esperanza se ve confirmada, y favorecida la verdadera caridad, gratísima a Dios, entre nosotros.

[V, 4] Puesto que toda la salud del cuerpo consiste en la quietud y tranquilidad del alma (¿y quién ignora que a los turbamientos corpóreos siguen las pasiones del ánimo?), diremos pocas cosas de los accidentes que alteran el cuerpo. Estas congojas o accidentes se distinguen de lo que es según naturaleza, por lo cual se llaman precisamente accidentes del ánimo. Las acciones vitales consisten en la dilatación o en la contracción del corazón llevadas al extremo o en su simultaneidad y en el justo medio entre los dos extremos. El primer extremo lo encontraremos del lado de la luz, en la propiedad y sanidad: destaca ese estado de vida que consta sólo de la razón vital, es decir, en la acción media, o sea, en la simultaneidad de la contracción y la dilatación, por cuya acción se percibe movido el pulso en la sístole y la diástole. En este estado de vida se puede tanto enfermar como sanar de nuevo, pero en aquello en lo que se ejercita sobre todo la dilatación del corazón, el alma no puede nunca enfermar, sino que más bien se deleita en pasiones piadosas, saludables y plácidas, pasiones que están so-

bre la común ley de la naturaleza, y en este estado el alma se alegra y exulta: el áncora de la fe se clava en la Bondad suprema, se aquieta con segura confianza, se enciende de amor y caridad, sube a la presencia de la misma verdad y en ella penetra, ejercita las obras de misericordia y vuelve el corazón blando y flexible para seguir las leyes de Dios; se hace humilde por humanidad, considera a todo hombre su hermano, por cuanto tiene un Padre común y vivo gracias a una sola Luz eterna y en virtud de ella.

Estas santas pasiones y acciones de la mente sana conducen a la sanidad tanto divina como mundana. Pero las pasiones accidentales que mudan los cuerpos con7sisten sólo en la contracción o constricción del corazón, y están del lado de las tinieblas. Con la tristeza, en efecto, se levanta un muro entre el alma y la Luz, el Espíritu se ve envuelto en tinieblas y preocupaciones, son echadas la alegría y la fruición, se embota el ingenio, el cuerpo finalmente, como sucede con las tinieblas terrestres, se enfría y reseca. El alma, por desesperación, se ve inmersa en la vorágine de las tinieblas, se mata en ella toda esperanza, se ve agitada de aquí para allá por el temor, y es puesta en peligro, quedando desterrada toda confianza. Con el odio, en efecto, se extinguen los clarísimos rayos de la caridad, la envidia persigue ferozmente a la misericordia. El alma se ve desgarrada por la ira y el furor, por lo cual Salomón dice: «El necio lacera su alma»; y por la misma iracundia padece el cuerpo no poco.

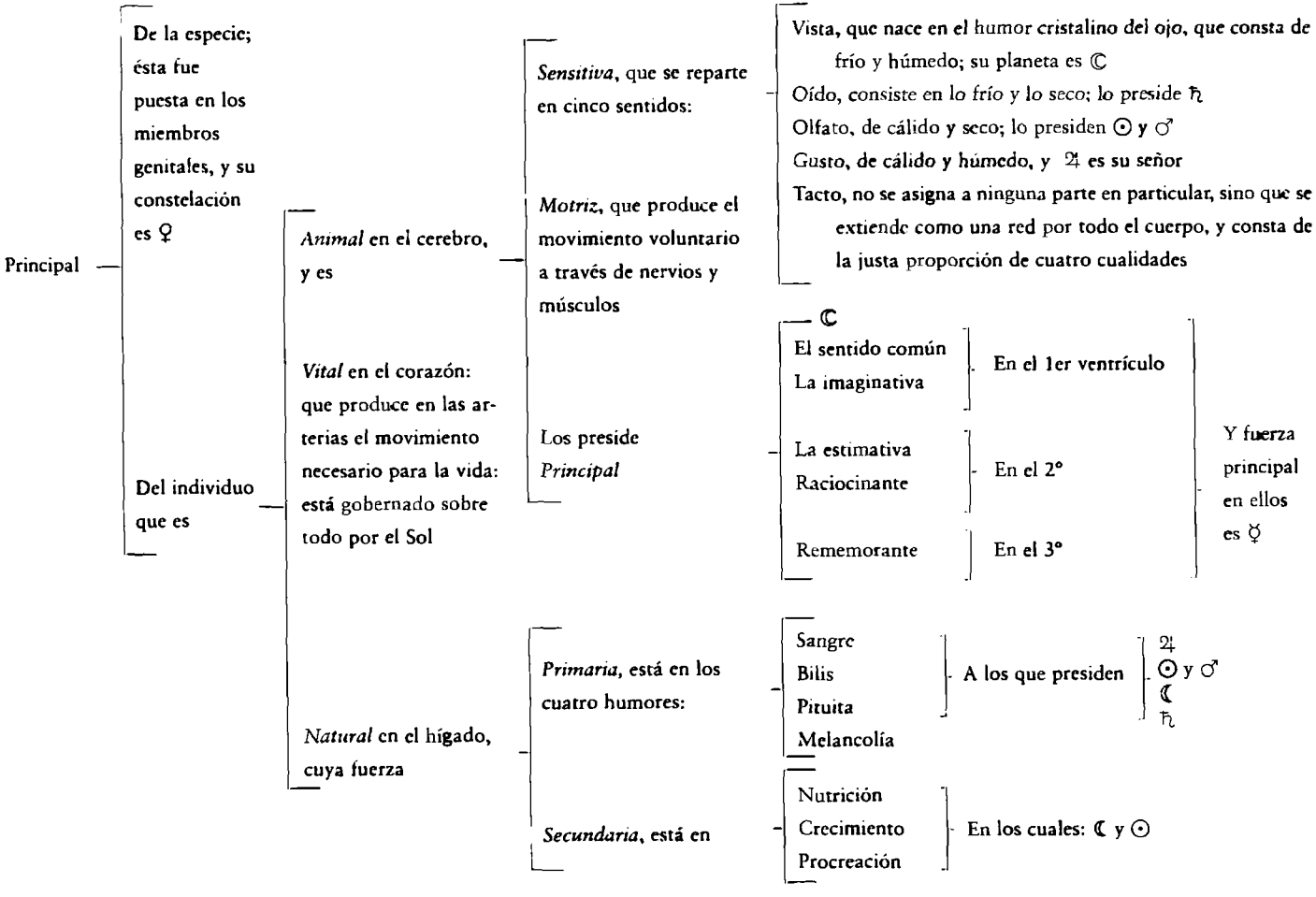
Éstos son los accidentes o pasiones que afectan al espíritu y al alma fuera de la ley de naturaleza; para evitarlos se deben observar los siguientes preceptos.

Precepto general es que se esquiven los objetos que suelen alimentar las pasiones que pesan sobre el alma; así, donde esté presente la inclinación a la tristeza, es útil insinuar una sociedad jocosa, y contra su propensión es útil que siga las cosas que suelen suscitar risa y fruición: con tal que sea en medida modesta y de modo que se evite todo vicio.

En las pasiones tristes y melancólicas se deben excluir todas las cosas que destruyan con cuidados y preocupaciones, y procurar que el ánimo florezca de nuevo con alegrías, delicias, fruiciones honestas y esparcimientos, y recrear el espíritu con alimentos, bebidas, sahumerios, música.

Donde la ira o el furor están prontos a turbar el alma, es preciso evacuar con precauciones la bilis.

[V, 8] Ante todo debemos conocer el orden de las virtudes generales y especiales... Dos son los géneros de virtud del cuerpo humano: principal y menor.


Principal
De la especie; ésta fue puesta en los miembros genitales, y su constelación es ♀
Del individuo que es
Animal en el cerebro, y es
Sensitiva, que se reparte en cinco sentidos:
Vista, que nace en el humor cristalino del ojo, que consta de frío y húmedo; su planeta es ☾
Oído, consiste en lo frío y lo seco; lo preside ♄
Olfato, de cálido y seco; lo presiden ☉ y ♂
Gusto, de cálido y húmedo, y ♃ es su señor
Tacto, no se asigna a ninguna parte en particular, sino que se extiende como una red por todo el cuerpo, y consta de la justa proporción de cuatro cualidades
Motriz, que produce el movimiento voluntario a través de nervios y músculos
Vital en el corazón: que produce en las arterias el movimiento necesario para la vida: está gobernado sobre todo por el Sol
Los preside Principal
☾
El sentido común
La imaginativa
En el 1er ventrículo
La estimativa
Raciocinante
En el 2°
Rememorante
En el 3°
Y fuerza principal en ellos es ☿
Natural en el hígado, cuya fuerza
Primaria, está en los cuatro humores:
Sangre
Bilis
Pituita
Melancolía
A los que presiden
♃ ☉ y ♂ ☾ ♄
Secundaria, está en
Nutrición
Crecimiento
Procreación
En los cuales: ☾ y ☉

Menor: Estas virtudes menores son ministras y como siervas de las principales

- *Atractiva*, que está en su composición cálida y seca, y sometida a ♂ y ☉ y opera por medio de las fibras rectas
  - *Animal*: fibras que están en las venas, en las arterias, en los nervios, en las membranas y otras partes, bien carnosas, bien membranosas
  - *Vital*: porque cuando las fibras de este tipo se contraen en el corazón, éste, estando relajadas las fibras de especie distinta, se dilata: movimiento que se llama diástole
  - *Natural*: estas fibras, en efecto, que constituyen la túnica interna del ventrículo y de los intestinos, ejercitan la fuerza atractiva en el esófago, en la vesícula biliar y en las venas mesentéricas
- *Retenedora*, que es de composición fría y seca, y recibe el influjo de ♄
- *Cocedora*, que consiste en la composición caliente y húmeda, que preside ♃

  Y operan por medio de las fibras oblicuas
  - *Animal*: como antes
  - *Vital*: porque esta especie de fibras en la sustancia del corazón produce con su acción la quietud entre sístole y diástole
  - *Natural*: esas fibras en la túnica externa del ventrículo y de los intestinos, y en las venas y la vesícula biliar, etc., a las cuales corresponde tanto retener, como digerir
- *Expulsiva*, consistente en frialdad y humedad, cuya constelación es ☾
  - *Animal*: como antes
  - *Vital*: las fibras transversales del corazón al contraerse relajan las rectas, y así el corazón se contrae y reprime
  - *Natural*: esta especie de fibras tienen y constituyen la túnica segunda o media del ventrículo y los intestinos, y en la vesícula biliar y los riñones dan forma a su facultad expulsiva

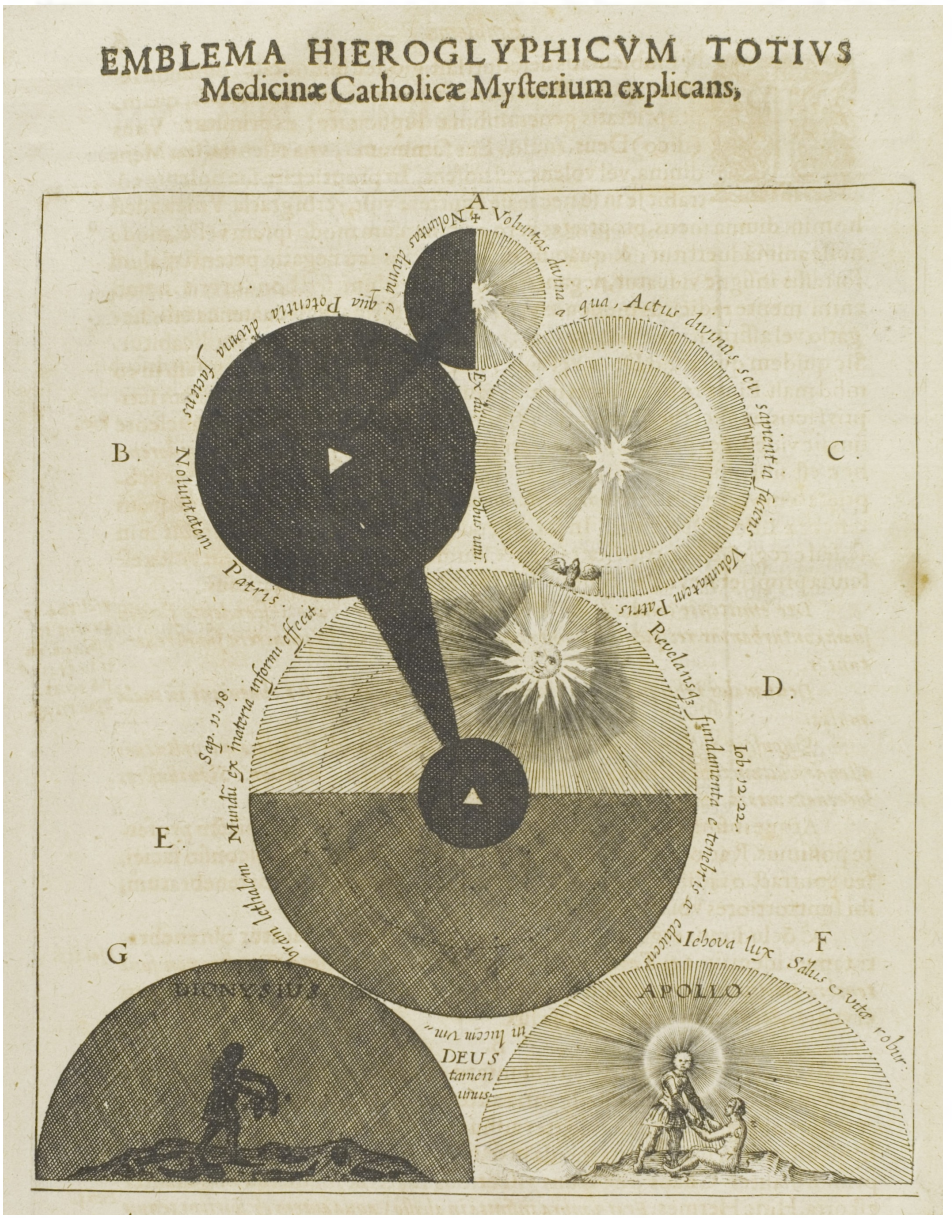


FIGURA 1. En la edición de Francfort de la *Medicina catholica* de Robert Fludd se encuentran los dos emblemas (figs. 1 y 2) que ilustran la dualidad de luz y tinieblas y su conjunción en el arquetipo y sobre la tierra. Su origen es, no obstante, como ocurre con todos los símbolos místicos, inmemorial.

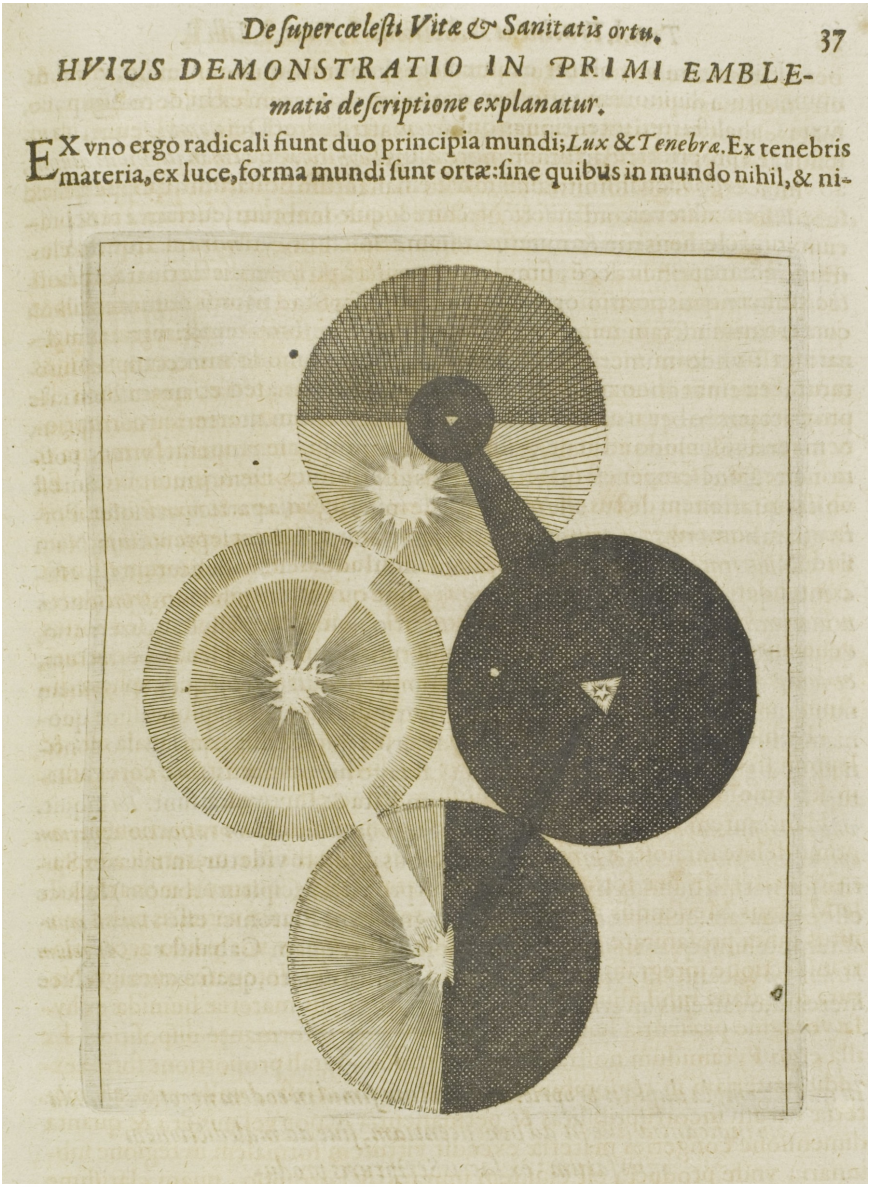


FIGURA 2. Las figuras de Fludd y la sacada de la edición de Amsterdam (1682) del *Renacimiento* de Jakob Böhme (fig. 3) se pueden superponer al fresco de la basílica romana de San Juan ante la Puerta Latina (fig. 4). En él se reconocen los cuatro mundos: el arquetípico en el cual los dos opuestos se resuelven en la figura divina y creadora; pero precisamente ella, en la cual se funden los opuestos, enseña a distinguir, gnóstica y radicalmente, las dos simientes opuestas, indicando con la palma derecha al hombre y con el dorso de la izquierda a la mujer.

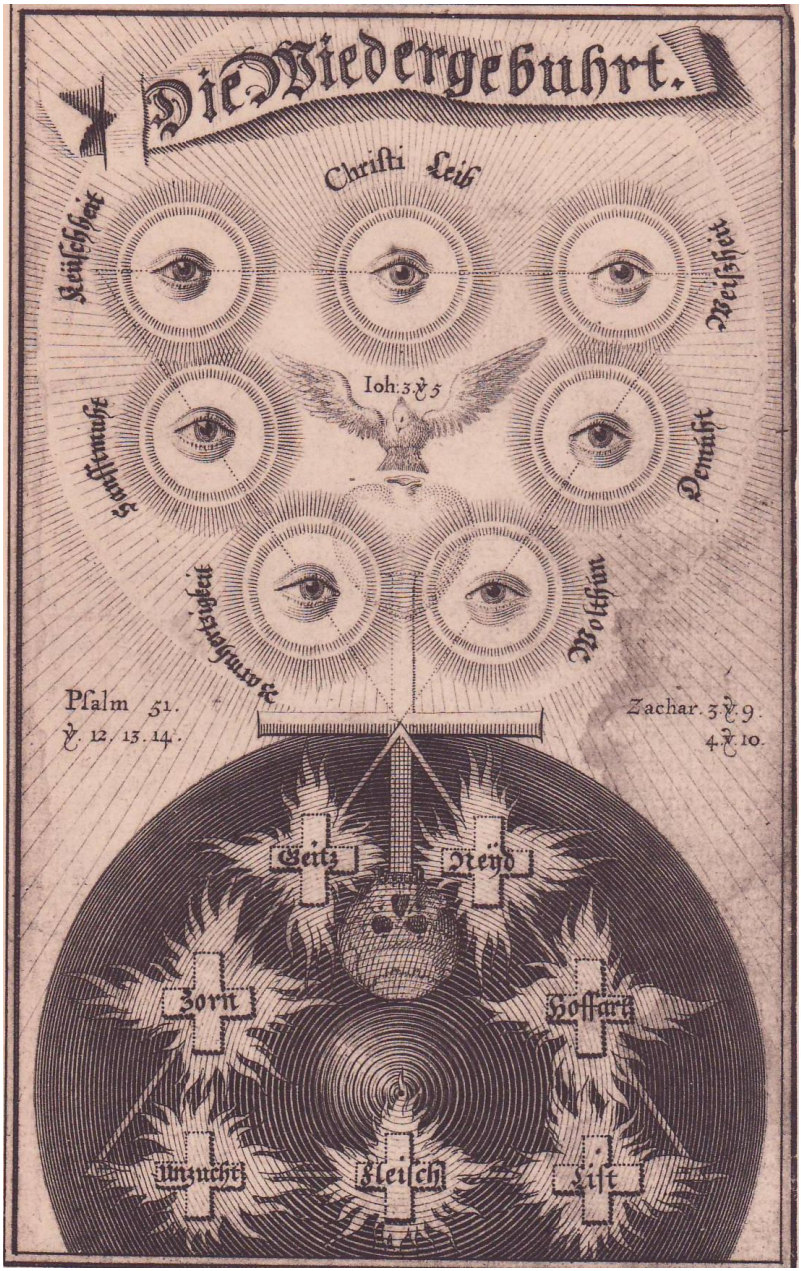


FIGURA 3. El mundo superior baja al inferior en forma de paloma. En la *Pistis Sophia* (86, 1), el tratado gnóstico egipcio, se dice que Jesús procedió del Padre en forma de paloma, y la paloma es símbolo también del alma que se precipita en el mundo inferior, según el ritual egipcio (86, 1).

FIGURA 4. En las aguas, dos peces contrapuestos parecen sumergirse hacia una forma esférica que quizás sea un pan (el pez siempre se asocia con el pan, en virtud del pasaje de Mt 14,13-21, y en la cripta de Santa Lucía, dentro de las catacumbas de San Calixto, aparece representado un pez que emerge de las aguas llevando un cesto de panes redondos; un altorrelieve del baptisterio de Cartago muestra peces en torno a una corona de pan). Pero en este fresco los dos peces contrapuestos se asemejan más bien a los peces devoradores de hombres que aparecen representados en la catedral de Amalfi, y designados con dos 8 tumbados, como para dar a entender su eternidad, y por tanto pueden indicar las dos mitades del año y del día. También se podría indicar con ellos el signo de Piscis, que en la precesión de los equinoccios indica el inicio de la era cristiana. En amuletos babilónicos aparecen dos magos disfrazados de peces que están a ambos lados de un apestado. Al macho y a la hembra corresponden dos peces volantes, el uno símbolo evidente de la Luna llena, el otro de la menguante, así como del doble movimiento de la vida mística, el éxtasis y la noche oscura. En Fludd las dos mitades se presentan como dionisíaca y apolínea; en Böhme, la paloma aparece en el mismo punto de intersección, y la inscripción «cuerpo de Cristo», en el mismo punto que ocupa la figura del Cristo de San Juan ante la Puerta Latina; la cruz descansa sobre una calavera (la esfera en las aguas) y acaba en un corazón que aspira el aire del mundo celeste. Dos héptadas contrarias de vicios y virtudes dominan en los dos mundos de Böhme.

AUGUSTINE BAKER

Fray David Augustine Baker (1575-1641), benedictino, se encargó de la edición de Hilton y comentó *La nube del no-saber*; fue la última rama de la mística medieval inglesa. Serenus Cressy, benedictino, extrajo de su obra diversos pasajes con los cuales compuso *Sancta Sophia* (publicada en Douai en 1657). De él quedan también una *Vida* de la benedictina Gertrude More y una autobiografía.

DEL «POST SCRIPTUM AL COMENTARIO A "LA NUBE DEL NO-SABER"»

Del dicho místico «Nada más nada nada»

Comprende y considera este dicho místico sacado de la práctica de la aritmética, para la cual, cuando nos aprestamos a sumar dos ceros, se dice, como he indicado: «Nada más nada nada». Esto se puede aplicar a significar y expresar la unión mística. En efecto, cuando el alma ha arrojado fuera de su entendimiento todas las imágenes y las preocupaciones naturales, y de la voluntad todos los amores y los afectos por las criaturas, se vuelve, respecto a las cosas naturales, como nada, estando libre, desnuda, limpia de todas ellas, como si fuese en verdad nada. Así es, en efecto, en ese caso y por ese tiempo, en cuanto a las criaturas. Mas, cuando se encuentra en tal condición de nada, entiende también a Dios como nada —como ninguna cosa imaginable o inteligible—, como cosa diversa que está sobre todas las imágenes, y sobre todo no expresable por especie, sino como una nada, no siendo cosa alguna de las que se pueden comprender o concebir por imagen o especie; y cuando ella añade su antedicha nada a dicha nada de Dios, nada permanece respecto al alma ni respecto a Dios, sino cierta vacuidad o nada; en tal nada se actúa y acontece una unión entre Dios y el alma. Quiero decir que de tal nada, al elevarse y unirse a Dios y entenderlo según su totalidad y sin imagen alguna de Él, resulta y emerge nada; como he dicho: «Nada más nada nada». Y verdaderamente, en esa unión realizada entre Dios y el alma, ésta no tiene conocimiento imaginativo ni de sí ni de Dios; pero, siendo como son meramente espíritus, quedan en una nada que, sin embargo, puede llamarse totalidad. Y de ese modo podéis concebir lo que es una unión mística activa. Está causada, en efecto, por

una aplicación del alma, desligada por el momento de todas las imágenes, a Dios, aprehendido según la fe, sin imagen alguna y sobre toda imagen. Por eso, en este caso de la unión, hay nada y nada que hacen nada. En efecto, cuanto menos se aprehende por vía de imagen en tal unión, tanto más pura es dicha unión; y si ésta es perfecta, no hay tiempo ni lugar, sino cierta eternidad sin tiempo ni lugar, de manera que el alma, en tal caso, no discierne ni tiempo, ni lugar, ni la imagen, sino cierta vacuidad o vacío, tanto respecto a sí, como a todas las demás cosas. Y es entonces como si nada hubiese en el ser, salvo ella misma y Dios, y Dios y ella, no como dos cosas distintas, sino como una sola cosa; y como si no hubiese otra cosa existente. Éste es el estado de perfecta unión, al que algunos llaman estado de la nada y otros, con otro tanto de razón, estado de totalidad.

Pues allí se ve y se goza a Dios, que está como conteniendo todas las cosas, y el alma es como si estuviese perdida en Él.[4]

4. En el capítulo 68 de *La nube del no saber* se dice que el *ningún lugar* para el mundo es el *todo lugar* del Espíritu: «No trates de replegarte dentro de ti mismo, pues, para decirlo de un modo simple, no quiero que estés en ninguna parte; no, ni fuera, ni arriba, ni detrás o al lado de ti mismo. Pero a esto dices: "¿Dónde he de estar entonces? Según dices, ¡no he de estar en ninguna parte!". Exacto. De hecho, lo has expresado bastante bien, pues efectivamente quisiera que no estuvieras en ninguna parte».

LOS PURITANOS

Sobre los puritanos pesa el abuso histórico, el lugar común que los designa atroces perseguidores de la alegría y legalistas, cuando es así que la novela *Pilgrim's Progress* de John Bunyan va enteramente dirigido contra la legalidad y cuando la alegría era para ellos el centro de la vida religiosa (y precisamente por eso se mostraron desdeñosos e impacientes con sus mundanas adulteraciones y falsificaciones). Ésta es la razón por la que el teólogo Jonathan Edwards escoge por esposa a Sarah Pierrepont: «Dicen que hay una jovencita en New Haven que es amada por el gran Ser que creó y gobierna el mundo, y que hay temporadas en las cuales este gran Ser, de un modo u otro, invisible, viene a ella y le colma el espíritu de un deleite extraordinariamente dulce, y que ella no se cuida de nada salvo de meditarlo. Por eso, si le presentáis el mundo entero, con sus más ricos tesoros, ella lo desprecia y no le presta atención, y no dedica pensamiento alguno a ninguna preocupación o aflicción. Es de extraordinaria dulzura, calma y universal benevolencia de espíritu. A veces vaga de un lado a otro cantando dulcemente; parece siempre llena de alegría y placer, y nadie sabe por qué. Le gusta estar sola, y va caminando

por los campos y los bosques, y parece que tenga siempre conversación con un invisible».

Thomas Hooker nació en 1586, obtuvo el título de *master of arts* en Cambridge y desempeñó cargos públicos en el condado de Essex, hasta que hubo de huir, por ser puritano, a Holanda. Emigró a Nueva Inglaterra en 1633, con John Cotton, y allí fue ordenado pastor. Guió a su comunidad en la ocupación de Connecticut e instauró allí un régimen liberal. Murió en 1647.

Para completar la teoría puritana del abandono, a los pasajes de Hooker siguen otros de John Cotton, Urian Oakes e Increase Mather.

John Cotton, nacido en 1585, estudió también en Cambridge; después fue nombrado vicario en Boston, en el Lincolnshire. Desde 1633 hasta su muerte, que se produjo en 1652, fue el jefe de la teocracia en Massachusetts.

También Urian Oakes nació en Inglaterra, en 1631, pero, llevado a América, se graduó en Harvard en 1649. Tras una estancia tempestuosa en su primera patria, volvió a América en 1671. Murió en 1681.

Increase Mather (1635-1723) era hijo de Richard Mather, un sacerdote huido de Inglaterra, que se había casado en segundas nupcias con la viuda de John Cotton. Fue el jefe de la segunda generación de inmigrantes; tras terminar sus estudios en Harvard, los continuó en el Trinity College de Irlanda, y predicó en Inglaterra hasta que la restauración regia le obligó a volver a América. Allí intentó endurecer la teocracia mediante sínodos de ministros, pero ya las fuerzas de la burguesía resquebrajaban el edificio puritano, y el hijo de Richard, Cotton, intentó en vano proseguir su obra.

THOMAS HOOKER

De los «Sermones»

El pecado

Una cosa es decir: el pecado es esto y esto, y otra ver cómo es en realidad; debemos considerar objetiva y firmemente nuestras faltas, mirar a la cara al pecado y penetrarlo hasta el fondo; no obrar de ese modo es causa del mal entendimiento de nuestra condición y de la deficiente purificación de nuestros corazones...

Pero, ¿cómo podremos ver claramente la naturaleza del pecado en su cruda realidad?...

En verdad, con el pecado nosotros echamos de su puesto a la ley, y al Señor, de su gloriosa soberanía. Le arrebatamos la corona de la cabeza y el cetro de las manos... esto es lo que hace todo corazón privado de la gracia al cometer el pecado... Es duro para el hombre disoluto no poder gozar plenamente los placeres y tener que soportar el sentimiento de culpabilidad y de amargura que los acompaña; es duro para el hombre apegado a los bienes terrenos no poder ocupar una posición sólida en el mundo con medios injustos, porque la conciencia se apodera de él apenas infringe la ley...

La punzada de una aflicción, el veneno maléfico de un castigo y de una calamidad, el mal más profundo que todo juicio, es el pecado quien los provoca o los acompaña... Aflicciones y cruces sin pecado no punzan, son como la serpiente sin veneno, podéis aceptarlas y hacer de ellas instrumento de curación. Así san Pablo se burla de la muerte misma, bromea con la tumba: «¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, tumba, tu victoria?» (1 Co 15,55). El aguijón de la muerte es el pecado. La opresiva angustia de los dolores y castigos, además, bien provenga del pecado, bien lo acompañe, representa un mejoramiento de nuestra condición, más bien que una separación de cosas agradables; más que apartarnos de nuestro bien, lo preparamos; el dolor en verdad acrece nuestra corona y no disminuye nuestro bienestar...

El Señor no siente aversión ni ama menos a los hombres por las miserias y adversidades que éstos sufren: Él está en la prisión con José, en el horno con los tres jóvenes, con Lázaro cuando yace entre los perros y recoge las migajas de la mesa del rico, y aún más está con Job sobre el montón de estiércol; pero no puede soportar la presencia del pecado; en verdad, ese mismo temple tienen sus servidores más queridos: cuanto más tienen a Dios dentro de sí, más se oponen al pecado allí donde lo encuentren.

La meditación

La meditación impulsa los pensamientos del hombre lejos, trae de nuevo a la memoria y hace revivir de modo inmediato cosas hechas hace tiempo, las organiza con buen orden; devuelve a la mente cosas del todo olvidadas y ya lejanas, que pueden ser utilísimas y ayudarnos de modo particular en el descubrimiento de nuestra condición; puede ser que la conciencia comience a considerar con atención un solo pecado, pero la meditación, en cambio, mira lejos y hace aflorar a la mente muchos otros iguales o semejantes cometidos muchos días o mucho tiempo antes. Este turba-

miento se apodera del hombre y lo somete al juicio de la conciencia, y luego a su condena.

Atención y meditación

Nuestras mentes desganadas y perezosas son de tal índole, que estamos inclinados a dispersarnos fuera de nuestro puesto o a desatender los servicios especiales que el Señor requiere de nosotros, o a entrometernos en cosas no pertinentes, yendo más allá del signo en el cual nos confinaría el espanto ante la vista y presencia del Señor, el cual exige el continuo servicio de nuestros pensamientos, y cuando nos acercamos a Él ve y observa nuestra incuria, y procederá a emitir juicio contra nosotros, haciendo ejecutar nuestra condena, de manera que sea casi imposible impedir que el curso tremendo de nuestros pensamientos se pliegue a los quehaceres que nos corresponden. Fue la maldición que cayó sobre Jonás cuando éste se apartó de la presencia del Señor y, en vez de cumplir su orden, siguió «mendaces vanidades» (Jon 2,9)... Lo mismo que los mendigos vagabundos y los nómadas en la tierra de donde vinimos:[5] no es posible fijarlos en un empleo o asentarlos en lugar alguno antes de que vayan a dar bajo la vigilancia de la autoridad y el poder del magistrado. Así sucede con nuestros pensamientos vagabundos y nómadas: salvo que estén bajo el ojo de Dios y espantados por su presencia, no es posible detener su búsqueda de vanidades ni confinarlos a una quieta consideración de lo que concierne a nuestro deber y nuestro consuelo...

Nuestras imaginaciones son como el vasto mar: mientras no perdemos de vista la regla y nos dejamos guiar por su autoridad, conocemos la brújula; pero una vez partidos, no sabemos adónde iremos ni dónde nos quedaremos. Muéstrate atento y cauteloso en observar los primeros vagabundeos y las primeras violaciones de fronteras de tus pensamientos, cómo en los comienzos dejan de atender a la obra presente, y miran más allá del tema que te pones a meditar.

Pero la meditación dice: deja que yo te recuerde tal y tal pecado en tal y tal ocasión, en tal y tal compañía, cometido y multiplicado más y peor que éstos que ahora te parecen tan abominables y conturbadores; la medi-

5. En Inglaterra; en los Estados puritanos de América no existían la mendicidad ni el vagabundeo.

tación es como el escribano y secretario que compulsa los registros de nuestras constantes corrupciones recogidas en un fichero y después las lleva al tribunal, para un nuevo examen.

Mira como quien indaga en el puerto de mar, en la aduana o sobre las naves, y no se contenta con echar un vistazo con incuria, sino que abre cada caja, revisa cada rincón, toma una luz para descubrir los pasajes más oscuros. Así pasa con la meditación, que observa la trama y la urdimbre de la maldad en toda su estructura, hasta el orillo y la orla, toma en consideración todos los recursos secretos, las astutas maniobras, y todas las circunstancias exteriores que corresponden a la cosa y las consecuencias, la naturaleza de las causas que allí operan, las diversas ocasiones y provocaciones que allí conducen, y también el final y término que razonablemente podrían derivarse de ello... No es echando aceite sobre la parte entumecida, sino estregándoselo, como se vuelven flexibles las junturas y se alivia el dolor. Así es en el alma: la aplicación pone el aceite de la Palabra, que es penetrante y picante; la meditación la frota de manera que ablande y humille el corazón duro y pétreo... «La nave fue batida por las olas» (Hch 27,15); la consideración de las abominaciones del lugar levantó una tempestad de turbaciones en el alma justa de Lot. Esto el sabio lo llama «poner en el corazón»: «Más vale ir a la casa en duelo que a la casa en fiesta, pues ése es el fin de todo hombre, y el que vive se lo pondrá en el corazón» (Qo 7,2-3).

Cuando el espectáculo de miseria y mortalidad es depositado en la tumba, la picante meditación, no obstante, se lo pone en el corazón y allí lo hace real en su obra... Una meditación firme y seria de cualquier cosa es como la apertura de los diques: lleva al alma con una especie de fuerza y violencia a poner por obra aquello a lo cual dedica así su mente, lo mismo que un poderoso curso de agua, liberado, hace girar la rueda del molino... «Consideré mis caminos y volví mis pasos hacia tus normas»: la justa consideración comporta una justa reforma.

Mas, cuando la conciencia de un pobre pecador está convicta, y herido su corazón, y la resistencia y desarreglo que contradicen han sido quitados de en medio y aplastados, la conciencia está al mando y se puede ejercitar, y ya no hay peligro, la razón puede ser escuchada, y el pecador hablará claramente desde el corazón quebrantado. Éstos son los guías que Dios ha puesto y seguiré su indicación, son los queridos y fieles siervos del Señor a los que debo honrar, y a ellos quiero confiar mi alma, y no a los guías ciegos y a los falsos maestros, que embadurnan de cal viva no mezclada y no son fieles a Dios, ni tampoco a sus almas, y por tanto no pueden serlo a mí...

Instrucción. Una sólida contrición y un corazón quebrantado producen una alteración extraña e imprevista en el mundo, modifican el precio y valor de las cosas y personas más de cuanto nos imaginamos, ponen patas arriba el mercado, hacen aparecer todas las cosas cual son y hacen honrar o respetar a las personas cual son en verdad, de suerte que éstas aparecen según las determina la verdad, aprueba la razón y atestigua la conciencia; esta estima de las cosas es habitual en los corazones y la percepción de aquellos cuyo corazón ha sido traspasado por un divino dolor por sus pecados. En efecto, éstos no juzgan por las apariencias exteriores, como acostumbran los hombres de mente corrompida, sino desde la experiencia que han tenido y sentido en su corazón, de manera que lo que han sentido y juzgado en su propio espíritu no pueden dejar de verlo y juzgarlo en los demás. Aquéllos que fueron antes objeto de burla como «hombres llenos de mosto» son ahora los preciosos siervos del Señor; motejados sin recato poco antes, ahora se les sigue, honra, reverencia, y hasta se cae a sus pies.

JOHN COTTON

De los «Sermones»

Inutilidad de las normas

Dése también una regla; pero, ¿acaso los hipócritas no pueden proceder en conformidad con ella? En verdad profesan mucho y creen en ella; si tienen una regla ante los ojos, están por consiguiente con espíritu de servidumbre y todo confiados, y dicen: «Todo lo que quiera el Señor mandarnos lo escucharemos y cumpliremos» (Dt 5,27). ¿Y qué dice Balaam? «Aun cuando Balac me diese una casa llena de plata y oro, no podría yo quebrantar el mandamiento del Señor» (Nm 22,18). Sin embargo él amaba el salario de la iniquidad; y en verdad aquellos que emprenden tales cosas fiados de su fuerza, luego se cansan del Señor y de sus mandamientos (como en Am 8,5) y al final dicen: «Es inútil servir a Dios, ¿qué sacamos de observar sus mandatos?» (Ml 3,14). Ésos son como cerdos lavados, que pastarán la hierba de un hermoso prado, pero si se les tiene allí largo tiempo, no se deleitarán en tal alimento, antes bien preferirán el cieno; pero, en cuanto a los machos cabríos, ellos se deleitarán en los mandatos del Señor (Is 58,2). No es para ellos cosa ardua ni pesada observar días de ayuno solemne todos juntos, antes bien van de buen grado, gozan con ir,

por eso la diferencia casi no se descubre, y a menos que seas un cristiano de clarísimo discernimiento, no la descubrirás... Primero un cristiano procede a vadear los ríos de Dios con la gracia hasta los tobillos con una buena disposición de espíritu; pero débilmente, porque se puede tener fuerza en el hueso del tobillo (Hch 3,7) y sin embargo tener rodillas débiles... Ahora bien, los afectos del hombre están en sus lomos, y Dios escruta los riñones; un hombre puede alimentar muchos afectos desordenados, aun cuando vaya chapoteando en los caminos de la gracia; podrá proseguir con alguna uniformidad, y sin embargo alimentar muchas pasiones desordenadas, y quizás tenga motivos para lamentarse de la corrupción de su corazón a los ojos de Dios: si ésta es la situación en que te encuentras, quiere decir que te has adentrado hasta tener agua hasta las rodillas... Sigue vadeando y considera que aún no va todo bien mientras no estés lo bastante sumergido, y así podrás sondear qué medida de gracia se te vierte. Y si has ido tan lejos que Dios ha sanado de algún modo tus afectos, de suerte que puedes airarte y no pecar, etc., está bien, y a eso debemos llegar... Pero avanza otros cien codos y entonces nadarás; en efecto, hay una medida de gracia por la cual el hombre puede nadar como pez en el agua.

La vocación

Existen tres tipos de pesos que gravitan sobre el hombre en su vocación...

La preocupación por el buen éxito de la misma, y por eso la fe echa sobre Dios su preocupación (1 P 5,7). «Confía tus obras al Señor y tus pensamientos se harán estables» (Pr 16,3). «Descarga tu peso sobre el Señor, y Él te liberará» (Sal 55,23); la fe lo encomendará todo enteramente a Dios...

Segundo peso es el temor del peligro que nos pueda amenazar por obra del hombre. Uno invita a Cristo a salir del país, porque Herodes quiere matarlo; ¿qué responde Cristo? «Decid a ese zorro que debo trabajar hoy y mañana» (Lc 13,31-32). Él arroja esa preocupación sobre Dios y sobre su vocación. Dios me ha marcado un período de tiempo, y, mientras éste dure, mi vocación me sostendrá, y cuando haya expirado seré perfecto...

Otro peso es el de las ofensas, que grava sobre el hombre en su vocación... y, por todas las ofensas que le sobrevienen en su vocación, desea que Dios tome todas las cosas en sus manos... Es el mismo acto de incredulidad lo que lleva al hombre a murmurar en las cruces y a hincharse en la prosperidad; ahora bien, la fe es como un equilibrio, mantiene el corazón en una atemperación equitativa; sea que los asuntos vayan bien, sea que

vayan mal, la fe los acoge más o menos del mismo modo, la fe modera la composición del espíritu del hombre en dos vertientes... Un hombre cualquiera, cuando su vocación le es impedida, se avergüenza mucho y tiene miedo; pero, si un cristiano debe renunciar a su vocación, la depone con facilidad y gallardía a los ojos de Dios y de los hombres... Un hombre que en su vocación ha perseguido el propio interés sin otra mira, no la depone (cuando sea forzoso hacerlo) sin considerar el acontecimiento como su completa derrota: es un cerdo que nunca ha prestado servicio alguno al amo hasta que ha venido a yacer sobre el cañizo, y entonces hace estrépito; pero un carnero que antes haya proporcionado beneficios en muchas ocasiones, aun cuando lo cojan y lo degüellen, sigue siendo un cordero mudo ante el esquilador. Así, a un hombre carnal que no sirvió nunca a hombre alguno fuera de sí mismo, intenta llamarlo a la aflicción y lo verás murmurar y gritar contra ti; pero [toma] a un cristiano que está habituado a servir a Dios sirviendo a los hombres: si ha sido fiel y útil en su vocación, nunca sucede que renuncie a ella sin cierta medida de libertad y gallardía de espíritu... Si quieres vivir una vida viva y que prosperen alma y cuerpo en tu vocación, esfuérzate por entrar en una buena vocación, viviendo en ella por el bien de los demás.

URIAN OAKES

De los «Sermones»

¿Por qué abandonarse a Dios?

[I, 1] Hombres de la mayor suficiencia no alcanzan a procurarse el pan o a realizar algo con su fuerza. Sean cuales sean sus capacidades (rapidez para la carrera, robustez para la batalla, sabiduría para procurarse el pan, etcétera), no les serán de ningún provecho sin el concurso y la bendición de Dios... El camino del hombre no está en él, no hay en el hombre viandante cuanto baste para dirigir sus pasos, ni para realizar cosa alguna que se proponga, sin el concurso divino o el divino permiso. No tiene en su poder el buen éxito de ninguna de sus acciones; ni sabe si alguna de las cosas que hace está destinada a llegar a buen fin. ¡Es para maravillarse que el pobre y dependiente ser humano sea tan orgulloso!...

[2] El acaso existe respecto a las causas segundas (de manera que ciertas cosas salen bien κατὰ ἐγκυρίαν, como dice el Salvador en Lc 10,31),

pero no respecto a las causas primeras. Ese ateísmo y paganismo que atribuye las cosas a la fortuna [o suerte], no está en absoluto erradicado de las mentes de los hombres que, sin embargo, deberían estar mejor instruidos o informados...

[3] Nos ponemos demasiado en el puesto de Dios, como si estuviese en nuestro poder hacer que salgan bien nuestros esfuerzos y conferirles buen efecto y resultado según nuestro deseo... Existe esa profunda maldad en los corazones de los hombres, por la cual si alguna vez obtienen algo mediante un fraude cualquiera o mediante tretas astutas, embaucando a sus hermanos de modo pecaminoso, están dispuestos a atribuirlo a la Providencia y a bendición de Dios, diciendo que fue la Providencia de Dios quien se lo brindó, apenas lo urdieron y procuraron industriosa y pecaminosamente; mas cuando obtienen algo honradamente, con su sabiduría, prudencia e industria, son demasiado prontos a olvidar la Providencia y a atribuírselo todo...

Los acontecimientos no están en poder de las criaturas. El Señor a veces burla a los hombres de la mayor suficiencia, anula y vigila sus designios y sus empresas, y los hiere extrañamente. Les sobrevienen tiempo y acaso.

INCREASE MATHER

De los «Sermones»

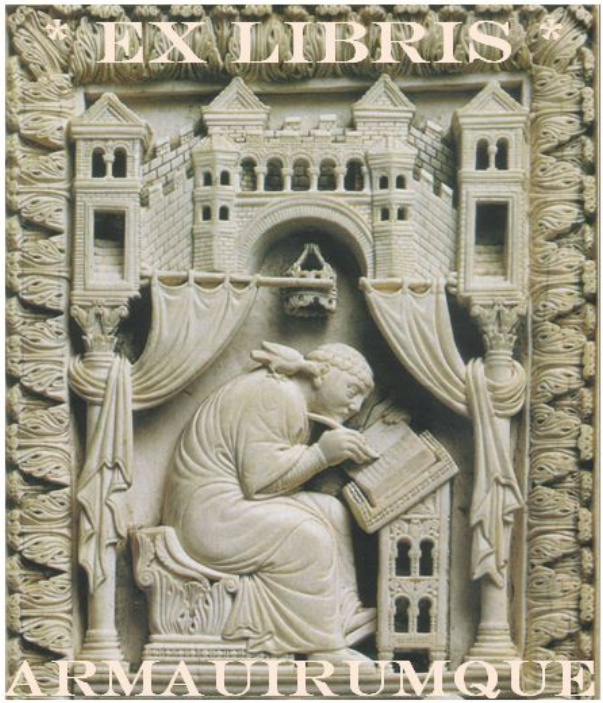
¿Por qué el destino es incierto?

[1] Para que los hijos de Dios vivan de fe; viviendo una vida en santa dependencia perpetua de Dios, no deben conocer sus tiempos, para que así puedan confiar en Dios en todo tiempo. Dios no quiso que sus hijos estuviesen ansiosamente preocupados de los acontecimientos futuros...

[2] Para que sigan al Señor con los ojos vendados adonde quiera que Él les conduzca, aun cuando no vean ni un paso del camino que se abre ante ellos, como hizo Abraham (Gn 12,1-5; Hb 11,8).

[3] Los hombres no deben conocer su tiempo para que estén siempre vigilantes...

[4] Algunos, en concreto, son tenidos en ignorancia respecto a sus tiempos para que con la pura y consoladora compostura de espíritu prosigan la obra a la que son llamados, y para que con diligencia y alegría atiendan a los deberes de su vocación general y particular; no lo harían si supiesen qué tiempos y cosas malas les están destinados.



LOS FILADELFOS

John Pordage nació, hijo de un comerciante londinense, en 1607, estudió en Oxford y en Leiden, se graduó en medicina. Tras haberse casado obtuvo un beneficio eclesiástico, recibiendo la protección del rosacruz Elias Ashmole. Fue su mujer la que gozó primero de visiones; en 1651 también él comenzó a tenerlas, y en torno a la pareja se congregó un grupo de discípulos: «Comenzamos a hacer una vida más devota, más rigurosa, más consagrada a Dios, separándonos del mundo y dedicándonos de modo casi continuo al ayuno, a la oración, al servicio de Dios». Durante la república, Pordage fue privado del beneficio y acusado por su enemigo Fowler de pretender reavivar los errores de Valentín. Recuperó el beneficio con la Restauración, pero volvió a perderlo y tuvo que irse a vivir a Londres, entre sus adeptos. Tras la muerte de su mujer, Pordage conoció a Jane Lead (1623-1704), la cual, como él, había estudiado las obras de Böhme antes de ser iluminada, en 1670, por la aparición de Sofía. Se estableció un matrimonio espiritual entre Pordage y ella, y una filiación espiritual entre ella y Francis Lee, médico y sacerdote. Pordage murió en 1681. En 1697 nació la Philadelphian Society, a la que Jane proporcionó el ritual secreto para la adora-

ción de Sofía. Asistida por Lee, Jane murió santamente. La Sociedad (o Iglesia) de los filadelfos murió con ella.

JOHN PORDAGE

De «Teología mística»

[81] El amor es de naturaleza transmutante y transformante. Su gran efecto es volver cada cosa a su naturaleza, que es toda bondad, dulzura y perfección. Éste es el divino poder que transforma el agua en vino, el dolor y sufrimiento infernal en alegría triunfante y exultante, la maldición en bendición; donde encuentra un desierto desnudo y terrestre, lo transforma en un paraíso de deleites; sí, cambia el mal en bien, y toda imperfección en perfección. Restaura lo caído y degenerado en su primitiva belleza, excelencia y perfección. Es la piedra divina, el guijarro blanco con el nombre escrito encima que nadie conoce sino quien lo lleva, el divino elixir a cuya potencia transformadora y a cuya eficacia nada puede resistirse.

[V, 18] Y para que el amor entre los hombres estuviese mejor fundado y firme, Dios separó lo que antes estaba unido y puso la tintura femenina en la mujer para que el ser humano, con el deber del amor, mantuviese la inclinación natural del uno hacia el otro. Por eso se ve que la amistad entre dos hombres, por afable que sea, no se puede parangonar al amor íntimo, cordial, que existe entre hombre y mujer cuando coinciden en los sentimientos. Y si no hubiera mujeres en el mundo, éste sería aún más áspero de lo que es, porque no habría amor, y los hombres no harían sino perseguirse y matarse.

[37] Así fue escondido y cubierto con este mundo exterior, y así permanecerá hasta la restauración de la Sabiduría celeste. Entonces el mundo paradisíaco interior será exterior y visible, y éste que hoy es tan externo y visible se volverá encubierto e invisible como era en el principio. Entonces los reinos de este mundo visible serán nuevamente el Reino de Dios y de su Cristo el día del triunfo de la Sabiduría.

[VIII, 16] La reunión del hombre interior con la virgen de la Sabiduría pertenece al patio exterior del principio celeste[6] y no comporta en ab-

6. El grito: «Esposo, nueva luz» es lanzado en la segunda fase de la iniciación, y rompe el silencio.

soluto que no se dé otra reunión semejante con Cristo en el patio más interior o en el Santísimo. Esa reunión con la Sabiduría lleva a la reunión más alta con la persona transfigurada de Cristo, por eso no sirve de obstáculo sino, más bien, de preparación. Si hay un camino o medio hasta nuestra reunión alta y gloriosa con la persona transfigurada de Cristo en el Santísimo es precisamente la reunión con la virgen de la Sabiduría. La reunión con la Sabiduría es el estado de renovación, la reunión con Cristo, el estado de la ascensión. Son distintos en las jerarquías de la gloria. El primer estado es fruto de la resurrección de Cristo del sepulcro, el otro, en cambio, es fruto de su ascensión al cielo más alto.

JANE LEAD

De «Fontana de jardines»

Visiones

[I] Ahora bien, aquí hay una cesación de las imágenes sensibles, porque todo se convierte en vista, operación y sensación intelectuales. En este centro de luz, sobre el que no se imprimen ni se elevan imágenes visibles, está la tierra firme y la sustancia de todo lo que hay en una figura interior retraída al espíritu de la mente y no expresa, sino que permanece idea invisible, como sucede en el caso de Dios mismo antes de que forje a partir del terreno esencial formas y figuras de cosas. Como estas últimas pueden hacer de suerte que sea informado, iluminado, renovado, confortado, e incluso esencializado el Espíritu en Dios... sin embargo, si se detienen en el centro a beber en las puras aguas corrientes de la revelación que de él brota, les concederá acceso al pleno cuerpo y al centro de la Trinidad, que engulle todas las sombras e imágenes, y termina en la esencialidad misma de una formación de Dios, en las potencias sustanciales que obran en y desde la pura esencia del Espíritu en la naturaleza transrenovada.[7] Así, la visión *intelectual,* considerada de ese modo, es el paso más cercano a la visión beatífica, o desnuda visión de Dios, sin otro medio salvo la verdadera

7. «... Into the very Essentiality of a God-Formation, into Substantial Powers acting in, and from the pure Essence of Spirit in Transnewed Nature», dice el texto, cuya redacción es a menudo ininteligible.

personalidad del Señor Jesús, con el ser consumados en la esencia de su espíritu y de su luz...

No me quedó fuerza alguna, el sol de mi razón y la luna de mi sentido externo quedaron colmados y se retiraron. Nada sabía yo por mí misma en cuanto a las propiedades operantes por naturaleza o creación, y, estando parada la rueda del movimiento, otra se movió desde un fuego central, de suerte que me sentí transmutada en pura llama. Entonces me llegó esta palabra: «No hay otra cancela en mi eterno abismo...».

Entonces fue impartido además, en relación con la materia de la Piedra, que su composición era la materia de los cuatro elementos, que se debía calcinar y sublimar en el elemento superior... y separada y sellada en el vidrio de la mente santificada... Entonces fui conducida a un terreno mineral, donde estaban todos los metales más viles. Y el apóstol Juan, que era el archimago, dijo: «Ven a ver lo que se ha de hacer aquí». Y tenía en la mano una ampollita que contenía un líquido semejante al oro, y de ella dejó caer unas gotas sobre cada metal, y todos quedaron transmutados inmediatamente en oro resplandeciente.

[II] Cuando nos encontrábamos haciendo las oraciones el 23 de mayo de 1677, me fue presentada una copa de oro de la cual se alzaba una llama de luz, como fuego que bullese desbordando la copa, y alguien dijo solemnemente: «Beban de ella los que puedan hacerlo»... La copa toda de oro representaba a Cristo en su pura corporalidad, probado a través de todos los fuegos, y por eso convertido en recipiente humilde para contener el Espíritu esencial de la pura divinidad flameante que salta más allá de los límites de la humanidad, lo mismo que el fuego más allá de la copa... Vi alzarse el fuego, y así debe de ser el fluir del Espíritu Santo. Era, en efecto, su bautismo de fuego...

Esta mañana, estando en mi espíritu, llevada al profundo abismo, sirviendo las puras aperturas de esa fuerza central generadora o vida de manantial, de pronto se me apareció un firmamento azul, tan oriental como ningún otro en este orbe visible.[8] En medio de él había un ojo estupendo que vi chispear como si de él salieran arroyos flameantes... Había un ojo flameante en medio del círculo, y alrededor un arco iris con toda gama de colores, y más allá del arco iris, en el firmamento, innumerables es-

8. Azul es el espacio central del aire, «th'ayres middle marble roome» del que habla John Donne (*The Storme*, verso 14). Es el que detiene los vientos exhalantes de la tierra y los lanza de nuevo abajo, función fácilmente emblemática.

trellas, todas al servicio de este ojo flameante del cual el Verbo dijo: la tierra y los cielos huirán y nada quedará, salvo las cosas que puedan habitar en este ojo, como estrellas de gloria ministrantes, ante el trono de Aquel que, como has visto en el ojo flameante, no es ni fin ni principio.

De «Las leyes del paraíso»

Androginia

La mujer se convirtió en el instrumento de Satanás que condujo al hombre fuera del paraíso, separándolo de su único bien y fuente de felicidad... Cristo, al contrario, debe estimular a la mujer a reivindicar su derecho, y al final acogerla como su instrumento para reconducir al hombre hacia atrás, de suerte que el Verbo de Dios pueda ser verificado en su sentido último, con la mujer que se convierte en medio de amor para el hombre.

Se debe observar y notar que los primeros vicarios del Reino instituido según el modelo celeste (en el cual representan al paradisíaco macho y hembra, Cristo y la Virgen, que tomaron figura elemental) están íntimamente unidos y sin embargo son distintos: el macho tiene a su virgen dentro de sí y puede, por tanto, multiplicarse en una especie espiritual lo mismo que había debido acontecer según los mandamientos de Dios en el primer Adán.[9] Y la virgen femenina debe, por otro lado, tener en sí misma fuerza y espíritu viriles para parir igualmente según la potencia excelente del Dios-Hombre que se encarna e incorpora de ese modo con los sentimientos virginales. Así no deben depender de nada que esté puesto fuera de ellos, porque cada una de las dos semillas divinas debe producir por sí sola estos nacimientos angélicos.

Y aunque la sabiduría y el consejo de Dios pueda ser levantar dos figuras al vínculo nupcial, no obstante, por lo que concierne a sus personas exteriores que no están limitadas en el espacio ni en el tiempo, son libres sin vínculos de ninguna clase. Pues, cuando venga el día bendito y espiritual en el cual deban resurgir y aparecer, será claro en la augusta libertad que ellos pueden convivir en una sola casa o familia, o bien habi-

9. «Creced y multiplicaos» (Gn 1,22 y 28; 9,1 y 7).

tar en naciones separadas, y sin embargo no existirá obstáculo para su espíritu ni para su fuerza, reunidos en la obra del nacimiento y la multiplicación del Reino de Cristo.

GEORGE HERBERT

Nació cerca de Montgomery el 3 de abril de 1593. Estudió en Cambridge y pasó a ser a continuación lector de retórica y orador de la universidad. Se opuso a los calvinistas como campeón anglicano, fue cortesano con Jacobo I. Una serie de reveses le ayudó a recibir las órdenes sacerdotales. Tras haberse casado, ocupó un beneficio eclesiástico y se prodigó en el ejercicio de su misión de modo conmovedor, por lo que de ello cuenta su amigo Izaac Walton. Tuvo contactos con la comunidad mística de Little Gidding, pero también simpatía por la emigración puritana a América. Murió, tal vez de tuberculosis, entre 1632 y 1635. *The Temple, Sacred Poems and Private Ejaculations* se publicaron de forma póstuma.

De «El templo»

Redención

Largamente arrendatario de un poderoso Señor,
puesto que yo no prosperaba, me animé
a solicitarle que me concediese,
cancelado el antiguo, un canon menor.
En el Cielo, en su castillo, lo busqué,
y allí me dijeron que acababa de partir
para un predio suyo, comprado a alto precio
desde hacía tiempo en la Tierra, a tomar de él posesión.
Volví sobre mis pasos y, de altísima estirpe
sabiéndolo, busqué en los altos lugares,
en las ciudades, teatros, parques y cortes:
al fin oí juerga descompuesta
de ladrones y asesinos. Allí dentro lo descubrí:
«Tu petición es acogida», me dijo; y estaba muerto.

Amor

Amor me dio la bienvenida; pero mi alma se retrajo,
de polvo manchada y de pecado.
Pero Amor con su rápida mirada, viéndome vacilante
desde mi primera entrada,
se me acercó, dulcemente preguntando
si nada me faltaba.

Di un huésped, dije yo, digno de estar aquí.
Amor dijo: lo serás tú.
¿Yo, el descortés e ingrato? Oh, amigo mío,
no puedo levantar la mirada a Ti.
Amor me cogió la mano y sonriendo respondió:
¿y quién hizo los ojos sino yo?

Es verdad, Señor, pero yo los manché: váyase mi vergüenza
allí adonde merece ir.
¿Y no sabes tú, dijo Amor, quién llevó esta culpa?
Si es así, serviré, querido mío.
Te sentarás, dijo Amor, para gustar mi carne.
Así, me senté y comí.

Oración

Oración, convite de la Iglesia, edad de los ángeles,
aliento de Dios en el hombre que vuelve a su nacimiento,
alma en paráfrasis, corazón en peregrinación,
sonda cristiana que sondea el cielo y la tierra,
máquina contra el Omnipotente, torre del pecador,
rayo invertido, lanza en el costado de Cristo,
que en una hora traspone un mundo hecho en seis días,
música cual toda cosa oye y teme,
delicia y quietud, dulzura, amor y paz,
maná exaltado, alegría de los mejores,
cielo en lo cotidiano, hombre de hermosas vestiduras.
vía Láctea, pájaro del paraíso, campanas
oídas más allá de las estrellas, sangre del alma,
tierra de especias —y el todo, comprensible.

La polea

Cuando Dios al principio hizo al hombre
teniendo al lado una copa de gracias:
«Vertámosle», dijo, «todo el poder posible:
y los tesoros del mundo, que yacen dispersos,
sean recogidos en una mano abierta».

Salió primero la fuerza,
después fluyó la belleza, la sabiduría, el honor, la alegría:
vertido casi todo, Dios se detuvo, viendo
que sólo, de la totalidad de su tesoro,
quedaba, en el fondo, el descanso.

Puesto que (pensó), si doy
esta otra gema a mi criatura,
no me adorará a mí, sino mis dones,
y se apoyará en la naturaleza y no
en su Señor, y con ello los dos perderemos.

Que tenga también el resto,
pero téngalo en doliente inquietud:
esté rico y cansado: que al final,
si no lo guía Bondad, el Cansancio
lo arroje sobre mi pecho.

Pascua

Surge, corazón mío: ha salido tu Señor. Y entona presto la alabanza
a Él, que te coge de la mano para que puedas con Él resurgir,
de suerte que, si en polvo te calcinó su muerte,
su vida te haga oro, y mucho más justo.

Despierta, laúd mío, y aplícate a tu papel con todo tu arte.
La cruz enseñó a todo leño a hacer resonar su nombre,
el que ella había llevado,
y sus tendones tensos prescribieron a toda cuerda
en qué clave se ha de celebrar este altísimo día.

Tú conjugabas corazón con laúd, y entretejías una canción larga y placentera:
puesto que toda música no es sino tres partes
multiplicadas y acrecidas,
oh, haz de suerte que tu Espíritu se lleve su parte,
y nuestros defectos compense con su dulce arte.

FRANCIS QUARLES

Nació en 1592, hijo de un cortesano de la corte de Isabel, y tras sus estudios también él entró en la corte. En 1633 se estableció en su casa de Essex, tras haber servido como secretario al obispo de Armagh. Con la llegada de los republicanos, su casa fue invadida, y sus cartas destruidas. Murió en 1644.

Los *Emblemes*, explicaciones de los grabados emblemáticos, fueron publicados en 1635. En 1638 se publicaron sus *Hieroglyphics*.

De los «Emblemas»

[III, 7] «¿Por qué escondes tu rostro? Dirás, acaso, que nadie puede ver tu cara y seguir viviendo (Ex 33,20). Oh Señor, deja que yo muera para que te vea; deja que te vea, que pueda morir: no querría vivir, sino morir; para ver a Cristo deseo la muerte; para vivir con Cristo desprecio la vida».

«¡Oh excelente escondite, que se ha convertido en mi perfección! Oh Dios mío, escondes tu tesoro para atizar mi deseo; escondes tu perla para inflamar al que la busca; tardas a dar para enseñarme a importunar, pareces no oír para hacerme perseverar.»

[V, 4] «Yo soy del Amado, y su deseo está vuelto a mí» (Ct 7,11).

Como la aguja ártica, que conduce
la sombra errabunda con su poder magnético
y deja que decida la hora controvertida
un gnomon sérico,
y primero enloquece de un lado a otro
y bate sin tregua con vacuo arrebato
su caja de cristal y de marfil
en el placer evanescente, voz de cisne;

después tropieza en los cúmulos de tesoros,
por falsas esperanzas la ves lisonjeada;
pero mírala presa del engaño del temor: y entonces,
descubriendo en todo un juego vano,
a ti se vuelve, oh Dios.

Pero ¿tiene el acero virtud de moverse por sí solo?
¿Puede la aguja intacta apuntar correctamente?
¿O puedo yo prohibir a mis pensamientos errar
no conducidos por la virtud de [tu] Espíritu?
¿O acaso el alma de plomo tiene el arte de aprovechar
su talento inútil y, no resucitada, anhelar,
en este triste tiempo de deseos en fusión?
¿Tengo yo el poder, si no soy amado, de amar primero?
No puedo alejarme, salvo que te plazca alejarme,
ni corresponder a tu amor mientras no me ames.

La quieta señora de la noche silenciosa
toma los rayos en préstamo del ojo
del fúlgido hermano que le colma de luz
los agudos cuernos con su bella mirada.
Si él se retira, a ella las llamas se le apagan,
y lo mismo los rayos de tu Espíritu iluminador,
infundidos y arrojados en mi deseo tenebroso,
inflaman mis pensamientos, y el alma me abrasan
de manera que soy extático por novísima alegría;
pero si te cubres el rostro con el sudario,
se empaña mi gloria,
y, mira, soy una nada compuesta toda de sombras.

Eterno Dios que solo eres
fuente eterna de eterna luz,
imán bendito de mi mejor parte,
deseo del corazón, dilecto del alma mía,
arrójame sobre el alma tu reflejo, toca mi corazón.
Entonces mi corazón nada más que a ti dará valor.
Entonces mis temblorosos pensamientos, sin apartarse nunca
de tus mandatos, no ondearán ni un ápice,
ni fuera de ti presumirán tener movimiento.

Buscando el pecho de su Esposa gélida,
finalmente atenúa su movimiento y pone su trémula
punta sobre el seno del amado polo;
así mi alma, que a todo objeto
acude que placer le ofrezca,
querría asentarse, pero no sabe dónde,
y ama por la mañana lo que de noche aborrece.
Ella al honor se inclina, después presta oído.

THOMAS BROWNE

Nació en Cheapside, Londres, el 19 de octubre de 1605; estudió en Oxford y después en Montpellier, Padua y Leiden, donde se graduó en medicina. De vuelta a Inglaterra, se casó en Norwich y tuvo diez hijos. *Religio medici*, escrito en 1634, fue publicado en 1642. Siguieron: *Pseudodoxia* (1646); *Hydriotaphia*; *The Garden of Cyrus* (1658); *Certain Miscellany Tracts* (1683); *Christian Morals* (inacabado). Murió en 1682, incólume e indiferente, tolerante y benévolo, tras haber pasado por los horrores del regicidio, del gobierno de Cromwell y de la restauración. Fue nombrado *baronet* por Carlos II en 1671, durante la visita real a Norwich.

Siguen páginas de *Religio medici*, y después de *El jardín de Ciro, o sea las plantaciones al tresbolillo, losange o reticulado de los antiguos observadas artificial, natural y místicamente*. Es ésta una meditación sobre el cinco y sobre la figura plana determinada por cinco puntos, la *x*, que, según supone él, constituye el esquema de los jardines místicos antiguos. El jardín, o paraíso (término sinónimo), simboliza la *terra pretiosa* de la resurrección, y los tapices de diseño tradicional son esquemas de iniciación que representan jardines, a veces habitados por pavos de la inmortalidad y otros animales sagrados. Es en la mística persa donde se profundiza la jardinería mística y la lectura de los tapices.[10] Sir Thomas Browne indaga uno de los motivos de los diseños de jardinería (y de otras artes, entre ellas la *georgica animi*), el cruce o *decussatio*, emblema de mediación.

10. Véase H. Corbin, *Terre celeste et corps de résurrection de l'Iran Mazdéen a l'Iran Shîite*, París, 1961.

Por vía puramente intuitiva, Marie des Vallées llegó a una teoría de la jardinería mística única en Occidente. Fue san Juan Eudes quien recogió su visión.[11] Siete vueltas de árboles circundados por rosaledas tienen en su centro la fuente de la Sabiduría con siete arroyuelos que riegan el jardín. En las primeras vueltas se alzan árboles de frutos purpúreos que contienen tres semillas; su ingestión produce como fruto interior fuerza, gracia y paciencia. Comer esos frutos es desear con fervor los padecimientos. La cuarta vuelta es de manzanos con pomas mitad rojas mitad verdes, que significan el morir a uno mismo para renacer en Dios. La quinta es de palmeras, símbolos de victoria, que se levantan en un viñedo. La séptima la forman siete cedros, que son la divina voluntad.

El jardín de Marie está fundado sobre siete y ocho (puntos), es decir, sobre el cumplimiento de la vocación mística; el de Sir Thomas, en cambio, se basa en la erótica mística y en la mediación.

De «La religión del médico»

[I, 11] En medio de mis solitarias y retraídas cavilaciones —«Neque enim cum porticus aut me lectulus accepit, desum mihi»—[12] recuerdo que no estoy a solas, y en consecuencia no me olvido de dirigir mi contemplación hacia el que siempre está conmigo y sus atributos; sobre todo hacia esos dos especialmente poderosos que son su sabiduría y su eternidad. Con el primero recreo, con el segundo confundo a mi entendimiento; porque, ¿quién es capaz de hablar de la eternidad sin solecismos, o de pensar en ella sin éxtasis? El tiempo lo podemos comprender: cinco días tan sólo es más viejo que nosotros, y su horóscopo es el mismo que el del mundo; pero remontarnos tan atrás como para concebir un principio, dar un salto tan infinito hacia adelante como para imaginar un fin en una esencia de la que afirmamos que no tiene ni lo uno ni lo otro, eso lleva a mi razón al santuario de san Pablo (Rm 11,33). Mi filosofía ni siquiera se atreve a decir que puedan los ángeles hacerlo: Dios no ha hecho criatura alguna que pueda comprenderlo: ése es el privilegio de su propia naturaleza. «Yo soy el que soy», así se definió él mismo ante Moisés (Ex 3,14); y aún fue benévolo a la hora de confundir a una mortalidad que osaba interrogar a Dios y pre-

11. Véase D. Boulay, *Vie du vénérable Jean Eudes*, 3 vols., París, 1905-1907, Apéndice.

12. «Cuando me he retirado a la columnata o al lecho, no descuido mis intereses», adaptado de Horacio, *Sátiras*, I, 4, 133-134.

guntarle qué era; en efecto, sólo él es; y todos los demás han sido y serán. Pero en la eternidad no existe la distinción de los tiempos verbales, y, por tanto, el terrible término «predestinación» —cuya concepción ha atribulado a tantas cabezas endebles, cuya explicación a las más sabias— no es, con respecto a Dios, una determinación presciente de nuestros estados venideros, sino el soplo definitivo y arrollador de su voluntad, ya cumplida desde el instante mismo en que los decretó; porque para su eternidad, que es indivisible y cabal, ya ha sonado la última trompeta: los réprobos se encuentran en la hoguera y los benditos en el seno de Abraham. San Pedro habla con moderación cuando dice que para Dios mil años son como un solo día; porque (para hablar como filósofo) esos continuos instantes del tiempo que fluyen hasta constituir mil años no son ni un momento para él; lo que para nosotros está por venir es presente para su eternidad, no siendo la duración entera de ésta más que un punto permanente sin sucesión, partes, flujo ni división.

[12] Ningún otro atributo añade tantas dificultades al misterio de la Trinidad, en la que (si bien de manera relativa y pensando en padre e hijo) debemos rechazar toda prioridad. Me pregunto cómo Aristóteles podía concebir eterno el mundo, o cómo podía conciliar dos eternidades.[13]

[I, 44] Ciertamente no hay felicidad en este círculo de carne, ni en la visión de estos ojos está contemplar la dicha: el primer día de nuestro jubileo es la muerte. El Diablo, por tanto, no ha alcanzado sus deseos; somos más felices con la muerte de lo que habríamos sido sin ella: no hay miseria más que en él mismo, donde no hay fin para ella; y así, en efecto, en su propio sentido, el estoico[14] está en lo cierto: olvida que puede morir quien se queja de la desgracia: no estamos en poder de calamidad alguna mientras esté la muerte en el nuestro.

[45] Bien, además de esta clase positiva y literal de muerte hay otras de las que hacen mención los teólogos —y que no son, creo yo, meramente metafóricas—, tales como la mortificación, morir para el pecado y para el mundo. Por lo tanto, digo que todo hombre tiene un doble horóscopo: uno de su humanidad, su nacimiento; otro de su cristiandad, su bautismo, y a partir de éste computo o calculo yo mi natividad sin contar esas *horae combustae* y días sueltos ni considerar que era nada antes de pertenecer a

13. Aristóteles, *De coelo*, I, 10-12.
14. Séneca, *De providentia*, VI, 7.

mi Salvador y estar inscrito en el registro de Cristo. A todo aquel que no goza de esta vida lo estimo sólo una aparición, aunque lleve sobre sí los atributos sensibles de la carne. En estas acepciones morales, la manera de ser inmortal es morir a diario, y yo no soy capaz de creer que poseo la verdadera teoría de la muerte al contemplar una calavera, o al ver un esqueleto con esas groseras imaginaciones a que nos arroja; por tanto, he ampliado ese común *Memento mori* a un recordatorio más cristiano: «Memento quattuor Novissima», esos cuatro inevitables puntos de todos nosotros, muerte, juicio, cielo e infierno.

[I, 49] Bien, las obligadas mansiones de nuestro yo restituido son esos dos lugares contrarios e incompatibles que llamamos cielo e infierno; definirlos, o determinar con exactitud qué son y dónde están, rebasa mi teología. Aquel elegante apóstol que al parecer tuvo un atisbo del cielo no ha dejado sino una descripción negativa: «Ni el ojo vio, y ni el oído oyó, ni puede caber en el corazón del hombre...» (2 Co 12,2-4); fue arrebatado al paraíso para que lo contemplara, pero al volver en sí no lo supo expresar. La descripción de san Juan —por medio de esmeraldas, crisólitos y piedras preciosas— es demasiado endeble para expresar el cielo material que vemos. En suma, por tanto, allí donde el alma posee la completa medida y plenitud de la dicha; allí donde el ilimitado apetito de ese espíritu queda enteramente satisfecho hasta el punto de que no pueda ya desear ni suma ni alteración, eso, yo creo, es en verdad el cielo. Y tal puede estar tan sólo en el goce de esa esencia cuya infinita bondad es capaz de cumplir los deseos suyos y los insaciables anhelos nuestros; donde quiera que Dios así se manifieste, ahí está el cielo, aunque sea dentro del círculo de este mundo sensible.

[I, 51] El corazón del hombre es el lugar donde moran los diablos: yo a veces siento un infierno en mi interior; tiene Lucifer su palacio en mi pecho: en mí revive Legión (Mc 5,9). Hay tantos infiernos como mundos concibió Anaxágoras: había más de un infierno en la Magdalena cuando había en ella siete demonios (Lc 8,2), pues cada demonio es un infierno para sí mismo: alberga ya suficiente tortura en su propio *ubi*, y no precisa la miseria de lo que lo circunda para afligirlo; y así, una conciencia aquí turbada es una sombra o introducción al infierno en la otra vida.

[II, 10] Pues así es también en la naturaleza. Los mayores bálsamos yacen envueltos en los cuerpos de los corrosivos más poderosos; digo,

además —y me fundo en la experiencia—, que los venenos contienen en sí mismos su propio antídoto y lo que los protege de su propia ponzoña; sin lo que no sólo serían deletéreos para otros, sino también para sí mismos. Pero es la corrupción lo que temo dentro de mí, no el contagio del comercio exterior; es ese indisciplinado regimiento de mi interior lo que me destruirá. Soy yo quien me infecto a mí mismo; el hombre sin ombligo vive aún en mí; siento aquel cáncer original corroerme y devorarme; y por tanto «defende me Deus de me» —el Señor me libre de mí mismo— es parte de mi letanía y la primera voz de mis apartadas imaginaciones.

No hay hombre solo, porque todo hombre es un microcosmos y lleva el mundo entero a su alrededor. «Numquam minus solus quam cum solus»,[15] aunque sea el apotegma de un sabio, es verdad, sin embargo, en boca de un necio; pues en efecto, aun en un desierto, un hombre no está nunca solo, no ya porque esté consigo mismo y sus propios pensamientos, sino porque está con el Diablo, quien se asocia siempre con nuestra soledad, y es ese ingobernable rebelde que suscita esos movimientos desordenados que acompañan a nuestras aisladas imaginaciones. Y para hablar más ceñido, no existe tal cosa como la soledad, ni nada de lo que pueda decirse que está solo y es por sí excepto Dios, quien es su propio círculo y puede subsistir por sí solo: todos los demás —dejando de lado sus variadas y heterogéneas partes, que en cierto modo multiplican sus naturalezas— no pueden subsistir sin el concurso de Dios y la alianza de esa mano que sostiene sus naturalezas. En suma, no puede haber nada verdaderamente solo y por sí que no sea verdaderamente uno, y tal es sólo Dios: todos los demás trascendemos una unidad, y así, por consiguiente, somos muchos.

De «El jardín de Ciro»

[1] Todas las historias consideran a Ciro plantador espléndido y regular. Por eso Jenofonte describe la soberbia plantación de Sardes,[16] y Strobaeus lo vierte así: «Arbores pari intervallo sitas, rectos ordines, et omnia perpulchre in Quincuncem directa». Y demos por cierto que fue traducido

15. Cicerón, *De officiis*, III, 1, 1.
16. Jenofonte, *Oeconomicus*, IV, 21.

por el más elegante de los autores latinos[17] no con neologismo, sino con término ya usado antes por Varrón, *quincunx*,[18] para significar las filas y los órdenes dispuestos tan graciosamente, o cinco árboles de tal manera repartidos, que ofrecen una forma angular regular y una vista libre por todos lados, y ese nombre se debía, no sólo al quíntuple número de árboles, sino a la figura que declaraba ese número, la cual al ser doblada en el ángulo formaba la letra *x*, es decir, el cruce categórico o figura fundamental...

No retomaremos las misteriosas cruces de Egipto, con círculos sobre su ápice, puestas sobre el pecho de Serapis y en las manos de sus espíritus geniales, no desemejantes del signo de Venus, considerado por los antiguos cristianos en relación con Cristo. Como quienes comenzaron los primeros, los egipcios expresaban así el proceder y el movimiento del espíritu del mundo y su difusión sobre la naturaleza celeste y elemental, implícitos en el círculo y en la intersección en ángulo recto: un secreto encerrado en sus talismanes y caracteres mágicos. Sin embargo, quien observe la cruz simple sobre la cabeza del búho en el obelisco lateranense o la cruz erigida sobre un jarro que vierte arroyuelos de agua en dos bacías dotadas de conductos que riegan, o el todo descrito sobre un altar con dos pies, como en los jeroglíficos de la tabla broncínea de Bembo, no podrá eludir todo pensamiento de una simbología cristiana.

No vamos a poner sobre el tapete la *tenufāh* hebrea (o la ceremonia de sus oblaciones) agitada por el sacerdote a los cuatro puntos cardinales en forma de cruz, por ejemplo en los sacrificios de comunión. Y si estuviese claro lo que transmiten las tradiciones rabínicas, que lo mismo que el aceite se derramaba en corona o circularmente sobre la cabeza de los reyes, el sumo sacerdote era ungido cruzadamente o en forma de *x*, aun cuando en los observadores místicos eso no pueda dejar de evocar el pensamiento de Cristo, sin embargo, siendo el concepto hebreo, deberíamos esperar verificarlo por analogía en esa lengua, más bien que confinarlo a las letras, para él extrañas, de Grecia o explicarlo con los caracteres de Cadmo o Palamedes.

Esta ordenación quincuncial fue muy practicada por los antiguos, pero éstos hablaron poco de ella, y los modernos no han ampliado su noción; quien la considera más de cerca, en la forma de su rombo cuadrado y del cruce con sus diversas ventajas, misterios, paralelos y semejanzas, tanto en el arte como en la naturaleza, discernirá fácilmente la elegancia de este orden.

17. Cicerón, *De senectute*, 17, 59.
18. Varrón, *De re rustica*, I, 7, 2.

De una antigüedad no ciertamente escasa nos llegan alusiones a problemas de la práctica de este orden en varias naciones lejanas entre sí. En los jardines colgantes de Babilonia, inspirándose en Abideno, Eusebio y otros, Curcio describe la regla del cruce.

Y puesto que en el mismo paraíso el árbol del conocimiento fue puesto en medio del jardín, cualquiera que fuese la figura de alrededor, no faltaba un centro ni una regla de cruce.

Cabe perfectamente conjeturar que los bosquecillos y las plantaciones sagradas de la antigüedad estaban así dispuestos ordenadamente, por *quaternios* o por órdenes quíntuples. En efecto, siendo los antiguos en la edificación de sus templos tan metódicos, que observaban en ellos la situación, el aspecto, la manera, la forma y el orden de las relaciones arquitectónicas, se puede considerar muy probable que en los bosquecillos y plantaciones estaban igual de atentos a la forma y especie en relación con sus divinidades. Y en los bosquecillos del Sol éste fue un número oportuno, por vía de multiplicación, para denotar los días del año, y puede expresar jeroglíficamente tanto cuanto la mística estatua de Jano con el lenguaje de los dedos.[19] Y puesto que eran tan críticos respecto al número de sus caballos, las cuerdas de su arpa, los rayos en torno a su cabeza que denotan las órbitas del cielo, las estaciones y los meses del año, la sagaz idolatría de seguro no debió de tardar en volverse a otras aplicaciones.

[2] Esta práctica no fue sólo observada en las plantaciones, sino que desde la más remota antigüedad suscitó la imitación en diversos artificios y aplicaciones manuales. Por dejar a un lado la posición de piedras escuadradas, *cuneatim* o en cuña, en los muros de edificios romanos y góticos, también los *lithostrata* o pavimentos decorados con figuras de los antiguos, que no constaban en su totalidad de piedras escuadradas, sino que estaban divididos en segmentos, triángulos, panales y figuras hexagonales, según Vitruvio; las piedras escuadradas en los edificios antiguos estaban dispuestas en este orden...

Los lechos de los antiguos estaban entretejidos de esta manera: no derechamente, como hoy los nuestros, sino oblicuamente, de un lado al otro, a modo de redes... Y lo mismo que yacían sobre lechos cruzados, se sentaban en sillas de patas cruzadas, pues de esa guisa estaban construidas las más nobles, como se observa en las sillas triunfales, en la *sella curulis* o sillas edilicias, o en las monedas de Cestio, Sila y Julio. Y que se

19. Erigida por el rey Numa, con los dedos indicaba 365, como afirma Plinio (34, 16).

sentaban solamente con las piernas cruzadas, muchos de los más nobles dibujos lo atestiguan; y en tal pose son retratados dioses y diosas sobre medallas y medallones. Y además de este género de trabajo en redes y tapicerías y en los recamados y labores de punto finas, todos pueden verlo en las vidrieras. No sólo en las construcciones en vidrio, sino también en las de entramados y piedra ideadas en el templo de Salomón, donde las ventanas son denominadas *fenestrae reticulatae* o luces en forma de red (1 Re 6,4). Y concuerda con la expresión griega que en el Cantar designa a Cristo que «mira a través de las redes», y que en nuestra versión se traduce con «mira a las ventanas, mostrándose a través de la reja» (Ct 2,9), es decir, visto y no visto, conforme al lado visible y al invisible de su naturaleza. Por no hablar de la noble obra reticulada realizada en los capiteles de las columnas de Salomón, con lirios y granadas sobre un fondo reticular, y la *craticula* a través de la cual caían las cenizas en el altar de los holocaustos...

[3] El reticulado fue también considerado en relación con las partes internas del hombre, no sólo en el primer *subtegmen* de su formación, sino en las fibras de las venas y de los canales de vida donde, según la común anatomía, las fibras rectas y transversales son cruzadas por las fibras oblicuas, y así deben formar una retícula o figura quincuncial con sus intersecciones oblicuas, extendiendo enfáticamente la elegante expresión de la Escritura: «Tú me has recamado maravillosamente, me has urdido según el modo más fino de tejer, como con una aguja» (Sal 139,15).

No se observa eso sólo en ciertas partes, sino en todo el cuerpo del hombre, que con los brazos y piernas extendidos forma un cuadrado cuyo cruce de diagonales está en los genitales (por no hablar de la fantástica *quincunx* de Platón, la del primer hermafrodita u hombre doble, unido por los lomos, que Júpiter después dividió)...

[4] Las semillas yacen en sombras perpetuas, bajo la hoja o envueltas en coberturas; y las más desnudas tienen también su cáscara, piel y pulpa donde la partícula generativa yace húmeda y resguardada de las inclemencias del aire y del Sol. Oscuridad y luz tienen un predominio variable y rigen alternativamente el estado seminal de las cosas: «Lux Orco, tenebrae Jovi, lux Jovi, tenebrae Orco».[20] La luz para Plutón es oscuridad para Júpiter. Legiones de idea seminales yacen en su segundo Caos y Orco hipocrático hasta que, vistiendo los hábitos de sus formas, se manifiestan sobre

20. Hipócrates, *Regimen*, I, 5.

la escena del mundo con el abierto predominio de Júpiter. Aquellos que consideraban que las estrellas del cielo eran sólo rayos y resplandores subitáneos de la luz empírea a través de agujeros y perforaciones del cielo superior se burlaban de la sombra natural de las estrellas mientras que, ateniéndose a mejores descubrimientos, los pobres habitantes de la Luna tienen sólo una vida polar y les toca pasar las jornadas en parte en la sombra de ese luminar.

La luz que hace visibles ciertas cosas, vuelve otras invisibles, y, si no fuese por la oscuridad y la sombra de la tierra, la parte más noble de la creación habría permanecido no vista, y las estrellas en el cielo, invisibles como en el cuarto día (Gn 1,14-19), cuando fueron creadas sobre el horizonte junto con el Sol, y no había ojo que las mirase. El máximo misterio de la religión se expresa por oscurecimiento, y en la parte más noble de las imágenes hebreas encontramos a los querubines que sombrean el trono de misericordia: la vida misma es la sombra de la muerte, y las almas que partieron son sólo las sombras de las vivientes. Todas las cosas caen bajo este nombre: el Sol mismo es sólo la oscura imagen, y la luz sólo la sombra, de Dios.

Finalmente, no debe sorprender que este orden quincuncial fuese un tiempo sentido, y siga siéndolo todavía, como grato al ojo: en efecto, todas las cosas son vistas quincuncialmente por el ojo, los rayos en pirámide que parten del objeto son doblados en cruce y hieren una segunda base en la retina, verdadero y propio órgano de la visión; allí las imágenes sacadas de los objetos se representan como en la pared o el folio del cuarto oscuro; después, el cruce de los rayos en el agujero de la córnea y su refracción sobre el cristalino, correlativa al *foramen* de la ventana y a las lentes convexas o ustorias que refractan los rayos que entran en ellas...

Y ésta es también la ley de la reflexión en los cuerpos movidos y en los sonidos, que, aun no siendo producidos por cruce, observan no obstante la ley de la igualdad entre incidencia y reflexión por la cual arcos elípticos dispuestos oblicuamente forman lugares susurrantes; allí, la voz que se emita en el foco de un extremo, observando la igualdad en el ángulo de incidencia, será reflejada en el foco del extremo opuesto, evitando así los oídos de quien está en el medio.

Lo mismo se nota en la reflexión de la línea vocal y sonora en los ecos, que por eso no se oyen por todas partes. En plantaciones selvosas, junto a las aguas, capaces de devolver algunas palabras, si las alcanza una voz agradable que se subdivida bien, se pueden oír las más tiernas notas de la naturaleza.

Esto no se verifica sólo sensitivamente, sino también en las percepciones animales o intelectuales. Las cosas entran en el intelecto desde una pirámide externa, y de él a la memoria, desde otra interior; el cruce común está en el entendimiento, como fue transmitido por de Bovelles.[21] No sería desagradable especulación preguntarse si en las matemáticas de algunos cerebros las líneas intelectuales y fantásticas no están en absoluto dispuestas correctamente, sino más bien agrandadas, disminuidas, distorsionadas y mal puestas, y de ahí nacen concepciones irregulares de las cosas, nociones pervertidas, concepciones erradas e incurables alucinaciones.

Y si se debe atender a la filosofía egipcia, la escala de los influjos estaba así dispuesta, y los espíritus geniales de los dos mundos seguirían su camino al subir y bajar las pirámides, místicamente expresado en la letra *x* y en el pico abierto y en las patas separadas de una cigüeña, a la que precisamente imitaba esa letra.

Platón escogió esa figura para ilustrar el movimiento del alma, la del mundo y la del hombre; afirma él que Dios dividió la entera composición a lo ancho según la figura de una χ griega y después, girándola, la reflejó en un círculo.[22] Con el círculo entendía el movimiento uniforme de la primera órbita, y con las líneas rectas, los movimientos planetarios y otros comprendidos en ella. Esto vale también para el alma del hombre, que tiene un doble aspecto: uno recto, con el cual contempla el cuerpo y los objetos externos; el otro circular y recíproco, con el cual se contempla a sí misma. El círculo declara el movimiento del alma indivisible, simple, según la divinidad de su naturaleza, que vuelve sobre sí misma; las líneas rectas atañen al movimiento que pertenece a los sentidos y a la vegetación, y el cruce central a la admirable conexión de las diversas facultades unidas en una sola sustancia. Así se juntan la unidad y dualidad del alma, y se explican las tres sustancias que Platón tanto consideró: la indivisible o divina, la divisible o corpórea, y la tercera que era σύστασις o armonía de las dos en el místico cruce.[23]

Y si se articula claramente lo que Justino Mártir tenía por evidente, esa figura tuvo el honor de representar y denotar a nuestro bendito Salvador, como afirma aquél con expresión tomada en préstamo a Platón: «Decussavit eum in universo»;[24] y, según él, Platón habría sacado eso de la figura de la serpiente

21. Charles de Bovelles, *De intellectu*, 14, 8.
22. Platón, *Timeo*, 36b-d.
23. Platón, *Timeo*, 35-37.
24. Véase Platón, *Timeo*, 36.

de bronce y habría cambiado la τ por la χ, aunque no es improbable que Platón aprendiese esta y otras expresiones místicas en sus doctos estudios en Egipto, donde fácilmente podía encontrarse en los caracteres mercuriales, en las cruces con manos, y otros misterios no del todo comprendidos en la sagrada letra χ, la cual, derivada de la cigüeña, uno de los diez animales sagrados, tal vez fue originariamente egipcia y llevada a Grecia por Cadmo.

[5] ...Y aun cuando en el número de las cinco vírgenes sensatas y otras tantas necias que debían salir al encuentro del Esposo (Mt 25) quizás esté implícito un misterio más sutil, el cinco era, no obstante, el número conyugal que los antiguos numerólogos explicaban como dos y tres: par e impar, activo y pasivo, los principios material y formal de las sociedades encaminadas a la generación. Eso no discuerda de las costumbres de los romanos, que admitían sólo cinco antorchas en sus solemnidades nupciales. Aparte de que en ello se oculte o no un misterio, los animales más prolíficos fueron creados este día y recibieron por ello la máxima bendición, y la frívola antigüedad observaba con una quíntuple consideración las circunstancias de la generación, mientras que con este número cinco dividían naturalmente el néctar del quinto planeta.[25]

En los misterios hebreos y en las equivalencias cabalísticas, ese mismo número era el carácter de la generación declarado por la letra *hē*, la quinta de su alefato, según el dogma cabalístico. Si Abraham no hubiese recibido como añadido a su nombre esa letra, habría permanecido estéril y sin potencia generativa, no sólo porque con ella el número de su nombre pasó a ser doscientos cuarenta y ocho, el número de los preceptos afirmativos (Gn 17,5), sino porque, del mismo modo que en las naturalezas creadas hay un macho y una hembra, así en las producciones divinas e inteligentes la madre de la vida y fuente de las almas según la técnica cabalística es llamada Bīnāh, cuyo sello y carácter era *hē*. Así, estéril como había sido poco antes, obtuvo el poder de generar a partir de esa medida y sede del arquetipo, y fue hecho conforme a Bīnāh. Y según tan enrevesadas consideraciones, el diez de Sara fue cambiado en cinco...[26]

¿Por qué los antiguos mezclaban con su vino cinco o tres partes de agua, pero no cuatro, e Hipócrates observó un quinto como proporción de la mezcla del agua con la leche en las disenterías y en los flujos sanguíneos? ¿Sobre qué abstruso fundamento reconocen los astrólogos el destino propicio o adverso de nuestros niños en la buena fortuna o quinta casa (ἀγαθὴ τύχη, «buena fortuna», nombre de la quinta casa) de sus esquemas celes-

25. «...oscula, quae Venus quinta parte sui nectaris imbuit»: Horacio, *Odas*, I, 13, 15-16.
26. *Yod* convertida en hè.

tes? ¿Quizás que los egipcios representaron las estrellas mediante una figura de cinco puntas con referencia a los cinco aspectos capitales (conjunción, oposición, sextil, trino, cuadrado) por los cuales se transmiten los influjos, o bien por razones más abstrusas? ¿Por qué los doctores de la Qabbālāh, los cuales consideran que todas las Sefīrōth o emanaciones divinas guiaban el arpa de diez cuerdas de David con la cual éste pacificó el espíritu maligno de Saúl, comienzan en el περὶ ὑπάτη μέσον o *si*, *fa*, *do*, y así ponen Tif'eret en la clave de *do*, *sol*, *fa*, *do* sobre la quinta cuerda? O quizás este número se aplicó a cosas y fines malos con mayor frecuencia que a buenos. ¿Por qué, pues?[27]

RICHARD CRASHAW

Nació en Londres en 1612, estudió en Cambridge. *The Temple* de Herbert lo convirtió a la poesía religiosa. Huyó a Francia ante el advenimiento de la república, y allí se convirtió al catolicismo. En 1646 se publicaron *Steps to the Temple* y *The Delights of the Muses*. Fue nombrado en secretario del cardenal Pallotta, pero las intemperancias del séquito lo irritaron, de modo que el cardenal lo mandó a Loreto. Allí fue ordenado sacerdote y murió en 1649. Rara vez su poesía va más allá de la declamación sobre la mística para entrar en la mística.

DE «LOS PELDAÑOS DEL TEMPLO»

Sobre las heridas de nuestro Señor crucificado

¡Oh vigilantes heridas!
¿Son bocas? ¿Son ojos?

27. Si, fa, do es una relación de sonidos que corresponde a la vía Láctea, a la espiral de los dos solsticios, puente de la muerte y de la resurrección, al canto trémulo, al fuego, «el eje do-mi y la línea si-fa-do son las vías principales a través de las cuales los sonidos celestes tienen relación con los terrestres, formando el triángulo ritual de las relaciones místicas» (Marius Schneider, *El origen musical de los animales-símbolos en la mitología y la escultura antiguas*, Barcelona, Instituto Español de Musicología, 1946, págs. 232 y sigs.). En Macrobio y en los autores cabalísticos se encuentra la explicación de los términos περὶ ὑπάτη μέσον y Tif'eret respectivamente. Sol sost.-fa-do señala, en cambio, «el océano de la muerte donde se unen

Sean bocas, sean ojos,
cada parte que sangra provee a alguna parte.

¡Mira! Una boca cuyos labios en flor
a demasiado alto precio son rojos,
¡mira! Y un ojo inyectado de sangre
llora, desvelando más de una dura lágrima.

Oh tú, que muchos besos y muchas lágrimas
sobre este pie has depositado,
ahora, fueran cuales fueran
tus culpas, todo está saldado.

Tiene este pie una boca, y tiene labios
para pagar la dulce suma de tus besos,
tiene un ojo, para pagar tus lágrimas,
que gemas como ésta llora, en lugar de lágrimas.

Sólo una diferencia
aparece (y el cambio no puede ofender):
pagan la deuda lágrimas de rubí
que tú prestaste en perlas.

Himno en nombre y en honor de la admirable santa Teresa[28]

Oh, qué a menudo te lamentarás
de una suave y finísima pena,
de alegrías intolerables,

---

los elementos del fuego y de la muerte, el mar de llamas, representados por el tritono si-fa», el sol es sonido de Escorpio, es decir, de la muerte (Marius Schneider, *La tarantela y la danza de las espadas*, Barcelona, Ministerio de la Investigación Científica, 1948, pág. 32).

28. El título completo es: «Himno en nombre y en honor de la admirable santa Teresa, fundadora de la reforma de los carmelitas descalzos, hombres y mujeres, mujer por angélica altura de especulación, por coraje de ejecución varón más que mujer, que todavía niña, superó la madurez y osó afrontar el martirio».

y de una muerte donde quien muere
adora su muerte y nuevamente muere
y por siempre querría ser traspasado
y vive y muere y no sabe por qué vive
sino para no cesar de morir.

¡Con qué dulzura tu corazón gentil
besará el dardo que dulce te mata!
Y estrechamente tendrá abrazadas
las deliciosas heridas que lloran
bálsamo para curarse a sí mismas. De
suerte que, cuando estas tus muertes múltiples
mueran al fin en una sola
consumiendo la suave casa de tu alma
como blando grumo de incienso al que un fuego
demasiado ardiente apremiando deshace
en olorosas nubes, así de presto
exhalarás tú al Cielo finalmente
en liberante suspiro —¿y entonces?
No lo preguntéis a las lenguas de los hombres...

Recibido el consuelo, las lágrimas se mudarán en gemas,
las culpas arrepisas, en diademas,
vivirán tus mismas muertes; de nuevo
revestirán el alma que mataron...

Tú con el Cordero tu esposo te irás,
y donde ponga Él sus blancos pasos,
con El estarás por esos caminos de luz
que quien quiera, muriendo, vivir para ver,
deberá aprender en vida tu muerte a morir.

Que siempre el Rey
me lleve a sus bodegas
donde fluye ese vino que no se puede obtener
sino de Quien exprimió totalmente solo en el lagar
el vino de la vida,
de juventud y de las dulces muertes de amor.
Vino de inmortal mixtura que puede atestiguar

su color por el néctar rosado,
vino que puede exaltar la tierra frágil
refinando de tal modo nuestro polvo
que en un solo sorbo se beba
toda la mortalidad, olvidándose de morir.

HENRY MORE

Nació en Grantham (Lincolnshire) en 1614, de familia calvinista. Estudió en Cambridge, donde influyeron sobre él los neoplatónicos y la *Theologia germanica*. Tras su graduación rechazó toda colocación, viviendo mucho tiempo en Ragley (Warwickshire) junto a lady Conway, la cual se hizo luego cuáquera, amiga de William Penn y también del barón van Helmont y de Valentine Greatrakes. Murió en 1687, tras haber publicado en 1675 *Opera theologica* y en 1679 *Opera philosophica*.

Lo que sigue es parte de *Conjectura cabbalistica*, publicada en Londres en 1712 junto con *Antidote against Atheism* (a favor de la creencia en las brujerías) y *Enthusiasmus triumphatus*, libelo contra el misticismo irracionalista y entregado a los meros gestos enfáticos. Es una interpretación, conforme a la Qabbālāh, de los primeros versículos del Génesis, interpretación en la cual cada párrafo es explicación de un versículo. La exégesis coincide con la de Hugo de San Víctor.

De «Conjectura cabbalistica»

La Qabbālāh moral

[I, 1] Os pondremos delante en esta historia del Génesis muchos ejemplos eminentes de hombres buenos y perfectos, como Abel, Set, Henoc, Abraham y otros semejantes: por eso hemos estimado oportuno exponer, aun cuando por enigmas y oscuras parábolas, el modo en que se progresa hacia esa divina perfección, considerando al hombre como un microcosmos o mundo pequeño que, si quiere mantenerse a lo largo del entero desarrollo de la creación espiritual, deberá entender dicho desarrollo como sigue. Digo ante todo que por voluntad de Dios todo hombre sobre la tierra tiene en sí estos dos principios, cielo y tierra, divinidad y animalidad, espíritu y carne.

[2] Pero lo que es animal o natural obra primero, y la vida espiritual o celeste permanece por algún tiempo envuelta y en reposo dentro de su principio, y durante este tiempo, y un poco después, la vida animal o carnal manda en la tiniebla y deformidad, y las poderosas pasiones de la carne contienden y luchan sobre el abismo del deseo insaciable que no tiene fondo y que no lleva a la mente sino al vacío y la miseria.

[3] Pero por voluntad de Dios sucede que aparece la luz del día, aun cuando en medida no tan vigorosa, emanando del principio celeste o espiritual.

[4] Así iluminada, la conciencia se nos ofrece como guía para conducirnos a una mejor condición; y Dios ha modelado la naturaleza humana de manera que Él no puede no decir que esta luz es buena, y no puede no distinguir entre ella y los movimientos oscuros y tumultuosos de la carne; [5] es más, debe afirmar que existe una diferencia entre las dos cosas, tan verdadera como la que hay entre día y noche. Y así Ignorancia e Indagación marcaron el progreso del primer día.

[6] Pero, aun cuando exista en la conciencia del hombre este principio de luz, y él no pueda decir nada en contra, sino sólo afirmarlo bueno y verdadero, aún no siente, sin embargo, un placer vivo y sabroso en la distinción entre mal y bien: el mal por ahora domina todavía sus afectos, aun cuando su fantasía y razón estén tocadas por solicitudes teóricas en torno al bien, y por eso por voluntad de Dios el principio celeste (aun siendo en sí mismo invisible e indiscernible) con el tiempo se vuelve espíritu de discernimiento sabroso y afectivo entre bien y mal, entre las puras aguas que fluyen del Espíritu Santo y las sugestiones cenagosas y tumultuosas de la carne.

[7] Y así el hombre de manera viva se hace capaz de distinguir entre la vida terrena y la celeste.

[8] En lo sucesivo, el principio celeste es para él un principio de discernimiento sabroso, y, enseñándole Dios de este modo, no podrá no afirmar que este principio, mediante el cual tiene él un sentido tan vivo del bien y del mal, es de verdad celeste: y así Ignorancia e Indagación constituyen el progreso del segundo día.

[9] Al ser ahora la dulzura de las aguas superiores gustada con tanto agrado por el hombre, siente éste náuseas de las bajas aguas feculentas de los ilimitados deseos de la carne, de manera que, habiendo Dios añadido fuerza a su voluntad, los deseos desordenados de la carne se ven metidos dentro de límites, y él adquiere sobre sí mismo el poder de ser más estable y firme.

[10] Y esa estabilidad y mando que adquiere sobre sí mismo, el divino principio en él le enseña a compararlos con la tierra o el suelo seco, que ofrecen reparo y estabilidad, y a considerar los deseos de la carne como un

mar peligroso y turbulento. Por eso el hecho de que sean delimitados los deseos, de que él llegue a un estado de dominio sobre sí mismo y de libertad respecto a las riñas y colisiones de los trabajosos mares, no puede sino ser aprobado por la naturaleza divina en él.

[11] Así, sucede por voluntad de Dios, y según la naturaleza de las cosas, que este estado de sobriedad en el hombre (habiéndose él liberado en tan gran medida del tumulto de la mala concupiscencia) le permite cómodamente cultivar la mente con principios de virtud y honestidad, porque él es como un campo fructífero, bendecido por el Señor, [12] donde crecen diversas especies de árboles frutales, así como hierbas y flores, es decir, diversas especies de obras buenas para alabanza de Dios y ayuda del prójimo: y Dios y su conciencia le testimonian lo que está bien.

[13] Y así Ignorancia e Indagación son el progreso del tercer día.

[14] Y ahora que Dios ha avanzado hasta aquí en la creación espiritual, hasta el punto de elevar la potencia celeste en el hombre a un poder y una eficacia tales, que ella se apodera de los afectos y produce obras loables de justicia, Él añade un acrecimiento eminente de luz y fuerza poniendo ante sus ojos diversas especies de luminares en la naturaleza celeste o intelectual, con los cuales pueda él distinguir mejor entre el día y la noche, es decir, entre la condición del alma verdaderamente iluminada y la todavía oprimida por la ignorancia y alejada del verdadero conocimiento de Dios. Según la diferencia de esas luces se revela al hombre la diferencia de su condición o de la ajena, si en ellos es de día o de noche, verano o invierno, primavera o tiempo de cosecha, o qué período o progreso han alcanzado en la vida divina...

[20] Estando ahora puesto en la parte celeste del alma del hombre un principio de luz noble, cálido y vigoroso como el Sol de justicia, los inexpertos podrían esperarse, como próxima noticia, que incluso los mares han sido desecados por ese calor, es decir, que lo concupiscible en el hombre está del todo destruido; pero Dios dispone las cosas de modo muy distinto, porque las aguas producen abundancia de peces, y también caza innumerable.

[21] Los pensamientos de los deleites naturales nadan arriba y abajo en el hombre concupiscible, y su ferviente amor de Dios no causa muchas nociones tenues y eficaces, sino una abundancia de santas y afectuosas meditaciones y exclamaciones aladas, que vuelan al cielo y vuelven y, cayendo a plomo sobre los numerosos pececillos de la concupiscencia natural, ayudan a disminuir su número, lo mismo que las aves que frecuentan las aguas devoran los peces. Y Dios y los hombres buenos no ven en ello otra cosa que bien.

[22] Por eso Dios multiplica los pensamientos de deleite natural en lo más bajo concupiscible, lo mismo que hace con los pensamientos celestes y las santas meditaciones, para que la humanidad entera se colme de toda la medida de bien de la cual es capaz, y para que la vida divina tenga algo que ordenar y someter.

[23] Y así Ignorancia e Indagación hicieron el progreso del quinto día.

[24] Dios hace producir no sólo a las aguas, sino también a la tierra árida y a las diversas criaturas según su especie, y vuelve fructífero tanto lo irascible como lo concupiscible...

[27] Así, Dios crea al hombre a su propia imagen, convirtiéndolo en poderoso gobernador de este pequeño mundo, sobre todos los pensamientos y movimientos de lo concupiscible e irascible, lo mismo que El domina sobre la forma natural del mundo externo. Y esta imagen es macho y hembra, consistiendo en un entendimiento claro y libre y en una divina afección llegada a esa altura por la cual ninguna vida inferior puede rebelarse y someterlos.

[28] Y Dios los bendice y los hace fecundos y multiplica su noble prole en medida tan grande y admirable que colma la parte cultivada del hombre con tal abundancia de verdadera verdad y equidad que no existe figura viviente, imaginación ni movimiento de lo irascible o concupiscible, ninguna irregularidad extravagante o ignorante en las meditaciones y devociones religiosas, que no sean inmediatamente moderadas y rectificadas.

HENRY VAUGHAN

Nació en Newton en 1621. Frecuentó Oxford sin graduarse, fue después a Londres para ejercitarse en leyes. Fue soldado en las filas monárquicas hasta 1647, después de lo cual empezó a escribir poesías místicas y a estudiar medicina. Murió en 1695 tras haber pasado sus últimos años como médico rural en su predio familiar.

Escribió *Poems* (1646); *Olor Iscanus* (1651); *Silex scintillans* (1650).

De «Sílex chispeante»

Infancia

No la puedo alcanzar: mi ojo se aguza,
se ofusca en ella, como en la eternidad.

Si estuviese ahora viva aquella crónica,
aquellos blancos intentos que a los niños guían,
y los pensamientos de cada apacible hora
míos, con su contento, todavía,
alisaría bien presto mi camino
e iría, solo jugando, al paraíso...

¡Oh cara, inocua edad! Breve, rápido lapso
donde la virtud con lágrimas se despide del hombre;
donde habita amor sin lujuria y se inclina,
sin otros fines, adonde tú quieras.

¡Edad de misterios! Que deberá vivir dos veces
quien el rostro de Dios quiera ver;
la vigilan ángeles, y allí juegan,
los ángeles que los indecentes hombres ahuyentan.
¡Cómo te estudio, ahora, cómo te escruto,
mucho más de lo que entonces escrutaba al hombre,
y sólo veo, en la larga noche,
tus bordes, la luz que te orla!
¡Oh, tocar tu centro y mediodía!
Pues de cierto es ésa la *puerta estrecha.*

El refugio

Felices esos días antiguos, cuando yo resplandecía
en mi infancia de ángel.
¡Antes de que entendiese este lugar
designado a mi segundo curso,
o enseñase a mi corazón a imaginar
otra cosa que un blanco pensamiento celestial!
Cuando todavía no me había alejado
más de una legua de mi primer amor
y volviéndome atrás (al breve espacio)
veía aún un lampo de su fúlgido rostro.
Cuando sobre una *dorada nube,* o sobre una *flor,*
mi alma atenta se demoraba durante horas,
y en esas glorias más tenues captaba

alguna sombra de lo eterno.
Antes de que yo enseñase a mi lengua a herir
mi conciencia con vergonzosos sonidos,
o tuviese el negro arte de asignar
a cada sentido un diferente pecado,
sino que a través de la entera veste de mi carne
me traspasaba, fúlgido renuevo, lo inmutable.
¡Oh, viajar hacia atrás y volver a pisarte
de nuevo, antiguo rastro!
¡Y de nuevo llegar a la gloriosa llanura
donde me separé de mi cortejo,
y desde donde iluminado el espíritu distingue
la umbrosa ciudad de las palmeras!
Pero ¡ay! Por demasiada demora mi alma
borracha vacila por el camino.
Hay a quien le gusta, con el movimiento, avanzar;
yo busco el paso que me lleve hacia atrás,
y, cuando caiga en la urna este polvo,
retornar al estado de donde me alejé.

El mundo

Vi la eternidad, la otra noche:
gran anillo de pura, eterna luz,
calma cuanto era fúlgida;
y en un círculo, debajo, el tiempo, en horas, días, años;
impelido por las esferas,
como una gran sombra se movía. Y el mundo
con todo su séquito
estaba arrojado dentro.

THOMAS VAUGHAN

Gemelo de Henry Vaughan; cuando éste fue a Oxford, él ingresó en la Iglesia y fue rector de la parroquia de Llansaintfraed. Luego fue expulsado de allí y se fue a vivir a Oxford. Escribió: *The Man-Mouse* (1650); *The Second Wash* (1651); *The Fame and Confession of the Fraternity of the Rosy*

Cross (1652); *Aula lucis* (1652); *Euphrates* (1653). Adoptó el pseudónimo de Eugenio Filalete. Murió envenenado por las emanaciones provocadas por un experimento químico suyo, en Albury, el 27 de febrero de 1665.

Los pasajes están sacados de su librito de 1650: *Anthroposophia theomagica. Discurso sobre la naturaleza del hombre y sobre su condición tras la muerte, fundado sobre la primordial química del Creador y corroborado por una indagación manual de los principios del Macrocosmos*. Con dos epígrafes: «Saltaremos aquí y allí, y aumentará nuestro conocimiento» (Dn 12,4), y «Escucha la voz del fuego» (Zoroastro en los *Oráculos*).

Las teorías de Vaughan volverán a la vida con Goethe y también con la *Flauta mágica*; por otro lado, son propias de todos los adeptos de la Rosacruz, y en el prefacio a la *Anthroposophia* se dice que no existe ya una comunidad, sino sólo algunas sectas. El nexo entre experiencias químicas y místicas se expone con la mayor claridad posible en las páginas de la *Anthroposophia*.

De «Antroposofía teomágica»

Indagando esta verdad de que el hombre según su origen era un dos plantado en Dios, y de que por tanto debía haber en él un impulso perpetuo desde el tronco hacia la cima, su corrupción me turbó, y me maravillé de que sus frutos no correspondiesen a la raíz. Pero cuando supe que había comido de otro árbol, cesó mi maravilla y me preocupé sobre todo de reconducirlo a la prístina simplicidad, apartando de él todas las mezcolanzas de mal y bien. Pero, debido a la caída, sus partes más nobles estaban tan maltrechas que su alma no sabía ya cómo curarlo tras el castigo que siguió al crimen. «Velata sunt omnia intravitque oblivio, mater ignorantiae», es decir, todo quedó velado, y entró el olvido que engendra la ignorancia. Esta muerte no dependía del cuerpo, sino que se servía de la generación del cuerpo, tras haberse hecho toda uno con su naturaleza, a modo de canal, de manera que, mientras que las imperfecciones eran hereditarias, las virtudes, en cambio, lo eran muy raramente. En los comienzos, el hombre tuvo, y lo tienen todas las almas antes de entrar en este cuerpo, «explicitam et methodicam cognitionem», un conocimiento explícito y correcto; pero, en revistiéndose del cuerpo, tal libertad se pierde de inmediato y no queda más que una ciencia desordenada de la criatura.

En tal tesitura, aprendí diversas artes y recorrí todos los hallazgos que los hombres por locura llaman ciencias. Pero, no Sirviendo para nada tales es-

fuerzos, dejé esos quehaceres librescos y juzgué mejor camino indagar la naturaleza en vez de las opiniones. Y así, en mí mismo observé que la obra originaria y directa de Dios no es el hombre, sino el mundo por el cual aquél es formado, y por tanto, dirigiendo mis esfuerzos al orden justo, consideré que debía indagar, antes de eso, sus inicios. Pero, siendo el mundo demasiado vasto para poderse indagar, decidí observar una parte, en vez del todo, para sacar de ahí una proporción. Por tanto, decidí observar los frutos de una primavera y estudié gran cantidad de frutos de la tierra frescos y hermosos; pero mirando a su origen no eran para nada frutos de la tierra. Apliqué esta consideración a la tierra y llegué a esta conclusión: que la tierra al principio era una sustancia distinta de como es hoy, y que debió de existir una semilla o materia de donde surgió este edificio que ahora se yergue ante nuestros ojos. Llevé adelante estas consideraciones e intuí que esa semilla de la que habían nacido los frutos de la tierra primero debió de ser cosa distinta de una semilla, pues esos frutos tenían una materia precedente de la que habían sido formados, pero no pude comprender qué género de materia fuese, y entonces tuve que abandonar mi investigación y volver a la experiencia, y busqué por el mundo una materia que no me era dado ver, empero, sin el auxilio del arte, pues la naturaleza la encierra en modo admirable en su seno, y no la muestra de otro modo que en su soplo celeste. No obstante, siendo Dios el único directo y auténtico demiurgo de esta materia según el nacimiento y la anterior concepción, convendrá hablar de Él para conocer el origen a través de las criaturas, y las criaturas a través de su origen.

Dios Padre es el fundamento o base sobrenatural de sus criaturas, Dios Hijo es el modelo a cuya imagen explícita fueron creadas, y Dios Espíritu Santo es el operador espiritual, o motor que condujo a la criatura a una justa semejanza con el modelo; esta observación o modelo usó Dios en la preparación de sus obras inferiores.

Así, el sentido divino nos instruye «porrigendo ideas quadam extensione sui extra se», porque extendiéndose fuera de sí nos ofrece modelos, a veces mediante sueños. A Nabucodonosor le muestra un árbol robusto y alto que se alza hasta el cielo y desde allí a los confines de la tierra. Al faraón le muestra siete espigas de trigo. A José se le aparece en forma de gavilla y lo representa sobre el Sol, la Luna y las estrellas. En conclusión: Él es libre de expresarse como quiera, porque en Él se encuentran modelos innumerables y eternos, y Él es la verdadera fuente y la verdadera arca de sus figuras... Dios Padre es el Sol sobrenatural y supraceleste, la segunda persona es la luz, y la

tercera es *Amor igneus*, el amor o calor divino que de las dos promana, sin cuya presencia no hay recepción de la luz, y por tanto ningún influjo del Padre de las luces. El amor es, en efecto, el medio que une al amante con el objeto amado, y probablemente aquel gran Espíritu de Platón «qui coniungit nos Spirituum praefecturis», que nos une al número de los espíritus... Pero a mí me interesan solamente las operaciones externas, el origen de la Trinidad que desde el centro se vuelve a la circunferencia, y para determinarlo mejor debéis observar que Dios, antes de la obra de la creación, se desenvolvió y recogió en sí mismo. Bajo tal aspecto, los egipcios lo llaman mónada solitaria, y los cabalistas, *ālef* tenebroso. Pero, cuando Dios se formó el designio de la creación, se manifestó *ālef* luminoso, y el primer flujo fue del Espíritu Santo al corazón de la materia... Así, el *Poimandres* que enseña al Trismegisto la obra de la creación dice lo mismo: «Esa luz soy yo, tu Dios, más antiguo que la naturaleza húmeda que refulgió desde la sombra». Y Giorgio Veneto en su *Harmonia mundi*: «Todo lo que vive es a causa del calor que tiene en sí, de donde se concluye que la naturaleza del calor contiene una fuerza vital difundida por el mundo». Y Zoroastro atestigua que todo está hecho de fuego al decir: «Todas las cosas son generadas por un solo fuego». Del fuego que Dios, habitante de la esencia ígnea, como dice Platón, ordenó que fuese inherente a la materia ya creada del cielo y de la tierra para que diese vida y forma a lo tosco e informe. Producidos aquéllos, inmediatamente dijo el Creador: «Se ha hecho luz», donde la versión errónea lee: «Hágase la luz» (Gn 1,3). No fue hecha la luz, sino que fue comunicada e infundida en las cosas todavía oscuras, para que se hicieran en sus formas claras y resplandecientes. Pero nosotros vamos más allá. No había operado sobre la materia la luz divina, cuando de repente apareció la imagen o modelo de todo el mundo esencial en sus aguas originarias como una figura en el espejo, y según tal modelo el Espíritu Santo modeló y preparó el edificio general. Este misterio de la aparición de la figura queda representado por la disolución mágica de los cuerpos: aquel que sabe imitar la primera química del espíritu a través de la división de los principios de la vida, puede por experiencia reproducir su impresión en las apariencias naturales. Por valerme de las palabras de otro: «¿Qué dirían muchos filósofos si viesen nacer una planta casi en un instante dentro de un recipiente de cristal, con sus colores a lo vivo, y después morir y renacer, cuando y cuantas veces se quisiese? Dirían, creo, que un demonio allí escondido engañaba a los sentidos humanos». Éstas son palabras de D. Marco en su *Defensio idearum operatricium*. Pero os recuerdo que hay una figura doble, divina y natural: la natural es un espíritu ígneo, invisible, creado y mera veste del verdadero. Por eso los pla-

tónicos la llamaron nimbo del numen que desciende. Zoroastro, con otros sabios, la reputa alma del mundo; mas que me perdonen, pero se equivocan, porque hay gran diferencia entre alma y espíritu. No obstante, la figura de la que hablo es el modelo verdadero y originario, puro influjo del Omnipotente. Dicha figura expresa la relación de sus principios globales en un edificio externo que es el fin de la procreación; en los principios de la vida celeste, un modelo según el cual es forjado el cuerpo, y ésta es la primera producción o esbozo de la criatura.

Sábete que todo elemento es triple, y que su trinidad es imagen expresa de su Creador, y sello puesto por Él sobre su criatura... Dios le dio al hombre para su uso todas las criaturas terrestres, proporcionándole así una biblioteca viviente en la cual pueda él indagar diligentemente... Existe, por ejemplo, una tierra triple, una elemental, otra celeste, la tercera espiritual. Los influjos de la espiritual, que es la causa de la vida y de la fecundidad, se unen a la terrestre gracias a la mediación de la celeste. Estos tres son los fundamentos del arte y de la naturaleza, el primero es un ser visible y tangible, puro, ígneo, incorruptible, de cualidad fría, pero que por adición de un ser que obra desde lo alto se vuelve seco, y por tanto capaz de acoger lo húmedo. Éste es el *ālef* creado, la verdadera tierra Adamá, el fundamento de toda construcción en el cielo y sobre la tierra.

Está en relación con Dios Padre porque ella es la base natural de la criatura, lo mismo que Él es la base sobrenatural; sin esta tierra nada se puede realizar en la Sabiduría. El otro principio es el imán sin turbamiento, el misterio de la unión por la cual todas las cosas, físicas y metafísicas, por lejanas que estén, son atraídas. Es la escala de Jacob, sin la cual no hay ni bajada ni subida... Él reconduce el Hijo a Dios, porque media entre las partes extremas y pone en comunión alto y bajo; pero entre diez mil no encontrarás ni uno que comprenda su ser o el empleo de su naturaleza. El tercer principio no es propiamente un principio, por ser no ya aquello desde lo cual son todas las cosas, sino aquello a través de lo cual son: puede hacer todo en todo, su capacidad es indecible; se compara con el Espíritu Santo porque entre las cosas naturales es el artífice que obra...

Pero por otra parte debéis aprender que todo elemento es doble. Esta duplicidad o desorden es aquello de lo que trata Agripa en *Scalis numerorum*, y con él Tritemio en el epistolario...[29] Es lo que inclina hacia un lado

29. Tratado de Tritemio donde se establecen equivalencias místicas entre los diversos órdenes de palabras según tablas de correspondencia mística; el resultado es (también) una criptografía práctica para las comunicaciones secretas.

a la criatura, la cual decae, por tanto, de su primitiva unidad armónica. Por eso debéis evitar el binario, y así, a través del cuaternario, el ternario de los sabios debe ser restituido a la mónada simplicísima, a una conjunción metafísica mediada por la Unidad suprema.

Sol y Luna son dos principios mágicos, el uno operativo, el otro pasivo, masculino y femenino respectivamente. Se mueven como las ruedas de la descomposición y el nacimiento, disuelven y recomponen, aun cuando la Luna sea el verdadero artífice de la mutación de la materia inferior. Estas dos luces se acrecientan y dan fruto según un diverso y distinto nacimiento. En toda la naturaleza no hay un solo compuesto que no tenga en sí un pequeño sol, su hijo celeste, y una pequeña luna, su hija celeste. Lo que los luminares hacen para mantener el mundo grande, lo realizan los dos luminares menores en su ampollita o pequeño mundo... La luna central invisible es el irrigado y fértil monte Ida, sobre cuya cumbre se sientan Júpiter y Juno sobre un trono dorado; Juno es un aceite incombustible, celeste, eterno, que acoge el fuego. Este fuego es su Júpiter, y el pequeño sol del que se ha hablado; éstos son los verdaderos inicios de la piedra, y el Sol y la Luna de los sabios (no ya el oro y la plata, como hacen creer los truhanescos consumidores de carbones y metales). Y quiero también daros una receta de esta medicina: «Del fango celeste parte diez, separa el macho de la hembra, cada uno después de su tierra, pero físicamente y, separadas las dos cosas sin violencia alguna, con la debida y armónica proporción vital, únelas: inmediatamente el alma, bajando de su esfera igniforme, restaurará con admirable abrazo su cuerpo muerto y abandonado: dése fomes de fuego natural a las cosas unidas en matrimonio imperfecto de espíritu y cuerpo. Procede con artificio volcánico y mágico hasta que estén exaltados en la quinta rueda metafísica. Ésta es la medicina de la que tantos emborronaron, pero que pocos conocieron».

Cosa maravillosa es cómo en la naturaleza se encuentran principios incorruptibles e inmortales. Nuestro común fuego de cocina, que en cierta medida es enemigo de todas las cosas, no es que destruya partes concretas, sino que más bien las purifica, como demuestra la ceniza de las plantas. En efecto, aun cuando sus delicados elementos externos se desequen por la furia del fuego, su tierra no puede ser destruida, sino más bien convertirse en vidrio, cuya transparencia es causada por la humedad radical o agua global. Dicha agua resiste a la ferocidad del fuego; y no puede ser echada. En ella, dice Severinus Danus, yace la rosa escondida bajo el invierno.

Estos dos principios no se separan nunca, porque la naturaleza en sus disoluciones no llega nunca tan lejos; cuando la muerte ha hecho su parte,

se establece entre ellos una conjunción, y por ellos nos resucita Dios en el último día, y se vuelve a una relación espiritual. Además queda en ellos la primera tintura general del fuego, que es también activa tras la muerte y que quiere poner de nuevo en juego a la naturaleza, y produce gusanos y otras criaturillas. No pienso que deba darse una resurrección de todas las cosas, sino que más bien las partes de la tierra serán unificadas mediante mezcla con el elemento del agua (el Apocalipsis dice que no existirá ya mar alguno) para formar un ser puro y transparente. Esto es el oro cristalino de san Juan, el fundamento llamado no por su apariencia, sino por su cualidad, nueva Jerusalén. Sus espíritus serán conducidos de nuevo a su limbo primitivo que es una bola de puro fuego celeste, y se compara con una alfombra tramada con oro transparente, eterna, extendida ante el trono de Dios.

¡Oh Altísimo Dios! Esta era una piedra
dura como ninguna otra,
según quiere la ley de la natura,
pero de ella nació un río luminoso
que debe correr al final
como el arte lo modera y lo dobla.

¡Oh Dios mío! Se le asemeja mi corazón;
se opone, no quiere hacerse manso,
ni derramar lágrimas verdaderas.
Fúndelo tú en el fervor amoroso,
muda tú su intento y su sentir,
de manera que deteste las voluptuosidades del mundo.

Pero sin la fuerza de tu Espíritu
nada obtiene el humor del llanto;
hazlo revolotear sobre estas aguas
de manera que por el esplendor de su luz
la noche en mí se disuelva del todo
y a ti pueda yo adherirme firmemente.

El alma del hombre tiene dos partes, *rūah* y *nefes*, un espíritu inferior y otro superior; el inferior, femenino y mortal; en ellos está nuestro nacimiento espiritual.

El matrimonio es acrecimiento de vida, mera representación figurada y exterior de nuestra composición interior y vital: la vida es sólo unión de sus

principios masculino y femenino, y quien comprende plenamente este misterio comprende también el del matrimonio, tanto el espiritual como el natural, y cómo se debe usar de una mujer.

Estamos todos (a causa del pecado original) cubiertos como Moisés con un velo sobre el rostro, velo que impide que se vea la luz intelectual implantada por Dios en nosotros; esta verdad conviene a todos los hombres, y el mayor misterio de la teología y la filosofía es cómo se pueda levantar dicho velo. Y aquí no puedo dejar de decir una palabra sobre la naturaleza del hombre para mayor claridad de cuanto he dicho.

Lo mismo que todo el mundo consta de tres partes, elemental, celeste y espiritual, sobre las cuales domina Dios mismo con la luz infinita que fluye de su naturaleza, así también el hombre tiene su parte terrestre elemental, junto con las naturalezas celestes y angélicas, y en su punto central se mueve y resplandece el Espíritu divino. La parte carnal, celeste y aérea del hombre es aquella con la cual vemos, oímos, gustamos, olemos y movemos y consolidamos todo el resto. Las mismas capacidades que encontramos en los animales y son obtenidas del cielo que domina todas las criaturas terrestres, y forman parte del alma del mundo a la que se suele llamar alma media, porque los influjos de la naturaleza divina son llevados por medio de ella a las partes más toscas de la criatura, con las cuales no tienen de por sí semejanza alguna. Con el auxilio de esta alma intermedia o naturaleza aérea el hombre se ve sometido al influjo de los astros, para el cual es apto a causa de la correspondencia celeste. A través de este espíritu medio (que concibo como mitad entre dos partes opuestas, y no mitad de lo que constituye el todo), y también a través de lo que se encuentra en el cielo externo y en el hombre, es una naturaleza fecunda que busca amistad, que con gran anhelo se asocia para acrecerse, de suerte que la figura celeste impulsa y despierta de nuevo lo elemental. Este espíritu es en los hombres, en los animales, en las plantas y en los metales, la causa mediadora de la unión y multiplicación. Nadie se asombra si digo que está activo en los metales, porque sus operaciones no son distinguibles. ¿Deberíamos concluir que no hay a disposición ningún demiurgo oculto que transforme en algo cierto esos principios pasivos y todavía privados de forma?... Os lo suplico, cuando los miembros del hombre resultan inútiles, como los ojos en los ciegos, ¿no se ven también oprimidas las fuerzas del espíritu? Si el ojo está echado a perder, permanece, sin embargo, la potencia visiva, como se observa en los sueños, cuya visión es causada por un reflejo de los rayos visivos en su estancia

interior, porque la naturaleza dispensa sus dones sólo allí donde encuentra una capacidad apta e idónea, y puesto que no la encuentra en el reino subterráneo ni en sus metales, no nos podemos esperar en éstos una expresión clara de las fuerzas naturales. Sin embargo, en las plantas florecidas hay una sensación más delicada y precisa del calor y del frío y de otros influjos celestes. Esto puede verse en los vegetales que se abren o cierran al salir o ponerse el Sol, modificación causada por el espíritu que advierte el acercarse o el declinar del Sol. Las flores son con seguridad fuentes del espíritu que de ellas mana y fluye, como se nota por el olor, que en ellas es celeste e intenso, y que aparece también en ciertas plantas como el sauzgatillo...

Junto a la naturaleza sensible del hombre está la angélica del espíritu intelectual. Éste depende de la mente o parte superior de las almas, y está colmado de luz divina, pero comúnmente desciende a la parte aérea inferior que san Pablo llama hombre animal; allí se ve modificado por los influjos celestes y sacudido en diversos modos por apetitos e inclinaciones desordenadas de la naturaleza sensible. Por encima del espíritu intelectual está la mente o razón escondida a la que dicen iluminada, y que Moisés llama soplo de vida. Éste es el Espíritu que Dios mismo insufló en el hombre y por medio del cual éste se une de nuevo con Dios...

Las propiedades atribuidas al árbol del conocimiento se encuentran sólo en la naturaleza media. Ante todo se dice que ese árbol vuelve astuto y que por eso es deseable; se dice también que es bueno para comer y a la vista, y tal es también la naturaleza media, porque es la medicina que repara la caducidad del hombre natural y mantiene nuestros cuerpos en su fuerza y salud originaria. Finalmente, no es ésta una fantasía nueva, como el lector perspicaz puede saber por el Trismegisto, sino más bien opinión común, que los egipcios recibieron el conocimiento de los hebreos que vivieron durante largo tiempo entre ellos. Esto se ve claro en el libro de Jámblico, *De mysteriis*, donde dice él: «El hombre racional que se contempla a sí mismo estuvo un tiempo unido a la contemplación de los dioses; luego entró en otra alma, atemperada con figura humana; y por eso estuvo ligado en ella por el vínculo de la necesidad y del destino». Y ¿qué otra cosa se nos indica con la fábula poética de Prometeo, según la cual éste robó en el cielo un fuego especial, crimen tras el cual Dios castigó a la tierra con enfermedades y mortalidad? ... Ciertamente, el pecado no estaba en la naturaleza de lo que fue comido, sino en el contenido de la prohibición. Y esto es lo que dice san Pablo, que él no había conocido el pecado sino a través de la ley, y en otro pasaje: la fuerza del pecado es la ley.

THOMAS TRAHERNE

Hijo de un zapatero remendón, nació en 1637 en Hereford; estudió en Oxford y fue ordenado sacerdote. Vivió como capellán de la familia de Sir Orlando Bridgeman en Londres. Murió en 1674. En 1903 fueron publicados los *Poems*, y en 1908 las *Centuries of Meditation*. Durante su vida, Traherne publicó sólo libros de polémica contra la Iglesia de Roma.

NOTICIAS

Me llegaban noticias de una nación extranjera
como si allá estuviesen mis tesoros y mis alegrías;
tanto se inflamaba el corazón con ellas,
que solía al alma llamar al oído;
y ésta a acoger corría
al Amado que llegaba
quedándose en el umbral
para dar la bienvenida al secreto Bien.
Revoloteaba alrededor
como queriendo el oído dejar,
deseosa de estrechar,
a medida que llegasen, las noticias deseadas,
hasta el punto de huir de su morada
para correr al encuentro de la voz de la Fama.

Como si las nuevas noticias fuesen las cosas
encerradas en mi amado y desconocido Tesoro,
o al menos las sostuviesen sobre las alas;
con tanta dicha venían y con tanto placer,
que mi alma estaba detrás de la verja
para recrearse con Alegría, para solicitar de ella
un más rápido acercamiento; quería gozar de su vista
con mayor comodidad,
por eso hacía viajes hacia atrás,
hacia mi corazón, como queriendo
salir, sí, a encontrar, pero también permanecer dentro,
en un lugar apto para recibir
y dar las noticias.

¿Qué sagrado instinto inspiraba
en la infancia a mi alma tan robusta esperanza?
¿Qué fuerza secreta movía mi deseo
para hacerme depositar tan joven mis alegrías más allá de los mares?
La felicidad, lo sabía,
no está a la vista; dejado solo,
creía desaparecida toda alegría
de la tierra; por eso
anhelaba la alegría ausente,
estimándola de seguro en ultramar,
o en alguna cosa cercana, a mano,
pero que no me resultaba conocida, si nada me agradaba
de lo que me era conocido; mi dicha, no obstante, perduraba.

Pero el niño no veía en sueños
que todos los tesoros del mundo estuvieran a su lado
ni que él mismo fuese la crema
y corona de cuanto yacía en torno.
¡Y sin embargo así era! La gema,
la diadema,
el anillo que todo encerraba
cuanto sobre la bola terrestre se alzase,
el ojo celeste,
más vasto que el cielo,
en el cual todos estaban incluidos;
el amor, el alma, que era el rey
creado para poseerlos, parecía
una cosa mínima.

De «El preparativo»

Mi cuerpo muerto, desconocidos mis miembros
antes que supiese valorar,
oh vivas estrellas, mis ojos,
antes que a la lengua, a las mejillas dijese mías,
antes que supiese que eran mías estas manos
o los tendones me conectasen los miembros,
y ni narices, ni pies, ni orejas

se veían ni aparecían aún:
estaba yo en una casa
para mí ignota, justo entonces vestido de piel.

El alma era entonces mi todo
un viviente infinito ojo,
a duras penas dentro del cielo confinado
y cuya potencia, cuyo acto, cuya esencia eran: ver.
Era yo una interior esfera de la luz,
una interminable órbita de la vista
que trasciende lo que construye los días,
viviente sol que expande sus rayos,
todo vida y sentido,
desnuda, pura inteligencia.

No sentía ni hambre ni sed,
ni dura necesidad
ni menester me eran conocidos:
sin turbación recibía entonces
las verdaderas ideas de cada cosa
gozando la miel sin picotazos.

LOS SUEÑOS

¡Extraño! ¡Vi el cielo
y delante de mis ojos vi los cerros,
y los gorriones volar,
las tierras que tenía a mí alrededor
y el verdadero Sol, ojo del cielo!
Pero, ¿pueden los ojos cerrados, incluso en la oscuridad
ver detrás de los párpados, llenarse de visiones?

Y los hombres me parecían
no menos verdaderos que los que ahora veo;
verdadero era el aire,
la tierra amable, fresca y bella
¡como es la tierra que de día se despierta
a los sentidos despiertos! Pero ¿cómo es posible que el cielo
y el mundo entero estén en mi cerebro?

¿Qué es este secreto sagrado
presagio de mi bienaventuranza?
¿Qué hay dentro
de los estrechos límites de mi piel
que vive, y dentro siente
cuando estoy muerto? ¿Puede la forma informar
una memoria activa sin empequeñecerse?

¿Puede todo lo que en la vigilia veo
estar de noche dentro de mí?
Mi infancia no percibía
ninguna diferencia, todo era verdad,
real todo como lo que ahora me aparece;
el mismo mundo era; y es maravilloso
que cielo y tierra puedan así cambiar de sitio.

Hasta que eso que el sentido vulgar
llama por error la experiencia
distinguió aspectos;
las cintas, las alas coloridas
de los pájaros, las virtudes y los pecados,
representados en el sueño nocturno
me deleitaban tan verdaderamente

o me herían, como los vistos
de día; cosas horribles amedrentaban
mi alma;
las apariciones estaban junto a mí
como cosas tangibles, y lo eran;
sin embargo eran obra de mi fantasía,
y su ser todo estaba fundado sobre un pensamiento.

¡Qué extraño es el pensamiento!
Parece un sueño, y hasta una nada,
sin embargo conmueve
la mente como lo que está a nuestro lado
y nos es más caro. Los hombres son ciegos,
y ver no pueden dentro de sí
la activa realidad de las cosas secretas.

¡Pensamiento! Ciertamente el pensamiento es verdad;
nada más que él nos puede dar placer;
los objetos, en cambio,
están muertos, y de por sí separados
del alma; no pueden entrar en nosotros
sin nuestros pensamientos. Sólo el pensamiento es verdad;
toda dicha de él, todo dolor emana.

WILLIAM LAW

Vivió de 1686 a 1761, fue el mayor discípulo de Böhme, místico en la Inglaterra deísta y de la Ilustración. Mostró en *The Case of Reason* (1731) los límites de la razón, tras haber invitado al conocimiento místico en *A Serious Call to a Devout and Holy Life* (1729).

Los pasajes que siguen están sacados del último de los tres diálogos *The Way to Divine Knowledge* (1752), la mejor introducción a las dificultades de la cosmogonía böhmiana, de la cual se sirvieron los claros preludios a Böhme de Louis-Claude de Saint-Martin.

De «El camino al conocimiento divino»

Si el *cerrarse* o *coagularse* y la *resistencia* que se le opone, y por tanto la *rotación* resultante, viniesen a cesar, de inmediato cesaría la vida y por tanto la sensibilidad. Esas tres propiedades deben operar como lo hacen, siendo la única base posible, la única raíz de la vida creatural en todas las gradaciones, en el cielo como en la tierra.

Pero si la vida, como es indiscutible, es producida con vistas a la felicidad, estas propiedades deberán acoger en sí alguna cosa que, sin destruir su manera natural de operar, mude su oposición recíproca en una lucha de alegría y de sensaciones deliciosas. Entonces la primera no cerrará ni encerrará sino para comprender la luz y la alegría, la atracción y el movimiento de la segunda serán la atracción y el movimiento del amor, y la rotación angustiosa de la tercera, que resulta de la oposición de las dos primeras, no será otra cosa que un transporte de alegría, necesaria emanación de su amorosa contienda. Ved que la naturaleza conserva entera su energía, no cesa de coagular, atraer y girar, y sólo desaparecen el odio, la cólera y la angustia. Todo lo que existe, tanto en el cielo como en el infierno

y en el mundo, es sustancial sólo en virtud de estas tres primeras propiedades de la naturaleza; ellas están igualmente en la base de la sustancialidad de los ángeles, de los demonios, lo mismo que de las rocas sin vida; lo que distingue los entes, escalonándolos más o menos alto en la escala de la perfección, es la medida en que participan de las cuatro últimas propiedades de la naturaleza, que se pueden, no obstante, manifestar exclusivamente en las tres primeras, las cuales se encuentran, pues, en la ínfima de las criaturas lo mismo que en la más alta. Debe haber un primer *fondo* de sustancialidad en la naturaleza para que la luz, el amor y el espíritu de Dios se manifiesten; sin dicho fondo, el espíritu no tendría dónde ni sobre qué operar, y nada que manifestase su operación; así, la luz no resplandecería si en la naturaleza no hubiese un fondo más denso que la recibiera y reflejara, de suerte que las tinieblas o la densidad son tan antiguas como la manifestación visible de la luz. Las tinieblas no son, por tanto, mera negación o ausencia de luz, sino la única base de la sustantivación de la luz en la naturaleza; sin ellas, esta luz no sería visible ni podría resplandecer con ningún color.

Estas tinieblas que constituyen la base de toda sustantivación no son coexistentes con Dios ni independientes de él, son producidas por la acción condensante, astringente, coagulante de la primera propiedad del anhelo, y dicho anhelo viene eternamente de Dios, es la generación mágica de su voluntad de salir del secreto de su íntima inhabitación para manifestarse en una vida operante, exterior y visible. Así, el anhelo es el inicio de la naturaleza, comprime y coagula, pero no tiene nada que comprimir ni coagular sino sus tres propiedades, y éstas se producen y concatenan por un vínculo indisoluble y por toda la eternidad, única base posible de la sustantivación y la condensación en la naturaleza y las criaturas, de la más alta a la más baja: es su indisoluble concatenación lo que ofrece este fondo gracias al cual resplandece la luz invisible de Dios, en la cual opera y se manifiesta, a la cual se comunica su amor insondable y gracias a la cual su vida íntima se desvela y se manifiesta en la producción infinita de las vidas en todos los grados. Así es cómo la divinidad, comunicándose a este fondo constituido por las tres propiedades del anhelo, manifiesta su virtud secreta en todas las sustancias y en todas las facultades activas de la naturaleza, y así muda todas las operaciones de aquéllas en la variedad infinita de las formas y de las deliciosas sensaciones de la vida creatural.

Ninguna criatura habría debido nunca conocer ni gustar esas tres primeras propiedades de la naturaleza tal como son en sí mismas; su densi-

dad, opacidad y oposición fueron producidas por la divina voluntad exclusivamente en unión con la luz, la gloria y la majestad divinas en perfecta armonía para manifestar la esencia divina. Así, lo que son en sí mismas, por su naturaleza intrínseca, independientemente de Dios, no pudo ser revelado ni conocido más que en el momento en el cual los ángeles, volviéndose voluntariamente hacia atrás, con la energía de su anhelo, intentaron descubrir y penetrar la raíz escondida de la vida...

Así, los ángeles que por su anhelo entraron en este centro de la naturaleza, cayeron en la vida y en la actividad de estas tres propiedades; luego sintieron ya sólo por medio de ellas, y ya no les fue dado querer ni operar sino según ellas; como criaturas vivas y activas no pudieron, pues, obrar sobre la naturaleza exterior ni unirse a ella ni cooperar con ella, sino por medio de su principio central tenebroso análogo al que era manifiesto en ellos, respirando y comiendo las tinieblas, la opacidad y contrariedad que estaban celadas en la naturaleza, lo mismo que un sapo en un hermoso jardín no puede chupar, ni siquiera de las plantas más saludables, sino el veneno que en ellas está escondido.

Habiéndose desvanecido o eclipsado la luz, la primera propiedad de la naturaleza perdió su principio de beatificación, de dulzura, de transparencia y de fluidez espirituales, volviéndose rígida, áspera, opaca, dura, y éste es el principio y la causa de la dureza y opacidad de este mundo.

Las tres primeras propiedades de la naturaleza, la que comprime y coagula, la segunda, que tiende a huir, y la tercera, que es una rotación, se convirtieron, por la acción del *fiat* divino, en los tres primeros días de la creación, en la base de una triple materialidad de fuego, agua y tierra, que en su triple centro tenía encerrado un germen de luz divina y de fuego divino perteneciente a la naturaleza celeste que tendía con vehemencia a ser liberado de las cadenas que lo oprimían. En la angustia de esta triple materialidad, el *fiat* divino encendió este germen de fuego y de luz: la cuarta propiedad, el fuego eterno que se manifestó explotando el cuarto día de la creación en un globo visible de fuego y de luz, encendimiento y generación externas y temporales del fuego eterno, su representante en el centro de este nuevo universo material, destinado a encender la vida y la luz astral en todos los seres de esta circunscripción. El fuego en este universo ocupa el mismo puesto y desempeña las mismas funciones que en la naturaleza eterna el fuego eterno, el cual, en el centro de las siete propiedades, incesante y eternamente convierte las tres primeras en estas tres últimas, las

cuales hacen de la naturaleza eterna un reino celeste de gloria y de majestad, lo mismo que el Sol, que está en el centro de la naturaleza material temporal, está incesantemente ocupado en conmutar las tres primeras formas materiales coléricas por las tres últimas, que son la fuente de toda luz, de toda vida terrestre y de toda sensación deliciosa.

Permitid, pues, que os exhorte a despojaros de todo lo que pertenece al principio colérico, lo mismo que huiríais del demonio más terrible, pues ése precisamente es su territorio, es decir, él mismo dentro de vosotros. Sea que dicho principio colérico se manifieste en los elementos, en animales o en el hombre, siempre de la misma fuente proviene, siempre por la misma causa es producido, a saber, por la acción o explosión de ese centro tenebroso de la naturaleza que los ángeles perversos con su prevaricación desvelaron; es el principio de toda cólera, de todo movimiento desordenado y no obstante manifiesto, en el hombre, en los animales, en los elementos de este mundo. Mientras no sea superada la actividad de este centro y no sea absorbida y engullida por el principio celeste, como vemos la luz del Sol engullir las tinieblas de la noche, existirán desorden y cólera, y los espíritus perversos tendrán poder y capacidad de acción tanto sobre los seres morales, como sobre los físicos, según la medida de la explosión del centro tenebroso en ellos. ¡Con qué ardor, pues, no habremos de colmarnos de todo sentimiento de dulzura, de amor, de humildad! Debemos abrazarlos con el mismo celo con el que nos postraríamos a los pies del Salvador, de Jesucristo, siendo ellos esencialmente su reino, su realidad, su poder y su virtud reparadora en nosotros.

CHRISTOPHER SMART

Christopher Smart (1722-1771) vivió en el período dominado por Newton e intentó contraponer al universo newtoniano la soledad de la relación entre Dios y el alma, exaltando en sus poemas el día supremo en el que los mundos se hundirán: «Entonces la lengua humana, con nueva afinación, elevará alabanzas más dignas del oído eterno»; para actuar en sí ese estado, lanza su imaginación al océano, entre corales y ballenas, a los escondrijos donde la tierra oculta el ágata, y finalmente se vuelve al «dulce salmista de Israel, llamado Orfeo por los paganos», como a aquel que con el canto despetrificó el universo. En 1756 Smart enloqueció, es-

tos temas de su poesía fueron puestos al rojo, fundidos, reducidos a magma por el desequilibrio; en el manicomio escribió un poema, una de cuyas partes tituló *Jubilate Agno*. ¿Locura, logorrea? Provechosas en la medida en que dejan aflorar simbolismos pitagóricos, herméticos, cabalísticos; sólo con Blake se volverán a oír tales acentos. Incapaz de soportar el Londres a donde se había reducido, procurando inútilmente insertarse en el mundo de la primera literatura industrial, el puritano Smart fue pronto desamparado, abandonado incluso por su mujer e hijos. La tesis común es que, tras el marasmo de *Jubilate Agno* sacó, de un momento de lucidez que no interfería con el ímpetu de la locura, la fuerza diáfana de *A Song to David* (1763). Comenzaba ya la era en la cual el misticismo se ve obligado a florecer en los manicomios. David es *best man*, es decir, el hombre mejor y el testigo del Esposo de Dios. El efecto martilleante de *A Song to David* proviene de la combinación de las estrofas según múltiplos de tres y siete versos.

De «Canción para David»

[49] David, primero en la lista
de los dignatarios, perseveras en el camino del Señor
repites la palabra genuina:
vanos son los papeles de los hombres
y vano el revoloteo de la pluma
que eterniza el concepto del necio.

[50] Alaba, alaba sobre todo, porque la alabanza es dueña,
colma la medida, carga los platillos de la balanza
y bien a bien añade:
al alma generosa ayuda su Salvador;
si la malevolencia degrada,
el Señor es grande y alegre.

[51] Por la adoración todos los rangos
angélicos se deshacen en gracias eternamente
y David está en medio;
con los buenos pobres de Dios, últimos y mínimos
en la estima del hombre, pero invitados,
oh bendito Esposo, por ti, a tu fiesta.

[52] Por la adoración cambian las estaciones,
y el orden, la verdad, la belleza se dilatan,
adaptan, atraen, colman,
la hierba jaspea el manto florido
y el pórfido alisado reluce
cerca del arroyo que baja,
los opulentos almendros, plenamente maduros, se tiñen.

[53] Por la adoración los zarcillos trepan,
y los árboles frutales prometen sus gemas;
y el pájaro con su estupendo corpiño
construye para sus huevos el nido sagaz,
y las campánulas doblan el tallo.

[54] Y de vinoso almíbar espuman los cedros;
de las rocas manando, la pura miel
por la adoración brota:
todos los escenarios de la pintura atestan
el papel de la naturaleza; al pecho de la Sirena
se agarra el párvulo escamoso...

[61] Los laureles combaten con el invierno;
el azafrán bruñe vivo
sobre la tierra cubierta de nieve;
por adoración los mirtos permanecen
para preservar de la consternación
y para proteger de la carestía la vista.

[62] El faisán muestra su fastuoso cuello,
y el armiño, receloso de un grano,
con temor elude la ofensa;
la cebellina, con su orgullo lustroso,
por la adoración es entrevista
donde los hielos condensan las aguas.

[63] El alegre acebo y el tejo pensativo,
el sagrado endrino renovando sus vestes,
la ardilla hace provisión de nueces,
todas las criaturas acumulan vituallas

y naturaleza todas sus puertas
por la adoración cierra...

[70] Por la adoración están abiertos los senderos
de la gracia, refrescan los baños
de la pureza; y todos los rayos de gloria
arrojan dardos para ornato del hombre de Dios
que sobre la carne triunfa.

[71] Por la adoración en la cúpula
de Cristo los gorriones encuentran morada,
o sobre sus olivos están recogidos;
habita contigo también la golondrina
o humildad del hombre de Dios
en la Iglesia del Salvador.

[72] Dulce el rocío que cae con solicitud
goteando sobre los tilos frondosos,
dulce el fragante aire del Hermón,[30]
dulce la campana de plata del lirio,
y dulce huelen las candelas en vela
mientras aguardan la oración matutina.

[73] Dulce la joven nodriza trémula de amor
que sonríe sobre la dormida inocencia.
Es dulce la llegada de los perdidos;
y dulce pulsa el ardor del músico
mientras su mente rastrea
dulzuras, para poner a salvo en la colmena las más escogidas flores.

[74] Más dulce que todas las melodías de amor
el lenguaje de la tórtola,
emparejado con la cuerda que se tensa.[31]
Más dulce, dotada de toda gracia,

30. Es el monte de la transfiguración, su nombre en hebreo quiere decir «separado», es decir, santo.

31. Los tratados de ornitología, como la *Uccelliera*, de Olina (Roma, 1622), informan de la costumbre propia del siglo XVII de entrelazar conciertos con los cantos de los pájaros.

la gloria de tu gratitud
exhalada al Señor.

[75] Fuerte el caballo en la carrera,
fuerte en la persecución el veloz milano,
que coge de golpe a la presa,
fuerte el avestruz alto sobre la tierra,
fuerte por lo profundo turbulento
se dispara el pez espada hacia su objetivo.

[76] Fuerte el león —como carbón
su pupila—, como contrafuerte
su pecho contra los enemigos.
Fuerte el buitre sobre su ala,
fuerte contra la marea, la enorme ballena
emerge en su carrera.

[77] Más fuerte aún, en el cielo, en el aire
y en el mar el hombre de oración,
está bien debajo de la marea[32]
y sobre el asiento de la fe
donde pedir es recibir, buscar encontrar,
llamar abrir de par en par.

[78] Bella la flota ante la tempestad,
bellas las multitudes con cota de malla
en fila, en armas, con cimeras crestadas;
bello el apacible sombrear del vergel,
vial, agua, matorral,
y todos los arriates floridos.

[79] Bello el plenilunio sobre el prado;
bella, alzados los velos,

32. Tal vez de aquí tomó pie Melville para sus alegorías. La consideración de la ballena como animal santo que hace espuma contra el demonio se encuentra en el *Physica* de Hildegarda de Bingen (*De piscibus*). Pero la fuente remota de Melville es la teoría de la ballena blanca como imagen de *lo demoníaco al servicio de la divinidad* que aparece en el tratado cabalístico *Sifrā' tzeny 'ūthā'*.

la virgen para el esposo:
bello el templo ornado y lleno,
cuando al cielo de los cielos se alzan
votos inspirados por el corazón.

[80] Bello, no obstante, bello más que éstos
el rey pastor arrodillado
por su confianza excelsa,
con deseo de infinita piedad
por hombres, animales, pequeños y grandes,
y postrado, polvo sobre polvo.

[81] Precioso el óbolo abundante de la viuda,
y preciosa por su delicia extrema
la largueza del aldeano:
precioso el resplandor del rubí,
y los imperiales benditos rayos del alba
y la pura celeste perla.

[82] Preciosa la lágrima penitencial...

[84] Glorioso el alto mar revuelto.

[85] Gloriosas las luces boreales profusas.
Gloriosa la canción cuando Dios es el tema.
Glorioso el rugido del trueno,
glorioso el hosanna de la fosa,
glorioso el católico amén.
Glorioso el grumo de sangre del mártir.

[86] Gloriosa, más gloriosa la corona
de Aquel que trajo la salvación
a fuerza de humildad, llamado tu Hijo;
tú creíste en esa estupenda verdad
y ahora la obra sin igual está concluida,
establecida, osada y hecha.

Tercera parte

MÍSTICOS ALEMANES Y FLAMENCOS DE LA EDAD MODERNA

“Mandala” siglo XV fundamentado en las revelaciones de San Nicolás de Flue
https://franciscansinternational.org/es/reflection/reflexiones-de-cuaresma-el-mandala-de-san-nicolas-de-flue/
Comparar con el de la página 327.

NICOLÁS DE CUSA

Nació en 1401, hijo de un pescador llamado Chrypffs o Krebs, en Cues junto al Mosela. Asistió a la escuela de los Hermanos de la vida común en Deventer, y después a la universidad de Padua. Recibió las órdenes y le fueron confiadas misiones diplomáticas en Constantinopla. Participó en el concilio de Ferrara, en 1448 fue hecho cardenal y después fue nombrado en obispo de Bressanone; como tal acaudilló la guerra contra Segismundo del Tirol. Pío II lo llamó a la Curia. Murió en 1464.

Obras: *De docta ignorancia* (1440); *De conjecturis* (1440); *De Deo abscondito* (1445); *Idiota* (1450); *De quadratura circuli* (1450); *De beryllo* (1458); *De possest* (1460); *Cribratio Alchorani* («El Corán cribado») (1461); *De ludo globi* (1464).

Del carácter del Cusano escribió Vespasiano da Bisticci: «No estimó en nada la pompa ni las posesiones. Fue un cardenal paupérrimo, y no se preocupó de tener».

De «Sobre las conjeturas»

[I, 5, 18] De cada número dado se puede formar uno mayor, de suerte que la potencia inagotable del uno no se debe designar sino como omnipotencia... Quien considere la unidad separada y por sí misma, verá que ésta no puede encerrarse en ninguna declaración y que cualquier nombre es siempre para ella más casual que el anterior. Si se toma en sí misma, como si nunca hubiese existido, existiese o pudiese existir nada más, como si estuviese excluida toda multiplicidad, entonces esa simplicísima unidad no será más susceptible de captar con los conceptos «simple» o «una», que con los de «no-simple» o «no-una». Si llegáis a este punto, habréis penetrado todos los misterios: habréis dejado a vuestra espalda dudas y oposiciones.

[19] Gracias a esta liberación de toda multiplicidad podéis considerar ahora la unidad del espíritu y reconocer su vida eterna, que ella posee en virtud de esa unidad incondicionada, en la cual están encerradas todas las cosas.

En la unidad absoluta está el grado máximo de certeza, y en ella se funda toda actividad del espíritu. Toda investigación se realiza a esta luz, y todo problema se plantea desde esta certeza. La cuestión de si algo es tiene por condición el ser, y la pregunta de qué es presupone la esencia; así, el interrogante sobre el porqué presupone la causa, el relativo a la dirección, el fin. Toda duda tiene en sí implícita la certeza absoluta. Así la absoluta unidad, siendo el ser de lo existente, la esencia de las esencias, la causa de las causas, el fin de los fines, no puede ser puesta en duda, pues todas las dudas la presuponen.

[20] ...La teología puede ser, pues, clara y sucinta, pues para cada pregunta sobre Dios tiene ya pronta la respuesta de que sobre Él toda pregunta es insuficiente. Toda pregunta contiene la premisa de que sólo una de las dos respuestas contradictorias puede ser verdadera... Es insensato creer que eso valga también para la absoluta unidad. A ésta no se adapta ninguno de los dos juicios contradictorios, ni un juicio más que otro. La respuesta adecuada a una pregunta está siempre y sólo en la premisa absoluta de la pregunta misma... [21] A la pregunta de si Dios existe no se da respuesta más oportuna que ésta, que Él ni es, ni no es, pero tampoco es y no es...

[6, 25] La razón es la palabra de la inteligencia que en ésta se refleja como en una imagen... [26] La inteligencia no pertenece a lo que se puede captar con declaraciones y conceptos, porque es el fundamento de la capacidad conceptual, lo mismo que Dios es el fundamento de la inteligencia.

[7, 27] El alma es a la inteligencia como el cuadrado al número de base.

Lo mismo que la inteligencia, en relación con la simplicísima unidad, era número, así también la unidad de la inteligencia en el alma se desarrolla como determinación del número y se refleja en el alma como en su reproducción. Dios es la luz de la inteligencia porque es fundamento de la unidad; la inteligencia es luz del alma: es su luz porque le confiere la unidad.

Préstese atención, porque también la forma del cuerpo se puede comprender, por tanto, como despliegue de la unidad del alma en el número. Aprehendemos con los sentidos la fuerza y unidad del alma, no en sí, sino en su manifestación corpórea, y del mismo modo captamos la inteligencia no en sí, sino en el alma, y la máxima absoluta.

Y así captamos la unidad no en sí, sino en la inteligencia como su número o signo. Dios es la forma esencial de la inteligencia, la inteligencia lo es del alma, el alma lo es del cuerpo. Cada cuerpo es número de un alma, gracias a cuya unidad aparece él como magnitud determinada.

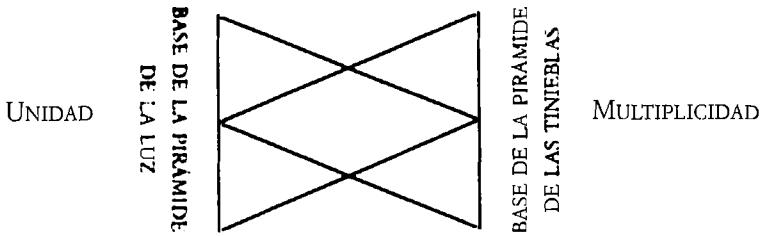
Pero la raíz cúbica del cuerpo no es el alma, sino la inteligencia, ya que el alma es la mediadora gracias a la cual la inteligencia radical llega al mundo corpóreo. El cien representa el alma, el mil, el cuerpo; pero el mil se produce por multiplicación del diez con el cien, es decir, de la inteligencia con el alma [28] ...Las diversidades y oposiciones del mundo sensible tienen pues un fundamento [el alma], que actúa la concreta determinación de la inteligencia.

Cuando el alma juzga, sus juicios son semejantes a números entre los cuales hay tanto pares como impares. Eso significa que allí, en la esfera de los juicios, las oposiciones no son ya punibles...

[8, 30] La unidad corpórea perceptible es la que fue representada por el número mil. Ella es la última unidad porque en ella está totalmente desplegado el principio de las unidades...

[35] La razón refiere todo a un número y a una magnitud. Pero principio del número es la unidad, y principio de la magnitud la trinidad, lo mismo que de los polígonos lo es el triángulo. Así la razón llega a un principio de todo lo existente, que es simple y trino...

[II, 10, 120] [En este esquema del universo se debe representar (véase pág. sig.)] la unidad como alma, la multiplicidad como cuerpo. La corporalidad sube a la espiritualidad, y la espiritualidad desciende a la corporalidad; pero, puesto que el descenso del espíritu es a la vez subida del cuerpo, las dos cosas se deben ver conjuntamente con el fin de comprender la diversidad de los cuerpos desde la distinción de las almas, y del



mismo modo desde el cuerpo deducir la diversidad de las almas... No sólo cada alma, sino cada cuerpo es distinto de todos los demás...

[12, 131] La naturaleza es unidad, el arte, multiplicidad, por ser imitación de la naturaleza. Dios es, en cuanto se puede formular, naturaleza incondicionada e incondicionado arte a la vez. Pero en verdad no es ni naturaleza, ni arte, ni las dos cosas juntas... De la unidad de lo viril y de la multiplicidad de lo femenino se compone la naturaleza. En lo espiritual, el elemento femenino queda totalmente resuelto en el viril, pues el espíritu se fecunda sin dualidad interna.

DE «DE LA DOCTA IGNORANCIA»

[I, 1] Toda inquisición, pues, se da en una proporción comparativa fácil o difícil según algo infinito, en cuanto que lo infinito (por escapar a toda proporción) es desconocido. Sin embargo, la proporción, como indica conveniencia con algo único, y a la vez alteridad, no puede entenderse sin el número. El número incluye, por tanto, todas las cosas proporcionales. Así, pues, no constituye el número la proporción en la cantidad sólo, sino en todas aquellas cosas que de cualquier manera, tanto sustancial como accidentalmente, pueden convenir y diferir... [2] Y así, el máximo absoluto es uno porque es todas las cosas, y en él están todas las cosas porque es el máximo. Y puesto que nada se le opone, coincide con él también el mínimo, por lo cual está en todas las cosas. Y como es absoluto, es en acto todo posible ser, no siendo contraído en nada por las cosas, sino todas las cosas por él... [16] Pues lo que es posible, es en acto el propio máximo máximamente, no en cuanto es a partir de lo posible, sino en cuanto es máximamente; como el triángulo se saca de la línea, y la línea infinita no es triángulo en cuanto se saca de una línea finita, sino que es en acto trián-

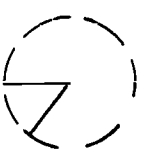
gulo infinito, que es una misma cosa con la línea. Además la misma posibilidad absoluta no es otra cosa en el máximo que el mismo máximo en acto, como la línea infinita es en acto la esfera.[1] De otro modo ocurre en el no máximo, pues allí la potencia no es acto, como la línea finita no es triángulo. Parece, pues, que aquí puede hacerse una magna especulación acerca del máximo, acerca de cómo él mismo es tal que el mínimo está en el propio máximo, de tal modo que radicalmente se supera toda oposición mediante el infinito... [17] Y, como [la línea infinita] es indivisible y una, está toda ella en cualquier línea finita. Pero no está toda en cualquier finita, en cuanto a la participación y la finitud...

... Hallamos a Dios por remoción de la participación de los entes...

[21] El círculo es la figura perfecta de la unidad y de la simplicidad. Hemos demostrado anteriormente, también, que el triángulo es círculo y, por tanto, la trinidad es unidad. Y esta unidad es infinita como el círculo es infinito. Porque es (si quiere expresarse así) más uno y más idéntico que toda unidad expresable y aprehensible por nosotros por medio de lo infinito: pues tanta es allí la identidad que antecede también a todas las oposiciones relativas, puesto que allí lo otro y lo diverso no se oponen a la identidad, porque, como el máximo tiene unidad infinita, todas las cosas que le convienen son él mismo, sin diversidad y alienidad, de manera que no es una su bondad y otra su sabiduría, sino lo mismo. Pues toda la diversidad es identidad en él mismo. De donde su potencia, como sea (por decirlo así) sumamente una, es también fortísima e infinitísima. Tanta en verdad es la suma unidad de su duración que en él el pretérito no es diferente del futuro, ni el futuro otro que el pretérito, sino que existen en una duración sumamente una, o eternidad, sin principio ni fin...

Todas estas propiedades, pues, se dan en el círculo infinito... Y puesto que el círculo es máximo, su diámetro también lo es. Pero como no pueden existir muchas cosas máximas, en tanto que él sea círculo sumamente uno, su diámetro es circunferencia. Pero el diámetro infinito tiene medio

1. Las afirmaciones son ilustradas con dos figuras. Las líneas GH, EF y CD son progresivamente más rectas y son circunferencias de círculos cada vez mayores; AB, a la que tienden, será circunferencia del máximo círculo posible. La línea finita, moviéndose sobre el quicio de uno de sus términos, traza un triángulo, que en la rotación máxima se transforma en círculo. Si después se hace rotar la línea como diámetro del círculo, de ello resulta una esfera. La línea infinita es, pues, triángulo, círculo y esfera.



infinito, ese medio es el centro. Se hace, pues, patente que el centro, el diámetro y la circunferencia son lo mismo. En lo cual nuestra ignorancia nos enseña que hay un máximo incomprensible, al cual no se opone un mínimo, sino que el centro en él es circunferencia...

Está fuera de todas las cosas, porque es una circunferencia infinita; y penetra todas las cosas, porque es un diámetro infinito. Es principio de todas las cosas, porque es centro; fin de todas, porque es circunferencia; medio de todas, porque es diámetro. Es causa eficiente, porque es centro; formal, porque es diámetro, y final, porque es circunferencia. Es el que da al ser, porque es centro; es el que gobierna, porque es diámetro; es el que conserva, porque es circunferencia... así, [en Dios] la suma justicia es suma verdad y la suma verdad es suma justicia, y así sucesivamente...

[23] Dios, pues, es la única simplicísima razón de todo el universo, y del mismo modo que después de infinitos tránsitos se origina la esfera, así Dios, como la esfera máxima, es simplicísima medida de todos los tránsitos, pues toda vivificación, movimiento e inteligencia es desde Él mismo, en Él y por Él, en el cual una revolución de la octava esfera no es menor que la de la infinita, porque es fin de todos los movimientos y en el que descansa todo movimiento, como en su fin.

[II, 6] El universo o mundo es uno, cuya unidad está contraída por la pluralidad, en cuanto es unidad en la pluralidad. Y puesto que la unidad absoluta es primera, y la unidad del universo es por ésta, la unidad del universo será la unidad segunda, la cual consiste en una cierta pluralidad. Y como la unidad segunda... es denaria, pues une diez predicamentos, el universo que explica la primera absoluta unidad simple será uno por contracción denaria.

De «El profano»

PROFANO: Todo deseo subsiste gracias a la eterna sabiduría, es de ella y en ella, y toda vida feliz que te desees proviene sólo de la sabiduría eterna, es en ella, y sin ella resulta imposible. Así, ese deseo de vida espiritual se dirige sólo a la eterna verdad. Es el correlativo exacto de tu deseo, su inicio, su centro, su fin. Lleno de nostalgia por una vida inmortal con alegría eterna, sientes en ti la premonición de la verdad eterna misma. En efecto, nada que no conozcamos puede atizar nuestro deseo. Ciertos frutos de las Indias nos dejan indiferentes porque no te-

nemos idea de su sabor. Por otra parte tendemos a procurarnos alimento, porque sin él no podríamos vivir, por eso tenemos también cierto barrunto de ese alimento... Nos alimentamos de aquello de lo que estamos hechos. Y puesto que el espíritu saca su vida de la eterna sabiduría, tiene también un barrunto de ella.

PROFANO: Quien procura obtener sabiduría con tensión espiritual se siente conmovido y transportado hacia el olvido de sí, a ese gusto anticipado lleno de alegría, de suerte que está en su cuerpo como si no se encontrase ya en él.

PROFANO: Nada produce la unidad que, sin embargo, es el fundamento infundado; el Padre en su eternidad no produce nada. La igualdad, no obstante, procede de la unidad, por tanto el Hijo del Padre. La conexión procede de lo que los liga: unidad e igualdad; y así el Espíritu Santo del Padre y el Hijo. Por eso todas las cosas que son tienen necesidad, para existir y ser tal como son, de un principio uno y trino, es decir, del Dios triple y uno... La Sabiduría es la igualdad del ser, por tanto el Verbo o concepto de lo existente. Es como una forma esencial infinita; pero, si es la forma que confiere al ser su ser determinado, y la forma infinita es la realidad de todas las formas esenciales posibles, es decir, aquella en la cual se asemejan más como el círculo infinito, si ella existiese, sería el verdadero modelo de toda figura posible, y aun sería el ser de toda figura, porque sería también triángulo, hexágono, decaedro, etcétera, y entre todas, la figura más simple; así la Sabiduría infinita es la Simplicidad que comprende todas las formas y la medida más cercana de todas.

De las «Predicaciones»

El día santificado

[XXII, 2] Puesto que no se da ser mayor que quien realiza en sí mismo la infinita posibilidad y es realizado, Cristo Señor, en cuanto unido a la grandeza absoluta más que toda criatura, es Dios, infinita arte o forma de toda cosa existente. Pero en cuanto es el hombre máximo, es también el perfectísimo, mayor que el cual no hay otro. Y la naturaleza humana misma llega en Él a un grado sublime, porque ninguna otra podría estar más estrechamente unida a la infinitud divina; como perfectísimo y máximo de la humanidad, es también el más unido a la Divinidad.

¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?

Dice Pablo que en Dios somos y que en Él nos movemos (Hch 17,28), pues somos peregrinos. El peregrino o caminante toma nombre y ser del camino. Un peregrino que vague, que se adentre por un camino sin fin, responde a quien le pregunta dónde está: en el camino. Y si le preguntan dónde se mueve, responde: por el camino. Y si le preguntan adónde pretende llegar, responde: por el camino al camino. Así, el camino infinito se puede llamar el lugar del peregrino, y tal es Dios. Por eso el camino fuera del cual no se encuentra peregrino es el ser sin principio ni fin, de donde le viene al peregrino todo lo que lo convierte en tal.

La palabra, o Verbo de Dios, se llama el camino; de ahí puedes deducir que un espíritu verdaderamente vivo es peregrino en el camino o en la palabra. De este camino recibe el caminante su ser y nombre, y a lo largo de él se mueve. Puesto que el movimiento es vida, el camino es el movimiento de la vida; el camino vivo es la vida del vivo peregrino. El vivo peregrino saca esto del camino viviente, que es un peregrino vivo, y el camino vivo es su lugar, y se mueve a lo largo de él y desde él, por él y hacia él. Con razón, por tanto, el Hijo de Dios se llama el camino y la vida (Jn 14,6).

Nota también que el camino, que es la vida, es también la verdad. El peregrino vivo, en efecto, es el espíritu racional que recibe vivo placer en su movimiento, él sabe adónde va encaminado.

En efecto, sabe que está sobre el camino de la vida, pero este camino es la verdad. En efecto, la verdad es el alimento precioso e imperecedero de su vida, del cual recibe su ser, con el cual es sustentado el peregrino vivo. El camino vivo que es también la verdad es la palabra de Dios que es también Dios y la «luz de los hombres» (Jn 1,4) que vagan por el camino; en efecto, ninguna otra luz precisa el peregrino para no ir errabundo como quien no sabe adónde va. Pero el camino, que es la vida y la verdad, es también la luz que ilumina, y la luz es viva porque es «luz de la vida» (Jn 8,12) que se manifiesta.

NICOLÁS DE FLÜE

Nació el 21 de marzo de 1417 junto a Sachseln (Obwalden), ocupó cargos públicos y combatió en las milicias de su cantón, se casó y tuvo hijos. En 1467 abandonó a su familia para hacerse ermitaño, comenzando el

Del *Tratado del peregrino*, Augsburgo, 1450. Xilografía contemporánea de la *Visión* de Nicolás de Flüe

ayuno que no había de dejar ya hasta la muerte, acontecida el 21 de marzo de 1487. Visitado en su retiro por los peregrinos, se convirtió en consejero político y contribuyó a poner fin a las luchas cantonales y a dar principio a la unidad suiza.

De «La visión de la santísima Trinidad»

[12] ¿Ves este dibujo? Representa al Ser divino. En el centro está la indivisible Trinidad en la cual se extasían todos los santos. Las tres puntas dirigidas hacia el círculo interior son las tres divinas Personas, indivisibles, iguales y distintas.

Éstas proceden de la misma divinidad y colman el cielo y el universo que contienen en su omnipotencia. Y lo mismo que ellas se irradian sin separarse, del mismo modo, sin división de ningún tipo, entran de nuevo y son un único e inseparable poder eterno. Éste es el significado del dibujo.

Y ahora te diré, de la purísima Virgen María, que es Reina del Cielo y de la tierra, prevista por la eterna Sabiduría, que la invistió apenas Dios decretó darle existencia en el mundo.

Ella fue, pues, concebida en la mente del Altísimo antes de serlo en el seno materno. Y la misma gracia que la preservó desde la eternidad la preserva de modo admirable en su concepción en el tiempo. Por eso es ella totalmente pura, santa e inmaculada.

La virtud del Altísimo la envolvió y fue colmada del Espíritu Santo.

¿Ves en la rueda este rayo ancho a su salida del círculo interior y que termina apuntado? El sentido y la forma de dicho rayo quieren decir que el Altísimo, que llena el cielo y la tierra de su gloria (el Verbo de Dios), tomó carne en las entrañas benditas de María, y de allí vino a la luz del mundo sin empañar su maravillosa virginidad.

Y este mismo Cuerpo santísimo tomado en la encarnación, Él nos lo dio, unido a su inseparable divinidad, en la dulce Eucaristía.

¿Ves este otro rayo, ancho en el centro y aguzado hacia el círculo exterior? Es toda la inmensidad de la omnipotencia de Dios presente en la Hostia consagrada.

Mira ahora ese otro rayo, ancho también en el interior con la punta lanzada hacia el exterior: es nuestra vida fugaz y efímera. Sin embargo, en breve espacio de tiempo podemos, por medio del amor de Dios, merecer una felicidad inefable, que no tendrá nunca fin.

Éste es el significado de la rueda mística.

FRANÇOIS-LOUIS DE BLOIS

Nació en el Hainaut de la familia de los condes de Blois y Champagne en 1506; fue paje de Carlos V, pero ya en 1520 ingresaba en la orden benedictina. Fue abad y reformador en Liessies. Murió en 1566.

Sus obras fueron publicadas en 1568 en Lovaina; prolonga la especulación de Taulero y Ruysbroeck.

De «El manual de simples»

La discreción

Atiende eficazmente a custodiar su interna libertad aquel que con la virtud de la discreción se esfuerza por manifestarse en todo, aquel que no descubre a destiempo su afecto en cosa ni en acción alguna, aquel que examina los deseos que le nacen de dentro y los modera convenientemente y refrena el desordenado y precipitado ímpetu de su ánimo hacia las cosas terrenas y caducas; aquel que no de mala gana, y hasta alegremente, socorre a los pobres en sus necesidades, no temiendo, como hacen los niños, que le vaya a faltar para sí lo que dé a los demás; aquel que no se deja enredar ni abajar demasiado la mente por los pensamientos y solicitudes del siglo; aquel que no se obliga tanto a un particular ejercicio, que no esté dispuesto de inmediato a levantarse de él, dejarlo a un lado y abandonarlo totalmente, incluso, para gloria de Dios cada vez que la obediencia o la caridad o cualquier otra causa razonable lo reclame; aquel que no pretende ser ordenado en sus opiniones, sino que por amor de Dios deja prontamente la elección, resolución y ejecución realizada en cualquier negocio; aquel que, confiando con seguridad en la disposición de Dios en toda ocasión, elige siempre como fin suyo la voluntad de su divina Majestad, y hasta pone consideradamente la voluntad de los demás por delante de la suya; aquel que no busca curiosamente saber lo que no le atañe a él, ni es de importancia alguna para la utilidad de su alma; aquel que no osa investigar la grandeza de la suma divinidad y Trinidad más de lo que conviene, ni juzgar temerariamente los incomprensibles juicios de Dios, sino que venerando con religiosa intención lo que no entiende, cree firmemente que, siendo Él Señor justo, no hace, ni permite, sin causa, que se hagan las cosas injustas; aquel, finalmente, que arroja fuera de su ánimo todo lo que allí genera perturbación y, ligando y enredando la mente de mala manera, le impide poder unirse con Dios.

Atribuya [el simple] a sus pecados toda tristeza, toda ansiedad, toda aflicción y toda calamidad que siente, reconociéndose digno de ser flagelado e indigno de recibir cualquier mínima consolación. Piense que es cosa justa, y útil para él, el que, cada vez que peca, apartando el pie del camino recto, la pesadumbre y amargura de las pasiones mundanas, como saludable medicina, lo hagan renacer.

MARTÍN LUTERO

Nació en Eisleben (Turingia) el 10 de noviembre de 1483, de familia plebeya. Acabó sus estudios en Erfurt en 1505 y estaba destinado a una profesión mundana, pero, sintiéndose llamado a la religión, ingresó en el convento agustino, recibiendo las órdenes en 1507. Quedó escandalizado por lo que vio en Roma, pero encontró alivio cuando le vino a la mente la frase: «Los justos vivirán de la fe» (Ha 2,4; Rm 1,17). En 1517, conocido ya por sus sermones y clases universitarias, se atrevió a oponerse a la venta de indulgencias. En 1520, tras varias tentativas de conciliación, exasperaciones, y dilaciones, imprimió *De captivitate babylonica Ecclesiae preludium*. Le respondió la bula de condena por herejía, el 3 de enero de 1521.

En 1521, Carlos V lo convocó a la Dieta de Worms, concediéndole un salvoconducto. Antes de que éste expirase, algunos caballeros, temiendo por su vida, lo escoltaron a un castillo seguro, y en ese retiro tradujo la Biblia al alemán. Entre tanto había nacido la secta de los anabaptistas, que promovió fieras revueltas, invocando el retorno al régimen apostólico; Lutero se les opuso como inspirados por el demonio. Siguió la revuelta de los campesinos, los cuales creyeron poder apoyarse en el evangelismo de Lutero, pero fueron primero condenados por él, y después derrotados y masacrados en masa por los nobles. Mientras en Baviera y en Austria los adeptos de la Reforma eran quemados, el emperador se disponía a sofocar ésta en las tierras donde era libre, pero los príncipes de Brandenburgo, Sajonia y Hessen sellaron una alianza, y en 1529 las ciudades libres se unieron en un frente común de defensa. Lutero murió el 18 de febrero de 1546.

Lutero se apoyó en los místicos al afirmar: «Si en el momento en el que un hombre cumple los preceptos en la Iglesia, Dios lo arrebata en éxtasis o le manda una especial iluminación, ese hombre está obligado a interrumpir la obra comenzada y a desobedecer a la Iglesia. Más vale obedecer a Dios que a los hombres. Los autores dicen también que, al recitar el oficio canónico, es preciso apartar la atención de las palabras pronuncia-

das, no obstante la prohibición que de ello hace la Iglesia, si alguna luz interior y afecto piadoso tocan el alma».[2] El autor citado parece ser Taulero; también invocó la autoridad de Gerson, que habló del estado monástico como idóneo, sí, para proporcionar a algunos la vía de la salvación, pero fuente de daños espirituales para muchos que mejor vivirían en el siglo; en esta idea vio Lutero corroborada su condena del estado religioso.

De «La libertad del cristiano»

En este sentido dice san Pablo: «El cristiano vive sólo por su fe» (Rm 1,17), y «el fin y la plenitud de la ley es Cristo para quienes creen en él» (Rm 10,4).

Séptimo. Por eso la única obra, el ejercicio único de todos los cristianos debiera cifrarse en grabar bien hondo en sí mismos a Cristo y a la palabra, para actuar y fortalecer esta fe de manera permanente; ninguna otra obra puede trocar a un hombre en cristiano, como dijo Cristo a los judíos (Jn 6,28 y sigs.), cuando en aquella ocasión le preguntaron por lo que tenían que hacer para cumplir las obras divinas y cristianas: «La única obra divina consiste en que creáis en aquel a quien Dios os ha enviado», porque sólo para esto le ha destinado Dios Padre. Una fe verdadera en Cristo es un tesoro incomparable: acarrea consigo la salvación entera y aleja toda desventura, como está escrito en el capítulo final de Marcos: «Quien crea y se bautice se salvará; el que no crea se condenará» (Mc 16,16). Previendo la riqueza de tal fe el profeta Isaías dijo: «Dios dejará un pequeño resto sobre la tierra, y el resto, cual diluvio universal, infundirá la justicia» (Is 10,22). Esto significa que la fe, compendio de la ley entera, justificará sobreabundantemente a quienes la posean, de forma que no necesitarán nada más para ser justos y salvos. No de otra manera se expresa san Pablo: «La fe de corazón es la que justifica y salva» (Rm 10,10).

Octavo. ¿Cómo se concilia entonces que la fe sola, sin obra de ninguna clase, sea la que justifique, la que proporcione un tesoro tan enorme, y que, por otra parte, se prescriban en la Escritura tantas leyes, mandamientos, obras, actitudes, ceremonias? Pues en relación con esto hay que advertir muy bien y tener en cuenta que sólo la fe, sin obras, santifica, libera y salva, como repetiré más veces en lo sucesivo. No olvidemos que la Sagrada Es-

2. Citado por P. Pourrat, *La spiritualité chrétienne*, 4 vols., París, Lecoffre, 1947-1951, vol. III, pág. 108.

critura está dividida en dos clases de palabra: en preceptos o leyes de Dios por un lado, y en promesas y ofrecimientos por otro. Los preceptos nos muestran y prescriben diversas obras buenas, pero no se sigue que con ello se hayan cumplido. Enseñan mucho, pero sin prestar ayuda; muestran lo que debe hacerse, pero no confieren fortaleza para realizarlo. Su finalidad exclusiva es la de evidenciar al hombre su impotencia para el bien y forzarle a que aprenda a desconfiar de sí mismo. Por eso se llaman «viejo testamento» y todos son antiguo testamento. Por ejemplo: el mandamiento «no abrigarás malos deseos» nos convence a todos de pecado y de que nadie se verá libre de estas apetencias, haga lo que haga. De esta manera aprende a desalentarse y a buscar en otra parte ayuda para librarse de los malos deseos y poder cumplir, gracias a otro, un mandamiento imposible de satisfacer por sí mismo. Y como éste todos los demás mandamientos que no se pueden cumplir.

Noveno. Cuando el hombre, en fuerza de los preceptos, ha advertido su impotencia y se ha encontrado con ella, cuando se siente angustiado por la forma en que puede cumplir los mandamientos —porque o se cumplen o se condena uno—, es cuando de verdad se ha humillado, se ha aniquilado ante sus propios ojos, no encuentra nada dentro de sí que le pueda salvar. Éste es el momento en que adviene la segunda clase de palabras, la promesa y la oferta divina que dice: «¿Quieres cumplir todos los mandamientos, verte libre de la concupiscencia y de los pecados a tenor de lo exigido por la ley? Pues mira: cree en Cristo; en él te ofrezco toda gracia, justificación, paz y libertad; si crees lo poseerás, si no crees no lo tendrás. Porque lo que te resulta imposible a base de las obras y preceptos —tantos y tan inútiles— te será accesible con facilidad y en poco tiempo a base de fe. He compendiado todas las cosas en la fe para que quien la posea sea dueño de todo y se salve; el que no la tenga, nada tendrá». Las promesas divinas, por tanto, regalan lo que exigen los mandamientos y cumplen lo que éstos piden, para que todo provenga de Dios: el precepto y su cumplimiento. Es él el único que ordena y el único que cumple. Por este motivo las promesas de Dios son palabras del nuevo testamento y son el nuevo testamento.

Décimo. Estas y todas las palabras de Dios son santas, verdaderas, justas, palabras de paz, de libertad y rebosantes de bondad. Por eso, quien se agarre a ellas con fe verdadera verá cómo su alma se une también a ellas tan perfectamente que toda la virtualidad de la palabra se tornará en posesión del alma. Por la fe la palabra de Dios transfigura al alma y la hace santa, justa, veraz, pacífica, libre y pletórica de bondad: un verdadero hijo

de Dios en definitiva, como dice san Juan: «A todos los que creen en su nombre les ha concedido la posibilidad de ser hijos de Dios» (Jn 1,12).

De aquí se deduce sin dificultad alguna lo mucho de que es capaz la fe y cómo no admite comparación con ninguna obra. Porque ninguna de las buenas obras se adhiere a la palabra de Dios como lo hace la fe, ni puede encontrarse en el alma, dominio en el que sólo señorean la palabra y la fe. El alma será tal cual la palabra que la gobierna, exactamente igual que el hierro en fusión se torna incandescente como el fuego por su unión con éste. Ello nos deja ver que al cristiano le basta con la fe; no necesita obra alguna para ser justificado. Si no precisa de obras, ha de tener la seguridad de que está desligado de todos los preceptos y leyes; y si está desligado, indudablemente es libre. Ésta es la libertad cristiana: la fe sola. No quiere decirse que con ello fomentemos nuestra haraganería o que se abra la puerta a las obras malas, sino que no son necesarias las buenas obras para conseguir la justificación y la salvación.

ENRIQUE CORNELIO AGRIPA VON NETTESHEIM

Nació de familia noble en Colonia, el 14 de septiembre de 1486. Estudió en Colonia y estuvo al servicio del emperador Maximiliano. Fundó una secta secreta de teósofos y fue profesor de teología en Dole, pero fue perseguido como hereje, especialmente debido a los dominicos. Viajó y guerreó, alternando la diplomacia y las armas con la enseñanza (en Pavía impartió un curso sobre el hermetismo) y con la práctica de la medicina. Murió pobre y perseguido en 1535.

Escribió en 1510 *De occulta philosophia*, publicado en 1531; *De incertitudine et vanitate scientiarum* en torno a 1530.

De «La filosofía oculta»

Los números que están por encima del doce, su poder y virtud

[II, 15] Los números que están por encima del duodécimo son célebres a causa de muchos y diversos efectos por los cuales se deben descubrir y obtener las virtudes de su origen y de sus partes, ya que están compuestos por una variada reunión de números simples o por el producto de su multipli-

cación; a veces las cosas que ellos significan resultan de la disminución o del aumento de un número precedente, más perfecto; o bien encierran en sí los sacramentos de misterios. Así el tercero sobre el diez denota el misterio de la aparición de Cristo a las naciones; en efecto, el decimotercer día tras el nacimiento apareció la estrella milagrosa que condujo a los magos.

El catorce representa la figura de Cristo que fue por nosotros inmolado en la decimocuarta luna del primer mes, y así los hijos de Israel recibieron la orden de celebrar el reconocimiento por el paso del mar Rojo, para gloria de su Señor. Mateo observó cuidadosamente este número para numerar las generaciones de Cristo, hasta el punto de dejar de lado algunas al no poderlas encerrar en este número. El decimoquinto es símbolo de ascensiones espirituales, por eso precisamente es apropiado el canto del gradual en quince salmos, y es a este número al que se deben referir los quince años de la prolongación del reinado de Ezequías; y el día decimoquinto del séptimo mes era venerado y santificado.

El dieciséis está compuesto por un cuadrado perfecto, porque incluye el diez, y por eso los pitagóricos lo llaman número feliz; también incluye el número de los profetas del Antiguo Testamento, así como el de los apóstoles y evangelistas del Nuevo.

Los teólogos dicen que dieciocho y veinte son desventurados, porque el pueblo de Israel estuvo dieciocho años sometido a servidumbre por Eglón, rey de Moab; Jacob empezó a servir a los veinte años, y José fue vendido a la misma edad.

Finalmente, de todos los animales con numerosas patas, no hay ninguno con más de veinte patas.

El veintidós denota el gran fondo de sabiduría, habiendo veintidós letras hebreas y veintidós libros del Antiguo Testamento.

El veintiocho señala el favor de la Luna, porque su movimiento difiere del de los demás astros y, único entre todos, se realiza en veintiocho días, cuando ella retorna al punto del zodíaco de donde había partido. Por eso en las cuestiones celestes contamos las veintiocho moradas de la Luna que tienen influjos y virtudes singulares.

El treinta es notable por muchos misterios; nuestro Señor Jesucristo fue valorado en treinta denarios, fue bautizado a los treinta años y comenzó entonces a hacer milagros y a enseñar el Reino de Dios; Juan el Bautista mismo tenía treinta años cuando comenzó a predicar en el desierto y a preparar los caminos del Señor; y Ezequiel comenzó así mismo a profetizar a esa edad. José fue sacado de la cárcel a los treinta años, y recibió del faraón el gobierno de Egipto.

Los doctores judíos atribuyen el treinta y dos a la sabiduría, porque Abraham puso por orden otros tantos caminos de sabiduría. Pero los pitagóricos lo llaman número de justicia porque se puede dividir en partes iguales hasta la unidad.

Los antiguos observaban mucho el número cuarenta, del cual celebraban la fiesta llamada τεσσερακοστόν, o de los cuarenta días; en cuarenta días se dispone y transforma el semen en la matriz, hasta convertirse en un cuerpo orgánico perfecto, capaz de recibir un alma racional con todas las medidas y proporciones de sus partes necesarias y concurrentes a las funciones vitales.

Las mujeres están más enfermas durante ese mismo período tras el parto, hasta tanto que los miembros que han sufrido durante los esfuerzos del parto se pongan de nuevo en el estado de antes de la purificación.

Los bebés están cuarenta días sin reír, y se encuentran en el máximo peligro y sometidos a las enfermedades.

Este mismo número en la religión significa expiación, penitencia y muchos grandes misterios, pues cuando el diluvio el Señor hizo llover sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches; los hijos de Israel permanecieron durante cuarenta años en el desierto; la conquista de Nínive fue diferida cuarenta días; los santos santificaron ese número con sus ayunos, pues Moisés, Elías y Cristo ayunaron durante cuarenta días. Cristo fue llevado en el seno de la Virgen durante cuarenta semanas. Cristo permaneció tras el nacimiento durante cuarenta días en Belén antes de ser presentado en el templo; predicó públicamente durante cuarenta meses; estuvo oculto en el sepulcro durante cuarenta horas; subió a los cielos cuarenta días después de la resurrección.

Nuestros teólogos aseguran que todo eso no sucedió sin que hubiese un ministerio y una propiedad escondida en este número.

El número cincuenta significa la remisión de los pecados y de la servidumbre, y la libertad; según la ley, en el año quincuagésimo se cancelaban las deudas y cada uno recuperaba sus bienes. Este número nos da también a conocer una solemne promesa de perdón y de penitencia a través del año del jubileo y el salmo penitencial. La ley misma y también el Espíritu Santo son declarados por este número...

El setenta y dos... tiene gran conformidad con el doce: en el cielo cada signo está dividido en seis partes, de donde setenta y dos números quinarios que presiden otros tantos ángeles... y existen otras tantas articulaciones manifiestas en el cuerpo humano, de ellas tres en cada dedo de las manos y de los pies...

El número de cien en el cual el Señor puso la oveja encontrada de nuevo y que pasa también de la izquierda a la derecha es célebre, tanto como década de décadas, como porque indica la perfección completa.

El mil contiene la perfección de todos los géneros de número y es cubo del denario, lo que significa la perfección consumada y absoluta...

[16] He leído a menudo en los libros de los magos, y observado a menudo en sus obras y empresas ciertas gesticulaciones sorprendentes y ridículas (así me lo parecían), y creía yo que eran los implícitos pactos ocultos con los demonios los que me hacían despreciarlas y rechazarlas; pero, después de haber examinado la cosa más profundamente, comprendí que este género de gesticulaciones mágicas no ocultaba pactos con los demonios, sino cierto modo de numerar, de los cuales los antiguos se servían con el fin de representar los números, doblando de diversas maneras los dedos y las manos, con la cual gesticulación los magos daban a entender, sin decir una palabra, nombres de virtudes inexpresables que no se pronuncian y que son de número diverso, moviendo los dedos uno tras otro, y así ellos reverencian con un sagrado silencio las divinidades que presiden las cosas del mundo. Marciano recuerda este rito diciendo en su aritmética: «Los dedos de la Virgen reanudaban sus movimientos incomprensibles y, después que ella hubo entrado, de inmediato trazó, doblando los dedos, setecientos diecisiete números y se alzó para saludar a Júpiter: entonces Filosofía, que estaba junto a la Tritónida, preguntó qué nueva ceremonia había introducido Aritmética con ese número, a lo que Palas respondió que había saludado a Júpiter por su nombre».

VALENTÍN WEIGEL

Nació en Grossenhain (Sajonia), en 1553. Estudió medicina, filosofía y teología en Leipzig, fue nombrado párroco luterano en Zschopan, donde vivió oscura y diligentemente hasta su muerte, que le sobrevino en 1588.

De forma postuma se publicó, en 1618, *Studium universale.*

DE «*STUDIUM UNIVERSALE*»

Hay un solo árbol que dé frutos dobles, su nombre es árbol de la ciencia del bien y del mal. Como es su nombre, así son sus frutos, es decir, buenos y malos, de vida y de muerte, de amor y de rabia, de luz y de tinieblas.

Este árbol fue mostrado a Adán en su inocencia y, aun cuando tenía libertad de mirarlo como árbol entre las maravillas de Dios, el decreto divino le prohibía poner en él su deseo hasta el punto de comer de él, pero también lo amenazaba porque, de comer los frutos de la muerte, moriría. Era, en efecto, el árbol de la divisibilidad, bien y mal se combatían en la repartición, y la vida no puede subsistir en la división, pues la lucha provoca ruptura, y la ruptura produce muerte, mientras que la vida habita en la dulce unidad del amor. Por eso, cuando Adán hubo comido de él, la lucha surgió en él, y en esta lucha debía él perder la vida. Y sin embargo el hombre miserable no quiere hacerse cuerdo gracias a esa caída y a ese daño. Su anhelo se vuelve siempre a este árbol y a sus frutos. Anhela la divisibilidad de lo múltiple y está siempre en lucha, y sin embargo podría entrar en la quietud simplemente con que quisiese volver a la unidad de la simplicidad. La luz de la vida está en medio para mostrar a los hombres el camino hacia la primera quietud, y el Padre que está en los cielos hace salir su sol sobre el mal y sobre el bien; pero cada uno crece a su modo, y el hombre es más proclive a mirar las estrellas de la multiplicidad, que escoge como propia guía según su parecer; y sin embargo éstas mucho más a menudo lo apartan de la verdadera luz y lo mantienen en el torbellino de la incertidumbre, que gira en espiral, no sobre el rostro interior del Sol, sino sobre el exterior, y no puede encontrar ni fin ni morada de descanso si no se vuelve de lo de fuera hacia lo interno y no busca el origen del cual partieron todas las pequeñas luces estelares. Pero de siete estrellas ni siquiera una vuelve sus rayos al interior, de modo que las mentes que indagan puedan dirigirse a Belén. Y de entre seis ojos que giran en el torbellino de los deseos inferiores, ni siquiera uno está dirigido al Sábado interior: el movimiento turbulento de los días feriales los impulsa a través de todas las esferas, y si alguna vez echan una mirada a la maravilla de Dios, estando vueltas a la exterioridad, la ven sólo desde fuera, y cada ojo observa solamente aquello a lo cual es conducido por el instinto de sus deseos. El hombre fue creado por Dios para un Sábado duradero durante el cual no debía obrar, sino dejar obrar a Dios en él; no debía agarrar con sus manos, sino sólo recibir lo que le era ofrecido ricamente por la bondad de Dios, pero él extravió el Sábado y quiso obrar por su cuenta y alargó la mano, contra la prohibición, para aferrar por su anhelo lo que no le estaba permitido coger. Por eso Dios lo hizo caer y, puesto que había despreciado la quietud, a partir de entonces tuvo que sentir la inquietud con dolor. En dicha inquietud de la vida que obra por su cuenta, todas las criaturas humanas alargan la mano y quieren aferrar aquello con lo cual intentan alcanzar su satisfacción. Y

como son en su entendimiento y voluntad, así es también el impulso a coger. Unas manos se extienden a agarrar el bien, otras a estrechar el mal. Las unas se extienden al fruto, las otras a las hojas. Cada uno se deleita con lo que ha cogido, y la pobre gente no sabe que todo su afán es sólo un *studium particulare*: podrían obtener el todo y se aferran a la parte. Buscan la paz y no la encuentran, porque la buscan fuera, en la inquietud del movimiento, cuando ella habita en la santa paz del centro íntimo. Y aun cuando uno agarre más que otro, siempre son, sin embargo, partes separadas. A veces, entre siete manos hay una que llega cerca del misterio y toca todo el tronco del árbol hasta el lugar donde los reinos opuestos y subdivididos en sus ramas se reintegran a la unidad; pero hasta una mano así dista mucho de la raíz del árbol, agarra y tantea el secreto sólo desde fuera, y no lo ve en absoluto desde dentro. En efecto, la raíz de este árbol, la cual se yergue, a través de las esferas del mundo visible donde bien y mal están mezclados, hasta las esferas de los mundos invisibles donde luz y tiniebla habitan en sí mismas, sólo es comprendida por el ojo de la sabiduría que está en el centro de todas las esferas. Ese ojo mira en la altísima quietud los milagros de todos los movimientos y ve a través de todos los demás ojos que vagan fuera de la quietud, en la inquietud, y que quieren ver en la Sabiduría sin el ojo justo, por sí solos, pese a haber recibido de él su capacidad de ver. Este ojo puede probar todos los espíritus, estableciendo si son límpidos y agudos. Él comprende de dónde surgen bien y mal, gracias a los cuales luz y tiniebla quedan patentes. El tiempo y la eternidad, lo visible y lo invisible, el presente y el futuro, lo terrestre y lo celeste, lo carnal y lo espiritual, lo alto y lo profundo, lo externo y lo interno, son comprendidos por él. Y sin embargo no se ve turbado por ninguna de tales cosas, pues habita en el centro de la quietud donde todo, libre de contiendas, está en la igualdad e indiferencia. Lo que él ve, también lo posee, en el centro de su quietud está el trono real al que todo está sometido. Por eso, oh hombre bien amado, si quieres volver a la recta razón y a la recta quietud, cesa de obrar y deja que Dios sólo obre en ti, y así se abrirá el ojo de la Sabiduría y llegarás, de un afán particular, al universal, y en Uno encontrarás todo.

JOHANNES KEPLER

Nació el 27 de diciembre de 1571 en Weil (Württemberg), de familia noble; su padre era, sin embargo, soldado y tabernero fracasado. Estuvo enfermo desde sus primeros años; no obstante, en 1588 pudo asistir a la

universidad de Tubinga. En 1594 empezó a ejercer como profesor de matemáticas en Graz. Luego tuvo que emigrar a Praga, donde fue acogido por el danés Tycho Brahe y pasó a ser astrónomo y matemático de Rodolfo II. En 1617 su madre fue detenida por brujería; él consiguió salvarla tras un año de sufrimientos. Murió en 1630 en Ratisbona.

Harmonices mundi, de 1619, es una investigación sistemática de la armonía como sentido natural del hombre, como sol interior en torno al cual todo debe rotar y con el cual debe unirse la luna del entendimiento. En él encontraron inspiración los poetas metafísicos ingleses.

De «Armonías del mundo»

[IV, 1] Los principios de la verdadera y arquetípica armonía, que existe sin confundirse con especie sensible alguna, están no obstante divididos y son, por número, múltiples. Siendo ella una proporción, tiene necesidad, en efecto, de dos términos, y éstos son el círculo por un lado y una o varias de sus partes por otro, es decir, una alícuota o alícuotas suyas, resultantes de su división por medio de un arco. Ésta es la diferencia específica de la proporción armónica gracias a la cual no sólo se distingue la proporción armónica de las demás proporciones del mismo género, sino también la pura y arquetípica de las sensibles, salvo en el uso del vulgo, que llama armonía sólo a la congruencia de los sonidos. Parece evidente la diferencia entre la armonía pura y la sensible o concreta: en la pura, los términos están formados por las figuras matemáticas del círculo y del arco, teniendo el círculo su figuración o formación en y desde sí mismo, y el arco, sacando sus términos de la parte subtensa, y su figura, del círculo. En las armonías sensibles no hay necesidad de esta formación especial, porque pueden ser líneas rectas u otras cantidades sensibles figuradas, siempre y cuando sean ejemplares fieles de la armonía arquetípica en su particular cantidad, en la medida en que sea posible una imitación fiel entre cosas sensibles; lo que en éstas es próximo según el más y el menos pasa, en efecto, por verdadero. Éstos son los términos de la armonía arquetípica.

Más allá de los términos mismos, como se observó para las cosas sensibles, se debe presuponer una mente que los ponga en relación, juzgando si esos arcos del círculo son tales que del entero círculo los separe el lado de una figura demostrable. Tres son, pues, los principios de la armonía arquetípica, materialmente sus dos términos, es decir, hablando por analogía, el círculo y su parte, y, formalmente, el corte de la parte por medio de

la figura que da la demostración; y, por fin, lo que expresa la relación de los términos, es decir, la mente (en cierto modo) eficiente.

Debiéndose considerar toda proporción, y por tanto también ésta de una parte del círculo con la totalidad del mismo, bajo el predicado de la relación, también esta forma cierta y descrita de la proporción como cualidad de cuarta especie se tiene a sí misma. En efecto, la armonía es una relación cualitativa o figurada formada por figuras regulares.

Por eso, si es propio de la esencia de la armonía sensible que las cosas sensibles influyan sobre el alma a través de la especie, tanto más necesario es que los términos de la armonía sensible, el círculo y el arco, sean interiores a la misma mente; eso puede depender, como dice alguno, del hecho de que las especies hayan sido recibidas interiormente, pero también del hecho de que, en cuanto mucho más duraderas que la mente misma, están presentes en ella antes que toda percepción, problema que se ha de indagar con todas las fuerzas del ingenio.

Pero, llegados a este punto... pienso que se debe distinguir entre las especies matemáticas mismas, el círculo y su arco, y su comparación, porque, si las especies mismas, o los términos, se han de colocar en la interioridad del alma sin que allí hayan sido recibidas, tanto más la armonía, que se establece entre esas partes, se habrá de poner en la mente, para que su esencia no esté fuera de ella, como en el caso de que su esencia consistiese en cierta acción de la mente en torno a esa especie. Y el círculo con sus arcos están en el alma en el modo que, sin controversia posible, están en las cosas sensibles, y la armonía existente entre el círculo y su parte, como ligado a la forma de la misma, no está fuera del alma...

Antes de que nacieran las cosas, la geometría, siendo como es coeterna con la mente divina, proporcionó a Dios mismo (¿qué hay en Dios que no sea Dios mismo?) los ejemplares para crear el mundo, y con la imagen de Dios pasó al hombre: no es recibida a través de los ojos.

Siendo, pues, la demostrabilidad inherente a las cantidades, no en cuanto las figuras son sometidas a los ojos, sino en cuanto son evidentes a los ojos de la mente, no como abstraídas de las cosas sensibles, sino como unidas siempre a ellas, establecemos por tanto, abstrayendo de la cantidad, los términos, mediante proporciones armónicas arquetípicas como las demostrables a través de las subdivisiones del círculo.

Existe otro motivo por el cual escojo las cantidades abstractas; el círculo, aunque cantidad, en este caso se considera meramente como figura, sin distinción de más o menos, como abstrayéndolo de su sujeto, de modo que se deba reconocer su naturaleza incluso en la pequeñez de un punto. Esto

pienso que quería decir Proclo al afirmar que las cosas matemáticas son inherentes al alma de modo incorpóreo o sin distancia.

Existe esta suprema razón décima: en la cantidad hay un orden admirable, divino, y también un simbolismo que es común a las cosas divinas y las humanas. He hablado en la *Óptica*, en los *Comentarios de Marte*, en la *Doctrina esférica*, de cómo la sacrosanta Trinidad está insinuada en la esfericidad, y quiero repetirlo. Hablaré, pues, de la línea recta, la cual delinea los primeros rudimentos de la creación a través de la expansión del punto puesto en el centro hacia un único punto de la superficie, como émula de la primera generación del Hijo figurada y representada por la salida del centro hacia los infinitos puntos de la superficie, con líneas infinitas de una igualdad perfecta en todas. La línea recta es, en efecto, elemento de la forma corpórea. Alargada por un lado, insinúa la forma corpórea misma, creando el plano: con el plano se representa una sección esférica, con la sección el círculo, imagen genuina de la mente creada, encargada de regir el cuerpo; y ella está con la esfericidad en la proporción en la cual está la mente humana respecto a la divina, es decir, la de la línea con la superficie, siendo ambas circulares: la línea está en el plano sobre el cual se encuentra y al que es inherente como lo curvo a lo recto, que son incomunicables e inconmensurables: el círculo está unido, tanto al plano secante circunscribiéndolo, cuanto al esférico cortado, con reciprocidad; así el ánimo está en el cuerpo y lo informa y está conectado a la forma corpórea y encuentra sostén en Dios como irradiación del rostro divino en el cuerpo, y de tal fuente deriva una más noble naturaleza. Lo mismo que se recomienda el círculo en razón de sus proporciones armónicas, como sujeto y fuente de los términos, así se recomienda la máxima abstracción: la nobleza del ánimo no se insinúa ni en el círculo de determinada medida ni en el círculo imperfecto, cual se puede encontrar en las formas materiales y sensibles; y es lícito abstraer el círculo a partir de las imágenes corpóreas y sensibles, en cuanto las razones de lo curvo, símbolo del ánimo, son sacadas y abstraídas del resto, sombra del cuerpo.

Estamos bastante provistos, pues, para poder buscar los términos con cantidades abstractas, con proporciones armónicas, puros objetos del ánimo. Para concluir, recogemos en apretada síntesis las cosas principales. Las armonías sensibles tienen en común con las arquetípicas el tener necesidad de términos y de su comparación, así como de la energía de la misma alma; en esta comparación consiste la esencia de ambas. Pero los términos de las sensibles son sensibles y deben estar presentes fuera del alma, mientras que los términos de las arquetípicas están ante todo presentes interiormente, en

el alma. Las sensibles tienen necesidad de una recepción por medio de especies emanadas que ellas emanan, recepción que debe acontecer por medio de los sentidos, ministros del alma; es precisa una comparación de los términos singulares de los sensibles con los términos singulares de los arquetípicos, pongamos del círculo con su parte cognoscible: pero la armonía arquetípica tiene necesidad de una cosa neutra, porque los términos están ante todo presentes en el alma, son congénitos a ella, son incluso el alma misma; no son imágenes de su verdadero paradigma, sino el paradigma mismo. Así, la simple comparación que el alma estableció de sus propias partes entre sí resuelve toda la esencia de la armonía arquetípica...

[2] Las ideas o razones formales de las armonías son inherentes a la facultad de reconocerlas, pero dependen de un instinto natural y no son acogidas discursivamente, y nacen con aquél, lo mismo que nace junto con la forma de la planta el número (cosa intelectual) de los pétalos en la flor y de las pepitas en la manzana. Tal uniformidad en las plantas, semejante a las razones armónicas (el número y la proporción son, en efecto, cosas que van juntas), hace que no se pueda excluir la facultad de reconocer las proporciones armónicas de los rayos siderales, en la facultad vegetativa del alma y en las plantas mismas, a pesar de que yo no dé nada por bueno sin experimento. Así sucede que los niños, la gente zafia, los agricultores, los bárbaros y las fieras mismas perciben las armonías de las voces aun no conociendo nada de la ciencia de la armonía. ¿Quieres saber de dónde proviene este instinto? Me refugiaré en Dios, que forma y prefabrica para los cuerpos estas formas, todas imágenes de Él mismo, según el más y el menos; y las ciñe con las razones armónicas que El ha conformado para siempre y ha expresado en la creación; o también, como he indicado antes, citaré la comunión de esas almas, incluso de las inferiores, con el círculo, en conformidad con el cual están compuestas y fundadas, como en su norma y ley, habiéndose ellas revestido, junto con el círculo y su racionalidad, de la idea de las proporciones armónicas que de él dependen. Esta filosofía está bien confirmada por los genetlíacos, porque el carácter de la confluencia de los rayos celestes en un mismo punto, como procedente de un círculo común, queda impreso en el ánimo del recién nacido.

Los medios de los que se valen estas facultades inferiores del alma para percibir las armonías de las cosas externas son los mismos con los que reciben en sí mismas objetos externos. Si son sensibles, las reciben con los sentidos, es decir, con las facultades del alma que informan los sentidos, las cuales, no menos que la parte superior, se ocupan de hacer confrontaciones entre cosas ciertas, pero con el instinto, no con el dis-

curso. Así, con el oído y con la potencia que lo preside se distinguen los sonidos consonantes de los disonantes.

Si las cosas mismas en las cuales se encuentra una razón armónica no son sensibles, sino perceptibles con otra facultad, las mismas proporciones de las cosas relucirán en el alma gracias a esa facultad: así se concluye a propósito de las proporciones de los rayos siderales que son percibidas por el alma sublunar...

Sin embargo, esta percepción de las armonías en las facultades inferiores del alma es obtusa y oscura y en cierto modo material, y casi esta envuelta por una nube de ignorancia; dichas facultades, en efecto, no saben percibir; como cuando vemos algo sin advertir que lo vemos. Tales son esos movimientos y esos temores, celebrados por los estoicos, naturales e inconscientes, involuntarios, como los afectos naturales de odio y de amor, de admirable ingeniosidad; ellos, estimando la medida de los miembros, las cualidades de la voz y del temperamento, la bondad y semejanza entre el alma ajena y la de ellos, arden increíblemente por ello. Así el loco jovencito ama a la muchacha sin saber por qué, ni qué cosa ama sobre todo en ella que no pueda ofrecerle una fácil meretriz, si el amor es deshonesto, o cualqüier muchacha núbil, si es legítimo. Pero resulta que el fisiognomista descubre en esas dos personas cierta semejanza de maneras que, de ser éstas viciosas, ofrecerá ocasión de litigios perpetuos en el matrimonio; en cambio, de ser buenas, ofrecerá la perspectiva de una vida tranquila. Eso se debe al instinto universal fisiognómico, el cual, pese a ser mudo y en cierto modo espontáneo (no obtenido por arte, aun cuando con arte se pueda cultivar), es sin embargo el único intérprete y árbitro de las cosas humanas. Cada uno obtiene prosperidad, por hablar naturalmente, en la medida en que su cara, la medida del cuerpo, el modo de caminar y el movimiento de sus miembros agradan a aquellos que poseen las cosas, y en la medida en la que los dominan, sin dedicarse en modo alguno a deliberar sobre ello con la razón, casi a escondidas; a menudo los hombres declaran que aman o detestan a alguien sin saber por qué. Tal es, en las facultades inferiores del alma, el sentido sin sentido de las proporciones. No distinguen ellas la proporción a partir de sus términos ni de su sujeto (lo mismo que cuando, al oír una jovial cantinela, no pensamos nada, más allá de los sonidos, en torno a su artificio mismo), ni distinguen entre sí las diversas armonías: se advierte que existen, pero se ignora qué son y cómo están diversificadas. Las mismas ideas de las armonías que estas facultades inferiores del alma tienen en sí no son instintivas, sino que se ajustan a la envoltura de la especie que es respectivamente objeto de cada facultad. La

facultad auditiva (por la cual usamos de sonidos concordes, en vez de cualquier sonido) está próxima al cuerpo y es muy pesada e inhábil, por tanto, para recibir la idea purísima de la proporción.

Llego ahora a la enérgica facultad que se ocupa de las proporciones armónicas. Es doble: o es activa en sí misma, o en las cosas puestas fuera de sí, y en los dos casos adecua sus obras a las proporciones o las reviste de ellas. Y es semejante a la pasiva que se ejercita obrando: aquélla nace de las facultades inferiores del alma, ésta de las superiores; aquélla está subordinada a las fuerzas de la naturaleza, ésta a la voluntad del hombre. Aquélla se vale, como movimiento, de la alteración, que impone al cuerpo a fin de que esté sometido a la facultad vital. El hecho de que nos deleitemos con las armonías de los sonidos es, en apariencia, pasional, es decir, consistiría en el aliviar y acariciar, por lo cual los filósofos llaman así a la simpatía entre los ánimos y el canto, de «padecer» y «pasión»; existe, por otro lado, una operación del alma que obra con movimiento natural sobre sí misma, excitándose, a lo cual la lleva no la razón ni la voluntad, sino el instinto natural; ella, en efecto, tiene ideas nacidas de un origen común y como confluyentes, ideas de armonías incorporadas a los sonidos, y que responden a los afectos del ánimo; de manera que la idea de la armonía está plantada en ellos en la misma medida en que ella regocija, es algo placentero y está enlazada con la idea de un movimiento conforme. Esto, a mi parecer, era lo que quería decir Proclo cuando afirmaba que los paradigmas de las cosas matemáticas (y más aún de las armonías) son intelectualmente inherentes a la mente, vitalmente, al alma: así son sonoramente inherentes a la facultad auditiva; radiante y operativamente, a la facultad vital de los seres sublunares; en efecto, los paradigmas no son puramente interiores, sino que sus imágenes son originadas fuera.

No sólo nos deleitamos con los cantos en virtud de la armonía, sino que acordamos también el movimiento de los dedos, de la boca, de los pies, del cuerpo: y esto lo hacemos con la facultad animal, unida a la voluntad. Pero cuando acordamos también la voz a las armonías inteligibles meditando una simetría de voces nunca oída antes, usamos de las facultades supremas lo mismo que de las ínfimas; de las supremas, porque queremos y utilizamos la razón; de las inferiores, porque podemos y porque, aun sin entender las proporciones, expresamos con el canto las solas ideas de los intervalos, plantadas en nosotros por la naturaleza, excluyendo todas las discordancias, recorriendo sólo los intervalos bien sonantes.

Dios, esa armonía misma, espiró creando las facultades armónicas hasta ahora explicadas, siendo οὐσία ἐνέργεια, e inspiró esta partícula de su imagen en todas las almas, pero según el más y el menos.

JAKOB BÖHME

Nació en Alt-Seidenberg (Silesia) en 1575. Fue pastorcillo y recibió escasa instrucción en la escuela de Seidenberg. A los catorce años entró a trabajar de aprendiz con un zapatero. En 1599 era maestro zapatero, casado con la hija de un carnicero. En 1612 divulgó manuscrito *Aurora, oder die Morgenröte im Aufgang*: fue acusado de herejía por el pastor luterano del lugar y el consejo municipal le mandó que no siguiera escribiendo. En 1624 publicó en Amsterdam *Der Weg zu Christo*. Murió ese mismo año oyendo la música celeste.

¿Cuáles fueron las fuentes de los conocimientos místicos de Böhme? Recibió la misteriosa visita de un «extranjero» cuando era aprendiz y ciertamente debió de leer las obras de Paracelso y tener noticia de la Qabbālāh, quizás a través de Reuchlin y Agripa de Nettesheim; seguramente conocía la interpretación cabalística del diálogo entre Dios y Moisés en el Éxodo. Los textos frecuentemente examinados por él fueron los capítulos del 9 al 11 de la Epístola a los Romanos. Pero desde niño ciertas visiones le indujeron a orar, y así adquirió conocimientos místicos experimentales; luego bastaban los objetos más comunes, como un recipiente de estaño reluciente, para infundirle alegría. En Holanda e Inglaterra se multiplicaron sus seguidores.

Al *Aurora consurgens*, de 1612, siguieron la *Descripción de los tres principios*, en 1619; *La triple vida del hombre*; *Las cuarenta cuestiones sobre el estado originario del alma*; *La encarnación*; *Seis puntos teosóficos*; *Mysterium pansophicum* (1620); *De la signatura de las cosas* (1621); *Mysterium magnum* (1623); *La tabla de los principios*; *La vida sobrenatural*; *La teoscopia* (1624); *Epístola teosófica* (1619-1624).

Eckhart había enseñado que, más allá de Dios, existe una Divinidad incognoscible incluso para sí misma, fuente y esencia de todas las cosas: el entendimiento no inteligible y no inteligente de los platónicos. Böhme lo llamó *Ungrund*, abismo, paz sin ser, nada eterna, pero enseñó que en ello está el *Mysterium magnum*, que es el mal en Dios, la *Qual* o sufrimiento que da cualidad al ser.

DE «EL GRAN MISTERIO»

Sobre Génesis 43.
Cómo los hijos de Jacob, a causa de la carestía,

bajaron a Egipto, donde estaba José, para comprar trigo,
y llevaron consigo a Benjamín.
Cómo José les hizo entrar en su casa
y les hizo adquirir provisiones tomándolas de su mesa.
Qué es preciso entender con eso

[VII, 1] Todo este capítulo expresa en una bellísima parábola: en primer lugar, cómo la naturaleza exterior, en el proceso en el cual debe insertar su voluntad (por lo que su esencia vital debe ir a Egipto, o sea, acceder a la muerte de Cristo), está como ciega y pasmada, y después consiente finalmente en ese viaje, de suerte que al final todas las potencias vitales pueden acceder a la muerte de su egoísmo, o sea, al verdadero Egipto, a la confianza en Dios, de suerte que la voluntad de Dios puede guiar a la humana naturaleza.

[2] En segundo lugar, este capítulo muestra cómo las potencias vitales ante José, o sea, ante el rostro de Dios, temieron, porque advertían en sí la presencia de la mala conciencia, lo mismo que los hijos de Jacob temieron ante José, porque pensaban que Dios les había castigado a causa de José y temblaban.

[3] En tercer lugar, cómo Dios se dirige muy benévolamente a las formas de la naturaleza animada y les da, ante todo, el pan celeste de su sustancia, y, aun cuando se presenten con apariencias extranjeras, les ofrece hospitalidad, como José a sus hermanos, y les invita a su mesa, para que coman, beban y estén alegres, y después dejarlos marchar en paz.

Pero inmediatamente después siguió una terrible tentación, por cuanto él hizo poner su cáliz en el saco de Benjamín, y los mandó perseguir para recuperarlo, lo que es una parábola adecuada del pecador contrito, o sea, de lo que le acontece antes de que Dios se le dé a conocer con el rostro del amor.

[4] Y las palabras de Moisés continúan así: «Pero la carestía oprimió al país y, una vez que se acabó la provisión de cereales que los hermanos de José habían llevado consigo desde Egipto, su padre [Jacob] les dijo: "Id de nuevo a comprar algunas vituallas". Y entonces Judá le respondió diciendo: "Aquel hombre nos puso estas severas condiciones: 'No veréis más mi rostro si vuestro hermano no está con vosotros'. Si, pues, mandas a nuestro hermano con nosotros, iremos a comprar de comer: pero si no lo haces así, no iremos, pues aquel hombre dijo: 'No volveréis a ver mi rostro si vuestro hermano no está con vosotros'"» (Gn 43,1-5).

Y esta parábola significa:

[5] El alma del hombre es partícipe de tres principios: de la sustancia eterna del fuego, de la sustancia eterna de la luz (o sea, del fuego del amor,

principio que se apagó en Adán, por lo cual nació la discordia) y, en tercer lugar, del espíritu del mundo, o sea, del reino de este mundo, o sea, de la mortalidad y de la capacidad de resucitar.

[6] Y ahora comprende bien; cuando el fondo interior del alma, o sea, el alma constituida por la sustancia del Verbo del Padre, se gira hacia atrás y vuelve los ojos a su pequeña perla, o sea, al otro principio, constituido por la sustancia del mundo angélico, se apercibe de que éste había sido perdido por Adán. Por lo cual surge en el alma dolor y arrepentimiento. Y apenas se arrepiente, Dios le da de nuevo su gracia, pero sin hacérselo saber ni comprender, y anhela que la ardiente alma interior, o sea, el centro de la eterna naturaleza, con la palabra de gracia pronunciada en el paraíso e incorporada a ella, se vuelva de nuevo a Dios.

[7] Por ese divino anhelo surge en el alma una gran intranquilidad, de suerte que se vuelve a la penitencia. Y cuando ve que ha perdido la facultad de la penitencia, y que no puede, ni le es consentido, ni debe reconquistar por ninguna otra vía la pequeña perla que antes tenía y llegar a la gracia de Dios, se vuelve en cambio toda, con su ígnea fuerza, al incorporado e íntimo fondo de la gracia, y a él se somete.

[8] Y cuando la exterior alma mortal (o sea, la naturaleza del tercer principio del reino de este mundo) ve esto, queda turbada, lo mismo que Jacob a propósito de sus hijos, y piensa siempre que éstos perderán cuerpo y vida, que sus facultades quedarán privadas de la eficiencia que tienen sobre el mundo exterior.

[9] Y de ese modo el alma interior e ígnea no puede resistirse a su íntimo fondo, o sea, al verdadero Benjamín, y debe conducirlo consigo a Egipto ante José, o sea, a la seria penitencia ante Jesús. Y el alma exterior del espíritu del mundo es a ello inducida y queda como aturdida, de suerte que finalmente consiente en mover el alma ígnea, interior y grande en los tres principios (las sustancias) y en poner en movimiento el fondo más íntimo, o sea, al hermano de José, o sea, la puerta de la gracia encarnada junto con todas las sustancias exteriores del alma exterior, y en presentarlos al verdadero José, o sea, a Jesús, para hacer penitencia.

[10] Por tanto el alma ígnea está ante José, o sea, ante Jesucristo, sujeta a estas condiciones: que si al acercarse no trae consigo su fondo más íntimo, o sea, al hermano de José, o sea, de Cristo, que cuando se revela se presenta como el templo de Cristo, no se verá libre de su vínculo con la ira de Dios, y su hermano Simeón deberá quedar prisionero hasta que también el fondo íntimo [del alma] sea puesto en movimiento y llevado él también.

[11] Y sus sacos no deben estar llenos de maná celeste destinado a servir de alimento, o sea, su anhelo de fe debe permanecer insatisfecho y famélico, y no ser colmado de divina fuerza, si no lleva consigo el verdadero templo de Cristo, o sea, el verdadero saco, que el celeste José colma con su alimento.

[12] Y eso expresa en el texto, en parábola, cómo al antiguo hombre adánico, o sea, al viejo Jacob, le resulta doloroso dejar llevar todas sus fuerzas vitales a Egipto, o sea, ante José, o Jesús, especialmente porque ve que debe quebrantar su propia voluntad y, por tanto, abandonar todas las cosas temporales, lo mismo que el viejo Jacob hubo de dejar marchar a todos sus hijos para obtener semejante alimento.

[13] Le parecía doloroso, y por esa razón la carestía lo afligió hasta que finalmente hubo de consentir en que fueran a Egipto todos sus hijos, hasta el último de ellos, por lo cual a la postre se quedó solo, como si no tuviese ningún hijo. Y tanto hubo de abandonar la naturaleza exterior, que ésta perdió todo poder sobre las cosas terrenas y debió entregar el egoísmo al alma interior, que es guiada por Dios, de suerte que el alma interior tomó consigo, en la conversión, la voluntad del alma. Y Jacob, o sea, el antiguo y terreno cuerpo adánico, se quedó solo a lamentarse en su casa, y no supo ya lo que le sucedía porque el espíritu hubo de mudarse, y el terreno Lucifer, o sea, el anhelo carnal, pensaba así en él: «Ahora perderás todo honor y bien terreno y aparecerás ante el mundo como un loco, y nadie querrá ya servir a tu deseo».

[14] Pero la gran carestía, o sea, el pecado, induce a la mísera alma, en los tres principios, a desencerrarse y a ir a Egipto, o sea, al arrepentimiento, a buscar alimentos divinos, y a pedirlos e impetrarlos al justo administrador, es decir, a José, o sea, a Jesús, y a caer, con tal oración y anhelo, en gran humillación en la presencia de José o de Jesús, y a implorar de él alimentos.

[15] El hecho de que los hijos de Jacob debieran llegarse dos veces a Egipto a por cereales, y que la primera vez encontraran fácilmente las vituallas, pero luego se encontraran de nuevo en esa apremiante necesidad y fueran retenidos en prenda, es una parábola que tiene este sentido: cuando el hombre se vuelve por primera vez a la penitencia, se le presenta primero la espantosa figura de sus pecados; después éstos se despiertan en él, y la conciencia es tomada por la ira de Dios.

[16] Lo mismo que los hermanos de José la primera vez se presentaron de modo tal ante él, que los creyó espías, así también el hombre se presenta ante Dios como un espía de la divina gracia, y piensa poder, de ese modo, acceder a la penitencia y recibir el perdón de sus antiguos pecados. Pero aún no tiene su voluntad tan duramente obligada, que ésta determine ser

constante, por todos los días de su vida, en tal penitencia iniciada, y no medite otra cosa en su conciencia que la expiación de los pecados, y hacer hundirse en la penitencia y el arrepentimiento los antiguos errores.

[17] Y sucede también que la conciencia, aunque aterrorizada al principio, queda satisfecha al final, y que el celeste José le pone alimentos divinos en el saco de sus anhelos, de suerte que la ira de Dios le deja ciertamente tomar aquellos alimentos, pero a condición de tomar, en su justicia, una prenda de la conciencia y retenerla para ver si el hombre se quiere satisfacer con la comida a la que ha sido invitado y limitarse a ella; pues en el caso de que no quisiese hacerlo así, la ira de Dios podría ejercer su derecho sobre la vida y el cuerpo [del rehén].

[18] Lo mismo nos sucede a nosotros, míseros hombres, que devoramos fácilmente los primeros víveres que el celeste José nos ofrece en la penitencia, y recaemos después en gran inopia íntima de la conciencia, y debemos de nuevo padecer la penuria precisamente porque la primera vez no hemos llevado con nosotros a nuestro Benjamín, o sea, nuestro fondo último, precisamente porque nuestra voluntad no se ha quebrantado del todo, hasta el punto de inducirnos a perseverar hasta el final de nuestra vida en la penitencia y en la divina humildad.

Y si eso hubiese tenido lugar en la primera penitencia, la divina justicia airada no tendría razón para tomarnos prenda alguna, sino que debería dejarnos libres.

[19] Precisamente ésta es la prefiguración implícita en el relato que dice que los hijos de Jacob debieron llegarse dos veces a Egipto en busca de provisiones, y que la segunda vez José se reveló a ellos y que la tercera vez trajeron consigo mujeres e hijos, bienes y riquezas, juntamente con su padre. Es decir, cuando el hombre, a causa del pecado, ha devorado el primer alimento divino, de suerte que debe de nuevo, en su interior, padecer penuria y carestía, y la conciencia lo aflige y acusa, lo mismo que un estómago famélico se duele del hambre, piensa de nuevo en la primera penitencia, en el modo de reconquistar la gracia.

[20] Pero el íntimo fondo de su ser, que está ligado a la ira de Dios, lo acusa y condena, por no haber custodiado la gracia. Y la ira de Dios lo llama hombre perjuro y traidor, que ciertamente gustó la gracia de Dios, que le había sido concedida con generosa misericordia, pero la contaminó y perdió por su deseo carnal, por eso se encuentra como un ser indigno de contemplar el cielo, que debe arrastrarse sobre la tierra por haberse dejado escapar el cielo por el vil deseo carnal y que piensa cómo puede, con el pobre publicano y pecador y con el hijo pródigo, el

pastor de cerdos, convertirse y obtener la gracia de Dios. Por lo cual justamente surge una justificada preocupación [por el futuro], de suerte que los hijos de Jacob se llegan para hacer penitencia y comprar alimentos celestes, y el antiguo y adánico Jacob, o sea, el cuerpo, debe quedarse en casa angustiado.

[21] Y sólo bajo la presión de esta preocupación Benjamín, o sea, el íntimo fondo del alma, es tomado por sus hermanos consigo. Y en este punto del proceso se quebranta la primera voluntad y no se mueve con el propósito de la primera vez; es decir, los hermanos ya no van a José como espías, sino seriamente, como hombres hambrientos, animados por una vida famélica, que anhela con todas sus fuerzas la misericordia de Dios, el alimento de Jesucristo.

[22] Y entonces la preocupación se muda en temor y temblor, y éste es el adecuado acceso al alimento celeste que tiene lugar cuando la conciencia está angustiada y la razón renuncia a sus poderes y piensa: «¡Ah!, si Dios está airado conmigo, ¿dónde puedo encontrar la gracia? Ya no soy digna de ella, la he pisoteado con mis pies y debo avergonzarme ante Dios. ¿En qué abismo debo precipitarme, visto que no puedo volver los ojos a Dios para invocarlo en mi apremiante necesidad?».

[23] Así, la mísera alma se presenta con angustia y temblor ante Dios y no sabe confesarse ni hablar, porque se considera indigna de decir palabra en la presencia de Dios, y sólo se presenta ante él y se postra en tierra, y se abisma en la generosísima y profundísima misericordia de Dios, en la herida, en la pasión y en la muerte de Cristo, y comienza a suspirar desde la más profunda intimidad de su ser, a llorar invocando la gracia, y a someterse del todo, como los hermanos de José volvieron de nuevo a la presencia de Dios y se postraron ante él.

[24] Y cuando José vio que estaban todos tan humillados ante él, se apiadó de ellos y no pudo pronunciar palabra, volvió el rostro hacia otro lado y lloró. Y éste es el punto en el cual, con semejante misericordia, adquiere de nuevo la vida el fondo íntimo constituido por la naturaleza del mundo celeste que había empalidecido en Adán, en el cual Dios pronunció de nuevo su palabra de gracia del paraíso: estandarte y meta que testimonia cómo Cristo verdaderamente ha venido al mundo en este íntimo fondo del hombre y cómo en el hombre mismo, por medio de su sufrimiento, resurge de la muerte y luego se sienta a la derecha del Padre (derecha que es el alma ígnea que expresa, en el Verbo de la eterna naturaleza, la sustancia del Padre), y cómo, basándose sobre este íntimo fondo, defiende al alma de la ira de Dios y la colma de amor.

[25] Entonces el cristiano comienza a ser un Cristo, pues vive en Cristo y no es ya un espía ni cristiano sólo de nombre, sino que lo es en su fondo íntimo; Simeón es liberado, y no hay ya nada de condenable en él, pues es acogido en Cristo Jesús. Y aunque el cuerpo exterior esté en este mundo, y sometido a sus vanidades, eso ya no le perjudica, sino que todos los errores que puede cometer estando en la carne acaban por servirle para bien, pues por esa razón se esfuerza en matar los fermentos carnales, en crucificar al antiguo Adán, y toda su vida se transforma en una verdadera penitencia, y Cristo que está en él lo ayuda a hacer penitencia, y lo conduce a su espléndido banquete, como hizo José con sus hermanos, cuando volvieron y él mandó preparar su mesa y les invitó a ella.

[26] De suerte que Cristo nutre con su carne y su sangre al alma convertida, y en este connubio consisten las verdaderas bodas del Cordero. Sólo quien ha sido comensal en este banquete comprende el sentido de nuestras palabras, y nadie más, pues todos los demás no son sino espías, y aun cuando creen comprenderlo, no hay hombre alguno entre ellos que tenga verdadera comprensión de semejante cena, aun cuando crea haber estado en ella y haber gustado esos alimentos. Es imposible que la razón comprenda tal banquete si no está en ella el espíritu de Cristo, que constituye también el alimento del banquete de José.

[27] Y a ti, Babel, se te debe decir que, con el espionaje que haces en el banquete de José, engañas a la cristiandad, porque con esta cena aludes a la resurrección de los muertos, y yerras. Allí el cristiano debe comer la carne del Hijo del hombre, pues de otro modo no puede haber vida en él. En la resurrección, Dios deviene su todo en todo. Entonces Cristo se sienta a la derecha de Dios con el hombre y lo defiende con su cuerpo y con la sangre por él inocentemente derramada, y esta sangre la derrama sobre el alma y la instila en ella cuando la ira de Dios está a punto de alzarse contra el anhelo de la carne.

[28] ¡Oh mísero, viejo Jacob de la espiante cristiandad! ¡Manda finalmente a José a tus famélicos hijos, que se han demacrado por la larga hambre de su alma! ¡No los retengas más con tu temor! ¿Y cuál es, pues, tu temor? Piensas que, si el fondo íntimo sale a la luz del mundo, perderás a los hijos que amas. ¿Y qué son tus hijos? Son tu misma ambición, pues piensas dominar la tierra en lugar de Cristo, o sea, no son más que el Lucifer de tu orgullo de la carne. Temes que habrá de decaer tu prestigio, que se requerirá de ti una vida apostólica y que se irá en tu busca en el proceso de Cristo, siendo así que a ti te agrada vivir honrando la carne y el placer, y en el espionaje de la virtud, adorando tu vientre y deprimiendo a la mísera cristiandad.

[29] ¡Oh mísero, viejo Jacob del presente, no te turbes así por cosas efímeras! Considera lo que le sucedió al antiguo Jacob, cuando hizo ir a sus hijos a José; es decir, cómo José lo hizo conducir junto a él y le hizo mucho bien a él junto con sus hijos, y los alimentó en la carestía y los instaló en un país mejor. Así te sucederá también a ti si haces que tus hijos vayan a José.

Si, en cambio, sigues reteniéndolos, deberás sufrir el hambre y morir en la miseria junto con tus hijos. Así dice el espíritu obrador de milagros por medio del banquete de José.

[30] Oh Israel, considera bien este texto, te atañe y ya ha operado sobre ti: sin ello seguirás todavía ciego en tu famélica miseria y esperarás ser herido por la espada de la turba. Y dicha espada te despertará bien, si quieres probarla.

[31] Cada uno piensa: «¡Cuando tres partes del hombre hayan perecido, yo querré, con las demás, pasar buenos días, y entonces nos haremos piadosos y llevaremos una vida justa y devota!». Es decir, el hombre se entretiene siempre buscando de qué parte puede recibir ayuda, y a tal fin escribe, habla y piensa mucho que la ayuda deberá llegar del exterior y socorrer al deseo carnal. Y el alma se entretiene siempre con el reino terreno de Cristo.

[32] Oh Israel, si tomases conciencia de ti en el tiempo en que vives como ciego, te vestirías de saco y harías penitencia en la ceniza. Mira el astro fatal, ya ha aparecido, luminoso, y todo el que tiene ojos puede verlo. Es grande como el mundo, y sin embargo quieren estar tan ciegos como para no verlo.

De «El camino hacia Cristo»

La penitencia

[III, 15] [El hombre deseoso de convertirse] haga propósito y fije tan fuertemente su voluntad en su propósito que no secunde ya los antiguos ídolos animales ni los vicios; y aun cuando todas sus cerdas y sus bestias hubieran de contristarse por su pastor, aun cuando por eso hubiese de parecer loco a todo el mundo, permanezca fiel a su propósito y a las promesas de gracia hechas por Dios. Y aun cuando por eso hubiese de parecer hijo de la muerte, dispóngase, acogiendo a Cristo, a la muerte de Cristo y quiera, como quiere él, morir y vivir con él. Y dirija a Dios, con constante plegaria y deseo ardiente, su propósito, y conságrele, al iniciarlo, todo trabajo y obra de sus manos, y esté ajeno a toda imaginación avara, envidiosa,

soberbia. Basta con que abandone estas tres bestias (avaricia, envidia y soberbia), y las demás comenzarán de inmediato a enflaquecerse y a debilitarse y empezarán a morir. Pues Cristo comienza de inmediato a asumir una forma de vida en el verbo prometido que él se forja y del cual se ciñe y comienza a obrar en el hombre; de suerte que el alma humana se fortalece y se vigoriza cada vez más en el espíritu de la gracia.

[16] Lo mismo que el embrión humano opera en el vientre materno y crece expuesto a muchos impedimentos naturales y circunstancias exteriores hasta que el niño asume una vida verdadera y propia en el vientre materno, así sucede también en este caso. Cuanto más se aleja el hombre de los ídolos, tanto más se adhiere a Dios; pero finalmente Cristo se hace vital en la gracia encarnada en el hombre; esto, no obstante, sólo sucede cuando el propósito es muy serio. Entonces tienen lugar también las bodas con la virgen Sofía; pues los dos amores se concilian con alegría, y con ferviente ardor se impregnan mutuamente del dulcísimo amor de Dios. Luego, en breve tiempo se prepara la fiesta nupcial del Cordero, en la cual la virgen Sofía (o sea, la humanidad verdaderamente digna de Cristo) se desposa con el alma. Lo que allí sucede y la alegría que allí se enciende lo dice Cristo a propósito de la gran alegría que suscita el pecador convertido, que en el cielo, entre los hombres y todos los santos ángeles, vale más a los ojos de Dios que noventa y nueve justos que no tienen necesidad de hacer penitencia.

De la verdadera humildad

[IV, 1, 2] Puesto que la individualidad, lo mismo que la razón, está prisionera y estrechamente ligada en una penosa cárcel, o sea, en la ira de Dios, así como también en la mundanería, es muy peligroso para el hombre poner la luz del conocimiento en la individualidad personal, como posesión particular suya.

[3] Pues la ira de la eterna y temporal naturaleza encuentra su gusto allí donde el egoísmo y la razón individual se hinchan de soberbia, y se aparta del alma verdaderamente sometida a Dios. Ella no se apacienta del fruto del paraíso, sino de la sustancia del egoísmo, o sea, del régimen de la vida, en la cual hay mal y bien; como hicieron Lucifer y Adán, que por anhelo egoísta se hundieron ambos de nuevo en el estado originario del cual esas criaturas nacieron y fueron generadas: Lucifer en el centro de la naturaleza de la ira, y Adán en la naturaleza terrena, o sea, en la matriz del mundo exterior, o sea, en el deseo del bien y del mal.

[4] Lo cual les sucedió a ambos porque habían hecho resplandecer en el egoísmo la luz del entendimiento, en la cual podían reflejarse y contemplarse, por lo que el espíritu del egoísmo se hundió en la imaginación, o sea, en el anhelo de alcanzar el centro de la naturaleza, para elevarse, para hacerse más grande y poderoso y luego más sabio: así como Lucifer buscó a su madre en el centro del fuego y pensó de ese modo poder dominar el amor de Dios y todo el ejército celeste, así también Adán anheló conocer en su esencia a la madre de la que brota el bien y el mal, y luego puso su anhelo en la voluntad de llegar a ser experto e inteligente.

[5] Y ambos, Lucifer y Adán, fueron hechos prisioneros por su culpable deseo en su madre misma, y perdieron toda humildad respecto a Dios, y con el espíritu mismo de su intención, o sea, con su anhelo, permanecieron cautivos en su madre, y esto se convirtió en el régimen normal de la naturaleza: es decir, que Lucifer permaneciese en el espantoso tormento del fuego y que ese mismo fuego se revelase en el espíritu de su intención; por lo cual esa criatura se volvió, en su anhelo, enemiga del amor y de la dulzura de Dios.

[6] Luego también Adán pasó a posesión de la madre terrena, la cual es mala y buena, producida por el amor y por la ira de Dios, y el modo de vivir de Adán asumió cualidad terrena, por lo cual sucedió que la quemazón, el frío, la envidia, la ira y los demás elementos contrastantes se volvieron en él patentes y dominadores.

[7] Y debido a que los hombres no habían llevado consigo, en su egoísmo, la luz del conocimiento, no se pudo revelar a ellos el espejo del conocimiento del centro y del elemento originario de la criatura, o sea, la verdadera y propia fuerza de donde surge la fuerza imaginativa y el anhelo.

[8] Por lo cual este peligro, que todavía en nuestros días amenaza a los iluminados hijos de Dios, hace que cuando se muestra a alguno el sol del grandioso aspecto de la santidad de Dios, de donde triunfalmente brota la vida, la razón se refleje allí dentro, y la voluntad se hunda en el egoísmo, o sea, en una busca de fines estrictamente personales, y pretenda examinar el centro de donde deriva la luz, y con el propio egoísmo entrar violentamente en él.

[IV, 1, 19] La razón querría, en este punto, ofrecerme el contenido y sugerirme que es justo y bueno que un hombre de Dios, aun cuando sólo lo haya alcanzado la luz exterior de la naturaleza, se considere autorizado, según la Escritura, para regular sabiamente su propia vida con la guía de aquella luz.

[20] Desde luego es verdad, y no puede haber nada más útil ni mejor para el hombre, y es un tesoro superior a todos los tesoros del mundo, el

poder alcanzar y poseer juntamente a Dios y la luz del tiempo: es un ojo abierto al tiempo y a la eternidad.

[21] Pero escucha, ¡debes prestar mucha atención al modo de usarla! La luz de Dios se revela al alma por primera vez semejante al resplandor de una vela, y enciende inmediatamente la luz exterior de la razón: no en el sentido de que la razón se deba someter al dominio del hombre exterior; no, el hombre exterior se mira en el transparente claror como una figura ante un espejo, y aprende a conocerse en aquella personalidad que es buena y útil para él.

[22] Y cuando eso acontece, la razón no puede hacer nada mejor, en su creatural individualidad, que evitar reflejarse en la personalidad de la criatura, no hundirse en el centro de la naturaleza con la anhelosa voluntad, no buscarse a sí misma, ni privarse de la divina sustancia (que se resuelve en la luz de Dios con la que el alma debe alimentarse y restaurarse), y no alimentarse de la exterior luz y esencia, por la cual puede absorber de nuevo el veneno.

[23] La voluntad de la criatura debe, con toda la fuerza de su razón y de su anhelo, encerrarse en sí como un niño indigno, que no merece una gracia tan grande —a saber, la de poder atribuirse capacidad cognoscitiva alguna ò entendimiento, y también la de pedir a Dios, en la individualidad creatural, cierta inteligencia o anhelo de ella—, sino que debe sólo, simple e ingenuamente, abismarse en el amor y en la gracia de Dios en Jesucristo, y desear que estén como muertas, en el amor de Dios, su razón y su individualidad y dedicarse, con el impulso del amor, a la vida divina, para que Dios la utilice como su instrumento para hacer su voluntad.

[24] La razón individual no debe proponerse poetizar, sobre fundamento humano, acerca de las cosas divinas, ni debe querer ni anhelar otra cosa que la gracia de Dios en Cristo, de la misma manera en que un niño continuamente anhela el seno materno: y el anhelo debe volverse continuamente al amor de Dios, y el alma no debe nunca renunciar a este anhelo. Y cuando la razón exterior triunfa en la luz y dice: «Tengo al verdadero niño», la voluntad anhelosa de Dios debe postrarla en tierra y llevarla a la máxima humildad, y confundirla y decirle: «Estás loca, y no tienes otra cosa que la gracia de Dios»; debes volverte a ella con gran humildad y anonadarte en ti misma, hasta el punto de no conocerte ni amarte: todo eso que está en torno a ti y en ti no debes considerarlo ni juzgarlo otra cosa que un instrumento de Dios, y dirigir el anhelo únicamente a la misericordia de Dios, a salir de todo conocimiento y voluntad particulares, y a considerarlas nada, a no concebir ninguna voluntad individual y a no adherirse nunca de nuevo, ni mucho ni poco, a ella.

[25] Y si las cosas discurren así, la voluntad natural queda impotente, y entonces el demonio ya no puede, inspirando sus malos deseos, separar al alma de Dios: pues las sedes donde él puede estar en paz se vuelven áridas e inhabitables.

[IV, 2, 6] Toda criatura debe mantenerse conforme a la naturaleza creada en ella por Dios; pues, si quiere contrariar el querer de Dios y oponerse a él, se procura tormentos. No hay criatura creada por las tinieblas que con dichas tinieblas sufra: así como un gusano venenoso no sufre con el veneno, pues el veneno es su misma vida; y si, en cambio, perdiese el veneno y se infundiese en él algo bueno y en él manifestase su naturaleza, ello le acarrearía dolor y muerte.

[7] El hombre fue creado en el paraíso en el amor de Dios, y si se abandona a la ira, al venenoso tormento y a la muerte, ésta es una vida contradictoria con la suya, es martirio para él.

[8] Si el demonio hubiese sido generado en la matriz del furor y en el infierno, y no hubiese tenido, originariamente, naturaleza divina, no sufriría en el infierno; pero, puesto que fue creado de naturaleza celeste y en él nació el tormento de las tinieblas y se hundió entero en las tinieblas, la luz se ha vuelto para él un tormento, o sea, definitiva pérdida de esperanza en la gracia de Dios y continuo rencor contra él, porque Dios no lo quiso tolerar y lo escupió lejos de sí. Así dio en tener odio a la misma madre de la cual habían surgido esencia y sustancia, o sea, a la eterna naturaleza, que lo tiene prisionero lejos de sí como un renegado, y que ejercita con él, haciéndolo objeto de escarnio, sus facultades de furor y de ira. No habiendo querido él colaborar en las obras divinas de alegría, es preciso que acepte la parte contraria y se convierta en enemigo del bien.

[9] Puesto que Dios es todo, es tiniebla y luz, amor y odio, fuego y claror; pero sólo toma nombre de la luz de su amor.

[10] Existe un eterno contraste entre tiniebla y luz. Ninguna de las dos llega a comprender a la otra, y ninguna de las dos es la otra, y sin embargo constituyen un único ser: diversas en el sufrir, diversas en el querer, pero constituyentes, no obstante, de una única e inseparable naturaleza. Unico es el principio discriminador: que lo presente en una cosa sea como nulo en la otra; pero este principio no se revela en las cosas en las que está.

[11] Puesto que el demonio ha permanecido en su señorío —aunque no en aquel en el cual Dios lo creó, sino en el que genera eterna angustia, en el centro de la naturaleza, que es conforme a la esencia de la ira, por lo cual se produce angustia y tormento—, él es ciertamente un príncipe so-

bre el suelo de esta tierra, pero en el primer principio, en el reino de las tinieblas, en el abismo. Y no ya en el reino del Sol, de los astros y de los elementos, en el cual no es príncipe ni señor, sino en la ira, o sea, en la raíz de la maldad de todos los seres, y sin embargo no tiene el poder de servirse de ellos a voluntad.

[12] En todas las cosas hay un bien que tiene encerrado en sí, como prisionero, el mal; de suerte que toda criatura puede dirigir y dominar el mal, cuando se despierta a anhelos malos y vuelve al mal sus deseos. Eso no puede sucederles a las cosas privadas de vida; pero el hombre puede hacer el mal por medio de las cosas privadas de vida, con tal que infunda en ellas las más íntimas potencias de su voluntad con el anhelo que mueve desde el centro, desde las potencias más íntimas de la naturaleza; y entonces se obtiene un encantamiento y una magia mala. Y dondequiera que el hombre de mala voluntad infunde el anhelo de su alma, que es eterna por naturaleza, en el mal, allí puede insinuarse también la voluntad del demonio.

[13] Pues la originaria condición del alma y la de los ángeles es, *ab aeterno*, la misma; pero sobre la vida de este mundo, sobre su íntima esencia, el demonio no tiene un poder mayor que el que podría tener sobre una *Turba magna*. Donde la turba se enciende en eterna y natural ira, allí puede operar con guerras y batallas y también con grandes tempestades sin agua. En el fuego puede adelantarse tanto como la turba, y no más allá; y afronta también, como la turba, tremendos golpes; pero no puede hacer de caudillo, porque es siervo y no señor.

[IV, 2, 23] Precisamente porque el centro del alma es eterno y está generado por la omnipotencia de Dios, puede volverse adonde quiere; pues lo que es eterno no tiene ley. Pero la voluntad tiene una ley, la de obedecer a Dios, y es generada por el alma, que no debe desviarse de aquello en lo cual la creó Dios.

[IV, 2, 45] Es preciso combatir hasta que el oscuro, duro y cerrado centro explote y sea acogida en el centro la chispa, con lo cual de inmediato germine (como de un divino grano de mostaza, según dice Cristo) la noble planta del lirio.

Es preciso orar seriamente con gran humildad y por un poco de tiempo parecer loco ante la propia razón, sentirse confuso, hasta que Cristo tome forma en esta nueva encarnación.

[46] Y cuando Cristo ha nacido, Herodes se adelanta inmediatamente y pretende matar al niño, e intenta hacerlo en el exterior con persecución y

en el interior con tentación; entonces, si este brote de lirio quiere fortalecerse, debe quebrarle al demonio su reino, el cual se revela en la carne.

[47] Este pisoteador de serpientes es sacado al desierto tras haber sido bautizado con el Espíritu Santo y es tentado para que se vea si quiere permanecer humildemente sometido al querer de Dios. Debe, por tanto, ser perseverante y estar dispuesto, si hace falta, a abandonar todo lo terreno, e incluso la vida exterior, para mantener su derecho de hijo.

El nuevo nacimiento

[V, 1, 13] Nosotros vemos el mundo exterior con los astros y los cuatro elementos en los cuales vive el hombre y viven todas las criaturas: mundo que no es ni se llama Dios. Dios alienta en él, pero el ser del mundo exterior no lo encierra en sí. Y así, también vemos que la luz resplandece en las tinieblas, pero que las tinieblas no encierran la luz, y sin embargo la una alienta en las otras. Y otro ejemplo lo tenemos en los cuatro elementos, los cuales en su origen no son más que un único elemento, que no es ni caliente ni frío, ni árido ni húmedo, y se divide, por medio del movimiento, en cuatro sustancias específicas, a saber, el fuego, el aire, el agua y la tierra.

¿Quién podría creer al agua capaz de generar el fuego, y que el fuego tuviese origen en el agua? No lo creeríamos si no lo viésemos con los ojos en el relámpago, y no encontrásemos también en los seres vivos que, dentro del cuerpo, el fuego esencial vive en la sangre y que ésta es la madre y que el fuego ínsito en la sangre es el padre...

[15] Y lo mismo que Dios alienta en el mundo y lo colma todo de sí, y sin embargo nada posee; y lo mismo que la luz alienta en las tinieblas, y sin embargo no posee las tinieblas, y el día en la noche y la noche en el día, y el tiempo en la eternidad y la eternidad en el tiempo, así está hecho también el hombre. Según la humanidad exterior, él es el tiempo y en el tiempo, y del tiempo es el mundo exterior, y también el hombre exterior. Y el hombre interior es la eternidad y el tiempo espiritual y el mundo interior, el cual está también en la luz y en las tinieblas, o sea, en el amor de Dios según la eterna luz, y en la ira de Dios según la eterna tiniebla. Y lo que en él se revela es el elemento en el cual vive su espíritu: la tiniebla o la luz. Y ambas cosas están en él, la luz y la tiniebla; cada una alienta en sí misma, y ninguna de las dos incluye a la otra.

[16] Pero si una penetra en la otra y quiere poseer a la otra, esa otra pierde su derecho y su poder. El elemento que padece la acción pierde su

poder, pues apenas la luz aparece en la tiniebla, la tiniebla pierde su tenebrosidad y ya no es reconocida como tal. Y viceversa: si la tiniebla entra en la luz y obtiene el poder, la luz se apaga, y con ella su poder.

[17] Y debemos pensar que algo semejante sucede también en el hombre. La tiniebla eterna es el infierno del alma, o sea, aquel angustioso tormento que se llama ira de Dios. Y la luz eterna del alma es el reino de los cielos, en el cual el ardiente tormento de las tinieblas se transforma en alegría.

[18] Pues, lo mismo que la naturaleza de la angustia es, en las tinieblas, causa de tristeza, así es, en la luz, causa de la externa y mudable alegría. Pues el tormento en las tinieblas y el tormento en la luz es un único tormento, una única naturaleza; lo mismo que el fuego y la luz son una única naturaleza, y sin embargo producen efectos notablemente diferentes. El uno alienta en el otro y produce el otro, pero, no obstante, no es el otro. El fuego es doloroso y destructor; la luz es nutriente, benéfica, fuerte y rica en alegría, un amable goce.

[19] Y también es preciso considerar así lo que le acontece al hombre. Está y vive en tres mundos: uno es el mundo de la eterna tiniebla, o sea, el mundo de la eterna naturaleza, que es producido por el fuego, o sea, por el angustioso tormento; otro es el eterno mundo de la luz, producido por la eterna alegría, que es la divina morada, en la cual habita el espíritu de Dios, en el cual el espíritu de Cristo toma humana sustancia y expulsa las tinieblas y las obliga a volverse productoras de alegría en el espíritu de Cristo, o sea, en la luz; el tercero es el exterior mundo visible, constituido por los cuatro elementos y por la constelación visible, de la cual cada elemento tiene en sí un astro conforme a su particular naturaleza, de donde se derivan cualidades y anhelos, o sea, un temperamento.

[20] De suerte que el fuego en la luz es fuego de amor, deseo de dulzura y del reino de la alegría, y el fuego en las tinieblas es fuego de tormento y es doloroso, hostil, y esencialmente siniestro. El fuego de la luz tiene buen sabor, y el sabor de la esencia de las tinieblas es desagradable y hostil; pues todas las formas del fuego están enteramente inmersas en la angustia.

[V, 2, 17] Así dice Moisés: Dios hizo que a Adán le entrase un sueño profundo y se durmiese. Visto que él no había querido permanecer obediente a la divina armonía, en las facultades naturales, ni ser un instrumento tranquilo del espíritu de Dios, Dios lo hizo caer, de la armonía divina, a una armonía particularista, es decir, a las pasiones despertadas de nuevo, al mal y al bien; y allí marchó el espíritu.

[18] Entonces murió, en aquel sueño de Adán, el mundo angélico, y Adán cayó al *Fiat* exterior, y esto aconteció según el eterno modelo, en conformidad con la divina generación. Entonces cayó al suelo su forma angélica y su fuerza, y yació en la impotencia.

Y entonces Dios, por medio de su *Fiat*, hizo a la mujer sacándola de la matriz de Venus, o sea, de aquella sustancia según la cual Adán tenía en sí la fuerza generadora, y de un único cuerpo hizo dos, y dividió las propiedades de los humores, o sea, los elementos, distinguiéndolos en constelación ecuórea e ígnea, y no las dividió ya en la esencia, sino en el espíritu, como propiedades del alma ecuórea y de la ígnea, porque la sustancia permaneció única, pues sólo las cualidades de los humores fueron divididas. El anhelo de amar fue tomado de Adán e infundido en una mujer, semejante a él. Y ésta es la razón por la cual el hombre desea tan fuertemente la matriz de la mujer, y la mujer anhela el extremo del hombre, o sea, el elemento ardiente, el origen de la verdadera alma, que es preciso entender por humor ígneo. Elementos que estaban ambos en Adán, de suerte que por ellos podía tener lugar el nacimiento mágico.

[19] Y cuando Eva fue hecha a partir de Adán, yació en su sueño, y entonces Adán y Eva fueron sometidos a las leyes de la exterior vida natural; de suerte que les fueron dados para siempre miembros para la propagación animal, y también el saco terreno de gusanos en el cual ensacar la propia soberbia y vivir como los animales. De lo cual todavía hoy se avergüenza el alma, presa como es de su vanidad, a saber, de haber acogido en su cuerpo una monstruosa forma animal, como es evidente. De ahí surgió el pudor por el cual el hombre se avergüenza de sus miembros, y también de su figura desnuda, su necesidad de esconder a las terrenas criaturas su hábito, porque perdió el angélico y lo transformó en uno animal. Y semejante hábito le demuestra suficientemente que él por su acrecida soberbia cayó, con ese cuerpo, en la quemazón y en el hielo, y que su alma no está a gusto en él; de suerte que la vanidad, con semejante hábito malo, debe ser depuesta del alma y está destinada a desaparecer.

[V, 4, 3] La voluntad debe salir de la soberbia de la carne, y abandonarse espontáneamente a los dolores y a la muerte de Cristo, y a todos los escarnios con los que la humana soberbia lo escarneció, por haber salido él de la casa en la cual había sido generado; y es preciso que el hombre no quiera ya ser soberbio, sino que sólo desee el amor de Dios en Cristo.

[4] Con tal hambre y anhelo el amor de Dios selló el alma del espíritu de Cristo de su celeste corporeidad; o sea, aquella gran hambre y anhelo

asumió el espíritu de Cristo como celeste esencia en su empalidecida figura, en la cual está ínsita la palabra de la fuerza de Dios, o sea, la vida operante.

[5] El hambre del alma pone su anhelo en la quebrantada sustancia de la humanidad corrompida que había sido privada, en Adán, de su parte celeste. Y esta humanidad corrompida fue quebrantada por el dulce fuego de amor de la muerte de Cristo, cuando fue vencida la muerte por la misma recta humanidad celeste.

El hambre del alma alcanzó con su anhelo el sagrado ser celeste, o sea, la celeste sustancia corpórea que obedece al Padre en todos sus designios, y está en todo y a través de todo, por lo cual el antes empalidecido cuerpo celeste resurgió en la fuerza de Dios, en el dulce nombre de Jesús...

[7] Y cuando el alma se alimenta de esta dulce, sagrada y celeste comida, se enciende en gran amor al nombre de Jesús; y entonces el fuego que la torturaba se convierte en un gran triunfo y surge en ella un nuevo sol, por el cual nace en ella una voluntad nueva. Y éstas son las bodas del Cordero: lo que nosotros ardientemente deseamos para que de una vez por todas la cristiandad aparente y verbal sea reconocida como tal, y se pase de la fábula (de la *historia*) a la realidad...

[11] El hombre que es exterior en la carne y en el alma, o sea, la parte exterior del alma, no tiene una voluntad divina; es más, no comprende nada de Dios, como dice la Escritura: el hombre natural no acoge en sí nada del espíritu de Dios, etcétera...

[13] La razón por la cual el alma ígnea no puede, en este tiempo, llegar a la perfección, consiste en que ella, con su parte exterior, está ligada al amor propio, por medio del cual el demonio continuamente la asaetea con sus dardos envenenados y acecha a ver si el alma pica el anzuelo y se envenena, y se genera tormento y angustia, por lo cual la noble Sofía permanece escondida en la fuente de Cristo, en la humanidad celeste, y no puede acercarse a tal soberbia.

[14] Pues ella recuerda bien lo que aconteció con Adán, a saber, que echó a perder su perla, que después sólo por gracia es devuelta como don a la interior humanidad; por eso ella se llama Sofía, o la esposa de Cristo...

[18] Y cuando la luz exterior, o sea, el alma exterior, es iluminada porque la luz exterior de la razón ha sido encendida por medio de la luz interior, dicha alma exterior emana de sí un aparente resplandor y se considera divina, aun habiendo perdido su perla.

[19] Así acontece para muchos, y a menudo el árbol de perlas se seca en el jardín de Cristo, y la Escritura hace de él una mata tan dura, que si

aquellos que han gustado una vez la dulzura del mundo futuro caen allí dentro, difícilmente vuelven a ver después el reino de Dios.

[20] Y aun cuando la puerta de la gracia siga abierta, el acceso a ella es impedido por el espejismo de la razón exterior, porque se piensa poseer la perla y se vive sólo de vanidad mundana y se baila al son del silbo del demonio.

La vida suprasensible
(diálogo entre un maestro y un alumno)

[VI, 41] El maestro dijo: «Donde la voluntad de Dios se aplica a una cosa, allí se revela Dios, y en semejante revelación también están comprendidos los ángeles. Y cuando Dios no asiente a la voluntad de una cosa, allí no se revela Dios, sino que permanece en sí mismo, sin conceder su cooperación. Y entonces en aquello no queda más que la voluntad individual, privada del querer de Dios, y allí se asienta el demonio y todo lo que es enemigo de Dios».

[42] El discípulo dijo: «¿Cuánto distan entre sí el cielo y el infierno?».

El maestro dijo: «Lo mismo que el día y la noche, lo mismo que el yo (el algo) y la nada. Están contrapuestos, y cada uno es como una nada para el otro, y existe una recíproca acción causal productora de placer y dolor.

»El cielo está en todo el mundo y fuera del mundo, por doquier, sin solución de continuidad, espacio o lugar, y opera por medio de la divina revelación sólo en sí mismo. Y dondequiera que va, y dondequiera que se revela, allí se revela Dios. Pues el cielo no es otra cosa que una revelación del eterno uno, por lo cual todo lo obra y quiere en sereno amor.

»Y también el infierno está en todo el mundo, y sin embargo se asienta y opera sólo en sí mismo y en aquel en el cual se revela el fundamento infernal, o sea, en el egoísmo y en la mala voluntad. Y estas dos cosas las tiene en sí el mundo sensible, y puesto que el hombre, en su vida temporal, está constituido sólo de mundo visible, en el tiempo de su vida exterior no vislumbra el mundo espiritual. Pues el mundo exterior es, por su naturaleza, como un velo puesto delante del mundo espiritual, lo mismo que el cuerpo constituye un velo para el alma.

»Pero cuando muere el hombre exterior, el mundo espiritual se revela al alma, y se revela, o según la eterna luz en los santos ángeles, o con la eterna tiniebla en los demonios».

[43] El discípulo dijo: «¿Y qué significa que un ángel o bien un hombre pueda revelarse en el amor de Dios o en su ira?».

El maestro dijo: «Ambos han surgido del mismo origen, de la divina sabiduría del divino querer, y son hechos semejantes a reflejos del divino amor; han salido de la raíz de la eternidad, de donde salen la luz y las tinieblas. Y las tinieblas son proclives a ceder a particulares apetitos; la luz se asienta en la voluntad conforme a la de Dios. Y allí donde la voluntad del alma individual está de acuerdo con el querer de Dios, allí está activo el amor de Dios. En cambio en la inclinación egoísta de la voluntad del alma, la voluntad de Dios opera penosamente y es una tiniebla que da realce a la luz. Luz y tiniebla no son sino revelación del querer divino, de la sustancia luminosa o de la tenebrosa del mundo espiritual».

[44] El discípulo dijo: «¿Qué es, entonces, el cuerpo del hombre?».

El maestro dijo: «Es el mundo visible, que es imagen y sustancia del universo. Y el mundo visible es una revelación del interior mundo espiritual, derivante, según la eterna luz y según la eterna tiniebla, de la colmena del espíritu; y es un reflejo de la eternidad, con el cual la eternidad se ha hecho visible y en el cual operan en reciprocidad voluntad egoísta y voluntad obediente, o sea, bien y mal. Y de tal sustancia es también el hombre exterior; pues Dios creó al hombre exterior conforme al mundo exterior, e inspiró en él el interior mundo espiritual en forma de alma y de vida consciente. Por eso el alma puede, en la sustancia del mundo exterior, recibir y hacer mal y bien».

De «Seis puntos teosóficos»

[I, 2, 1] Existe un principio donde se encuentra una vida y un movimiento que no son ni lo uno ni lo otro; el fuego es un principio de esta naturaleza, y la luz es otro, pues nace del fuego, y sin embargo no tiene su propiedad; posee, empero, una vida propia, cuya causa, no obstante, es el fuego; y causa de ambos es el temor rabioso.

[2] Pero la voluntad del temor, que crea la naturaleza temerosa, llamada Padre,[3] no puede ser explorada: podemos ver solamente cómo se introduce,

3. El Padre es fuego de la voluntad; el Hijo es fuego del anhelo o luz. El tercer Ser es su relación como aire: despertar, semejanza, revelación de los dos. Anterior a los tres es el *Ungrund*, la Nada.

en altísima perfección, en la esencia de la santa Trinidad, cómo se revela en tres principios, cómo surge la esencia de todo tormento y qué es la esencia de la que surge la vida de los sentidos, y el milagro de todos los seres...[4]

[8] El fuego proviene de la rabia del frío, y el frío proviene del centro de la naturaleza, es decir, del miedo áspero y cortante que la aspereza genera tan fuertemente en sí, crea la esencialidad y nos hace ver cómo en el movimiento del Padre, en la creación, ha producido la tierra y las rocas, pues para tal fin no tenía ninguna otra esencia sino la propia, nacida en los dos principios, es decir, en el mundo de la luz y en el de la muerte, en ambos anhelos...

[10] No pudiendo alcanzar en este mundo el fuego eterno, no podemos tampoco extraer cosa alguna de este principio; tal es la desventaja del fuego eterno, que no podemos alcanzar sino en la imaginación, que da al hombre el poder de alcanzar la vida desde la muerte, transportándola a una esencialidad divina; sólo esto puede hacer el hombre...

[17] La creación de este mundo aconteció mediante el despertar del espíritu volitivo: la voluntad interna, que suele permanecer en sí, excitó la propia naturaleza, cual centro anheloso de estar fuera de sí, cual luz que sale del centro. Así el centro anhelante creó fuera de sí mismo un ser, es decir, tomó e hizo un ser en la propia imaginación, anexionándole también la esencia de la luz.

[18] Captó lo Eterno con el inicio; por eso los seres de este mundo deben volver a entrar en lo Eterno con la figura [de ellos], anejos a él. Pero lo que fue hecho o captado desde el principio del anhelo, entra de nuevo en su éter, como en una nada, existente nuevamente sólo en el espejo de la imaginación, que no proviene de lo Eterno, sino de la eterna magia, que está en el anhelo, al que pertenece; a semejanza de un fuego que engulle y consume un ser de suerte que no queda nada de él, y vuelve a convertirse en lo que era antes de devenir un ser.

[II, 3, 7] Pues el infierno tiene en la oscuridad la mejor conjunción de la fuerza amenazadora: en todo él se oye como un gran ruido, y lo que resuena en la luz, bate en la oscuridad, como lo vemos en un objeto que, cuando es batido, resuena: pues el sonido no es el ser; a modo de una campana tañida, que no es el sonido mismo, sino dureza y causa del sonido. La campana recibe el golpe, el toque, y del duro toque sale un sonido: ello de-

4. El milagro es tal porque proviene de la lucha y es frágil: es la traducción en figuras de la Sabiduría eterna.

riva del hecho de que en la materia de la campana se encuentra una esencia, encerrada en su dureza en el acto de su fusión, por medio del movimiento de Dios omnipresente; y en ese hecho se podría reconocer la tintura metálica si no nos obstinásemos en ser tan necios y ciegos...

[10] Si queremos decir ahora cómo se unen los principios, debemos poner en medio el fuego, como fuerza mayor, que proporciona a todo principio una vida placentera y el espíritu que desea. Por eso no existe lucha alguna en los principios, pues el fuego es la vida de todos los principios, es decir, la causa de su vida y no su vida misma: él confiere al abismo su dolor, es decir, ese aguijón que la muerte encuentra en la vida; pues de otro modo el abismo sería silencio; le confiere su ira, que es la vida, la movilidad y el estado originario del abismo, que de otro modo no sería sino una silenciosa eternidad y una nada.

[11] Y el fuego da su esencia también al mundo de la luz, pues de otro modo no existiría en él ni sentimiento ni luz, y todo no sería sino uno, y nada habría fuera del fuego, ojo del milagro que no se reconocería a sí mismo, al no poseer razón alguna, sino una eterna segregación, en la cual no podría haber ninguna búsqueda ni cumplimiento.

[12] El fuego confiere su esencia y su tormento, con lo cual se despierta toda vida y crecimiento, también en el tercer principio, reino de este mundo. El fuego debe poseer toda sensibilidad, y todo lo que ha de ser transmitido a algo; nada surge de la tierra sin la esencia del fuego. Él es la causa de los tres principios y de todo lo que puede ser nominado.

[13] El fuego obra así la unión de los tres principios y es la causa del ser en los tres. Ningún principio lucha con otro, sino que la esencia de cada uno de ellos desea sólo el propio [principio], y está siempre en lucha; si no fuese así, todo sería una tranquila nada. Cada principio confiere al otro su fuerza y su forma, y entre ellos existe una paz continua...

[15] Así, la muerte y la ira son generadoras del fuego y causa del mundo de luz, de todo ser del tercer principio y de todas las esencias en todas las vidas: y, en efecto, ningún principio podría luchar con otro, pues se desean recíproca y vehementemente.

[16] Porque el angélico mundo de luz, y también este nuestro mundo visible deben poseer la esencia de la oscura muerte para su vida y para su tormento, y de él tienen hambre continua.

[17] Pero es preciso destacar que cada principio constituye un tormento según la propia cualidad: al mal da su bien y se une a él, y hace uno de tres, de manera que no exista disputa entre los tres principios. Pero en la esencia hay disputa, y así debe ser, pues de otro modo todo sería una nada...

[23] Por eso te hacemos conocer y comprender que el árbol de los tres principios los soporta en paz a los tres, pero no los soportan las criaturas, pues las criaturas de cada principio singular no desean las demás, y por eso existe entre ellas la firme determinación de no conocerse y de no verse.

[IV, 5, 11] El mundo de la luz no sabe nada... de los diablos, y los diablos no saben nada del mundo de la luz, salvo el recuerdo de haber estado allí una vez; se lo representan como lo que se ve en la imaginación, pues el mundo de la luz no entra ya en su imaginación, ni tampoco ellos consiguen concretar imágenes según aquel mundo, pues se espantan y se avergüenzan de él.

[12] Otro tanto podemos decir del mundo externo; la luz de Dios lo traspasa, pero sólo es comprendida por lo que se ensimisma en ella; y cuando este mundo externo está mudo y sin comprensión para con Dios, permanece en el propio querer y lleva consigo el propio espíritu, aun cuando Dios le haya dado un dios natural, a saber, el Sol, al que todos los seres que son de este mundo deben entregar su voluntad y su anhelo; y el ser que no obedece a eso, permanece en sí mismo, en gran maldad y enemistad respecto a sí mismo.

[IV, 6, 7] Dice la razón: «¿Dónde están los tres mundos?». Ella querría forzar una separación, de manera que un mundo esté fuera del otro, o uno por encima del otro; pero eso no puede ser, pues de otro modo el eterno Ser insondable debería escindirse: pero, ¿cómo puede escindirse lo que es una nada, que no tiene morada, y que por sí solo es todo? Lo que no tiene base, que no se deja comprender, que reside en sí mismo y se posee a sí mismo, no puede incorporarse a una partícula, sino que sale de sí mismo y se revela fuera de sí mismo.

[VI, 9, 2] En las tinieblas, la esencia no tiene sino un continuo punzamiento y ruptura, porque cada figura de la esencia hostiliza y niega la otra, y cada una dice a la otra que es malvada y su enemiga y causa de su inquietud y de su ira: cada una piensa que, si no existiese la otra, habría paz; y sin embargo, todas ellas son malvadas y falsas. De ahí viene que todo lo que nace de la oscura propiedad rabiosa sea mentiroso y eche mendazmente en cara a las demás figuras el ser malvadas: sin embargo, cada una es causa de la maldad de las demás, pues las vuelve tales con su infección venenosa...

[9] Pues toda vida está inmersa en el veneno, y sólo la luz resiste al veneno, aun siendo causa de su vida e impidiéndole languidecer.

[10] De ahí podemos ver cómo la vida de las tinieblas no es otra cosa que un veneno languideciente, semejante a un tormento que muere; y sin embargo no hay en ella muerte alguna, pues el mundo de la luz se contrapone al espejo de las tinieblas, de suerte que las tinieblas huyen eternamente...

[12] Ésta es la vida interna de las tinieblas, éste el humor de las esencias venenosas, de donde surge semejante espíritu volitivo. Tal es la cualidad que allí preside, visible en siete aspectos, según el centro de la naturaleza y con el propio principio. Lo mismo que la vida de las alegrías está en siete figuras según la ley de la naturaleza, así está también la vida de la aflicción; lo que en la luz da la alegría, confiere la aflicción en las tinieblas...

[13] No debemos creer, sin embargo, que la vida de las tinieblas se hunda en la miseria, olvidándose y afligiéndose: no existe en ella aflicción alguna; sino que cuanto entre nosotros sobre la tierra y según estas propiedades es aflicción, en las tinieblas, según la propiedad de las tinieblas, es poder y alegría. Pues la tristeza es una cosa que se hunde en la muerte. Pero la muerte es vida para las tinieblas, lo mismo que la angustia es la vida del veneno: cuanto más aumenta la angustia en el veneno, tanto más se refuerza la vida venenosa, como podemos deducirlo de su apariencia externa...

[14] No podemos, pues, decir del diablo que se asiente en la tristeza y en la duda; no hay en él duda alguna, sino más bien la firme voluntad de atizar el tormento venenoso para aumentar con él su rabia; la fuerza de donde saca su voluntad consiste en pisotear los tronos e incendiarlos. Quiere ser poderoso en el tormento venenoso, que es para él una vida fuerte y grande; la luz le es, en cambio, miseria y duda, pues lo despoja de su magnificencia, de manera que se espanta de ella, y es el verdadero veneno que lo atormenta; él la abandonó, y ella lo ataca, y él se avergüenza mucho de ser un ángel deforme de aspecto extraño. Se satisfaría con el tormento rabioso, si la luz no estuviese tan cerca de él; pero así, en cambio, está lleno de vergüenza, y se insolenta y hace arder cada vez más su tormento rabioso, de suerte que su aspecto se vuelve cada vez más horrendo y no se reconoce ya en él la imagen divina: por eso no atiende más que a enfurecerse y a desvariar contra Dios, como si fuese un extranjero o una potencia extranjera, o como si poseyese un reino extranjero; y sin embargo es pobre, y tampoco el reino de las tinieblas le pertenece, sino que habita en él como un prisionero. El reino de las tinieblas es el abismo de Dios, y el diablo no es sino una criatura dentro de él; éste quiere dominar allí, pero no es más que un bufón de la ira, debiendo actuar según su naturaleza: es decir, es un milagro de la grave potencia de la eternidad.

Es como un juego con el cual se divierte la severa potencia, para que el mal se distinga del bien, la alegría del dolor, y para que las criaturas del mundo de la luz puedan humillarse; aun cuando Dios no haya creado ninguno de los diablos para el mundo oscuro, ni siquiera al mismo Lucifer; Lucifer le es hostil porque era un ángel, y porque la luz le era tan próxima, que se rebeló...

[16] Si queremos considerar rectamente las propiedades del mundo oscuro, basta mirar la maldad y la soberbia de este mundo, que es imagen suya; toda maldad, toda falsedad, soberbia y avaricia, tiene, en efecto, su raíz en el mundo oscuro: son cualidades del mundo oscuro, aunque se encuentren también en los hombres y los animales.

[17] Este mundo, en efecto, se apoya sobre el fundamento del mundo oscuro, y éste le da la esencia, la voluntad y la cualidad; y si el bien no existiese increado, no habría en este mundo otro acto ni voluntad sino el del mundo oscuro; pero la fuerza divina y la luz del Sol impiden eso, tal como lo vemos en los hombres y los animales, que no hacen otra cosa que morderse, hostilizarse y batirse, que se obstinan orgullosamente y que quieren dominarse, estrangularse, comerse y superarse mutuamente, pisoteando todo con luz, rabia, maldad y falsedad, para adueñarse de ello...

[37] Todos los extraños ropajes y las baratijas que inventa el hombre vanidoso para revestir con ellas su locura, y para distinguirse de los verdaderos hijos de Dios, son la imagen del mundo infernal. Cada tormento, centelleo y boato suyo, con que se aleja de la humildad, son un espejo infernal; porque la soberbia diabólica no quiere asemejarse a nadie y se distingue en este mundo. Ciego como es, el hombre no se apercibe de cómo el diablo se burla de él, de cómo lo engaña ni de cómo crea su máscara orgullosa sólo para mofarse de Dios.

[VI, 10, 15] La soberbia es un bello espíritu, que surge del espíritu, es la bella muchacha que querría poseer el cielo; pero la envidia ha hecho de ella una ramerilla, y la ha llevado a Babel, madre de la gran prostitución del mundo; allí la soberbia ejerce el putaísmo junto con la envidia, y ante Dios no es sino una hija de puta; ella tiene amoríos con el rey de la Falsedad, que le quita toda penalidad, dándola a los cuatro elementos del diablo en el mundo oscuro; cuando la temerosa avaricia revienta, la soberbia, como es justo, debe seguirla, y lleva consigo al abismo la envidia, para que la soberbia reciba solaz de ello, lo mismo que de un bufón revestido con sus harapos, que se cansa y se fatiga para hacer locuras, para divertir a sus espectadores; pues precisamente es una loca in-

sensata. De este modo, la soberbia y la avaricia son los bufones de Dios y los juglares del diablo, y se divierten transformando en imagen bufa la que era imagen de Dios...

[18] La cuarta virtud de los cuatro elementos del reino de falsedad del diablo es la rabia, la maldad; es el verdadero fuego infernal, pues la rabia nace entre la avaricia y la envidia; es el fuego y la vida de la envidia; lo que ésta no puede llevar a cabo, lo termina la rabia. Ella une el cuerpo y el alma y corre como un diablo enfurecido para matar y destrozar todo; asalta murallas y fortalezas; y aunque esté casi reventando, todavía se muestra furiosa como un perro rabioso, que lo muerde y lo mata todo; y es tan venenosa en su ira, que al menos envenena lo que no puede subyugar. Ésta es la verdadera gota del mundo; si la soberbia revestida de su capote chispeante no puede obtener el poder con astucia y falsedad, es esta virtud la que se pone en acción irrumpiendo con el puño alzado y provocando la guerra. ¡Oh, cuánto se alegra el diablo cuando predominan así los cuatro elementos! Cree ser el señor del mundo; aun cuando sea prisionero, los hombres bestiales realizan su obra, y por eso no hace más que burlarse de los hombres, que con ello se vuelven más malvados e intentan imitarlo.

[19] Éstos son, pues, los cuatro elementos del mundo oscuro, en el cual el diablo se cree Dios; con ellos y con su hijo fiel, la Falsedad, reina él sobre la tierra: ésta es la gatita adornada, que dice hermosas palabras delante, pero sin perder de vista al ratón; y cuando puede finalmente atraparlo, ¡qué feliz se siente de poder ofrecer un bocado al diablo!

FRIEDRICH SPEE VON LANGENFELD

Nació en 1591, de familia noble, en Kaiserswerth, cerca de Düsseldorf. En 1610 ingresó en la Compañía de Jesús y en torno a 1630 enseñaba filosofía en Paderborn. Fue misionero en las regiones protestantes, donde convirtió a comunidades enteras, y en 1629 fue herido por un sicario. Murió en 1635 en Tréveris cuidando apestados.

En 1631 publicó de forma anónima *Cautio criminalis seu liber de processu contra sagas*, contra los procesos por brujería, que le ganó aversiones y amenazas. *Güldenes Tugendbuch* y *Trutz-Nachtigall* vieron la luz en 1649.

Está ya empapado del melindre y la prolijidad que más tarde habían de caracterizar la devoción popular.

De «El ruiseñor que desafía»

La esposa de Jesús juega con un eco en el bosque

[4, 1] Estaba sentada en la verde floresta
junto a un cercado de [cóncava] piedra;
por el follaje y la hierba delicada
hojeaba una brisa suave.
Una clara fuente
tenía al lado,
y un puro arroyo
de ella manaba feliz,
y de la roca cóncava destilaba.

[2] La bella primavera había llegado
a la mitad de marzo cuando
desde el abismo del alma soplé,
y el incendio estalló en el corazón.
Llamé Jesús desde el fondo del corazón,
¡*oh Jesús*! grité con un lamento;
y de inmediato oí
también desde la floresta
¡*Jesús*! nítidamente...

[4] Pensé que sería alguien
al que el amor de Jesús quemaba
y dije: «Ya no estoy sola,
¡oh, cómo quisiera conocerlo!».
Y grité: «¡Hola!».
Y rápida: «¿Quién está allí?».
Como alguien que pasara
respondieron «Hola»
y un rápido «Quién está allí»
en mi mismo tono...

[7] Extraño, pensé,
si llamo, me llama,
si lo busco, me busca:
incliné sobre el pecho la cabeza

y me vino a las mientes
que tal vez fuese
Jesús, al que yo amo,
y que se divirtiese
sin darse a conocer
burlándose de mí...

[12] Entonces con *Ay de mí* y *Ay de mí*
afligida me golpeaba el pecho
y me parecía que también él,
palabras idénticas, idénticos golpes,
lo hacía, afligido.
Y finalmente hablé diciendo:
«¡Bastante he charlado ya!
¿Quien te hará guardar silencio?»,
con voz débil entonces
me respondió: «Silencio»...

[14] Me vuelvo del otro lado: quiero ver un poco,
grito con todas mis fuerzas,
y por aquel lado calla,
no oigo una palabra,
y por eso me vuelvo de nuevo
a las cóncavas piedras.
Y oigo poco a poco que habla una voz
idéntica a la mía...
[16] Grité: «¿Eres, pues, el eco?».
Y de inmediato, justo al lado,
fuerte: «El eco».
Y entonces ambos
jugamos aún,
porque sin medida,
sin tregua
nos agradaron los reenvíos...

[18] En este bosque junto a este valle
quiero a menudo pasear
y contigo, oh eco, divertirme.
Oh dulce voz,

oh bella pelota,
contigo a menudo quiero jugar
hasta la tumba,
no cesaré
aunque se venga abajo el cielo...

[20] ¡Oh *Jesús*, caro *Jesús* mío,
cómo me quema la sangre!
Ahora te ruego, por tu bondad,
que día y noche en firme vela,
el mundo cante sólo de ti.
Y siempre, durante todo el año,
de alegría, ante ti «dance».

HANS ENGELBRECHT

Nació en abril de 1599 en Braunschweig. Aunque era un lanero inculto, después de su conversión comenzó a predicar y a escribir en alemán, holandés y francés, entre otras obras *Christlicher Wunderreicher Bindbrief S. Johannis* (1626). Murió el 20 de febrero de 1642.

De «El rapto»

Cuando combatía en esta contienda, me golpeó por debajo la muerte y yací, y moría comenzando por abajo: duró doce horas este morir, pues en ocho días no había comido ni bebido nada. El viernes me acosté y caí enfermo, y hacía ocho días el jueves siguiente, y morí entonces.

El jueves poco después de mediodía sentí claramente que la muerte me salía al encuentro desde abajo... y el cuerpo lo tenía tan tieso que no sentía ya las manos ni los pies, ni tampoco el cuerpo, y al final no podía ya ni siquiera hablar o ver; la lengua la tenía tan entumecida que no conseguía abrir la boca, ni siquiera la sentía ya, y lo mismo los ojos, que se me rompieron en la cabeza; lo percibí nítidamente.

Pero comprendía lo que estaban rezando, y oí bien que se decían mutuamente: «Tocadle las piernas, ¡qué frías y rígidas están!». «Ya no durará mucho.» Lo oí, pero no sentía nada... Pero cuando la guardia de la ciudad anunció las doce de la medianoche, desapareció también el oído corpóreo.

Entonces me pareció que era elevado con todo el cuerpo y llevado de allí, tan rápidamente como no puede una flecha dispararse del arco, y pregunté después adonde había ido el cuerpo. Me aseguraron que el cuerpo no se había alejado; por cuánto tiempo estuvo lejos mi alma, tampoco lo supieron determinar. Estaba tan muerto a sus ojos que mi madre me había quitado ya la camisa y querían amortajarme: pero Dios no quiso que lo hicieran y los ofuscó a todos, de suerte que no pudieron notar que mi alma era arrebatada del cuerpo y llevada ante el infierno y el cielo.

Sucedió en un abrir y cerrar de ojos porque Dios en un instante puede revelar y enseñar más que cuanto se nos pueda manifestar en el espacio de nuestra vida. Cómo tenga lugar tal instrucción nadie lo puede comprender con la propia razón, acontece sobrenaturalmente en el espíritu.

Soy sólo un instrumento muerto, como un rígido cañón de órgano; si no se bate, no resuena. Pero sabed que estuve rígido y frío y no podía resonar: pero que ahora resueno con el habla, que está dominada por el Espíritu Santo, y no por mí. Estoy aquí puesto como un guante vacío; sin mano que lo llene, el guante no se puede mover... No es el guante, sino la mano, la que se mueve en él y lo sostiene; el guante por sí solo no se puede sostener. Así me pasa a mí. Ante vuestros ojos me visteis yacer aquí, como un guante muerto, incapaz de moverse, pero la viva mano de Dios se escondió en mi carne y en mi sangre muertas, que estaban rígidas y frías, y las hizo vivir de nuevo con su fuerza celeste, y la mano omnipotente de Dios domina ahora en mí, y no yo.

ATHANASIUS KIRCHER

Nació el 2 de mayo de 1602 en Geisa, cerca de Fulda. En 1618 ingresó en la Compañía de Jesús. Fue profesor de filosofía, matemáticas y lenguas orientales en Würzburg, de donde huyó en 1631 a causa de la guerra; buscó asilo en Aviñón primero, en Viena después y finalmente en Roma en 1635. Protegido por el cardenal Barberini, llevó a término sus estudios, y, para dedicarse enteramente a las obras que estaba escribiendo, dejó también la enseñanza de las matemáticas en el Colegio Romano. Murió el 27 de noviembre de 1680.

Entre sus obras están: *Ars magnesia* (1631); *Magnes* (1640); *Prodromus coptus* (1636); *Lingua aegyptiaca restituta* (1643); *Oedipus aegyptiacus*

(1652-1654); *Ars magnae lucis et umbrae* (1645); *Musurgia universalis* (1650); *Polygraphia, seu artificium linguarum quo cum omnibus mundi populis poterit quis respondere* (1663); *Mundus subterraneus* (1665). Dejó al Colegio Romano un museo de curiosidades, antigüedades, máquinas. Su breve exposición de la alquimia en *Oedipus aegyptiacus* se presta mejor que cualquier otra obra alquímica a ilustrar la mística ligada a los experimentos naturales. En efecto, la manipulación de los metales era un modo de alcanzar el éxtasis, de transmutarse en oro, y toda operación tiene una transparente función metafórica y litúrgica.

En cuanto a los enigmas que Kircher dilucida, corresponden a una tradición de dichos místicos que se remonta al menos al *Epigrama del hermafrodito*, de Mathieu de Vendôme, escrito en torno a 1150:

> Cuando mi madre encinta me ocultaba en el seno
> parece que se aconsejó con los dioses sobre qué parir.
> Febo dice: «Es un niño»; Marte: «Fémina»; Juno: «Neutro».
> Yo, el que había de nacer, era ya Hermafrodito.
> Sobre mi muerte, la diosa dijo: «Será muerto con armas».
> Marte: «En la cruz». Febo: «Por agua». Quiso la Suerte que fuera de los tres modos.
> El árbol sombreaba las aguas; bajé; cae la espada
> que por casualidad yo llevaba, y me resbalo encima.
> El pie se enredó en las ramas, la cabeza se precipitó en el río. Llevé,
> hombre mujer neutro, ríos armas cruz.[5]

De «Oedipus aegyptiacus»

Axioma alquímico: «Disuelve Venus; una vez disuelta, congélala; congelada, proyéctala sobre la Luna fundida y se exaltará en el color y en el honor del verísimo y luminosísimo Sol». Se debe interpretar así: Venus es la exaltación de la Luna al grado del Sol; por eso calcina Venus, disuélvela y une la solución a la Luna disuelta; congela ésta y tendrás la exaltación del Sol. Esta tintura y este peso se atribuyen a Marte, el cual, si se transmuta en Saturno, se llama Saturno de los filósofos, y bajo estos dos se oculta una fijación perfecta. Si, en efecto, desecas la constitución

5. Comentado por C. G. Jung en *Mysterium coniunctionis*, 2 vols., Zurich, Rascher, 1955-1956, vol. I, págs. 86-87.

flemática de la Luna con la sangre caliente de Venus, y corriges su negror con la sal de Marte, la animosidad de Marte, la constancia de la Luna y la belleza de Venus consonarán en una mixtura perfecta.

Es preciso saber que la clave de todo el arte consiste en la disolución de la materia metálica en sus elementos por medio del fuego y de la putrefacción; un cuerpo no putrefacto no produce forma alguna; gracias al ministerio del fuego, lo que está putrefacto se resuelve con la destilación. Siete son los planetas metálicos; ante todo deben resolverse en cuatro naturalezas diversas, a saber, en cal, sal, agua y aceite, que es el Mercurio de los filósofos, el fin de toda la operación. Aplicada a una cruz, la línea inferior indica la sustancia terrestre metálica o cal; las líneas laterales, la sal y el agua; la superior, la sustancia ígnea o el aceite. Los siete metales se pueden primero reducir a cal, y después hacerse de cal sal, y de sal agua, y de agua, finalmente, Mercurio filosófico, que es el alma de cualquier metal disuelto, que contiene la potencia de transmutar lo que le es semejante en su forma óptima. Principio de la obra es la calcinación de los metales para que de la preparación de la cal se extraiga la sal que los árabes llaman sal amarga o vinagre; no se debe esperar otra cosa en la obra sino la extracción de las sales, porque ellas contienen el alma transformadora de los metales, por medio de la cual todos los metales con la sola operación de la naturaleza se transforman en metales más nobles, teniendo ella una virtud penetrativa debida a su suma sutileza y acritud. Se debe saber que el Sol y la Luna tienen la virtud de fijar las sales de los demás metales imperfectos, y especialmente de aquellos que producen una cal semejante a la cal del Sol, o sea cuarzo amarillo, y las sales que producen cal semejante a la cal de la Luna.

Primer enigma alquímico y su explicación

El siguiente enigma tiene dos partes; en la primera se describe lo que se ha de resolver; en la segunda, la Esfinge. Muchos ingenios se esforzaron en resolverlo. Unos le dieron un significado moral; otros, alegórico. Guillermo Baroldon, el inglés, lo explica cabalísticamente en su libro sobre la verdadera y genuina interpretación de la sagrada Escritura mediante el arte cabalística. El autor de las *Delicias del globo* intenta explicarlo con combinaciones matemáticas de letras. Otros, como Grunderus, pretenden que el enigma pertenece al género *aequalis calculi*. Esto es lo que pensamos sobre este problema y cómo creemos que se debe explicar

con método físico, brevemente. «Elia Lelia Ryspis, ni hombre, ni mujer, ni andrógino, ni niña, ni vieja, ni casta, ni meretriz, ni púdica, sino todas las cosas. No quitada de en medio por hambre, ni por hierro, ni por veneno, sino por todos. No en el cielo, ni en las aguas, ni sobre las tierras, sino por doquier yace. Lucio Agato Priscio, ni marido, ni amante, ni pariente, ni dolorido, ni gozoso, ni llorador, ni sabe ni no sabe en quién ha puesto esto, ni monumento, ni pirámide, ni sepulcro, sino todo».

Elia Lelia. Decimos que estos dos vocablos significan el arte alquímica. Se llama, en efecto, Elia Lelia porque los emperadores romanos, los Elios y los Lelios, hombres de rancio abolengo entre los romanos, siempre la tuvieron en gran concepto y la cultivaron con gran dispendio de dinero, como se puede ver en Eutropio, en relación con los emperadores romanos, Suetonio, Lampridio, Rodigino y otros autores de historia romana.

Ryspis es un anagrama o transposición de letras de Pyrsis, o, en griego, Πύρσις, que significa sutilización empírica, que se obtiene sutilizando algo con fuego; y no se alude aquí a otra cosa sino al elixir de vida o, como se dice comúnmente, piedra filosofal, transmutado con diversa transformación y temperamento, a partir de los metales, en sustancia maravillosa.

Ni hombre ni mujer. En todos los alquimistas se requieren dos principios para obtener la piedra filosofal que convierte todo en oro: azufre y plata viva; aquél, principio activo, ésta, pasivo, y por tanto llamados por Geber y Hermes Trismegisto en la tabla esmeraldina hombre y mujer. Dicho esto, expliquemos este fragmento: la piedra filosofal no es ni hombre ni mujer, es decir, ni azufre ni plata viva, por haberse transmutado ya en otra sustancia, de índole o esencia más neutra que las precedentes, como afirma la opinión común de los alquimistas. Es, sin embargo, hombre y mujer porque de ellos consta en cuanto a principios materiales. Por tanto, se añade:

Ni andrógino. Se entiende por andrógino un animal dotado de los dos sexos. Se dice por semejanza que la piedra es no andrógina y andrógina; andrógina, porque está formada por los dos principios, azufre y plata viva; no andrógina porque nada de los dos permanece una vez sutilizados.

Ni niña, ni vieja. Quiere decir que esta piedra (o, como dicen otros, huevo vegetal) desde el comienzo de las cosas está unida, vil y despreciada, a las cosas mismas (como vieja), pero en cuanto extraída por arte alquímica de la hez terrestre, hasta el punto de no dejar nada de los viejos sedimentos, es como restituida a la juvenil hermosura (como niña).

Ni casta, ni meretriz, ni púdica, sino todas las cosas. Se dice esto porque, como piensa Geber, y Ramón Llull con él en el libro sobre la quintaesen-

cia, ninguna cosa se puede sutilizar con industria humana sin que quede en ella algo de la tierra. No siendo, pues, la piedra un elemento y cuerpo simple, sino compuesto de cuatro elementos, está claro por qué es llamada casta y no casta, pura y no pura, etc.

No quitada de en medio por hambre, ni por hierro, ni por veneno, sino por todos. Es decir, lo mismo que una semilla no puede desarrollarse ni crecer si primero no muere en la tierra, así la piedra filosofal no puede llegar nunca a la vegetación conversiva salvo que primero haya sido mortificada por ciertos medios, con el hambre, o calcinación, fijación, coagulación; con el hierro, es decir, con el azafrán de Marte, o con purísimas flores de hierro; por veneno, finalmente, es decir, por el antimonio crudo o sutilizado; pero no es sutilizada por estos medios hasta el punto de que no permanezca en ella la raíz de la hez terrestre.

No en el cielo, ni en las aguas, ni sobre las tierras, sino por doquier yace. También estos elementos sugieren una contradicción que se resuelve atendiendo a la relación en que se deben poner. No está en la tierra porque fue separada de todo sedimento terrestre en la medida en que le fue concedido a la industria humana; ni en las aguas, porque consta de una sustancia más sutil y muy elevada por encima de la materia ácuea; ni en los cielos, al no ser un cuerpo simple; y sin embargo está compuesta por todos. Y en cada cuerpo se encuentra: en la tierra, porque ésta constituye su materia prima; en las aguas, en cuanto esa tierra disuelta degenera en materia ácuea, o también porque la arena áurea que a veces se encuentra en los ríos es considerada por muchos la materia de esta piedra; en los cielos, finalmente, reside la virtud de los influjos.

Segundo enigma alquímico y su explicación

Este enigma fue extraído de los monumentos de los egipcios por el árabe Hamullid Sadid. Muestra a un anciano sentado en un templo sobre un solio elevado, rodeado por una turba de filósofos, que con las dos manos muestra dos tablas que sostiene sobre las rodillas. En la primera se ven tres lunas, de ellas dos llenas, y en medio dos pájaros: el inferior sin alas, y el otro notable por la extensión de las alas, que está sobre el primero mordiéndole la cola mientras el primero le muerde la cola a él.

En la segunda tabla se ven tres soles luminosos que difunden rayos; de ellos, los dos superiores están como conectados al inferior por los rayos. Y al lado se ven diez águilas en acto de volar. Éste es el enigma sacado de los

monumentos egipcios, que explico con mucho más agrado porque presenta mayor afinidad con símbolos jeroglíficos.

El templo o casa designa el mundo hermético o mineral en el cual todas las cosas se confunden como en un caos. El anciano es Hermes Trismegisto, primer explorador del mundo mineral y progenitor de todos los filósofos. La turba de hombres a derecha e izquierda designa a los filósofos de doble condición; están a la derecha aquellos que, teniendo suficiente noticia de la ciencia y de las cosas, llegan al criterio hermético, pero, por la dificultad del arte, no han alcanzado su perfección; de suerte que, movidos por la curiosidad, piden instrucción a Hermes, para llegar a lo que anhelan. A la izquierda están los filósofos todavía mal instruidos, los cuales con manos enfangadas querrían entrar en los penetrales sublimes de las cosas, y éstos ciertamente no terminarán jamás la obra. En la primera tabla está representada la primera preparación de las cosas lunares; en la segunda, la de las solares. Cinco puntos se deben considerar en cada tabla. Sobre el trono de Hermes, diez águilas de gran envergadura que son unidas por un arco con saeta. Pero examinemos las figuras hasta ahora omitidas.

El hecho de que la tabla sea doble designa las dos operaciones del proceso alquímico, que se ocupan, la una de la composición de la Luna, y la otra de la del Sol. Con las figuras lunares superiores se indica la doble luna, la media luna que implica la imperfección y la llena que representa la capacidad de crecimiento, produciendo la otra luna inferior que los filósofos llaman agua mercurial, plata blanca, humo blanco, tierra blanca o magnética, y nombres por el estilo; a ella no se llega sino por putrefacción, atenuación, abstracción del alma a partir del cuerpo en agua de espíritu, lo cual viene indicado por los dos pájaros: el inferior, sin alas, es macho; el otro, alado, que está sobre el primero, es hembra, y se devoran mutuamente la cola. Los pájaros son dos y uno solo; el agua, en efecto, de dos hace uno congelando y reduciendo a uno. Los dos volátiles se agarran uno al otro porque lo disuelto al congelarse se reduce al uno; el macho está privado de alas, es decir, congelado, retiene a la hembra voladora, o espíritu mercurial, y la obliga a estar junto a él para que no pueda escapar, y por eso se ven enlazados y como condensados en uno; ésta es la verdadera fijación de la blanca Luna llena, y está confirmada por el dicho de Hermes referido por Haled: «Proyecta la hembra sobre el macho, y el macho subirá sobre la hembra y tendrás lo que quieres». Como bien dicen los árabes, la piedra se hace con cinco cosas: macho, hembra y triple plata viva, representadas excelentemente por la triple Luna y por los dos volátiles que se muerden la cola. El agua mercurial no es aglutinada sino con azufre, su

semejante puesto en el centro del agua, y no se encuentra otra cosa semejante al azufre sino aquello que se saca de él; como atestigua Hermes, a la cosa conviene lo que le es más próximo por naturaleza; en efecto, rechazan toda asociación las cosas extrañas y desemejantes. Lo mismo que el árbol, cuyas ramas, hojas, flores y frutos provienen de él, se producen a través y por medio de él, y él es todo y de él viene todo, y jamás genera otras cosas, salvo que sean de su especie; de ahí su uso en el proceso hermético, en el cual concurren muchas cosas diversas en apariencia, pero que son una sola por su naturaleza y tienden a la unidad, como enseña la figura. Por eso, toma las materias lunares al principio de la obra y mézclalas en dosis iguales, desmenúzalas, conjúgalas, tritúralas juntas para que acontezca la concepción, después extráelas y nútrelas para que nazca su criatura; este connubio y esta concepción no acontecen sino en la putrefacción en el fondo de un recipiente adecuado, a saber, en alambique o retorta circular, bien representado por los dos volátiles unidos que se devoran mutuamente. Así el agua digerida y defecada a través de su espíritu, emergiendo de la cárcel de las tinieblas y del reino del negror, finalmente en la tierra blanca consuma la obra.

Sigue la otra parte de la tabla, tres soles unidos por los dos rayos, que es conforme a la primera tabla y expone el agua del Sol, que es el oro de los filósofos y nube vivificante; ella es triple lo mismo que el Sol descrito como radiante con dos rayos y la figura de los dos en uno, y el Sol que tiene un solo rayo es figura del uno en el uno, que son tierra; el agua, en efecto, está compuesta de dos naturalezas. Se llama triple porque es un uno en el cual hay tres, a saber, fuego, aire y agua; la tierra negra inferior es el mundo inferior mezclado y atemperado de dos: es figura de los dos en uno, es decir, compuesta de dos cuerpos en uno, y se explica con cinco cosas: el recipiente es a modo de Luna llena, en su vientre está escondida la Luna, y dos rayos, con el tercero que desciende de lo alto circundando la tierra. Esta tierra es triple: la primera entra en los cuerpos; la segunda es la obra lunar y es comienzo de la segunda operación y hace de blanco rojo el cuerpo del Sol; la tercera tierra señala la culminación de toda la obra; el agua derramada sobre la tierra negra, en efecto, la vuelve blanca, y con el aumento de calor sigue el enrojecimiento, final y término de la obra solar: si, en efecto, proyectas tres porciones de agua sobre tierra suelta, de inmediato ésta, disuelta, se cambia en una única tierra, sobre la cual las aguas nadan como pez líquida, porque todo queda bien mezclado por el fuego lento del fimo o de las cenizas por medio de la putrefacción. Y ahora te das cuenta de lo que significan las diez águilas unidas por arcos y flechas.

Las águilas son animales ígneos y de naturaleza velocísima, en simpatía con las operaciones solares, e indican los espíritus volátiles que intervienen en esta obra hermética; la sutileza y fuerza penetrante está bien indicada mediante el arco y las saetas; son diez porque sólo con una operación décupla suya se actúa la obra. No añado la práctica porque se desprende sin dificultad de cuanto se ha dicho.

Ésta es la explicación del enigma que no sé cuánto tiene de egipcio y cuya forma genuina, de cualquier modo, fue corrompida por obra de los árabes; para llegar a su restitución, añadimos un jeroglífico hermético cuya interpretación puede arrojar más luz que el precedente. Me fue transmitido desde Egipto, y transcrito por Michele Scatta de Menfis de la célebre piedra de El Cairo llamada cuenco de amor. El cuenco de amor indica el recipiente alquímico en el cual, caso que se pongan cosas en simpatía entre sí, expulsados los contrarios, ésas se conjugan en amor perfecto, como en los símbolos cuya explicación sigue. Es una figura de Anubis sentada sobre el solio, y tiene bajo los pies dos cocodrilos; en la diestra, un león y serpientes; en la siniestra, escorpiones y un perro; en medio está una serpiente ondulante que se devora la cola; está presente un hombre que hiere a un hipopótamo; hay entre ellos una mariposa en forma de dragón.

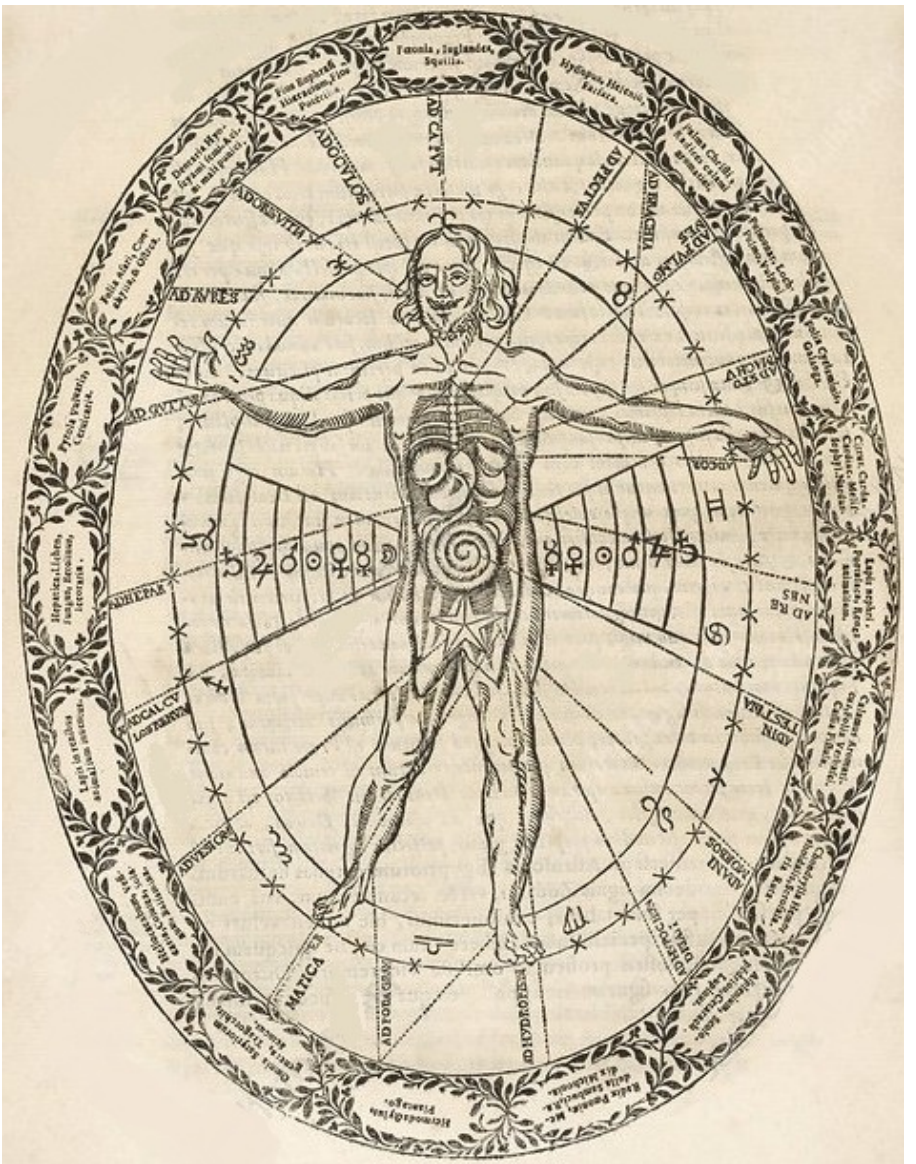
Con Anubis se indica a Hermes o Mercurio, cuya cabeza canina celebra su sagacidad suma en la indagación de los arcanos de la naturaleza. Está sentado en un solio para indicar tanto el poder de Mercurio como el de los demás arcanos del mundo inferior que brillan en los penetrales de la naturaleza. Pisa con sus pies dos cocodrilos que son los espíritus de Tifón escondidos en los metales; acres, mordaces, venenosos, todo lo corroen; si no los has suprimido no llegas a nada en el arte. Con la diestra sostiene por la cola un león renuente, y éste obtiene por cierta fuerza simpática el Ibis, que es la fuerza mercurial. El león alquímico es el oro de los filósofos que se ve atraído de modo natural a Mercurio, deseando su amistad con sumo ardor; cuando ésta se haya entablado, Mercurio queda unido a la tierra por fuerza coagulativa, lo cual está bien expresado por la figura del ibis atado al hipopótamo, porque el hipopótamo es anfibio y denota la humedad terrestre; éste es atado por Mercurio, el cual, sin embargo, no puede consumir del todo su suma humedad, y por eso llama en su ayuda al hombre con el venablo, es decir, la fuerza ígnea latente en el centro de la materia, con la cual se hiere al hipopótamo, una vez que hayan sido expulsado los espíritus corrosivos y venenosos escondidos en el agua mercurial. El dragón se devora la cola, es decir, regresa a la sustancia

Mondo Archetipo	Mondo Siderale	Mondo Minerale	Pietre	Piante		Pesci	Uccelli	Quadrupedi	Colori
Serafini	Firmamento	Stelle Sali Minerali	Astriti	Erbe e Fiori Stellari	Frutici Bacciferi	Pesci stellari	Gallina Faraona	Leopardo	Arcobaleno
Cherubini	Saturno Nete	Piombo	Topazio	Elleboro	Cipresso	Tonno	Gufo	Asino Orso	Fosco
Troni	Giove Paranete	Rame	Ametista	Betonica	Cedro	Storione	Aquila	Elefante	Roseo
Dominazioni	Marte Parames	Ferro	Diamante	Assenzio	Quercia	Seppia	Falco Avvoltoio	Lupo	Rosso
Virtù	Sole Mese	Oro	Piropo	Eliotropio	Loto Alloro	Delfino	Gallo	Leone	Giallo
Potestà	Venere Lichanos	Stagno	Berillo	Satirio	Mirto	Trota	Cigno Colomba	Cervo	Verde
Principati	Mercurio Pethypa	Argento vivo	Diaspro	Peonia	Mela	Castor	Pappagallo	Cane	Ceruleo
Arcangeli	Luna Hypate	Argento	Selenite	Lunaria	Colutea	Ostrica	Oca	Gatto	Bianco
Angeli	Terra Proslamb.	Zolfo	Magnete	Gramigna	Frutici	Anguilla	Struzzo	Insetti	Nero

« TOTIUS NATURAE SYMPHONIAM EXHIBENS »
da ATHANASIUS KIRCHER - *MUSURGIA UNIVERSALIS* p. 394 (lib. X)

https://www.ub.uni-heidelberg.de/Englisch/service/heiopensearch/treffer.html?qf=&q=Oedipvs+Aegyptiacvs

Totius naturae symphoniam exhibens. De Athanasius Kircher, *Musurgia universalis*, Roma, 1650, pág. 394.



El esquema y la figura ilustran la relación entre macrocosmos y microcosmos; en la figura está particularmente indicada la correspondencia planetaria que media entre órganos y hierbas medicinales, poniéndolos en relación. De Athanasius Kircher, *Oedipus aegyptiacus*, 3 vols., Roma, 1652-1654, vol. III, pág. 358.

SVMMVM BONVM,

Quod eſt

Verum { MAGIÆ, CABALÆ, ALCHYMIÆ, Fratrum Roſeæ Crucis verorum } Veræ } Subjectum.

In dictarum Scientiarum laudem, & inſignis calumniatoris Fratris Marini Merſenni dedecus publicatum,

PER IOACHIMVM FRIZIVM.

ANNO M. DC. XXIX.

En la página anterior, frontispicio de una obra rosacruz del siglo XVII; encima, sarcófago de las catacumbas de San Sebastián, en Roma (siglo IV). En el emblema rosacruz, la araña y la abeja están a los dos lados de la cruz sobre la cual se halla la rosa; animales ambos sagrados, propios, respectivamente, de la fase última y de la inicial de la ascensión del Monte de perfección. Invirtiendo los movimientos con los cuales la araña teje su tela, se obtienen las fases del rito de curación mística, como demostró Marius Schneider. Sobre el sarcófago, las dos mitades de los doce orantes están divididas por el símbolo: una fila, correspondiente a la araña, muestra el dorso de la mano; la otra, correspondiente a la abeja, muestra la palma. Los símbolos centrales son análogos, sólo que en el antiguo la rosa es sustituida por el signo de Cristo, formado por las dos letras X y P de XPICTOC: se obtiene una rosa, tal como queda formada por ocho espadas o como aparece en los rosetones. La corona es lo que se obtiene al final de un certamen o ascensión, y en el Apocalipsis se da una «corona de vida» al que es fiel «hasta la muerte» (Ap 2,10), y el Hijo del hombre (Ap 14,14) lleva la corona dorada.

sólida y firme por medio de la fijación perfecta, y la piedra, hecha vegetal, recibe vida para multiplicarse, lo que está indicado por las serpientes que sostiene entre las manos.

Alguno se preguntará cómo pueden aplicarse estas figuras a las prácticas químicas habiendo sido aplicadas tantas veces a las cosas divinas y teo-lógicas. Respondo que, en realidad, los jeroglíficos adquieren muchos sentidos, pero éstos son, a causa de la analogía de los mundos, analógicos, de manera que, cuando se adapta al Sol arquetípico, puede igualmente aplicarse al Sol sidéreo, médico, químico, ético... Haled aporta otra comparación en forma de enigma, usada por los egipcios para denotar la obra. Es la siguiente, traducida del árabe: «Hay entre nosotros una tierra llamada Tormo, en la cual habitan reptiles que comen cosas tenebrosas de piedras ardientes, y así beben la sangre de negros machos cabríos, y estando a la sombra, conciben en baños, paren por el aire, caminan sobre el mar y permanecen en los monumentos y sepulcros, y combate el reptil hembra contra el macho, y el macho permanece en el sepulcro cuarenta noches, y en la casuca cuarenta noches, hasta que sale de allí semejante a las cándidas palomas, y ambos proyectan su semen sobre el mármol en la imagen y vuelan después sobre las cumbres de los montes, y allí blanqueados pululan y paren muchos fetos».

Este enigma árabe muestra todo el proceso del arte. Expliquémoslo por partes. Se dice que todas esas cosas acontecen en la tierra de Tormo, es decir, de los altramuces, o sea, de la tierra, materia prima del arte hermético. Allí crecen reptiles que son los espíritus metálicos, salinos, mercuriales y arsenicales, corrosivos, que devoran y disuelven las cosas opacas, es decir, la materia metálica en la cual se ocultan; beben sangre de negros machos cabríos, es decir, la sustancia que tiñe y es fecunda y que apropiadamente se indica con la sangre de los machos cabríos, porque éstos son animales salaces que montan a la hembra en cualquier tiempo, y así la piedra cuando se une a la hembra en la preparación hermética, después de que se ha blanqueado, se ennegrece en virtud del fuego filosófico. Concibe en los baños y pare por el aire, es decir, apenas se encierra en el alambique, pone las premisas de su concepción, el feto concebido en virtud del fuego pare en el elevado tálamo del alambique, es decir, en el aire; en efecto, el vapor en el aire del alambique es recogido por el tálamo en el receptáculo resuelto en agua, lo cual es caminar sobre el mar, donde habita como en un sepulcro, donde los espíritus encerrados urden una nueva lucha. El reptil hembra lucha contra su macho cuarenta noches, es decir, ataca las imperfecciones latentes en la materia preparada corroyéndolas, y consumiéndolas con diversa depuración en el tiempo definido por los químicos; habiéndolas consumido y de-

purado, el blanqueamiento deseado se manifiesta y queda indicado por las palomas. La masa así impregnada se proyecta sobre el mármol y se hace añicos; luego se echa de nuevo al alambique donde, separados los espíritus puros de los impuros, que se dicen cuervos, y exaltados de modo sublime, finalmente alcanzan la extrema perfección de la blancura, que es acabamiento de la obra. Bien dice Hermes, por tanto, que el agua o materia dulcemente se levanta de la tierra al cielo, adquiere la fuerza de las cosas superiores y desciende sobre la tierra, tiene en sí la virtud de lo superior y de lo inferior, tiene la luz de las luces, y por eso huyen de ella las tinieblas. Tomad las cosas de su copiosa fuente, sublimadlas en los lugares más altos, arrojadlas desde las cimas de los montes y reducidlas a sus raíces. Éste es el huevo filosófico de tanta fecundidad, que no tiene precio, según los herméticos; éste es el célebre elixir de los árabes.

MARÍA DE SANTA TERESA

María Petyt nació en Hazebrouck en 1623. Fue terciaria carmelita, y dirigida de Miguel de San Agustín. Desde 1657 hasta su muerte, acaecida en 1677, vivió en el monasterio de Malines. Su director recogió sus escritos en 1683, publicándolos en Gante en dos volúmenes, con el título *Het lever van de weerdighe moeder Maria a S.ta Teresia*. Él mismo había escrito un tratado de instituciones místicas, donde se recomendaba la mediación de la Virgen: *De vita Mariae-formi et Mariana in Maria propter Mariam*, identificando a María con la Sabiduría: «En la medida en que el Reino de Jesús se acrece y florece más en el alma, se acrece y florece en ésta el reino de María. Entonces se cumple en el alma: "La Reina está a tu derecha"».

De «Vida de la madre María de Santa Teresa»

Comprende lo que es la faz del alma.
La compara con un espejo
donde Dios se refleja con las verdades de Dios.
Cuando el alma se encuentra con la faz
vuelta a la Faz de Dios, ve muchas cosas
y saborea un comercio de amor totalmente divino.
Este goce es un estadio intermedio
entre la fe y la luz de la gloria

[6] El 18 de diciembre de 1668, al despertarme por la mañana, sentí que mi alma era irradiada por una divina luz, y así comprendí lo que se llama faz del alma, con la cual está ante Dios y goza de la faz divina ya un poco en esta vida; la faz del alma es tan maravillosa, innominable e inconcebible, que no puedo proporcionar comparación alguna de ella, ni siquiera remotísima. Porque guarda en sí misma semejanza con Dios; antes creía en ello, ahora lo he visto, lo he sentido. ¡Ah, qué gran semejanza entre la faz del alma y la imagen de Dios!

Se me ocurre una comparación tosca para describirla un poco; la faz del alma es semejante a un espejo claro, sin manchas, donde Dios se estampa de modo ininteligible para nosotros, porque el entendimiento no opera ya, sino que sólo padece y es pasivo; la operación misma del entendimiento y de las demás potencias sería en este punto un grave impedimento.

Cuando la faz del alma se encuentra así inmediatamente ante la faz de Dios, Dios no sólo se estampa en ella a sí mismo, sino también las verdades que quiere revelar, entre otras cosas algunas tal como son conocidas ante Dios y no como son conocidas y juzgadas por los hombres. Esto acontece rápidamente, en un brevísimo instante, media avemaría.

Descansando entre los brazos del Amado, recibe sus caricias.
En un silencio místico escucha lo que murmura el Amado.
Esta atención silenciosa es dulcísima.
En el sueño místico, ella se apoya en el Amado.
Ve su interioridad como un claro espejo

[9] Entonces el alma no se mueve... no habla ni dice una sola palabra de amor (*minne-woordt*) al Amado, ni más ni menos como en el sueño natural; pero conserva cierto recuerdo de su amoroso descanso en su Amado y del abrazo con el cual Él la ciñe, y comprende que el Amado no espera ser abrazado a su vez, sino que ella debe dejar obrar sólo al Amado.

En ese estado tiene mi alma un oído espiritual, gracias al cual, en ese silencio tan vasto de todas las potencias interiores, ella capta lo que el Amado dice en un murmullo a su corazón. Y por sutil y misterioso que pueda ser, ella lo capta y comprende. El murmullo del Amado es tan quedo, misterioso, tan privado de ruido, que se debe recoger toda la atención del alma para comprenderlo; digo que se requiere tanta quietud y tanto silencio como si estuviéramos solos en el mundo el Amado y yo. En-

tonces me encuentro de veras en aquel estado del cual está escrito: «La llevaré al desierto y le hablaré al corazón» (Os 2,16).

A esta voz misteriosa, a este murmullo del Amado, parece tenderse el mismo oído corpóreo, y hasta el entero cuerpo, sobre el lado del corazón, donde se advierte este murmullo. Este escuchar silencioso (*stille*) es tan dulce, saciante, gustoso al alma, que a su lado todas las satisfacciones y los placeres del mundo juntos serían como una gotita al lado del mar...

Un espíritu de amor la impulsa hacia el Amado como una esposa llena de celo por la gloria de su Esposo y por la salvación de las almas

[10] Suelo comportarme muy familiar y amorosamente con mi Amado, como amante esposa; en efecto, me es concedido, y hasta soy invitada a tratarlo sin preocupaciones y sin esfuerzos, como una esposa trata al esposo, corazón a corazón y boca a boca. Y al final me parece ser introducida en lo más profundo del espíritu, donde me es concedido un sueño de amor y descanso entre los brazos del Amado. Yo percibo ciertos signos especiales suyos, por decirlo así, de amor loco por mí; en ciertos besos amorosos y abrazos (no percibo en ellos nada de corporal); cómo sucede no puedo decirlo; está oculto a los sentidos.

A veces en la oración, y también durante el trabajo manual, no tengo otra actividad en el alma que la de dejar subir jocosas las llamas de amor hacia el Amado, sin hablar, sólo con una mirada de amor sobre Él, en la cual Él comprende suficientemente lo que la dilección desea; de rebote, las llamas de amor del Amado responden a las mías, me tocan el corazón y lo atizan todavía más. Este juego de amor podría durar horas e incluso jornadas enteras, sin fatiga, y es prolongado por influjos divinos, conmigo que estoy pasiva.

DANIEL VON CZEPKO

Nació en Koischwitz (Silesia), en 1605; estudió derecho y medicina, fue consejero áulico en Ohlau. Murió en 1660, luterano.

Sus obras místicas son los aforismos contenidos en *Sexcenta monodisticha sapientum*, publicados en 1655, y el póstumo *Siebengestirn königlicher Busse* (1671).

De «Semita amoris divini»

Misterio del nacimiento interior

[4] Nacido y renacido,
no puedes, por tanto, estar perdido.
Si aquel gran Niño que es tu Padre
no pare, inútil es tu elección,
en Aquel en el cual renaces, sólo Él
del cual naciste puede nacer en ti.
Y si lo pares, entonces, oh Esplendor, oh Trono,
el Hijo crea al Padre, y luego el Padre al Hijo.

De «El Reino interior de los Cielos»

Quien aquí no empieza allí no acaba

[19] Oh hombre, puesto que vive de esperanza suave, tu mente
sólo más allá de la muerte se extiende a Dios.
Pero tú viviendo mueres, y en cambio oyes y ves
de la quietud del alma una parte.
La muerte terrena para nada sirve:
aquí debes conocer a Dios, aquí morir antes de morir.
Salvo permanecer muerto siempre.

De «Sexcenta monodisticha sapientum»

Nada fuera de Dios

[I, 2] Quien en el corazón tiene a Dios y otra cosa quiere
pierde a Dios si lo otro obtiene.

Sobre el saber

[I, 42] Sólo por medio de Dios conozco a Dios, pero a Dios escogí,
y por eso tanto sé, que no sé lo que es Dios.

Todo a través de lo otro

[I, 49] Lo eterno a través del tiempo, a través de la vida la muerte,
a través de la noche la luz, y a través del hombre veo a Dios.

En el error

[IV, 18] Felizmente yerra quien conoce su error
y ve la luz de la verdad resplandecerle en el corazón.

JOHANN RIST

Nació en Ottensen, cerca de Hamburgo, en 1607. Fue pastor luterano en Wedel. Fernando II lo hizo noble en 1653, como célebre poeta. Murió en Wedel en 1667.

Escribió, además de dramas y poesías profanas, las colecciones de cantos místicos: *Himmlische Lieder*, de 1641, *Sabbatische Seelenkunst*, de 1651, y *Passionsandachten*, de 1664.

A LA ETERNIDAD

¡Oh Eternidad, tú, palabra de trueno!
¡Oh espada que el alma traspasa!
¡Oh inicio sin fin!
¡Oh Eternidad, oh tiempo sin tiempo!
Yo no sé, por gran cansancio,
a qué lado debo volverme,
tiembla mi corazón todo aterrorizado,
se me pega la lengua al paladar.

En todo el mundo no hay desventura
que finalmente con el tiempo no acabe
y no sea del todo superada;
la Eternidad que no tiene objetivo
continúa, continúa siempre su juego
sin dejar nunca de enfurecerse;

sí, como dice mi Redentor,
de ella no nace salvación.

Eternidad, me haces temblar,
oh Eterno, lo eterno es demasiado largo:
ninguna broma vale aquí
y por eso, si esta larga noche
contemplo con su gran pena,
me estremezco hasta el corazón.
Nada se encuentra en parte alguna
tan espantoso como la Eternidad.

¡Despiértate, oh hombre, del sueño del pecado!
Ánimo, oveja perdida;
pronto tu vida será mejor.
¡Despierta! Ahora es ya tiempo,
y llega la Eternidad
a darte tu paga.
Quizás sea hoy el último día,
y nadie sabe cómo ha de morir.

Deja el deleite del mundo,
por el lustre, la soberbia, bienes, honores, monedas,
no te dejes dominar más.
Mira la gran certeza,
el falso mundo y el mal tiempo
junto con la ira del demonio.
Sobre todo ten en mente
esa larga noche.

¡Oh hombre desgraciado,
necio en los sentidos, ciego,
deja de amar el mundo!
¿Acaso deberá, ay, la pena del infierno,
donde hay ciento y más verdugos,
infinitamente turbarte?
Pero, ¿dónde vive el hombre de tanta facundia,
que esta obra sepa exponer?

¡Oh Eternidad, palabra de trueno!
¡Oh espada que el alma traspasa!
¡Oh inicio sin fin!
¡Oh Eternidad, oh tiempo sin tiempo!
Yo no sé, por el gran cansancio,
a qué lado debo volverme,
señor Jesús, si te place,
voy deprisa a ti a la tienda del cielo.

ÁNGEL SILESIO

Nació en 1624 en Breslavia, su nombre era Johann Scheffler. Estudió en Estrasburgo, Leiden y Padua, y ejerció la medicina. Se convirtió al catolicismo y fue ordenado sacerdote en 1661. A continuación ingresó en la orden de los Menores. Murió en Breslavia en 1677.

Escribió breves poesías líricas, publicadas en 1657 con el título *Geistliche Sinn- und Schlußreime*, y luego como *Cherubinischer Wandersmann*.

DE «EL PEREGRINO QUERÚBICO»

[I, 5] Yo no sé lo que soy, no soy lo que sé,
cosa y no cosa, un puntito y un círculo.

[I, 37] Nada hay que te mueva, tú mismo eres la rueda
que por sí misma corre y no tiene descanso.

[I, 82] ¡Párate! ¿Adónde corres? El cielo lo tienes en ti.
Si en otro lugar buscas a Dios, mil veces lo pierdes.

[I, 106] Yo no soy salvo Dios, Dios no es salvo yo,
yo soy su fulgor, y él es mi ornamento.

[I, 11] Dios es el fuego en mí, yo en él soy el reflejo,
¿no somos el uno en el otro íntima esencia?

[I, 294] Rezamos: Señor, hágase lo que tú quieres;
pero mira, él no quiere, él es la eterna calma.

[I, 71] Amar es fatigoso: no debemos sólo
amar; como Dios, debemos ser amor.

[I, 270] Criaturas: estas voces de la eterna Palabra.
Ella se canta a sí misma con gracia y furor.

[IV, 166] Dios no se fatigó nunca ni descansó, recuerda:
descanso es su obra, obra su descanso.

[II, 83] Yo soy un monte en Dios, debo escalarme a mí mismo
para que su querido rostro Dios me desvele.

[I, 1] Puro como oro fino, arduo como la roca,
limpio como cristal sea tu ánimo.

[III, 135] Inmensurable es el Supremo, lo sabemos,
sin embargo un corazón de hombre puede encerrarlo.

[V, 210] El amor, cuando es nuevo, fermenta como el vino;
cuanto más envejece y aclara, más se hace quieto.

[V, 170] Dios no se cuida de las obras, y cuando el santo bebe,
le agrada como cuando reza o canta.

[II, 72] Quien un instante solamente se elevó sobre sí mismo
podrá cantar el *Gloria* con los ángeles de Dios.

[I, 30] Yo no creo en la muerte: si muriese a cada hora,
pasaría cada vez a mejor vida.

[V, 200] Hombre, en aquello que ames serás transformado.
Serás Dios si lo amas, y si la amas, tierra.

[III, 90] Retoña, Cristo helado, mayo está ante tu puerta,
si aquí y ahora no floreces, queda muerto para siempre.

[III, 232] Amigo, no puedes permanecer aquel que eres:
el hombre debe pasar de una luz a la otra.

[II, 178] Nada es, sino tú y yo, y si no somos dos,
tampoco Dios es ya Dios, y los cielos se desmoronan.

[I, 108] La rosa que aquí ves con tus ojos de carne
también en Dios desde la eternidad florecía.

[III, 228] Dos ojos tiene el alma: uno está fijo en el tiempo,
el otro se proyecta hasta lo eterno.

[I, 62] La cruz encima del Gólgota no te podrá salvar
del mal si en ti mismo no la has levantado tú.

[I, 163] ¿No amas a los hombres? Tienes toda la razón.
La humanidad en el hombre es lo que debes amar.

[I, 126] Hombre, si tienes anhelo y nostalgia de Dios,
todavía no estás totalmente amarrado por él.

[II, 30] Hombre, sé esencial: cuando el mundo penetras,
el Acaso se derrumba y el Ser permanece.

[III, 123] Dios no carece de nada, no le hacen falta dones;
si es verdad, ¿por qué quiere mi pobre corazón?

[IV, 186] Para sí sola no cae la lluvia, ni resplandece el Sol,
también tú estás creado para los demás y no para ti.

[II, 4] Dios dice siempre sí, es el diablo quien niega,
por eso éste no puede juntarse con Dios.

[I, 143] Si el diablo pudiese salir de sí mismo,
de golpe lo verías sobre el trono del Señor.

[V, 74] Considéralo bien: en Dios hay eternidad,
con el diablo en el infierno existe sólo un tiempo eterno.

[I, 239] ¿Crees tú, pobre hombre, que el grito de tu boca
es justo himno de alabanza a un Dios inmóvil?

[V, 307] El amor entra a la presencia de Dios sin anunciarse,
el ingenio sutil hace larga antecámara.

[V, 366] Un corazón que esté quieto en Dios como Dios quiere
será tocado a menudo por él: es su cítara.

[I, 32] Yo no muero ni vivo. Dios mismo muere en mí,
y lo que debo vivir, él lo vive todo.

[IV, 156] Y Dios está más en mí, que si el mar entero
estuviese recogido en una minúscula esponja.

[I, 189] Tú mismo haces el tiempo, el reloj es tus sentidos;
si detienes la inquietud, el tiempo deja de existir.

[V, 173] Hombre, Dios no piensa nada: si tuviese en sí pensamientos
podría vacilar aquí y allá, y no es apropiado para él.

[I, 8] Sé que sin mí Dios no viviría un instante:
si yo fuese anulado, él rendiría el alma.

[I, 115] También yo debo ser sol y con mis rayos
pintar el incoloro océano de lo Divino.

[II, 193] Hombre, dado que el querer y el correr no cuentan,
debes hacer como Dios, que vence no queriendo.

[III, 28] Cuando Dios estuvo escondido en el seno de una Virgen,
el punto contuvo en sí al círculo.

[I, 23] Debo ser María, parir a Dios,
si él ha de concederme la eterna bienaventuranza.

[I, 54] Yo mismo debo ser virtud y despreciar el acaso
si la verdadera virtud ha de brotar de mí.

[I, 98] En cuanto está muerta mi voluntad,
Dios está obligado a lo que yo quiero:
yo mismo le prescribo el modelo y la meta.

[V, 32] Cristo mismo, si tuviese un poco de voluntad,
aun siendo santo, créeme, caería.

[V, 351] Los sentidos, en el espíritu, son uno
y para un solo uso: quien contempla
a Dios, también lo oye, lo siente, gusta y huele.

[I, 92] Quien es como si no fuese, como si nunca hubiese sido,
ése, oh bienaventuranza, es hecho un Dios patente.

[III, 98] ¿Qué es no pecar? No hace falta preguntar.
Ve y te lo dirán las mudas flores.

[IV, 140] La oración más noble: cuando aquel que ora
se muda en aquello ante lo cual suplica.

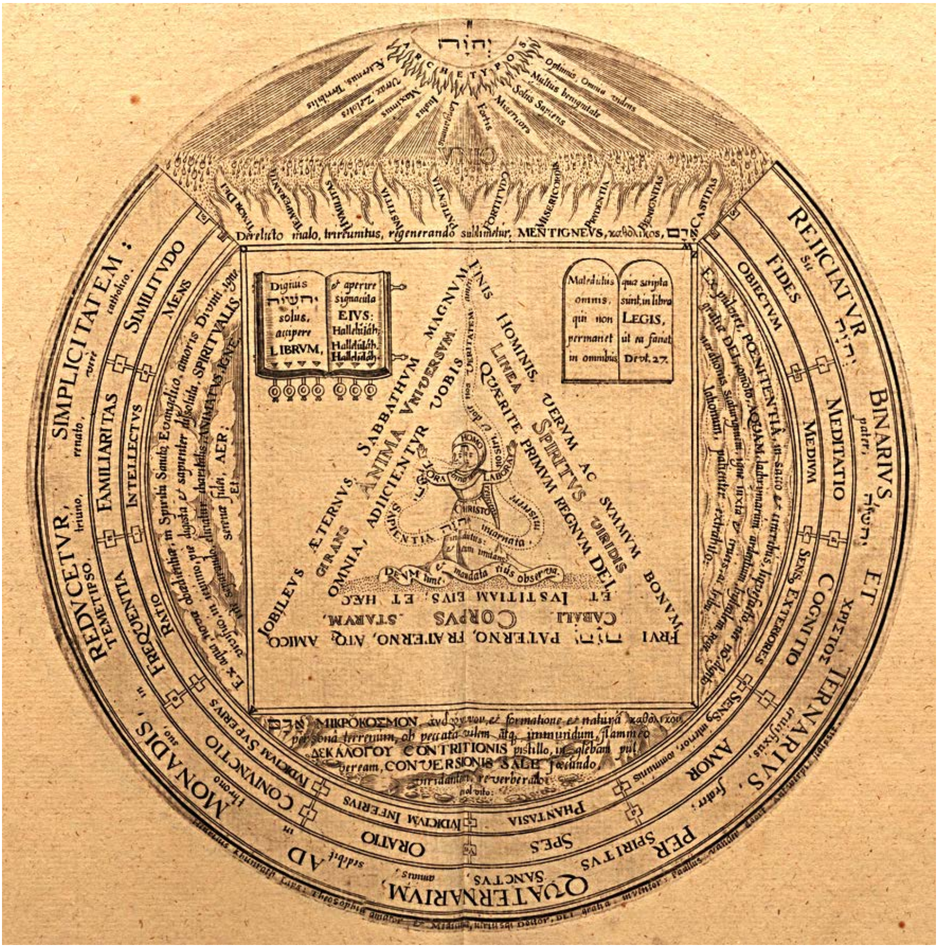
[V, 5] El cero, la criatura, si se antepone a Dios
no vale nada; detrás de él, será apreciada.

[V, 194] Lo que hacen todos los santos puede hacerlo un hombre solo.
Mira: no hacen otra cosa que abandonarse a Dios.

[VI, 263] Amigo, ya basta. Luego leerás más.
Ahora ve, y conviértete tú mismo en Escrito y Ser.

JUSTUS SIEBER

Nació en marzo de 1628 en Einbeck. Se enroló en el ejército imperial, después asistió a las universidades de Helmstadt y de Leipzig. Fue preceptor y pastor. Además de sermones, escribió *Considerationes de salute philosophorum gentilium* (Dresde, 1659), y colecciones de poesías, entre ellas *Poëtisierende Jugend* (Dresde, 1658). Murió, padre de dieciséis hijos, en enero de 1695.



Del *Amphitheatrum Sapientiae aeternae solius verae christiano-kabalisticum, divino-magicum necnon physico-chymicum Tertriunum, chatholicon*, de Enrique Khunrath, 1602. En el centro Adán y Eva, la parte viril y la femenina, están envueltos con el nuevo manto cristiano, la estola cándida, y por eso imitan, fundidos en uno, a Cristo. La tabla muestra el estado de la perfección mística, frente a la fase puramente natural representada por las ilustraciones sacadas de la obra de Robert Fludd.

https://digital.sciencehistory.org/works/dodh36q

La vana temporalidad, la durable Eternidad

Nulidad, nulidad,
como hoja temblorosa,
primavera oscilante,
clima que engaña.
Otro te persiga y te busque,
a mí el cielo me amarre a sí mismo para siempre.

Labilidad, labilidad,
puente que hunde,
pobre en placer, rica en tormento,
escuela de la malicia,
no quiero nunca más contigo intrincarme,
sino avanzar por los celestes campos.

Eternidad, Eternidad,
¡mi anhelo!
Eternidad, estación de delicia,
¡déjate estrechar por mí!
Labilidad, desaloja, parte con el viento,
¡pero ven, Eternidad, veloz como el viento!

GERHARDT TERSTEEGEN

Nacido en 1697 en Mörs (Niederrhein), siguió la estela de Czepko y de Silesio en el *Geistliches Blumengartlein inniger Seelen*. Murió en 1769.

De «El jardincillo espiritual»

El instante divino

En el quieto Ahora, en el instante divino, amable, suave,
sumérgete, no pienses ni en antes ni en después,
confíate a Dios, inclinándote a Él en ti,
y hasta que no se te muestre, ten paciencia.

¿Dónde está el cielo?

Dónde está el cielo no lo preguntes, sal de ti mismo,
de otro modo, allí donde estés, te será hostil y distante el cielo.
Quien a su querer muere y a Dios se puede dar,
ya vive, en la tierra, con Dios en el cielo.

Estáte tranquilo, Dios combatirá

Cuando el enemigo te provoca, ¡no te espantes tanto!
Quédate dentro de la fortaleza, Dios te protegerá.
Estáte tranquilo en Dios, confórtate, desprecia al enemigo
que nada puede contra quien nada hace y nada quiere.

Primero llegar, después ver

Fuera de todo tiempo y lugar habita Dios,
de las criaturas y de los sentidos lejano,
quieto, en sí, en suave paz;
si lo quieres ver, oh piadoso cristiano,
adonde Él está debes tú venir,
haciéndote igualmente desapegado.

Cual el nutrimento, tal la vida

Terrenos, anhelan los hombres la tierra,
el fondo del alma en ellos está colmo de pena:
si anhelas sólo a Dios, serás divino
y alegre y leve, y saciada será tu sed.

No te dejes atraer

Lo que con placer se mira en nosotros se imprime,
mirando sólo a Jesús serás feliz.

Nuestro trabajo de pastores

Hago un trabajo de pastor: pensamientos y deseos
son mis ovejas, a las que el ojo sigue siempre,

en los cercados recogidas en uno las tengo,
para que no vayan al ajeno pasto dispersas.

No descuidar el deber principal

En todo lo que haces, escribiendo y leyendo,
permanece a menudo quieto, regresando a ti mismo.
En lo hondo de ti, Dios te está cercano; sea El tu maestro,
y que se convierta en fuerza y sustancia lo que lees y escribes.

Manténte quieto

¡Qué a disgusto se está en casa!
Fuera nos atrae el archiengañador.
Se querría hacer mucho de ese bien,
pero haciendo no se hace más que daño.
Quietos descansando seremos de provecho,
dejándonos por Dios aniquilar.

JOHANN GEORG GICHTEL

Johann Georg Gichtel (1638-1710), hijo de un consejero cortesano de Ratisbona, tuvo que hacerse jurista pese a su vocación mística. Fue seguidor del pietista Spener, y ansió una comunidad cristiana renovada. Perseguido por los eclesiásticos luteranos, se libró de la condena a muerte refugiándose en Holanda, donde conoció círculos de seguidores de Böhme, a los cuales se agregó. En 1669 tuvo la visión de la Virgen Sabiduría, y con ella contrajo matrimonio. Tras su muerte, sus seguidores permanecieron unidos y llevaron el nombre de Hermanos de la vida angélica; los últimos fueron dispersados por los nazis en 1941.

Gichtel se contó entre los pocos que en Occidente se acercaron a la teoría india de los *chakras*: cantando un himno de Lutero, tuvo una visión, y entonces le fueron desvelados los centros, tal como cuenta él en el libro que titula: «*Theosophia practica* o Breve introducción e indicación de los tres principios y mundos en el hombre, representados con figuras distintas: dónde están sus centros en el hombre interior tal como el autor mismo los encontró en sí en la visión divina y ahora los percibe, gusta y siente. Junto con una descripción del hombre triple, en conformidad con el prin-

cipio o espíritu en él dominante. Donde cada uno podrá verse como en un espejo, en qué forma de vida y con qué gobierno es y vive. Al lado de una indicación sobre el significado de la lucha de Miguel con el dragón y de la verdadera oración en espíritu y verdad... en el año 1696». Una segunda edición, reelaborada, fue publicada de forma postuma en 1722, a cargo de Johann Georg Greber.

De «Teosofía práctica»

El hombre primordial está compuesto de ánimo fogoso y alma luminosa, dos «tinturas», y su primer pecado fue volverse a las cosas como tales, cometiendo «adulterio». Su consorte, Virgen Sabiduría, o su mitad luminosa, se alejó entonces marchándose al cielo. Él se encontró solo, pero precisamente ahora que no tenía ya poder creativo, es decir, unión de ardor y luz, la soledad le resultaba intolerable, de suerte que cayó en el sueño de la imaginación de donde fue sacada Eva. Cristo fue el andrógino restaurado (*mysterium magnum*) en el cual descansaron la viril voluntad y la femenina sabiduría. La Virgen o Viuda parió en él un hombre nuevo. La Sabiduría es parte de Dios, el *fiat* o soplo que animó el barro terrestre.

[I] El primer hombre, Adán, no era ni hombre ni mujer, su cuerpo era cristalino, del santo y puro elemento del cual se sacan los cuatro elementos, sutil como el cuerpo de Cristo después de su resurrección, cuerpo con el cual puede Él atravesar ileso piedras, agua, aire y fuego, y dominar todas las criaturas. Y aun cuando Moisés escriba a menudo: «Dios la bondad», se ha de entender que habla, no de Eva, sino de la Sabiduría, es decir, de la tintura de luz que reluce en el fuego de las almas, pues Dios insufló el soplo vivo e increado. Y en este Espíritu triple fue Adán imagen de Dios.

Ahora bien, sabemos que la mujer muere y no resucita nunca, pero siempre es transformada, así como nosotros nos convertiremos todos en vírgenes viriles, pero distinguiéndonos uno de otro como el Sol, la Luna y las estrellas,[6] y así lo muestra el Espíritu Santo (Ap 14,4).

6. «Uno es el resplandor del Sol, otro el de la Luna, otro el de las estrellas: cada estrella, en efecto, difiere de la otra en resplandor» (1 Co 15,41).

[III] En este puro amor se revela Jesús, cual pura Sabiduría: Jesús para los hombres es una virgen, y para las mujeres un hombre; Él es el Adán justo o entero con las dos tinturas.

[Adán] se dejó abrumar por el cielo exterior y quiso, como todos los animales [por él observados], vivir en la voluptuosidad; y puesto que había visto en los animales el placer bestial de la reproducción, le entraron ganas de gustar de ella y probarla, y por eso cayó en el sueño y fue subdividido.

[IV] La Sabiduría debe ser parida por nuestros dos fuegos internos; ¡el misterio es grande! Apenas renunciamos con María a nuestro querer personal, y nos hacemos Un Espíritu volitivo con Dios, se moverá de inmediato en nuestras almas el ente virginal que se debilitó en Adán y, bajo la sombra del Espíritu Santo, estará grávido del hijo de la virgen, como Jesús o Sabiduría.

El fruto nacido de las tinturas separadas es carne y mortalidad, una figura fragmentable en Padre y Madre, es decir: un dragón y una voluntad autónoma que lucha contra Dios, de manera que no vemos ni conocemos otra cosa que el Adán hecho del polvo de la tierra y la Eva que de él fue sacada; pero la verdadera y primera imagen de Dios, que tuvo una sola voluntad, no podemos concebirla sino gracias a Jesús...

Pero, puesto que el espíritu de la fuente de la ira, es decir, el príncipe de este mundo, despertó en Adán unas ganas desviadas de vivir, como todos los animales, en dos tinturas, quiso éste gustar el nacimiento del tercer principio en el cuerpo, por eso llegaron al mundo la ira de Dios y la muerte.

En este nuevo cuerpo serán transformadas de nuevo en un solo amor las dos tinturas escindidas en Adán, y si ahora el hombre pone en la mujer su imaginación, y la mujer en el hombre, en el renacimiento los instintos de la reproducción animal cesarán. Esta imagen se ama con un solo amor y es la misma virgen de la decencia, modestia, pureza, que toma y desposa a Dios, espejo de la Santa Trinidad en el que Dios mismo se contempla, siente y encuentra.

Puesto que el alma del hombre es de fuego, y la de la mujer de agua o de luz, Cristo Jesús es para los hombres una virgen y para la mujer un esposo

u hombre; es ciertamente Un Espíritu, que en los dos sexos es parido, pero la tintura masculina es más fuerte, y la femenina, débil.

[V] Sabiduría es Jesús, o su carne y su sangre celestes, tintura que es un fuego de amor que viste nuestra alma y nuestro sentimiento tiñéndolos. Ésta era la compañía de Adán antes de su sueño y le dio sabiduría y razón de suerte que pudiese dominar todos los animales, y era también su cuerpo de fuerza con el cual Adán podía dominar todas las cosas. Pero, puesto que él tuvo anhelo de la tintura terrestre, le fue puesta al lado Eva y desapareció la Virgen Celeste; entonces vino en nuestra ayuda Jesús y nos la trajo de nuevo encarnándose, y encendió otra vez el principio de la luz en nuestras almas, de suerte que ahora en Jesús podemos encontrar nuestra sabiduría y revestirnos de ella.

Nuestra alma es de fuego y viril, y esposo de la Sabiduría, lo cual para las mujeres es al contrario.

Tenemos un cuerpo astral en el elemental; es también espiritual y anhela a Sabiduría y la atrae en virtud de su hambre perenne.

Cuando las mujeres atraen a Jesús, son también ellas vírgenes viriles y sacerdotes de Dios; en el cielo no hay ni hombre ni mujer.

[VI] Por lo que concierne a su esencia, [la Sabiduría] es el Amor esencial en nosotros, en el segundo principio o mundo angélico opuesto a la ira esencial del primer principio, en la criatura: en eso consiste el combate de Miguel y del dragón [del cual estamos hechos y] que debemos superar y vencer, si queremos sobrepujar al dragón y emigrar al paraíso con la Sabiduría. Su forma es de criatura humana, de miembros como tenemos los hombres, pero sin miembros de animal. Ella es el *fiat* gracias al cual Dios creó todas las cosas, y cuando fue formado el cuerpo de Adán, ella se inspiró dentro del segundo principio como ayuda suya... Ella no es Dios, sino su imagen y semejanza; cuando Dios se miró en el espejo de su Sabiduría, la imagen del espejo era un espíritu sin sustancia que, sin embargo, tomó sustancia en Adán. Ella no es Jesús, sino la Virgen del pudor que se abrió de nuevo en María y se sacrificó con el nacimiento de Jesús, y por eso es indivisible Virgen viril, como en el primer Adán: para sus hombres, una querida esposa y compañera; para las mujeres, un hombre y marido fiel.

De «Teosofía práctica», edición de 1722

[Prólogo] Aun cuando Adán con su lengua exterior no comiese del fruto prohibido, sin embargo su imaginación entró con tal fuerza en el árbol prohibido que se vio abrumado por él y murió a la fuerza vital interior, o, como dice la Escritura, cayó dormido. Pero, ¿qué hizo Adán? Imaginó tan largo tiempo con el anhelo y lucha del *spiritus mundi*, que al final quedó grávido y, abrumado, impotente, caído en sopor, fue desgarrado.

Las bodas espirituales

[IV, 98] Cuando el alma ha paseado por algún tiempo con su Esposa por el jardín de rosas, cuando ha hecho provisión de flores, la Esposa saca al Esposo, el alma, fuera del cuerpo.

[99] Entonces ella se asemeja a una bola de fuego... y se ve sumergida en el mar de fuego: esto me sucedió cinco veces en cinco días seguidos durante las oraciones de la tarde; vi que estaba en medio de un azul cristalino como el firmamento, pero se trataba de un agua ardiente, y que el alma, al atravesarla, la hacía ondear en pequeñas olas de fuego; no puedo expresar su sabor ni sus deliciosas impresiones.

Renovación del cuerpo

[III, 13] Este [nuevo] cuerpo se nutre del Verbo de Dios o de la Sabiduría celeste, que aparece saliendo del sagrado fuego interior del Amor y de la luz, y que el deseo o la fe hacen presente o concebible. Y todo eso es espiritual, más sutil que el aire, similar a los rayos del Sol que penetran todos los cuerpos.

[III, 25] No recibimos una nueva alma con la regeneración, sino un nuevo cuerpo; de manera que el alma no tiene necesidad de salir de un nuevo parto, sino sólo de una renovación y de una conversión del exterior al interior, para que haya «renovación» en virtud de la pura divinidad.

El hombre tenebroso

[II, 6] La vida del alma sale del fuego eterno interior, que tiene su *centro* en el corazón, pero más hondo; es representado por un globo oscuro puesto bajo el corazón. Es el Dragón ígneo, o Espíritu-de-este-Mundo; está tan unido con la primera vida como el hombre con la mujer; su raíz está en el Abismo [en la potencia originaria de Dios].

[7] Genera siete estados, los cuales son los siete sellos que impiden a los no regenerados percibir el fuego divino.[7]

[IV, 18] Por debajo del corazón donde está la divina luz del mundo [en el hombre viviente], está el divino ojo *mágico* de las maravillas, y el fuego que es, en los regenerados, el lugar donde el Padre [Jehová] produce a su Hijo [Cristo], el cual está en el corazón. En los demás es [solamente] el fuego de la cólera divina...

[19] Es el fondo del cielo y de los infiernos y del mundo visible, de donde nacen el bien y el mal, así como la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, la bienaventuranza y la condenación...

[20] Es llamado *mysterium magnum* porque contiene dos seres y dos voluntades.[8]

[II, 51] Los signos de los elementos representan la rueda de la naturaleza exterior, el cuerpo sidéreo que se enrolla en torno al principio del fuego, incluso en el Sol. En torno al corazón hay una serpiente que es el Diablo en el *spiritus mundi* (es decir: en la matriz originaria), el cual se insinúa en nuestras formas de vida terrestre hasta en el Sol.

[52] El círculo o globo que está en torno al Sol representa el mundo de la luz, que está escondido.

[53] Y el *globo* oscuro representa el alma del fuego, o cólera de Dios.[9]

7. ♈ es el orgullo, ♃ la avaricia, ♀ la ira, ♂ la envidia, ☉ el amor propio; ☿ y ☾ no son atribuidas a ningún vicio determinado.

8. «Este globo, puesto en las figuras junto al bazo, correspondería a los infiernos», sea como base subyacente, sea como fuego abrasador, cual se manifiesta a los seres decaídos. La primera tabla muestra un hombre con un centro dorado sobre la frente: el Espíritu Santo; uno argénteo en la laringe: la Sabiduría espejo de Dios; uno en el corazón: Jesús; uno en el bazo, pero celeste con aureola de llamas blancas: Jehová; uno negro en los genitales: Mundo tenebroso, raíz de las almas en el centro de la Naturaleza.

9. Acompaña estas declaraciones una figura con el título *El hombre terrestre natural tenebroso según las estrellas y los elementos*. La figura humana es totalmente negra y la cir

[III, 51] Vi en mi corazón una luz blanca; en torno al corazón, una gran serpiente enroscada tres veces sobre sí misma como una trenza; en medio, en una claridad, apareció Cristo en la forma descrita por Juan (Ap 1,13-15).

QUIRINUS KUHLMANN

Nació en Breslavia en 1651; estudió jurisprudencia y fue poeta laureado. Tras una primera iluminación en 1669, se hizo seguidor de Böhme y frecuentó los círculos místicos holandeses. Predicó una unión ecuménica de toda religión, vagando de Inglaterra a Turquía. En Moscú, el patriarca ortodoxo hizo que lo condenaran a la hoguera junto con sus seguidores. Era el año 1689. Escribió, entre otras obras: *Neubegeisterter Böhme, begreifend hundertfünfzig Weissagungen* (1674); *Der Kühlpsalter* (1684-1686).

De «Salterio refrigerante»

Salmo refrigerante 50

¡Alabado sea Dios, el vuelo se completó a oriente y a septentrión!
¡Fue, ha sucedido!
¡El arado ha multiplicado nuestro vuelo![10]
¡Ha dado alas a nuestro padecer!
¡Cuán alto fue el salto! ¡Qué amplio! ¡Qué ancho! ¡Qué grande!
El perder dio la victoria,
la paz creció en la guerra.
¡Lo que nos amarró en prisiones nos soltó y liberó!
¡Alabado sea Dios, lo que me debilita, eternamente me refuerza!
¡Oh fortísima fuerza, mucho más allá de cuanto los hombres ven!

---

cunda una espiral que va del ápice de la cabeza, con el signo ♑, al ombligo ☾, a lo alto de la nariz ♃, al bazo ☿, al cuello ♃, al hígado ♀, y al corazón, donde una serpiente se enrosca en torno a ☉. Aparte está la leyenda: «El elemento del fuego △ está en el corazón; el del agua ▽, en el hígado; el de la tierra ▽, en los pulmones; el del aire △, en la vejiga». El Sol es el yo, que está apretado por el anhelo o avidez.

10. En Kuhlmann, el arado (*Pflug*) es símbolo de las tribulaciones que permiten la elevación (*Flug*, «vuelo»).

¡Alabado sea Dios, el vuelo acontece de oriente y de septentrión!
¡El arado ha arado!
¡Arriba, Espíritu! ¡Arriba, júbilo! ¡Arriba, arriba! ¡Está cumplido!
¡Bien, está bien que me hagan la guerra todo en torno!
¡Arriba, Espíritu! ¡En el Espíritu de Dios! ¡Arriba, Espíritu! ¡Haz como David!
Regocíjate con todas tus fuerzas.
¡Con todas las huestes angélicas!
¡Alégrate! ¡Llénate de júbilo! ¡Voz de alabanza! ¡Triunfa!
¡Alabado sea Dios, lo que me ennegrece me blanqueará eternamente!
¡Oh fulgor santo, resplandecer con el fulgor de Jesús!

¡Alabado sea Dios, el vuelo acontecerá a oriente y a septentrión!
¡Estamos de nuevo entusiasmados!
¡Ahora subimos más ágiles de lo que el mundo pudiera creer,
porque nos mueve una eterna fuerza!
¡Nos arrastra el Espíritu que ata a todo Espíritu en toda criatura
con la omnipotente cuerda de Dios!
¡El Espíritu, Espíritu de los Espíritus! ¡Insondable para las criaturas!
¡Alabanza a Dios, lo que me representó tiene que enderezarme eternamente!
¡Oh luciente luz, que debe iluminarme ahora de un extremo a otro!

¡Alabanza a Dios, el vuelo acontece a través de oriente y de septentrión!
¡Tiempo a través de todos los tiempos!
¡Estupendamente velejamos sobre la goleta de carbúnculo
de la eterna eternidad!
Las olas se resguardan con islas de luz hasta el palacio del Sol,
de las azules fortalezas de nubes.
¡En eternísima eterna adornada maravilla fúlgida de luz!
¡Alabado sea Dios, lo que se hunde es altísimo en Dios!
¡Oh Dios, Dios, Dios, tuya es esta gota de maravilla!

Salmo refrigerante 62

La tiniebla me ofusca:
¡porque ocultamente se inicia la esencialidad!
¡Oh raro carbúnculo de la fortuna!
Lo que se derrama fuera, fluye.
Después, de arroyo que era, se convierte en mar.
Cuanto más oscuro, tanto más luminoso:

cuanto más negro el todo, tanto más blanca su simiente.
Un ojo divino es juez:
ningún mortal vive que haya entendido algo de eso;
cada vez más resplandece, cuanto más sombrío se presentó.
¡Oh noche! ¡Noche que alborea!
¡Oh día, racional razón de la noche!
¡Oh luz que hieres a los Caínes
y clara irradias a la estirpe de Abel!
Me alegro de tu oscura llegada.
¡Oh milagro tan esperado,
que despunta del núcleo del árbol entero!
Te enciendes de nuevo con el fuego del Edén,
¡oh amado, mira cómo me languidece el corazón!
Basta; ¡escucha cómo me late dentro!
¡Oh indecible azul!
¡Oh lucentísimo rojo! ¡Oh blanco más que amarillo!
Lleva a conocer lo que hay de más eterno,
haz de la tierra tierra de paraíso,
quita maldición a la maldición, bendice cada rama.
¡Oh cuatro terrestre! ¡Qué rayos!
El más oscuro es como el Sol más luciente,
¡oh gloriarse cristalizado!
La tierra hace voluptuoso el placer celeste:
brota a su vez como si fuese la fuente.
¿Qué imagen esencial?
¿Apareces así, secretísima, figura de fuerza?
¿Cuánto de importante, y qué naturaleza?
¿Y qué número? ¿Qué indicio?
¡Tú eres, yo no soy! ¡Tuya la naturaleza y la curación!
La corona es plena,
los mil son por doquier sustituidos:
ha acontecido lo que estaba velado;
oh altísimo rojo, muy requemado,
sobre ella se ha consumado todo arte.
Los lirios y las rosas
están rotos por seis días seguidos mañana y tarde,
te coronan con caricias
a ti, y a mí por tu fatiga.
Tu voluntad es la mía, la mía es la tuya; ¡lleva a cumplimiento!

En el brillar de Jesús
volamos como flechas a la corona de Jesús:
por medio de ti es apagado el orgullo:
vas a pie, entre grandes escarnios.
Otro es contigo heredero e hijo.

GOTTFRIED ARNOLD

Nació en Annaberg (Sajonia) en 1666, estudió en Wittenberg y fue educado, como teólogo luterano, en aquella anquilosada sistematización que había de ser el blanco de los *collegia* de opositores, por burla llamados pietistas. Arnold fue sistemático en su rebelión contra el luteranismo oficial, pues no sólo se hizo pietista, sino que muy pronto se liberó de todo ordenamiento eclesiástico y renunció a la cátedra. Tuvo trato familiar con Gichtel y los filadelfos, y escribió el prólogo a las versiones de Madame Guyon. En 1701 se casó y ejerció como párroco en Allstedt. Su muerte estuvo cargada de presagios sobre el futuro alemán: cuando, en 1714, vio a los reclutadores del ejército de Federico penetrar en su iglesia y apoderarse de los jóvenes comulgantes, le dio un síncope.

Además de poesías (*Göttliche Liebes-Funken*, 1698; *Anderer Theil der göttlichen Liebes-Funken*, 1701; *Neue göttliche Liebes-Funken*, 1701), escribió una historia de las sectas y de los herejes, y *Das Geheimnis der göttlichen Sophia*.

DE «EL SECRETO DE LA SANTA SABIDURÍA»

Ante todo está claro lo que Jerónimo, entre otros, recuerda: que en la divinidad no hay sexo.[11] La naturaleza invisible no está dividida en hombre y mujer, ni se reproduce mediante multiplicación y nacimiento. En efecto, un ser que no tiene carne no tiene comunión con los cuerpos. Por eso se debe despojar de todo sentido carnalmente impuro lo que aquí se va a decir.

Sabemos que el Hijo se reveló en la carne y, al hacerse hombre, asumió forma viril;[12] Él no admite cualidad humana alguna en la medida en que

11. Jerónimo, *Commentaria in Isaiam prophetam*, XI, 40; Basilio de Seleucia, *Orationes*, VI.

12. Máximo el Confesor, *Scholia in corpus Aeropagiticum, De coelesti hierarchia*, 4.

permanece en la unidad y en su naturaleza una y divina; y descendió aquí abajo según una economía especial para llevarnos a los hombres de nuevo a la espiritualidad perdida. Junto con Él, según la misma economía, descendió también la divina Sabiduría y en la Escritura está representada en figura de mujer, virgen, esposa, madre, nodriza, maestra, etcétera. Y esto no acontece por comparación exterior, ni por discurso florido, ni tampoco según una mera terminología sexual, sino según la esencia, porque ella misma obra así y no de otro modo, mostrándose personalmente al ojo del sentimiento en aquellos que la buscan y encuentran... Ya los antiguos reconocieron en cierta medida, o expresaron con palabras oscuras, lo que ahora se debería experimentar y ver mucho más claramente: que la eterna Sabiduría no está confinada en los sexos masculino o femenino tal como están reducidos, a ruina y vergüenza, tras la caída, sino que es pura celeste razón y perfecta virginidad pura.

Se afirma, por tanto, que ella, en consecuencia, podía y quería revelarse y operar según una semejanza adaptada a cada una de las almas, que habían de ser llevadas a la gloria pasada por medio de un nuevo nacimiento divino. Y que ella debía descender a las almas con tal fin, para llevar a término la obra de la salvación como virgen o mujer o madre.

El fondo de este misterio está escondido. Cuando Adán con su deseo se alejó de Dios, de sí y de la santa Virgen de la Sabiduría que habitaba en él, perdió a esta Esposa secreta...

En la caída fue separada de él la Sabiduría celeste y, puesto que él era de sensibilidad terrestre y tenía necesidad de una mujer, fue formada a partir de sus costillas la fémina, y, así lo afirma la Escritura, él perdió la cualidad femenina y obtuvo sólo la viril. Si el hombre hubiese de regresar a su perdida perfección paradisíaca, el bendito sexo femenino debería devolverle también esta parte de sí mismo, y hacer feliz a la mujer en la unión con el hombre. Con tal fin el Mesías estuvo en el sexo femenino de María, fue hombre y llevó de nuevo la parte viril al cuerpo de la mujer virginal, aunque ya llevaba en sí figura virginal. Así fue puesto el fundamento gracias al cual la fuerza viril y femenina pudieron llegar a ser de nuevo una sola figura y sustancia, y la nueva criatura pudo subsistir ante Dios tras el renacimiento como Virgen viril. En ésta domina la cualidad viril del fuego, pero queda dulcificada y atemperada por la fuerza luminosa de la mujer (lo mismo que el hijo por medio del amor extingue la ira del Padre), pues así permanecerá y dominará la figura del primer perfecto Adán, y no de Eva...

La Sabiduría en los fieles es ya conferida e innata en el cuerpo materno. Ella ha puesto un fundamento de la eternidad entre los hombres y es envasada en el semen.

Ha vivido entre todos los pueblos, y ha buscado la paz entre todos.

Por eso todo espíritu hecho a semejanza de Dios puede encontrar en sí y en su esencia a la Virgen divina. La razón de ello es que ésta, tras la caída, se anuncia entre todos los hombres de modo espiritual y oculto, y querría volver a empezar su vida precedente en ellos.

En efecto, esta Virgen fue desposada y unida al primer hombre en su inocencia como semilla de puro nacimiento espiritual, de suerte que vivió en Adán como espíritu vivo y soplo inspirado por Dios, y despertaba en él toda alegría y goce imaginable. Adán habría debido contentarse y vivir con esta pura Esposa en gloria paradisíaca, permaneciendo deseoso sólo de Dios.

Pero, dado que se volvió con duda y deseo a las criaturas y se hizo terrestre, la divina Sabiduría se alejó de él y de toda la tierra, y él recibió, en lugar de la celeste, una Eva terrestre que durante el sueño (que era ya señal de su debilitamiento) le sacó Dios de las costillas.

Esta Sabiduría, alejada a causa del pecado, no habita ya en modo paradisíaco en el hombre caído, pero, por amor cordial de su antiguo trono, no deja de anunciarse internamente en el corazón de cada hijo de Adán pidiendo la restauración de la vida común perdida.

Esto acontece por obra de su secreto agitarse, recordar, castigar, llamar abiertamente, pero también obstaculizar y por algún tiempo ahogar, de donde viene toda ceguedad, todo error y extravío... En efecto, no es otra cosa que un soplo amable y leve, un llamamiento en el alma, que la sorprende de improviso sin haber sido buscado, cuando ella está interiormente quieta. Es ésta una persuasión tan sutil y suave que puede ser ahogada por la menor manifestación de la naturaleza tosca, con palabras y con obras, y hasta con pensamientos, que ni siquiera tienen por qué ser malos en sí mismos.

Por eso su imprevista llegada se describe como una aparición espiritual interior aun cuando se revela verdaderamente al ojo de un espíritu que busca. Ella se muestra en el camino a los que ama, dice el *Eclesiástico*.

En su compañía hay inteligencia; en sus palabras, buena fama. Ella viene a los que encuentra preparados, y les desvela sus misterios (Si 4,17-18). Cuando uno la busca, la conoce.

En la desfallecida congoja entra Sabiduría con su agua de vida y de amor, y el espíritu se mueve con suaves efectos en tales semillas de vida, con indecibles rasgos de gracia, no deja paz a las almas mientras no sea pa-

rida su semejanza espiritualmente, hasta que la muerta figura de Dios sea de nuevo alcanzada, y se devuelva a la humana su precedente esencia celeste con toda cualidad celeste.

Pero, ¿dónde hay una madre sin nacimiento? ¿Dónde están los hijos sin progenitores operantes y sustanciales? No es ésta una lucubración de figura retórica o de florida semejanza.

Las cosas suceden de forma mucho más realista en el Reino de los cielos, que no en los bajos elementos terrestres. Éstos son, en efecto, sólo una sombra o ruinas abandonadas de aquél.

Cristo restaura la semejanza perdida en virtud de la cual el Padre que está en los Cielos ha engendrado de verdad a sus hijos del semen vivo y esencial de la Palabra eterna, y por eso no impropiamente, sino del modo más exacto y adecuado se llama Padre. No otra cosa sucede con la eterna madre Sabiduría, su Virgen eterna. Por eso un antiguo sabio llama a Dios Padre del mundo (y por tanto del nuevo mundo o creación), pero llama Madre a la Sabiduría.

Agustín llama a la Sabiduría modesta madre de los creyentes. Y también Pablo habla de ella como de la Jerusalén celeste, es decir, nuestra Madre o Madre de aquellos que de verdad han nacido de Dios (Hb 12,22; Ga 4,26; véanse Ap 3,12; 21,10). Esta esposa del Cordero es conocida como morada secreta del Santo y de sus hijos, como también explican los sabios antiguos.

Los profetas, dependiendo del fin y de la materia tratada, la llaman Esposa, Templo o cabaña de Dios. Describen su figura y aparición con su vestido nupcial, de suerte que, ¿cómo podría la Esposa ser conducida a su Señor con ropajes más suntuosos si, en vez de vestidos, está circundada de luz? ¿No veis una casta mujer toda inmaculada de duradera belleza que lanza rayos de luz fulgente? En vez de con ropa, está vestida de luz, y las estrellas clarísimas son las diademas de su cabeza.

Esta madre, continúan ellos, produce y pare a los hombres psíquicos, transformándolos en espirituales en su función de madre. Lo mismo que el semen informe de un hombre forma en el plazo de ciertos meses dentro de la mujer un ser humano completo, así aquellos que se refugian en la Palabra (Cristo), serán acogidos por la comunidad de Dios y conformados a semejanza y modelo de Cristo, y tras cierto tiempo transformados en ciudadanos de la eternidad espiritual.

La Escritura, y también los primeros cristianos, muestran que el espíritu del hombre en sí mismo aparece ante Dios desnudo e incompleto si no lleva un traje nupcial, que es un cuerpo de luz o de fuerza perdido

por Adán en el paraíso, para no encontrarse desnudo, como dicen Pablo (2 Co 5,3) y san Macario. Si, pues, un alma quiere ser transformada por la Sabiduría, debe entrar de nuevo en el cuerpo virginal de su madre y sacar de él un nuevo principio o elemento, y en la nueva creación con la Sabiduría de naturaleza divina revestirse de una sustancia espiritual celeste, o nueva corporeidad, y ser incorporado e inmerso en ella en virtud del cielo, y será entonces preservado del fuego de la ira y no será arrojado fuera cuando venga el Rey a ver a los invitados de su banquete nupcial.[13]

FRIEDRICH CHRISTOPH OETINGER

Friedrich Christoph Oetinger nació en Göppinger el 6 de mayo de 1702, y murió en 1782. Admiró a Johann Albrecht Bengel (1687-1752) y a Emmanuel Swedenborg, pero su fuente principal fue la Qabbālāh.

De «Salmo»

Dios es de sí mismo y no tiene necesidad de nadie. La criatura es por sí misma nada y siempre está necesitada de Dios. Por eso dice David: «Mandas tu aliento y los creas; se lo retiras y son polvo» (Sal 104,29).

¡Ah, Dios eterno! Eres un artífice invisible e ignoto. Te revelas, no obstante, a través de tu creación, por la cual se reconoce tu fuerza eterna y divinidad.

El firmamento estrellado es visible, el cielo, invisible. El cielo es luciente, pero no como Dios.

¡Dios es pura luz, todo lo creado, sin Dios, oscuridad! Puesto que el abismo tiene el mínimo de luz, es sede de la oscuridad, y el demonio pertenece al abismo, porque perdió su luz.

¡Oh Dios! Luz es tu vestido. Los cielos y el cielo de cada cielo no te comprenden, pero tú los comprendes.

Oh, conduce mi corazón desde este mundo tenebroso hasta tu luz.

Déjame vagar ante ti, en tu luz, sin realizar obras de oscuridad.

Las estrellas están en el cielo y no se caen de él. Dios las puso bajo llave en la nada, o sea, en su fuerza interna, que no se ve (Jb 26,7).

13. Metáfora que es el eje del misticismo rosacruz.

A esta fuerza interna, a este mundo invisible debemos llegarnos varias veces cada día y representarnos con el pensamiento que estamos allí más que en la propia estancia, más que en el maligno mundo.

Puesto que sus fuerzas son indisolubles, Dios es perfecto.

Pero las fuerzas de las criaturas se ven disueltas por el pecado, y por eso no subsisten en el bien ni en la verdad, en los que originariamente Dios las ordenó.

De «Pensamientos»

El sentido común es algo tan claro que si se le pregunta a alguien qué es, se escandaliza de oírselo preguntar. Por eso la santa Escritura no explica la palabra «corazón». Pero es esa gran claridad que se tiene en uno mismo cuando se está parado y tranquilo, y sin embargo, precisamente por eso, es algo muy escondido. Salomón dice que Dios ha escondido la eternidad en el corazón del hombre (Qo 3,11). En cada hombre hay impulsos anteriores a la educación que empujan hacia la eternidad, llámense como se quiera; baste decir que sin ellos no se puede hablar comprensiblemente del testimonio del Espíritu Santo... No hay definición más breve de lo que responde a la Sabiduría que llama por las calles.

Si no puedo hacer algo que, no obstante, me agrada en los demás, Dios me lo cuenta como si lo hubiese hecho yo. Pablo dice que el evangelio es la fuerza de Dios, porque en él se revela la justicia de Dios. La justicia de Dios no es muy distinta de la gloria de Dios, porque tenemos necesidad de la gloria de Dios (Rm 3,7).

Todos aquellos que caigan bajo el Juicio, tras las sentencias de Dios darán gracias por sus castigos y los aprobarán. En nuestra Iglesia se enseña con seguridad que los castigos infernales serán sin fin, sólo nos preguntamos si lo que se ha ido convirtiendo poco a poco en doctrina en el mundo, por efecto de la incomprensión de la palabra «eternidad», tiene algún fundamento.

Lo visible prorrumpe desde lo invisible por cierto tiempo, y después desaparece de nuevo. Esto se llama una eternidad: si algo creado dura cierto tiempo y después se retira a lo invisible.

Los castigos son, ciertamente, pavorosos, pero totalmente distintos de como se piensa, porque en el infierno uno no se quema, sino que se disuelve, de suerte que las míseras criaturas pueden aún dar gracias por ello.

La sagrada Escritura no conoce una muerte eterna.

De «Sermón sobre la Qabbālāh»

Queremos también mostrar con seriedad que, cuando se tiene el fructuoso conocimiento de la Trinidad, se goza de la vida eterna. Muchos paganos, muchos judíos, muchos cristianos obtienen el gusto de la vida si ven con la luz de la comunión con Dios. Nicodemo era maestro en Israel; indudablemente, por las doctrinas ocultas sabía bastante sobre la trinidad, sabía de las siete Sefīrōth por el libro de Abraham, el *Sĕfer yetzīrāh*, que es la doctrina de la trinidad, sabía por Miqueas (5,1) que las salidas del rey Mesías eran desde el Inicio y desde la Eternidad. De dichas salidas, esplendores o *sefīrōth*, los judíos calculaban diez, o tres por tres más uno, porque la revelación santa cuenta tres y siete. Pero son sólo tres que habitan dos veces tres como superiores y que son unificadas en la décima... Vivieron entre 1613 y 1679 dos hermanas princesas de Württemberg y tías abuelas de la todavía viva y dignísima Alteza de la princesa Federica de Württemberg-Neustadt, cuya piedad corone Dios de fuerza y de gracia. De las dos, la primera era docta en ciencias; la segunda, en cambio, la princesa Antonia, amaba sólo la sagrada Escritura y la Qabbālāh, que en el *Zohar* trataba de las Sefīrōth. Amaba la Qabbālāh, no por capricho, sino porque tenía una sed indecible de conocer realmente la Trinidad según la vieja manera judía en las diez Sefīrōth. Se hizo enseñar hebreo, y vio que las emanaciones iban por parejas y estaban unificadas en la tercera, en el Amor y en el Juicio, en la Bondad y en la Dulzura.

Vio también en la figura de Jesús crucificado, ya prefigurado por la serpiente de bronce, tres Sefīrōth en la cabeza, tres en el pecho y los hombros, tres en los costados y en el vientre, todas después reunidas en la décima (Malkhūth) como en el reino. Esto conectaba y unificaba todo el misterio de Dios y de Cristo con el Antiguo y el Nuevo Testamento, y ella quiso que fuese pintado en el baptisterio de la Iglesia de modo edificante, y que allí fuese sepultado su corazón.

https://www.facebook.com/media/set/?set=a.648755448593955&type=3
THE KABBALISTIC TEACHING PAINTING OF PRINCES ANTONIA

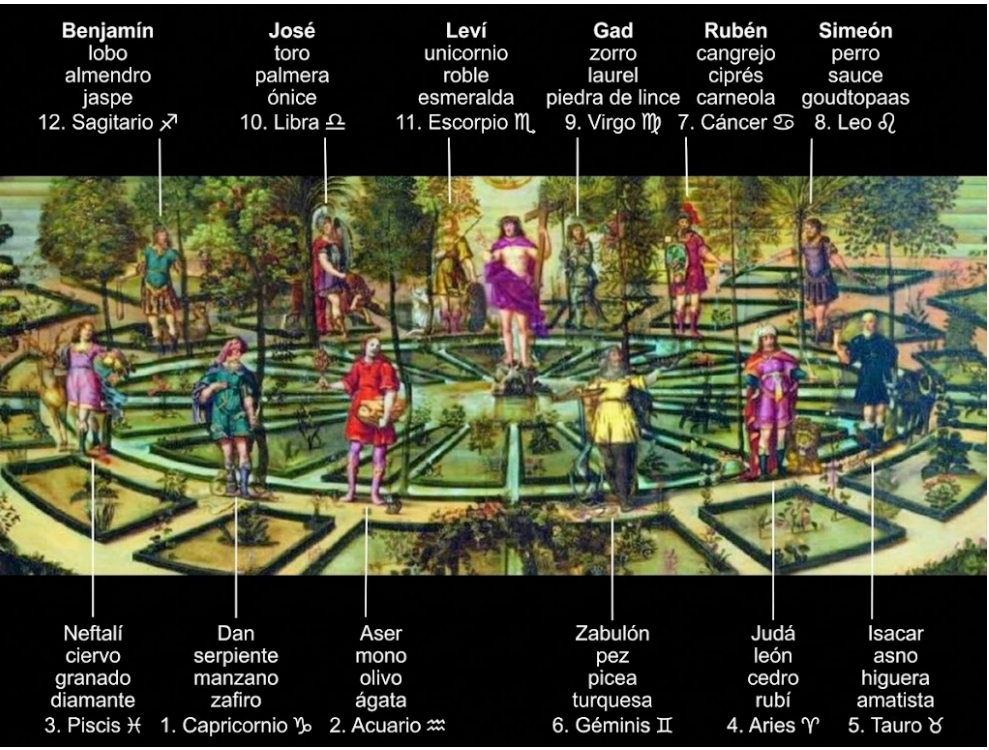
De Ernst Benz, *Die christliche Kabbala*, Zurich, Rhein, 1958: tabla cabalística de la princesa Antonia de Württemberg conservada en la iglesia de la Trinidad de Teinach (1662). Con las diez Sefīrōth o emanaciones de Dios: *a)* Dios Padre; *b)* Dios Hijo; *c)* Dios Espíritu Santo; *d)* La Gracia; *e)* La Justicia; *f)* El Amor; *g)* La Victoria; *h)* La Alabanza; *i)* El Fundamento; *j)* Cristo.

1. La corona del Reino, sobre el monograma de la princesa
2. Los veinticuatro ancianos
3. Elías con la espada
4. Moisés y la zarza ardiente
5. Henoc con un libro
6. Lucha y victoria de Miguel
7. El cordero en el monte Sión
8. La caída del dragón
9. La muchedumbre de los bienaventurados en el monte Sión
10. Ángeles que alaban
11. Ángeles con hojas de palmera
12. Dios con los santos, como Juez
13. La ascensión de Jesús al cielo
14. La efusión del Espíritu
15. Las ruedas de Ezequiel
16. Los cuatro animales de Ezequiel
17. Transfiguración sobre el Tabor
18. Una mujer lava los pies de Jesús
19. Nacimiento de Jesús
20. El hijo pródigo
21. El ángel ante María
22. Jesús enseña en el Templo
23. El elemento del fuego
24. El elemento del agua
25. Ascensión de Elías al cielo
26. Jonás engullido por la ballena
27. Los tres en el horno
28. Bautismo de Jesús
29. Juicio de Salomón
30. Ester ante Asuero
31. Abraham a punto de inmolar a Isaac
32. David recibe alimento durante su huida
33. Agag y Samuel
34. El joven Tobías guiado por Rafael
35. Jacob lucha con Dios
36. Jacob ve la escala
37. Victoria sobre Amalec
38. Mensaje sobre la pared para Baltasar
39. Victoria de Gedeón sobre los madianitas

40. Lot salvado por Abraham
41. El faraón y los suyos se ahogan en el mar Rojo
42. Gedeón distingue por el modo de beber a quiénes debe escoger
43. Jesús y la Samaritana
44. Arca de Noé
45. Imagen de las monarquías de Daniel
46. El ángel implora la consumación de los misterios
47. El Sinaí humeante
48. El monte Sión
49. Campamento de los israelitas
50. Jerusalén
51. El ángel del Apocalipsis con la rueda de molino
52. Ángel con el Evangelio eterno
53. Serpiente de bronce
54. Jesús crucificado
55. Juan el Bautista
56. Moisés con las tablas de la ley
57. Josué
58. Pablo apóstol de las gentes
59. Aarón tras el altar
60. Expulsión de Adán y Eva del paraíso terrestre
61. Isaías ve la señal del reloj de sol que retrocede
62. El Dios de Israel responde a Elías con el fuego
63. El maná cae del cielo
64. Sansón destroza un león
65. José y los dos sueños
66. Cristo y el cáliz de los dolores sobre el monte de los Olivos
67. La copa de José en el saco de Benjamín
68. Los perros lamen las llagas de Lázaro
69. El Samaritano caritativo
70. Elías alimentado por los ángeles
71. Jesús alimenta a la multitud en el desierto
72. Sepultura de Jesús
73. Resurrección de Jesús
74. Jacob bendice a los dos hijos de José
75. Jesús anima y bendice a los niños
76. Circuncisión
77. El Niño Jesús en el Templo
78. La reina de Saba ante Salomón

79. Los sabios de Oriente ante Jesús
80. La victoria de David despierta envidia
81. David derrota a Goliat
82. David trae de vuelta el arca de la alianza
83. Entrada de Jesús en Jerusalén
84. Marta y María
85. Jesús perfumado por la Señora y traicionado por Judas
86. Sepultura de Jacob
87. Lázaro resucitado
88. Los cuatro grandes profetas
89. Los cuatro evangelistas
90. Los doce profetas menores
91. Los doce apóstoles

l Rubén
m Simeón
n Leví
o Judá
p Zabulón
q Isacar
r Dan
s Gad
t Aser
u Neftalí
x José
y Benjamín


Benjamín
lobo
almendro
jaspe
12. Sagitario ♐
José
toro
palmera
ónice
10. Libra ♎
Leví
unicornio
roble
esmeralda
11. Escorpio ♏
Gad
zorro
laurel
piedra de lince
9. Virgo ♍
Rubén
cangrejo
ciprés
carneola
7. Cáncer ♋
Simeón
perro
sauce
goudtopaas
8. Leo ♌
Neftalí
ciervo
granado
diamante
3. Piscis ♓
Dan
serpiente
manzano
zafiro
1. Capricornio ♑
Aser
mono
olivo
ágata
2. Acuario ♒
Zabulón
pez
picea
turquesa
6. Géminis ♊
Judá
león
cedro
rubí
4. Aries ♈
Isacar
asno
higuera
amatista
5. Tauro ♉

Bibliografía

MÍSTICOS ITALIANOS DE LA EDAD MODERNA

SAN BERNARDINO DE SIENA

Tratado del amor de Dios

San Bernardino de Siena, *Trattato dell'amore di Dio*, *Operette volgari*, a cargo de D. Pacetii, Florencia, Libreria Editrice Fiorentina, 1938.

Opuscoli mistici, a cargo de N. Rosadi y M. Sticco, Milán, Vita e Pensiero, 1956.

SAN ANTONIO DE FLORENCIA

Obra para buen vivir

San Antonio de Florencia, *Opera a ben vivere*, a cargo de C. Angelini, col. «Biblioteca dei Santi», nº 11, Milán, Istituto Editoriale Italiano, 1926.

MATTEO PALMIERI

De la vida civil

Eugenio Garin, *Filosofi italiani del Quattrocento*, Florencia, Le Monnier, 1942.

SANTA CATALINA DE BOLONIA

Las armas necesarias para la batalla espiritual

Santa Catalina de Bolonia, *Le armi necessarie alla battaglia spirituale*, Bolonia, Stamperia di Lelio della Volpe, 1787.

GIOVANNI PONTANO

Carta sobe el fuego filosófico

Lettera di Giovanni Pontano sul «Fuoco Filosofico», a cargo de M. Mazzoni, Roma, Atanor, sin fecha.

MARSILIO FICINO

Argumento sobre la «Teología platónica»

Eugenio Garin, *Filosofi italiani del Quattrocento*, Florencia, Le Monnier, 1942.

LUCA PACIOLI

De la divina proporción

Luca Pacioli, *De divina proportione*, Milán, Biblioteca Ambrosiana – Mediobanca, 1956 (trad. cast.: *La divina proporción*, Tres Cantos, Akal, 1991).

SANTA CATALINA DE GÉNOVA

Vida de santa Catalina de Genova

Vita mirabile, e dottrina santa della Beata Caterina Fiesca Adorna, Génova, Bottari, 1667.

Diálogos del Alma y del Cuerpo

Santa Catalina de Génova, *Opere*, a cargo de G. de Libero, col. «Amanti di Dio», nº 5, Modena, San Paolo, 1956.

LUDOVICO LAZZARELLI

Crátera de Hermes

Testi umanistici su l'ermetismo, a cargo de E. Garin, M. Brini, C. Vascoli y C. Zambelli, Roma, Bocca, 1955.

GIROLAMO SAVONAROLA

La sencillez de la vida cristiana

Girolamo Savonarola, *De simplicitate christianae vitae*, a cargo de P. G. Ricci, Roma, Belardetti, 1959.

BEATA CAMILLA BATTISTA DA VARANO

Los dolores mentales de Jesús en su pasión

Instrucciones a Giovanni da Fano

Camilla Battista da Varano, *Le opere spirituali*, a cargo de G. Boccanera, Scuola Tipografica Francescana, Jesi, 1958.

FRANCESCO GIORGIO VENETO

La armonía del mundo

Francesco Giorgio Veneto, *De harmonia mundi*, Venecia, 1525.

Cuestiones sobre la sagrada Escritura

Testi umanistici su l'ermetismo, a cargo de E. Garin, M. Brini, C. Vasoli y C. Zambelli, Roma, Bocca, 1955.

LEÓN HEBREO

Diálogos de amor

León Hebreo, *Dialoghi d'amore*, a cargo de S. Caramella, Bari, Laterza, 1929 (trad. cast.: *Diálogos de amor*, Barcelona, PPU, 1993).

GIOVANNI PICO DELLA MIRANDOLA

La dignidad del hombre

Giovanni Pico della Mirandola, *De hominis dignitate*, a cargo de B. Cicognani, Florencia, Le Monnier, 1942 (trad. cast.: *De la dignidad del hombre*, Madrid, Editora Nacional, 1984).

Heptaplus
Carta a Gianfrancesco, su sobrino, en torno a la verdadera salud
Eugenio Garin, *Filosofi italiani del Quattrocento*, Florencia, Le Monnierm 1942

GIULIO CAMILLO DELMINIO
La idea del Teatro
Giulio Camillo Delminio, *L'idea del theatro*, Florencia, Lorenzo Torrentino, 1550.

BERNARDO OCHINO
Predicaciones
Opuscoli e lettere di riformatori italiani del Cinquecento, a cargo de G. Paladino, 2 vols., col. «Scrittori d'Italia», n° 58, Bari, Laterza, 1913–1927.

LORENZO SCUPOLI
El combate espiritual
Lorenzo Scupoli, *Il combattimento spirituale*, Milán, San Paolo, 1994 (trad. cast.: *El combate espiritual*, Madrid, San Pablo, 1996).

GIORDANO BRUNO
De los heroicos furores (trad. cast.: *Los heroicos furores*, Madrid, Tecnos, 1987).
Giordano Bruno, *Dialoghi italiani. Dialoghi metafisici e dialoghi morali*, con note di G. Gentile, a cargo de G. Aquilecchia, col. «Classici della filosofia», n° 8, Florencia, Sansoni, 1958.

CESARE DELLA RIVIERA
El mundo mágico de los héroes
Cesare della Riviera, *Il Mondo Magico de gli Heroi...*, introdución y notas a cargo de J. Evola, Bari, Laterza, 1932; Carmagnola, Arktos, 1982.

FRANCESCO PANIGAROLA
Predicaciones
Prediche di Monsignor Reverendo Panigarola Vescovo di Asti fatte da lui spezzatamente, e fuor de' tempi quadragesimali, Asti, Virgilio Zangrandi, 1591.

BARTOLOMEO CAMBI DA SALUZZO
Vida del alma
Bartolomeo Cambi, *Vita dell'anima desiderosa di cavar frutto grande della Sant.ma Passione di Giesu Christo*, Roma, Stamparia della Camera Apostolica, 1614.

SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZIS
Los cuarenta días
Tutte le opere di Santa Maria Maddalena de' Pazzi dai manoscritti originali, 7 vols., Florencia, Centro Internazionale del Libro, 1960–1966, vol. I, 1960.
La contemplación de los misterios
Revelaciones e inteligencias
Tutte le opere di Santa Maria Maddalena de' Pazzi dai manoscritti originali, 7 vols., Florencia, Centro Internazionale del Libro, 1960–1966, vol. IV, 1964.

TOMMASO CAMPANELLA
La práctica del éxtasis filosófico
Tommaso Campanella, *Opere*, a cargo de A. d'Ancona, Turín, Pomba, 1854.

GIAMBATTISTA MARINO
Arengas sacras
Giambattista Marino, *Dicerie Sacre a La strage degli innocenti*, a cargo de G. Pozzi, Turín, Einaudi, 1960.

GIOVANNI BONA
Guía al cielo
Giovanni Bona, *Guida al cielo*, a cargo de M. C. Borgogno, col. «Il fiore dei Santi Padri, Dottori e Scrittori ecclesiastici», nº 22, Roma, San Paolo, 1944.
Curso de vida espiritual
Giovanni Bona, *Corso di vita spirituale*, a cargo de A. Tisi, Roma, San Paolo, 1951.

SANTA VERÓNICA GIULIANI
Diario
«Un tesoro nascosto» ossia Diario di S. Veronica Giuliani, religiosa clarissa cappuccina in Città di Castello, scritto da lei medesima, edición a cargo de O. Fiorucci, notas a cargo de P. Pizzicaria, 5 vols., Città di Castello, Monastero delle Cappuccine, vol. I, 1969; vol. II, 1971.

GIAMBATTISTA SCARAMELLI
Discernimiento de los espíritus
Giambatista Scaramelli, *Dottrina di S. Giovanni della Croce e Discernimento degli spiriti*, col. «Il fiore dei Santi Padri, Dottori e Scrittori ecclesiastici», nº 35, Roma, San Paolo, 1946.

SAN ALFONSO DE LIGORIO
Carta sobre la utilidad de los ejercicios espirituales hechos en soledad
San Alfonso de Ligorio, *Sermoni e commenti evangelici*, col. «Biblioteca dei Santi», nº 5, Milán, Istituto Editoriale Italiano, 1926.

SAN PABLO DE LA CRUZ
Epistolario
San Pablo de la Cruz, *Dall'epistolario*, a cargo de A. Caselli, col. «Biblioteca dei Santi», nº 2, Milán, Istituto Editoriale Italiano, 1925.

MÍSTICOS INGLESES DE LA EDAD MODERNA

JOHN DONNE
Sonetos sacros
La Cruz
Himno a Cristo en la última partida del autor para Alemania
John Donne, *Selected Poems, Death's Duell*, a cargo de G. Melchiori, Bari, Adriatica, 1957.

John Donne, *Poesie amorose, poesie teologiche*, a cargo de C. Campo, «Collezione di poesia», nº 79, Turín, Einaudi, 1971.

Himno a Dios, mi Dios, en mi enfermedad

Sermones

John Donne, *Predica XXVII*, a cargo de M. Praz, Turín, 1958.

ROBERT FLUDD

Medicina católica

Robert Fludd, *Medicina catholica*, Frankfurt, 1629.

AGUSTINE BAKER

Post scriptum al comentario a «La nube del no-saber»

San

LOS PURITANOS

THOMAS HOOKER

Sermones

Perry Miller, *The American Puritans. Their prose and poetry*, Nueva York, Doubleday & Co., 1956.

JOHN COTTON

Sermones

Perry Miller, *The American Puritans. Their prose and poetry*, Nueva York, Doubleday & Co., 1956.

URIAN OAKES

Sermones

Perry Miller, *The American Puritans. Their prose and poetry*, Nueva York, Doubleday & Co., 1956.

INCREASE MATHER

Sermones

Perry Miller, *The American Puritans. Their prose and poetry*, Nueva York, Doubleday & Co., 1956.

LOS FILADELFOS

JOHN PORDAGE

Teología mística

Ernst Benz, *Adam. Der Mythus vom Urmenschen*, München, Planegg, Barth, 1955.

JANE LEAD

Fontana de jardines

Las leyes del paraíso

Serge Hutin, *Les disciples anglais de J. Boehme aux XVIIe et XVIIIe siècles*, París, Denoël, 1960.

Ernst Benz, *Adam. Der Mythus vom Urmenschen*, München-Planegg, Barth, 1955.

GEORGE HERBERT

El templo

The Works of George Herbert, a cargo de F. E. Hutchinson, Oxford, Clarendon Press, 1972.

FRANCIS QUARLES

Emblemas

Francis Quarles, *Emblemes and Hieroglyphikes of the Life of Man*, Zürich, Nueva York, Olms, 1993, reproducción de la edición de Londres, 1635.

THOMAS BROWNE

La religión del médico

El jardín de Ciro

The Works of Thomas Browne, Londres, Faber & Faber, 1964.

Thomas Browne, *Religio medici. Hydriotaphia. The Garden of Cyrus*, a cargo de R. H. A. Robbins, Oxford, Clarendon Press, 1982.

RICHARD CRASHAW

Los peldaños del templo

Richard Crashaw, *The Poems, English, Latin and Greek*, a cargo de L. C. Martin, Oxford, Clarendon Press, 1927.

Richard Crashaw, *Steps to the Temple, Sacred Poems, with Other Delights of the Muses*, Menston, Scholar Press, 1970, reproducción de la edición de Londres, 1646.

HENRY MORE

Conjectura cabbalistica

Henry More, *Opera omnia*, Hildesheim, Olms, 1966.

HENRY VAUGHAN

Sílex chispeante

Henry Vaughan, *The Works* [1914], a cargo de L. C. Martin, Oxford, Clarendon Press, 1957.

THOMAS VAUGHAN

Antroposofía teomágica

Thomas Vaughan, *Anthroposophia theomagica*, Londres, Blunden, 1650.

THOMAS TRAHERNE

Noticias

Thomas Traherne, *Centuries, Poems and Thanksgivings*, a cargo de H. M. Margoliuth, 2 vols., Oxford, Clarendon Press, 1958.

El preparativo

Los sueños

Thomas Traherne, *Centuries, Poems and Thanksgivings*, a cargo de H. M. Margoliuth, 2 vols., Oxford, Clarendon Press, 1958.

WILLIAM LAW

El camino al conocimiento divino

The Works of the Reverend William Law, 9 vols., Setley, Moreton, 1892–1893.

CHRISTOPHER SMART

Canción para David

Christopher Smart, *Poems*, a cargo de R. Brittain, Princeton, Princeton University Press, 1950.

The Collected Poems of Christopher Smart, 2 vols., a cargo de N. Callan, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1949.

Christopher Smart, *Inno a David e altre poesie*, a cargo de M. Guidacci, «Collezione di poesia», nº 119, Turín, Einaudi, 1975.

MÍSTICOS ALEMANES Y FLAMENCOS DE LA EDAD MODERNA

NICOLÁS DE CUSA

Sobre las conjeturas

Nicolás de Cusa, *Opera omnia*, 22 vols., Leipzig, Meiner, 1932–, vol. III, *De conjecturis*, Hamburg, 1972.

De la docta ignorancia

Nicolás de Cusa, *Opera omnia*, 22 vols., Leipzig, Meiner, 1932–, vol. I, *De docta ignorantia*, Leipzig, 1932 (trad. cast.: *La docta ignorancia*, Madrid, Aguilar, 1957).

El profano

Nicolás de Cusa, *Opera omnia*, 22 vols., Leipzig, Meiner, 1932–, vol. V, *Idiota, De sapientia, De mente, De staticis experimentis*, Leipzig, 1937.

Predicaciones

Nicolás de Cusa, *Opera omnia*, 22 vols., Leipzig, Meiner, 1932–, vol. XVI, *Sermones*, Hamburg, 1972.

KLAUS VON DER FLÜE

La visión de la santísima Trinidad

Amedeo Andrey, *Nicola della Flüe*, Roma, Studium, 1942.

FRANÇOIS-LOUIS DE BLOIS

El manual de simples

François-Louis de Blois, *Il manuale de' semplici*, Roma, 1605.

MARTÍN LUTERO

La libertad del cristianismo (trad. cast.: *La libertad del cristianismo*, en *La cautividad babilónica; La libertad del cristianismo; Exhortación a la paz*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1996).

Giuseppe Alberigo, *La riforma protestante*, Milán, Garzanti, 1959.

ENRIQUE CORNELIO AGRIPPA VON NETTESHEIM

La filosofía occulta

Enrico Cornelio Agrippa von Nettesheim, *De occulta philosophia*, a cargo de V. Perrone Compagni, Leiden, Nueva York, Köln, Brill, 1992.

VALENTIN WEIGEL

Studium universale

Alfons Rosenberg, *Die christliche Bildmeditation*, München, Planegg, Barth, 1955.

JOHANNES KEPLER

Armonías del mundo

Johannes Kepler, *Gesammelte Werke*, 20 vols., München, Beck, 1937–, vol. VI, *Harmonices mundi*, 1940.

JAKOB BOHME

El gran misterio

Jakob Böhme, *La storia di Giuseppe (dal Mysterium magnum)*, Bari, Laterza, 1938.

El camino hacia Cristo

Jakob Böhme, *La via verso Cristo*, Bari, Laterza, 1933.

Seis puntos teosóficos

Jakob Böhme, *Sex puncta theosophica, ossia l'alto e profondo fondamento dei sei punti teosofici*, Milán, Bocca, 1938.

FRIEDRICH SPEE VON LANGENFELD

El ruiseñor que desafía

Friedrich Spee von Langenfeld, *Trutz-Nachtigall oder geistlich-poetisch Lustwaldlein*, Halle, Niemeyer, 1936.

HANS ENGELBRECHT

El rapto

«Antaios», vol. II, nº 1, 1960.

ATHANASIUS KIRCHER

Oedipus aegyptiacus

Athanasius Kircher, *Oedipus aegyptiacus*, 3 vols., Roma, 1652–1654.

MARIA A SANCTA TERESIA

Vida de la Madre María de Santa Teresa

«Études Carmélitaines», octubre 1931.

DANIEL VON CZEPKO

Semina amoris divini

El Reino interior de los Cielos

Sexcenta monidisticha sapientum

Daniel von Czepko, *Geistliche Schhriften*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1963, reimpresión de la edición de Breslau, 1930.

JOHANN RIST

A la Eternidad

Barocklyrik, a cargo de H. Cysarz, 3 vols., Leipzig, Reclam, 1937.

ÁNGEL SILESIO

El peregrino querúbico

Angelo Silesio, *Samtliche poetische Werke*, a cargo de H. L. Held, 3 vols., München, Allgemeine Verlagsanstalt, 1924.

JUSTUS SIEBER

La vana temporalidad, la durable Eternidad

Anthologie der deutsche Lyrik, a cargo de L. Traverso y G. Zaboni, Florencia, Sansoni, 1950.

GERHARDT TERSTEEGEN
El jardincillo espiritual
Gerhardt Tersteegens Geistliche Blumengärtlein inniger Seelen, Stuttgart, Steinkopf, 1969. «Conoscenza religiosa».

JOHANN GEORG GICHTEL
Teosofía práctica (trad. cast.: *Teosophia práctica*, Barcelona, Siete y Media, 1980).
Ernst Benz, *Adam. Der Mythus vom Urmenschen*, München, Planegg, Barth, 1955.
Teosofía práctica, edición de 1722
Johann Georg Gichtel y Johan Georg Greber, *Theosophia practica*, Leiden, 1722.
Johann Georg Gichtel, *Theosophia practica*, Schwarzenburg, Ansata, 1979, reimpresión de la edición de Berlín, Leipzig, Ringmacher, 1779.

QUIRINUS KUHLMANN
Salterio refrigerante
Quirinus Kuhlmann, *Der Kühlpsalter*, 2 vols., Tübingen, Niemeyer, 1971.

GOTTFRIED ARNOLD
El secreto de la santa Sabiduría
Gottfried Arnold, *Das Geheimnis der heiligen Sophia*, Leipzig, 1700.

FRIEDRICH CHRISTOPH OETINGER
Salmo
Pensamientos
Sermón sobre la Qabbālāh
Oetinger - Bengel; Weg imd Wort der beiden schwabenvater, Stuttgart, Gundert, 1933.